

La serie de magia más leída en Estados Unidos.

JIM BUTCHER

«Las novelas de Harry Dresden han sido comparadas con las de Harry Potter, pero con una actitud y un tono más adultos.»

—*Los Angeles Times*

LATIDOS MORTALES

Lectulandia

Harry Dresden se ocupa de las investigaciones paranormales en la ciudad de Chicago. Trata de mantener la ley y el orden en un mundo de magos, paralelo a la realidad cotidiana. A pesar de que la mayoría de los habitantes de la ciudad no creen en la magia, el departamento de Investigaciones Especiales está acostumbrado a lidiar con lo paranormal.

Cuando un vampiro asesino amenaza con destruir la reputación de Murphy, policía de I. E. y gran amiga del mago, este no tiene más remedio que ayudarla. La criatura quiere hacerse con la Palabra de Kemmler y con todo el poder que conlleva. Harry deberá luchar contra seis despiadados nigromantes para encontrar la Palabra antes de que se despierten los muertos durante la noche de Halloween...

Jim Butcher es un auténtico fenómeno en Estados Unidos, donde sus obras rápidamente alcanzan los primeros puestos en las listas de los más vendidos. En la actualidad reparte su tiempo entre las obras de Harry Dresden, que le han dado fama mundial, y la saga fantástica 'Codex Alera'

Lectulandia

Jim Butcher

Latidos mortales

Harry Dresden - 7

ePUB v1.2

elchamaco 19.04.12

más libros en lectulandia.com

ePUB v1.0 Elchamaco 28.01.12

Maquetado.

ePUB v1.1 Vaktov 10.02.12

Rectificación erratas detectadas.

ePUB v1.2 Elchamaco 19.04.12

Arreglados estilos.

Del original

Título Dead Beat

Fecha de publicación 11.2005

De la traducción

Traducción Cecilia Pérez Riestra

Fecha de publicación 06.2011

ISBN 978-84-9800-695-7

Descripción: 352 p. 23x16 cm

Encuadernación: rústic solap.

Materia/s: F - Ficción Y Temas Afines

A mi hijo.
Lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero, cosa bajita.

Agradecimientos

Les debo otra ronda de agradecimientos a los sospechosos habituales: a los residentes de Beta-Foo Asylum, tanto a los que llevan mucho tiempo como a los que acaban de llegar, a la nueva editora de 'La saga de Dresden', Anne Sowards, tan atenta y cariñosa... ¿Seguro que vives en Nueva York, Anne? A mi agente, Jennifer Jackson, a quien más agradecido estoy, pues siempre ha intentado conseguir, por todos los medios, los mejores contratos.

También quiero dar las gracias a mi familia por su apoyo y por su amor incondicional. A Shannon, por ser quien es, y porque para mantener la buena opinión que tiene de mí me obligo a trabajar muy duro durante jornadas de diez... Bueno, espera, no, tal vez sean tres... Vale, vale, cinco horas como máximo (es que, cariño, no creo que sea humano trabajar diez horas, y además, sino, ¿cuándo juego al Halo?). Quiero darle las gracias a mi hijo J. J. por su energía, entusiasmo y amor ilimitados, porque resultan terroríficamente maravillosos.

Ah, también quiero agradecerle a mi feroz y peludo guardaespaldas, Frost, su forma de proteger mi carrera: es capaz de mantener a los malos tan alejados que jamás se ha acercado ninguno a molestarme. Además también es de gran ayuda cuando se come todo lo que encuentra a su alcance, en realidad lo hace para que no me lo coma yo y me distraiga.

1

En general, somos una especie asesina.

De acuerdo con el Génesis, bastaron cuatro personas en todo el planeta para agobiarse y sentir que eran demasiadas; el primer asesinato fue un fratricidio. El Génesis dice que Caín, el primer niño nacido de padres mortales, sufrió un ataque de ira, y en plena enajenación se cargó a un congénere. El ataque de ira, por lo tanto, pasó a ser un brutal asesinato sangriento y punible. Seguro que Abel, el hermano de Caín, no lo vio venir.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, se apoderó de mí una sensación de profunda empatía y comprensión.

Hacia el monstruo de Caín.

Mi apartamento no es más que un gran cuarto en el sótano de una centenaria pensión de Chicago. La cocina está en una esquina, hay una chimenea que casi siempre tengo encendida, un dormitorio del tamaño de la cama de una furgoneta de reparto y un cuarto de baño en el que apenas caben un lavabo, un retrete y una ducha. No puedo permitirme muebles muy buenos, así que son todos de segunda mano, pero muy cómodos. Tengo un montón de libros en las estanterías, un montón de alfombras y un montón de velas. No es gran cosa pero por lo menos está todo muy limpio.

O solía estarlo.

Las alfombras estaban totalmente deshilachadas y tenían agujeros por los que se veía el suelo. Una de las butacas se había caído hacia atrás y nadie la había recogido. Faltaban algunos cojines del sofá. Las cortinas de una de las ventanas altas se habían caído y entraba un hilo de luz del ocaso que iluminaba todos los libros. Lo peor era que los libros no estaban en la estantería, sino que descansaban desperdigados por el suelo. Eran mi principal fuente de entretenimiento y enseguida me di cuenta de que estaban todos mezclados y desordenados, los de tapa dura entre los de tapa blanda, y todos medio abiertos.

La chimenea era, más o menos, el epicentro del desordenado terremoto. Había ropa tirada, un par de botellas de vino vacías y un plato sospechosamente limpio que, sin lugar a dudas, se habrían encargado de limpiar los otros inquilinos.

En el momento en que entré en mi casa, aturdido, mi gran gato gris, Míster, se dejó caer desde su sitio: la parte alta de la estantería. Pero en lugar de venir a saludarme como siempre y restregar su cuello contra mí, contoneó su cola de manera despectiva hacia donde yo estaba y desapareció por la puerta.

Suspiré. Me dirigí a la cocina y me percaté: el comedero y el bebedero del gato estaban vacíos. No me extrañaba que estuviera tan gruñón.

Una gran bola de pelo que había en la cocina reptó hasta mis pies y me saludó con un gesto avergonzado y somnoliento. Al principio, mi perro Ratón no era más que un

cachorrito gris, lleno de pelo, que me cabía en el bolsillo del abrigo. Ahora, más o menos un año después, me da por pensar que debería haber mandado aquel abrigo a la tintorería. Ratón había dejado de ser una bolita de pelo para convertirse en un camión de pelo. No sabemos a ciencia cierta de qué raza es, lo que sí está claro es que uno de sus padres era un mamut lanudo. Los hombros del perro me llegaban por la cintura y el veterinario sospechaba que todavía no había dejado de crecer. De eso solo podía deducir una cosa: es un animal demasiado grande para mi minúsculo apartamento.

Ah, y los comederos de Ratón también estaban vacíos. Primero me dio con el hocico en la mano y vi que su boca estaba sospechosamente manchada con algo parecido a salsa de tomate; después dio con la pata en el comedero arrastrándolo por el refuerzo de linóleo del suelo de la cocina.

—Mierda, Ratón —gruñí al más puro estilo de Caín—. ¿Sigue igual? Si está aquí, me lo cargo.

Ratón resopló quejoso, que era lo más parecido a un comentario que sabía hacer. Vino tranquilamente detrás de mí, a unos pasos de distancia, hasta la puerta cerrada del dormitorio.

En cuanto estuve delante, la puerta se abrió y apareció una chica rubia, con cara de ángel y con una camiseta blanca de algodón por toda indumentaria. La camiseta no era muy larga, la verdad. Ni siquiera le cubría todo el torso.

—¡Oh! —Arrastró el grito convirtiéndolo en una sonrisa adormilada—. Perdón, no sabía que hubiese alguien más aquí.

Sin un atisbo de pudor, se escabulló hasta el cuarto de estar y se puso a dar pataditas a todo el desorden buscando su ropa. Por la forma de moverse, con languidez y satisfacción, me pareció que, lejos de importarle, contaba con que la estuviese mirando.

En otro momento de mi vida, me habría dado muchísima vergüenza este tipo de situación y probablemente estaría echando miraditas disimuladamente. Pero, después de casi un año conviviendo con el ícubo de mi medio hermano, me resultaba hasta molesto. Puse los ojos en blanco y alcé la voz:

—¿Thomas?

—¿Tommy? Creo que está en la ducha —respondió la chica. Se enfundó su ropa deportiva: pantalón de chándal, chaqueta a juego y zapatillas caras—. ¿Me haces un favor? Le dices que...

La interrumpí con impaciencia:

—Que te lo has pasado muy bien, que siempre lo recordarás como algo muy especial, pero que fue cosa de una noche y que esperas que madure y conozca a una buena chica, o que se haga presidente o cualquier cosa.

Se quedó mirándome y frunció el ceño.

—No hace falta ser tan gilipo... —Abrió mucho los ojos—. ¡Oh! ¡Oh! Lo siento, oh, ¡Dios mío! —Se me acercó, se ruborizó y me dijo en susurros, como si de repente nos hubiésemos convertido en amiguitas—: No tenía ni idea de que estuviese con un tío, ¿cómo os arregláis los dos en una cama tan pequeña?

Parpadeé y le dije:

—Espera un momento.

Pero me ignoró y se fue murmurando:

—Mira tú qué pillín, el chico...

Me quedé mirándola. Luego miré a Ratón, que tenía la lengua colgando y meneaba el rabo suavemente, o lo que es lo mismo, sonreía al estilo perruno.

—¡Venga ya! —exclamé y cerré la puerta. Oí el rumor del agua cayendo por las tuberías de mi ducha. Les eché comida a Míster y a Ratón y el perro se abalanzó inmediatamente—. Por lo menos podría haberle dado de comer al perro... —murmuré mientras abría la nevera.

Miré de arriba abajo y no encontré lo que estaba buscando; aquello ya me pareció el colmo. Mi frustración se convirtió en fuego en el interior de mis globos oculares y me dirigí al congelador con la cabeza a punto de estallar.

—¡Hola! —La voz de Thomas surgió a mi espalda—. Nos hemos quedado sin cerveza.

Me di la vuelta y miré a mi medio hermano.

Thomas era un tío de algo más de metro ochenta y ahora me doy cuenta de que tuve tiempo para acostumbrarme a la idea de que nos parecemos bastante: pómulos afilados, cara alargada y mandíbula fuerte. Pero quienquiera que fuera el escultor que había terminado a Thomas, le había endilgado el trabajo de rematar mis facciones a su aprendiz. No es que yo sea feo, pero es que Thomas parece un cuadro del olvidado dios griego de la colonia. Tiene el pelo largo y tan negro que absorbe toda la luz. Además, recién duchado se le ondula un poco. Sus ojos son del color de un nubarrón de tormenta y, en toda su vida, jamás ha hecho ejercicio como para merecer esos músculos. Llevaba un pantalón vaquero e iba sin camiseta, su uniforme de estar por casa. Una vez vi cómo abría la puerta a una misionera con ese atuendo y ella se lanzaba a sus brazos bajo una nube de olvidadas copias de *La Atalaya*.^{1} Las marcas de los dientes que le dejó no fueron moco de pavo.

No había sido solo culpa de la chica. Thomas había heredado la sangre de su padre, sangre de vampiro de la Corte Blanca. Era un depredador psíquico, se alimentaba de la fuerza vital primaria de los seres humanos y, normalmente, la forma más fácil de adquirirla era a través del contacto íntimo: del sexo. Esa cualidad lo envolvía en un aura que hacía que todos los que pasaban a su lado girasen la cabeza para mirarlo. Desde que Thomas se convirtió en un seductor sobrenatural no ha habido mujer en el mundo que pudiera decirle que no. En el momento en que

empezaba a alimentarse de ellas es que ni siquiera querían decirle que no. Las mataba, solo un poco, pero tenía que hacerlo para mantenerse sano, y nunca lo llevó más allá, siempre fue únicamente por alimentación.

Podía haberlo hecho. Aquellos que la Corte Blanca elegía como presas eran atrapados en el éxtasis de la necesidad de alimentación y se acababan convirtiendo en esclavos de su amante vampiro. Pero Thomas nunca lo llevó tan lejos. Cometió ese error en una ocasión, y la mujer que amó ahora anda por la vida en una silla de ruedas, atrapada para siempre en la euforia mortífera que le provocó la relación.

Apreté los dientes y me recordé a mí mismo que aquello no era nada fácil para Thomas. Luego me dije que me repetía demasiado y me aguanté las ganas de decirle lo que ardía en deseos de gritar.

—Ya sé que no hay cerveza —gruñí—, ni leche, ni Coca-Cola.

—Ah —dijo—.

—Y ya vi que no tuviste ni un segundo para dar de comer a Míster ni a Ratón. ¿Llevaste a pasear a Ratón, por lo menos?

—Eh, sí —dijo—. Es decir, lo bajé esta mañana, cuando te fuiste al trabajo, ¿te acuerdas? Así fue como conocí a Angie.

—Otra de las que hacen *footing*.—Imité otra vez el tono de Caín—. Me dijiste que no ibas a volver a traer extraños a casa, Thomas. ¿Y en mi puta cama? Me cago en la leche, tío, mira cómo está todo.

Lo hizo y me di cuenta de que realmente lo estaba descubriendo ahora, era como si no hubiese visto aquello antes. Dejó salir un quejido:

—Joder, Harry, lo siento. Es que... Angie es muy... muy intensa y, eh, muy atlética, y no me di cuenta... —Hizo una pausa para recoger un ejemplar de *Mirada ciega*, de Dean Koontz. La tapa estaba doblada y trató de alisada—. Vaya... —dijo sin fuerza—, está todo destrozado.

—Sí —le reproché—. Has estado aquí todo el día, me dijiste que llevarías a Ratón al veterinario, que limpiarías un poco y que irías a hacer la compra.

—Bueno, venga —dijo—, ¡no es para tanto!

—No tengo cerveza —gruñí. Miré los escombros a mi alrededor—. Y Murphy me ha llamado hoy al trabajo y me ha dicho que se pasaría.

Thomas levantó las cejas.

—¿Ah, sí? Pues no te ofendas, Harry, pero no sé yo si será una de esas citas que incluyen sesión de cama.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Podrías dejar ya ese tema?

—Te lo digo en serio, deberías pedirle una cita de una vez y superarlo. Te va a decir que sí.

Cerré de golpe la puerta del congelador.

—Las cosas no son así —le contesté.

—Ya, claro —dijo Thomas suavemente.

—No son así. Trabajamos juntos, somos amigos, solo eso.

—Claro —asintió.

—No estoy interesado en salir con ella de esa manera —le dije—. Y ella tampoco lo está.

—Ya, ya, te entiendo. —Puso los ojos en blanco y empezó a recoger los libros del suelo—. Y esa es la razón por la que quieres que todo esto esté ordenado, para que tu colega no dude en quedarse un rato más si le apetece.

Apreté los dientes y le dije:

—Estrellas y piedras, Thomas, no te estoy pidiendo la puta luna. No te pido que pagues el alquiler, pero no te mataría arrimar un *poco* el hombro y hacer algún recado antes de ir a trabajar.

—Sí —dijo peinándose con la mano—. Hablando de eso...

—¿Hablando de qué? —le pregunté. Se suponía que se marcharía por la tarde para que mi servicio de limpieza del hogar pudiese venir. Las hadas no vendrían a limpiar si existía la posibilidad de que alguien las viera. Y no volverían a aparecer si le hablaba de ellas a alguien. No tengo ni idea de por qué tienen tantas normas, debe de ser un gremio muy estricto.

Thomas se encogió de hombros y se sentó en el apoya brazos del sofá, sin mirarme a la cara.

—No tenía dinero para ir al veterinario ni a la compra —me dijo—, porque me han vuelto a despedir.

Me quedé mirándolo durante un segundo e intenté mantener mi enfado bajo una nube de humo, pero la nube se evaporó. Noté frustración y humillación en su voz. No me estaba mintiendo.

—Mierda —murmuré, pero Thomas no lo oyó bien—. ¿Qué pasó?

—Lo de siempre —dijo—. La jefa de la ventanilla del autoservicio me siguió hasta la sala frigorífica y se arrancó la ropa. El dueño apareció haciendo una inspección y me despidió al instante. Y por la mirada que le echó a ella, me pareció que la ascendería. Odio la discriminación de género.

—Por lo menos esta vez fue una mujer —le dije—. Tenemos que seguir trabajando en tu control.

Su voz se volvió amarga.

—La mitad de mi alma es de demonio —señaló—. No la puedo controlar, es imposible.

—No me creo nada —le contesté.

—Serás mago, pero no tienes ni la más remota idea de lo que esto supone —me recriminó—. No puedo llevar la vida de un mortal. No estoy preparado para ello.

—Lo estás haciendo bien.

—¿Bien? —me preguntó elevando la voz—. Puedo desintegrar las inhibiciones de una virgen a cincuenta pasos y no soy capaz de mantener ni dos semanas un trabajo en el que debo llevar una redecilla en el pelo y un gorro de papel. ¿En qué mundo se considera eso bien?

Abrió de un golpe el pequeño baúl donde guardaba la ropa, cogió un par de zapatos, su chaqueta de cuero y se lo puso todo con airada precisión. Se dirigió hacia la noche acechante, ofendido y sin mirar hacia atrás.

Y sin limpiar todos sus destrozos, pensé sin un atisbo de compasión. Después, sacudí la cabeza y eché una mirada a Ratón, que había permanecido tumbado con el hocico apoyado en las patas y poniendo ojos de perro triste durante todo el tiempo.

Thomas era la única familia que había tenido, pero eso no cambiaba nada: no se estaba adaptando adecuadamente a vivir como la gente normal. Se le daba demasiado bien ser vampiro. Le salía de manera natural y no importaba lo mucho que se esforzase por ser más normal: seguía dándose de bruces con los problemas, uno tras otro. Nunca lo dijo, pero podía sentir que el dolor y la desesperación crecían dentro de él con el paso del tiempo.

Ratón suspiró, pero esta vez no era un quejido.

—Ya lo sé —le dije al animal—. Yo también estoy preocupado por él.

Me llevé a Ratón a dar un largo paseo y volví cuando el crepúsculo de finales de octubre cubría la ciudad de Chicago. Saqué el correo de mi buzón y empecé a bajar las escaleras en dirección a mi apartamento, cuando un coche irrumpió en el pequeño aparcamiento de gravilla de la pensión y se chocó contra la señal de stop que había a unos pasos. Una chica rubia y menuda, con pantalones vaqueros, camisa azul de botones y cazadora de satén de los White Sox, salió del coche dejando el motor encendido.

Karrin Murphy parecía de todo menos la jefa de una división de agentes del orden encargada de todo lo que pudiera sacudir la noche de Chicago. Cuando los troles atracaban viandantes, cuando los vampiros dejaban a sus víctimas muertas o moribundas en plena calle, o cuando alguien con más capacidad mágica de acción que de reflexión perdía los papeles, el grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago era quien se ocupaba del caso. Por supuesto, nadie creía de verdad en troles ni en vampiros ni en hechiceros malvados, pero cuando algo extraño ocurría, era tarea del departamento de Investigaciones Especiales explicar a todo el mundo que solo había sido un hombre con una máscara de goma, y que no había nada de qué preocuparse.

El trabajo de IE era una mierda, pero los hombres y las mujeres que trabajaban allí no eran tontos. Eran perfectamente conscientes de que en la oscuridad de ahí fuera había cosas que estaban más allá del alcance del entendimiento convencional.

Murphy, en particular, creía en la necesidad de informar a los polis de cada detalle con el que contaban cuando se enfrentaban a amenazas sobrenaturales, frente a las cuales yo era una de sus mejores armas. Me contrataba como asesor cada vez que el IE se enfrentaba a algo muy peligroso o muy extraño. Los honorarios que cobraba por trabajar con ellos cubrían la mayor parte de mis gastos.

Cuando Ratón vio a Murphy hizo un ruidito parecido a un saludo y trotó hacia ella moviendo el rabo. Si me hubiese inclinado hacia atrás y hubiese mantenido las piernas rectas podría haber esquiado por la gravilla, pero el enorme perro no me dejó otra opción que correr detrás de él.

Murphy se arrodilló nada más verlo y enredó sus manos en las peludas orejas de Ratón, rascándose las con fuerza.

—¿Qué pasa, chico? —dijo sonriente—. ¿Qué tal estás?

Ratón le babeó las manos, dándole un beso al más puro estilo perruno.

Murphy exclamó riéndose:

—¡Puaj! —Empujó con suavidad el hocico de Ratón y se levantó—: Buenas noches, Harry, me alegro de haberte localizado.

—Me pillas volviendo del nocturno paseo a rastras —le dije—. ¿Quieres pasar?

Murphy tenía una cara preciosa y los ojos muy azules. Era rubia y llevaba el pelo recogido en una coleta que le hacía parecer mucho más joven de lo que en realidad era. Su cara revelaba una expresión prudente, tal vez incluso incómoda.

—Lo siento, pero no puedo —se excusó—. Tengo que coger un avión, la verdad es que no tengo nada de tiempo.

—Ah —dije—. ¿Qué es lo que pasa?

—Me voy de la ciudad unos días —comentó ella—. Estaré de vuelta el lunes por la tarde. Esperaba que pudieras regarme las plantas.

—¡Oh! —exclamé. Quería que le regara las plantas. Qué dulce. Qué sexy—. Sí, claro, sin ningún problema.

—Gracias —me dijo ofreciéndome una llave enganchada en un aro de metal—. Es la llave de la puerta de atrás.

La cogí.

—¿Adónde te vas?

El gesto de fastidio de su cara se acentuó.

—Oh, fuera de la ciudad. Me voy a tomar unas pequeñas vacaciones.

Parpadeé.

—No he tenido vacaciones en años —dijo poniéndose a la defensiva—. Ya las tenía pedidas.

—Claro, claro —le dije—. Humm, te vas de vacaciones... ¿sola?

Se encogió de hombros.

—Bueno. Ese es otro tema del que también quería hablar contigo. Espero que no

sea un problema, pero quería que supieses dónde voy a estar y con quién, por si no apareciese según lo planeado.

—Vale, vale —le dije—. Nunca viene mal ser precavido.

Asintió.

—Me voy a Hawái con Kincaid.

Parpadeé otra vez.

—Humm... —dije—. Te refieres a que te vas a trabajar, ¿no?

Cambió el peso de una pierna a otra.

—No, hemos salido un par de veces. No es nada serio.

—¡Murphy! —protesté—. ¿Estás loca? Ese tío es un pájaro de mal agüero.

Frunció el ceño.

—Ya hemos tenido esta conversación antes. Ya soy mayorcita, Dresden.

—Ya lo sé —cedí—. Pero este tío es un mercenario, un asesino. Ni siquiera es completamente humano. No puedes confiar en él.

—Tú lo hiciste —señaló—. El año pasado, contra Mavra y su plaga.

Puse mala cara.

—Aquello fue diferente.

—¿Ah, sí? —me preguntó.

—Sí. Entonces yo le estaba pagando para que matase cosas, no me lo estaba llevando a la ca... a la playa.

Murphy me miró levantando una ceja.

—No es seguro que vayas con él —le dije.

—No es seguridad lo que busco —contestó. Sus mejillas se enrojecieron un poco—. De eso se trata.

—No deberías ir —le repetí.

Levantó la vista y me miró durante un momento y, con el ceño fruncido, me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te hagan daño —le dije—. Y porque te mereces alguien mejor.

Estudió mi cara durante unos segundos más y después cogió aire por la nariz.

—No me estoy escapando a casarme a Las Vegas, Dresden. Trabajo todo el día, y la vida me va bien. Solo quiero tomarme un tiempo para vivir un poco antes de que sea demasiado tarde. —Sacó de su bolsillo una tarjeta—. Estaré en este hotel, por si necesitas localizarme o algo así.

Doblé la tarjeta, todavía con mala cara, y con la intuición de que algo se me estaba escapando. Sus dedos rozaron los míos, pero no pude sentirlos por culpa del guante y las cicatrices.

—¿Estás segura de que vas a estar bien?

Asintió.

—Ya soy mayor, Harry. Soy yo quien ha elegido adónde vamos, ni siquiera se lo he contado a él. Se me ocurrió que así no podría organizar nada con antelación, en caso de que tuviese alguna idea rara en la cabeza. —Hizo un gesto impreciso hacia la pistola que llevaba enfundada en la axila, bajo su cazadora—. Tendré cuidado, te lo prometo.

—Ya —asentí, pero ni tan siquiera intenté sonreír—. Que conste en acta que me parece una estupidez, Murph. Espero que no te maten.

Sus ojos azules se iluminaron y arrugó de nuevo el entrecejo.

—No sé, esperaba que me dijeras algo del tipo «¡Que te lo pases bien!».

—Ya —dije—. Lo que tú digas, que te lo pases bien. Envíame un mensaje cuando llegues.

—Vale —me contestó—. Gracias por cuidar de mis plantas.

—No hay de qué.

Asintió y se quedó allí quieta durante un segundo. Volvió a acariciar a Ratón detrás de las orejas, subió al coche y arrancó.

Me quedé preocupado mirando cómo se alejaba.

Y celoso.

Muy, muy celoso.

Maldita sea.

¿Tendría razón Thomas después de todo?

Ratón emitió una especie de gemido y me dio con la pata en la pierna. Resoplé, me metí la tarjeta del hotel en el bolsillo y llevé el perro de vuelta al apartamento.

Cuando abrí la puerta, mi nariz fue asaltada con la esencia natural de pino, no del producto de limpieza, téngase en cuenta. Pino de verdad y ni una aguja fuera de su sitio. Las hadas habían estado allí: los libros estaban otra vez en las estanterías, el suelo estaba fregado, las cortinas arregladas, los platos limpios... Habían ordenado todo lo habido y por haber. Puede que tuvieran unas condiciones muy extrañas, pero el servicio de limpieza de las hadas funcionaba de maravilla.

Encendí las velas con unas cerillas que encontré en mi mesa de centro. Como mago que soy, no me llevo muy bien con las últimas novedades tecnológicas como la electricidad o los ordenadores, así que en mi casa no tengo dado de alta el servicio eléctrico. Mi congelador es un modelo clásico que funciona con el propio hielo. No hay calentador de agua y cocino siempre en un pequeño horno de leña. Lo encendí y calenté un poco de sopa, que era prácticamente lo único que quedaba en casa. Me senté a tomarla y fui echándole un vistazo al correo.

Lo de siempre. Los espabilados de los publicistas de Best Buy intentaban, por todos los medios, venderme los últimos modelos de ordenadores portátiles, teléfonos móviles y televisiones de plasma, a pesar de haberles repetido mil veces, por carta y

en persona, que no se molestasen, ya que ni siquiera tengo electricidad. La factura del seguro del coche me la habían pasado antes de tiempo. También me habían llegado dos cheques. El primero era una paga simbólica del Departamento de Policía de Chicago por asesorar a Murphy durante una hora en un caso de contrabando el mes pasado. El segundo era un cheque mucho más jugoso, venía de un coleccionista de monedas que había perdido un maletín con piezas de países desaparecidos mientras navegaba en su yate en el lago Míchigan. Para intentar recuperarlo no le quedó más remedio que llamar al único mago de la guía telefónica.

El último sobre era de papel de manila amarillo y tenía un número escrito con letras grandes; reconocí enseguida la letra e inmediatamente se me revolvieron las tripas. La letra era perturbadora; tan perfecta como esas láminas que hay en las clases de las guarderías y tan neutra como las notas de una conferencia de un profesor de lengua.

Mi nombre.

Mi dirección.

Nada más.

No tenía ninguna explicación racional, pero esa letra escrita a mano, me asustó. No sabía qué era lo que había disparado mis instintos, a no ser que fuera la peculiar ausencia de cualquier rasgo distintivo o imperfecto. Por un segundo pensé que me había puesto así sin ninguna razón, que seguro que era un tipo de fuente de letra impresa, pero no: había una floritura en la última letra de «Dresden» que no coincidía con las otras enes. La floritura también parecía perfecta. Estaba allí intencionadamente para hacerme ver que aquello no había sido escrito por un humano ni por una impresora láser de Wal-Mart.

Dejé el sobre sin abrir en la mesa del centro y lo miré fijamente. Era fino y el contenido no lo deformaba, lo cual quería decir que, como mucho, tenía unas hojas de papel. Y eso significaba que no era una bomba. Bueno, para ser más preciso, no era una bomba de alta tecnología, lo cual sería completamente inútil si la intención era usarla contra un mago. Un explosivo de baja tecnología habría sido suficiente, pero no existían unos tan pequeños.

Por supuesto, aquello nos dejaba los medios místicos de ataque. Levanté mi mano izquierda y la dirigí hacia el sobre, intenté alcanzarlo con mis poderes mágicos, pero no podía desplegarlos. Con una mueca me quité el guante de cuero de la mano izquierda, dejando a la vista mis dedos plagados de cicatrices. Me había quemado tanto la mano el año anterior que el médico que me examinó me recomendó la amputación. No le dejé que me cortara la mano, principalmente por la misma razón por la que todavía conduzco mi viejo Volkswagen Escarabajo: porque es algo mío, es mi centella.

Pero mis dedos se habían convertido en algo desagradable a la vista, en realidad

eso ocurría con la mano izquierda en general. Ya no tenía movilidad en ellos, pero los estiré todo lo que pude para sentir la energía de la magia moviéndose alrededor del sobre una vez más.

Creo que podría haberme dejado puesto el guante. El sobre no tenía nada raro. Nada de bombas trampa.

Bueno, bien. Ya basta de esperas. Cogí el sobre con mi débil mano izquierda, lo abrí y lo vacié sobre la mesa.

Había tres cosas en el sobre.

La primera era una foto de ochenta por diez, en color, en la que salía Karrin Murphy, directora del grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago. Sin embargo, no estaba de uniforme ni vestía ropa de trabajo. Llevaba una chaqueta de la Cruz Roja, una gorra de béisbol y, en la mano, sostenía una escopeta recortada escupiendo fuego; un modelo ilegal. En la foto se podía ver también a un hombre, de pie, cubierto de sangre desde la cintura hasta los pies. Una larga vara de acero le sobresalía por el pecho, como si hubiese sido atravesado por ella. El torso y la cabeza estaban desdibujados con líneas oscuras y manchas rojas. La escopeta apuntaba justo a la zona emborronada.

El segundo artículo también era una foto. En esta salía Murphy sin gorra y de pie encima del cadáver del hombre. También aparecía yo en el marco, salía mi cara de perfil. El hombre era un renfield, una criatura psicótica y violenta que era humana solo en el sentido más estricto de la palabra. Claro que si nos ponemos tiquismiquis, aquella foto era una prueba irrefutable de su asesinato.

Murphy, yo y un mercenario llamado Kincaid habíamos ido a la caza de un nido de vampiros de la Corte Negra, liderados por una vampira mortal llamada Mavra. Sus subordinados habían luchado con mucho arrojo. Me quemé gravemente la mano cuando Mavra entró en juego, pero tuve suerte de que solo fuera eso. Al final, rescatamos a los rehenes, descuartizamos algunos vampiros y matamos a Mavra. O por lo menos, matamos a alguien que creíamos que era Mavra. En retrospectiva, parecía extraño que una vampira, famosa por su imbatibilidad, se hubiese lanzado a nosotros desde su ruinoso fortaleza de ceniza y brasas para ser decapitada. La verdad es que había tenido un día tan largo que me había sentido muy dispuesto a creérmelo.

Tratamos de ser todo lo escrupulosos que pudimos en el ataque. Como resultado, salvamos algunas vidas que podríamos no haber salvado de haber arremetido contra ellos sin precaución. Pero hubo un momento en que aquel renfield se acercó tanto a mí que a punto estuvo de cortarme la cabeza. Por eso lo mató Murphy. Y alguien la había fotografiado haciéndolo.

Me quedé mirando las fotos.

Las habían hecho desde diferentes ángulos. Eso significaba que alguien más había estado en aquella habitación en aquel momento.

Alguien a quien ni siquiera habíamos visto.

La tercera cosa que había caído en la mesita de centro era un trozo de papel escrito con la misma letra del sobre. Lo leí:

Dresden:

Me gustaría reunirme contigo y te propongo pactar una tregua mientras tenga lugar nuestro encuentro. Te doy mi palabra de honor de que la mantendré. Veámonos esta tarde, a las siete en punto en tu tumba del cementerio de Graceland. Si no lo haces, me veré obligada a llevar a cabo acciones que resultarán ciertamente desafortunadas para ti y para tu amiga policía.

Mavra

En el tercio final de la hoja de la carta había un mechón de pelo rubio pegado. Puse la foto al lado de la carta.

El pelo era de Murphy.

Mavra tenía a Murphy en su punto de mira. Y con estas fotos de ella cometiendo un delito, y nada menos que conmigo a su lado, ayudándola e incitándola, podría hacer que la echaran de la policía y la pusieran a servir copas en cuestión de horas. Pero lo del mechón de pelo era algo mucho peor. Mavra era una gran hechicera y podía llegar a ser tan fuerte como un mago de gran categoría. Con un mechón del pelo de Murphy podía actuar virtualmente contra ella como le diera la gana, y no habría nada que pudiera hacerse para evitarlo. Mavra podría matarla. Podría hacerle algo peor que matarla.

No tardé mucho en decidirme. En el ambiente sobrenatural se podía confiar en una tregua propuesta bajo palabra de honor, especialmente entre las personas del Viejo Mundo, como Mavra. Si proponía una tregua para que pudiésemos hablar, lo decía en serio. Quería hacer un trato.

Miré de nuevo las fotografías.

Quería pactar y ella negociaría desde el lado del poder. Es decir, me iba a chantajear, y si yo no colaboraba, Murphy podía darse por muerta.

2

El perro y yo fuimos a mi tumba.

El cementerio Graceland es famoso. Aparece en casi todas las guías de Chicago, y hasta puede que también se hable de él en internet. Es el cementerio más grande de la ciudad y uno de los más antiguos. Está rodeado por unos muros muy sólidos y sobre él hay un sinfín de historias de fantasmas y guardianes de las sombras. Las tumbas que hay dentro son, desde terrenos normales con sencillas lápidas, hasta réplicas a tamaño real de templos griegos, obeliscos egipcios, estatuas de mamuts e incluso una pirámide. Se trata del Las Vegas de los cementerios. Y mi tumba está en él.

Tal cementerio no está abierto por la noche. La mayoría no lo están y hay una razón para ello. Todo el mundo sabe la razón, pero nadie lo comenta. No es porque haya muertos en ellos. Es porque hay personas que no están muertas del todo. Los fantasmas y las sombras perduran en los cementerios mucho más que nadie, especialmente en las ciudades más antiguas del país, donde los camposantos más viejos y más grandes se sitúan justo en el medio de las urbes. Por esta razón se construyen esos muros alrededor, aunque solo midan un metro: no son para que la gente no entre, son para evitar que salga lo que hay dentro. Los muros tienen una especie de poder en el mundo de los espíritus. Estas paredes que rodean los cementerios están, casi siempre, impregnadas del callado esfuerzo por mantener los dos mundos, el de los vivos y el de los no vivos, sentados a diferentes lados de la mesa comunal.

Las puertas se hallaban cerradas y había un vigilante en una pequeña construcción, demasiado maciza para llamarla cabaña pero demasiado pequeña como para llamarla de otra manera. Ya había estado allí otras veces y sabía bien cómo entrar y salir por la noche si fuera necesario. En la esquina nordeste de la valla había un montículo de gravilla que habían dejado los obreros que estaban trabajando en la carretera. Se elevaba lo suficiente, al lado del muro, como para que hasta un hombre con una sola mano y un enorme y desgarrado perro pudiesen colarse por allí.

Entramos, Ratón y yo. El perro, por muy grande que fuese, seguía siendo un cachorro, y tenía unas patatas descomunales para un cuerpo tan delgado. Había sido esculpido a la misma escala que las estatuas que hay en las puertas de los restaurantes chinos, aunque con un amplio y poderoso pecho y con una cantidad ingente de fuerza en el hocico. Su pelaje era oscuro, de un gris casi uniforme, con manchas negras en la punta de sus peludas orejas, del rabo y de las patas. Ahora parecía un poco torpe y desgarrado, pero dentro de unos cuantos meses habría ganado músculo y se convertiría en un verdadero monstruo. ¡Y vaya si me gustaba la compañía de mi monstruo personal para acudir a una cita con una vampira en mi propia tumba!

La encontré cerca de la tumba de una niñita famosa llamada Inés que había

muerto hacía un siglo. El sepulcro de la pequeña tenía una estatua encima. Ya la había visto antes y se parecía mucho a la Alicia original del libro de Carroll: un querubín ataviado con un auténtico vestido victoriano. Supuestamente, el fantasma de la niña adoptaba el cuerpo de la estatua y corría y jugaba no solo entre las otras tumbas, también por el vecindario. Yo nunca la había visto.

Pero... la estatua no estaba.

Mi tumba es una de las más humildes que hay por allí. También está de pie y abierta, el noble vampiro que me la compró la había colocado para que permaneciese así. Me había conseguido un ataúd en estado permanente de emergencia, algo parecido al presidente con el *Air Force One*, solo que un poco más mórbido: «*Dead Force One*».

Mi lápida es una piedra vertical de sencillo mármol blanco y tiene una inscripción en letra capital con incrustaciones de oro: «Harry Dresden». Y también, taraceado en oro, un pentáculo, una estrella de cinco puntas dentro de un círculo, que es el símbolo de las fuerzas mágicas contenidas dentro de la voluntad humana. Y más abajo hay algo más: «Murió haciendo lo correcto».

Es un lugar demasiado cargado de desasosiego para ir de visita.

Es decir, todos vamos a morir. Sabemos eso a nivel intelectual. Nos lo imaginamos a menudo cuando somos jóvenes, y nos da tanto miedo que nos intentamos convencer de que seremos inmortales al menos una década más.

A nadie le gusta pensar en la muerte, pero es inevitable. No importa lo que hagas, no importa que practiques mucho ejercicio, que te tomes tu alimentación muy en serio, que medites, reces o que dones mucho dinero a la Iglesia. Hay una única verdad, insensible y cruel, a la que se enfrentarán todos los habitantes de la Tierra: llegará un día en el que todo termine. Un día el sol saldrá, el mundo girará, la gente seguirá sus rutinas diarias y tú ya no estarás allí. Te habrás paralizado y te habrás quedado frío.

Y a pesar de todas las creencias religiosas, de los testimonios de aquellos que vivieron experiencias cercanas a la muerte y de las invenciones de los contadores de historias, la muerte sigue siendo un auténtico misterio. Nadie sabe, a ciencia cierta qué es lo que pasa después, si es que hay un después. Todos nos enfrentamos ciegos a lo que sea que haya ahí fuera, más allá de la oscuridad.

Muerte.

No puedes escapar.

Vas a morir.

Es un hecho amargo y horrorosamente cierto, pero créeme, se ve todo desde un nuevo prisma de colores y texturas cuando te encuentras frente a tu propia tumba abierta.

Me quedé allí de pie, entre las silenciosas lápidas y las placas conmemorativas,

tan sobrias y estrafalarias a la vez, con la luna de finales de octubre sobre mi cabeza. Hacía demasiado frío para que los grillos cantasen, pero el ruido del tráfico, las sirenas, las alarmas de los coches, los aviones que sobrevolaban, la música lejana... el pulso de Chicago me hacía compañía. La niebla había salido del lago Míchigan como hacía tantas noches, pero esta vez se mostró excepcionalmente densa y, cual enredadera, se fue extendiendo entre las tumbas y las piedras. Había una silenciosa y penetrante tensión en el aire, un tipo de energía sosegada muy frecuente a finales de otoño. Halloween casi había llegado y las fronteras entre Chicago y el mundo de los espíritus, el Más Allá, estaban extremadamente debilitadas. Podía sentir sombras inquietas merodeando por el cementerio, desperezándose en la envolvente niebla y probando el aire cargado de energía; aunque la mayoría de ellas demasiado débiles como para que el ojo de un mortal pudiese apreciarlas.

Ratón se sentó a mi lado con las orejas hacia delante y en alerta, moviendo la mirada con mucha concentración. La atención que ponía hacía que fuese obvio el hecho de que podía ver esas cosas que yo solo podía sentir vagamente. Pero lo que fuera que estuviese ahí fuera, no lo molestaba. Se sentó a mi lado en silencio, contento de poder apoyar su cabeza bajo mi mano enfundada.

Llevaba puesto mi guardapolvo de cuero, cuya capa me llegaba casi hasta los codos, mis pantalones de faena, un jersey y unas viejas botas de combate. Tenía mi arsenal mágico en la mano derecha, un largo y macizo trozo de roble esculpido a mano con runas y diferentes sellos dibujados a lo largo de él. Y el pentáculo de plata de mi madre colgado de una cadena alrededor del cuello. Mi piel cicatrizada apenas podía sentir el brazalete de plata con minúsculos escudos colgado de mi muñeca izquierda, pero estaba allí. Varios dientes de ajo, atados en una gran ristra, descansaban en mi bolsillo y me rozaban la pierna cada vez que cambiaba de postura. El conjunto de útiles raros podría parecer completamente inocuo a los ojos de alguien despreocupado, pero suponía un arsenal mágico que me había sacado de muchos problemas.

Aunque Mavra me había dado su palabra de honor, tengo muchos otros enemigos a los que les encantaría pegarme un tiro, así que no iba a ofrecerme como objetivo fácil. Aunque allí de pie, en la oscuridad de aquel cementerio con tantas presencias, estaba empezando a ponerme cada vez más nervioso.

—Venga —susurré después de unos minutos—. ¿Por qué tardará tanto?

Ratón dejó escapar un gruñido tan bajo y pausado que casi no lo oí, pero sentí la tensión repentina del perro y la cautela temblorosa que subía por mi mano mutilada, sacudiendo mi brazo hasta el codo.

Agarré mi bastón y miré alrededor. Ratón estaba haciendo más o menos lo mismo hasta que sus oscuros ojos empezaron a seguir algo que yo no podía ver. Fuese lo que fuese, a juzgar por la mirada de Ratón, se estaba acercando. De pronto hubo un

sigiloso y apurado ruido y Ratón se agachó, alargó el hocico, orientándolo hacia mi tumba abierta, y mostró los dientes.

Di un paso hacia mi tumba. Trozos de niebla fluían hacia abajo dentro de ella provenientes de los verdes campos. Hablé entre dientes, saqué mi amuleto y envié algo de mi voluntad a la estrella de cinco puntas, provocando que desprendiese una tenue luz azulada. Me coloqué el amuleto entre los dedos de mi mano izquierda, mientras agarraba el palo con mi mano derecha e intentaba atisbar el interior de la tumba.

La niebla de dentro se unió de repente y formó el cadáver marchito de una mujer, escuálida y seca, que parecía haber estado durante años enterrada. El cadáver llevaba una toga verde y una túnica negra, al estilo medieval. La tela era simple algodón, es decir, confección moderna y estilo antiguo.

El bufido de Ratón se convirtió en un gruñido mucho más escandaloso.

El cadáver se reacomodó, abrió sus ojos blancos como la leche y me miró fijamente. Levantó una mano en la que sostenía un lirio blanco y me lo ofreció. Después habló con una voz que no era más que un susurro.

—Mago Dresden, una flor para tu tumba.

—Mavra —le dije—, llegas tarde.

—Había viento en contra —me contestó la vampira. Giró la muñeca y el lirio salió disparado, dibujando un arco, y cayó en mi lápida. Ella lo siguió con el mismo movimiento, tan pausadamente que me recordó a la gracia fantasmagórica de una araña. Me di cuenta de que llevaba una espada y una daga colgadas en un cinturón para armas. Parecían viejas y usadas y me apostaría lo que fuera a que estaban hechas con materiales no actuales. Se paró y me miró desde mi tumba. Yo apenas podía verle la cara, tan lejos de la luz azul de mi amuleto, pero vi que sus ojos enfermos con cataratas estaban fijos en Ratón.

—¿No perdiste la mano? Después de aquellas quemaduras pensé que te la habrían amputado.

—Es mía —le contesté—. Además, no es tu problema. Me estás haciendo perder el tiempo.

Los labios del cadáver de la vampira se tensaron en una sonrisa. Escamas de carne muerta le cayeron por las comisuras. Su pelo encrespado como paja seca estaba completamente roto a un dedo de longitud, pero tenía mechones más largos por el medio, del color del pan de molde, que rozaban los hombros de su vestido.

—Estás permitiendo que tu mortalidad te vuelva impaciente, Dresden. ¿Estás seguro de que quieres desaprovechar esta oportunidad hablando de tu asalto a mi plaga?

—No. —El amuleto me resbaló otra vez y apoyé la mano en la cabeza de Ratón—. No he venido a relacionarme en sociedad. Tienes información sobre Murphy que

podría perjudicarla y quieres algo de mí. Vayamos al grano.

Su risa era ronca y su sonrisa estaba llena de telarañas.

—Siempre olvido lo joven que eres hasta que te vuelvo a ver —dijo—. La vida es efímera, Dresden. Si insistes en vivir la tuya, tienes que divertirte.

—Tiene gracia que lo digas, porque precisamente el intercambio de insultos con una superzombi egotista no es la idea que tengo yo de diversión —le reproché. Ratón puntuó mi frase con otro sonoro gruñido. Le di la espalda y empecé a caminar—. Si esto es todo lo que querías decirme, me voy.

Se rió con más fuerza y el sonido de su risa me aterrorizó. Puede que fuera el ambiente, pero había algo raro, no tenía motivos para reírse de esa manera... No había calidez, ni humanidad, ni amabilidad, ni alegría en aquella risa. Era como la propia Mavra, tenía una marchita carcasa humana, pero en su interior todo era como en una pesadilla.

—Muy bien —dijo Mavra—. Seamos breves pues.

Volví a mirarla, cauteloso. Había algo en su actitud que acababa de cambiar y estaba activando todas mis alarmas.

—Encuentra la Palabra de Kemmler —dijo. Se dio la vuelta rápidamente, su falda negra se iluminó y apoyó una mano en la espada con gesto descuidado, preparándose para desaparecer.

—¡Oye! —dije con voz ahogada—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo sin darse la vuelta.

—¡Espera un momento! —grité. Se detuvo.

—¿Qué carajo es eso de la Palabra de Kemmler?

—Es el camino.

—¿Y adónde lleva? —le pregunté.

—Al poder.

—Es lo que quieres.

—Sí.

—Y quieres que lo encuentre yo.

—Sí, tú solo. No le hables a nadie de nuestro trato ni de lo que pretendes.

Cogí aire despacio.

—¿Y qué pasaría si te digo que te vayas al infierno?

Mavra levantó un brazo en silencio. Había una foto entre sus dedos disecados e incluso a la luz de la luna pude ver que era de Murphy.

—Te detendré —vaticiné—. Y si no puedo, te perseguiré. Si le haces daño te mataré y te haré sufrir tanto que tus diez últimas víctimas se recuperarán milagrosamente.

—No tendré que tocarla —señaló ella—. Mandaré las pruebas a la policía y las autoridades mortales la procesarán.

—No puedes hacer eso —le dije—. Puede que magos y vampiros estemos en guerra, pero debemos mantener a los mortales al margen de todo esto. Si metes a las autoridades mortales, el Consejo se meterá también. Y luego los Rojos. Podrías intensificar los conflictos hasta generar un caos global.

—Tal vez, si intentase contratar a las autoridades mortales contra ti —dijo Mavra—. Tú eres del Consejo Blanco.

El estómago me dio un vuelco cuando empecé a entender lo que estaba ocurriendo. Yo era miembro del Consejo Blanco de magos, un ciudadano consagrado en los reinos sobrenaturales.

Pero Murphy no lo era.

—¡La protectora de la gente! —Mavra no estaba siendo nada sutil—. La defensora de la ley se convertirá en una asesina convicta y la única explicación que podrá dar hará que parezca que ha perdido el juicio. Está preparada para morir en el campo de batalla, mago. Pero yo no la mataré sin más. La destrozaré. Destruiré su corazón echando por tierra todo el trabajo de su vida.

—¡Zorra! —exclamé.

—Claro. —Me miró por encima del hombro—. Y a menos que estés decidido a cargarte la civilización mortal, o por lo menos gran parte de ella, para imponer tu voluntad, no hay nada que puedas hacer para pararme.

Una explosión de ira se liberó en mi pecho y se extendió como una bola de fuego por todo mi cuerpo y mis pensamientos. Ratón avanzó un paso en dirección a Mavra, peleando con la niebla que nos rodeaba y gruñendo cada vez más, no me di cuenta hasta pasado un rato de que estaba siguiendo mi ejemplo.

—¡Y una mierda que no hay nada que pueda hacer! —gruñí—. Si no hubiese aceptado la tregua...

Los dientes amarillos del cadáver de Mavra se mostraron en una espantosa sonrisa.

—Mátame cuando quieras, mago, pero no te hará ningún bien. A menos que le ponga freno a todo esto, las fotos y las otras pruebas serán enviadas a la policía. Solo me detendré si me siento satisfecha cuando me entregues la Palabra de Kemmler. Encuéntrala. Tráemela antes de que pasen tres medias noches más y todas las pruebas serán tuyas. Tienes mi palabra.

Dejó caer la foto de Murphy y no sé qué luz morada asquerosa se encendió alumbrándola durante un segundo hasta que cayó al suelo. Un olor acre, como de productos químicos chamuscados, inundó el ambiente.

Cuando volví a mirar a Mavra ya no había nadie.

Caminé despacio hacia la foto, luchando por dejar mi ira a un lado lo suficientemente rápido como para lograr desplegar con mi mano mis poderes sobrenaturales. Ya no sentía en absoluto la presencia de Mavra a mi alrededor, y

durante los siguientes segundos, los gruñidos del perro fueron cesando poco a poco, desde prudentes bufidos de incertidumbre hasta el profundo silencio. Aunque no tenía muy claros los detalles, Ratón no era un perro normal y si él no notaba a los malos acechando era porque los malos no estaban por allí.

La vampira se había ido.

Recogí la foto. Se había estropeado. La energía oscura había hecho unas quemaduras con forma de números en la cara de Murphy. Un número de teléfono. Qué monada.

Mi justificado ataque de ira se iba apaciguando y ya lo estaba echando de menos, porque sabía que en cuanto desapareciese daría paso a la preocupación enfermiza.

Si no trabajaba para una de las peores personas con las que jamás había tratado, a Murphy la colgarían hasta dejarla seca.

Esa mala persona buscaba el poder y, por si fuera poco, había un plazo que cumplir. Si Mavra necesitaba algo así tan rápido, significaba que algún tipo de lucha de poder se nos venía encima. Y aquella fecha: dentro de tres medias noches era la noche de Halloween. Además de arruinarme el cumpleaños, significaba que la magia negra entraría en juego en un futuro cercano, y a esta altura del año eso solo quería decir una cosa: nigromancia.

Me quedé allí de pie, en el cementerio, observando mi tumba, hasta que empecé a tener escalofríos. En parte, por el frío.

Me sentí muy solo.

Ratón suspiró aunque no parecía preocupado. Se apoyó contra mí.

—Vamos, chico —le dije—, vamos a llevarte a casa. Con que uno de nosotros se ocupe de todo esto, es suficiente.

3

Necesitaba más respuestas.

Y tiempo para dejarme caer por el laboratorio.

Ratón y yo volvimos al apartamento en mi fiel corcel: un Volkswagen Escarabajo azul, viejo y castigado. Decir que es azul es hablar un poco metafóricamente. Al coche se le han cambiado varias puertas por piezas de diferentes colores: blancas, amarillas, rojas y verdes. Mi mecánico, Mike, se las arregló para devolverle su forma original aporreando el capó, ya que lo había abollado considerablemente al chocar contra uno de los malos. No había tenido dinero para volverlo a pintar, así que ahora el coche tenía imprimaciones grises.

Ratón se había puesto a ladrar insistentemente para transmitirme sus ganas de bajar del coche. Ocupaba casi todo el asiento trasero y para salir tenía que pasar primero por el asiento del conductor y descender desde allí. Cada vez que se repetía esta situación, venía a mi mente un vídeo en el que un elefante marino se movía torpemente por un aparcamiento en Nueva Zelanda. Sin embargo, Ratón salió muy contento, dando golpes con las patas y saludando con el rabo con mucho entusiasmo. Le encantaba ir a los sitios en coche. Que el sitio resultara ser una reunión clandestina en un escalofriante cementerio no pareció arruinarle la excursión. Lo que le gustaba era el viaje, no el destino. Ratón tenía un alma muy zen.

Míster no había vuelto todavía, y Thomas tampoco. Traté de no pensar mucho en aquello. Míster vivía solo cuando lo encontré y muy a menudo se iba por ahí de expedición. Sabía cuidarse solo. Thomas se las había arreglado para sobrevivir durante toda su vida sin mí, salvo los últimos meses. También sabía cuidarse solo.

No tenía que preocuparme por ninguno de los dos, ¿vale?

Sí, vale.

Desactivé los conjuros que protegen mi casa de las posibles intrusiones sobrenaturales y entré con Ratón. Avivé un poco el fuego y el perro se tumbó frente a él, suspirando satisfecho. Dejé mi abrigo por ahí, cogí mi vieja y gruesa bata de franela, una Coca-Cola y bajé las escaleras.

Mi apartamento está en un sótano, pero hay una trampilla debajo de una de las alfombras. Desde ahí, una escalera plegable de madera lleva al subsótano, a mi laboratorio. Allí abajo hace mucho frío todo el año y por eso me pongo esa bata tan gorda. Entiendo que cada vez que me la pongo le quito un poco de romanticismo a la imagen del mundo de los magos, pero es que es tan cómoda...

—¡Bob! —Alcé la voz al llegar al laboratorio, negro como la boca del lobo—.

Calienta los bancos de memoria. Tengo trabajo.

Las primeras luces de la habitación que se encendieron fueron las velas, cuyas llamas eran de color dorado anaranjado. La luz surgió de las cuencas de los ojos de

una calavera y poco a poco fue cobrando más potencia. Finalmente, la estantería sobre la que reposaba se iluminó por completo; no era más que un conjunto de tablas de madera contra la pared, con velas por todos lados, novelas de amor, pequeños cachivaches y una pálida calavera humana.

—Dame tiempo —dijo la calavera—. Hace semanas que no me necesitas.

—Y la razón es —dije— que la mayoría de los trabajos de Halloween acaban pareciendo iguales después de unos años. No necesito consultarte cuando ya conozco las respuestas que busco.

—Si fueses tan listo —murmuró Bob—, no me necesitarías ahora.

—Tienes razón —cedí. Saqué del bolsillo de mi bata una caja de cerillas de cocina y empecé a encender velas. Empecé por unas que estaban en la mesa de metal y fui hasta las del centro de la habitación—. Tú eres un espíritu del conocimiento y yo soy solo un humano.

—Es verdad —dijo Bob arrastrando las palabras—. ¿Te encuentras bien, Harry?

Seguí con lo mío. Es decir, seguí encendiendo las velas que había en las estanterías metálicas y en los bancos de trabajo de las tres paredes, colocadas en forma de ce, rodeando la gran mesa de acero. Los estantes se hallaban repletos de cosas: platos de plástico, tapas, latas de café, bolsas, cajas, latas, frascos, termos y todo tipo de pequeños recipientes imaginables. Todos estaban llenos con diferentes clases de sustancias, tan mundanas como las pelusas y tan exóticas como la tinta de pulpo. Tenía libros y cuadernos valorados en varios cientos de libras, algunos colocados ordenadamente y otros apilados de manera negligente donde los había dejado por última vez. Hacía tiempo que no bajaba al laboratorio y las hadas tenían prohibido el acceso, así que había un poco de polvo por encima de todo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno —dijo Bob con tono cauteloso—, me acabas de hacer un cumplido, cosa que nunca ha significado nada bueno. Y además, has encendido con cerillas todas las velas.

—¿Y?

—Pues que puedes encender todas las velas con el estúpido conjuro que te inventaste —dijo Bob—. Y por culpa de tu mano quemada se te está cayendo la caja todo el tiempo. Total, que has gastado ya siete cerillas intentando encender las dichas velas.

La caja se me resbaló y se me volvió a caer, otra vez, por culpa de los dedos rígidos del guante.

—Ocho —dije.

Contuve un gruñido, cogí una cerilla nueva e intenté encenderla con tanta fuerza que se me partió.

—Nueve —apuntó Bob.

—Cállate —le recriminé.

—Lo que tú digas, jefe. Soy el mejor callándome.

Encendí las últimas velas y Bob dijo:

—Entonces, ¿has venido aquí abajo para que te ayude a empezar a trabajar en tu nueva varita mágica?

—No —contesté—. Bob, solo tengo una mano; no puedo tallarla con una mano.

—Podrías usar una empuñadura de tornillo —sugirió la calavera.

—No estoy preparado —respondí. Mis dedos atrofiados se habían quemado y me latían con fuerza—. Es que... no.

—Pues ya te puedes ir preparando —dijo Bob—. Es solo cuestión de tiempo antes de que los malos aparezcan y...

Eché una mirada amenazadora a la calavera.

—Vale, vale —dijo Bob. Si la calavera tuviera manos, las habría levantado haciendo un gesto de rendición—. Entonces me estás diciendo que por ahora seguirás sin usar nada de magia de fuego.

—Estrellas y piedras... —suspiré—. Pues ya ves, estoy usando cerillas en vez del conjuro de las velas y estoy demasiado ocupado para hacer mi nueva varita mágica. No es para tanto. Tampoco es que me atraiga mucho la idea de ir por ahí volando o quemando cosas un día cualquiera.

—¿Harry? —preguntó Bob—. ¿Acaso eres nuevo en esto?, ¿te estás haciendo el loco?

Parpadeé.

—¿Qué?

—La Tierra llamando a Dresden —dijo Bob—. No hagas como si esto no fuera contigo y estuvieses dudando si lanzarte a la piscina cuando el agua ya te llega por la cintura.

Tiré la caja de cerillas a la calavera. Rebotó con poco brío y las pocas cerillas que quedaban dentro se cayeron, rodando desperdigadas.

—Guárdate tu puto psicoanálisis —gruñí—. Tenemos que trabajar.

—Vale —siguió Bob—. Tienes razón, Harry, ¿qué sé yo del mundo?

Fruncí el ceño y coloqué mi taburete en la mesa de trabajo. Saqué una libreta y un lápiz.

—La pregunta del millón es: ¿qué sabes de la Palabra de Kemmler?

Bob hizo un ruido como si estuviese sorbiendo entre los dientes, cosa que tiene mucho mérito, porque no tiene saliva. O bueno, tal vez yo lo vea con buenos ojos, pero *es que* tampoco tiene labios y *es* capaz de pronunciar consonante labiales.

—¿Podrías darme un punto de referencia o algo así?

—No con toda seguridad —comenté—. Pero algo me dice que tiene que ver con la nigromancia.

Bob emitió un silbido y dijo:

—Esperemos que no.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque ese Kemmler era una auténtica pesadilla —dijo Bob—. Es decir, joder, estaba enfermo, Harry. Te estoy hablando de pura maldad.

Aquello llamó mi atención. La calavera Bob era un espíritu de aire, un ser que existía en el mundo de la cultura, pero sin moral. El conflicto del bien y del mal para él era un asunto bastante confuso y, de resultas, solo tenía vagas ideas de dónde estaban los límites. Si Bob pensaba que alguien era «pura maldad» solo podía querer decir que Kemmler tuvo que haber forzado la máquina.

—¿Qué hizo? —pregunté—. ¿Por qué es tan malo?

—Lo llamaban primera guerra mundial —dijo Bob.

—¿Estuvo metido en aquello? —pregunté.

—En casi todo, sí —dijo Bob—. Se debieron de invertir unos ciento cincuenta años de trabajo de ingeniería en todo aquello y él estaba metido en todo tipo de negocios relacionados. Después de que todas las atrocidades tuvieran lugar desapareció, y no volvió a aparecer hasta que empezó a despertar a las ánimas de las fosas comunes de la segunda guerra mundial. Arrasó toda Europa del Este, que sin su ayuda ya vivía una auténtica pesadilla. Nadie sabe a ciencia cierta a cuánta gente mató.

—¡Estrellas y piedras! —dije—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Adivina. Estaba completamente loco. Además de ser malísimo.

—Has dicho «estaba» —dije—. ¿En tiempo pasado?

—Muy pasado —dijo Bob—. Después de lo que hizo, el Consejo Blanco lo cazó y lo echó a patadas en 1961.

—¿Te refieres a los centinelas?

—Me refiero al Consejo Blanco —dijo Bob—. El Merlín, todo el Consejo de Veteranos, el poderoso escuadrón de Arcángel, los centinelas, y todos los hechiceros y aliados que los magos pudieron conseguir.

Parpadeé.

—¿Para un solo hombre?

—Busca ahí el significado de pesadilla —dijo Bob—. Kemmler era un nigromante, Harry. El poder más allá de la muerte. Se relacionaba con demonios y era amigo de casi todas las cortes de vampiros, de las peores personas de Europa y de casi todas las más feas también. Además, había un pequeño equipo de promesas de Kemmler para ayudarlo. Aprendices y matones de todo tipo.

—Menudo capullo —dije.

—Sin duda lo era —dijo Bob—. Lo mataron bastante bien. Unas cuantas veces. Volvió a aparecer después de que los centinelas lo asesinaran a principios del siglo

XIX, así que tuvieron mucho cuidado la segunda vez. ¡Adiós y buen viaje para el cabrón psicótico!

Parpadeé.

—¿Lo conociste?

—¿Nunca te lo he contado? —preguntó Bob—. Fue mi dueño durante unos cuarenta años.

Me quedé pasmado.

—¿Trabajaste con ese monstruo?

—Así es mi trabajo —dijo Bob orgulloso.

—¿Y entonces cómo te consiguió Justin?

—Justin DuMorne era centinela, Harry, durante la última aparición de Kemmler. Me rescató de las ruinas de su laboratorio en llamas. Más o menos como cuando tú me recogiste de las ruinas del laboratorio de Justin, cuando lo mataste y el edificio ardía. *Circle of life*^[2] como la canción de Elton John.

Sentí algo más que un poco de frío. Me mordí el labio y dejé el lápiz. Tenía el presentimiento de que el resto de la conversación no iba a ser algo de lo que yo iba a querer dejar constancia escrita.

—Entonces, ¿qué es la Palabra de Kemmler, Bob?

—Ni idea —dijo Bob.

Gruñí.

—¿Qué quieres decir con ni idea? Creía que eras su ayudante calavera.

—Bueno, sí —dijo Bob. La luz de sus ojos parpadeó de repente, como en un nervioso baile—. Pero no recuerdo mucho de aquello.

Dejé salir una carcajada.

—¡Bob, tú nunca olvidas nada!

—No —dijo Bob y su voz comenzó a debilitarse—. A no ser que quiera, Harry... Fruncí el ceño y cogí aire.

—¿Quieres decir que decidiste olvidar cosas sobre Kemmler?

—O que me obliguen —dijo Bob—. Eh... Harry, ¿puedo salir? Solo al laboratorio, mientras hablamos.

Parpadeé un par de veces. Bob estaba muy revoltoso últimamente. Nunca lo dejaba salir, salvo que las misiones requiriesen alta inteligencia. Y aunque siempre me daba la lata para que lo dejase salir cuando tenía uno de sus mini ataques de furia desenfrenada, nunca me había pedido permiso para abandonar su calavera durante una charla.

—Claro —le contesté—, quédate dentro del laboratorio y vuelve a la calavera cuando acabemos de hablar.

—Vale —accedió Bob.

Una pequeña nube de puntos rojos incandescentes, del tamaño de las chispas de

una hoguera, salió flotando por los ojos de la calavera y revoloteó rápidamente en dirección a la esquina del laboratorio.

—Bueno, entonces, ¿cuándo vamos a empezar a trabajar en la nueva varita mágica?

—Bob —atajé—, estamos hablando de la Palabra de Kemmler.

Las luces se movían inquietas de un lado al otro del laboratorio, se arremolinaban por los peldaños de la escalera, y formaban una hélice resplandeciente.

—Eres tú el que está hablando de la Palabra de Kemmler —puntualizó Bob. La nube de brillo se extendió y las motas empezaron a formar espirales por las escaleras hacia arriba y hacia abajo simultáneamente.

—Estoy ensayando para mi actuación en Las Vegas. Mira, soy el ADN.

—¿Podrías dejar de hacer el ganso? ¿No recuerdas absolutamente nada de Kemmler?

La voz de Bob se quebró, las motas formaron una nube imprecisa otra vez.

—Podría.

—Entonces cuéntamelo.

—¿Es una orden?

Parpadeé.

—¿Es necesario que lo sea?

—Recuerda que no quieres darme órdenes, Harry.

—¿Por qué no? —le pregunté.

La nube de luces se deshizo en varias líneas curvas que ocuparon el laboratorio.

—Porque soy conocimiento. Cuando borré el conocimiento de todo lo que sabía sobre Kemmler, perdí una gran parte de mi existencia. Fue como si alguien me hubiese cortado un brazo. Los restos de lo que sé sobre Kemmler están muy cerca de las partes de mí que me faltan.

Me pareció que estaba empezando a comprenderlo:

—Duele.

Las luces se arremolinaron vacilantes.

—Sí que duele, pero es más que eso.

—Si te duele —le dije—, pararé y podrás volver a olvidarlo cuando terminemos de hablar.

—Pero... —se quejó Bob.

—Es una orden, Bob. Cuéntamelo.

Bob se estremeció.

Fue una visión muy rara: una nube de luces temblando durante unos segundos. Fue como si un soplo de viento se estremeciese primero y luego, de repente, empezase a parpadear de un lado a otro, tan rápido como si solo tuviese un ojo abierto.

—Kemmler —dijo Bob—. Vale.

Las luces se apaciguaron en el otro extremo de la mesa, formando una esfera perfecta.

—¿Qué es lo que quieres saber, mago?

Miré las luces con cautela, pero nada parecía revelar fatalidad, salvo por el hecho de que Bob se había tranquilizado de repente. Y se había «geometrizado».

—Dime qué es la Palabra de Kemmler.

Las luces enrojecieron.

—Conocimiento. Verdad. Poder.

—Ah —dije—. ¿Y no podrías ser un poco más específico?

—El maestro escribió sus enseñanzas, mago, para que aquellos que vinieran después pudieran aprenderlo. Que pudieran aprender el verdadero poder de la magia.

—Quieres decir —dije—, ¿que pudieran aprender acerca de la nigromancia?

La voz de Bob adoptó un aire desdeñoso.

—Lo que tú llamas magia no son más que un montón de trucos de salón al lado del poder que controla la vida y la muerte desde su esencia.

—Supongo que esa es tu opinión —le dije.

—Es más que eso —dijo Bob—. Es verdad. Es una verdad que se revela a aquellos que salen en su búsqueda.

—¿Qué quieres decir? —pregunté muy despacio.

Hubo un fogonazo, un par de ojos blancos se formaron en la nube brillante de puntos rojos. No eran muy agradables.

—¿Quieres que te muestre el inicio del camino? —dijo la voz de Bob—. La muerte, Dresden, es una parte de ti. Está tejida en las costuras de tu ser. Eres una colección de piezas, cada una de ellas se muere e inmediatamente renace y se rehace.

Las luces blancas eran frías. Pero no como el frío de la montaña. Eran frías como la niebla del cementerio. Nunca había visto algo como aquello. Y no tenía sentido interrumpir a Bob cuando por fin estaba desembuchando la información.

Además, la luz era fascinante.

—La carne muerta te adorna incluso ahora. Uñas. Pelo. Te ocupas de ello y te cuidas como cualquier mortal. La mujer se maquilla. Y así te seduce. La muerte no es nada a lo que temer, chico. Es una amante que espera para tomarte en sus brazos. La puedes sentir, si conoces su tacto. Frío, lento, dulce.

Tenía razón. Una especie de frío cosquilleo se me estaba metiendo por debajo de las uñas y del cuero cabelludo. Durante un segundo pensé que me dolía, pero luego me di cuenta de que solo era una sensación palpitante en la que esa fría energía se abría paso hacia mi sangre, haciéndola contraerse bajo mi piel. Cuando llegaba hasta ella, me sentía incómodo. Sin la sangre, ese frío se convertiría en una dulzura pura e interminable.

—Deja que entre en ti un poco de muerte, chico. Luego te llevará a por más. Abre la boca.

Lo hice. No podía dejar de mirar a la luz, que era tan increíble como para quedarse boquiabierto. Casi no pude ver cómo una mota estática de color azul oscuro, algo que parecía el cadáver de una pequeña estrella, aparecía dentro de uno de los ojos del espíritu. De pronto, se dirigió hacia mi boca. La sensación de frío aumentó y golpeó mi lengua como un caramelo de menta termonuclear, un calor helador, abrasadoramente amargo y dulce y... malo. Lo escupí, retrocedí y me llevé las manos a la cara. Me caí al suelo y noté que se me iba durmiendo todo el cuerpo.

—¡Demasiado tarde! —gritó el espíritu, y se confundió con el aire, rodeándome y regodeándose—. Sea lo que sea que le hayas hecho a mis pensamientos, al maestro no le va a hacer ninguna gracia que te hayas metido con su escudero.

El frío empezó a extenderse. No era solo un frío físico, había algo de vacío e inhumano en él: una sensación de oscuridad y quietud. Sentí cómo me devoraba con hambre insaciable, no solo mi cuerpo, también mi ser. También pude advertir cómo me rompía en pedazos y se los llevaba. Bajaba el ritmo de los latidos de mi corazón y se me hacía imposible respirar.

—¿Sabes cuánto tiempo he estado esperando esto? —susurró el espíritu, zarandeándome hacia delante y hacia atrás—. ¿Sentado ahí, encerrado en mis propios pensamientos? ¿Esperando la oportunidad para luchar libremente? ¡Por fin, ogro necio asqueroso, podré dejar tu estupidez atrás!

—¡Bob! —grité sofocado—. ¡La conversación ha terminado!

El espíritu de luces rojas explotó de repente y se convirtió en furia incandescente. Pegó un aullido que hizo vibrar la estantería y creí que la cabeza me iba a estallar. Enseguida la nube se trasladó hacia el fondo de la habitación, succionada por los agujeros de los ojos de la calavera. Parecía como si un sumidero infernal tratase de absorberla.

En cuanto las últimas chispas parpadeantes entraron en la calavera, se levantó tal frío que tuve que acurrucarme y concentrarme para tratar de no sentirlo. Me llevó un rato reponerme, pero la espantosa presencia de vacío persistió algo más entre mis uñas, incluso después de volver a sentir los dedos. Un poco después fui capaz de incorporarme de nuevo.

Me encogí y me llevé las rodillas al pecho. Estaba alucinado, asustado y me sentía fuera de mí. Siempre supe que Bob era muy valioso y que ningún espíritu tan sabio como él podría ser débil. Pero no estaba preparado en absoluto para la explosión de fuerza que había ejercido, ni para la malicia con la que lo había hecho. No se suponía que Bob fuera una pesadilla dormida esperando despertar. Se suponía que Bob era algo así como un aparatito portátil y medio estrambótico para mi uso y disfrute.

Dios mío, no recordaba la última vez que me había enfrentado a un demonio con tanto poder psíquico puro. Si hubiera sido un segundo más lento o... ¡Estrellas y piedras! Menos mal que recordé que podía desterrar a Bob de vuelta a su calavera y hacer que volviese a olvidarlo todo. Si no lo hubiera recordado, ahora estaría muerto. O tal vez habría estado muerto durante un rato y ahora ya me habría convertido en otra cosa.

Y todo habría sido solo por mi culpa.

—¿Harry? —dijo Bob.

Me estremecí y se me escapó un grito. Luego me recompuse y parpadeé mirando a la calavera. Estaba en su estante y sus ojos de luz anaranjada volvían a ser los de siempre.

—Ah, ¡hola!

La voz de Bob parecía muy tranquila.

—Tienes los labios azules.

—Sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bob.

—Digamos que bajó mucho la temperatura.

—¿Fui yo?

—Sí.

—Lo siento, Harry —dijo Bob—. Intenté decírtelo.

—Lo sé —señalé—. No me podía imaginar algo así.

—Kemmler era malo, Harry —dijo Bob—. Él... me robó todo lo que era y lo destrozó. He borrado casi todos mis recuerdos del tiempo que viví con él y he encerrado aquellos que no pude borrar porque no quiero ser así.

—No lo serás —le dije en voz baja—. Ahora escúchame, Bob. Te ordeno que nunca jamás vuelvas a recuperar esos recuerdos. Nunca dejes que vuelvan a aflorar. Jamás obedezcas ninguna orden que te indique que des rienda suelta a todo aquello. De hoy en adelante esos recuerdos están enterrados en lo más profundo del océano, ¿me has entendido?

—Si lo hago —dijo Bob cauteloso—, no te seré de mucha ayuda, Harry. Tendrás que intentarlo solo.

—Deja que yo me ocupe de eso. Es una orden, Bob.

La calavera resopló aliviada.

—Gracias, Harry.

—Ni lo menciones —le dije—, literalmente.

—Vale.

—Bien, veamos —continué—. Todavía puedes recordar información general sobre Kemmler, ¿no?

—Nada que no puedas encontrar en otros lugares, pero la información general a

la que tuve acceso con Justin era la que tenían los centinelas, sí.

—Bien. Cuando te pregunté qué era la Palabra de Kemmler me contestaste, bueno, tú, no, tu otro yo, que Kemmler había escrito sus enseñanzas. Con lo cual, supongo que se trata de un libro.

—Puede ser —dijo Bob—. Los expedientes del Consejo decían que Kemmler había escrito tres libros: *La sangre de Kemmler*, *La mente de Kemmler* y *El corazón de Kemmler*.

—¿Los publicó?

—Los autopublicó —dijo Bob— y los intentó divulgar por toda Europa.

—¿Y qué consiguió?

—Pues que demasiados hechiceros de poca monta lograran meter mano en la nigromancia.

Asentí.

—¿Y qué pasó?

—Pues que los centinelas llevaron a cabo su propia producción épica de *Fahrenheit 451* —dijo Bob—, y se pasaron unos veinte años buscando y destruyendo ejemplares. Creen que consiguieron acabar con todos.

Silbé.

—Entonces, ¿qué pasaría si *La palabra de Kemmler* fuese el cuarto manuscrito?

—Sería una mala noticia —dijo Bob.

—¿Por qué?

—Porque algunos de los discípulos de Kemmler escaparon de la redada del Consejo Blanco —explicó Bob—. Muchos todavía andan por ahí. Si consiguieran la nueva edición de clases de nigromancia a domicilio para cultivar su talento, podrían utilizarla para hacer cosas muy desagradables.

—¿Son magos?

—Practican magia negra, sí —apuntó Bob.

—¿Cuántos?

—Cuatro o cinco como mucho, aunque la información de los centinelas es muy imprecisa.

—No suena como algo de lo que no se puedan ocupar ellos —le dije.

—A no ser que lo que el cuarto libro contenga sea el resto de lo que Kemmler quería enseñar —dijo Bob—. En cuyo caso podríamos terminar con cuatro o cinco Kemmlers revoloteando a nuestro alrededor.

—¡Menuda mierda! —exclamé. Planté mi cansado culo en el taburete y me rasqué la cabeza—. Y no es ninguna coincidencia que Halloween esté al caer.

—Es la época en la que las barreras entre el reino de los mortales y el mundo de los espíritus son más débiles —dijo Bob.

—Igual que cuando aquel gilipollas, la Pesadilla, quiso atrapar a mis amigos —

comenté y miré a Bob—. Pero cuando intentó aquello, necesitó debilitar las barreras aún más. Él y Bianca habían torturado a todos esos fantasmas para hacerlos más inestables. ¿Hacen falta fantasmas para provocar la turbulencia necesaria para la gran magia?

—No —dijo Bob—. Pero es una manera. La otra es poner en práctica ciertos ritos y sacrificios.

—¿Estás hablando de muertes?

—Exacto.

Asentí frunciendo el ceño.

—Van a tener que invertir mucha energía para poner en marcha un buen trabajo de nigromancia. Será como coger carrerilla un par de veces en un trampolín antes de atreverse a saltar.

—Un aforismo crudo aunque acertado —dijo Bob—. Tendrás que practicar primero si quieres empezar a trabajar la nigromancia al nivel de Kemmler, incluso en Halloween —suspiró—. Aunque tampoco te va a servir de mucho.

Me puse de pie y me dirigí hacia la escalera.

—Me va a ayudar más de lo que crees, tío. Te traeré nuevas historias muy pronto.

Las luces de los ojos de la calavera se iluminaron más.

—¿En serio? Es decir, me lo creo, ¿eh?, pero ¿por qué lo dices?

—Porque si alguien se está preparando para ejercer una magia poderosa y malvada, estará dejando cuerpos en el camino. Si lo ha hecho, entonces hay un lugar por el que debo empezar a buscar para descubrir qué está pasando.

—¿Harry? —exclamó Bob mientras me iba del laboratorio—. ¿Adónde vas?

Giré la cabeza y miré hacia abajo desde la trampilla.

—A la morgue.

4

En Chicago hay una morgue impresionante. Ya no recibe el nombre de «morgue», ahora es el instituto forense. Lo lleva un médico legista que ahora es el médico forense. Está en la calle West Harrison, en un parque industrial bastante ostentoso, especializado en la industria biotecnológica. Es bonito. Cuenta con unos terrenos muy amplios y verdes cubiertos de césped, cuidadosamente atendidos y recortados, en los que incluso hay árboles y arbustos escrupulosamente podados. Tiene unas vistas fantásticas a la ciudad, con el horizonte al fondo y el acceso a la autopista es muy rápido y cómodo.

Es exclusivo, claro, pero también muy tranquilo. A pesar del maravilloso paisaje y del antiséptico nuevo nombre, es adonde traen los muertos para ser analizados y agujereados.

Aparqué el Escarabajo azul en el aparcamiento para visitantes, en el complejo de al lado. La morgue tenía un servicio de seguridad mejor de lo habitual y no quería llamar su atención. Cogí el soborno del asiento trasero y me dirigí a la puerta principal de la oficina del médico forense. Llamé a la puerta y enseñé el carné plastificado que me dieron en el Departamento de Policía y que me convierte en algo parecido a un oficial. Una especie de zumbido salió de la puerta y entré. Saludé con la cabeza a un guardia de seguridad, con sobrepeso, que leía una revista tras un anodino escritorio situado a un lado del vestíbulo.

—¡Phil! —le dije.

—Buenas tardes, Dresden —contestó—. ¿Visita oficial?

Saqué la caja de madera con cervezas artesanales del McAnally.

—Extraoficial.

—Hosanna —dijo Phil arrastrando las palabras—. Prefiero las extraoficiales.

Volvió a poner los pies encima de la mesa y abrió de nuevo la revista. Le dejé la cerveza en el suelo cerca de la mesa para que no se viera desde la puerta.

—¿Cómo es posible que nunca haya oído hablar de este bar?

—Es una pequeña taberna local —lo informé. Pero no mencioné que no la conoce porque abastece a la comunidad sobrenatural, y no es que se dedique precisamente a atraer la atención de los locales.

—Voy a tener que pedirte que me lleves algún día.

—Por supuesto —le dije—. ¿Está él aquí?

—Está en los laboratorios —me respondió cogiendo una de las cervezas. Le sacó la tapa con el dedo pulgar y dio un trago con los ojos puestos ya en la revista—. Aaaah —dijo con tono filosófico—. Ya sabes que a todo el que cruce esa puerta debo decirle que más le vale sacar su culo de aquí en cuanto alguien aparezca.

—¡Ya me fui! —le dije avanzando a toda prisa hacia el fondo del recibidor.

Había varios laboratorios, conocidos ahora como salas de análisis, en la morgue, es decir, en el instituto forense. Pero sabía que la persona a la que buscaba se encontraría en la peor sala, la más pequeña y la que estuviese más lejos de la puerta de entrada.

A Waldo Butters no le llegaba con la mala suerte de que sus padres no hubiesen sido capaces de ponerle un nombre lo suficientemente masculino^{3}, sino que además estaba maldecido con un gran sentido de la honestidad, de la integridad y tenía suficiente coraje moral como para seguir sus impulsos. Después de analizar todo tipo de cadáveres que yo había quemado o convertido en ladrillos, él cubría sus informes con las siguientes palabras: «Apariencia humana. No humano».

Era una descripción muy acertada de los restos de un puñado de vampiros de la Corte Roja. Pero como todo el mundo sabía que aquello de «no humano de apariencia humana» no existía y que los restos eran, obviamente, cadáveres humanos con muy mala pinta por haber sido sometidos a demasiado calor, Butters terminó pasando noventa días en observación en un hospital psiquiátrico. Después de eso, tuvo que vivir una auténtica batalla legal para recuperar su trabajo. Sus superiores no querían tenerlo cerca, así que le asignaron las peores condiciones de trabajo que se les ocurrieron; pero Butters las aceptó. Normalmente trabajaba en el turno de noche y los fines de semana.

El feliz efecto secundario de esta historia fue que un médico forense pasó, alegremente, a perderle el respeto al sistema, como tantas veces lo había hecho yo. Lo cual era muy práctico cuando, por ejemplo, necesitaba que me quitasen una bala del brazo: ahora podía ahorrarme la espera de la apretada agenda de las fuerzas de la ley.

El médico estaba allí. De camino a su sala, desde el recibidor, oí el animado ritmo de la polca que salía de ella. Sin embargo, la música estaba apagada. Butters solía escuchar discos y grabaciones de polca a un volumen muy alto, y yo ya reconocía a los mejores músicos del mundo en este estilo. Quienquiera que estuviese tocando ahora, sonaba muy enérgico, pero desafinado y descoordinado. Había tirones y silencios bruscos en la música, a pesar de que, en conjunto, conseguía seguir el ritmo marcado por un bombo. En general, la música sonaba alegre, marchosa y, de alguna manera, deforme.

Abrí la puerta y contemplé la fuente de la que surgía la polca de Quasimodo.

Butters era un tipo pequeño, mediría un escaso metro sesenta con los zapatos puestos, y pesaría unos cincuenta y cinco kilos si estuviese calado hasta los huesos.

Iba vestido con uno de esos pijamas azules de médico y unas botas de montaña. Tenía una mata de pelo negra y áspera que siempre hacía que pareciese que acababa de electrocutarse. Llevaba gafas de sol, a lo Tom Cruise, y estaba transformándose en un fanático de la polca.

El bombo le colgaba de la espalda con una correa y un par de cables iban desde

sus tobillos hasta unas tapas colocadas en una montura. El tambor marcaba el ritmo cuando lo golpeaba con los pies. Una pequeña tuba de verdad pendía de los estrechos hombros y tenía aún más correas anudadas a los codos, que se movían para delante y para atrás a ritmo de marcha. Sostenía en las manos un acordeón atado al cuello por un arnés. Llevaba un clarinete enganchado al acordeón para que el extremo le quedara cerca de la boca y tenía, lo juro por Dios, un platillo enganchado a la cabeza.

Butters estaba tocando sin moverse del sitio, pero fingiendo que marchaba. Tenía toda la cara roja, sudaba y sonreía cuando golpeaba y atronaba la música del acordeón. Me quedé allí quieto de pie, mirándolo, porque, aunque había visto muchas cosas raras en mi vida, nunca había visto nada parecido. Butters entonaba la polca y a la vez acercaba la cara a la tuba, produciendo un ensordecedor ruido de platillos. El movimiento hizo que yo acabase en su ángulo de visión y se sobresaltó.

El susto le hizo perder el equilibrio y se cayó entre el estrépito de los platillos, el graznido de la tuba y el intermitente balbuceo del bombo. Se quedó tirado en el suelo mientras el acordeón resollaba.

—¡Butters! —saludé.

—¡Harry! —jadeó entre su montaña de incondicional de la polca—. ¡Bonitos pantalones!

—Veo que estás ocupado.

Obvió el sarcasmo.

—Caray, pues sí. Tengo que ponerme al día. La batalla de bandas del Oktoberfest es mañana por la noche.

—Creía que lo ibas a dejar después de lo del año pasado.

—Sí —dijo Butters adoptando un aire desafiante—. Pero no voy a dejar que Jolly Rogers se ría de mí así. Es que, hombre, ¡venga ya!, ¡cinco tíos que se llaman Roger! ¿Cuánto sentimiento de polca puede haber en sus almas?

—No tengo ni la más remota idea —dije con sinceridad.

Butters me sonrió abiertamente.

—Este año me los voy a comer.

No pude evitar reírme.

—¿Necesitas ayuda para salir de ahí?

—Qué va, todo controlado —dijo alegremente y empezó a desatarse todas las correas—. Qué sorpresa verte por aquí, tu visita ordinaria no es hasta la semana que viene. ¿Algún problema?

—La verdad es que no —le contesté—. Solo quería hablar contigo de...

—¡Oh! —me interrumpió. Dio un salto para salir del follón de cosas y lo dejó todo en el suelo para poder corretear hasta la mesa de la esquina—. Antes de que digas nada, encontré algo muy interesante.

—Butters —insistí—, me gustaría charlar contigo, tío, pero es que estoy muy

apurado.

Dejó lo que estaba haciendo y me miró alicaído.

—¿En serio?

—Sí, tengo un caso y necesito descubrir si sabes algo que me pueda servir de ayuda.

—Ah —dijo—. Pero bueno, tú siempre tienes algún caso. Esto es importante. He estado investigando mucho desde que empezaste a visitarme por lo de tu mano y las conclusiones que he logrado extrapolar de...

—Butters —resoplé—. Mira, tengo mucha prisa. Tienes cinco palabras. O menos. ¿Vale?

Apoyó las manos en la mesa y me miró con los ojos brillantes.

—Descubrí que los magos viven eternamente. —Hizo una pausa de un segundo y dijo—: Espera, eso son seis palabras. Pues entonces nada. ¿De qué quieres hablar tú?

Me quedé con la boca abierta. La cerré y lo miré.

—A nadie le gustan los listillos, Butters.

Se aguantó la risa.

—Ya te dije que era importante.

—Los magos no viven eternamente —le dije—. Aunque sí durante mucho tiempo. Butters se encogió de hombros y siguió sacando informes. Encendió el proyector para ver radiografías y empezó a sacarlas de las carpetas y a ponerlas bajo la luz.

—Oye, todavía no estoy seguro de creer en todo ese rollo del mundo oculto y la magia, pero por lo que me has dicho, los magos pueden vivir unas cinco o seis veces lo que vive un humano común. Eso es lo más parecido a «para siempre» que se conoce. Y por lo que he visto hasta ahora, sospecho que debe de haber algo más ahí. Ven aquí.

Lo hice y miré las radiografías con el ceño fruncido.

—Pero ¿esto no es mío?

—¡Ajá! —me confirmó Butters—. Cuando me cambiaron la máquina y me dieron una de las viejas, conseguí recuperar alrededor del quince por ciento del material que tenía. Sobrevivieron tres o cuatro radiografías tuyas, incluso a pesar de esa cosa rara que tienes que hace que te cargues los rayos X cuando te acercas.

—¡Uf! Eso es el disparo de bala que me dieron en Míchigan —comenté señalando la primera radiografía. Mostraba unas cuantas líneas de fractura en el hueso de la cadera, donde una bala de bajo calibre me había alcanzado. Había estado a punto de destrozarme la pelvis y, probablemente, de matarme—. Me hicieron esta cuando me sacaron el proyectil.

—Ya —dijo Butters—. Y aquí hay una de hace un par de años. —Señaló la segunda—. ¿Ves las líneas de rotura? Son más nítidas donde el hueso se osifica.

Queda una marca.

—Vale —asentí—, ¿y?

—Y —continuó Butters—, ahora mira esta otra.

Me enseñó una tercera radiografía. Se parecía mucho a las demás, pero faltaban las líneas nítidas y las oscuras. Las señaló con el dedo y me miró, con los ojos abiertos par en par.

—¿Qué? —pregunté.

Parpadeó despacio y me dijo:

—Harry, esta es una radiografía que te hice hace dos meses. No hay nada mal.

—¿Entonces? —pregunté—. Estoy curado, ¿no?

Hizo un sonido como muestra de exasperación.

—Harry, estás muy espeso. Los huesos no hacen eso. Cuando un hueso se osifica, te quedan marcas de por vida. Es decir, a mí me quedarían, pero a ti no.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué tiene esto que ver con la duración de la vida de un mago?

Butters agitó la mano impacientemente.

—Mira aquí; hay más cosas. —Sacó de golpe más radiografías—. Esta es una rotura del tendón del brazo en el que no te dispararon. Te la hiciste cuando te caíste de un tren un par de noches antes de que nos conociésemos —me dijo—. Fue solo un golpe, ni siquiera sabías que lo tenías. Como no era mucho habría sido suficiente con que llevases una férula un par de días. Pero te desapareció en cuanto te volviste a incorporar.

—¿Y qué hay de raro en todo esto?

—Nada —dijo Butters—. Pero mira aquí. Otra vez. En esta hay una marca de unos plomos y en la tercera, ¡chas!, se esfuma. Tu brazo vuelve a estar normal.

—A lo mejor es porque bebo mucha leche o algo así —le dije.

Butters resopló.

—Mira, Harry, eres un tío con mucha resistencia. Te han herido muchas veces. —Sacó mi historial médico y lo levantó con gran esfuerzo. Es verdad, hay guías telefónicas más finas que mi historial—. Y me atrevo a apostar a que has tenido muchas heridas por las que no has ido al médico.

—Claro —asentí.

—Has sido, por lo menos, tan machacado como un deportista profesional —señaló Butters—. Me refiero, por ejemplo, a los jugadores de *hockey* o de fútbol americano. Tal vez tanto como los conductores de coches de carreras.

—¿Esos reciben golpes? —pregunté.

—Cuando tu medio de vida consiste en andar por ahí conduciendo media tonelada de acero a un tercio de la velocidad del sonido, acabas con toda clase de heridas —dijo muy serio—. Incluso esos choques que no son tan espectaculares, son

muy dañinos para el cuerpo humano, a la velocidad a la que van. ¿Nunca has tenido un accidente yendo a poca velocidad?

—Sí. Las heridas me duraron una semana.

—Exacto —siguió Butters—. Haz la multiplicación. Esos tíos y los otros deportistas reciben muchos golpes, pero desarrollan una fortaleza física y mental que les permite ignorar su dolor en gran parte, y les ayuda a reponerse. Sin embargo, la herida la sufren igual. Y es acumulativa. Esa es la razón por la que los jugadores de fútbol americano, los boxeadores y muchos de estos tíos que reciben golpes todo el rato, cuando llegan a los treinta, a pesar de recuperar casi todas las funciones, no se reponen del daño. Y uno tras otro, se van acumulando.

—Y te vuelvo a preguntar: ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Tú no eres acumulativo —dijo Butters.

—¿Qué?

—Tu cuerpo no abandona cuando ya ha conseguido una recuperación funcional —dijo Butters—. Continúa reparando el daño hasta que lo elimina. —Se quedó mirándome—. ¿Entiendes lo increíblemente importante que es eso?

—Supongo que no —le dije.

—Harry, para empezar, probablemente esta sería la razón por la cual la gente envejece —explicó—. Tu cuerpo es una auténtica colección de células, ¿entiendes? La mayoría de ellas se dañan, se agotan o mueren. Tu cuerpo las sustituye. Es un proceso continuo. Pero el tema es que, cada vez que un cuerpo hace una sustitución, es un poco menos perfecto que el que había antes.

—Es ese asunto de copiar las copias —le dije—. Sí, he oído algo del tema.

—Bien —concedió Butters—. Pues así es como has sido capaz de ir curándote estas heridas. Es la razón por la que tienes potencial para vivir tanto tiempo. Tus copias son perfectas. O por lo menos muchísimo más perfectas que las de la mayoría.

Parpadeé.

—¿Quieres decir que puedo curarme de cualquier herida?

—Bueno —dijo—, no es como un factor X mutante de curación. Si alguien te corta una arteria, vas a sangrar. Pero si sobrevives, pasado cierto tiempo, parece que tu cuerpo sería capaz de reponer lo que ha perdido casi a la perfección. Puede que te lleve meses, incluso varios años, pero podrás reponerte, mientras que los demás no pueden.

Lo miré primero a él y luego me miré la mano del guante. Intenté replicar, pero mi garganta no funcionaba.

—Sí —dijo despacio el pequeño médico—. Creo que vas a recuperar tu mano en algún momento. No se pudrió ni se te cayó. Todavía tiene tejido muscular vivo. Dándole suficiente tiempo, creo que serás capaz de regenerar tejido cicatrizal y los nervios crecerán de nuevo.

—Eso... —Empecé a hablar, pero me atraganté. Tragué—. Eso estaría bien.

—Creo que podemos acelerarlo —dijo Butters—. Terapia física. Tenía pensado hablarte de esto en tu próxima visita. Podemos estudiarlo cuando vuelvas.

—Butters —le dije—. Uf. Uau, tío... Esto es...

—Muy emocionante —dijo con los ojos brillantes.

—Yo iba a decir increíble —susurré—. Y luego iba a darte las gracias.

Sonrió y encogió un solo hombro.

—Solo llamo a las cosas por su nombre.

Me quedé mirando hacia abajo, hacia mi mano e intenté encoger los dedos. Tuve un tic.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué estoy capacitado para hacer buenas copias?

Dejó salir un profundo suspiro y sonriendo se llevó la mano a su pelo fosco.

—No tengo ni la más remota idea. Pero ¿a que mola?

Me fijé en la radiografía durante un momento y luego me metí la mano en el bolsillo del guardapolvo.

—Espero que me puedas ayudar a conseguir cierta información —le dije.

—Claro, claro —respondió Butters. Se acercó a su traje —artilugio de polca y lo separó—. ¿Pasa algo?

—Espero que no —le dije—. Pero digamos que tengo un mal presentimiento. Necesito saber si han tenido lugar muertes raras entre ayer y antes de ayer.

Butters frunció el ceño.

—¿Raras en qué sentido?

—Pues inusualmente violentas —contesté—. O algún indicio de que se haya puesto en práctica un ritual en algún asesinato. Joder, hasta me vale si tienes alguno con signos de haber sido torturado antes de morir.

—No me suena a ninguno que haya visto —dijo Butters. Se quitó las gafas de sol y se puso las de montura negra de siempre—. Aunque esta noche no he terminado todavía. Déjame comprobar los archivos y ver qué tenemos por aquí.

—Gracias.

Butters separó unos folletos que había encima de la silla y se sentó. Sacó un teclado de debajo de una revista médica y me echó una mirada cargada de intención.

—Ah, vale —le dije y me alejé de su mesa colocándome en un lugar apartado de la habitación. Mi proximidad solía hacer que muchos ordenadores no funcionaran bien. Murphy todavía no me perdonaba que me hubiese cargado su disco duro, y eso que solo había pasado una vez.

Butters siguió buscando en su ordenador.

—No —dijo después de un rato leyendo y aporreando el teclado—. Espera. Hay

un tío al que acuchillaron, pero fue en la zona alta del noroeste del estado.

—No me vale —le dije—. Tiene que ser algo por esta zona. En un radio de uno a tres condados de distancia de Chicago.

—Ajá —apuntó Butters—. Tus investigaciones siempre tienen este tipo de cosas. Recorrió la pantalla con la vista.

—¿Una víctima de disparo desde un coche en movimiento?

—No. Un ritual de asesinato requiere mucha más intimidación.

—Pues entonces me parece que no estás de suerte, Harry —me dijo—. Llegaron algunos casos difíciles de perfil alto, pero el turno de día se encargó de todos.

—Humm.

—Y que lo digas. Al principio de la noche estuve analizando un caso de un cabrón borrachuzo que encontraron bajo un tractor, tuve que comprobar el consumo de alcohol y drogas, pero eso... —Hizo una pausa—. ¡Ajá!

—¿Ajá?

—Esto sí que es raro.

Aquello despertó mis oídos, metafóricamente hablando.

—¿Qué es raro?

—Mi jefe, el señor Brioche, pasó por alto uno de sus casos y fue trasladado a mi archivo de causas pendientes. Sin embargo, no recibí ninguna notificación. Ni siquiera un correo electrónico, menudo cabrón.

Fruncí el ceño.

—¿Eso suele pasar?

—¿Intentos de que parezca que estoy desatendiendo mi trabajo para que pueda despedirme? —me preguntó Butters—. Este estilo es nuevo, pero está en la línea de mi vida aquí.

—Puede que hoy estuviera muy ocupado.

—Y puede que Liv Tyler me esté esperando en casa para hacerme un masaje en los pies —contestó Butters.

—¡Ja! ¿Quién es el fiambre?

—Un tal don Eduardo Anthony Mendoza —leyó Butters—. Es la víctima de un choque frontal con un Buick en la autopista. Lo curioso es que él era un peatón. —Butters arrugó la nariz—. Parece que va a ser uno de los desagradables. Ahora me explico porqué el todopoderoso Brioche no quería ocuparse de él.

Reflexioné. No era lo que estaba buscando, pero había algo acerca de ese cadáver que activaba mis alarmas internas.

—¿Te importa si te pido que satisfagas mi intuición?

—Claro. De todas formas ya tengo toda la energía polca que puedo conseguir. Espera a que acabe con mis cosas y ahora vamos a echarle un vistazo al difunto Eddie Mendoza.

—Bien —le dije. Me apoyé contra la pared y me crucé de brazos preparándome para esperar un rato.

La puerta de la sala de análisis se abrió de golpe y Phil, el guardia de seguridad, hizo su aparición andando como si fuese un alto ejecutivo.

La garganta de Phil había sido abierta de oreja a oreja, y salpicaduras de sangre cubrían la parte superior de su cuerpo. Su cara estaba completamente blanca. No había ninguna duda de que el pobre Phil estaba muerto.

Sin embargo eso no le impidió entrar andando en la sala, coger la mesa de Butters, el ordenador, un pesado archivador y todo lo que allí había, para lanzarlo contra la pared. Todo se hizo añicos tras un ensordecedor impacto. Butters miraba a Phil con horror cuando se le escapó un alarido de conejo asustado y se alejó de él.

—¡No te muevas! —rugió una profunda y resonante voz desde el vestíbulo. Phil el Muerto se paralizó donde estaba. Un hombre muy grande con una gabardina beis y, lo juro por Dios, con un sombrero de fieltro, entró en la sala con paso firme directo a por Butters. A mí no me vio porque estaba contra la pared. Dudé durante un segundo, todavía conmocionado por lo repentino de la situación. Otros tres hombres con abrigos, todos con caras grises y movimientos resueltos, lo flanquearon.

—No hagan daño al pequeño juez de instrucción, caballeros —dijo uno de los hombres—. Lo vamos a necesitar durante un tiempo.

5

El hombre con el sombrero de fieltro dio un paso en dirección a Butters mientras se golpeaba en el muslo repetidamente con un librito que llevaba en la mano.

—¡Sepárate! —ordenó a Phil el Muerto, que se echó a un lado.

Butters se desplazó hasta la esquina, con los ojos, tras las gafas, del tamaño de dos donuts azucarados.

—¡Uau! —farfulló—. Qué gran entrada. Me encanta el sombrero

El tipo del sombrero se le acercó y levantó la mano que tenía libre. En ese momento decidí actuar. Una mano alzada, en el mundo normal, no significa mucho, pero viniendo de un tío con un abrigo largo y con su propio tropel de zombis es, por lo menos, tan amenazante como apuntar con una pistola.

—¡Ya basta! —lo dije tan alto como para herir oídos sensibles.

Me separé de la pared con la mano izquierda estirada. El brazalete de plata con escudos alrededor me colgaba de la muñeca. Me preparé para dirigir suficiente energía al brazalete como para preparar un escudo de protección inmediato. La última vez que lo había usado se había llevado bastantes golpes, y desde entonces no lo había vuelto a utilizar. Como resultado, canalizó la energía muy chapucera y las chispas azules y blancas, que salieron de la nada, cayeron al suelo en una especie de débil llovizna constante.

—Baja tu mano y aléjate del juez.

El hombre se giró hacia mí, mientras seguía golpeándose suavemente con el libro en la pierna. Su cara estaba tan pálida que por un segundo pensé que era otro muerto, pero unas manchas de color aparecieron en lo alto de sus mejillas, tenues, pero ahí estaban. Tenía la cara alargada y, a pesar de la palidez, correosa. Parecía que hubiese pasado años sin ver el sol, bajo una tormenta de arena del desierto. Tenía los ojos oscuros y unas patillas gruesas y grises. No tenía barba, pero sí una cicatriz en el labio superior que le daba una expresión desdeñosa.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre con un fuerte acento británico.

—La Gran Calabaza —respondí—. He abandonado el huerto de calabazas tan pronto porque Butters es así de ingenioso. ¿Y tú eres...?

El hombre me estudió en silencio durante un largo segundo. Sus ojos se concentraron en mi brillante muñeca y luego se fijó en el pentáculo que llevaba en el cuello, el amuleto de plata que mi madre me había regalado y que, probablemente, me colgaba por fuera de la camisa.

—Puedes llamarme Grevane. Márchate, chico.

—¿O qué?

Grevane mostró una pícara sonrisa y, golpeándose con el libro y asintiendo a sus inmóviles compañeros, dijo:

—En mi coche hay sitio para uno más.

—Yo ya tengo trabajo —le dije—. Pero no hay razón para que esto se ponga desagradable. Te vas a quedar ahí de pie, mientras yo y Butters nos despedimos.

—Butters y yo —dijo con voz molesta.

—¿Qué dices?

—Se dice Butters y yo, idiota. ¿De verdad crees que un escudo defensivo, apenas sostenido por un pequeño y torpe foco, me va a intimidar y voy a dejar que os vayáis?

—No —le dije y saqué mi pistola del 44 del bolsillo de mi guardapolvo. Lo apunté y, tras quitar el seguro, puse el dedo en el gatillo—. Por eso traje esto.

Levantó las cejas.

—¿Vas a intentar matarme *in cruor gelidus*?{4}

—No, lo haré aquí mismo —contesté—. Butters, levántate. Ven aquí conmigo.

El hombrecillo se puso de pie como pudo, temblando, y huyó de la mirada fija y vacía del difunto Phil.

—Bien —dije—. Esto está marchando bien, Grevane. Haz que continúe así y los forenses no tendrán que recuperar tus dientes de la pared que hay detrás de ti.

Butters se hundió detrás de mí, mientras Grevane seguía batiendo el libro en su pierna. El nigromante me miraba tan fijamente que apenas tenía tiempo para pensar en Butters. De pronto, una lenta y aterradora sonrisa se dibujó en su cara.

—No eres un centinela.

—Suspendí caligrafía.

Se le encendieron las fosas nasales.

—No eres uno de los perros guardianes del Consejo. Eres, de hecho, algo parecido a mí.

—Lo dudo mucho —le dije.

Grevane tenía pocos dientes y eran amarillos, le concedían a su sonrisa cierta similitud con la boca de un cocodrilo.

—No juegues conmigo. Puedo oler magia verdadera en ti.

La última persona que me había hablado de «magia verdadera» había sido el nigro-Bob. Tuve que sobreponerme a un escalofrío.

—Bueno, pues esta será la última vez que compre un desodorante genérico.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo —dijo Grevane—. Esto no tiene por qué terminar en un derramamiento de sangre, sobre todo no ahora, tan cerca del fin de la especie. Únete a mí contra los demás. Un teniente vivo me resulta de mucha más utilidad que un idiota muerto.

—Tentador —le dije con el tono de voz que utilizaría si estuviese frente a un retrete atascado. Butters me agarró y yo lo empujé hacia la puerta con la cadera; lo entendió enseguida. Di un paso lateral con él hacia la puerta de la sala. Mantuve los ojos y la pistola en Grevane, mientras mi brazalete seguía expulsando una llovizna de

chispas no muy luminosas—. Pero no creo que me guste tu forma de gestionar el negocio. Butters, comprueba el estado del vestíbulo.

Butters estiró el cuello y miró alrededor, muy nervioso.

—No veo a nadie.

—¿Puedes cerrar esa puerta?

Tras un ruido de llaves, contestó:

—Sí.

—Prepárate para hacerlo —le dije y salí hacia el vestíbulo—. ¡Ciérrala!, ¡corre! Butters manipuló torpemente la llave. Por fin la metió en la ranura y la giró. El toco cerrojo de seguridad se deslizó produciendo un fuerte y reconfortante chasquido, un instante antes de que algo muy sólido y pesado golpeará la puerta tan fuerte como para sentir cómo temblaba el suelo bajo mis botas. Un segundo después la puerta volvió a temblar y una abolladura del tamaño de un puño sobresalió unos dos centímetros por el centro.

—¡Ay, Dios! —gimió Butters—. Ay, Dios mío, eso era Phil. ¿Qué es esto?, ¿qué está pasando?

—Ahora estoy contigo, tío —le dije. Cogí al hombrecillo y empecé a arrastrarlo hacia abajo, en dirección al vestíbulo, lo más rápido que pude—. ¿Quién más tiene llaves de esa puerta?

—¿Qué? —Butters parpadeó un segundo—. Ah, ah, sí, los otros médicos, los guardias de seguridad del turno de día... y Phil.

La puerta volvió a moverse, otra abolladura y luego silencio.

—Grevane también ha llegado a esa conclusión —dije—. ¡Vamos! Antes de que encuentre la llave correcta. ¿Llevas encima las llaves de tu coche?

—Sí, sí, espera, ah, sí, justo aquí —dijo Butters. Le castañeteaban tanto los dientes que casi no se le entendía al hablar y tropezaba cada dos pasos—. Ay, Dios, Dios, esto es real.

En la entrada, detrás de nosotros, se oía que chocaban entre sí trozos de metal. Alguien estaba probando a meter las llaves en la cerradura.

—¡Butters! —dije agarrándolo por los hombros y conteniéndome para no pegarle una bofetada como en las películas—. Haz lo que yo te diga. Deja de pensar. Piensa después. Ahora muévete o no habrá un después.

Se me quedó mirando y durante un segundo pensé que iba a vomitar. Pero tragó saliva, asintió una vez y me dijo:

—Vale.

—Bien. Corramos hasta tu coche, ¡venga!

Butters asintió y se dirigió hacia la parte frontal del edificio en una auténtica contrarreloj. Aceleró mucho más rápido que yo, pero, como tengo las piernas más largas, lo alcancé enseguida. Butters frenó para darle al timbre del servicio de

vigilancia y yo sostuve la puerta lo suficientemente abierta como para que él pasara primero. Giró a la derecha y corrió por el aparcamiento conmigo a medio metro de distancia.

Rodeamos la esquina del edificio y Butters salió disparado hacia una pequeña furgoneta de reparto. Lo seguí y, comparado con el silencio de la morgue, el ruido nocturno de la ciudad me pareció atronador. El tráfico siseaba en un río automotor que llenaba la autopista. Las sirenas se oían en la distancia, más ambulancias que coches patrulla. En algún lugar en un radio de trescientos kilómetros, en uno de esos enormes aparatos estéreos, sonaba un bajo que marcaba un ritmo constante demasiado suave para apreciarlo.

En el aparcamiento no había luz y convertía aquello en un lugar oscuro y confuso, pero el olor a gasolina llegó con fuerza a mi nariz y agarré por el cuello a Butters. El hombrecillo se atragantó y casi se cae, pero se detuvo.

—¡No! —le advertí. Deslicé los dedos bajo el capó de la minúscula furgoneta. La palanca saltó, ya estaba abierto.

El motor había sido desgarrado. Un cinturón de seguridad arrancado colgaba por fuera como la lengua de un buey muerto. Los cables estaban esparcidos por todos lados y había unos agujeros del tamaño de unos dedos en los tanques de plástico para líquidos. El refrigerante y el jabón para el parabrisas goteaban por el suelo del aparcamiento, y por el olor se podía adivinar que habían sido mezclados con la gasolina del depósito.

Butters se quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y pataleando.

—¡Mi furgoneta! ¡Se han cargado mi furgoneta!

—Eso parece —dije echando un ojo alrededor.

—¿Por qué se han cargado mi furgoneta?

El sonido del bajo seguía resonando en estéreo a través de la noche de octubre. Me tomé un segundo para concentrarme en el sonido. Estaba cambiando, estaba subiendo con cada golpe. Reconocí lo que quería decir, y el pánico se apoderó de mi cabeza en un segundo.

El efecto Doppler. La fuente del sonido del bajo se estaba acercando a nosotros.

En la oscuridad de los caminos del parque industrial, un par de faros se encendieron y distinguimos un coche que aceleraba en dirección al instituto forense. Los faros estaban bastante alejados entre sí, lo que quería decir que era un coche antiguo, y a juzgar por el sonido del motor sería algún dinosaurio de esos que chupan tanta gasolina, probablemente sería un Caddy [5](#) u otro parecido.

—¡Venga! —Golpeé a Butters y empecé a correr hacia el aparcamiento de al lado, de vuelta a mi Escarabajo azul. Puesto que ya habíamos sido descubiertos encendí de nuevo mi brazaletes escudo, como si mi mano se hubiese convertido en un pequeño cometa. Butters me seguía a buen ritmo porque, las cosas como son, era un gran

corredor.

—¡Ahí! —grité—. ¡Ve hacia mi coche!

—¡Vale!

Detrás de nosotros oímos el ruido sordo del Cadillac al girar bruscamente en el aparcamiento. Enseguida empezó a dar bandazos al pasar por encima del cemento del suelo engrasado y el chasis comenzó a despedir chispas. El coche rugió al salir al césped y patinó sobre un costado hasta que se frenó. La puerta se abrió y apareció un hombre.

Gracias a los faros del Caddy pude ver con bastante detalle el aspecto de aquel tipo. Era de estatura media como mucho, tenía el pelo largo y fino, estaba pálido y tenía piel flácida con manchas de vejez. Se movía rígidamente, como si tuviese artritis, pero consiguió arrastrar una escopeta fuera del coche que, deliberada y cuidadosamente, se colocó en el hombro.

Me coloqué de manera que quedara directamente en línea entre el conductor y Butters, giré la cadera y estiré el brazo hacia atrás a la vez que levantaba el escudo. Volvió a brillar y formó media cúpula fantasmagórica justo un segundo antes de que el cañón de la escopeta se llenara de luz. El escudo brilló y envió una nube de chispas del tamaño de una pequeña casa. Sentí en la muñeca cierto titubeo del brazalete, ya que estaba medio defectuoso, pero se volvió a solidificar a tiempo de atrapar la segunda explosión que lanzó el segundo cañonazo de la escopeta. El viejo soltó unos escandalosos e indescifrables alaridos, abrió el cañón y empezó a cargarlo de nuevo con cartuchos nuevos.

Butters y yo nos pusimos a gritar, echamos a correr hasta el Escarabajo y nos metimos dentro. Encendí el motor con todas mis ganas y el Escarabajo petardeó una vez y luego encendió valientemente lo mejor que pudo. Fue chirriando hasta salir del aparcamiento y luego por la carretera. Resbaló, giró sobre sí mismo, derrapó una vez y se lanzó a la calle.

—¡Cuidado! —gritó Butters señalando algo.

Giré la cabeza y miré sobre mi hombro para encontrarme con Phil y con los otros tres muertos de la sala de análisis corriendo hacia nosotros. No es que estuvieran corriendo. Es que era una auténtica carrera de velocidad, Phil corría más rápido de lo que habría sido capaz cuando era joven. Pisé el acelerador y mantuve los ojos en la carretera.

El Escarabajo dio unos bandazos y Butters gritó.

—¡Me cago en la leche!

Volví a mirar para atrás y vi a Phil el Muerto aferrado a la parte trasera del coche. Debía de haberse puesto de pie sobre el parachoques. Los otros tres no estaban nada lejos de él ni del coche. Phil el Muerto llevó su mano hasta la parte baja del coche y empezó a producir un sonido como si estuviese arrancando algo. Primero un golpe

fuerte y luego otros más débiles y unos chirridos, parecía que intentaba arrancar la parte trasera de la carrocería, dejando el motor al descubierto.

—¡Coge el volante! —le grité a Butters. Se estiró por encima hacia él. Estiré la mano derecha y la saqué hacia Phil el Muerto. Canalicé toda mi atención hacia el anillo de plata de mi dedo anular. Es otro foco, como el brazalete escudo, pero este se ha diseñado para almacenar un poco de energía cinética cada vez que muevo el brazo. Me centré en el anillo, apreté mi mano cerrando el puño y lo dirigí empujándolo directamente a Phil el Muerto, dejando salir la energía.

Phil el Muerto había vuelto a levantar el brazo, esta vez para arrancar el motor del Escarabajo, pero me adelanté. La fuerza invisible expulsada por el anillo lo golpeó en los muslos, castigando toda la parte inferior de su cuerpo. La potencia hizo que se le soltasen las manos del coche y que se derrumbase, hasta desplomarse sobre la calle con mucho impulso y de manera ruidosa, despatarrado de brazos y piernas. Los otros muertos corrieron por encima de él, saltándolo de cualquier manera, y Phil el Muerto se quedó tirado, moviéndose nerviosamente como un juguete roto.

Volví al volante y cambié de marcha. Por el espejo retrovisor vi que el más rápido de los muertos estaba otra vez corriendo hacia nosotros, y no llegó a alcanzar el coche por muy poco. El resto se perdieron en la oscuridad, desperdigándose por el parque industrial y por las vías públicas.

Conduje durante un rato, cogiendo un montón de curvas innecesarias. No creía que nadie nos estuviese siguiendo, pero no quería correr el riesgo de que el viejo se hubiese vuelto a subir a su Caddy y nos estuviese pisando los talones. Puede que pasaran unos veinte minutos antes de que volviera a respirar a ritmo normal y me sintiera lo suficientemente seguro como para hacerme a un lado y detener el coche en un aparcamiento bien iluminado.

Empecé a temblar en cuanto pude frenar el coche. La adrenalina me hace eso. Normalmente me controlo bastante bien cuando estoy en plena crisis, pero una vez que termina, mi cuerpo se pone a sufrir por el terror pasado. Cerré los ojos e intenté mantener la respiración lenta y tranquila, pero tuve que esforzarme para conseguirlo. No había nada que pudiera hacer para no temblar.

Se me había vuelto más y más duro mantener la compostura, sobre todo desde la batalla en la que casi pierdo la mano. Las emociones que sentía siempre parecían hacerme más daño después, y a veces tenía que cerrar los ojos literalmente y contar hasta diez para no perder el control. Justo en esos momentos es cuando quiero gritar y vociferar, un poco por la alegría de estar vivo y otro poco por la furia de que alguien haya intentado matarme. Me gustaría usar mi poder y arrasarlo con él. Así sentiría la auténtica energía de la creación abrasándome los pensamientos y el cuerpo, guiado por mi pura voluntad. Quería liberarme.

Pero no podía hacer eso. Incluso entre los magos más poderosos del planeta, no

soy poca cosa. Tal vez no tenga la finura, la clase o la experiencia de la que presumen los practicantes más viejos, pero cuando se trata de puro músculo metafísico, estoy entre los treinta o cuarenta mejores magos vivos. Tengo una tonelada de fuerza, pero no siempre tengo el control preciso para ponerla en acción. Esta es la razón por la que tengo que usar utensilios especialmente preparados, como el brazaletes o el anillo, para canalizar el poder. Incluso con ellos, no siempre es fácil ser preciso. La última vez que renuncié a mi autocontrol y realmente liberé mi fuerza, quemé a una docena de personas y las convertí en esqueletos abrasados.

Tengo la responsabilidad de mantener la fuerza destructiva controlada para usarla solo para ayudar a las personas, para protegerlas. No importaba que estuviera aterrizado, no importaba que mi mano estuviese ardiendo de dolor. No importaba que mi coche hubiese sido seccionado otra vez o que alguien hubiese intentado matar a una de las pocas personas de la ciudad a las que considero un amigo de verdad.

Tenía que contenerme. Ir con cuidado. Pensar con claridad.

—¿Harry? —me preguntó Butters después de un minuto—, ¿estás bien?

—Sí, dame solo un minuto.

—No lo entiendo —dijo, y su voz tampoco sonó muy tranquila—. ¿Qué acaba de pasar?

—No quieras saberlo.

—Sí que quiero.

—Confía en mí —le dije—. Es mejor que no te involucres en este tipo de negocios.

—¿Por qué no?

—Porque saldrás herido. O te matarán. No busques problemas.

Dejó salir un relincho frustrado.

—Esa gente vino a por mí. No soy yo el que va a por ellos. ¡Venían a por mí!

Tenía parte de razón, pero aun así, Butters no era alguien a quien me gustaría ver involucrado en un conflicto con gente como Grevane y sus muertos o su compañero de piel avejentada. Los mortales normalmente no resultan muy bien parados cuando se relacionan con los malos del otro mundo. En mi vida he visto docenas de hombres y mujeres morir en estas circunstancias, a pesar de haber intentado ayudarlos por todos los medios.

—Esto no puede ser verdad —dijo Butters—. Sé que tú y Murphy habéis hablado de todo este rollo sobrenatural y de magia negra. Y yo mismo había visto cosas que tenían una explicación difícil. Pero... nunca había imaginado que algo como esto pudiera pasar.

—Serás más feliz así —le dije—. Joder, si pudiera elegir, no dudaría en olvidar todo lo que sé sobre este tema.

—¿Seré más feliz teniendo miedo? —me preguntó casi tímidamente—. ¿Seré más

feliz preguntándome si tal vez mis jefes tenían razón todo el tiempo y en realidad estoy loco? ¿Seré más feliz estando en peligro y sin tener ni idea de qué hacer?

No tenía una respuesta rápida para todo aquello. Me miré las manos. El temblor casi había cesado.

—Ayúdame a entender esto, Harry —me pidió—. Por favor.

Bueno, a la mierda.

Me pasé los dedos de la mano derecha por el pelo. Grevane había ido a por Butters específicamente. Había estado esperándolo a él y le había destrozado la furgoneta para asegurarse de que el hombrecillo no pudiera escapar. Había dicho abiertamente que necesitaba a Butters y, por si fuera poco, que lo quería de una pieza.

Todo esto significaba que Butters estaba realmente en peligro. Y hasta ahora he aprendido que no siempre puedo proteger a todo el mundo. Muchas veces la cago, como todos. Cometo errores estúpidos.

Si guardara silencio, si obligara a Butters a taparse los ojos, no sería capaz de defenderse. Si tomaba una mala decisión y algo le ocurría sería mi culpa por no haberle dado todas las posibilidades para sobrevivir. Mis manos se mancharían con su sangre.

No podía tomar esa decisión sin contar con él. No era su padre, ni su ángel de la guarda ni su rey soberano. No había sido bendecido con la sabiduría de Salomón ni con la previsión de un profeta. Si elegía el camino de Butters por él, de alguna manera estaría haciendo lo mismo que Grevane, o lo mismo que cualquier ser, humano o no humano, que busca controlar a otros.

—Si te cuento esto —dije despacio—, puede que sea malo para ti.

—¿Malo en qué sentido?

—Puede que te fuerce a guardar secretos que mucha gente mataría por saber. Puede cambiar la forma en la que piensas y sientes. Podría joderme la vida de verdad.

—¿Joderme la vida? —Se quedó mirándome durante unos segundos y después dijo, con cara de póquer—: Mido uno sesenta, tengo treinta y siete años, estoy soltero, soy un médico forense que necesita recoger su *lederhose*{6} de la tintorería para poder ponérselo en la actuación de mañana con su banda, de un solo hombre, en el Oktoberfest. —Se colocó las gafas con el dedo índice, cruzó los brazos y me dijo—: Ponme a prueba.

Las palabras eran tranquilas, pero había algo de temor e inmovilidad bajo esa superficie. Butters era lo suficientemente listo como para tener miedo. Pero también era un luchador. Lo respetaba por las dos cosas.

—Vale —asentí—. Hablemos.

6

Butters no había tenido tiempo de coger su abrigo cuando nos fuimos, y la última vez que la calefacción del Escarabajo funcionó fue antes de la caída del muro de Berlín. Me metí en la tienda, compré dos cafés y desenrosqué el cable que mantenía el maletero cerrado. Desenterré una manta limpia, aunque gastada, que guardo en el maletero para tapar la escopeta de cañón corto. La llevo por si acaso algún día necesito darles una lección a las tropas de asalto de Napoleón. Teniendo en cuenta cómo estaba transcurriendo la noche, cogí también la escopeta y la dejé en el asiento de atrás.

Butters aceptó la manta y el café muy agradecido, aunque temblaba con tanta fuerza como para derramar un poco de la bebida. Bebí un poco de café y dejé el vaso en el portabebidas que había instalado en el salpicadero. Nos pusimos en marcha. No me parecía buena idea quedarnos quietos mucho tiempo en el mismo sitio.

—Bien —le dije a Butters—. Hay dos cosas que tienes que aceptar si quieres entender qué es lo que está pasando.

—Dispara.

—Primero, la más dura: la magia es real.

Noté como se quedaba mirándome durante un momento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Existe un mundo paralelo a la vida cotidiana de la humanidad. Hay poderes, naciones, monstruos, guerras, disputas, alianzas..., de todo. Los magos son parte de ello. Por lo tanto, hay un montón de cosas que ya has oído a través de diferentes historias y otras de las que nunca has oído hablar.

—¿Qué tipo de cosas?

—Vampiros. Hombres lobo. Hadas. Demonios. Monstruos. Todo es real.

—¡Ja! —dijo Butters—. ¡Ja, ja, ja! Estás de broma, ¿no?

—Nada de bromas. Venga, Butters, sabes de sobra que hay cosas raras ahí fuera. Has visto las pruebas.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Bueno, sí. Algunas. Pero, Harry, me estás hablando de otro mundo por completo. Es decir, si lo que me quieres decir es que hay gente que tiene la capacidad de sentir e interactuar con el entorno de formas que todavía no entendemos, puedo concebirlo. Puede que tú a eso lo llames magia, otro lo puede llamar percepción extrasensorial, habrá quien lo llame «la fuerza», pero, al fin y al cabo, no es nada nuevo. Tal vez sean personas cuya configuración genética las haga más capaces de emplear estas capacidades. Tal vez incluso les permita cosas como la reproducción del ADN de manera más eficaz que a otras personas, y por eso pueden vivir durante mucho tiempo. Pero esto no es lo mismo que decir que hay un ejército de monstruos

extraños viviendo delante de nuestras narices y que no nos hemos dado cuenta.

—¿Qué hay de esos cadáveres que analizaste? —le pregunte—. «Apariencia humana. No humanos». En absoluto.

—Bueno —dijo Butters a la defensiva—, el universo es enorme. Creo que es algo arrogante creer que somos los únicos seres pensantes que hay en él.

—Esos cadáveres eran cuerpos de vampiros de la Corte Roja, y no quieras encontrar a uno con vida. Hubo una época en la que había muchísimos en la ciudad. Ahora no hay tantos, pero hay muchos más en el lugar del que vienen. Los vampiros son de una única clase. Y esta clase es la del depredador sobrenatural. Butters, hay una jungla ahí fuera, y las personas no están nada cerca de la parte más alta de la cadena alimentaria.

Butters sacudió la cabeza.

—¿Y me estás diciendo que nadie lo sabe?

—¡Oh! Mucha gente lo sabe —señalé—. Pero los que lo saben no van por ahí comentándolo.

—¿Por qué?

—Porque, para empezar, no quieren que les encierren en un loquero bajo observación durante tres meses.

—Ah —dijo Butters ruborizándose—. Sí, esa situación me suena. ¿Y qué pasa con la gente normal que ve cosas? Como los avistamientos o los encuentros sobrenaturales y asuntos así.

Resoplé.

—Esta es la segunda cosa que tienes que entender. La gente no quiere aceptar una realidad que los aterroriza. Algunas personas abren los ojos y se involucran, como hizo Murphy. Pero la mayoría de ellos no quiere tener nada que ver con lo sobrenatural, así que lo apartan a un lado y no hablan de ello. No piensan en ello. No quieren que sea real, así que tratan de convencerse de que no lo es.

—No —dijo Butters—. Lo siento, pero no me lo creo.

—No tienes que creértelo —le dije—. Es verdad. Como especie, somos una auténtica legión de idiotas. Somos más que capaces de ignorar los hechos si las conclusiones nos llevan a situaciones demasiado incómodas. O temibles.

—Espera un minuto. Estas diciendo que todo el mundo, los estudios científicos de las múltiples civilizaciones, los avances teóricos y prácticos, todo lo que está basado en la idea de observar el universo y el estudio de sus leyes es... ¿qué? ¿Un error porque considera que la magia es una superstición?

—No es solo un error —le dije—. Es un error garrafal. A la gente le da miedo enfrentarse a la verdad. Les produce terror admitir que hay un universo desconocido.

Dio un trago de café y sacudió la cabeza.

—No sé.

—Venga, Butters —le dije—. Piensa en la historia. ¿Durante cuánto tiempo creyeron las instituciones eruditas de las civilizaciones que la Tierra era el centro del universo? Y cuando apareció gente con pruebas de que no era así, hubo motines en las calles. Nadie quería creer que vivimos en una manchita de piedra común que hay en una galaxia olvidada sin nada especial. También se suponía que el mundo era plano, hasta que se demostró que no lo era cuando alguien navegó de un lado a otro. Nadie creía en los microbios, hasta que años y años más tarde por fin alguien vio uno. Los biólogos se burlaron de las historias que hablaban de bestias salvajes parecidas a los hombres que vivían en las montañas de África, pese a que había testigos oculares que lo aseguraban, y lo tacharon de absoluta fantasía, justo hasta el instante en que alguien dejó caer un cadáver de un gorila de las montañas en su mesa de disección.

Se mordió los labios y miró las farolas.

—Una vez tras otra, la historia ha demostrado que cuando la gente no quiere creer algo, tiene una enorme capacidad para ignorarlo por completo.

—Estás diciendo que la raza humana vive en la negación.

—Casi todo el tiempo —le respondí—. No es algo malo. Es lo que somos. Pero en el otro mundo eso no les importa, las cosas siguen pasando. En todas las familias hay una historia de fantasmas. Casi todas las personas con las que he hablado en mi vida han vivido alguna situación que no saben cómo explicar. Pero eso no quiere decir que luego vayan por ahí contándolo, porque todo el mundo sabe que ese tipo de cosas no existen. Si te pones a decir que sí que existen, lo único que vas a conseguir son miradas condescendientes y camisas de fuerza.

—Todo el mundo —dijo con voz todavía escéptica—. Todo el tiempo. Simplemente guardan silencio e intentan olvidarlo.

—Te propongo una cosa, Butters. Vamos a ir al Departamento de Policía de Chicago y les cuentas que acabas de ser atacado por un nigromante y cuatro zombis. Les explicas que estuvieron persiguiendo un coche a toda velocidad y que asesinaron al guardia de seguridad, el cual enseguida se levantó y lanzó tu mesa contra la pared.

—Hice una pausa para dejar entrar al silencio—. ¿Qué crees que harán?

—No sé —contestó inclinando la cabeza hacia delante.

—Cosas antinaturales ocurren todo el tiempo —le dije—. Pero nadie habla de ellas. Por lo menos, no abiertamente. El mundo sobrenatural está en todas partes. Solo que nadie nos lo anuncia.

—Tú lo haces —dijo Butters.

—Pero no hay mucha gente que me tome en serio. En la mayoría de los casos, incluso los que aceptan mi ayuda, simplemente me pagan la factura y se marchan dispuestos a ignorar mi existencia y volver a sus vidas normales.

—¿Cómo puede alguien hacer eso? —preguntó Butters.

—Porque da miedo —le dije—. Piensa en ello. Descubres monstruos, y a su lado

los de las películas de terror parecen teleñecos, y no hay absolutamente nada que puedas hacer para protegerte de ellos. Descubres que suceden un montón de cosas que serías más feliz si no supieras. Así que, antes de vivir con miedo, tiras para delante con la situación. Después de un tiempo puedes convencerte a ti mismo de que quizá solo te lo imaginaste. O de que tal vez estés exagerando el recuerdo. Racionalizas todo lo que puedes y olvidas lo que está en tu mano para volver a tu vida. —Miré el guante de mi mano y le dije—: No es culpa suya, tío, no los juzgues.

—Quizás —dijo—. Pero no entiendo cómo esos seres que cazan y matan seres humanos pueden estar entre nosotros sin que lo sepamos.

—¿Cuántos erais en el acto de graduación en tu universidad!

Butters parpadeó.

—¿Qué?

—Tú contéstame.

—Eh, unos ochocientos.

—Vale —asentí—. El año pasado, solo en los Estados Unidos, se denunciaron más de novecientas mil desapariciones, personas que nunca han sido encontradas.

—¿En serio?

—Sí —le dije—. Puedes comprobarlo en el FBI. La población total es de unos trescientos millones de personas; por lo tanto, significa que aproximadamente hay una persona desaparecida de cada trescientas veinticinco. Cada año. Hace más o menos unos veinte años que te graduaste, ¿no? Eso quiere decir que entre cuarenta y cincuenta personas de tu clase han desaparecido. Simplemente desaparecido. Nadie sabe dónde están.

Butters se revolvió incómodo en su asiento.

—¿Y?

Levanté una ceja y lo miré.

—Y están desaparecidos. ¿Adónde han ido?

—Bueno, están desaparecidos. Si están desaparecidos, nadie lo sabe.

—Exactamente —afirmé.

No dijo nada.

Dejé que nos inundara el silencio durante un minuto, solo para plantear mi idea. Y la retomé enseguida:

—Tal vez sea una coincidencia, pero esta tasa de pérdida coincide más o menos con la de los animales gregarios muertos en la sabana africana a manos de los grandes depredadores.

Butters encogió las rodillas y se las llevó al pecho, acurrucándose todo lo posible bajo la manta.

—¿De verdad?

—Sí —le dije—. Nadie habla de esto. Pero toda esa gente sigue sin aparecer. Tal

vez muchos de ellos solo cortaron sus ataduras y dejaron sus vidas anteriores atrás. Otros, tal vez, perdieron sus vidas en accidentes de algún tipo y nunca se encontraron sus cuerpos. El caso es que la gente no lo sabe. Porque da demasiado miedo pensar en ello y porque es muchísimo más fácil volver a tu vida y tratar de olvidarlo. Ignorarlo. Es más fácil.

Butters sacudió la cabeza.

—Es de locos. Quiero decir, si lo vieran lo creerían. Si alguien saliera en la televisión y...

—¿E hiciera qué? —le pregunté—. ¿Doblar cucharas? ¿Tal vez si alguien hiciera desaparecer la Estatua de la Libertad? ¿Si convirtiera a una mujer en un tigre blanco? Joder, yo ya he hecho magia en televisión y los que no gritaban porque les parecía que era una patraña, se quejaban porque los efectos especiales les parecían demasiado cutres.

—¿Te refieres a aquel vídeo que se salió en el canal de noticias WGN hace unos años? ¿Contigo, Murphy, un perro enorme y aquel chalado con un palo?

—No era un perro —le dije temblando un poco con el recuerdo—. Era un loupgarou. Una especie de hombre lobo. Lo maté con un hechizo y un amuleto de plata, en auténtico directo.

—Sí, todo el mundo habló de esos los días siguientes, pero oí que descubrieron que era todo una farsa.

—No. La grabación desapareció.

—Oh.

Paré bajo una farola y miré a Butters durante un segundo.

—Cuando viste la grabación, ¿te lo creíste?

—No.

—¿Por qué?

Cogió aire.

—Bueno, porque la calidad de la imagen no era muy buena. Quiero decir, había mucha oscuridad...

—Que es donde ocurren las cosas sobrenaturales que más miedo dan —le dije.

—Y la imagen estaba movida...

—La mujer de la cámara estaba muerta de miedo. También muy frecuente. Butters hizo un sonido de frustración.

—Y en la grabación había mucha electricidad estática, parecía como si alguien hubiese estado jugando con ella.

—¿Como si alguien hubiese estado jugando con mis radiografías? —Sacudí la cabeza sonriendo—. Y hay otra razón más por la que no te lo creíste, tío. Está bien, puedes decirlo.

Suspiró.

—Porque los monstruos no existen.

—¡Bingo! —exclamé y volví a arrancar el coche—. Mira, Butters. Tú eres tu propio ejemplo perfecto. Has visto cosas que no puedes explicar. Has sufrido intentando decirle a la gente que las habías visto. ¡Por Dios! Hace veinte minutos has sido atacado por un muerto andante. Y aun así estás discutiendo conmigo si la magia es real o no.

Pasaron unos segundos.

—Porque no quiero creérmelo —dijo despacio, en voz muy baja.

Exhalé pausadamente.

—Toma un poco de café —propuse.

Lo hizo.

—¿Estás asustado?

—Sí.

—Estupendo. Es la opción inteligente.

—Pues qué bien —murmuró—. De... debo de ser la persona más inteligente del mundo.

—Sé cómo te sientes —le dije—. Acabas de caer dentro de un mundo en el que no crees y da un miedo que te cagas. Pero en cuanto aprendas una cosa que hay que saber sobre él, se te hará más fácil. El conocimiento contrarresta el miedo. Siempre lo hace.

—¿Qué hago? —me preguntó Butters.

—Te estoy llevando a un sitio en el que estarás a salvo. En cuanto estés allí pensaré en mi próximo movimiento. Por ahora, pregúntame lo que quieras y te contestaré.

Butters dio un trago muy despacio y asintió. Sus manos se iban calmando.

—¿Quién era ese tío?

—Le llaman Grevane, pero dudo que sea su nombre real. Es un nigromante.

—¿Qué es un nigromante? Encogí un hombro.

—La nigromancia es la práctica de la magia que pierde el tiempo con las cosas muertas. Los nigromantes pueden animar y controlar los cadáveres, manipular a los fantasmas, acceder al conocimiento que hay almacenado en los cerebros de los muertos...

Butters explotó:

—¡Eso es imposi...! —Se frenó y tosió—. Ah. Bien. Lo siento.

—También pueden hacer un montón de cosas terribles que implican a las almas —le dije—. Incluso en círculos extraños, este no es el tipo de cosas de las que se habla normalmente, pero he escuchado historias que dicen que pueden habitar cuerpos con conciencia y poseer a otros. Hasta he escuchado que pueden revivir a los muertos.

—¡Jesús! —exclamó Butters.

—Con ese dudo que tengan algo que ver.

—No, no, quería decir...

—Ya sé lo que querías decir. Era una broma, Butters.

—Ah. Vale. Lo siento. —Bebió más café y empezó a mirar a la calle, a un lado y a otro—. Pero ¿revivir a un muerto? Eso no suena mal.

—Estás dando por hecho que a donde los trae un nigromante es mejor que la muerte. Por lo que he oído, no lo suele hacer por razones humanitarias. Pero puede que sea todo mentira. Como te he dicho, nadie habla del tema.

—¿Por qué no?

—Porque está prohibido —le dije—. La práctica de la nigromancia viola una de las leyes de la magia que estableció el Consejo Blanco. La pena capital es la única sentencia posible y nadie quiere ni acercarse a ser sospechoso del Consejo.

—¿Por qué? ¿Quiénes son?

—Ellos son yo —le dije—. Más o menos. El Consejo Blanco es... bueno, la mayoría de las personas hablan de él como un cuerpo de gobierno de los magos de todo el mundo, pero es más como una logia masónica. O como una fraternidad.

—Nunca he oído nada de una fraternidad que dicte sentencias de muerte.

—Sí. Bueno, el Consejo solo tiene siete leyes, pero si las rompes... —Me pasé el pulgar por el cuello—. Por cierto, no les gusta que la gente normal sepa que existen, así que no hables de esto con nadie.

Butters tragó saliva y se tocó la garganta con los dedos.

—Ah. Entonces este tío, Grevane, ¿era como tú?

—¡No es como yo! —lo dije con un gruñido que me sorprendió hasta a mí. Butters se revolvió violentamente. Suspiré e hice un esfuerzo por bajar la voz de nuevo—. Probablemente sea un mago, sí.

—¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere?

Resoplé.

—Es algo así como un discípulo de Kemmler, ese cochino mesías. El Consejo desterró a Kemmler hace un tiempo, pero varios de sus discípulos pueden haber escapado. Creo que Grevane está buscando un libro que su profesor escondió antes de morir.

—¿Un libro mágico?

Resoplé.

—No, a por unas chucherías no vendrían. Si no me equivoco, este libro contiene más información acerca de los saberes y las teorías que Kemmler utilizó en sus magias más poderosas.

Butters asintió.

—Entonces... si Grevane se apodera del libro y aprende lo que hay en él, ¿se

convertirá en el próximo Kemmler?

—Sí. Y mencionó que había más personas involucradas en este asunto. Creo que surgió el rumor acerca del libro Kemmler y, con él, aparecieron los estudiantes que sobrevivieron; que se quieren hacer con el libro antes que otros nigromantes. En realidad, cualquiera que esté interesado en la magia negra querría conseguir ese libro.

—¿Y por qué el Consejo no los atrapa y los...? —Se pasó el dedo pulgar por el cuello.

—Lo han intentado —le dije—. Pensaron que todos los discípulos ya habían rendido cuentas.

Butters frunció el ceño y luego dijo:

—Supongo que los magos también pueden recurrir a la negación ante los hechos demasiado desagradables, ¿no?

Solté una carcajada.

—A la hora de la verdad todos somos iguales, tío.

—Pero ahora puedes alertar al Consejo y contarles lo de Grevane y el libro, ¿no? Se me revolvió el estómago.

—No.

—¿Por qué no?

Porque si lo hago, Mavra acabará con mi amiga. La idea se pasó por mi mente y la frustración se apoderó de mí. Intenté disimular.

—Es una larga historia. La versión corta es que el Consejo no me tiene mucho cariño que digamos y, además, últimamente están muy ocupados.

—¿Con qué?

—Con una guerra.

Arrugó la nariz e inclinó la cabeza mirándome atentamente.

—Esa no es la única razón por la que no los llamas, ¿verdad? —me preguntó.

—¡Caray, Holmes! —exclamé—. No, no lo es. Pero no insistas.

—Lo siento. —Terminó el café e hizo un esfuerzo por sacar un nuevo tema de conversación—. Entonces, ¿aquellos tíos eran zombis de verdad?

—Nunca había visto uno —le dije—. Pero todo apunta a que tienes razón.

—Pobre Phil —se quejó Butters—. No es que fuera un santo ni nada, pero no era un mal tipo.

—¿Tenía familia? —pregunté.

—No —contestó Butters—. Estaba soltero. Es una suerte. —Guardó silencio durante unos segundos y volvió a hablar—: No, supongo que no lo es.

—Ya.

—Si esos tíos eran zombis, ¿cómo es que no querían sesos? —preguntó Butters. Levantó los brazos y los estiró hacia delante, puso los ojos en blanco y con voz ronca dijo—: Seeeeeesoosooooos.

Resoplé y me miró sonriendo.

—En serio —dijo Butters—. Esos tíos se parecían más a Terminator.

—¿Para qué sirve un soldado de infantería que no puede hacer nada más que cojear por ahí y pedir sesos con voz ronca?

—Buena pregunta —dijo Butters. Se puso a pensar y arrugó la nariz—. Recuerdo que se decía que para matar a un zombi había que coserle la boca con aguja e hilo. ¿Eso funciona?

—Ni idea —le dije—. Pero ya los viste. Si quieres acercarte y comprobarlo, ¡adelante! Yo prefiero observarte desde un puto telescopio.

—No, gracias —dijo Butters—. Pero ¿cómo se puede acabar con ellos?

Suspiré.

—Son fuertes, pero siguen siendo de carne y hueso. Un ataque muy duro los acaba matando tarde o temprano.

—¿Cómo de duro?

Me encogí de hombros.

—Pues algo como pasarles por encima con un camión. Cortarlos en trozos con un hacha. Quemarlos y reducirlos a ceniza. Una pistola o un bate de béisbol no serían suficientes.

—Puede que esto te sorprenda, Harry, pero ahora mismo no llevo un hacha encima. ¿Podría valer otra cosa? ¿Tal vez algo un poco menos «bunyanesco»? [{7}](#)

—Hay muchas formas —le contesté—. Si consiguieras cortar el flujo de energía hacia ellos, se desplomarían.

—¿Y eso cómo se hace?

—Tienes que destruirlos. El agua corriente es la mejor forma, pero tendría que haber una gran cantidad. Un riachuelo por lo menos. Probablemente yo también podría encerrar a uno en un círculo mágico y aislarlo de cualquier energía que pudiera llegarle. De una manera u otra, ¡plaf!, se acabarían derrumbando.

—Círculos mágicos. —Butters sacudió la cabeza—. ¿Y nada más?

—Ten presente que no son inteligentes —le dije—. Los zombis solo siguen órdenes, no son más inteligentes que cualquier animal común. Tienes que pensar más rápido que ellos, o que el nigromante que les está dando las órdenes. También podrías aislarlos del control del nigromante.

—¿Cómo?

—Acabando con el ritmo del tambor.

—¿El qué?

Sacudí la cabeza.

—Perdón. Veamos, bueno... El zombi no es una persona realmente, con pensamientos, con sentimientos, pero el cadáver hace que parezca una persona; lo «utilizan» para comer, respirar, para tener un corazón que lata. El nigromante

encuentra en esa circunstancia la forma de controlarlos. Él toca un ritmo, o cualquier música rítmica, y utiliza la magia para sustituir ese pulso por el latido del corazón del zombi. El mago se conecta al ritmo, y este se supedita al corazón del zombi. Gracias a este vínculo, cuando el nigromante da una orden, el zombi piensa que viene de dentro de sí mismo y siente que quiere hacerlo. De esta forma, el nigromante consigue tener al zombi completamente a sus pies.

—¡El libro! —dijo Butters—. Grevane estuvo todo el tiempo golpeándose la pierna con un libro. Y después, fuera, los bafles del Cadillac emitían el sonido atronador de aquel bajo.

—Exactamente. Tienes que conseguir frenar ese ritmo o alejar a los zombis hasta donde no puedan oírlo para que el nigromante pierda el control. Pero eso es muy aleatorio.

—¿Por qué?

—Porque eso no destruirá al zombi, solo lo libera del control del nigromante. Podría pasar cualquier cosa. Podría apagarse o empezar a matar a todo el que se le ponga por delante. Es totalmente impredecible. Si en la sala de análisis se me hubiese ocurrido detener el golpeteo puede que nos hubiera matado a todos. O que se hubiese puesto a correr en diferentes direcciones golpeando a los que allí estábamos. No podíamos correr el riesgo.

Butters asintió, interiorizando aquello durante un minuto. Después abrió la boca y dijo:

—Grevane afirmó que no eras un centinela. ¿Qué es un centinela?

—Los centinelas son algo así como la policía del Consejo —le expliqué—. Hacen que se cumplan las leyes de la magia, llevan a los criminales a juicio y luego les cortan la cabeza. A veces se emocionan y les cortan la cabeza directamente.

—Bueno. No suena mal.

—En teoría —le dije—. Pero son tan paranoicos que a su lado, Joe McCarthy parece un cachorrito adorable. Casi no hacen preguntas y no dudan al tomar decisiones. Si ellos creen que has incumplido la ley, será porque lo has hecho.

—Eso no es justo —dijo Butters.

—No, no lo es. No es que me tengan mucho cariño, los centinelas. NI siquiera sé si vendrían a ayudarme si se lo pidiera.

—¿Y qué hay de los otros magos del Consejo? Suspiré.

—El Consejo Blanco ya está rozando el límite de sus medios. E incluso aunque no fuera así, siempre prefieren mantenerse al margen.

Frunció el ceño.

—¿Y la policía podría detener a Grevane?

—De ningún modo —le dije—. No hay nadie que, ni por asomo, esté tan bien preparado como para enfrentarse a él. Y si lo intentaran, un montón de gente inocente

moriría.

Butters se atragantó.

—¿Se quedarán sentados mirando como asesina a personas como Phil!? — preguntó indignado—. Si la gente normal no puede hacer nada y el Consejo no quiere implicarse, ¿quién coño lo va a detener?

—Yo —le dije.

Llegué a mi apartamento y, en menos de un segundo, Butters ya estaba dentro y a salvo bajo la protección de los hechizos. Ratón apareció desde la cocina y saltó sobre mí, moviendo el rabo.

—¡Me cago en la leche! —dijo Butters—. ¡Tienes un poni!

Me reí. Ratón olfateó mi mano y luego se alejó para olisquear los pies y las piernas de Butters, dándole un aire solemne y ceremonioso a lo que hacía. Enseguida estornudó, levantó la mirada hacia Butters y empezó a mover el rabo.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó Butters.

—Si lo haces no te dejará en paz.

Fui a mi habitación a coger unas cosas del armario y cuando volví Butters estaba sentado frente a la chimenea, avivando el fuego y echando leña fresca. Ratón se había sentado a su lado y lo miraba con paciente interés.

—¿Qué raza es? —preguntó Butters.

—Mitad chow-chow, mitad mamut lanudo. Un chowmut lanudo.

La mandíbula de Ratón se abrió y dio paso a una sonrisa perruna.

—¡Uau! ¡Menudos dientes que se gasta! —dijo Butters—. No muerde, ¿no?

—Solo a los malos —le dije. Cogí la correa y se la enganché al collar—. Voy a llevarlo a dar una vuelta. Cuando venga a dejarlo quiero que te cierres con llave y que te quedes aquí quietecito.

Nervioso y preocupado preguntó:

—¿Te vas?

—Estás a salvo —le dije—. Tengo medidas de seguridad que no dejarían que Grevane te encontrase aunque utilizase su magia.

—¿Estás hablando de conjuros y cosas de esas?

—Sí —le dije—. Mis hechizos contrarrestarán los de Grevane e impedirán que te localice mientras resuelvo un par de asuntos.

—¿No vas a estar aquí? —me preguntó Butters. No parecía muy confiado.

—Grevane no te encontrará —sentencié.

—¿Y si lo hace?

—No lo hará.

—Ya, ya, seguro que no. Te creo —dijo Butters tragando saliva—. Pero ¿y si lo hace?

Intenté sonreírle de manera tranquilizadora.

—También tengo otros hechizos que impiden que nadie cruce la puerta. Ratón te vigilará y le voy a dejar una nota a Thomas pidiéndole que se quede en casa esta noche, solo por si acaso.

—¿Quién es Thomas?

—Mi compañero de piso.

Cogí un trozo de papel y un bolígrafo de una caja que estaba bajo la mesita y escribí una nota.

Thomas:

Han salido a la palestra unos nuevos malos y se quieren cargar al hombrecillo que está en el cuarto de estar. Se llama Butters. Lo he traído aquí para mantenerlo fuera del radar mientras negocio con ellos. Hazme un favor y vigílalo hasta que vuelva.

Harry

Doblé la nota y la dejé allí encima.

—Es listo y bastante fuerte. No sé cuándo volverá, pero cuando lo haga dile que yo te traje aquí y dale esta nota. Estarás bien.

Butters exhaló despacio.

—Vale, ¿y adónde vas?

—A la librería —le dije.

—¿Por qué?

—Grevane estaba leyendo un ejemplar del libro llamado *Die Lied der Erlking*. Quiero saber por qué.

Butters se quedó mirándome durante un segundo y dijo:

—En aquella situación, entre amenazas, pistolas, zombis y no sé qué más, ¿te fijaste en el libro que tenía en la mano?

—Pues sí. Joder, soy un fuera de serie.

—¿Y yo *qué* hago? —me preguntó.

—Duerme un poco. —Estiré el brazo y señalé la estantería—. Puedes leer, si lo prefieres, y coge lo que quieras de la cocina. ¡Ah! Una cosa más: no abras la puerta bajo ningún concepto.

—¿Por qué no?

—Porque el hechizo podría matarte.

—¡Oh! —dijo—. Claro, por supuesto, el hechizo.

—No estoy de broma, Butters. Está ahí para que nadie pueda entrar, pero si abres la puerta puede tener un efecto de absorción. Thomas y yo tenemos un talismán que nos permite entrar. A cualquier otra persona, la destrozaría.

Tragó saliva.

—Bien. Vale. ¿Y qué pasa si el perro tiene que salir?

Suspiré.

—Sería imposible que el perro estropease este lugar más de lo que lo hace Thomas. De todas formas, vamos, Ratón, tenemos que asegurarnos de que te quedas relajado.

Ratón tenía un sexto sentido: sabía que cuando teníamos prisa no debía hacerse el remolón en el patio de la pensión. Fuimos hasta nuestra pequeña zona designada y volvimos sin retrasos. Lo metí dentro de casa con Butters, aceleré el Escarabajo y me dirigí a Bock Ordered Books.

Artemis Bock, el propietario de la tienda de ciencias ocultas más antigua de Chicago, era un viejo conocido de la zona del parque Lincoln, y la librería llevaba abierta desde mucho antes de que yo llegara a la ciudad. Aquel barrio, que era una extraña mezcla de lo peorcito de la gran ciudad, convivía, codo a codo, con el erudito ambiente de la universidad de Chicago. A pesar de ser mago aquel no era el tipo de lugar por el que me gustaba pasear de noche, pero esta vez no tenía elección.

Aparqué el Escarabajo una manzana más abajo de donde estaba la tienda, al otro lado de la calle. En las ventanas de las casas baratas de aquella zona ondeaban los colores de las bandas callejeras a las que pertenecían sus inquilinos. No me preocupaba que alguien intentara forzar y robar el Escarabajo azul mientras iba a la tienda, ya que no resultaba un coche muy tentador como para molestarse. De todas formas, para no correr riesgos, no hice ningún esfuerzo por esconder la pistola: con mucha calma, mientras me alejaba del coche, me la coloqué en la funda del hombro, bajo el abrigo. También tenía el bastón conmigo y, cuando cerré la puerta del coche, lo cogí con firmeza con la mano derecha. Empecé a andar calle abajo, muy consciente de mis actos, manteniendo una expresión tranquila y fría. No tenía permiso para llevar armas ocultas, así que podría acabar en la cárcel por pasearme con aquello. Por otro lado, aquella zona de la ciudad era el lugar favorito de algunos de los malvados habitantes del mundo sobrenatural, así que más probable que acabar en la cárcel era acabar en la tumba, y tendría muchas más papeletas para la segunda opción si se me ocurriese pasearme sin la pistola. Cuando me encuentro frente a este tipo de encrucijadas, me suelo inclinar por la supervivencia, gracias.

En el paseo hacia la tienda me crucé con un par de borrachuzos y traté de ignorar a una mujer que, pálida, escuálida y con la mirada vacía, se tambaleaba hacia mí, ataviada únicamente con unas medias de leopardo, un abrigo de piel y un sujetador. Sus pupilas se habían dilatado tanto que sus ojos azules parecían negros, y estaba demasiado colocada para caminar. Probablemente no fuese muy mayor, pero la vida había sido dura con ella. Me vio y por un segundo pareció que iba a ofrecermé sus servicios. Pero al acercarse y fijarse en mi cara, se hizo a un lado deseando volverse invisible. Pasé a su lado sin abrir la boca.

Era una noche muy fría. En pocas semanas haría tanto frío que personas como

aquellas, los borrachos o la yonqui, verían su vida peligrar. Alguien encontraría un cuerpo y otro alguien, más tarde, llamaría a la policía. El agente de turno aparecería y cubriría el informe policial en el que constaría que el cuerpo encontrado se habría quedado sin vida por congelación letal. Algunas veces no era un accidente. Las bajas temperaturas facilitaban mucho la situación para que un camello, por ejemplo, matase a esa persona que tanto le sacaba de quicio. Solo es necesario un empujoncito para rematar la faena: quitarles alguna prenda de abrigo y dejar que la noche los devore. La mayoría de esos cuerpos solían encontrarse a unas manzanas de donde yo estaba.

Puede que estuviera a unos treinta metros de la tienda, cuando crucé la línea invisible donde la atmósfera opresiva y peligrosa de la parte diabólica de la ciudad disminuye varios grados. Algunos pasos después atisbé, en la distancia, un edificio del campus de la universidad de Chicago. Me proporcionó cierta tranquilidad, pero esa promesa tácita de seguridad y de cumplimiento de la ley era solo una ilusión. Los crímenes disminuían a medida que te acercabas al campus, sin embargo, lo único que evitaba que los elementos oscuros traspasaran las fronteras de los dos mundos eran puros convencionalismos y patrullas de policía relativamente frecuentes.

Bien, había algo más, pero yo no me podía permitir su implicación. Mavra me había prohibido que nadie más se involucrase, y eso quería decir que, aunque necesitase ayuda, no debía ni pensar en pedirla. Solo dependía de mí. Y si los problemas venían a visitarme, tendría que resolverlos solito.

Los depredadores responden al lenguaje corporal. Circulé como si estuviese de camino a arrancarle la cara a alguien, hasta que llegué a la tienda y entré.

Artemis Bock, *el* propietario, estaba sentado detrás del mostrador, mirando hacia la puerta. Era un hombre enorme, de unos cincuenta y tantos años, muy ancho de hombros y sin afeitar, estaba bastante gordo pero se adivinaban unos curtidors músculos bajo aquella capa de grasa. Sus nudillos parecían, por el tamaño y la textura, pelotas de golf; en ellos tenía cicatrices de heridas que debía de haberse hecho antes de ser vendedor. Probablemente no fue nada tan potente como un mago, pero sabía bien cómo moverse por Chicago entre la teoría básica de magia. Su tienda estaba protegida con media docena de sutiles hechizos que eran de gran ayuda para ahuyentar a quien estuviese buscando problemas.

Las campanillas de la puerta tintinearón cuando entré y simultáneamente otra más grave sonó por algún sitio más allá del mostrador. Bock tenía un brazo en el tablero y otro oculto en la parte de abajo. No lo puso a la vista hasta que se encontró con mi cara a través de sus gafas de leer. Asintió. Cruzó los brazos encima del mostrador otra vez, se encorvó sobre lo que parecía una revista de coches y dijo:

—Señor Dresden.

—Bock —contesté asintiendo.

Sus ojos brillaron cuando vio mi bastón y me dio la sensación de que, por alguna

razón, sabía que llevaba una pistola bajo la chaqueta.

—Necesito meterme en la jaula —le dije.

Sus pobladas cejas se convirtieron en una sola.

—Los centinelas estuvieron aquí hace menos de un mes. Mi tienda está limpia y lo sabe.

Levanté la mano del guante en un gesto pacífico.

—No estoy en visita de inspección. Son asuntos personales.

Hizo un ruido sordo con la garganta, la intención era algo intermedio entre reconocimiento y disculpas. Echó la mano hacia atrás sin mirar y alcanzó una llave que colgaba de un gancho en la pared. Me la pasó. Tuve que dejar que mi bastón cayese sobre la sinvergüenza de mi mano izquierda para poder coger la llave con la derecha. Estoy seguro de que no fue nada elegante, pero por lo menos no se me cayeron al suelo las dos cosas, que habría sido más propio de mí.

—¿Quiere venir conmigo? —le pregunté. Bock no dejaba que los clientes examinaran los libros de la jaula sin su supervisión.

—¿Y qué le voy a decir? —me dijo mientras pasaba una hoja de la revista.

Asentí y decidí empezar por el final de la tienda.

—Señor Dresden —dijo Bock.

—¿Sí?

—Circula el rumor de que un asunto muy escabroso está teniendo lugar. Bill ha venido hoy por aquí y dice que la gente está muy nerviosa.

Hice una pausa. Billy Borden era el líder de una banda de auténticos hombres lobo que se hacían llamar los Alphas y vivían en el vecindario del campus. Unos cuatro años atrás, los Alphas habían aprendido a transformarse en lobos y habían declarado los alrededores del campus, zona libre de monstruos. Para demostrarlo despellejaron a unos cuantos, y lo hicieron tan bien que el inframundo local (compuesto por vampiros, necrófagos y otros del estilo) decidió que sería más fácil ir a cazar a otra parte.

La comunidad mágica de Chicago, es decir, los humanos, se ubicaban en torno a unos cuantos barrios de la ciudad. El grupo que vivía en la zona del campus era el más pequeño, pero probablemente el más informado de todos. Los rumores siempre encuentran la manera de infiltrarse en los ambientes del ocultismo, cuando algo malvado se desata todos se apresuran a resguardarse o esconderse. Es el instinto de supervivencia, que yo defiendo a capa y espada, de aquellos que desarrollaron algún talento para la magia, pero no el suficiente para considerarse una amenaza. La situación ya estaba en la cuerda floja, como para que el novato de Billy, que no tiene más que un truco para todo, pretendiera lanzarse al vacío y enfrentarse él solo a los malos.

Por supuesto, eso era exactamente lo que Billy Borden había hecho. Billy y

compañía no le llegaban ni a la suela de los zapatos a Grevane. Que no se me malinterprete: son una auténtica amenaza para un nivel medio de magia negra, sobre todo si trabajan unidos, pero no estaban acostumbrados a enfrentarse a alguien de la talla de Grevane. Billy tenía que quitarse del medio, pero no podía ponerme en contacto con él para decírselo. Joder, incluso aunque lo hiciera, se pondría a gritarme como un poseso y me diría que podía encargarse de esto él solo. Si quería que se escondiese, tendría que hacerlo de otra manera.

—Si lo vuelve a ver —le propuse a Bock—, dígame de mi parte que se oculte, pero que mantenga los ojos bien abiertos. Y que se ponga en contacto conmigo antes de hacer nada.

—Algo está pasando —dijo Bock. Sus ojos brillaron al mirar el calendario.

De repente me di cuenta de que había tres o cuatro pares de ojos más en la tienda. Eran otros clientes. Es verdad que era tarde, pero la comunidad ocultista no es que tenga precisamente unos horarios muy convencionales y, además, solo faltaban dos días para Halloween. Miento, ya era casi la una de la madrugada, así que Halloween sería al día siguiente. Eso significaba para muchos el famoso «truco o trato», pero para otros era el temido Samaín, por no hablar de todas las creencias relacionadas con ese día que existían dentro de los círculos del ocultismo. Había que hacer ciertas compras.

—Puede ser —le dije a Bock—. Quizás estaría bien que se resguardase detrás del umbral después de la medianoche los próximos dos días. Por si acaso.

La expresión de Bock me reveló que pensaba que yo no le estaba contando todo lo que sabía. Le contesté, también con la mirada, que se metiese en sus putos asuntos, y me dirigí hacia el fondo de la tienda.

La tienda de Bock era más grande de lo que parecía desde fuera. Hubo un tiempo en el que la parte de atrás fue una taberna clandestina y la de delante una tienda ultramarinos de barrio. La parte delantera contaba ahora con una zona donde se exponían bolas de cristal, incienso, velas, aceites, varitas mágicas y todo tipo de instrumentos simbólicos para rituales de magia. Todo muy *new age* para los clientes interesados. Había varias estatuas e imágenes para santuarios personales, esterillas para meditación, algunos muebles y otros objetos de decoración de cualquier religión alternativa que se te pueda ocurrir, incluyendo figuras de Buda y Ganesh.

Detrás de la zona de ocultismo había varias filas de estanterías repletas de libros que convertían aquello en la más amplia sección de ocultismo, del mundo sobrenatural, paranormal y místico de la ciudad. La mayoría de los libros estaban cargados de filosofía o religión, sobre todo, de cualquier tipo wicca; pero también había textos hindúes, cabalísticos, de vudú... e incluso en un par se trataban las antiguas religiones nórdicas y griegas. Sorteé todo aquello. La magia no era algo que necesitase de Dios, o de un dios, o de varios dioses para que te ayudasen, sin

embargo, mucha gente así lo creía. Incluso algunos magos del Consejo eran profundos creyentes y sentían que era precisamente aquello lo que los obligaba, de alguna manera complicada, a practicar su magia.

Por supuesto, si así lo creían, mejor para ellos. La magia está íntimamente ligada a la confianza del mago. Algunos dirán que está relacionada con la fe del mago, que es prácticamente lo mismo. Tienes que creer en la magia para que funcione, no llega con pensar que va a pasar. Hay que pensar que tiene que pasar.

Esto es lo que hace que gente como Grevane sea tan peligrosa. La magia es esencialmente una fuerza de creación, de vida. La nigromancia de Grevane se burla de la vida, incluso cuando la utiliza para destruirla. Además de ser algo criminal y asqueroso, era absolutamente deshonesto utilizar la magia para crear una imitación podrida de vida humana. Se me revolvió el estómago solo con imaginarme haciendo un hechizo de ese tipo. Y Grevane creía en ello.

Todo eso lo convertía en un demente cada vez más perdido. Un lunático mortal, poderoso, tranquilo e inteligente. Sacudí la cabeza. ¿Cómo hacía para acabar siempre metiéndome en estos líos?

Me deslicé entre las estanterías hasta llegar a una puerta que había al final de la pared. A pesar de no estar muy escondida, no tenía marco y se hallaba a ras del muro que la rodeaba, tapizada con el mismo papel. Años atrás, aquella puerta estuvo abierta para que los clientes pudiesen pasar a beber sustancias ilegales. Ahora permanecía cerrada. Utilicé la llave de Bock para abrir y me colé hasta el fondo.

La parte trasera no era muy grande, consistía en una habitación con una oficina en una esquina y un par de estanterías con libros; en la pared de enfrente había una reja de hierro muy pesada. La habitación estaba llena de cajas, estantes y mesas, donde Bock guardaba el inventario que le sobraba (si es que le sobraba algo) y donde organizaba el embalaje de los pedidos que solicitaba. Había dos luces prendidas en las tomas de corriente de las paredes. La puerta de la oficina estaba entreabierta y la luz encendida. En la radio había sintonizada una emisora de rock clásico.

Fui hacia la puerta que había al lado de la reja de hierro y abrí el pestillo para poder entrar en la jaula. Bock guardaba allí todos los textos valiosos. Tenía, en el estante más alto, la primera impresión original de *A través del espejo*, de Lewis Carroll, autografiada y cuidadosamente plastificada. Entre otros, pues allí se podían encontrar muchos libros peculiares, algunos de ellos incluso de más valor.

Las otras estanterías estaban repletas de textos serios sobre la teoría de la magia. La información de muchos estaba sesgada con opiniones personales y filosofía, igual que lo estaban sus homólogos más modernos de las estanterías de la parte delantera. La diferencia residía en que la mayoría de ellos estaban escritos por miembros del Consejo de otra época. Había muy pocos volúmenes que trataran la magia en un sentido tan elemental, como fuente pura de energía, de la forma en la que a mí me lo

habían enseñado. Una notable excepción era *Magia elemental*, de Ebenezer McCoy. Era el primer libro que la mayoría de los magos leía y del que se aprendían las primeras lecciones. En él se trataba el asunto de las tuercas y los tornillos y el movimiento de la energía; también se hacía hincapié en la necesidad de control y responsabilidad por parte del mago.

Sin embargo, ahora que lo pensaba, Ebenezer nunca me proporcionó un ejemplar de su libro cuando me formó. Ni siquiera dedicó más de uno o dos días a charlar sobre él. Me había dicho lo que esperaba de mí y luego me lo demostró. Un método de enseñanza verdaderamente eficaz, en mi opinión.

Cogí un ejemplar del libro y lo miré durante un momento. Se me hizo un nudo en el estómago. Por supuesto, también me había mentido. O por lo menos nunca me contó toda la verdad. Durante todo el tiempo que me estuvo enseñando permaneció bajo las órdenes del Consejo, según las cuales debería ejecutarme si no me comportaba como era debido. No siempre me comporté como era debido. El viejo no me mató, pero tampoco confió en mí lo suficiente como para ser sincero. No me dijo que se dedicaba a hacer el trabajo sucio del Consejo. Que era un mandado y que rompía las leyes de la magia y ellos le daban su bendición. Traicionó la misma responsabilidad sobre la que escribió, sobre la que habló y de la que, según parece, vivió.

Estaba intentando protegerte, Harry, me dije a mí mismo.

Pero eso no lo convierte en correcto.

Nunca intentó ser un héroe ni un ejemplo para ti. Eso fue cosa tuya.

No cambia nada.

Nunca quiso hacerte daño. Tenía buenas intenciones.

Y la carretera al infierno está asfaltada con ellas.

Tienes que superarlo. Tienes que perdonarlo.

Cerré de golpe el libro y lo dejé en la estantería. Era demasiado cruel.

—¿Hola? —dijo una voz de mujer a mi espalda.

Casi me da un ataque. Mi bastón repiqueteó en el suelo, cuando me di la vuelta mi brazalete escudo estaba encendido y expulsando chispas, y la pistola del 44 estaba en mi mano derecha, apuntando a la oficina.

Era joven, tendría unos veinticinco años como mucho. Llevaba un vestido de lana largo y de cuello vuelto con una chaqueta; todo en tonos grises. Tenía el pelo castaño y recogido en un moño con un par de lápices. Las gafas y aquella cara con forma de corazón, con facciones suaves y seductoras, la convertían en una mujer muy atractiva. Tenía la barbilla y los dedos de la mano derecha manchados de tinta. Llevaba una etiqueta con su nombre en la que se veía el logo de la tienda y, debajo: «Hola, me llamo Shiela».

—¡Oh! —dijo muy tensa y empezando a ponerse pálida—. ¡Oh! Humm, llévase

lo que quiera, no diré nada.

Dejé salir el aire entre los dientes y despacio bajé la pistola. Por haber escuchado una voz un poco elevada casi la emprendo a tiros. *¿Estás tenso, Harry?* Expulsé la energía por mi brazalete escudo y se fue atenuando.

—Lo siento, señorita —le dije, tan educadamente como me fue posible—. Me asustó.

Parpadeó y me miró durante un segundo, sus facciones transmitían confusión.

—¡Oh! —dijo entonces—. No está robando.

—No —le dije.

—Eso está bien. —Se puso una mano en el pecho respirando algo aceleradamente. Debía de tener un pecho bastante generoso, dado que se apreciaban las curvas de su escote incluso con la chaqueta puesta. ¡Ah, fiel libido! Incluso cuando estoy hasta arriba de problemas, estás ahí para distraerme de cosas tan triviales como la supervivencia—. ¡Oh! Entonces es un cliente, supongo, ¿necesita ayuda?

—Solo estaba buscando un libro —le dije.

—Bueno —habló con ánimo mercantil—, para empezar, encienda esa lámpara que tiene ahí al lado y ahora encontraremos lo que está buscando. —Lo hice y Shiela se colocó bien la falda antes de acercarse hasta donde yo estaba. Tenía una altura media, tal vez un metro sesenta y siete o sesenta y ocho, lo que quería decir que era unos treinta centímetros más baja que yo. Se paró cuando estuvo cerca y me miró a través de sus gafas—. Usted es él. Es Harry Dresden.

—Eso es lo que el IRS {8} para de repetirme —dije.

—¡Vaya! —dijo. Se le iluminaron los ojos. Tenía unos ojos muy oscuros que le quedaban muy bien con la piel tan clarita. Cuando la tuve más cerca, pude comprobar que su atuendo era de gran ayuda para contener sus curvas. No es que fuera una modelo de bikinis, pero se veía que sería muy agradable acurrucarse junto a ella en una noche fría.

Tío, necesitaba salir más y quedar con chicas. Me froté los ojos y obligué a mi mente a volver al mundo real.

—Desde que llegué a Chicago —dijo ella—, siempre he querido conocerle.

—¿Es nueva en la ciudad? No la he visto por aquí antes.

—Hace seis meses que llegué —explicó—. Llevo cinco trabajando aquí.

—Bock la hace trabajar hasta muy tarde —le dije.

Asintió y se separó un ricitito de pelo de la mejilla, dejándolo manchado de tinta.

—Es final de mes, estoy haciendo inventario. —De repente se afligió y dijo—: Ni siquiera me he presentado.

—¿Shiela? —intenté adivinar.

Se me quedó mirando durante un segundo y luego se ruborizó.

—Ah, claro. Lo pone en la etiqueta.

Le ofrecí la mano.

—Soy Harry.

Me dio la mano. Su pulso era firme y su piel suave y tibia; tenía un cosquilleo de energía propio de alguien que cuenta con un talento menor, pero que debe practicarlo.

Nunca me había preguntado cómo sería para otra persona sentir mi aura. Shiela respiró profundamente y su brazo saltó. Sus dedos emborronados apretaron mi mano con fuerza durante un segundo y me la mancharon.

—¡Oh! Lo siento, lo siento.

Me sequé la mano en mis pantalones de faena.

—He visto manchas peores esta noche —le dije—. Lo que me lleva de vuelta a los libros.

—¿Has manchado un libro? —me preguntó. Su cara y su voz reflejaron angustia.

—No. Solo era una asociación de ideas mal traída.

—¡Ah! Ah, vale —dijo asintiendo. Distraídamente entrelazó sus manos y dijo—: Estás aquí por un libro, ¿qué estás buscando?

—El título del libro es *Die Lied der Erlking*.

—Ah, yo ya lo he leído. —Arrugó la nariz, miró a lo lejos durante un segundo y volvió a hablar—: Hay dos ejemplares, en el estante de la derecha, la tercera fila desde arriba, el octavo y el noveno por la izquierda.

Parpadeé y me quedé mirándola. Enseguida fui hacia la estantería y encontré el libro donde ella había dicho.

—¡Uau! Bien hecho.

—Memoria fotográfica —dijo con una sonrisa orgullosa—. Es algo así como... un don que tengo. —Hizo un gesto con la mano con la que me había tocado.

—Debe de ser muy práctico para hacer inventario. —Miré otra vez hacia la estantería—. Aunque solo hay un ejemplar.

Frunció el ceño y se encogió de hombros.

—El señor Bock habrá vendido el otro esta semana.

—Seguro que sí —le dije, preocupado. Me molestó imaginarme a Grevane en aquella tienda, hablando con gente como Bock o Shiela. Cerré la jaula y me dirigí despacio hacia la parte delantera de la tienda.

Abrí el libro. Había oído alguna referencia antes, en otros trabajos. Se suponía que estudiaba las tradiciones populares alrededor del Erlkoenig o Elfking. Al parecer era un ser del reino de las hadas con un poder considerable, tal vez homólogo a las reinas de la Corte de las Hadas. El libro había sido recopilado, a principios del siglo pasado, por el mago Peabody, a partir de las notas de una docena de diferentes magos cascarrabias, la mayoría ya muertos. Estaba considerado un trabajo de pura especulación.

—¿Cuánto es? —pregunté.

—Tiene que estar ahí puesto, dentro de la tapa —dijo Shiela, andando educadamente a mi lado.

Miré. El libro costaba casi la mitad de la mensualidad de mi alquiler. No me extraña que no lo hubiese comprado antes. Las cosas no me habían ido mal últimamente, pero después de hacerme con la licencia de Ratón, sus vacunas y los camiones de comida que se tragaba, sumado a los problemas de Thomas con el trabajo... no me había sobrado nada. Tal vez Bock me lo pudiera alquilar o algo así.

Shiela y yo salimos de la parte trasera y empezarnos a caminar por la parte de delante. Cuando llegamos a la zona de los libros me dijo:

—Bueno, creo que ya conoces el camino desde aquí. Ha sido un placer conocerte, Harry.

—Lo mismo digo —le dije, sonriendo. Oye, era una mujer, y muy guapa. Su sonrisa era simplemente adorable—. Tal vez nos volvamos a tropezar.

—Me gustaría. Lo único que, si puede ser, la próxima vez sin pistola.

—Así que eres un poco antigua, ¿eh? —le dije.

Se rió y se fue hacia la parte trasera.

—¿Ha encontrado lo que quería? —me preguntó Bock. Su voz sonaba rara, había algo en ella, pero no sabía bien el qué. No había ninguna duda de que estaba incómodo.

—Eso espero —le dije—. Humm, sobre el precio...

Bock puso mala cara bajo sus gruesas cejas.

—Ah. ¿Aceptaría un cheque?

Eché una mirada alrededor y luego asintió.

—Claro. Por ser quien es.

—Gracias —le dije. Le escribí un cheque, esperando que no se lo rebotasen antes de que saliese por la puerta. Eché yo también una mirada alrededor—. ¿Le he espantado a los clientes?

—Puede ser —me dijo incómodo.

—Lo siento —le dije.

—A veces pasa.

—Puede que sea mejor para ellos que estén en sus casas. Y, de hecho, para usted también lo sería.

Sacudió la cabeza.

—Yo tengo un negocio que sacar adelante.

Era adulto y llevaba en esta ciudad más tiempo que yo.

—Vale —le dije y le tendí el cheque—. ¿Vendió el otro ejemplar que tenía en el inventario?

Puso el cheque en el registro y metió el libro en una bolsa de plástico, la cerró y

luego lo metió en un paquete de papel.

—Hace dos días —dijo después de pensarlo durante unos segundos.

—¿Se acuerda de a quién?

Resopló y sacudió su papada.

—Un señor mayor. Pelo largo, en disminución. Manchas en la piel.

—¿Con la piel muy flácida? —le pregunté—. ¿Se movía como muy tieso?

Bock volvió a mirar alrededor, nervioso.

—Sí, es ese. Mire, señor Dresden, yo solo llevo una tienda, ¿vale? No quiero meterme en ningún lío. No tenía ni idea de quién era ese hombre. Era solo un cliente.

—Está bien —le dije—. Gracias, Bock.

Asintió y me pasó el libro. Doblé la bolsa, me la metí en un bolsillo del guardapolvo y saqué las llaves del coche.

—¡Harry! —la voz de Shiela sonó baja pero urgente. Parpadeé y la miré.

—¿Sí?

Asintió y miró hacia la parte delantera de la tienda, su cara transmitía ansiedad. Miré hacia fuera.

En el exterior de la tienda había dos figuras. Estaban vestidas más o menos idénticas, togas largas y negras, capas largas y negras, mantos negros y grandes, y unos capuchones gigantescos y oscuros que no dejaban ver las caras que se hallaban dentro. Una silueta era más alta que la otra, pero, aparte de eso, lo único que hacían era permanecer quietas en la acera, esperando.

—Ya les dije la semana pasada a esos mismos tíos que no quería comprar ningún anillo —dije y miré a Shiela—. ¿Te has fijado? Soy muy gracioso cuando estoy bajo presión. Era un chiste de Tolkien.

—¡Ja! —dijo Bock, algo más que preocupado—. No quiero problemas aquí, señor Dresden.

—Tranquilo, Bock —hablé—. Si buscasen problemas, habrían tirado la puerta abajo.

—¿Han venido a hablar contigo? —preguntó Shiela.

—Probablemente —opiné. Por supuesto, si fueran más integrantes de la escuadra de Kemmler, habrían entrado directamente para intentar matarme. Grevane ya lo habría hecho. Repiqueteé los dedos, pensativo, a lo largo de mi bastón de madera.

Bock me miró, su expresión reflejaba preocupación. No era un tipo que se asustase fácilmente, pero tampoco era ningún tonto. Ya había destrozado tres... no, espera, cuatro, no, bueno, ya había destrozado, por lo menos, cuatro edificios durante los casos en los que trabajé en los últimos años, y no quería que la librería Bock Ordered Books apareciese en esa lista. Eso me dolía. Las personas normales me miraban como si estuviese loco cuando les decía que era un mago. Y los que ya lo sabían no me miraban como si estuviese loco, me miraban como si fuese un loco

peligroso.

Supongo que cuatro edificios después, tenían sus razones para pensarlo.

—Tal vez sea mejor que cierren la tienda esta noche —les dije a Bock y a Shiela—. Voy a salir a hablar con ellos.

8

Me detuve antes de abrir la puerta de la tienda. Era uno de esos momentos en los que, si mi vida fuese una película, habría sonado música dramática de fondo. Pero en lugar de eso, la radio estaba encendida y una cancioncilla publicitaria de algún bar de bocadillos inundaba la tienda. La película de mi vida era de muy bajo presupuesto.

El truco estaba en intentar adivinar en qué película estaba. Si esto era una variante de *Solo ante el peligro*, entonces, salir era una idea bastante peligrosa. Por otro lado, siempre existía la posibilidad de que estuviese en las escenas del comienzo de *El halcón maltés* y, en ese caso, todas aquellas personas querían hablar conmigo antes de salir en búsqueda del pájaro. Si fuese así, probablemente sería una buena oportunidad para conseguir información acerca de la búsqueda de *La palabra de Kemmler* y sobre la tempestad que estaba a punto de desatarse.

Pero, por si acaso, agité mi brazalete escudo para estar preparado. Cogí el bastón y apreté los dedos alrededor de él, uno a uno, encima de la superficie sellada.

Canalicé mi energía.

Como dije, la magia sale de la vida, especialmente de las emociones. La fuente de la energía es la misma que todos sentimos cuando sale la luna de otoño y te llena de emoción desde lo más profundo de tu ser. O cuando la primera brisa templada de la primavera te roza la cara, llena de la esencia de la vida, y te empuja hacia un torbellino de alegría sin motivo. La pasión de una música poderosa que te llena los ojos de lágrimas, y la risa pura, rebosante y contagiosa de un niño pequeño mientras juega. El poder que hay detrás de un estadio lleno de hinchas de fútbol que gritan «¡Vamos!)) al mismo tiempo en la canción... Todas esas situaciones están cargadas de magia.

Mi magia viene de esos mismos lugares. Y tal vez también de otros más oscuros. El miedo también es una emoción. Y la rabia. La lujuria. La locura. Yo no soy una persona especialmente buena. No soy Charles Manson ni nadie parecido, pero tampoco es que se esté pensando en mi canonización. Es posible que en el pasado haya sido mejor persona de lo que soy ahora. En el pasado no había visto a tantas personas heridas, ni muertas, ni aterradas por causa de un poder que debería estar haciendo del mundo un lugar mejor o, por lo menos, debería estar manteniéndolo alejado del infierno. En aquella época no había cometido tantos errores, ni había tomado tantas decisiones sin visión de futuro, muchas de las cuales les costarían la vida a algunas personas. Estaba seguro de mí mismo. Estaba vacío.

Mi estúpida mano me dolía muchísimo. Tenía media docena de razones «destrozaestómagos» para tener miedo. Y lo tenía. Lo peor de todo era que si cometía algún error, Murphy sería quien pagara por ello. Si algo así ocurría, no sé qué sería capaz de hacer.

Me deshice de todo, de lo bueno, de lo malo y de lo loco; lo resumí en una blasfemia susurrada que lancé al aire y que sacudió las imágenes, las velas y los incensarios que estaban en las estanterías cercanas. En el reflejo de la puerta de cristal de la tienda vi mi mano mutilada reemplazada por un guante irregular, cuya iracunda luz azul expulsaba al suelo chispas de fuego inhumano. Encaucé toda la energía que me rodeaba, preparándome para defenderme, atacar, protegerme o destruir. No sabía qué era lo que querían las dos figuras de la capa, pero lo que yo quería era que se enteraran de que si venían buscando pelea, estaría encantado de dársela.

Mantuve la energía a mi alrededor como si fuera una capa y salí a conocer a la pareja que me esperaba en la acera. Me tomé mi tiempo, dando pasos lentos y precisos. No dejé de mirarlos ni un segundo, pero solo en visión periférica, porque la mirada la llevaba fija en el suelo, caminando muy despacio, hasta que el resplandor azul de mi escudo iluminó las oscuras togas. Convirtió en azul el negro de sus ropas y tiñó sus sombras de tonos demasiado oscuros como para tener nombre. Me detuve y levanté la mirada, despacio, desafiándolos a mirarme a los ojos.

Puede que fuera mi imaginación, pero me pareció que se balancearon levemente hacia atrás, oscilando como juncos ante la llegada de una tormenta. Octubre sopló sobre nosotros, un aire helado nos trajo el frío de las congeladas profundidades del lago Míchigan.

—¿Qué queréis? —inquirí. Cogí prestada un poco de escarcha para decorar mi voz.

El más alto habló:

—El libro.

Pero ¿qué libro?, me pregunté.

—Ajá. Eres fan de Schubert, ¿no? Tienes toda la pinta.

—Más bien de Goethe —contestó—. Démelo.

Sin ninguna duda lo que quería era un ejemplar de *Der Erlking*. Su voz era... rara. Era de un hombre, sin duda, pero no sonaba muy humana. Tenía una especie de temblor que, de alguna manera, parecía un gorjeo, y hacía que las palabras se deslizaran vacilantes. Hablaba despacio y vocalizaba mucho. No le quedaba otra si esperaba que se le entendiese.

—¡Que te den! —le dije—. Cómprate tú uno, kemmlerito.

—No siento otra cosa que desprecio hacia ese loco de Kemmler —soltó—. Cuídate de no ofender con tus respuestas. Este asunto no es de tu incumbencia, Dresden.

Aquello me hizo tomarme un momento de reflexión. Los magos arrogantes, poderosos y oscuros son una cosa; pero esos que han hecho los deberes y que saben tu nombre son otro tema completamente distinto. Ahora tenía yo la palabra.

La oscura figura se dio cuenta. Su voz no humana se balanceó en la noche otra

vez con una débil carcajada.

—¡*Touché!* ¡Oh, oscuro maestro del albornoz maligno! —exclamé—. Pero aun así no te voy a dar mi libro.

—Mi nombre es Cowl —me dijo. ¿Notaba cierta diversión en su voz? Tal vez—. Y esta noche me siento muy paciente. Te lo pediré una vez más: dame el libro.

Die Lied der Erlkingse sacudió contra mi pierna desde el bolsillo de mi guardapolvo.

—Y yo te lo vuelvo a repetir: ¡Que te den!

—Por tercera y última vez —dijo la figura, con tono de advertencia.

—Uy, déjame pensar cómo te contesto ahora —dije dando con el pie en el suelo.

Cowl hizo un ruido sibilante y extendió los brazos ligeramente, con las manos todavía hacia abajo, en sus caderas. El frío viento del lago se hizo más intenso.

—Por tercera y última vez —dijo Cowl, con voz baja, severa y enfadada—. Dame... el... libro.

De repente, una segunda figura avanzó un paso y, con la versión femenina de la extraña voz de Cowl, dijo:

—Por favor.

Hubo un segundo de sorprendente silencio y enseguida Cowl gruñó:

—Kumori, cuidado con lo dices.

—No cuesta nada ser educado —dijo la figura más pequeña, Kumori. Las capas eran demasiado gordas y no tenían nada de forma como para poder vislumbrar su cuerpo, pero había algo decididamente femenino en el gesto que hizo con una mano, fue un giro de muñeca. Volvió a mirarme y dijo—: La información que hay en *Der Erlking* es para llegar a ser alguien peligroso, Dresden —dijo—. No tienes por qué darnos el libro a nosotros si no quieres, es suficiente con que lo destruyas. Eso bastará. Te lo pido por favor.

Miré entre los dos durante un momento y luego dije:

—A vosotros dos ya os he visto antes.

Ninguno se movió.

—En el baile de disfraces de Bianca. Estabais en la tarima con ella. —Mientras hablaba, estaba más convencido de lo que decía. Las dos figuras que había visto entonces nunca habían mostrado sus caras, pero había algo en la forma en que Cowl y Kumori se movían que encajaba perfectamente con aquellas dos sombras—. Erais los que le disteis la daga a Leanansidhe.

—Tal vez —dijo Kumori, pero hubo una inclinación en su cabeza que me transmitió que tenía razón.

—Aquella noche sí que fue una verdadera locura. Me ha estado persiguiendo durante años —dije.

—Y te seguirá persiguiendo durante los años que te quedan por vivir —dijo Cowl

—. Aquella noche, en aquel lugar, ocurrieron cosas demasiado importantes. Muchas de las cuales todavía ni te imaginas.

—¡Campanas infernales! —me quejé—. Soy mago y me pone enfermo el rollito «sé una cosa que tú no sabes» que os traéis algunos. De hecho, cada vez me cabrea más rápido.

Cowl y Kumori intercambiaron una mirada larga y luego ella dijo:

—Dresden, si no quieres perder tu vida y que otros tantos la pierdan también, destruye el libro.

—¿Es esto lo que estáis haciendo? —les pregunté—. ¿Vais por ahí destrozando ejemplares?

—Había menos de mil ejemplares —confirmó Kumori—. El tiempo se ha llevado la mayoría. Durante el último mes hemos encontrado los que faltaban salvo dos, que estaban en Chicago, en esta tienda.

—¿Por qué? —pregunté.

Cowl movió los hombros tan levemente que no llegó a encogerlos.

—¿No es suficiente razón que los discípulos de Kemmler puedan utilizar esta información para hacer el mal?

—¿Estáis con el Consejo? —respondí preguntando.

—Obviamente no —contestó Kumori desde la profundidad de su capucha.

—Ajá —dije—. Me parece que si os fuera tan bien, estaríais trabajando para el Consejo y no corriendo por ahí reinterpretando *Fahrenheit 451* desde la perspectiva Ringwraith.

—Y me parece a mí —dijo Kumori suavemente—, que si tú creyeras que sus motivos son tan puros como dicen, ya te habrías puesto en contacto con ellos.

¿Cómo? Eso sí que era una novedad, alguien sugiriendo que el Consejo se equivocaba y que yo tenía razón. No tenía muy claro lo que estaba intentando hacer Kumori, pero lo más inteligente sería darle coba y escuchar sus argumentos.

—¿Y quién dice que no lo he hecho?

—Esto no tiene sentido —dijo Cowl.

Kumori prosiguió:

—Deja que se lo cuente.

—No tiene sentido.

—No nos cuesta nada —dijo Kumori.

—Os acabará costando si sigues entreteniéndote —espeté—. Os voy a empezar a cobrar por hacerme perder el tiempo.

Hizo un sonido raro que lo único a lo que se me pareció fue a un suspiro.

—¿Puedes creerte, por lo menos, que el contenido del libro es peligroso?

Grevane parecía bastante encariñado con su ejemplar. Pero no podría estar seguro de qué era lo que me olía tan mal, hasta que lo leyese.

—Venga, pues por ir llegando a algún lado digamos que sí, me lo creo.

—Si la información que hay dentro del libro es peligrosa —dijo Cowl—, ¿qué te hace pensar que los centinelas del Consejo la usarán de manera más adecuada que los discípulos de Kemmler?

—Porque, a pesar de que son una pandilla de auténticos gilipollas, siempre intentan hacer lo correcto —dije—. Si cualquiera de los centinelas estuviese pensando en hacer magia negra probablemente se cortaría la cabeza a sí mismo en un acto reflejo.

—¿Todos? —preguntó Kumori con voz débil—. ¿Estás seguro?

Miré para un lado y para otro, con ellos delante

—¿Me estáis diciendo que alguien del Consejo está interesado en el poder de Kemmler?

—El Consejo no es lo que era —dijo Cowl—. Se ha podrido por dentro, y muchos magos que han rozado las restricciones han comprobado que la guerra con la Corte Roja deja al descubierto su debilidad. Van a caer. Pronto. Tal vez antes de la noche de mañana.

—Hala —dije despacio—. Bueno, oye... ¿y por qué no lo dijiste antes? Entonces os doy el libro ahora mismo.

Kumori extendió la mano.

—No te estamos engañando, Dresden. El mundo está cambiando. El fin del Consejo está cerca y aquellos que quieran sobrevivir deben actuar ahora o será demasiado tarde.

Cogí aire.

—Normalmente soy el primero en proponer que vayamos a lanzar huevos a la casa del Consejo —dije—. Pero estáis hablando de nigromancia. Magia negra. No me vais a convencer de que al Consejo y a los centinelas, de repente, les han entrado unas ganas locas de salir corriendo por el camino de la izquierda. No van a jugar con eso.

—En un mundo perfecto —dijo Cowl—. Eres joven, Dresden. Y tienes mucho que aprender.

—¿Sabes qué me ha enseñado mi juventud? A no perder demasiado tiempo escuchando los consejos de la gente que quiere conseguir algo de mí —dije—. Y esto incluye vendedores de coches, candidatos políticos y tipos raros vestidos con capas negras que me asaltan en la calle en mitad de la noche.

—¡Ya es suficiente! —dijo Cowl. El enfado hacía que su voz fuese casi ininteligible—. Danos el libro.

—Que te den por el culo, Cowl.

La capucha de Kumori se movió hacia delante y hacia atrás entre Cowl y yo. Dio tres pasos atrás.

—Y además —murmuró Cowl—, quería ver por mí mismo qué es lo que tienes que pone tan nerviosos a los centinelas.

Un viento frío se levantó de nuevo y el vello de la parte de atrás del cuello se me puso de punta. Una especie de fogonazo me deslumbró mientras Cowl se llenaba de energía. De mucha energía.

—¡No! —le dije. Levanté mi brazalete escudo, entretejiendo una energía defensiva ante mí y mis pensamientos. Solidifiqué mi tensión en mi propio poder, entrelazando los dedos con fuerza alrededor de mi bastón y golpeándolo enérgicamente contra el suelo. El crujido hizo eco entre los oscuros edificios de la calle vacía—. Largaos de aquí. No estoy de broma.

—¡Dorosh! —gruñó como toda respuesta, extendiendo su mano derecha.

Me golpeó con una fuerza invisible, pura y salvaje, concentrada en un fuerte golpe de energía cinética. Sabía lo que me esperaba, mi escudo estaba preparado y me abracé a él de la manera en que debía hacerlo. Mi defensa era perfecta.

Era lo que siempre salvaba mi vida.

Había recibido muchos golpes en los entrenamientos con mi antiguo maestro Justin DuMorne, que había sido centinela. También había luchado muy en serio contra él y lo había ganado, y había puesto a prueba mi fuerza en varios duelos contra el mentor que lo sucedió, Ebenezer McCoy. Mi hada madrina, Leanansidhe, tenía un gancho muy duro, metafísicamente hablando, e incluso me había librado por los pelos del reino de las hadas. Lo había usado contra un par de demonios, contra varios constructos mágicos, huyendo en una caída de ascensor desde el piso decimotercero... Me he protegido de muchos hechizos infames de diferentes tipos y he visto más violencia mística pura que la mayoría de los magos. Los gané a todos, o al menos, logré sobrevividos, y tengo cicatrices para demostrarlo.

Cowl me golpeó más fuerte que cualquiera de ellos.

Mi escudo se encendió como un reflector y, a pesar de todo lo que intenté para desviar la energía que me había lanzado, me golpeó como un jugador profesional de fútbol americano con la adrenalina por las nubes. Si no hubiera sido capaz de suavizarla y recibir el golpe uniformemente sobre toda la parte frontal de mi cuerpo, probablemente me habría roto la nariz, o las costillas, o la clavícula, dependiendo de dónde me hubiese percutido la energía. En vez de eso me sentí como si Jolly Green Giant me hubiese propinado un tortazo con una bolsa de patatas. Si hubiese tenido fuerza ascendente en ella, me habría lanzado tan lejos como para tener que preocuparme por la caída. Pero el golpe vino de frente, desplazándome hacia atrás.

Volé varios metros por el aire y caí de espaldas, sobre la acera, y me las arreglé para dejarme rodar con la velocidad y volverme a incorporar. Me puse de pie apoyándome en un coche aparcado. Debí haberme golpeado la cabeza en algún momento porque unas estrellitas me nublaban la vista.

En cuanto me recompuse, el pánico se había apoderado de mí. Nunca nadie me había atacado con esa energía. Estrellas y piedras, si no hubiese estado preparado para el golpe... Tragué saliva. Estaría muerto. O, en el mejor de los casos, estaría resquebrajado, ensangrentado y completamente abandonado a merced de cualquier mago desconocido. Al arbitrio del que estuviese más cerca, que probablemente se dedicaría a seguir golpeándome. Eliminé esos pensamientos y dudas de mi cabeza y volví a preparar mi escudo, el brazalete ya estaba tan caliente que podía sentirlo a través de las horrendas cicatrices de mi piel. Ni siquiera podía pensar en contraatacar porque mi escudo todavía no estaba cargado ni listo para recibir otro golpe. No viviría lo suficiente como para poder intentarlo.

Cowl caminó despacio hacía mí por la acera. No era más que una capa, una capucha y una sombra.

—Qué decepción —dijo—. Esperaba que estuvieras preparado para la categoría de pesos pesados.

Cuando me fijé en su muñeca, el siguiente golpe me atizaba en medio de la brisa heladora del lago. Esta vez me sacudió desde un lateral y ni siquiera traté de detenerlo. Lo esquivé como un caballo asustado, colocando mi escudo en un ángulo que pudiera desviar el golpe. Otra vez la energía se coló hacia dentro, pero en esta ocasión solo me empujó por la acera.

Me empotró el hombro contra el edificio y el aldabonazo me hizo expulsar el aire que tenía dentro. Ya había recibido golpes en el hombro antes y probablemente eso hizo que me doliese más de lo que debería. Reboté contra el edificio y caí de pie, pero las piernas me flaquearon, no por el esfuerzo de sujetarme, sino por la energía que estaba invirtiendo en sobrevivir a aquellos ataques.

Cowl volvió a caminar hacia mí. ¡Campanas infernales! Ni siquiera parecía que se estuviese esforzando.

Sentí una sensación fría en el pecho.

Este hombre podría matarme.

—El libro, chico —dijo Cowl—. Ahora.

Lo que provocó en mí no fue indignación ni terror. No era una cólera justificada. No era confianza, ni garantía, ni determinación por proteger a un ser querido. Era tozudez pura y dura. Chicago era mi ciudad. No me importaba quién fuera aquel tipo; no iba a plantarse en las calles de mi ciudad para romperme los dientes y robarme la paga semanal.

A mí nadie me acorrala.

Cowl era fuerte, pero su magia no era inhumana. Era enorme y era distinta a la magia con la que yo había trabajado, pero no tenía ese matiz repugnante y grasiento, ni ese sentimiento de vacío que asocio a la peor magia negra. No, bueno, no exactamente. Sí que tenía una sensación persistente de magia negra que rodeaba su

energía. Pero es que eso también lo desprendía la mía.

A lo que me refiero es a que Cowl no era ningún demonio. Era un mago. Humano.

Y, detrás de la magia, era tan frágil como yo.

Canalicé un poco de energía en dirección a mi brazo, giré mi bastón, señalé al coche de la calle que estaba a su lado y gruñí:

—¡*Forzare!*

Los sellos del bastón se encendieron de repente, se volvieron de una luz roja infernal, tan luminosos como el fuego de mi escudo, y unas ondas irradianes de energía manaron de mi cuerpo. Inundaron la acera y se concentraron bajo el Toyota que había aparcado a la altura de Cowl. Gruñí por el esfuerzo, y la energía Hellfire{9} salió despedida por debajo del coche que allí se encontraba. El vehículo se volcó tan ligera y rápidamente como si un hombre le diera la vuelta a una silla de cocina. Cowl había quedado debajo.

Hubo un estallido atronador, ¡campanas infernales! El cristal estalló y los trozos salieron despedidos en todas direcciones. Las chispas ocuparon el lugar. La alarma se activó mientras el coche daba tumbos y contagió al resto de alarmas de la calle, que empezaron a encenderse a ambos lados de la calzada. En los pisos, las ventanas comenzaban a iluminarse.

Me caí sobre una rodilla, agotado, las luces del bastón y del escudo estaban parpadeando y apagándose. Nunca había movido tanta masa antes, tan rápido, sin nada más que energía cinética pura. Ahora apenas podía encontrar suficiente impulso para centrarlo en mi visión. Si no hubiera tenido el bastón para apoyarme, estaría abrazado a la acera.

De repente, un sonido metálico surgió contra el asfalto.

—¡Oh! ¡Venga ya! —dije dando una patada.

El coche empezó a sacudirse y luego se desplazó unos centímetros hacia un lado. Cowl se enderezó despacio. Cuando el coche cayó, tuvo tiempo para meterse en la parte trasera, en una zona en la que pudo protegerse parcialmente del impacto. Se tambaleaba. Logró apoyarse en una farola con una mano enfundada en un guante negro. Sentí una oleada de satisfacción. *Chúpate esa, imbécil.*

Un largo quejido salió de la capucha.

—El libro.

—Que te den —di una patada —por el culo.

Pero no estaba hablando conmigo. Kumori salió de las sombras, gesticuló y susurró algo.

Súbitamente, sentí un fuerte tirón en el bolsillo del guardapolvo. El faldón que lo cubría desapareció y el exiguo libro dentro de la bolsa de papel comenzó a deslizarse.

—¡Ay!

Aquello fue cuanto pude decir. Me retorcí en el suelo, protegiendo el libro con mi cuerpo.

Kumori extendió la mano con más entrega. Me arrastré medio metro por el cemento hasta que pude apuntalar la bota contra el desnivel de la acera. En ese momento atisé movimiento detrás de las dos siluetas.

—Se acabó el juego —dije—. Terminó.

—¿O qué? —insistió Cowl.

—¿Alguna vez has visto hombres lobo? —le solté.

Los lobos habían aparecido. Sin más, surgieron de la nada en la noche de Chicago. Grandes lobos, refugiados de una época anterior, enormes bestias enérgicas con colmillos blancos y ojos salvajes. Uno estaba agazapado sobre los restos del Buick, a un salto de distancia de Cowl, con sus brillantes ojos fijos en él. Otro salió detrás de Kumori, y un tercero había saltado suavemente desde la escalera de incendios, aterrizó frente a ella y se agachó en silencio. Otro apareció a mi lado y gruñó a la noche con entusiasmo.

Más luces se iban encendiendo. Y una sirena sonó a lo lejos en la oscuridad.

—Menudos dientes que tienen —dije—. ¿Queréis que sigamos hasta que aparezca la poli? Por mí vale.

Las figuras de las togas no se tomaron ni un momento para mirarse en silencio. Kumori se deslizó hasta ponerse al lado de Cowl. Él me echó una mirada que pude sentir, aunque no le viera la cara, y gruñó.

—Esto no ha...

—Cállate, anda —le dije—. Lárgate de aquí. ¡Vamos!

Los dedos de Cowl se volvieron una garra firme y gruñó, cortando el aire, algo que no pude entender.

Hubo un aumento de energía, más oscura e imprecisa esta vez. El aire alrededor de ellos se volvió borroso y de repente se levantaron unos suspiros y un olor a moho y aguas oscuras. Tan rápido como eso y ya se habían ido.

—Billy —dije un segundo más tarde, enfadado—. ¡Qué coño estás haciendo? Esos tíos podrían haberte matado.

El lobo, agazapado en los restos del coche, me miró y abrió la boca como si estuviera sonriendo, con la lengua por fuera. Saltó por encima de los cristales rotos y aterrizó a mi lado, brillando. Un segundo más tarde el lobo había desaparecido para dar paso a un hombre desnudo en cuclillas. Billy era un poquito más bajo que la media y tenía más músculos que un anuncio de máquinas de gimnasio. Pelo castaño, ojos a juego, y ahora lucía una barba que le hacía parecer mucho mayor que cuando lo había conocido, años atrás.

Obviamente, era mayor ahora que cuando lo conocí años atrás.

—Este es mi barrio —dijo tranquilo—. No puedo permitirme que alguien me

haga quedar mal aquí. —Se movía con mucha agilidad. Metió su hombro por debajo del mío y me levantó a pulso—. ¿Estás muy lastimado?

—Magullado —le dije. El mundo se movió un poco cuando me levantó y me hizo plantearme si hubiese sido capaz de levantarme solo—. Un poco mareado. Sin aliento.

—La poli llegará en setenta segundos, más o menos —dijo, muy seguro—. Vamos, Georgia está en el coche, al otro lado de este callejón.

—No —le dije—. Acércame a mi coche. No me pueden... —No me podían ver con él. Si Mavra me estaba espiando, o si me estaba siguiendo, podría lanzar a Murphy a los leones. Pero estaba claro que no podía explicarle todo aquello. Billy no es de los que se quedan al margen cuando ven a un amigo en problemas.

Y tenía mucha suerte de que no fuese así, ya que cuando Cowl se volvió a levantar yo ya estaba sin aliento.

—No hay tiempo —dijo Billy—. Te traeremos aquí cuando las cosas se calmen un poco. Pero por favor, Harry, destrozaste ese coche como si fuese una lata de cerveza, ¡no sabía que eras tan fuerte!

—Yo tampoco —dije. No podía llegar hasta el coche por mí mismo y no podía permitirme que me vieran con Billy y los Alphas. Pero tampoco podía dejar que me arrestaran o me metieran en el calabozo. Por no hablar de que si Cowl y su compinche me habían encontrado, seguramente habría más personas interesadas en atraparme. Sí seguía dejándome ver por las calles, alguien iba a acabar conmigo.

Tenía que ir con Billy. No tenía tanto control de todo lo que sucedía. No quería que se implicasen en este asunto más de lo que ya estaban. Además, ahora tendría que protegerlos a ellos y a Murphy. Mierda, Mavra tenía que entenderlo. Tal vez si se lo pedía por favor.

Sí, claro.

Quizá ya la había cagado y había condenado a Murphy, pero no me había quedado otra salida.

Me dejé caer en Billy, el hombre lobo, y cojeé a su lado con todo mi empeño hasta el final del callejón.

9

Billy podría haberme recogido y llevado a toda velocidad, si lo hubiese creído conveniente. Pero solo teníamos que avanzar unos escasos cincuenta metros en la oscuridad de aquel callejón antes de que un carísimo todoterreno, con las luces apagadas, se subiera al bordillo y pegara un frenazo delante de nosotros.

—¡Rápido! —dije todavía fatigado—, ¡todos al Lobomóvil!

Billy me ayudó a meterme en el asiento trasero y entró él después. Antes de que se cerrase la puerta, el cochazo ya se estaba alejando de la escena, deslizándose suavemente. El interior olía a coche nuevo, a ambientador y a comida rápida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la conductora. Era una mujer esbelta y joven; tendría la edad de Billy y mediría un metro ochenta. Tenía el pelo castaño y lo llevaba recogido en una trenza. Vestía chaqueta y pantalón vaquero—. ¡Hola, Harry!

—Buenas noches, Georgia —contesté, desplomándome sobre el reposacabezas.

—¿Estás bien?

—Nada que no cure una buena siesta.

—Lo atacaron —dijo Billy, contestando a la primera pregunta. Abrió una bolsa de deportes, sacó un pantalón de chándal y una camiseta, y se los puso mecánicamente.

—¿Otra vez los vampiros? —preguntó Georgia. Encendió los faros del coche y se unió al tráfico. Las luces de los coches iluminaron el brillante anillo de compromiso que llevaba en la mano izquierda—. Creía que los Rojos estaban fuera de la ciudad.

—No eran vampiros —apunté. Los párpados me pesaban cada vez más y decidí rendirme ante ellos—. Eran unos amigos nuevos.

—Me pareció que eran magos —dijo Billy despacio—. Llevaban capas y capuchas grandes y negras. No pude verles las caras.

—¿Y qué alarmó a la policía? —preguntó ella.

—Harry levantó un coche y se lo tiró encima a uno de ellos.

Escuché un silbido del aire aspirado que fluyó entre los dientes de Georgia.

—Sí, pero aun así parece que perdí el partido —susurré—. Ni siquiera me acerqué a su portería.

—¡Dios mío! —exclamó Georgia—. ¿Están todos bien?

—Sí —contesté—. los malos se fueron. Pero si no hubiese sido por los Alphas yo ahora no estaría precisamente bien.

—Todos los demás se dispersaron y quedamos en vernos en el apartamento —dijo Billy—. ¿Quiénes eran esos tíos?

—No te lo puedo decir —respondí.

Hubo un silencio y la voz de Billy se volvió cauta.

—¿Por qué? ¿Es como una especie de secreto entre magos?

—No. Simplemente no tengo ni idea de quiénes eran.

—Ah. ¿Y qué querían? —preguntó Billy—. Llegué justo al final.

—Elegí un libro un poco extraño en la tienda de Bock, y parece ser que lo querían ellos.

Podría jurar que le oí fruncir el ceño.

—¿Es valioso?

—Debe de tener algo que sí lo es —le contesté. Revolví en mi bolsillo y saqué el libro para asegurarme de que seguía allí. Aquel insignificante ejemplar parecía tan inocente. Por lo menos no me llevaría mucho tiempo leerlo—. Os agradezco mucho la ayuda, pero no me voy a poder quedar.

—Claro, claro —dijo Billy—. ¿Qué podemos hacer para ayudarte?

—Para empezar, no me llevéis a vuestra casa —le dije—. Llevadme a un sitio al que no vayáis mucho.

—¿Por qué no? —preguntó Billy.

—Por favor, tío, solo hazlo. Y déjame un minuto para pensar —le dije y volví a cerrar los ojos. Intenté descubrir la mejor manera de que los Alphas no se vieses envueltos en todo este lío, pero el cansancio y el dolor me traicionaron. Caí en un repentino, profundo, oscuro y taciturno sueño.

Cuando me desperté me dolía el cuello de haber dormido en aquella postura: la barbilla apoyada en el pecho. El coche ya no estaba en marcha y era el único que quedaba dentro de él. El profundo cansancio me había abatido considerablemente y ya no sentía aquel temblor en todas las extremidades. No había dormido mucho, pero incluso una pequeña siesta puede hacer maravillas a veces.

Salí y vi que estaba en un garaje tan grande como para acoger a unos seis o siete coches, a pesar de que allí solo había dos vehículos: el todoterreno y un flamante Mercury negro. Reconocí el lugar, era la casa de Georgia, situada en la zona norte de la ciudad. Los Alphas me habían traído aquí una vez antes, cuando me rescataron de la guarida de una banda de licántropos psicóticos. Susan estaba conmigo.

Sacudí la cabeza, saqué mi bastón y el librillo, y caminé hacia la puerta de la casa. Hice una pausa justo antes de abrirla y oí voces hablando bajito. Cerré los ojos y me concentré en mi sentido del oído, incliné la cabeza hacia un lado para que las voces me llegaran nítidas y comprensibles. Era una capacidad muy útil, escuchar, aunque la verdad es que no podría explicar cómo se hace.

Oí cómo colgaban un teléfono.

—Están todos bien —dijo Billy.

—Bien —contestó Georgia—. Algo está pasando. ¿Viste su cara?

—Parecía agotado —dijo Billy.

—Parecía algo más que agotado. Está asustado.

—Puede ser —dijo Billy, después de dudarlo un poco—. ¿Y qué si lo está?

—Pues que, ¿cómo de mal tienen que estar las cosas para que él esté asustado? —

preguntó Georgia—. Y aún hay más.

Billy cogió aire.

—Su mano.

—¿Entonces se la has visto?

—Sí, antes de que se quedase dormido.

—Se supone que no tiene ninguna movilidad en ella —dijo. En su voz crecía la preocupación—. Tú lo has visto las noches que quedamos para echar la partida, casi no puede sostener una patata frita. Y hoy he oído cómo bajo la mano mala crujía la madera de su bastón, parecía que lo iba a romper.

Parpadeé ante las noticias y me miré la mano del guante. Intenté mover los dedos. Respondieron con un tic.

—Se ha comportado de forma distinta desde que se quemó —dijo Billy.

—Ocurre desde hace más tiempo —dijo Georgia—. Por lo menos desde hace un año. ¿Te acuerdas cuando apareció para jugar la partida con unas vendas por debajo de la sudadera? Nunca nos contó lo que le había sucedido. Fue una semana después del asesinato en el muelle y de aquella alarma terrorista en el aeropuerto. Se comporta así desde entonces. Está distante. Casi todo el tiempo.

—¿Crees que tuvo algo que ver con aquel asesinato? —preguntó Billy.

—Claro que no —contestó Georgia—. Pero creo puede que haya trabajado en el caso y se haya implicado con la víctima de alguna manera. Ya sabes cómo es. Probablemente se esté culpando por la muerte de la chica.

Tragué saliva e intenté no pensar en aquella chica morena, tan guapa, que se desangraba mientras el cabo de amarre se hundía y el barco se iba encharcando. Había tomado demasiadas malas decisiones y había acabado ahogándose en los problemas. Y yo no había sido capaz de protegerla de la criatura que le había quitado la vida.

—Si tiene algún problema, lo ayudaremos —dijo Billy.

—Sí —contestó Georgia—. Pero piensa en esto, Billy, involucrarnos puede que no sea la mejor manera de ayudarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no quiso que lo llevásemos a nuestro apartamento —dijo Georgia—. ¿Sabes por qué?

—No, no lo sé. Y tú tampoco.

Escuché un soplido de indignación.

—Billy, tiene miedo de que el apartamento esté vigilado.

—¿Por quién?

—Será por qué —dijo Georgia—. Nosotros no hemos visto, ni oído, ni sentido nada. Si lo que hay aquí es un trabajo de magia, podría resultarnos difícil de manejar.

—¿Entonces qué propones? —dijo Billy—. ¿Que lo abandonemos sabiendo que

está metido en un lío?

—No. —Resopló—. Pero, Billy, ya has visto lo que es capaz de hacer. Lo hemos visto acribillar a un ejército en el campo de batalla del reino de las hadas. Y esta noche me has contado que le ha tirado un coche a la cabeza de un mago y que este se lo quitó de encima. No creo que seamos débiles, pero perseguir demonios, troles o algún vampiro, de vez en cuando, es una cosa. Metemos en problemas de magos es otra. Ya has visto el tipo de poder que tienen.

—No me dan miedo —señaló Billy.

—Entonces es que eres tonto —dijo Georgia. La voz era tajante pero no cruel—. Harry no es quien solía ser. Está dolido. Y no me importa lo que diga, pero su mano herida le molesta más de lo que quiere hacernos creer. Lo último que necesita son más complicaciones.

—¿Quieres que lo dejemos solo? —preguntó Billy.

—No quiero ser un estorbo. Ya lo conoces. Protegería a los demás antes que a sí mismo. Si está jugando tan lejos de nuestra liga, puede que no seamos más que una distracción para él. Tenemos que ser conscientes de nuestros límites.

Hubo un largo silencio.

—No me importa —dijo Billy entonces—. No me voy a quedar mirando mientras él está en apuros.

—Todo lo que quiero, es que lo escuches. Si no quiere nuestra ayuda —dijo Georgia—, o si piensa que es peligroso que nos impliquemos, tenemos que confiar en lo que esté llevando a cabo. Sabe cosas que nosotros no sabemos. Siempre ha confiado en nosotros y nunca nos ha fallado. Prométeme que vas a corresponderle con tu confianza.

—Es que no puedo... mirar para otro lado —dijo Billy.

—No pretendo que lo hagas —replicó Georgia—. Pero... a veces piensas con los colmillos y no con la cabeza, Bill. —Oí cómo le daba un beso—. Te quiero. Lo ayudaremos en todo lo que podamos. Solo deseaba que consideraras la idea de que quizá no nos necesite para luchar.

Billy dio dos pasos y una de las sillas de la cocina crujió.

—No sé qué otra cosa podríamos hacer.

—Bueno —dijo Georgia. Abrió la nevera—. ¿Qué hay de aquellos magos enmascarados? ¿Te acercaste lo suficiente como para olerlos?

—Lo intenté —dijo Billy—. Y estuve muy cerca de ellos pero...

—¿Pero?

—No percibí ningún olor. Harry hizo algo. Tiró el coche por el aire. Hubo un resplandor de luz roja y después de eso, todo lo que pude oler fue...

Oí como Georgia daba dos pasos y tal vez lo tocaba.

—¿Qué fue lo que oliste?

—Azufre —dijo Billy con voz débil—. Olí azufre.

Hubo un silencio.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Georgia.

—Que estoy preocupado por él —dijo Billy—. Tenías que haberle visto la cara. Furia. Nunca había visto a nadie tan enfadado.

—¿Crees que está... qué? ¿Inestable? —preguntó Georgia.

—Tú eres la que estudia psicología —dijo Billy—. ¿Tú qué crees? Apoyé la mano en la puerta. Dudé durante un segundo y la empujé.

Billy y Georgia estaban sentados a la mesa de una cocina bastante amplia con dos botellas de cerveza, abiertas pero intactas.

Parpadearon, se pusieron derechos y me miraron sorprendidos.

—¿Tú qué crees? —le pregunté a Georgia despacio—. A mí también me gustaría saberlo.

—Harry —dijo Georgia—, todavía soy solo una estudiante.

Fui a la nevera y cogí una cerveza fría. Era de una marca americana, pero en realidad no tengo paladar. Me gusta que la cerveza esté fría. Le quité la tapa, me acerqué a la mesa y me senté con ellos.

—No estoy buscando una terapeuta. Tú eres una amiga. Los dos los sois. —Di un trago de cerveza—. Dime lo que piensas.

Georgia y Billy cruzaron miradas y él asintió.

—Harry —dijo Georgia—, creo que necesitas hablar con alguien. No creo que importe mucho con quién. Pero tienes mucha presión y si no encuentras la forma de expulsarla, te acabarás haciendo daño.

—La gente habla con sus amigos, tío —dijo Billy—. Nadie puede hacerlo todo solo, tienes que compartirlo con alguien.

Di otro trago a la cerveza. Georgia y Billy también. Nos quedamos en silencio durante unos cuatro o cinco minutos y luego dije:

—Hace unos dos años me expuse a una influencia demoníaca. Una criatura llamada Lasciel. Un ángel caído. El tipo de ser que convierte a las personas en... verdaderos monstruos.

Georgia me miraba, sus ojos estaban clavados en mi cara.

—¿Por qué hiciste eso?

—Estaba en una moneda de plata —le dije—. Quien la tocara se expondría. Había un niño por allí que no tenía ni idea de lo que era aquello. No pensé. Simplemente estiré la mano antes de que el niño pudiera cogerla.

Georgia asintió.

—¿Qué pasó?

—Tomé medidas para contenerla —le dije—. Hice todo lo que se me ocurrió y durante un tiempo creí que lo había conseguido. —Bebí un poco de cerveza—.

Entonces, el año pasado me di cuenta de que mi magia había aumentado con una energía demoníaca llamada Hellfire. Eso fue lo que oliste esta noche, Billy, cuando tiré el coche por los aires.

—¿Por qué la utilizaste? —me preguntó Billy.

Sacudí la cabeza.

—No lo decido yo. Simplemente ocurre.

Georgia frunció el ceño.

—No soy una experta en magia, Harry, pero por lo que he aprendido, ese tipo de poder no aparece gratuitamente.

—No, no lo hace.

—¿Y cuál ha sido su precio? —preguntó.

Cogí aire. Empecé a quitarme el guante de mi mano mutilada.

—Yo también me lo preguntó. —Me arranqué el guante y giré la mano hacia arriba.

La cicatriz estaba mucho peor por las partes interiores de mis dedos y por la palma. Más que carne humana parecía cera derretida; toda blanca y con brillos azulados donde habían sobrevivido algunas venas. Por todos lados salvo por, exactamente, el centro de la mano. Ahí, tres líneas de carne rosa y fresca formaban un sello que recordaba, vagamente, a un reloj de arena.

—Me apareció aquí cuando me quemé —le dije—. Es escritura antigua. Es el símbolo del nombre de Lasciel.

Georgia arrastró un suave suspiro y dijo:

—Oh.

Billy miró hacia ella y hacia mí repetidamente:

—¿Eh? ¿Qué, qué?

Georgia me miró pidiéndome que fuera paciente y se volvió hacia Billy.

—Es la huella de un demonio, como una marca, ¿entiendes? —Me miró esperando confirmación.

Asentí.

—Le preocupa que ese demonio, Lasciel esté ejerciendo algún control sobre él de alguna forma que no pueda detectar.

—Exacto —afirmé—. Todo lo que sé me dice que debería estar aislado de Lasciel. Que debería estar a salvo. Pero el poder todavía permanece conmigo, de alguna manera. Y si el demonio está influyendo en mis pensamientos, tirando de mis riendas, puede que ni siquiera pueda sentir que lo está haciendo.

Georgia frunció el ceño.

—¿Crees que eso puede estar pasando?

—Es demasiado peligroso como para asumir otra cosa —le dije. Levanté la mano—. No estoy siendo arrogante, es un hecho. Tengo poder. Si lo uso imprudente o

temerariamente, podría hacer daño a alguien. Podría matar a alguien. Y si Lasciel me estuviera influenciando de alguna manera...

—Quién sabe lo que podría pasar. —Billy terminó la frase con tono sobrio.

—Sí.

—Mierda —dijo Billy.

Todos dimos un trago de cerveza.

—Estoy preocupado —dije—. No he sido capaz de encontrar ninguna respuesta. He intentado un conjuro tras otro. Ritos, ceremonias. Lo he intentado todo y no se va.

—Jesús... —suspiró Billy.

—Una influencia como esta es perceptible y va contra las leyes de la magia. Si los centinelas lo descubren y me llevan a juicio, puede ser suficiente razón para que me ejecuten. Y si llegara a acercarme al caballero de la cruz, del que ya os he hablado, él podría sentir que lo tengo. Y no sé cómo reaccionaría. Lo que pensaría. —Tragué saliva—. Tengo miedo.

Georgia tocó mi brazo fugazmente y dijo:

—No deberías ser tan duro contigo mismo, Harry. Te conozco lo suficiente para saber que tú nunca habrías querido ese tipo de poder y mucho menos abusar de él.

—Si ninguna parte de mí lo quería —le dije—, ¿por qué no cogí al niño en vez de la moneda de Lasciel?

Un pesado silencio se apoderó de la cocina.

—Vosotros habéis sido mis amigos. Habéis estado a mi lado cuando las cosas se pusieron difíciles —dije un rato después—. Me habéis abierto las puertas de vuestra casa. De vuestra vida. Sois buenas personas. Siento no haber sido más accesible con vosotros.

—¿Lo de esta noche iba sobre esto? —preguntó Billy—. ¿Sobre el demonio?

—No —le dije—. Lo de esta noche fue diferente. Pero no puedo contároslo.

—Si estás tratando de protegernos... —empezó Billy.

—No os estoy protegiendo a vosotros —le dije—. Estoy protegiendo a otras personas. Si me ven con vosotros, esas personas podrían terminar muy mal, incluso muertas.

—No lo entiendo. Quiero ayudarte... —dijo Billy.

Georgia cogió la mano de Billy. Él la miró, se ruborizó y cerró la boca.

Asentí y terminé la cerveza:

—Necesito que confiéis en mí durante un tiempo. Lo siento. Pero cuanto antes salga de aquí, mejor.

—¿Cómo podemos ayudarte? —preguntó Georgia.

—Solo con saber que queréis ayudarme ya siento que lo hacéis —le dije—. Pero eso casi es lo único que podéis hacer. Por lo menos, por ahora.

—¿Casi?

Asentí.

—Si me pudierais dar algo de comer y, tal vez, si después me pudierais acercar al coche, os estaría muy agradecido.

—Claro que podemos hacer eso —dijo Billy.

—Gracias —contesté.

10

Asalté la nevera y coloqué mis presas sobre un pequeño plato mientras Billy llamaba a su apartamento. Un rato después, uno de los Alphas telefoneó para confirmar que el escándalo había cesado en los alrededores de Bock Ordered Books, y que prácticamente ya estaba todo muerto por allí.

—Solo queda un coche patrulla —nos retransmitió Billy—. Y unos obreros.

—No deberíamos esperar más —dije—. Con la policía merodeando, los monstruos del vecindario estarán escondidos un rato más. Me gustaría llegar e irme antes de que salgan de sus escondrijos.

—Ve comiendo en el coche —propuso Georgia, y nos volvimos a subir los tres a su todoterreno.

Georgia aparcó en el bordillo, justo al lado del Escarabajo, y me dejó bajar. Tenía las llaves en la mano y estaba preparado para subirme y largarme, pero cuando vi el coche me paralicé.

Alguien le había roto las ventanas que le quedaban. Había cristales por toda la acera y por dentro del coche. Faltaban trozos del parabrisas y el resto estaba todo pegado entre un montón de grietas que ensombrecían el desorden. La ventana trasera ya se había roto aquella tarde, cuando tuve que usar mi energía contra aquel zombi. Las puertas y el capó estaban abollados por todos lados y habían destrozado las manillas de las puertas. Los neumáticos estaban caídos y saltaba a la vista que tenían unos cortes largos y limpios.

Me acerqué al coche despacio.

El mango de madera de un bate de béisbol de Louisville Slugger sobresalía por la ventanilla del asiento del copiloto, la etiqueta de la tienda todavía le colgaba de una cinta.

Billy se asomó por la ventanilla del todoterreno y dejó escapar un silbido:

—Uau...

—Mira el lado bueno —le dije—: Ahora todas las ventanillas son iguales.

—Qué desastre —dijo Georgia.

Di la vuelta al coche y abrí el maletero. No lo habían intentado forzar. Mi recortada todavía estaba en el asiento de atrás. Billy y Georgia salieron del coche y se acercaron a mí.

—¿Una banda? —preguntó Georgia.

—Una banda no habría dejado la pistola —le contesté.

—¿Los tíos de las capuchas? —probó suerte Billy.

—Ellos no son de los que me atacarían con un bate de béisbol. —Metí la mano dentro del coche y alcancé el bate solo con el dedo índice y el pulgar, por el medio, por donde no habría huellas dactilares. Se lo enseñé a ellos—. Cowl habría usado su

magia para destrozar el coche, no una cachiporra. —Di la vuelta hasta la parte trasera del coche y fruncí el ceño mirando el motor. Parecía intacto. Me metí por la ventana e intenté meter la llave. El motor se encendió sin problemas.

—Hala —dijo Billy—. ¿Quién destrozaría un coche por completo pero dejaría el motor intacto?

—Alguien que me esté mandando un mensaje —le dije.

Billy arrugó la boca:

—¿Y qué te está diciendo?

—Pues parece que quiere que alquile un coche —le dije. Sacudí la cabeza—. No tengo tiempo para esto.

Billy y Georgia intercambiaron miradas y ella asintió. Se acercó a mí, cogió las llaves de mi coche de mi mano izquierda, donde las había dejado, y las cambió por las de su coche.

—Oh, ni de broma, no. —Le dije—. No hagáis esto.

—No es para tanto —me dijo—. Mira, todavía llevas tu coche al taller de Mike, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero...

—Pero nada —dijo Billy—. Estamos a dos manzanas de nuestro apartamento. Remolcaremos tu coche hasta el taller de Mike.

Georgia asintió con firmeza.

—Trae el todoterreno de vuelta cuando esté listo el Escarabajo y ya está.

Pensé. Ver mi coche tan hecho trizas era mucho más angustian te de lo que creí que sería. Solo era una máquina. Pero era mi máquina. Algo dentro de mí se enfureció porque alguien le hubiera hecho aquello a mi caballo.

Mi primera reacción fue rechazar su oferta, llevar el Escarabajo al taller y usar taxis hasta que estuviera arreglado, pero era la ira quien hablaba. Me obligué a utilizar la mente y a pensar que, teniendo en cuenta las vueltas que iba a tener que dar en un futuro próximo, no iba a poder consentir aquello. No podía permitirme el tiempo que el transporte público me iba a costar, y ni siquiera sabía si podría usarlo. Mierda, odiaba tragarme el orgullo.

—Es un coche nuevo. Podría cargarme algo.

—Todavía está en garantía —dijo Georgia.

Bill miró hacia mí levantando el dedo pulgar.

—Que tengas una buena caza, Harry, sea lo que sea que persigues.

Asentí mirando hacia él y dije:

—Gracias.

Me metí en el todoterreno y me dirigí hacia la única persona de Chicago que sabía tanto de magia y muerte como yo.

A Mortimer Lindquist le había ido muy bien los últimos años. Se había mudado y

había dejado en California el pequeño rancho de importación de estuco, al que había ido a visitarle durante los últimos años. Ahora trabajaba en un dúplex reformado en Bucktown. Mort había alquilado las dos partes del piso; un lado era para trabajar y el otro era su casa. No había coches en la carretera de entrada al dúplex, y eso que casi siempre trabajaba de noche. Seguro que con el trabajo de la tarde había tenido bastante. Había abandonado el decorado gótico de pega que tenía antes en su oficina, lo cual era un signo de esperanza. Necesitaba la ayuda de alguien con una habilidad real, no de un charlatán con un montón de trucos.

Aparqué el todoterreno en la carretera de entrada, aplastando todos los pensamientos que crecían en el camino. No estaba acostumbrado a conducir algo tan grande. El Escarabajo podría ser pequeño y lento, pero por lo menos sabía exactamente dónde pisaban sus ruedas.

Las luces estaban todas apagadas. Me colgué de la aldaba de latón que había en la puerta de la casa.

Quince minutos después, una mirada acuosa de un pequeño hombre respondió. Era bajito y tendría unos diez kilos de más. Había dejado de intentar taparse las entradas para pasar a afeitarse la cabeza entera. Estaba envuelto en un grueso albornoz granate y llevaba zapatillas grises.

—Son las tres de la mañana —se quejó Mort—. ¿Qué cojones...? —Vio mi cara, abrió mucho los ojos, le entró el pánico y cerró la puerta a toda prisa.

Atranqué mi bastón de roble en la puerta e impedí que la cerrara.

—Hola, Mort. ¿Tienes un minuto?

—Lárgate, Dresden —dijo el hombrecillo—. No sé qué estás buscando, pero yo no lo tengo.

Levanté mi bastón y puse una sonrisa afable.

—Mort, después de todo lo que hemos pasado juntos, no puedo creer que me hables así.

Mort gesticuló furioso, señalando una cicatriz en su calva.

—La última vez que hablé contigo acabé con una conmoción cerebral y quince puntos en la cabeza.

—Necesito tu ayuda —advertí.

—¡Ja! —dijo Mort—. Gracias, pero no. A no ser que hayas venido a pedirme que me pinte una diana en el pecho... —Golpeó mi bastón, aunque no con mucha fuerza. Las zapatillas no le protegían bien el pie—. ¡Lárgate de aquí antes de que te vea algo!

—No puedo, Mort —le dije—. La magia negra está tramando algo. Ya lo sabes, ¿verdad?

El hombrecillo se me quedó mirando en silencio durante unos minutos. Luego dijo:

—¿Por qué crees que quiero que te vayas? No quiero que me vean contigo. No

me voy a implicar.

—Ya lo estás —le dije. Seguí sonriendo, pero lo que en realidad me apetecía era darle un codazo en la nariz. Supongo que mis sentimientos traspasaron mi expresión, porque Mort me miró a la cara y se puso pálido—. Hay personas en apuros. Estoy ayudándolas. Ahora abre la maldita puerta y échame una mano o te juro por Dios que me traigo el saco de dormir y acampo en tu jardín.

Los ojos de Mort se abrieron aún más. Miró alrededor de la casa, la energía nerviosa hacía que sus ojos se movieran brillantes de un lado para otro.

—Hijo de puta —me dijo.

—Te creo.

Abrió la puerta. Me dejó pasar y cerró tras de mí enseguida. Con varios cerrojos.

El interior de la casa estaba limpio, tenía pinta de oficina. El vestíbulo se había convertido en una salita de espera y detrás de él estaba lo que quedaba del primer piso, una habitación lujosamente decorada con candelabros de pared que ahora estaban apagados. Se veía una larga mesa de madera lustrada rodeada de sillas talladas a mano. Mort entró en la habitación de espiritismo, cogió una caja de cerillas y empezó a encender las velas.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Me vas a enseñar lo poderoso que eres? ¿Vas a invocar un vendaval en mi estudio? Tal vez puedas hacer que las puertas se batan, para darle un toque dramático.

—¿Te gustaría?

Tiró las cerillas encima de la mesa y se sentó.

—Tal vez no haya sido claro, Dresden —dijo Mort—. No soy mago, no estoy con el Consejo y no tengo ningún interés en llamar la atención de sus enemigos. No voy a formar parte de tu guerra con los vampiros. Me gusta mi sangre donde está.

—Esto no se trata de vampiros —le dije.

Mort frunció el ceño.

—¿No? ¿Entonces las cosas están amainando?

Le hice una mueca y me senté a unas cuantas sillas de distancia.

—Hubo una pelea bastante desagradable en México hace tres semanas y los centinelas ensangrentaron la nariz de la Corte Roja. Parece que tienen alguna razón para querer chafarles los planes.

—Estarán preparándose para responder —dijo Mort.

—Eso es lo que todo el mundo piensa —dije—. Pero no sabemos dónde ni cuándo.

Mort exhaló y apoyó la cabeza en una mano.

—¿Sabes? Me encontré con alguien que mataron hace un par de años. Un chiquillo de unos diez años.

—¿Un fantasma? —pregunté.

Mort asintió.

—El chico no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Ni siquiera sabía que estaba muerto. Le cortaron el cuello con una cuchilla de afeitarse. La marca casi no se veía, solo cuando se giraba para mirar por encima del hombro derecho.

—Eso es lo que hacen —dije—. ¿Cómo puedes ver cosas así y no rebelarte?

—A la gente le pasan cosas malas, Dresden —dijo Mort—. Lo siento muchísimo, pero no soy tú. No me siento tan fuerte como para querer cambiarlo.

—Muchísimo no lo sientes —le repliqué—. Eres un ectomante. Uno de los más poderosos que he conocido. Tienes acceso a toda clase de información. Podrías hacer muchas cosas buenas.

—La información no detiene los colmillos, Dresden. Si empezara a usar todo lo que sé contra ellos, me convertiría en una amenaza. Si llegara a implicarme, a los cinco minutos sería yo el del cuello cortado.

—Y mejor que sean ellos que tú, ¿no?

Alzó la vista y extendió las manos.

—Soy lo que soy, Dresden. Un cobarde. No me disculpo por ello. —Dobló los dedos y me miró muy serio—. ¿Cuál es la manera más rápida de librarme de ti y hacer que te vayas de mi casa y de mi vida?

Acerqué mi bastón a la mesa y me senté derecho en la silla.

—¿Qué sabes acerca de lo que ha estado pasando estos días en la ciudad?

—¿De la magia negra? —preguntó Mort—. No mucho. He tenido pesadillas, lo cual es muy poco frecuente. Los muertos están muy nerviosos desde hace días. Se ha hecho muy difícil que contesten a las invocaciones, incluso con Halloween a la vuelta de la esquina.

—¿Ha pasado esto antes? —pregunté.

—No a este nivel —contestó Mort—. Les he preguntado, pero no quieren contarme por qué están asustados. Por mi experiencia, sé que es una de las formas que tienen las entidades espirituales de reaccionar ante la magia negra.

Asentí frunciendo el ceño.

—Es nigromancia —afirmé—. ¿Has oído hablar de un tío llamado Kemmler?

Los ojos de Mort se abrieron como platos.

—Dios mío, ¿sus discípulos?

—Eso creo —le dije—. Y parece que hay muchos.

A Mort se le puso la cara un poco verde.

—Eso explica por qué tienen tanto miedo.

—¿Por qué?

Agitó una mano.

—A los muertos les aterroriza lo que se mueve por ahí fuera. Los nigromantes pueden esclavizarlos. Controlarlos. Incluso destruirlos.

—¿Entonces pueden sentir la fuerza? —pregunté.

—Por supuesto.

—Bien —le dije—. Contaba con ello. Mort frunció el ceño y levantó una ceja.

—No estoy seguro de cuántos puede haber en la ciudad —comenté—. Necesito saber dónde están, o por lo menos cuántos de ellos hay. Quiero que le pidas a los muertos que me ayuden a localizarlos.

Levantó las dos manos.

—No lo harán. Te lo aseguro. No conseguirás que un fantasma esté dispuesto a acercarse a un nigromante.

—Venga, Mort. No empieces a ponerme trabas.

—No lo hago —dijo, levantando dos dedos y haciendo una señal como de *boy scout*—. Te doy mi palabra de honor.

Resoplé con frustración.

—¿Y qué hay de la magia residual?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando los nigromantes trabajan con magia negra dejan una especie de mancha o huella. Soy capaz de sentirla cuando me acerco lo suficiente.

—¿Entonces por qué no lo haces tú?

—Es una ciudad muy grande —le dije—. Y sea lo que sea que intentan hacer esos lunáticos, va a ocurrir la noche de Halloween, a las doce en punto. No tengo tiempo para andar por ahí, probando suerte a ver si estoy cerca.

—¿Y crees que un muerto sí?

—Creo que un muerto se puede mover a través de las paredes y del suelo, y que ellos son muchos y yo solo soy uno —le dije—. Si se lo preguntas a lo mejor dicen que sí.

—Quieres decir, que puede que no les importe llamar la atención —dijo Mort—. No, puede que estén muertos, pero eso no significa que no puedan hacerles daño. No voy a arriesgar su bienestar por las luchas internas del Consejo.

Parpadeé. Hace unos años, Mort apenas era capaz de salir de su escondrijo para convencer a unos cuantos estúpidos crédulos de que podrían hablar con sus seres queridos fallecidos. Incluso después de que empezara a irle bien y de que comenzara a reivindicar su atrofiado talento, nunca había mostrado ningún indicio de querer otra que cosa que no fuera sacar provecho de aquello, así fuera estafando a quien se le pusiera delante. Solo se preocupaba de sí mismo.

Pero no esta noche. Reconocí en sus ojos una luz tranquila y estable. No se sentía presionado por este asunto. Parecía que Mort no estaba dispuesto a hundirse por sus colegas los humanos y, sin embargo, con los muertos la cosa cambiaba. No esperaba que el pequeño ectomante se fuera a envalentonar así, o por lo menos no tanto.

Sopesé mis opiniones. Pensé que podría seguir presionado a Mort, pero estaba

bastante seguro de que no me valdría de nada. Podría intentar contactar con los fantasmas de Chicago yo solo, pero aunque sabía la teoría básica de la ectomancia, no tenía ninguna experiencia práctica. No podía perder tiempo intentando poner en práctica un campo de la magia totalmente ajeno a mi experiencia práctica, sería como deambular como un novato sin saber hacia dónde tirar.

—Mort —le dije—. Mira, si estás seguro de lo que dices, lo respetaré y me iré ahora mismo.

Frunció el ceño y me miró cauteloso.

—Pero esto no tiene nada que ver con asuntos políticos de los magos —le dije—. Los discípulos de Kemmler ya han matado, por lo menos, a una persona en esta ciudad, y van a seguir matando.

Se encogió un poco en la silla y cerró los ojos.

—A la gente le pasan cosas malas, Dresden. Yo no tengo la culpa.

—Por favor —le dije—. Mort, tengo una amiga que está metida en esto. Si no me enfrento a esos gilipollas, saldrá mal parada.

Ni abrió los ojos ni me contestó.

Mierda. No podía forzarlo a que me ayudase. Si no lograba conmovirlo, no me ayudaría.

—Gracias por nada, Mort —concluí. Mi voz sonó más cansada y más amarga—. Sigue preocupándote de ti mismo. —Me levanté, recogí mi bastón y me dirigí hacia la puerta.

Ya le había quitado el pestillo y la estaba abriendo cuando Mort preguntó:

—¿Cómo se llama?

Me quedé quieto y cogí aire despacio.

—Es Murphy —le dije sin darme la vuelta—. Karrin Murphy.

Hubo un largo silencio.

—¡Oh! —exclamó Mort—. Podrías haberlo dicho. Expondré el asunto.

Miré hacia atrás por encima del hombro. El ectomante se había levantado y se había acercado a un escritorio. Sacó varios artículos y empezó a distribuirlos por encima de la mesa.

Cerré la puerta, volví a pasarle el pestillo y me acerqué al ectomante. Mort había desplegado un callejero de Chicago encima de la mesa. Colocó unas velas en las esquinas y las encendió. Por último, vertió tinta roja de un frasquito en un pulverizador de perfume.

Después de mirarlo durante un minuto, le pregunté:

—¿Por qué?

—Conocí a su padre —dijo Mort—. Conozco a su padre.

—Ella es una buena persona —señalé.

—Eso he oído. —Cerró los ojos durante un momento y cogió aire—. Dresden,

necesito que guardes silencio durante un rato. No puedo permitirme ninguna distracción.

—Vale.

—Les voy a preguntar —empezó a decir Mort—. Tú no vas a oírme, pero ellos sí. Rociaré el aire con tinta por encima del mapa; ellos la guiarán hasta donde encuentren las huellas.

—¿Crees que funcionará? —me interesé.

Se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero nunca he hecho esto antes. —Cerró los ojos y añadió—: Shhh. Me senté a esperar e intenté distraerlo. Mort estuvo completamente inmóvil durante varios minutos hasta que sus labios empezaron a moverse. No emitía ningún sonido, excepto unos susurros muy débiles cada vez que respiraba. De repente empezó a sudar muchísimo y su calva se iluminó como una vela. El aire vibró contra mi cara y llamaradas de frío me recorrieron el cuerpo. Un segundo más tarde fui completamente consciente de que había otra persona en la habitación. Y luego otra. Y una tercera. Unos segundos después, aunque no podía ver ni oír a nadie, estaba seguro de que la habitación se hallaba llena de gente. Una sensación claustrofóbica me forzó a salir a respirar aire fresco. No había ninguna duda de que era magia, pero diferente a cualquier otra que hubiese sentido antes. Tuve que luchar contra la sensación de confinamiento y de pánico, y me quedé sentado, quieto, en silencio.

Mort asintió con vehemencia, cogió el pulverizador y roció una nube de tinta roja sobre el aire, encima del mapa.

Aguanté la respiración y me incliné hacia delante.

La nube estaba bajando hacia el mapa, pero en vez de mantenerse como una neblina, finas gotas empezaron a separarse en minúsculos torbellinos, como si tornados de sangre en miniatura goteasen por todo el mapa. Se formaron círculos encarnados en las bases de los minitornados. Poco a poco las espirales se convirtieron en líneas verticales y desaparecieron.

Mort dejó salir un gruñido y se desplomó hacia delante en la silla, jadeando.

Me puse de pie e inspeccioné el callejero con una vela.

—¿Funcionó? —preguntó Mort con voz ronca.

—Creo que sí —le dije y señalé con el dedo uno de los círculos rojos más grandes—. Es el instituto forense. Uno de ellos reanimó a un zombi allí al comienzo de esta noche.

Mort se incorporó en la silla y se acercó al mapa, sus ojos parecían fatigados. Señaló otro punto ensangrentado.

—Ahí. Eso es el museo Field.

Moví mi dedo hasta otro.

—Este otro está en un barrio muy conflictivo. Creo que es un edificio de

apartamentos. —Me moví hacia el siguiente—. Un cementerio. ¿Y qué demonios...?
¿En O'Hare?

Mort sacudió la cabeza.

—La tinta es más oscura que en los otros. Creo que significa que está bajo el aeropuerto, en la subciudad.

—Ajá —le dije—. Eso tiene sentido. Dos más: un callejón en el parque Burnham y una acera en Wacker.

—Seis —dijo Mort.

—Seis —confirmé.

Seis nigromantes como Grevane y Cowl.

Y solo un yo.

Campanas infernales.

11

Nada más acceder a mi calle, me llevé por delante mi viejo buzón metálico por culpa del guardabarros delantero del estúpido todoterreno. El buzón abolló una esquina del capó del vehículo y se vino abajo con un fuerte sonido férreo. Aparqué el todoterreno y cogí el poste que sostenía el buzón para volver a meterlo en la tierra, pero el impacto lo había doblado. El buzón colgaba hacia un lado, como un borracho, pero seguía manteniéndose en pie. Para mí era suficiente.

Recogí todas mis herramientas, incluida la recortada que me llevé del Escarabajo, y entré apresuradamente.

Dejé las cosas en el suelo y anulé los conjuros. Se abrió la pesada puerta de acero, que había instalado después de que un demonio malísimo vociferara, soplara y echara abajo la original. No fue hasta que dejé todo bien protegido y guardado que suspiré y empecé a tranquilizarme. En el cuarto de estar las únicas luces eran las brasas de la hoguera y unas llamas muy débiles. Desde la cocina, oí unos suaves golpeteos del rabo de Ratón contra el congelador.

Thomas estaba sentado en el sillón abatible al lado del fuego, acariciando distraído a Míster. Mi gato estaba acurrucado en el regazo de Thomas y me miraba con los párpados cansados.

—Thomas —dije.

—Todo en orden en la base subterránea —murmuró Thomas—. Butters, en cuanto se relajó, se quedó casi inconsciente. Le dije que se fuese a dormir a la cama.

—Bien —respondí. Cogí mi ejemplar de *Der Erlking*, encendí unas cuantas velas de la mesita auxiliar y me dejé caer sobre el sofá.

Thomas levantó una ceja.

—¡Oh! —exclamé levantándome—. Lo siento, no me di cuenta. Seguro que quieres dormir.

—No especialmente —contestó—. De todas formas, será mejor que alguien permanezca alerta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, no me apetece dormir, nada más. Puedes quedarte el sofá.

Asentí y me volví a acomodar.

—¿Quieres hablar?

—Si quisiera, estaría hablando. —Volvió a fijar la vista en la hoguera y a acariciar al gato.

Obviamente todavía estaba triste, pero ya había aprendido que era inútil presionarlo por muy buena intención que tuviera. Se anquilosaría en su terquedad y la conversación no llegaría a ningún lado.

—Gracias —le dije— por cuidar de Butters por mí.

Thomas asintió.

Nos quedamos en silencio y me puse a leer el libro.

Un rato después me quedé dormido.

Empecé a soñar casi inmediatamente. Árboles amenazantes, la mayoría de hoja perenne, se alzaban alrededor de un pequeño claro. En el centro, una pequeña y modesta hoguera se apagaba entre chispas. Llegué a oler un lago en algún sitio cercano; musgo, flores y peces muertos que se mezclaban con la esencia del pino enmohecido. El aire estaba tan frío que me hacía tiritar. Me acerqué más a la hoguera, pero aun así sentía como si mi espalda se fuera a congelar. Por encima de mi cabeza y bajo la luna creciente apareció una bandada de ruidosos gansos migratorios. No reconocí el lugar, pero de alguna manera me resultaba familiar.

Alrededor del fuego había utensilios propios de acampada. Había una taza metálica de café y una olla con algo que olía a guiso de venado o algo parecido.

Mi padre estaba sentado al otro lado de la hoguera, frente a mí.

Malcolm Dresden era alto, un hombre de pelo oscuro y severos ojos azules. Vestía pantalones vaqueros y botas de montaña. Me fijé que llevaba su camisa favorita, roja y blanca, de franela, bajo una chaqueta de lana, de caza. Se echó hacia delante, revolvió lo que había en la olla y tomó una cucharada.

—No está mal —dijo. Cogió un par de tazas, que estaban apoyadas en una de las piedras que rodeaban la hoguera, y aprehendió la cafetera por el asa de madera. Echó café en las dos tazas, devolvió la cafetera a su lugar, encima del fuego, y me ofreció una de ellas.

—¿Tienes frío?

Acepté la taza y me quedé mirándolo durante un momento. Quizás yo esperaba que cuando lo volviese a ver tuviese el mismo aspecto con el que lo recordaba, pero no era así. Estaba muy delgado, parecía más joven, quizás más joven que yo. Y muy... muy normal.

—¿Te has quedado sordo, hijo? —protestó mi padre—. ¿O mudo?

Busqué las palabras.

—Hace frío.

—Así es —asintió.

Sacó de la mochila unos paquetitos de leche en polvo y unos sobres de azúcar y me los pasó. Preparamos nuestros cafés en silencio y bebimos durante unos minutos. El café me sumergió en un halo de calorcito agradable y satisfactorio que me anestesió levemente la espalda congelada.

—Pues, qué cambio tan agradable, comparado con el resto de mis sueños... —le dije.

—¿Y eso? —me preguntó mi padre.

—Menos tentáculos, menos gritos, menos muertes.

Fue entonces cuando se escuchó un inquietante y fantasmagórico chillido proveniente de más allá del oscuro bosque. Me puse a temblar y el corazón me empezó a latir aceleradamente.

—¡La noche es joven! —dijo mi padre irónicamente.

Un sonido apurado salió de entre los árboles y vi balancearse las copas de algunos árboles, como si algo grande estuviese colándose entre ellos y los golpease al pasar. La desconocida amenaza pasaba de árbol a árbol rodeando el pequeño claro. Miré hacia abajo y descubrí que en la superficie de mi café se estaban formando ondas. Me temblaba la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Desconfía del Jabberwock, {10} hijo —me aconsejó. Tomó un trago de su café y miró, temeroso, el movimiento de los árboles—. Ya sabes lo que es. Ya sabes lo que quiere.

Tragué saliva.

—El demonio.

Asintió con sus azules ojos clavados en mí.

—No creí que...

—Me he quedado sin espadas vorpalinas {11} —dijo mi padre. Metió la mano en la mochila y me tiró una barrita de chocolate—. Lo más parecido que tengo es una chocolatina Snickers.

—¿Crees que lo que acabas de decir es gracioso? —le pregunté.

—Mira quién habla.

—Una cosa —le dije—, ¿por qué no he soñado contigo antes?

—Porque hasta ahora no se me permitía contactar contigo —dijo mi padre—. No hasta que los otros cruzaran la línea.

—¿Permitir? —pregunté—. ¿Qué otros? ¿Qué línea?

Sacudió una mano.

—Es importante. Y no tenemos mucho tiempo antes de que vuelva.

Suspiré y me froté los ojos.

—Vale. Ya me cansé de este estúpido sueño nostálgico. ¿Por qué no te vuelves al sitio del que vienes y yo disfruto de un sueño tranquilo y reparador en el que voy desnudo a trabajar?

Se rió.

—Eso está mejor. Ya sé que tienes miedo, hijo. Miedo por tus amigos. Miedo por ti. Pero escucha esto: no estás solo.

Parpadeé varias veces sin dejar de mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no soy parte de tu subconsciente, hijo. Soy yo. Soy real.

—Sin ánimo de ofender, está claro que tu versión onírica diría eso —le dije.

Sonrió.

—¿Es eso lo que tu corazón te dice que soy?, ¿una sombra onírica de tu memoria?
Me quedé mirándolo durante un minuto y sacudí la cabeza.

—No puedes ser tú. Estás muerto.

Se levantó y caminó alrededor del fuego, luego apoyó una rodilla en el suelo delante de mí. Me puso la mano en el hombro.

—Sí, estoy muerto. Pero eso no significa que no esté aquí. No significa que no te quiera, chico.

La luz de la hoguera se volvió borrosa frente a mis ojos, y sentí una punzada horrible en el pecho.

—¿Papá?

Me apretó con la mano.

—Estoy aquí.

—No lo entiendo —le dije—. ¿Por qué tengo tanto miedo?

—Porque tienes más que perder de lo que nunca has tenido —me dijo—. Tu hermano. Tus amigos. Te has abierto. Los quieres. No puedes soportar la idea de que los puedan separar de tu lado.

—Esto me sobrepasa —dije. Mi voz se quebraba—. Y cada vez estoy más herido y más cansado. No hacen más que asaltarme. No soy ningún superhéroe. Solo soy yo. Y no quiero nada de esto. No quiero morir.

Me puso la otra mano en el hombro y me miró a los ojos. Me encontré con los suyos mientras me hablaba.

—El miedo es algo natural, pero también es debilidad. Cuando el miedo se apodera de tu mente te incitará a atacar, pero debes aprender a controlarlo.

—¿Cómo? —susurré.

—Nadie podrá decírtelo —me contestó—. Yo tampoco. Ni un ángel, ni un ángel caído. Tú eres quien toma tus propias decisiones, Harry. Eso no va a cambiar. No dejes que nada ni nadie te diga lo contrario.

—Pero mis decisiones... no siempre han sido las mejores —le dije.

—¿Y las de quién sí? —me preguntó. Sonrió y se levantó—. Lo siento, hijo, pero tengo que irme.

—Espera.

Me puso la mano en la cabeza y durante un breve segundo volví a ser un niño, cansado, pequeño y completamente seguro de la fuerza de su padre.

—Hijo mío, todavía tienes mucho por delante.

—¿Mucho? —susurré.

—Dolor, alegría, amor, muerte, pena, horror, desesperación, esperanza. Me hubiese gustado estar más tiempo contigo. Me hubiese gustado poder ayudarte a prepararte para todo esto.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Shhh —me dijo—. Duérmete. Yo mantendré la hoguera encendida hasta que llegue la mañana.

La noche oscura, profunda, silenciosa, feliz y tranquila me tragó de una sentada.

12

A la mañana siguiente, mi cerebro vibraba con muchos más pensamientos y preocupaciones de las permitidas para poder llegar a conclusiones productivas. No podía permitirme aquello. Hasta que supiera exactamente qué era lo que estaba pasando y cómo pararlo, el arma más importante de mi arsenal era la razón.

Tenía que limpiar mi cabeza.

Me puse la ropa de correr tan sigilosamente como pude. Aunque por lo cansado que parecía Butters, me podría haber puesto de punta en blanco, en fundándome en una armadura del Renacimiento, que 'él no se hubiese despertado. Cogí a Ratón para darle su paseo de la mañana, rellené una botella de plástico con agua fría y me dirigí hacia la puerta.

Thomas estaba esperándome al lado del todoterreno, vestido igual que yo, con camiseta y pantalones cortos. Solo él podía parecer elegante con aquella pinta; a su lado cualquiera diría que yo me había comprado la ropa en un mercadillo de segunda mano.

—¿Dónde está el Escarabajo? —me preguntó.

—En el taller —le dije—. Alguien me lo destrozó.

—¿Por qué?

—Pues todavía no lo sé —le dije—. ¿Te vienes a correr?

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Tengo la cabeza como un bombo. Necesito moverme. Thomas asintió comprendiendo a lo que me refería.

—¿Adónde?

—A la playa.

—Vale —dijo. Levantó el pulgar de una mano dirigiéndolo hacia el todoterreno—. ¿De quién es el acorazado?

—De Billy y Georgia, me lo han dejado.

—Muy amable por su parte.

—Amable y estúpido. No durará mucho conmigo al volante. —Suspiré—. Pero necesito estar motorizado. Ya podemos irnos que ya ha amanecido, y aun así no me gusta nada dejar solo a Butters tanto tiempo.

Asintió y nos subimos al todoterreno.

—¿Quieres contarme qué es lo que está pasando?

—Dios, no hasta que se me despeje un poco la cabeza. Después de correr.

—De acuerdo —me dijo. Se quedó en silencio todo el camino hasta la playa.

La avenida North Beach en verano es uno de los lugares más concurridos de la ciudad. Sin embargo, en una mañana nublada de finales de octubre no verás ni un alma. Había dos coches en el aparcamiento, probablemente el otro sería de uno de los

dos chicos que hacían *footing* por el carril designado.

Aparqué el todoterreno y Thomas y yo nos bajamos. Me pasé un par de minutos estirando, aunque probablemente no estaba siendo tan meticuloso como debía. Thomas simplemente se apoyó en el todoterreno y se quedó mirándome sin abrir la boca. Hasta donde yo sé, los vampiros no tienen mucha necesidad de estirar los músculos. Asentí y los dos nos metimos en el carril de *footing* y empezamos a trotar al ritmo más tranquilo del que fui capaz. Calenté a ese ritmo durante unos diez minutos hasta que sentí que podía ir subiendo. Thomas iba a mi lado todo el tiempo, con los ojos medio cerrados, distante. Mi respiración se niveló a buen ritmo, severo pero no muy fatigoso. Thomas tampoco respiraba muy cansado todavía, y aunque sus piernas son mucho más largas que las mías, hace unos años que yo he desarrollado el gusto por correr como mero ejercicio. Subí la marcha y por fin le empezó a costar algo de esfuerzo mantenerse a mi lado.

Corrimos por el arenal y pasamos por delante de la casa de la playa, que consiste en una gran construcción que recuerda a una antigua barca y da la impresión de haberse hundido en la arena. Cuando llegamos hasta el final de la playa, nos dimos la vuelta y volvimos. Hicimos el mismo recorrido tres veces antes de que bajara un poco el ritmo y dijera:

—¿Entonces quieres que te cuente lo que está pasando?

—Sí —dijo.

—Vale. —No había nadie cerca y el sol ya se había asomado por el horizonte a nuestra espalda. Mavra no podría oírnos y tampoco era muy probable que ningún mortal lo consiguiese. Era lo más cercano a la privacidad que podríamos conseguir. Empecé a contar desde la llegada del paquete de Mavra y le fui relatando todo lo que había ido sucediendo durante la noche.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —me preguntó Thomas cuando terminé—. Deberíamos matar a Mavra. Podríamos convertirlo en un proyecto familiar.

—No —le dije—. Si nos la cargamos, será Murphy quien lo pague.

—Sí, sí —dijo Thomas—. Creo que está muy claro que a Murphy no le haría mucha gracia mi idea.

—No quiero llegar a eso —le dije—. Además, sea lo que sea *La palabra de Kemmler*, hay mucha gente realmente mala que la está buscando. Probablemente sea una buena idea asegurarnos de que no la consiguen.

—Bien —dijo Thomas—. Entonces vas a intentar quitárselo a la gente mala para dárselo a una vampira mala.

—No, si puedo evitarlo —le dije.

—Entonces, ¿Murphy se convertirá en cenizas? —preguntó él.

Abrí mucho los ojos.

—No, si puedo evitarlo.

—¿Y cómo vas a hacer todo eso?

—Estoy trabajando en ello —dije—. El primer paso es encontrar *La palabra de Kemmler*. O hacerlo todo de un pelotazo.

—¿Y eso cómo se consigue?

—Con el mapa —le dije—. No creo que esos tíos estén por ahí haciendo magia negra sin ninguna razón. Tengo que comprobar dónde han estado y qué es lo que han llevado a cabo.

—¿Y qué pasa con Butters? —preguntó Thomas.

—Por ahora lo vamos a mantener a salvo protegido por los conjuros. No sé para qué lo querría Grevane, y hasta que lo averigüe, tiene que permanecer escondido.

—Dudo que Grevane estuviese buscando un fanático de la polca —dijo Thomas.

—Lo sé. Tiene algo que ver con uno de los cuerpos de la morgue.

—¿Y por qué no vamos allí? —preguntó Thomas.

—Porque al vigilante lo mataron en ese lugar. Hay sangre por todos lados, tal vez esté todavía también el cuerpo del guardia y solo Dios sabe lo que habrá hecho Grevane cuando nos fuimos de allí. A estas horas la poli lo tendrá cerrado y vallado, y me imagino que estarán deseosos de tener una larga charla con alguien que haya estado allí. No puedo permitirme meter el hocico en una sala de interrogatorios justo ahora. Y Butters tampoco.

—Entonces pídele a Murphy que eche un vistazo —dijo Thomas.

Apreté los dientes mientras daba un par de pasos.

—No puedo. Murphy está de vacaciones.

—¡Oh! —dijo.

—Le estoy regando las plantas.

—Bien.

—Mientras está en Hawái.

—Ajá —dijo.

—Con Kincaid.

Thomas frenó en seco.

Yo no.

Me alcanzó cien metros más adelante.

—Menuda putada.

Refunfuñé.

—Creo que quería que le dijese que no fuese —le dije—. Creo que por eso vino a verme.

—¿Y por qué no se lo dijiste? —me preguntó.

—No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. Además, no es mi novia ni nada parecido. No es cosa mía decirle con quién puede quedar. —Sacudí la cabeza—. Además... Quiero decir, si tuviese que pasar algo con Murphy, ya habría pasado

antes, ¿no? Y si empezásemos una relación y no funcionase, sería una auténtica putada para mí. Quiero decir, la mayor parte de mis ingresos vienen de trabajos para el IE.

—Eso es muy razonable y maduro, Harry —dijo Thomas.

—Lo más inteligente es no intentarlo y no complicar las cosas.

Thomas frunció el ceño mientras me miraba. Y luego dijo:

—No hablarás en serio... ¿o sí? Me encogí de hombros.

—Supongo que sí. Claro.

—Hermanito —me dijo—, a veces me alucina lo estúpido que eres para ciertas cosas.

—¿Estúpido? Acabas de decirme que era razonable.

—Tus excusas los son —dijo Thomas—, pero el amor no.

—¡No estamos enamorados!

—Y nunca lo vais a estar —dijo Thomas—, si sigues siendo tan lógico.

—Como si tú fueses el más adecuado para aconsejar.

Las zancadas de Thomas resonaron en el carril con más fuerza que antes.

—Yo sé lo que es perderlo. No seas idiota, Harry. No lo pierdas como me pasó a mí.

—No puedo perder lo que ni siquiera tengo.

—Tienes una oportunidad —dijo alargando sus palabras. Me dio la sensación de que se estaba empezando a poner violento—. Y eso es más de lo que tengo yo.

No contesté. Llegamos al final del carril y salimos. Caminamos despacio por la playa, relajándonos.

—Thomas —dije—, ¿qué es lo que te pasa hoy, tío?

—Tengo hambre —dijo y su voz sonó como un rugido.

—Podemos parar en McDonald's o donde sea de vuelta a casa —propuse.

Me enseñó los dientes.

—No es ese tipo de hambre.

—¡Oh! —Caminamos durante un rato más y dije—: pero ya te alimentaste ayer, ¿no? Se rió emitiendo un sonido corto y amargo.

—¿Alimentarme? No. Aquella mujer... Aquello no fue nada.

—Pues parecía que acabase de correr un maratón. Tuviste que llevarte algo de ella.

—Me llevé —escupió las palabras—. Pero no había sustancia. No conseguí nada profundo de ella. Ya no lo hago nunca con nadie. No desde Justine.

—Pero comer es comer, ¿no? —le dije.

—No —me contestó—. No lo es.

—¿Por qué?

—No es así.

—¿Entonces cómo es?

—No tiene sentido que te lo explique —me dijo.

—¿Por qué no?

—No podrías entenderlo —me dijo.

—No, si no me lo cuentas —le dije—. Thomas, soy tu hermano. Quiero entenderte. —Paré en seco y le puse la mano en el hombro, agarrándolo con tanta fuerza como para hacer que se girase para mirarme—. Mira. Sé que las cosas no están saliendo como esperábamos. Pero si cada vez que estás preocupado por algo te marchas enfadado, si no me das la oportunidad de entenderte, nunca vamos a llegar a ningún lado.

Cerró los ojos y la frustración apareció en su cara. Empezó a andar hacia el extremo de la playa, justo por el borde del agua del lago Míchigan. Lo seguí. Caminó hasta la otra punta de la playa y se detuvo de golpe.

—Te echo una carrera para volver. Si me ganas te lo digo.

Parpadeé.

—¿Pero dónde coño estamos? ¿En el patio del colegio?

Sus ojos grises brillaron con ira.

—¿Quieres saber cómo es? Tendrás que llegar antes que yo.

—¡Pero qué tontería tan ridícula e inmadura! —le dije mientras le hacía una llave, colocando mi pierna por detrás de su cuerpo y empujándolo a la arena. En cuanto lo tiré al suelo, salí disparado.

Hay algo de alegría primaria en la energía y la velocidad que se pone en marcha cuando echamos una carrera. Los niños corren todo el tiempo por una razón: es divertido. Los mayores muchas veces lo olvidamos. Estiré las piernas, todavía relajadas del *footing*, y aunque solo estaba corriendo por la arena, la emoción de cada zancada llenaba mi mente.

Un poco más atrás, Thomas se acordó de toda mi familia y se levantó como pudo y salió como un rayo detrás de mí.

Corrimos a través de la luz grisácea. El amanecer había traído el frío e incluso, a la orilla del lago, el aire era seco. Thomas me adelantó y me sacó unos pasos de ventaja, miró hacia atrás, chocó los talones en el aire y me lanzó arena a la cara. Tragué un poco y empecé a toser y a carraspear pero estiré el brazo y logré enganchar mi mano a la camiseta de Thomas. Tiré de él mientras intentaba avanzar y conseguí echarlo hacia atrás. Lo adelanté mientras él tropezaba, tosía y se atragantaba. Recuperé la primera posición y la mantuve.

Los últimos cien metros fueron la peor parte. El frío, el aire seco y la arena me ardían en la garganta. La dolorosa sequedad que solo una carrera larga y la mala respiración te pueden provocar. Di un giro brusco para salir de la arena y pisar el aparcamiento. Los pasos de Thomas se oían justo detrás de mí.

Le sacaba unos cuatro pasos de ventaja cuando llegamos al todoterreno, di con la mano en el coche y me apoyé en él, respirando con brusquedad. Tenía la garganta como si hubiese estado cociéndome en un horno. En cuanto pude, saqué las llaves de mi riñonera deportiva de nailon. En la anilla había varias llaves, así que fui probándolas una a una y, después de tres intentos fallidos, me entraron unas ganas locas de cargarme la ventana para coger la botella de agua que me había dejado en el asiento del conductor. Me obligué a seguir probando las llaves, organizadamente, hasta que encontré la correcta.

Abrí la puerta, cogí la botella, le quité el tapón y la levanté para calmar el terrible malestar de mi garganta.

Di un primer trago y me pareció que aquella agua venía directamente de la mismísima nevera de Dios. Me quitó la peor parte de aquella sensación tan incómoda de quemazón en la garganta, pero necesitaba más para eliminarla por completo.

Antes de que pudiera volver a tragar, Thomas golpeó la botella que yo sujetaba en mi mano. Salió por el aire y cayó en la arena, derramándose inútilmente por el suelo de la playa.

Me giré hacia Thomas y me quedé mirándolo, sorprendido y enfadado.

Él me sostuvo la mirada con sus cansados ojos grises y dijo:

—Es así.

Lo miré fijamente.

—Es exactamente así.

La expresión de su cara no cambió mientras daba la vuelta al coche y se subía al asiento del copiloto.

Me quedé donde estaba durante un momento, intentando ignorar mi sed. Era completamente imposible. Imaginé cómo sería vivir con esa incomodidad y ese dolor una hora tras otra, un día tras otro, sabiendo que para saciarme basta con coger una botella llena de lo que necesito y vaciarla dentro mí. ¿Sería capaz de contenerme y dar solo un traguito muy de vez en cuando para aliviarme? ¿Sería capaz de beber solo lo suficiente para mantenerme con vida?

Tal vez pudiera, durante un tiempo. Pero el tiempo iría volviendo la sed cada vez más difícil de controlar. El tiempo acabaría abrumándome. Cada vez sería más difícil concentrarme o dormir, lo que haría que mi autocontrol se fuese debilitando, con lo cual sería más difícil concentrarme o dormir... sería un círculo vicioso. ¿Cuánto tiempo aguantaría?

Thomas lo había estado haciendo durante un año.

No creo que yo lo hubiese hecho tan bien estando en su lugar.

Me subí al todoterreno, cerré la puerta y le dije:

—Gracias.

Mi hermano asintió.

—¿Y ahora qué?

—Vamos al 7-Eleven —le dije—. Tú pagas la bebida. Sonrió un poco y asintió.

—¿Y luego qué?

Cogí aire. La carrera me había ayudado a aclarar un poco mis ideas. Y hablar con mi hermano me había ayudado un poco más. Comprenderlo algo mejor hacía que sintiese, a la vez, preocupación y confianza. Tenía la mente lo suficientemente despierta como para pensar en dar el siguiente paso.

—Vamos al apartamento. Tú vigilarás a Butters —le dije—. Yo me pasaré por esas manchas del mapa a ver qué encuentro. Si no saco ninguna conclusión tal vez tenga que ir al Más Allá a por respuestas.

—Eso es peligroso, ¿no? —preguntó.

Encendí el coche y me encogí de hombros:

—Es una experiencia.

13

Me duché, me vestí y dejé allí a Thomas con el todavía durmiente, Butters. Thomas se sentó en el sofá con una vela, un libro y un viejo sable de la caballería de los Estados Unidos que había comprado en un mercadillo casero. Se puso a afilarlo como la hoja de un bisturí. Le dejé a mano mi recortada, en la mesa de centro, y Thomas asintió agradeciéndomelo.

—Vigílalo de vez en cuando, ¿vale? —le pedí.

Thomas pasó una hoja.

—Nada podrá acercarse a él.

Ratón se tumbó en el suelo, entre la puerta y Butters, con la lengua fuera.

Me subí al todoterreno y desplegué el mapa de Mort. Me dirigí al punto mágico más cercano señalado en el mapa con tinta sangrienta: un lugar en una acera de Wacker.

Encontrar un sitio para aparcar fue una odisea. Nunca es tarea fácil en Chicago. Había visto un sitio perfecto donde el Escarabajo cabría sin problemas, pero con mi nuevo vehículo de sustitución habría tenido que aplastar los coches de los lados o por lo menos desplazarlos unos centímetros si me hubiese propuesto aparcarlo allí. Finalmente tuve que pedir una hipoteca para poder pagar el tique del aparcamiento. Caminé un par de manzanas y me adentré en la calle, con mis capacidades mágicas alerta, buscando la fuerza oscura que los muertos de la ciudad habían hallado.

Encontré el punto marcado en la acera en la puerta de una farmacia que hacía esquina.

Era pequeñísimo. Lo pasé de largo antes de percibirlo. Fue como si anduviese por encima de una salida de aire acondicionado. La magia residual transmitía frío, como cualquier energía oscura que hubiera sentido antes, tan terriblemente fría que me ponía la piel de gallina. Me paré en el lugar, cerré los ojos y me concentré en la fuerza que allí quedaba.

Me noté extraño de alguna manera. El amanecer había hecho que se dispersase la energía utilizada, y aun así, siendo solo el regusto de la magia que allí había tenido lugar, el frío era estremecedor. Había sentido una energía oscura similar a esta hoy, no idéntica, pero parecida. Había algo en ella que me recordaba a la terrible aura de Grevane, o a la que había experimentado antes, proveniente de aquellas personas de mi pasado que manejaban magia negra. Esta era, sin duda alguna, la misma energía, pero, de alguna manera, le faltaba esa sensación asquerosa y grasienta de podredumbre que tenía en las otras ocasiones.

Eso era todo lo que podía advertir. Arrugué el ceño y miré alrededor. Había una mancha en el suelo que podría ser tanto un resto de sangre como un poco de café derramado. A mi alrededor, los ejecutivos iban y venían y algunos me miraban con

cara de desagrado. El ronroneo del tráfico se apoderaba de las calles.

Me acerqué a preguntar a la farmacia, pero aquel lugar había permanecido cerrado durante la noche anterior y no tenían constancia de que nadie hubiese estado allí, ni de que hubiese pasado nada fuera de lo común.

La mayoría de las veces, el oficio de la investigación es así. No haces más que buscar y no encuentras nada. La solución: buscar más. Volví al todoterreno y me dirigí al siguiente punto que marcaba el mapa, en el museo Field.

El museo Field está en el lago Shore Drive y ocupa toda la zona norte del estadio Soldier Field. De repente me sentí muy agradecido de que todas las cosas malas pasen siempre entre semana, porque si fuese domingo y los Bears jugasen en casa, tendría que haber aparcado en Mongolia Exterior y haberme venido desde allí de mochilero. Pero como no lo era, dejé el coche en el minúsculo aparcamiento que había en la misma manzana del museo, y por un módico precio, equivalente a una parte del producto interior bruto de este país.

Me dirigí a la entrada desde la zona de estacionamiento y disminuí la marcha según me iba acercando. Había dos coches patrulla y una ambulancia aparcados en la entrada principal del museo. Ajá. Parecía que aquella parada iba a ser más interesante que la anterior.

Las puertas acababan de abrir según el horario habitual de visita, así que aun me tuve que gastar más dinero en pagar la entrada. Mi cartera estaba más anoréxica que nunca. A este ritmo no iba a poder permitirme proteger a la humanidad de los peligros de la magia negra. Campanas infernales, eso sí que sería vergonzoso.

Entré por la puerta principal. Era increíblemente grande. Lo primero que vieron mis ojos fue la joya de la corona del museo Field: Su e. Es el esqueleto más grande, más completo y más hermosamente conservado de un *Tyrannosaurus rex* que se ha descubierto jamás. Tienen los huesos verdaderos petrificados, no una de esas mierdas de plástico que hacen para los turistas. El museo se enorgullecía de la autenticidad de la exposición, y con razón. No hay manera de acercarse a la sombra de Su e, de ver los huesos de este enorme cazador, su tamaño, su fuerza, sus gigantescos dientes, sin sentirse espantosamente comestible.

Finales de octubre no es una época de mucho barullo en el museo, solo me crucé con una pareja de visitantes en el vestíbulo. La seguridad en el museo era evidente: dos hombres vestidos con unos pseudouniformes marrones y otro, algo mayor, vestido de traje y con pelo canoso. Estaban situados cerca de una puerta de emergencias y hablaban con una pareja de oficiales de policía uniformados que no reconocí.

Deambulé disimuladamente para acercarme a los tres, fingí que miraba varias exposiciones hasta que logré situarme lo suficientemente cerca como para escuchar.

—... la cosa más sorprendente. —Estaba diciendo el canoso jefe de seguridad—.

Nunca nos podríamos haber imaginado que este tipo de cosas fuese a suceder aquí.

—La gente es así —dijo el mayor de los dos polis, un hombre negro metido en los cuarenta—. Todos nos podríamos volver medio locos.

El poli joven estaba un poco gordo y tenía el pelo muy corto y del color de las zanahorias al vapor.

—Señor, ¿sabe si hay alguien que pueda haber discutido con el señor Bartlesby?

—Doctor —dijo el guardia de seguridad—. Doctor Bartlesby.

—Bien —dijo el policía más joven tomando notas—. ¿Pero sabe de alguien?

El guardia de seguridad sacudió la cabeza.

—El doctor Bartlesby era un viejo cabronazo. A nadie le caía muy bien, pero no conozco a nadie a quien le cayera tan mal como para matarlo.

—¿Estaba vinculado a alguien de por aquí?

—Tenía dos asistentes —contestó el jefe de seguridad—. Universitarios, creo. Una joven y un chico.

—¿Eran pareja? —preguntó el policía joven.

—No sabría decirte —contestó el jefe de seguridad.

—¿Sus nombres? —preguntó el policía mayor.

—La chica se llamaba Alicia Nelson y él era chino, o algo así. Creo que se llamaba Lee Shawn o algo parecido.

—¿Tiene el museo sus expedientes? —preguntó el policía.

—No creo. Vinieron con el doctor Bartlesby.

—¿Desde hace cuánto conoce al doctor? —preguntó el policía mayor.

—Unos dos meses —dijo el guardia de seguridad—. Era un profesor invitado al que le habían encargado un estudio pormenorizado de una de las exposiciones itinerantes. Ya había terminado y había recogido sus cosas. Tenía pensado marcharse en un par de días.

—¿Qué exposición? —dijo el policía joven.

—Una sobre los nativos americanos —dijo el guardia de seguridad—. Artilugios de Cahokia.

—¿Ca qué? —preguntó el policía mayor.

—Cahokia —dijo el jefe de seguridad—. Una tribu amerindia que se extendió por el valle del río Misisipi hace setecientos u ochocientos años, creo.

—¿Son valiosos esos artilugios? —preguntó el policía mayor.

—Podría decirse que sí —dijo el jefe de seguridad—. Pero su valor es fundamentalmente académico. Cascos de cerámica, herramientas antiguas, armas de piedra, ese tipo de cosas. No serían muy fáciles de vender.

—La gente comete locuras —dijo el policía joven, todavía tomando notas.

—Si tú lo dices —le contestó el jefe de seguridad—. Mirad, colegas, al museo le interesaría mucho que esto se aclarase lo antes posible. Ya han pasado horas. ¿No

podemos sacar ya de aquí los restos?

—Lo siento, señor —dijo el policía mayor—. No hasta que los detectives acaben de documentar la escena del crimen.

—¿Cuánto va a llevarles? —preguntó el jefe de seguridad.

La radio del policía mayor pitó y él la desenganchó del cinturón para tener una breve conversación.

—Señor —le dijo al jefe de seguridad—, ya van a llevarse el cuerpo. Los forenses tardarán un par de horas en dejar limpia la habitación.

—¿Y por qué tardarán tanto? —preguntó el jefe. El policía contestó encogiéndose de hombros.

—Pues hasta entonces, me temo que tendremos que cortar el acceso a la escena del crimen.

—Muchos de los altos cargos del museo tienen las oficinas en esa zona —protestó el jefe de seguridad.

—Estoy seguro de que terminarán lo más rápido que puedan, señor —dijo el policía con un tono que no daba lugar a debate.

—Dígale a mi jefe que yo lo he intentado —suspiró el guardia—. ¿Quiere venir y explicárselo usted mismo?

—Me encantaría —dijo el policía con una cínica sonrisa—. Usted primero.

Los dos policías y el jefe de seguridad se fueron juntos a hablar con alguien de una oficina o un recepcionista sobre la irritante e incómoda perspectiva de tener que aislar la escena del crimen.

Me mordí el labio. Estaba convencido de que el presunto asesinato del que hablaban los policías y el lugar de magia negra marcado en mi mapa estaban relacionados. Pero si la mancha estaba situada en el lugar de un asesinato, este estaría cerrado a cualquier acceso. Los forenses podrían pasarse horas, e incluso días, buscando pruebas por la habitación.

Eso significaba que, si quería echar un vistazo, tenía que hacerlo inmediatamente. Por lo que habían dicho los policías, los forenses todavía no habían llegado. Los hombres que iban a mover el cuerpo eran parte de la nueva agencia que el gobierno de la ciudad había formado. El gobierno contrataba ahora civiles para que se paseasen en ambulancias y transportasen los cadáveres alrededor de la ciudad. Los dos policías estaban con el jefe de seguridad, lo que quería decir que, como mucho, habría un detective y otro policía en la escena del crimen. Tal vez me pudiera acercar lo suficiente como para echar un vistazo.

Me llevó dos segundos decidirme. En cuanto perdí de vista al jefe de seguridad me colé por la puerta de atrás, bajé unas escaleras y me adentré en la sencilla y austera zona destinada al personal del museo y no a los visitantes. Pasé por delante de un área donde había una nevera, un mostrador y una máquina de café. Cogí un vaso,

un panecillo, un periódico y un cuaderno que alguien había dejado allí, e intenté parecer un aburrido académico camino de su oficina. Todavía no tenía ni idea de adónde me dirigía, pero intenté caminar como si ya lo supiera, extendiendo mis arcanos sentidos, en un esfuerzo por sentir dónde podrían estar los remanentes del lugar indicado.

En los cruces fui eligiendo el camino de manera metódica; siempre a la izquierda. Llegué a varios sitios sin salida, pero intenté llevar un riguroso seguimiento de la dirección que iba tomando. El complejo de túneles y vestíbulos bajo el museo Field podría tragarse a un pequeño ejército sin el más mínimo esfuerzo. No me podía permitir perderme allí abajo.

Me llevó quince minutos encontrarlo. Descubrí una sala precintada con el típico despliegue de «escena del crimen», así que me dirigí hacia allí. Incluso antes de llegar, un ligero frío se asomó a mis sentidos. Había hallado el lugar con energía nigromántica y había una escena de crimen justo en el centro. Escuché pisadas y me oculté en un lado, quedándome quieto hasta que vi a un par de policías de traje que aparecían discutiendo relajadamente sobre el camino más corto para salir a fumar. Habían sido enjaulados con el cadáver y llevaban sacando fotos y documentado la escena del crimen desde antes de que hubiese algún sitio abierto para desayunar; no parecía que ninguno de ellos estuviese de buen humor.

—Rawlins —dijo uno de ellos por su radio—, ¿dónde te has metido?

—Estoy hablando con un administrativo —se oyó que respondía la voz del policía mayor del piso de arriba.

—¿Cuánto tardas en venir hasta aquí a vigilar esto?

—Dame unos minutos.

—Mierda —se quejó el otro detective—. El cabrón lo está haciendo a propósito. El que tenía la radio asintió.

—Que los jodan. Llevo de servicio desde ayer al mediodía. Tenemos la escena documentada. Tardará dos minutos en arrastrar su culo hasta aquí.

El otro detective asintió y se fueron.

Dejé a un lado todo lo que llevaba y me colé por debajo de la cinta para entrar en la zona protegida. Había puertas de oficinas cada dos pasos. Todas cerradas. Al fondo había una puerta abierta con las luces encendidas. Puede que solo tuviera unos minutos, así que si iba a descubrir algo tendría que ser ahora. Me apresuré.

Era probable que el cadáver ya no estuviese en aquella habitación, sin embargo, no hacía falta verlo para decir que aquel cuarto apestaba a muerte. Más que un olor en sí mismo, era un aroma esquivo, del tipo que va añadido a otros olores. La densa peste a sangre estaba en el aire, mezclada con el débil hedor de la basura. También había un olor rancio y mohoso de todas las cosas viejas que había allí abajo, así como unos restos de algo especiado, tal vez algún tipo de incienso. El olor a muerto estaba

mezclado con todo aquello, era algo punzante y que desconcentraba, algo entre carne quemada y amoníaco. Se me revolvió el estómago y el creciente olor a magia negra no es que me ayudara precisamente a mejorar.

La oficina era bastante grande. Las paredes estaban llenas de estanterías y vitrinas. Había tres escritorios situados en el centro. Una neverita en una esquina, al lado de un viejo sofá, y una mesa baja llena de cosas. Había un montón de cajas vacías de comida china para llevar y un portátil. Las estanterías se hallaban ocupadas por libros y cajas. Los escritorios estaban repletos de libros, cuadernos, carpetas y algunos artículos personales como una taza de café con un dibujo, algunos marcos de fotos y varias novelas actuales.

Todo estaba manchado de sangre y magia negra.

La sangre se había secado y en su mayoría era roja negruzca o marrón oscura. Había un gran charco en el suelo, entre la puerta y la mesa más cercana. Se había secado y se había convertido en una balsa pegajosa. Una línea perfecta, casi recta, marcaba el lugar del cual se había levantado el cadáver, probablemente arrancándole la tela de la chaqueta o el abrigo, que se había quedado pegado en el suelo. Había gotas por las paredes, en la mesa, en las fotografías, en los libros y en las tazas de café.

Odiaba la sangre. Como elemento decorativo dejaba mucho que desear. Y olía fatal. Mi estómago volvió a sublevarse y tuve que insistir mucho para que los donuts que me había comido no abandonaran sus posiciones. Cerré los ojos y luego me obligué a volver a abrirlos. Tenía que mirar. La única manera de evitar más escenas de este tipo era observando esta, intentando adivinar quién lo había hecho y saliendo en su busca para impedir que lo volviera a hacer.

Dejé a un lado mis náuseas y me centré en la escena buscando detalles.

Había unas manchas de sangre en el suelo, pero ninguna en los lados, ni en la superficie ni en los bordes del escritorio que estaba al lado. Eso significaba que la víctima no se había movido mucho desde el momento en el que había caído al suelo. O bien la tenían sujeta o bien se desangró tan rápido que no tuvo tiempo de arrastrarse hacia el teléfono más cercano, el de encima de la mesa, para pedir ayuda. Miré hacia arriba. No había mucha sangre en el techo. Eso no probaba nada, pero si a alguien le hubiesen abierto la garganta, estaría todo manchado. Cualquier otra forma de herida sangrienta podría haber dejado a la víctima, evidentemente el doctor Bartlesby, capaz de moverse por lo menos durante unos minutos. Por lo tanto, lo más probable era que lo hubiesen sujetado.

Miré hacia abajo. Había media huella de una pisada en la sangre del suelo y llevaba hacia la puerta. Parecía el talón de un zapato deportivo, uno no muy grande. Probablemente un zapato de mujer o uno grande de niño. Deseé que fuese el pie de un adulto con la intención de evitarme un insomnio inminente. Los niños no deberían

ver aquellas cosas.

Pero bueno, ¿y quién sí?

A un nivel completamente diferente, la habitación tenía algo mucho más perturbador. La magia negra que se sentía allí no era la fría, pura y silenciosa que había sentido en la acera en Wacker. Esta tenía algo de podrida, oscura y mutilada. Había quedado una sensación de regocijo malicioso como residuo de la magia que se había utilizado. Alguien había usado sus poderes para asesinar a un hombre y había disfrutado mucho haciéndolo. Y aun peor, la que había allí era un aura completamente distinta a la que había sentido con Cowl o con Grevane. La actividad mágica nunca deja una pista exacta que un mago pueda seguir, pero la intuición me decía que aquello había sido demasiado chapucero y desesperado para Grevane, y más turbio de lo que a Cowl le hubiese gustado.

Allí había resquicios de una magia muy impetuosa, más potente de lo que yo podría haber activado jamás. Quien estuviese detrás del conjuro que había causado aquellos estragos era por lo menos más poderoso que yo. Quizás también más fuerte.

—¡Eh! —Oí una voz detrás de mí—. Me había parecido que eras tú.

Cogí fuerza y me di la vuelta. El mayor de los dos policías del piso de arriba estaba a treinta metros de mí, con una mano disimuladamente apoyada en la culata de su pistola. La expresión de su oscura cara era precavida pero no abiertamente hostil, transmitía cautela, pero no alarma. En la etiqueta de su chaqueta ponía «Rawlins».

—¿Quién te pareció que era? —le pregunté.

—Harry Dresden —dijo—, el mago. El tío que contrata Murphy para el IE.

—Sí —contesté—, supongo que soy yo.

Asintió.

—Te vi en el piso de arriba, no parecías el típico visitante de museos.

—Es por este abrigo de piel, ¿verdad? —le dije.

—Eso ayuda —reconoció Rawlins—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Echando un vistazo —le dije—. No he entrado en la habitación.

—Ya. Esa es la razón por la que todavía no te he arrestado.

Rawlins miró por encima de mí, hacia la habitación, con expresión seria.

—Menudo infierno lo de ahí dentro.

—Ya —dije.

—Hay algo en todo esto que no tiene buena pinta —Ji jo—. No... no sé lo que es. Hace que se me ponga la piel de gallina. Más de lo habitual. Ya he visto acuchillamientos antes. Este es distinto.

—Sí —le dije—. Lo es.

El viejo policía me miró con los ojos brillantes y cogió aire.

—¿Es esto algo de lo que se ocuparía el IE?

—Sí.

—¿Te ha enviado Murphy? —gruñó.

—No exactamente —contesté.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque no me gustan las cosas que les ponen la piel de gallina a los policías —le dije—. ¿Tenéis algún sospechoso?

—Para ser alguien que solo pasaba por aquí tienes muchas preguntas —apuntó.

—Para ser un policía de calle encargado de vigilar la escena del crimen tú también tenías muchas —le dije—. Arriba, con los guardias de seguridad del museo.

Sonrió y enseñó unos dientes muy blancos.

—Vaya. He sido detective antes. Dos veces.

Levanté las cejas.

—¿Te degradaron?

—Las dos veces por culpa de un problema de actitud —dijo Rawlins. Le eché una sonrisa torcida.

—¿Me vas a arrestar?

—Depende —dijo.

—¿De qué?

—De por qué estés aquí. —Me miró a los ojos, directa y abiertamente, con la mano todavía en su pistola.

No le aguanté la mirada durante mucho tiempo. Miré por encima de mi hombro pensando en qué contestar y me decidí por un poco de sinceridad.

—Hay gente mala en la ciudad. No creo que la policía pueda atraparlos. Estoy intentando encontrarlos antes de que hagan daño a alguien más.

Se quedó mirándome durante un largo minuto. Después quitó la mano de la pistola y la metió en su abrigo. Me alcanzó el periódico.

Lo cogí y lo doblé. Era una especie de boletín informativo académico y en la portada había una foto de un anciano corpulento con patillas hasta la mandíbula, una chica sonriente y un joven de facciones asiáticas. El titular decía: «El profesor invitado, Charles Bartlesby, y sus asistentes, Alicia Nelson y Li Xian, se preparan para examinar la colección de Cahokia, que presenta el museo Field de Historia Natural de Chicago».

—El del medio es la víctima —dijo Rawlins—. Sus asistentes compartían oficina con él. No contestan a sus teléfonos móviles ni están en sus apartamentos.

—¿Sospechosos? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—No mucha gente asesina a desconocidos —dijo—. Eran los únicos de la ciudad que conocían a la víctima. Vinieron con él desde algún lugar de Inglaterra.

Levanté la vista del periódico, miré a Rawlins y fruncí el ceño.

—¿Por qué me estás ayudando?

Levantó las cejas.

—¿Ayudándote? Eso lo has podido averiguar en cualquier sitio. Además, yo no te he visto.

—Entendido —le dije—. Pero ¿por qué?

Se apoyó en la pared y cruzó los brazos.

—Porque cuando era un joven policía entré corriendo en un callejón tras oír los gritos de una mujer. Allí vi algo. Algo... —Su cara parecía distante—. Algo que me ha provocado pesadillas durante los últimos treinta años. Esa cosa estaba estrangulando a aquella niña. Se la quité de encima, vacié mi pistola en ella. Me levantó y golpeó mi cabeza contra la pared repetidamente. Creí que el hijo de mi madre iba directo a la tumba.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—El padre de la teniente Murphy apareció con una recortada cargada de piedras de sal y lo mató. Y en cuanto salió el sol, el cadáver de aquella cosa ardió como si estuviese bañada en gasolina. —Rawlins sacudió la cabeza—. Estoy en deuda con su viejo. Y conozco bastante bien las calles como para saber que ella está haciendo un gran trabajo. Y tú la has estado ayudando.

Asentí.

—Gracias —le dije.

Afirmó.

—No es que me apetezca perder mi trabajo por ti, Dresden. Desaparece antes de que alguien te vea.

Se me ocurrió una cosa.

—¿Sabes algo del instituto forense?

Se encogió de hombros.

—Claro. Todos los polis lo conocemos.

—Quiero decir si sabes algo sobre lo que pasó la otra noche —le dije.

Rawlins sacudió la cabeza.

—No he oído nada.

Fruncí el ceño. Debería estar por todos lados la noticia de un asesinato truculento en la morgue, si no en los periódicos, por lo menos debería haber rumores entre la policía.

—¿No? ¡Estás seguro?

—Seguro. Estoy seguro.

Asentí y atravesé aquella antesala.

—¡Oye! —me llamó.

—¿Puedes detenerlos? —me preguntó.

—Eso espero.

Miró la habitación llena de sangre y luego me miró a mí.

—Bien. Que tengas buena caza, chico.

—¡Uau! —dijo Butters, jugueteando con el panel de control del todoterreno—. Esta cosa tiene de todo, estaciones de radio por satélite... y te apuesto lo que quieras a que cabe toda mi colección de cedés en el cambiador del reproductor. Y, ¡eh!, ¡qué maravilla! Mira esto. También tiene un navegador, así no nos perderemos —dijo mientras le daba a uno de los botones.

Una voz tranquila salió del salpicadero:

—Entrando en Helsinki.

Levanté las cejas al salpicadero y luego miré a Butters.

—Tal vez este coche ya esté perdido.

—A lo mejor también estás interfiriendo en su ordenador —dijo Butters.

—¿Tú crees?

Sonríó y comprobó, por décima vez, que se había abrochado el cinturón.

—Aclaremos una cosa, a mí no me importa esconderme, Harry. Es decir, si estás preocupado por mi orgullo o algo así, no lo estés. Estoy bien escondiéndome contento, incluso.

Salí de la autopista. Los verdes pastos y los cuidados árboles del parque industrial del instituto forense fueron apareciendo a medida que el todoterreno iba subiendo.

—Intenta relajarte, Butters.

Negó con la cabeza de forma nerviosa.

—No quiero que me maten. Ni que me arresten. Llevaría muy mal ser arrestado. O asesinado.

—Hay un riesgo calculado —le dije—, tenemos que averiguar para qué te necesitaba Grevane.

—¿Y me estás llevando al trabajo... porque...?

—Piénsalo. ¿Qué hubiese pasado si llegan y no estás, si hay sangre por todos lados, el edificio saqueado y el cadáver de Phil tirado por ahí dentro o por el campo?

—Habrían despedido a alguien —dijo Butters.

—Sí. Y habrían cerrado el edificio para buscar pistas. Y te habrían cogido y te habrían encerrado en alguna parte, por lo menos para interrogarte.

—¿Y? —preguntó Butters.

—Si Grevane ha limpiado todo lo que pasó en la morgue significa que no quería llamar la atención de la fuerzas oficiales. Lo que quiera de ti, estoy seguro de que sigue en el edificio. —Llegamos al parque industrial—. Y tenemos que encontrarlo.

—¿Eduardo Mendoza? —me preguntó.

—Así de golpe, no se me ocurre otra razón para que alguien quiera los servicios de un simpático médico forense —le dije—. Grevane tiene que estar interesado en un cadáver de la morgue y ese era el único que parecía un poco extraño.

—Harry —dijo Butters—, si este tío es un nigromante de verdad, un hechicero de la muerte, entonces, ¿para qué iba a querer a un simple y anticuado científico friki como yo?

—Esa es la pregunta del millón —le dije—. Y tenemos otra razón, además.

—¿Ese doctor del museo? —preguntó Butters.

Asentí y aparqué al lado de la pequeña furgoneta estropeada de Butters.

—Claro. Necesito averiguar qué fue lo que lo mató. Vamos, cualquier información nos puede ser de utilidad.

Butters cogió aire.

—Bueno. No sé lo que seré capaz de hacer.

—Cualquier cosa supondrá más de lo que tenemos ahora mismo.

Miró alrededor con cautela.

—¿Crees que... Grevane o su amigo... todavía están por aquí? ¿Esperando a que llegue... ya sabes... yo?

Me abrí el abrigo y le enseñé a Butters la funda de la pistola que llevaba colgada del hombro. Después me estiré hacia atrás y cogí mi bastón de la parte trasera del coche.

—Si aparecen los voy a joder el día.

Se mordió el labio.

—Podrías hacerlo, ¿verdad?

Miré alrededor y le dije:

—Butters, confía en mí. Si hay una cosa que hago bien es joderle el día a la gente.

Se rió nerviosamente.

—Repite eso.

—Si hay una cosa que hago bien... —Empecé a hablar, pero Butters me dio un pequeño puñetazo en el brazo y le sonreí—. Vamos a entrar y salir lo más rápido que podamos, te voy cubriendo la espalda. Creo que lo tenemos todo bajo control.

Apagué el motor del todoterreno y saqué la llave. El vehículo tembló y trinó; algo parecido a un lamento salió del salpicadero. Por un momento pensé que alguien gritaría: «¡Alerta roja, todos a sus puestos!». Pero en vez de eso, el coche emitió un hipido y con voz relajada dijo: «Cuidado, la puerta está entreabierta. La puerta está entreabierta».

Parpadeé mirando al salpicadero. Repitió el aviso varias veces más, ralentizándose pero bajando el tono cada vez hasta que se perdió en un sonido sordo y desapareció.

—Eso no es una buena señal —afirmé.

—Es verdad —contestó Butters en voz baja—. Porque siempre que estás cerca todas las cosas se tuercen.

—Exactamente —le dije. Intenté pensar darle a esa última frase un sentido

positivo, pero no estaba preparado para ejercicios mentales—. Venga. Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes nos iremos.

—Vale —dijo él, y los dos nos bajamos del coche y nos dirigimos al instituto forense. Según nos fuimos acercando a la puerta empecé a cojear y a apoyarme en bastón un poco, como si necesitase el soporte. Butters me abrió la puerta y renqueé con cara de dolor hacia dentro, camino de la mesa del vigilante de seguridad.

No lo conocía. Tendría unos veintitantos y parecía muy atlético. Nos vio entrar y bizqueó un poco; cuando estuvimos dentro levantó las cejas.

—¡Doctor Butters! —dijo sorprendido—. Hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Casey —dijo Butters saludándole varias veces con la cabeza—. Oye, me gusta tu nuevo corte de pelo. ¿Está el doctor Brioché aquí?

—Ahora mismo está trabajando —dijo Casey—. En la sala uno, creo. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Pues intentando librarme de una charla —dijo Butters secamente. Se colgó la identificación del abrigo—. Me olvidé de archivar unos formularios y si no los dejo listos antes de que salga el correo, Brioché me sermoneará hasta que me sangren los ojos.

Casey asintió y me miró.

—¿Quién es él?

—Harry Dresden —dijo Butters—. Tiene que firmar los formularios. Es asesor del Departamento de Policía. Harry, este es Casey O'Roarke.

—Encantado —le dije enseñándole el carné que Murphy me había dado para poder colarme en las escenas de los crímenes. Cuando lo hacía sentí otro embate de aire frío de la magia negra. Grevane había asesinado y reanimado a Phil! cuando el pobre hombre estaba sentado en aquella mesa.

Casey miró el carné y comprobó que mi cara y la de la foto fuesen la misma antes de devolvérmelo con una educada sonrisa.

—¿Quiere que le diga al doctor Brioché que está usted aquí, doctor Butters?

Butters se encogió de hombros.

—No hace falta.

—Bien —dijo Casey y nos hizo un gesto para que pasásemos. Ya casi habíamos salido del vestíbulo cuando dijo:

—¿Doctor? ¿Ha visto a Phil esta mañana?

Butters dudó durante unos segundos y luego se giró.

—Estaba ahí sentado, en esa mesa, la última vez que lo vi, pero me tuve que ir a una cita con el dentista antes de que terminara el turno. ¿Por qué?

—Ah, porque no se encontraba aquí cuando llegué —dijo Casey—. Todo estaba cerrado y el sistema de seguridad, activado.

—A lo mejor también se tuvo que marchar a algún lado —sugirió Butters.

—Puede —Casey estuvo de acuerdo. Tenía el ceño medio fruncido—. Sin embargo no me dijo nada. Quiero decir, podría haber venido yo un poco antes si él se tenía que ir.

—Ni idea —dijo Butters.

Casey bizqueó a Butters y asintió despacio.

—Vale, es solo que no me gustaría que se metiese en problemas por haber roto el protocolo.

—Ya conoces a Phil —dijo Butters.

Casey puso los ojos en blanco, asintió y continuó rellenando algo de papeleo que allí encima. Butters y yo nos alejamos del vestíbulo y nos dirigimos a su sala de análisis de siempre. El lugar había sido recolocado. La mesa estaba en su lugar, llena de papeles y con el ordenador en su sitio. Quien hubiese limpiado la habitación había hecho un trabajo realmente bueno.

—Casey sabe algo —dijo Butters en cuanto abrió la puerta—. Sospecha algo.

—Para eso pagan a los guardias de seguridad —le dije—. No dejes que te ponga nervioso.

Butters asintió mirando alrededor en la sala de pruebas. Caminó hacia su atuendo de polca, todavía en la esquina.

—Por lo menos, no me lo rompieron —dijo y soltó una carcajada—. Tío, ¿han cambiado mis prioridades o qué?

—Todo el mundo tiene algo que ama por encima de todo —le dije.

Asintió.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Lo primero es lo primero —le dije—. ¿Puedes echar un vistazo al cadáver de Bartlesby?

Butters asintió y caminó hacia su ordenador. Me eché hacia atrás y me apoyé en la pared.

Encendió el aparato y estuvo un minuto o dos moviendo el ratón y dándole al botón con el dedo índice. Finalmente silbó.

—¡Uau! El cuerpo de Bartlesby llegó hace una hora y ha sido marcado para examen inmediato. Lo está haciendo Brioche.

—¿Es eso poco frecuente?

Asintió.

—Significa que hay alguien muy interesado en la víctima. Alguien del gobierno o de las fuerzas del orden, tal vez. —Arrugó la nariz—. Además, fue algo espantoso. Esto será un trabajo muy meritorio para Brioche, claro, por eso se está encargando.

—¿Puedes intentar verlo? —le pregunté.

Butters frunció el ceño e hizo clic con el ratón otras tantas veces. Luego levantó la vista y miró el reloj.

—Puede ser. Brioche está trabajando en la sala uno ahora mismo, pero tiene que estar a punto de terminar, sea lo que sea que esté haciendo. El cadáver de Bartlesby se encuentra en la sala dos. Si me doy prisa... —Se levantó y se escurrió por detrás de la puerta—. Espera aquí.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

Asintió.

—Alguien podría desconfiar si te ve por ahí deambulando. Si te necesito, te haré una señal.

—¿Qué señal?

—Imitaré el grito de una niña aterrorizada —dijo moviendo las cejas. Se dirigió a la puerta—. Ahora vengo.

Butters no estuvo fuera mucho tiempo y volvió a la sala antes de que pasasen cinco minutos. Parecía un poco tembloroso.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió.

—No pude quedarme más tiempo porque oí que Brioche salía de la sala uno.

—¿Viste el cuerpo?

—Sí —dijo Butters con un escalofrío—. Ya estaba desnudo y tumbado. Algo muy diabólico le ha ocurrido, Harry. Tenía treinta o cuarenta puñaladas en la parte superior del tórax. Alguien le ha cortado la cara. La nariz, las orejas, los párpados y los labios estaban en una bolsita con cierre tipo cremallera, al lado de la cabeza.

—Cogió aire—. Le han cortado los cuádriceps de las dos piernas en trozos. No estaban. Y lo destriparon.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Una gran equis cruza su abdomen. Y luego lo pelaron y lo abrieron como si fuera una caja de comida china. Le falta el estómago y casi todos los intestinos. Puede que le falten más órganos.

—Qué asco —dije.

—Y mucho.

—¿Pudiste ver algo más?

—No. Aunque hubiese querido no tenía tiempo para nada más que una ojeada. —Se acercó hasta una estantería de ruedas con medicinas—. ¿Por qué alguien le querría hacer eso? ¿Para qué le pudo servir?

—A lo mejor para algún tipo de ritual —opiné—. Ya has visto cosas así.

Butters asintió y empezó a quitarse lentamente el mandil, la mascarilla, los guantes, el gorro.

—Aun así no lo entiendo, ¿sabes?

Sí que lo sabía. Butters no era capaz de entender el tipo de violencia, odio y sed

de sangre que había soportado el difunto Bartlesby. Esa clase de absoluto desprecio por la inviolabilidad de la vida simplemente no existía en su mundo personal. Estaba destrozado por haberse enfrentado a ello cara a cara.

—O... —dije, se me había ocurrido una idea—. Puede haber sido otra cosa: antropomancia.

Se dirigió a una de las neveras y la abrió.

—¿Qué es eso?

—Es un intento de descubrir el futuro o conseguir información leyendo las entrañas humanas.

Butters se giró hacia mí, despacio y con la cara pálida.

—Estás de broma.

Sacudí la cabeza.

—Es posible.

—¿Funciona? —preguntó.

—Es una magia extremadamente poderosa y peligrosa —le contesté—. Cualquiera que quiera hacerlo tiene que matar a alguien. Y claro, si el Consejo se enterase le condenaría a muerte inmediatamente. Si no funcionara, nadie se molestaría.

La boca de Butters se tensó en una línea firme.

—Eso está muy... mal. —Frunció el ceño mientras lo dijo y asintió de nuevo—: Mal.

—Estoy de acuerdo.

Se volvió hacia la nevera, cogió una etiqueta del dedo gordo del pie y desplegó una hoja de análisis.

—Puede que esto me lleve un rato —dijo—. Una hora y media o algo más.

—¿Quieres que te eche una mano? —le pregunté, deseando que no fuese así.

Butters, bendito sea, sacudió la cabeza. Caminó hacia su mesa y encendió el reproductor de cedés. La polca inundó la habitación.

—Preferiría hacer esto solo.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Estate atento por si oyes el grito de una niña —me dijo—. ¿Puedes aguardar en la puerta?

Asentí, cogí mi bastón y lo dejé en la sala. Cerró la puerta con pestillo en cuanto salí y me dirigí a sentarme a la zona de espera de la puerta principal. Elegí una silla que me dejaba mi espalda de cara a la pared. Desde allí podía ver el monitor de vídeo de Casey, la entrada y la puerta que llevaba a las salas de análisis.

Apoyé la cabeza hacia atrás en la pared con los ojos casi cerrados y me dediqué a esperar. Durante la hora que sucedió a ese momento solo un doctor entró y otro se fue. El cartero apareció con el correo del día y el camión de UPS hizo lo propio.

Llegó una ambulancia con el cadáver de una anciana que Casey trasladó a otra parte, probablemente al almacén.

Después vino una pareja joven. La chica mediría un metro setenta y era muy guapa, incluso con aquel exceso de maquillaje. Llevaba sandalias, un vestido azul de tirantes y una chaqueta de lana. El pelo le llegaba por encima de los hombros, cortado con forma redondeada, pero con unos rizos rebeldes. Los ojos estaban impregnados de cansancio. El chico vestía un bonito y sencillo traje. Mediría algo menos de uno ochenta y tenía facciones asiáticas, gafas con montura de acero, hombros anchos y llevaba el pelo atado en una larga coleta.

Los reconocí. Eran Alicia Nelson y Li Xian, los de la foto de la portada del boletín de noticias que Rawlins me había dado. El doctor Bartlesby había desaparecido y sus dos asistentes venían a la morgue.

Me quedé muy quieto e intenté pensar en cosas que me pudieran difuminar con la pared. Caminaron hacia la mesa de seguridad y se pusieron tan cerca de mí que no tuve que molestarme en Escuchar.

—Buenos días —dijo Alicia sacando el carné de conducir y enseñándoselo a Casey—. Me llamo Alicia Nelson. Soy la ayudante del difunto doctor Bartlesby. Creo que han traído aquí sus restos.

Casey la miró sin poner ninguna expresión muy clara.

—Señora, no se nos permite hacer público ese tipo de información con el fin de proteger a los familiares del difunto.

Asintió, sacó un sobre de su bolso y se lo pasó a Casey.

—El doctor no tiene familia viva ni parientes próximos —dijo—. Pero me otorgó a mí los poderes de sus bienes hace dos años. En ese papel figura toda la información.

Casey lo examinó frunciendo el ceño:

—Ajá...

Alicia se separó los ricitos castaños de los ojos.

—Por favor, señor, el doctor tenía unos efectos personales que me gustaría recuperar cuanto antes. Contraseñas, tarjetas de crédito, llaves, ese tipo de cosas. Estaban en su cartera.

—¿Y por qué tiene tanta prisa? —preguntó Casey.

—Algunos de estos efectos podrían atraer el acceso de un ladrón a sus cuentas o a sus cajas fuertes. Como puede ver en los documentos, él quiso que fuese yo quien me hiciese cargo hasta que pudiese arreglarlo para donarlo a las obras de caridad que auspiciaba.

Casey volvió a doblar las hojas y las metió en el sobre.

—Señora, va a tener que hablar con nuestro director, el doctor Brioché. Estoy seguro de que él estará encantado de colaborar con usted.

—Muy bien —dijo Alicia—. ¿Está disponible?

—Iré a preguntar —dijo Casey—. Hagan el favor de esperar aquí.

—Claro —contestó la chica. Aguardó a que Casey saliera por la puerta de seguridad y enseguida giró sobre sus talones y miró hacia fuera por la puerta, hacia la luz de la mañana. Su rígida postura demostraba enfado. Apoyó un brazo en la puerta y dejó caer la cabeza sobre él.

El alto y joven Li Xian había permanecido en silencio durante todo el tiempo. La siguió hasta la puerta y le habló en voz tan baja que apenas podía oírlo. Entrecerré los ojos y Escuché.

—... de vuelta en cualquier momento —murmuró Xian—. Deberíamos sentarnos.

—No me digas qué hacer —disparó Alicia en un susurro directo—. Estoy cansada, no soy idiota.

—Debería descansar antes de hacer cualquier otra cosa —dijo Xian—. No entiendo por qué está jugando. Debería haberme dejado que siguiese al guardia.

—Deja de pensar con el estómago —gruñó la chica—. Es suficiente que hayas perdido el control como para añadirle otra falta de disciplina más a esta situación.

—No estamos aquí porque yo haya parado para comer —dijo Xian, enfadado con su forma de susurrar—. Si no se hubiese dado ese capricho, ahora no tendríamos estos problemas.

La chica se separó del cristal, mirando a Xian a los ojos y su cara se retorció con orgullo y enfado.

—Tu actitud, Li, te está convirtiendo en parte del problema y no en parte de la solución.

El hombre de la melena se puso pálido y se encogió frente a la chica. Su cara se tensó, una especie de fuerza resbaladiza apareció por debajo de su piel y desfiguró sus facciones de forma grotesca, provocando un hundimiento en los ojos y un leve alargamiento de la mandíbula. Dejó salir una maldición y cuando abrió la boca pude ver los dientes de carnívoro que tenía.

Fue solo un segundo, pero aparté los ojos antes de que pudieran percatarse de que estaba mirando. Si me hubiesen visto, mi vida correría un peligro inminente. Había visto un resplandor de la verdadera cara de Li Xian; era un necrófago. Los necrófagos son depredadores sobrenaturales que obtienen su sustento principal devorando carne humana. Fresca, fría, podrida, no importa de qué tipo siempre que les llegue a la panza.

Se me revolvió el estómago. Butters había dicho que alguien se había llevado los cuádriceps de Bartlesby, los fuertes y grandes músculos que tenemos en los muslos. Había sido Xian. Se había cortado sus propios filetes del cadáver del viejo. Si sospechara que yo sabía lo que era, podría decidir protegerse a cualquier precio, y eso sería peligroso. Los necrófagos son rápidos, fuertes y más difíciles de eliminar que un rumor jugoso sobre el presidente. Había luchado con necrófagos antes y no era una

cosa que me apeteciese repetir si podía evitarlo. Especialmente teniendo en cuenta que me había dejado el bastón en la oficina de Butters.

Xian recuperó su apariencia normal bajó la mirada y agachó la cabeza ante Alicia.

—¿Te ha quedado claro? —susurró la chica.

—Sí, su majestad —contestó Xian.

¿*Su majestad?*, pensé. Mi mente recorrió todas las posibilidades.

Alicia cogió aire y se presionó con el dedo pulgar en el entrecejo.

—No hables, Xian, no digas nada y todos estaremos más contentos. Y más seguros.

Pasó por delante de él, tan tranquila, volvió a la zona de espera y se sentó. Cogió un ejemplar del *Newsweek* que había en la mesa y empezó a hojearlo, mientras Xian esperaba al lado de la puerta. Fingí estar medio adormilado.

Casey volvió unos minutos después y dijo:

—Señora Nelson, el doctor Brioché va a tardar un rato en atenderla.

—¿Cuánto? —preguntó sonriendo.

—Una hora como mínimo —dijo Casey—. Dice que si quiere concertar una cita para esta tarde estará encantado de...

—¡No! —le interrumpió sacudiendo la cabeza con firmeza—. Algunos de sus asuntos son muy urgentes y tengo que recuperar sus cosas lo antes posible. Por favor, dígame que esperaré.

Casey subió las cejas y se encogió de hombros.

—Sí, señora.

Parpadeé un par de veces y luego me senté más derecho, estirándome.

—Ah, Casey —murmuré levantándome. Fingí cojear y me acerqué a la mesa—. Me dejé el bastón en la oficina de Butters. ¿Le parece bien si me acerco a recogerlo?

Casey asintió.

—Un segundo. —Levantó el teléfono y un instante después oí la música de polca golpeando el pequeño aparato—. Doctor, su amigo el asesor olvidó algo en su oficina. ¿Quiere que se lo mande? —Escuchó, asintió y me indicó la puerta, abriéndola para mí.

Me di prisa en llegar a la sala de análisis de Butters y llamé. Butters abrió la puerta y me dejó pasar.

—Rápido —le dije mirando hacia el vestíbulo—. Tenemos que irnos.

Butters tragó saliva.

—¿Qué pasa?

—Han llegado unos malos.

—¿Grevane?

—No. Unos malos nuevos —le dije.

—¿Más? —preguntó Butters—. No es justo.

—Lo sé. Esto ya parece la gran asamblea de Satanás —sacudí la cabeza—. ¿Hay puerta de atrás?

—Sí.

—Bien. Coge tus cosas y vámonos.

Butters gesticuló en la mesa de análisis.

—Pero ¿y qué pasa con Eduardo? Me mordí el labio.

—¿Has averiguado algo?

—No mucho —dijo—. Lo atropelló un coche, sufrió un traumatismo severo y murió.

Fruncí el ceño y me acerqué al cadáver.

—Tiene que haber algo más. Butters se encogió de hombros.

—Si lo hay, no lo veo.

Fruncí el ceño mientras miraba aquel muerto. Era un espécimen terriblemente delgado. Le habían abierto el abdomen con una incisión en forma de i griega. Había mucha sangre y carne grisácea de lo más desagradable. Protuberancias de un hueso roto y dentado sobresalían por la piel de una pierna. Tenía una mano hecha papilla. Y su cara...

Se me hizo familiar. Lo reconocí.

—Butters —le dije—, ¿cómo se llamaba este chico?

—Eduardo Mendoza.

—Su nombre completo —le dije.

—Ah. Eh... Eduardo Antonio Mendoza.

—Antonio —dije—. Es él. Es Tony.

—¿Quién? —preguntó Butters.

—Bony Tony Mendoza —dije nervioso—. Es un contrabandista.

Butters levantó la cabeza para mirarme.

—¿Un contrabandista? Supongo que no será como Han Solo.

—No. Es un bolero.

—¿Y eso qué es?

Gesticulé con la cabeza.

—Cuando era niño pasó un tiempo trabajando en una feria ambulante como tragasables. Hasta hace poco llenaba globos con joyas o drogas, o lo que fuera que quisiera vender y que tuviera un tamaño relativamente pequeño. Luego se tragaba el globo con una cinta atada y lo aguantaba con la boca, entre dos muelas del fondo, y cuando estaba a salvo tiraba de la cinta para arriba.

—Eso es estúpido —dijo Butters, pero volvió al cuerpo y curioseó por dentro de la boca. Movié una lámpara elevada de trabajo y dirigió la luz a los dientes de Bony Tony—. Joder, ahí está.

Estuvo intentando pescarlo durante un rato y, mientras, me acerqué a por mi

bastón, que permanecía detrás de la puerta. Miré a Butters y vi que sacaba, de la boca del cadáver, un condón amarillento cerrado con cuerda de cometa alrededor.

—¿Qué tiene dentro? —pregunté.

—Espera.

Butters rompió el condón por la mitad con un bisturí y extrajo un pequeño rectángulo de plástico oscuro, del tamaño de un llavero.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté.

—Es un lápiz de memoria USB —dijo él, confundido.

—¿Un qué?

—Lo enchufas a un ordenador y puedes almacenar datos para poder trasladarlos a otras máquinas.

—Información —dije frunciendo el ceño—. Bony Tony estaba trapicheando con información. Algo que Grevane necesitaba saber. Tal vez los que están en la puerta también la quieran. Quizás lo hayan asesinado por eso.

—¡Uf! —dijo Butters.

—¿Puedes leer la información? —le pregunté.

—A lo mejor —dijo—. Puedo probarlo en un ordenador.

—Ahora no —le dije—. No tenemos tiempo. Tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se han puesto mucho más peligrosas.

—¿Ah, sí? —Butters se mordió el labio—. ¿Por qué?

—Porque —le dije— Bony Tony trabajaba para John Marccone.

El señor Johnnie Marcone era el hombre más poderoso del submundo criminal de Chicago. Cualquier empresa ilegal de allí abajo, o estaba dirigida por Marcone o le había pagado por el privilegio de operar en su territorio. Bony Tony había pasado un tiempo en una penitenciaría federal por narcotráfico y después de eso había cambiado de ambiente, a otro más políticamente correcto. Básicamente se dedicaba al negocio de todo tipo de bienes robados, desde joyas hasta muebles.

No estaba seguro de dónde estaría situado Bony Ton y en la jerarquía criminal, pero Marcone no era el tipo de persona que se tomaría a la ligera el asesinato de uno de sus hombres, no sin su consentimiento, claro. Marcone se enteraría pronto de la muerte de Bony Tony, si no lo había hecho ya. Se implicaría en uno u otro de los bandos, y la mejor forma de coger a quien hubiese asesinado a Bony Tony sería haciéndose con lo que quiere el asesino.

Tenía que llevarme a Butters a algún sitio seguro, cuanto antes. Pero hasta que averiguase qué contenía ese aparato que almacenaba, no podría juzgar qué sería seguro para él y qué no.

—Harry —dijo Butters repitiéndose.

Parpadeé un par de veces.

—¿Qué?

—¿Quieres guardar esto? —dijo con el mismo tono y se acercó a mí ofreciéndome la bolsita de plástico.

—¡No! —dije bruscamente y me alejé de él—. Butters, aleja eso de mí.

Se quedó paralizado en el sitio, mirándome, con expresión confundida y dolida.

—Lo siento.

Cogí aire. ¿Dónde estaba mi concentración? Este no era el momento para dejarme llevar por pensamientos en bucle, no importaba que influyesen en las circunstancias.

—No lo sientas —le dije—. Escucha, ¿dentro de esa cosa hay algún mecanismo de movimiento interno?

—Sí.

—Entonces no lo tocaré —le aseguré—. ¿Recuerdas cómo estaban de fastidiadas mis radiografías?

Asintió.

—Te refieres a que podrías estropear también la información que hay aquí.

—Cuando empecé a trabajar con la magia ni siquiera podía manipular cintas de casete —le dije—. Después de un tiempo se disipaban con electricidad estática. La banda magnética de mi tarjeta de crédito dejaba de funcionar en un día o dos.

Butters se mordió el labio inferior y asintió lentamente.

—Los datos del lápiz de memoria son aun más frágiles que una banda magnética.

La situación que describes podría explicarse si alrededor de ti hubiese algún tipo de campo errático electromagnético. Todos los cuerpos humanos emiten un único campo de energía electromagnética. Podría ser algo parecido a la duplicación de tus células, que tu campo sea más...

—Butters —le dije—, ahora no tenemos tiempo para eso. Lo importante es que yo no llegue a tocar ese juguete. —Fruncí el ceño pensando en alto—. Y tampoco lo podemos llevar a mi casa. Los conjuros dejan la magia fuera, pero también la mantienen dentro. Probablemente se freiría si se queda en mi casa durante mucho tiempo. Incluso sería peligroso trabajar con mucha energía cerca de eso.

—Bueno, esto sí es una tontería —dijo Butters—. Quiero decir, ¿a quién se le ocurre almacenar una información vital para los magos en una cosa que se destruirá en cuanto esté cerca de uno?

—No es una tontería si quieres vendérsela a un mago y te preocupa que el mago pueda acabar contigo directamente en vez de negociar de buenas maneras —afirmé.

Butters miró al cadáver y luego a mí.

—¿Crees que Grevane mató a Bony Tony?

—Sí —le dije—. Pero creo que Grevane sabía que él solo no podría conseguir la información de ese lápiz de memoria.

Butters tragó saliva.

—Lo que explica por qué me necesitaba.

—Sí —me mordí el labio durante un segundo y dije—: Vuelve a meter a Bony Tony en el congelador. Nos vamos.

Butters asintió y volvió a la mesa de análisis. Extendió la sábana por encima del cadáver para cubrirlo.

—¿Adónde?

—¿Puedes leer esa cosa aquí?

—No —dijo Butters—. Este ordenador es muy antiguo. No tiene los puertos necesarios. Tal vez podamos ir a una de las otras oficinas...

—No. ¡Tenemos que irnos de aquí ya!

—Podríamos ir a mi casa —propuso Butters.

—No. Estoy seguro de que Grevane tendrá esa zona vigilada. ¡Mierda!

—¿Mierda por qué?

—Porque no tenemos muchas opciones y eso significa que tenemos que ir a un sitio al que no quería ir.

—¿Adónde?

—A casa de un amigo. Vamos.

—Vale —dijo Butters y se dirigió rápidamente a su atuendo de polca. Le arrancó un par de piezas. Los platillos tintinearono uno contra otro.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté—. Tenemos que irnos.

—No voy a dejarlo aquí con sabe Dios lo que se avecina —dijo Butters.

Resopló y se puso una correa por encima del hombro torpemente. El bombo redobló.

—Sí, vas a dejarlo —le dije—. No podemos llevarnos eso. No tenemos tiempo. Butters se giró y me miró con cara afligida.

El estúpido atuendo de polca ocupaba toda la parte trasera del todoterreno. Era difícilísimo moverlo sin hacer un montón de ruido, pero al final conseguimos escaparnos por la parte de atrás del instituto forense y huir limpiamente. Miré la carretera que quedaba a nuestras espaldas hasta que estuve seguro de que nadie nos seguía. Luego me dirigí a la zona del campus, al apartamento de Billy.

Nos metimos en el aparcamiento del edificio, me asomé y grité:

—¡Hola!

Un joven, con brazos y piernas demasiado largos para su tronco, apareció por detrás de una esquina del edificio con el gesto torcido. Llevaba puesto un chándal, una camiseta y unos náuticos. El vestuario propio de un hombre lobo para poder quitárselo rápidamente llegado el momento. Se apartó un mechón de pelo negro de los ojos y se apoyó en la puerta del todoterreno.

—Hola, Harry.

—Kirby —le saludé—, este es mi amigo Butters.

Kirby saludó a Butters con la cabeza y me preguntó:

—¿Me habías visto?

—No, pero Billy siempre tiene a alguien vigilando cuando las cosas están tensas. Kirby asintió con expresión seria.

—¿Qué necesitas?

—Que aparques esto por mí, yo no hago más que chocar con todo.

—Claro. Billy y Georgia están arriba.

Butters y yo salimos del coche.

—Gracias, tío.

—De nada —dijo Kirby. Se subió al todoterreno y frunció el ceño. Miró alrededor a todas las puertas.

«La puerta está entreabierta», dijo el salpicadero.

—No se calla nunca —le expliqué.

—Al final se acaba volviendo muy zen —dijo Butters alegremente—. La vida es un viaje. El tiempo es un río. La puerta está entreabierta.

Kirby lo miró escépticamente. Agarré a Butters por los hombros, lo arrastré dentro del edificio y lo subí hasta el apartamento.

Billy abrió la puerta antes incluso de que llegáramos a ella y miró hacia fuera expectante. Se echó hacia un lado dejándonos paso y analizó el descansillo de lado a

lado.

—¿Qué hay, Harry?

El apartamento era el típico piso universitario: pequeño, un par de dormitorios, nada colgando en las paredes, muebles no muy caros ni muy difíciles de mover y equipado con un mueble para la televisión repleto de toda clase de aparatos para el entretenimiento. Georgia estaba sentada en el sofá leyendo un ejemplar de una montaña de libros médicos. Entré e hice las presentaciones.

—Necesito un ordenador —le dije a Billy.

Levantó una ceja.

Moví la mano lentamente.

—Explícaselo, Butters.

Butters sacó el lápiz de memoria del bolsillo y se lo enseñó a Billy.

—Algo con un puerto USB.

Georgia se extrañó y preguntó.

—¿Qué hay ahí dentro?

—No estoy seguro —le dije—. Necesito saberlo.

Asintió.

—Será mejor que use el que está en la pared del fondo de la habitación de los ordenadores, Will. Cuanto más lejos de Harry, mejor.

—¡Cuánto amor! —suspiré. Señalé la mesita que había al lado de la puerta y pregunté—: ¿Puedo hacer un par de llamadas mientras espero?

—Claro. —Billy se giró hacia Butters y le dijo—. Por aquí.

Fueron a uno de los dormitorios. Georgia volvió a su libro. Cogí el teléfono.

El teléfono sonó en mi casa unas doce veces antes de que nadie descolgara y, de repente, Thomas arrastró las palabras:

—¿Qué?

—Soy yo —le dije—, ¿estás bien?

—Estaba bien. Estaba durmiendo. El estúpido de Ratón me ha despertado para que coja el teléfono.

—¿Ha habido algún visitante? ¿Alguna llamada?

—No y no —dijo.

—Duerme un poco más —le dije.

Refunfuñó y colgó.

Acto seguido llamé a mi contestador automático. No hacia mucho habían cambiado el servicio y ahora estaba todo automatizado. No me fiaba excesivamente de todo aquello y mi desconfianza era un sentimiento completamente lógico. Aunque sabía que mis problemillas con la tecnología no tendrían tanto alcance como para cruzar toda la ciudad por los cables del teléfono, no podía depositar toda mi fe en aquel sistema. Preferiría mil veces que fuese una persona quien atendiese los

mensajes, pero claro, sería demasiado caro mantener trabajadores atendiendo los teléfonos cuando la grabación de voz puede hacer todo el trabajo. Presioné los botones y solo tuve que probar dos veces con todas las opciones del menú antes de conseguirlo.

Piiiiiiii.

—Harry, soy Murphy. Llegamos bien a Hawái y no hubo ningún problema con el hotel, así que si necesitas algo ya tienes los teléfonos de contacto que te di. Te volveré a llamar en un par de... —Un grito muy agudo cortó su frase—. ¿Puedes parar? —preguntó. En su voz había más alegría que enfado—. Estoy hablando por teléfono. En un par de días, Harry. Gracias por ocuparte de mis pantis. Uy, de mis plantas, plantas.

Piiiiiiii.

Me pregunté por qué habría dado Murphy un chillido tan agudo y por qué habría tenido ese lapsus línguae. Me pregunté también porqué me habría dejado un mensaje en vez de llamarme a casa. Probablemente por nada. A lo mejor no había querido despertarme o algo así. Sí. Seguro que lo había hecho pensando en mí.

Piiiiiiii.

—Harry, soy Mike. El Escarabajo estará listo al mediodía.

Piiiiii.

Bendito sea mi mecánico, Mike. Como me vuelvan a forzar las puertas del coche voy a tener que cargarme algo.

Piiiiiiii.

—¡Oh! —exclamó una voz de mujer joven—. ¿Señor Dresden? Soy Shiela Starr. Nos conocimos en Bock Ordered Books la otra noche. —Se oía su respiración agitada—. Me preguntaba si podría robarle unos minutos de su tiempo. Ha habido... bueno, no estoy muy segura, pero... creo que algo va mal. Aquí en la tienda, quiero decir. —Se le escapó una carcajada que reveló ansiedad y cansancio—. Ay, Dios, le va a parecer una locura, pero la verdad es que me gustaría hablar con usted. Estaré en la tienda hasta el mediodía. Si no, puede llamarme a mi apartamento. —Me dio el número—. Aunque espero que pueda pasarse por la tienda. Le estaría muy agradecida.

Piiiiiiii.

Me di cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Shiela no lo había dicho claramente, pero parecía muy asustada. No es que me sorprendiera, teniendo en cuenta que probablemente habría visto lo que había pasado en la puerta de la tienda de Bock la noche anterior, pero me incomodó sentir el miedo en su voz. O tal vez sería más correcto decir que no estoy cómodo cuando siento el miedo en la voz de cualquier mujer.

No es culpa mía. Ya sé que es sexista y machista, y que es algo retrógrado, pero

odio cuando les pasan cosas malas a las mujeres. No quiero que se me malinterprete, detesto que le pasen cosas malas a cualquier persona, pero cuando una mujer está en peligro, lo odio de una manera irreflexiva, profunda, primaria e injustificable que roza la locura. Las mujeres son unas criaturas hermosas y, joder, disfruto sabiendo que están a salvo y me gusta tratarlas con cortesía y modales anticuados. Creo que es algo bueno. Me ha perjudicado más de una vez pensar así, pero eso no va a hacer que cambie.

Shiela era una chica y tenía miedo. Por lo tanto, si quería quedarme tranquilo tendría que ir a hablar con ella.

Miré el reloj. Las once. Todavía estaría en la tienda.

Marqué un número más y me salió un contestador automático sin ningún mensaje, solo un tono:

—Soy Dresden —le dije a la máquina—. Tenemos que hablar.

Butters y Billy reaparecieron. Colgué el teléfono y les pregunté:

—¿Y bien?

—Números —dijo Billy.

—¿Puedes ser más específico? —pregunté.

Butters sacudió la cabeza.

—Es difícil ser más específico que eso. En el lápiz solo había un archivo y estaba vacío. La única información estaba en el nombre del archivo y no era más que un número. —Me ofreció un trozo de papel en el que había trazado, con su picuda escritura, una serie de números. Los conté. Había dieciséis—. Solo eso.

Cogí el papel y leí los números.

—Esto es aparatosamente inútil.

—Sí —dijo Butters tranquilo.

Me masajé la nariz.

—Bien, déjame pensar. —Intenté priorizar. Grevane estaba por ahí fuera buscando a Butters. Tal vez Marcone también. Y puede que, para rematar la jugada, también estuvieran tras él los dos asistentes del doctor—. Butters, tienes que volver a resguardarte bajo mis hechizos.

Parpadeó mirándome.

—Pero ¿por qué? Me estaban buscando para poder hacerse con la información. Ahora ya no les sirvo para nada.

—Tú y yo lo sabemos, pero ellos no.

—Ah.

—Billy —le dije—, por favor, ¿podrías llevar a Butters a mi casa?

—Sin problema —me dijo—. ¿Y qué hay de ti? ¿No vas a necesitar ruedas?

—El Escarabajo ya está listo. Cogeré un taxi.

—Te puedo dejar de camino —se ofreció Billy.

—No. Está en dirección contraria a mi apartamento y Butters necesita estar allí lo antes posible. Da un par de vueltas a la manzana antes de dejarlo y asegúrate de que nadie esté vigilando la puerta.

Billy sonrió.

—Ya sé cómo funciona esto.

—No intentes abrir la puerta tú, Butters. Llama y espera a que lo haga Thomas.

—Vale. —Butters se mordió el labio un poco—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Cosas de detectives. Tengo sitios a los que ir y personas a las que ver. Y con un poco de suerte, ninguno de ellos intentará matarme.

16

El apartamento de Billy estaba solo a dos manzanas de Bock Ordered Books y, aunque podría haber ido por los callejones para llegar antes, fui por las calles principales, por donde más gente había. No vi que nadie me estuviese siguiendo, pero si fueran lo suficientemente buenos, o si estuviesen utilizando velos para ocultar su presencia, por supuesto que podría no haberlos percibido. Mantuve el bastón en mi mano derecha y me aseguré de que mi brazalete escudo estuviese preparado, en caso de que alguien intentase alguna variante del típico asesinato por atropello. Ya había sobrevivido a aquella práctica, pero los clásicos nunca pasan de moda.

Llegué a la tienda de Bock de una pieza y no me pareció que nadie se hubiese fijado mucho en mí. Me sentí un poco rechazado, pero me reconfortó la idea de que en aquella ciudad había por lo menos media docena de personas empeñadas en poner mi vida en peligro. Más incluso si contamos a Mavra, que técnicamente no era una persona.

Bock no había abierto la tienda hasta las once, así que fui la primera persona que apareció. Me quedé quieto frente a la entrada. Dos de las ventanas de la tienda y el panel de cristal de la puerta no estaban y habían sido sustituidos por unas láminas de contrachapado. A Bock le había ido mejor que a los del comercio de al lado, que no les había quedado ningún cristal en pie. Sin duda, aquel destrozo era el resultado de los objetos voladores que salieron despedidos durante mi conversación con Cowl y su compinche. Entré.

Bock estaba en su sitio detrás del mostrador y parecía cansado. Levantó la vista cuando oyó las campanillas de la puerta. Cuando me vio le cambió la cara y una expresión reservada hizo aparición.

—Bock —le dije—, ¿se quedó aquí toda la noche?

—Inventario de fin de mes —dijo. Hablaba con miramientos pero estaba tranquilo—. Y también estuve reparando las ventanas. ¿Qué necesita?

Miré alrededor. Shiela apareció de detrás de las estanterías del fondo de la tienda. Parecía nerviosa. Al verme resopló y luego sonrió tímidamente.

—He venido a hablar —le dije a Bock y saludé a Shiela con la cabeza.

Él la miró y luego me miró a mí de nuevo, con el ceño fruncido.

—Dresden, hay algo que debo decirle.

Levanté una ceja.

—¿Qué pasa?

—Escuche, no quiero que se enfade.

Apoyé el bastón.

—Venga, Bock, me conoce desde que llegué a la ciudad. Si hay algún problema no me voy a enfadar porque me lo diga.

Cruzó sus robustos brazos encima de la barriga y dijo:

—No quiero que vuelva por mi tienda.

Aflojé mi bastón un poco más.

—Ah.

—Es una persona decente. Nunca se ha lanzado a mi cuello como esos otros chicos del Consejo. Ha ayudado a la gente de por aquí. —Cogió aire e hizo un discreto gesto hacia los parches de contrachapado de la fachada—. Pero ahora está metido en líos. Y lo persiguen a dondequiera que va.

Tenía toda la razón. No dije nada.

—No todo el mundo le puede tirar un coche encima a alguien que lo está atacando —prosiguió Bock—. Tengo familia. El mayor está en la universidad. No puedo permitir que me destrocen el negocio.

Asentí. Entendía la postura de Bock. Es espantoso sentirse impotente frente a un gran poder, pero más doloroso es que te digan que no te quieren en un sitio.

—Mire, si necesita algo, llámeme. Se lo pediré o lo cogeré de nuestras estanterías para usted. Y Will o Georgia pueden venir a buscarlo. Pero...

—Vale —le dije. Sentí cómo se me secaba la garganta.

El rostro de Bock se puso colorado. No me miraba a la cara, miraba a la puerta destrozada.

—Lo siento.

—No se disculpe —le dije—. Lo entiendo. Perdone por lo de su tienda.

Asintió.

—Me quedaré solo un minuto y luego me iré.

—Vale —dijo.

Crucé los pasillos para llegar hasta Shiela y la saludé al verla.

—Recibí tu mensaje.

Shiela llevaba la misma ropa que la noche anterior, aunque más arrugada. Se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió formando un par de ángulos rectos con unos bolígrafos. Con el pelo así, dejaba a la vista las líneas pálidas y limpias de la mandíbula y la garganta, e hizo que volviera a quedarme absorto en las ganas de recorrer su piel con mis manos para comprobar si estaba tan suave como parecía.

Miró a Block, luego me sonrió y me tocó el brazo con la mano.

—Siento que te haya dicho eso. No es justo.

—Sí. Es justo. Tiene derecho a protegerse y a proteger su negocio —le dije—. No lo culpes.

Inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando mi cara.

—Pero aun así es doloroso, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Un poco. Sobreviviré. —Las campanillas de la puerta sonaron en la parte de

delante cuando entró otro cliente. Volví a mirar a Bock y suspiré—. Mira, no quiero permanecer aquí mucho tiempo. ¿Qué necesitas?

Se separó de la cara unos mechones de pelo que se le habían escapado del recogido.

—Bueno... es que... viví una experiencia muy rara la otra noche. Levanté las cejas.

—Continúa.

Cogió un pequeño montón de libros y empezó a colocarlos en la estantería mientras hablaba.

—Después de toda la agitación, me volví a la parte trasera a hacer inventario y el señor Bock se fue a buscar contrachapado para poner en las ventanas. Me pareció haber oído las campanillas, pero cuando miré no había entrado nadie.

—Ajá —asentí.

—Pero... —Frunció el ceño—. ¿Conoces la sensación que tienes cuando llegas a una casa que está vacía y sabes que está vacía? ¿Cuándo sabes a ciencia cierta que está vacía?

—Claro —dije. La miré mientras se ponía de puntillas para colocar un libro en la parte más alta de la estantería. Se le levantó un poco el jersey y vi cómo se le movían los músculos bajo una línea de piel pálida en la parte baja de su espalda.

—No sentía que la tienda estuviese vacía —me dijo y observé que temblaba—. No llegué a ver a nadie, no escuché a nadie, pero estaba segura de que aquí había alguien. —Me miró avergonzada—. "Estaba tan nerviosa que no pude pensar con claridad hasta que salió el sol.

—¿Y luego qué? —le pregunté.

—Me fui y me sentí un poco tonta, como si fuera una niña pequeña. O uno de esos perros que se quedan mirando al aire fijamente y gruñendo cuando en realidad no hay nada.

Sacudí la cabeza.

—Los perros no se quedan mirando y gruñendo cuando no hay una razón. A veces perciben cosas que las personas no pueden sentir.

Frunció el ceño.

—¿Crees que había algo aquí?

No quería decirle que creía que una vampira de la Corte Negra había estado paseándose de forma invisible por la tienda. Joder, y ya que estamos, ni siquiera yo quería pensar en ello. Si Mavra fuese por allí, no habría nada que Shiela o Bock pudiesen hacer para defenderse.

—Creo que no sería ninguna tontería que te fiases de tus instintos —le dije—. Tienes un pequeño talento. Es posible que estuvieses sintiendo algo demasiado débil y que no pudieses explicarlo de otra manera.

Colocó el último libro y se dio la vuelta para mirarme. Parecía cansada. El miedo le había dado una expresión enferma y contraída.

—Aquí había algo —susurró.

—Tal vez —le dije asintiendo.

—Ay, Dios. —Se agarró el estómago con las dos manos—. Creo que... voy... voy a vomitar.

Apoyé mi bastón contra la estantería y le puse la mano en el hombro tranquilizándola.

—Shiela, coge aire y respira. Ya no está aquí.

Levantó la mirada. Tenía cara de pena y los ojos le brillaban y parecían húmedos.

—Lo siento. Quiero decir, tú no necesitas esto ahora. —Se frotó los ojos y los cerró con fuerza. Derramó más lágrimas—. Lo siento.

Ay, Dios. Lágrimas. Muy bien hecho, Dresden, aterrorizando a la dama que venías a tranquilizar. Atraje a Shiela hacia mí y se apoyó agradecida. Le rodeé los hombros con mi brazo y dejé que se apoyara en mí durante un minuto. Tembló en silencio derramando lágrimas durante un rato más y finalmente se recompuso.

—¿Te pasa mucho esto? —me preguntó en voz baja, gimoteando.

—La gente se asusta —susurré—. No hay nada de malo en ello. Hay cosas ahí fuera que dan mucho miedo.

—Me siento una cobarde.

—No deberías —le dije—. Lo único que significa es que no eres idiota.

Se incorporó y dio un paso hacia atrás. Le habían salido unas manchitas en la cara. Algunas mujeres están preciosas cuando lloran, pero Shiela no era una de ellas. Se quitó las gafas y se secó los ojos.

—¿Qué hago si me vuelve a pasar?

—Díselo a Bock e id a algún sitio público —le dije—. Llamad a la policía o, aún mejor, llamad a Billy y a Georgia. Si la presencia que sentiste fue la de algún depredador, no se quedará por aquí si sabe que ha sido localizado.

—Hablas como si ya te hubieses encontrado con alguno antes —me dijo.

Sonreí.

—Tal vez una o dos veces.

Me sonrió y, con cara de agradecimiento, me dijo:

—Debe de ser muy solitario hacer lo que tú haces.

—A veces —contesté.

—Ser siempre tan fuerte, cuando los otros no pueden. Es... bueno, es algo heroico.

—Es algo «idiótico» —le dije con voz seria—. El heroísmo no está muy bien pagado. Intento tener sangre fría y pensar solo en el dinero, pero siempre acabo cagándola.

Se rió.

—La cagas cuando intentas vivir según tus ideales, ¿eh?

—Nadie es perfecto.

Volvió a inclinar la cabeza y le brillaron los ojos.

—¿Hay alguien?

—Solo tú.

—No me refiero a si hay alguien aquí, quiero decir si estás con alguien.

—Ah —dije—. No. La verdad es que no.

—Si te pregunto si te apetece salir a cenar conmigo, ¿te parecería demasiado directa y agresiva?

Parpadeé.

—¿Te refieres... como una cita?

Su sonrisa se amplió.

—Me refiero... en plan... como... como una mujer, ¿no?

—¿Qué? —pregunté—. Ah, sí, claro, me gustan las mujeres.

—Qué coincidencia, resulta que yo soy una mujer —dijo. Y volvió a tocar mi brazo—. Y como parece que no voy a tener oportunidad de coquetear contigo en el trabajo, me pareció que sería mejor preguntarte directamente. ¿Eso es un sí?

La idea de una cita me parecía lo menos oportuno en estos momentos. Pero a la vez me parecía una buena idea. Quiero decir, hacía tiempo que ninguna chica se interesaba por mí de una manera no profesional.

Bueno, una chica humana, claro. La única que se acercaba un poco estaba en Hawái con otra persona, riéndose y pensando en pantis. Podría ser muy agradable pasar un rato por ahí hablando e interactuando con una chica atractiva. Solo Dios sabe lo bien que estaría pasar un rato con ella en mi abarrotado apartamento.

—Es un sí —le dije—. Ahora mismo estoy un poco ocupado...

—Toma —me dijo. Sacó de su bolsillo un rotulador negro y me cogió la mano derecha. Escribió unos números bien marcados.

—Llámame aquí. Puedes llamarme esta noche y podemos pensar cuándo nos viene bien.

Dejé que hiciese aquello, me pareció divertido.

—Vale.

Volvió a tapar el bolígrafo y me miró sonriendo.

—Vale entonces. Cogí mi bastón.

—Shiela, escucha, no me acercaré por la tienda, respetaré los deseos de Bock, pero hazle saber que si necesita ayuda, todo lo que tiene que hacer es llamarme.

Sacudió la cabeza sonriendo.

—Eres una persona decente, Harry Dresden.

—No lo digas por ahí —le dije y me giré hacia la puerta.

Me quedé petrificado.

En la puerta delantera de la librería, frente al mostrador de Bock, estaban Alicia y el necrófago, Li Xian.

Di un paso hacia atrás, hacia donde estaba Shiela y la empujé hacia la parte de atrás de una de las estanterías.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Silencio —le dije. Cerré mis ojos y Escuché.

—Solo una pregunta —estaba diciendo Alicia—, ¿quién lo compró?

—No les sigo la pista a mis clientes —contestó Bock. Su voz era educada pero había un deje de dureza—. Lo siento pero no tengo esta información. Por aquí viene mucha gente.

—¿En serio? —preguntó Alicia—. ¿Y cuántos de ellos vienen a comprarle ejemplares tan raros y tan caros?

—Le sorprendería.

Alicia se rió de manera desagradable.

—¿De verdad que no piensa darme esa información?

—No la tengo —dijo Bock—. Las dos copias se vendieron ayer. Los dos eran hombres, uno mayor y otro más joven. No recuerdo más que eso.

Oí unos pasos y la voz de Li Xian:

—A lo mejor necesita un poco de ayuda para recordar.

Escuché que le quitaban el seguro a dos recortadas.

—Hijo —dijo Bock con el mismo tono de voz—, será mejor que se aleje de este mostrador y se vaya de mi tienda ahora mismo.

—Parece que el bueno del tendero ya se ha posicionado en este asunto —dijo Alicia.

—Se confundes, señorita —dijo Bock—. Esta tienda es mía. No doy información y no tomo partido. Si tuviera una tercera copia se la vendería a ustedes. No la tengo, así que márchense de aquí, por favor.

—Creo que no nos está entendiendo —dijo Alicia—. No me voy a ir de aquí hasta que tenga la respuesta a mi pregunta.

—Creo que ustedes no me están entiendo a mí —contestó Bock—. Tengo una pistola del calibre diez bajo el mostrador. Está cargada, preparada y les apunta a la barriga.

—¡Vaya por Dios! —dijo divertida Alicia—. Una pistola, Xian, ¿qué vamos a hacer?

Apreté los dientes. Bock me había pedido que me mantuviese alejado y aun así estaba dando la cara por mí y protegiendo mi identidad. Y eso que sabía perfectamente que las dos personas que tenía delante eran peligrosas.

Eché un vistazo. La puerta que llevaba a la parte de atrás estaba abierta.

—La puerta de atrás —le dije a Shiela en un susurro—, ¿está cerrada?

—No desde dentro.

—Ve a la habitación del fondo y quédate en la oficina —le dije—. Colócate en el suelo y quédate allí. ¡Ahora!

Me miró con los ojos muy abiertos. Me palpé el bolsillo del abrigo. El libro seguía allí, al lado de mi 44. Los necrófagos eran muy difíciles de matar. No tenía ni idea de lo que era Alicia, pero me apostaba lo que fuese a que no era una simple asistente académica. Para que una criatura como Li Xian la tuviese respeto y obedeciese sus órdenes, debía jugar en una liga superior. Sería una idea de lo más estúpida intentar atacar.

Pero eso no importaba. Si no hacía algo se iban a poner muy desagradables con Bock. Puede que Bock no fuese un compañero fiel que estuviese a las duras y a las maduras precisamente... Pero era lo que era: un tendero honrado que no quería involucrarse en las batallas del mundo sobrenatural ni comprometer sus principios.

Si no intervenía, acabaría herido por intentar protegerme.

Salí de detrás de la estantería y me dirigí hacia la parte delantera de la tienda.

Bock estaba sentado en su sitio detrás del mostrador. La mano que tenía a la vista tenía el puño cerrado, apretado con fuerza, y los nudillos se le habían puesto pálidos, la otra permanecía bajo el mostrador. Alicia y Li Xian estaban de pie frente a él. Ella parecía tranquila. El necrófago estaba encorvado en posición ansiosa, con las rodillas levemente flexionadas y los brazos colgando relajados.

—Tendero, se lo voy a preguntar por última vez —dijo Alicia—, ¿quién compró el último ejemplar de *Die Lied der Erlking*? —Levantó la mano izquierda, sus dedos expulsaron un cálido resplandor y, con un susurro, dijo—: Quiero su nombre.

Desenfundé toda mi fuerza, levanté el bastón y grité:

—¡*Forzare!*

Las runas del bastón se encendieron y desprendieron una luz roja. Se escuchó un ruido infernal y algo parecido a una tormenta eléctrica se desató, una fuerza pura, invisible y sólida salió del extremo de mi bastón. Golpeó los libros de las estanterías a mi paso hasta sacudir el pecho del necrófago. La fuerza lo levantó y lo golpeó contra el contrachapado de la puerta. Atravesó la pared sin aminorar la velocidad. Cruzó la acera y chocó con la pared del edificio de enfrente, produciendo un crujido.

Alicia se giró hacia mí sorprendida y con los ojos como platos.

Yo seguía de pie con las piernas ligeramente abiertas. El brazalete escudo lo llevaba en la mano izquierda, vibraba con fuerza y expulsaba una lluvia de chispas blancas y azules. El bastón ardió, desprendiendo olor a madera fresca quemada, y las runas resplandecieron con luz roja en la oscuridad de la tienda. Apunté con él a Alicia.

—Su nombre —repliqué— es Harry Dresden.

—Tú —le reproché a Bock apuntándolo también con el extremo del bastón—, tú, rata de alcantarilla, ibas a venderme. Ahora tendré que matarte.

Desde la ventaja que le daba la posición en la que se encontraba Bock, por detrás del rizado pelo de Alicia, parpadeó observándome con cara de confusión. Lo miré fijamente, sin dejar que nada en mi expresión me delatase ante la mirada de la chica. Si intentaba proteger a Bock solo conseguiría que a ella le entrasen más ganas de acabar con él. Si lo amenazaba, perdería importancia ante la nigromante y su esbirro. Era lo mejor que podía hacer para protegerlo.

Bock lo entendió. Por su cara pasaron sutiles expresiones de comprensión, miedo y culpa. Me hizo un gesto de agradecimiento.

—Bueno, bueno —dijo Alicia. No se había movido más que para mirarme—. Nunca había oído nada de ti, pero debo admitir que sabes cómo hacer una entrada, Harry Dresden.

—Fui a clase —le dije.

—Dame el libro —contestó ella.

—¡Ja! —le dije—. ¿Por qué?

—Porque lo quiero —espetó.

—Lo siento. Es el regalo de Navidad más solicitado de este año —le dije—. Tal vez puedas encontrarlo en la reventa del aparcamiento o algo así.

Inclinó la cabeza. Los dedos de su mano seguían expulsando un brillo, como el calor que desprende el asfalto.

—¿Te estás negando?

—Sí, monina —respondí—. Me estoy negando, oponiendo, de hecho. Vamos, que no.

Abrió los ojos con ira y, bueno, ocurrió algo que no había visto jamás. La tienda se oscureció. No me refiero a que se fuera la luz. Se oscureció aun más. Surgió una sensación de bajeza, de temblor, que me sacudió levemente los globos oculares. Surgieron sombras de las esquinas y de las zonas tenebrosas de la tienda, como si fuera un montaje de fotografía secuencial de negruras crecientes. Según se fueron apoderando de la tienda, la sensación asquerosa y grasienta de frío también fue manando.

Cuando las sombras ya habían llegado hasta los cables de las lámparas de encima de la mesa, estas se convirtieron poco a poco en tinieblas. Llegó hasta la radio y la voz de Aretha Franklin se transformó en un susurro y se apagó lentamente. La tenebrosidad alcanzó la caja registradora, apagando sus luces, y se apoderó del ventilador del techo, deteniéndolo poco a poco. Las sombras crecieron y treparon sobre el cuerpo de Bock, que se puso pálido y empezó a temblar. Sacó la mano que

tenía bajo el mostrador para apoyarse e intentar mantenerse derecho.

El único sitio por el que no se extendió la sombra fue sobre mí. Se detuvo formando un círculo a mi alrededor. Tal vez a algo menos de dos metros de mí y de mis cosas. Mi fuerza Hellfire ardía en las runas de mi bastón y se hacía más brillante en la oscuridad. Las pequeñas chispas que desprendía mi dañado brazalete escudo ardían entre pequeños escondrijos de la penumbra en la que caían. En cuanto se me deslizaba un poco, ya empezaba a desprenderlas.

Era un tipo de energía que no había sentido antes. Normalmente, cuando alguien puede desprender un hechizo de este calibre detiene todo lo que ocurre a su alrededor, es una reacción violenta y activa. He visto magos que cargan el aire que los rodea con tanta electricidad que se les pone el pelo de punta; brujos que podrían reunir tanta luz en nubes con forma de piedras preciosas como para volar a su alrededor; otros cuyo dominio de la magia terrenal hace que la tierra se sacuda, literalmente; hechiceros que, con su magia, pueden envolverse a sí mismos en un fuego negro que quemaría con furia cruda y visceral cualquier cosa cercana.

Esto era diferente. El poder de Alicia, fuera lo que fuera, no había llenado la tienda. La había vaciado de una manera que me parecía no llegar a entender. Desprendía una quietud absoluta, aunque no tenía nada que ver con la sensación de paz o tranquilidad. Esa quietud era horrible, un vacío ávido, algo que hacía que su poder «no fuese». Era una sensación de vacío, comparable a la pérdida de un ser querido, al silencio que hay entre cada latido del corazón, a la inevitable desolación de la paciente espera que sufren las estrellas cuando se enfrían y dejan de quemarse. Era un poder absoluto mente distinto a los fuegos resplandecientes y vitales que se desprenden de la magia que yo conocía. Y era fuerte. Dios, era muy fuerte.

Empecé a temblar cuando me di cuenta de que todo lo que tenía no era suficiente para enfrentarme a aquello.

—No me gusta tu respuesta —dijo Alicia. Me sonrió con una expresión maligna. Tenía un hoyuelo en una mejilla. Campanas infernales, ¡un hoyuelo maligno!

Sentí cómo se me secaba la boca, pero mi voz sonó tranquila cuando salió de mi garganta.

—Qué pena. Si estás muy enfadada por no haber conseguido un ejemplar del libro, te recomiendo que la emprendas contra Cowl.

Se quedó mirándome sin saber qué cara poner durante un minuto y luego me preguntó:

—¿Estás con Cowl?

—No —le dije—. De hecho, la otra noche tuve que tirarle un coche encima cuando intentó quitarme el libro.

—Mentiroso —me dijo—. Si de verdad hubieras luchado contra Cowl, estarías muerto.

—Lo que tú digas —le contesté con tono aburrido—. Te voy a decir lo mismo que le dije a él: es mi libro y no te lo voy a dar.

Se mordió los labios con cara pensativa.

—Espera un momento. Tú estabas en el depósito de cadáveres. En la puerta principal.

—Ahora lo llamamos instituto forense.

Le brillaron los ojos.

—Lo encontraste. Conseguiste lo que Grevane no logró, ¿verdad?

Torcí la boca y no dije nada.

Alicia resopló.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—Qué gracia —le dije—. Grevane me dijo exactamente lo mismo.

Alicia dio un paso ansioso hacia mí.

—¿Lo rechazaste? ¿A él?

—No me gustaba su sombrero.

—Pareces tener sabiduría, a pesar de ser tan joven —me dijo—. Al fin y al cabo, él no es más que un perro que llora la muerte de su amo. Podría ponerse en tu contra en cualquier momento. La gratitud de Capiorcorpus, sin embargo, es eterna.

Capiorcorpus. La traducción rápida sería algo así como «el que toma cadáveres, o cuerpos». De repente pude hacerme una idea más clara de por qué Li Xian se había referido a Alicia como «su majestad».

—En el caso de que yo estuviese interesado en algún tipo de gratitud —dije—, ¿qué precio debería pagar?

—Tendrías que darme el libro —me dijo—. Dame la Palabra. Estarás a mi lado en el Darkhallow. A cambio te garantizo autonomía y un principado a tu elección cuando se establezca el nuevo orden.

No quería que se diese cuenta de que no tenía ni la más remota idea de lo que me estaba hablando, así que le solté:

—Es una oferta tentadora.

—Debería serlo —me dijo. Levantó la barbilla y sus ojos brillaron y mostraron una seguridad arrolladora—. El nuevo orden cambiará muchas cosas de este mundo. Tienes la oportunidad de ayudar a darle una forma que sea de tu agrado.

—¿Y si te digo que no? —le pregunté.

Me miró a los ojos directamente.

—Eres joven, Harry Dresden. Es una gran tragedia cuando un hombre con tu potencial muere antes de tiempo.

Separé la vista enseguida. Cuando un mago mira a otra persona a los ojos durante un rato largo ve dentro de ellos de una manera profunda y perturbadora. A esto se le conoce como la visión del alma. Si hubiera mantenido mi mirada en los ojos de

Alicia, alcanzaría una exploración cercana y personal de su alma y ella de la mía. No quería ver qué había detrás de aquella sonrisa con hoyuelos. Sabía que aquella seguridad tan perfecta en sus formas y en su expresión era algo más fuerte que egocentrismo galopante o convicción fanática. Era pura locura. Fuera lo que fuera Alicia, estaba tranquila y terriblemente loca.

Mi boca estaba cada vez más seca. Me temblaban las piernas y mis pies le pedían al resto de mi cuerpo que les permitiese echar a correr.

—Tendré que pensármelo.

—¡Cómo no! —dijo Alicia. En su cara se dibujó una expresión muy fea y su voz se endureció—. Considéralo. Pero da un solo paso desde donde estás y será lo último que hagas.

—Si me matas puede que consigas un ejemplar del libro, pero no obtendrás la Palabra —le dije—. ¿O estabas pensando que llevaría las dos cosas conmigo?

Cerró su puño derecho lentamente y la temperatura de la habitación bajó un par de grados.

—¿Dónde está la Palabra?

¿Y lo que me gustaría a mí saberlo?, pensé.

—Lo que te gustaría a ti saberlo —le dije—. Mátame ahora y no habrá Palabra. No habrá nuevo orden.

Abrió el puño.

—Puedo conseguir que me lo digas —me dijo.

—Si pudieras, ya lo habrías hecho, en lugar de quedarte ahí con cara de pánfila.

Empezó a dar pasitos hacia mí, sonriendo.

—Prefiero recurrir a la razón antes de destruir una mente. Es una actividad que, de alguna manera, resulta agotadora. ¿Estás seguro de que no preferirías trabajar conmigo?

Glup. La magia mental es una zona muy, muy, muy oscura de este arte. Todos los magos del Consejo Blanco que la practican han sido entrenados para defenderse de asaltos mentales. Este entrenamiento, en el mejor de los casos, ha alcanzado resultados superficiales. Después de todo, el Consejo lo convirtió en una especie de criba para ir borrando del mapa a todos los magos que violaran el santuario de otra mente. Es una de las reglas de la magia. Si los centinelas descubriesen a alguien practicándolo lo matarían y fin de la historia. No existía nada parecido a un experto en ese tipo de magia en el Consejo Blanco y, por lo tanto, el entrenamiento de defensa lo impartían auténticos principiantes.

Algo me decía que Alicia, la habitacadáveres, no era una principiante.

—Estás demasiado cerca —señalé con voz gélida.

Siguió acercándose, muy despacio, parecía divertirse con cada zancada.

—Es tu última oportunidad.

—¡Te lo estoy diciendo! —exclamé—. ¡Mantente alej...!

Antes de que pudiera terminar la palabra, tensó como un látigo los dedos de la mano izquierda, que seguían iluminados.

Sentí cómo me mareaba y de repente me encontré dentro de una tormenta. Un torbellino me atraía hacia aquella mujer. Mis pies empezaron a resbalar por el suelo. Me eché hacia atrás y di un grito. Levanté mi brazalete escudo y desprendió una llamarada azulada con forma de cúpula enfrente de mí. No conseguí nada. Nada en absoluto. El despiadado ciclón seguía tirando de mí hacia su mano extendida.

Entré en pánico y tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando. No había nada de viento. Al menos no físicamente. Los libros de las estanterías no se movían, ni siquiera mi guardapolvo. El escudo no podía ofrecerme protección sobre una amenaza que no era física en absoluto, así que dejé de sostenerlo para ahorrar energía.

Aquel vacío tan espeluznante no estaba dirigido a mi cuerpo. Estaba atacando mis pensamientos.

—Eso es —dijo Alicia.

Joder. Escuchaba lo que estaba pensando.

—Por supuesto, jovencito. Dame lo que quiero de una vez y te dejaré una buena parte de tu mente, suficiente como para que puedas alimentarte.

Apreté los dientes, ordenando mis pensamientos, mis defensas.

—Es demasiado tarde para eso, chico.

Y una mierda. Mis pensamientos se fusionaron en uno solo, una única imagen de una pared de granito lisa y gris. Construí la imagen de la pared en mi mente y luego la llené con toda la energía que había estado almacenando. Sentí un desconcierto repugnante durante un segundo y después la tormenta mental cesó tan abruptamente como había comenzado.

La cabeza de Alicia sufrió un tirón, como si alguien le hubiese dado una bofetada.

Me quedé mirándola, apretando los dientes y le pregunté:

—¿Es todo lo que tienes?

La habitacadáveres farfulló una perversa maldición, levantando la mano izquierda, y retorció los dedos como si su mano fuese una garra.

Sentí una aterradora presión contra la imagen de la pared que tenía en la mente. No era un simple soplo categórico ni una buena paliza psicológica, como había practicado en mis entrenamientos; en lugar de eso, era un peso gigantesco y firme, como si una marea repentina hubiese inundado todo y estuviese empujando la pared para echarla abajo.

Pensé que aquella presión se calmaría en un momento, pero se fue volviendo más y más difícil de soportar. Luché por mantener la imagen de la pared en su sitio, pero, a pesar de todo lo que lo intenté, unas grietas oscuras empezaron a aparecer y a

extenderse. Mis defensas se estaban desmoronando.

—Delicioso —dijo la habitacadáveres y su voz no desveló nada de tensión—. Un siglo después y les siguen enseñando a los jóvenes las mismas chorradas.

Vi movimiento detrás de la habitacadáveres y Li Xian apareció entre los restos que quedaban de la puerta de contrachapado. Tenía la mitad de la cara llena de bultos y mora tones, y parecía que un hombro se le había roto o dislocado. Le caía un chorro de sangre, fina y marrón verdosa, y se movía como sí sintiese mucho dolor. Pero había llegado hasta allí por sus propios medios y tenía la mirada alerta.

—Majestad —dijo Xian—, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente —musitó la habitacadáveres—. En cuanto obtenga su mente, el resto es tuyo.

Su cara deforme dio paso a una sonrisa que se extendió más de lo que darían de sí las facciones humanas.

—Gracias, majestad.

Mierda. Era el momento de largarme.

Pero mis pies no se movían.

—Ni te molestes, joven hechicero —dijo la habitacadáveres—. Si centras la atención en mover los pies, tu pared se caerá. Ábremela y ya está, pequeño. Sentirás menos dolor.

Ignoré a la nigromante e intenté pensar en otras opciones. Mis defensas mental se estaban viniendo abajo de verdad. Cualquier golpe de fuerza que invirtiese en mover mis piernas me colapsaría por completo las defensas. Tenía que quitarme encima aquella presión durante un momento, el tiempo suficiente para distraer a la habitacadáveres y poder salir de allí pitando. Pero teniendo en cuenta que apenas podía moverme, mis opciones eran bastante limitadas.

Una parte del muro empezó a resquebrajarse. Sentí cómo la habitacadáveres empezaba a colarse, era como el primer hilo de una marea negra.

Si quería vivir, tenía pocas alternativas.

Llevé mis pensamientos hacia las ardientes llamaradas de energía Hellfire, que salían de las runas de mi bastón, e intenté atraerlo al muro de mi mente para protegerme. Las grietas del sólido granito se rellenaron con lava encarnada. En el punto donde la marea negra presionaba, comenzó a oírse un silbido de agua hirviendo que fue convirtiendo la marea heladora en una nube de vapor.

La habitacadáveres dejó salir un grito ahogado y la presión en mis pensamientos desapareció.

Me di la vuelta tambaleándome, recuperé el equilibrio y corrí hacia la puerta de atrás.

—¡Atrápalo! —rugió la habitacadáveres a mi espalda—. ¡Tiene el libro y la Palabra!

Se oyó un virulento crujido desgarrador y la bestia de Li Xian aulló de forma inhumana.

Salí zumbando hacia la parte del fondo de la librería para escapar por la puerta de atrás. Abrí la tranca de un golpe y huí por el callejón de la parte trasera de la tienda. Oí dos pares de piernas corriendo detrás de mí y la habitacadáveres comenzó a corear en voz baja. La apocalíptica presión volvió a golpear mis pensamientos, pero esta vez ya estaba preparado y mis defensas se pusieron en sus puestos con más rapidez y con más seguridad. Pude seguir corriendo.

Corrí unos trescientos metros calle abajo cuando una bola de fuego explotó en mi gemelo derecho. Me caí al suelo controlando a duras penas mis defensas mentales. Solté el bastón y me agarré el gemelo, sentí como si algo de metal, muy afilado, se me hubiese clavado. Me corté un poco los dedos y aparté las manos. No veía nada bien, pero distinguí el reflejo del acero y mucha sangre. La habitacadáveres y el necrófago venían hacia mí.

No había ninguna manera de que pudiese utilizar algo de magia para detenerlos. No con toda mi energía concentrada en mantener a la habitacadáveres alejada de mi mente. No podría reducir al necrófago físicamente ya que, incluso herido, Xian era más rápido que yo.

Saqué mi 44 y disparé tres veces hacia el callejón. La habitacadáveres se echó a un lado, pero el necrófago ni siquiera bajó la marcha. Extendió uno de sus brazos extra largos y surgió un destello metálico en el sombrío callejón. Algo me golpeó en las costillas, tan fuerte como para dejarme fuera de combate, pero el conjuro cubierto de piel que había en mi guardapolvo impidió que me atravesara. Un triángulo de acero cayó al suelo. En todas las esquinas tenía una afilada cuchilla.

—Lo que me faltaba... —murmuré—. Necrófagos ninjas.

Vací el revólver apuntando a Xian. Cuando disparé por última vez, no estaba ni a treinta metros de distancia, debería haberle dado. Se inclinó rápidamente hacia atrás y se tropezó, sin embargo estuvo muy lejos de caerse.

La habitacadáveres iba a seguir erosionando mis defensas. Tenía que alejarme de ella o me abriría la mente como si fuera una lata de sardinas, y luego Xian se las comería.

El proyectil ninja seguía en mi gemelo. Intenté ponerme de pie, pero me moría de dolor. Alcancé el bastón, cojeando de verdad esta vez, y me esforcé por alcanzar el final del callejón. Mi única oportunidad era llegar a la calle, coger un taxi, esperar que cualquier coche me recogiese o incluso pedir ayuda. No tenía muchas esperanzas de que fuese a pasar ninguna de esas tres cosas, pero era todo cuanto tenía.

Cuando casi había llegado al final del callejón, el dolor de mi pierna empezó a aumentar y de repente perdí la noción de lo que estaba haciendo.

Sabía que estaba agobiado haciendo algo pero, de pronto, simplemente estaba allí,

luchando para mantenerme en pie. No sabía lo que estaba haciendo pero lo tenía en la punta de la lengua. Sabía que si pudiera concentrarme aunque fuera solo un momento, sería capaz de recordarlo y volvería a lo que estaba haciendo. Me dolía la pierna, eso lo sabía. Y tenía la cabeza como un bombo. Los pensamientos estaban allí, pero desorganizados; parecía como si los hubiese metido todos en un cajón de ropa limpia y doblada, hubiese cogido algo del fondo, y luego hubiese cerrado el cajón sin colocar nada.

Oí un gruñido detrás de mí y me di cuenta de que se me había hecho tarde para volver a meterme en el lío en el que estaba hasta ese momento. Intenté darme la vuelta, pero por alguna razón no recordaba cómo hacerlo.

—¡Lo tengo! —gritó una mujer—. Números. Son solo... ¡Solo tiene números!

—Majestad —rugió una voz ronca y deforme—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—No sabe dónde está la Palabra. Para mí es inútil. El libro lo tiene en el bolsillo derecho de su abrigo. Cógelo, Xian. Y luego mávalo.

Estaba segurísimo de que la habitacadáveres estaba hablando sobre mí y tenía muy claro que eso de que me matasen no era nada bueno. Pero no podía pensar en cómo hacer algo para frenarlos. Había algo en mi mente, algo que no funcionaba.

Un hombre apaleado entró en mi campo de visión, podía girar la cabeza lo suficiente como para mirarlo. Mierda, era Li Xian, el necrófago. Tenía la sensación de que me iba a hacer algo desagradable, pero simplemente metió la mano en el bolsillo de mi abrigo y sacó el fino ejemplar de *Der Erlking*.

El necrófago me dio la espalda y le entregó el libro a alguien que estaba fuera de mi campo de visión.

Oí cómo pasaban las páginas.

—Excelente —dijo la habitacadáveres—. Llévatelo de la calle y termina con él. Date prisa. Es más fuerte que la mayoría. Preferiría no aguantarlo durante todo el día.

Eso era. La habitacadáveres tenía mi mente prisionera. Significaba que estaba en mi cabeza. Y eso quería decir que había despedazado mis defensas. Llegar a esas conclusiones me hizo sentir más fuerte. Mis pensamientos empezaron a esclarecerse y mientras lo hacían, el dolor de mi pierna herida aumentaba.

—Date prisa —dijo ella y su voz parecía más tensa.

Sentí unas manos muy duras agarrándome por detrás. Quería correr, pero todavía no conseguía que mi organismo me respondiese. Tuve un momento de inspiración. Si la habitacadáveres estaba en mi cabeza quería decir que podía sentir todo lo que yo estaba sintiendo, como el terrible dolor de mi pierna.

Cuando el necrófago empezó a arrastrarme no pude resistirme, pero intenté torcer un poco la cadera y doblar la rodilla buena. Me caí en la acera sobre la pierna herida. La caída clavó el triángulo ninja un poco más en mi gemelo y el dolor me nubló la vista.

La habitacadáveres gritó de dolor y escuché un ruido metálico, como si hubiese tropezado con un contenedor de basura. Sentí que mis brazos y mis piernas volvían a estar bajo mis órdenes. El necrófago tropezó con su pierna destrozada. Golpeó la pared y se acercó a mí. Me giré sobre mi espalda y le propiné un golpe fuerte y directo en su rodilla buena.

Era una técnica de defensa muy peligrosa que Murphy me había enseñado, una que no depende de la fuerza física. Sufrió un estallido de dolor que le hizo soltar un grito angustioso.

Conseguí zafarme de él con una pierna y con las palmas de las manos. Distinguí mi sangre por el suelo del callejón: dibujaba el camino por donde había pasado mi pierna herida. Vi las estrellas y me sentí tan débil como un gatito famélico. Se movía todo tanto que ni siquiera intenté ponerme de pie. Gateé atravesando las zonas

sombrías del callejón y me subí a la acera hasta llegar a la luz del día.

Oí que alguien gritaba algo. Había sirenas de policía a dos manzanas. No tenía ninguna duda de que se estarían dirigiendo a la tienda de Bock, alguien tenía que haberme visto lanzar al necrófago a través de la puerta de contrachapado. Solo necesitarían dos minutos para darse cuenta de lo que estaba pasando y enseguida estaría rodeado de hombres con placas plateadas deseosos de hablar con los asistentes del profesor asesinado.

Por supuesto, para cuando eso pasara yo ya podría llevar muerto un minuto y medio.

El necrófago herido torció su expresión y con las mandíbulas tan abiertas como para dejar a la vista sus colmillos amarillentos, se acercó hacia mí cojeando.

Oí el grito de una mujer. Sonaba agudo, furioso y para nada temeroso. Se escuchó un zumbido, un giro y luego un hacha, una puta hacha de doble filo, que se clavó en el necrófago, atravesando su costado. En cuanto recibió la estocada un destello salió de la hoja. La luz que desprendió fue tan brillante que dejó una marca roja con forma de runa ardiendo a la vista. Se oyó una especie de ladrido cuando el hacha golpeó al necrófago. La criatura salió disparada hacia la acera y un líquido fino marrón verdoso se desparramó por todos lados, salpicando y convirtiéndose en una ducha asquerosa.

Una mujer vestida con traje oscuro entró en mi campo de visión. Medía algo más de un metro ochenta, era rubia y fríamente bella. Sus ojos azules brillaban con la lujuria de la batalla mientras desenvainaba una espada, con una cuchilla de casi un metro, de la funda que llevaba a la cintura. La miré mientras se colocaba entre el necrófago y yo. Luego lo señaló con la punta de la espada y gruñó:

—¡Avante, carroña!

El necrófago se arrancó el hacha que tenía clavada y se tambaleó en cuclillas. Sostuvo el arma con las dos manos, aterrorizado y desesperado. Dio un par de pasos atrás.

Un motor rugió y un coche gris dio un giro brusco en la acera.

—¡Avante! —gritó la mujer. Acto seguido levantó la espada y la deslizó hacia el necrófago.

Li Xian no quería saber nada de aquello. Su cara inhumana desveló un miedo reconocible. Dejó caer el hacha y huyó por el callejón.

—Cobarde... —suspiró la mujer visiblemente decepcionada. Se hizo con el hacha y dijo mirando hacia mí—: Vamos.

—La conozco —le dije—. Es la señorita Gard. Trabaja para Marcone.

—Trabajo para Seguridad Monoc —me corrigió la mujer. Su mano se agarró a mi brazo como si me clavara finos tornillos de acero y me puso de pie sin esfuerzo. La herida de mi gemelo hacía que me doblara de dolor y sentía cómo las cuchillas seguían cortándome el músculo. Apreté los dientes, plantándole cara al dolor. Gard

me echó un vistazo, me dio el visto bueno y me llevó hasta el vehículo gris. Todavía tenía que apoyarme en el bastón, pero con la ayuda de la chica llegué hasta el coche y me metí a tientas en el asiento de atrás, donde más manos me ayudaron a sentarme.

Durante todo el tiempo Gard mantuvo su azulada y fría mirada en el callejón y en la calle que nos rodeaba. Cuando estuve dentro cerró la puerta, envainó la espada y se desenganchó la funda del cinturón antes de subirse al asiento del copiloto. El vehículo gris arrancó y se echó a la carretera para alejarse de la escena.

El conductor se giró lo suficiente como para que yo entrara en su visión periférica. Tenía el cuello demasiado ancho como para hacer más que eso. Era pelirrojo y llevaba el pelo recogido, tenía los hombros tan anchos como para mantener un edificio en pie y como para tener que hacerse los trajes a medida.

—Hendricks —lo saludé.

Levantó la vista hacia el espejo retrovisor con los ojos brillantes y me frunció el ceño.

—Yo también me alegro de verte —le dije. Me eché hacia atrás en el asiento todo lo que pude, intentando ignorar el dolor de mi pierna y negándome a mirar al hombre que estaba sentado a mi lado.

La verdad es que no necesitaba mirarlo. Era un hombre un poco más alto que la media, tendría una edad más o menos avanzada y el pelo negro, con algunas canas grises. Su piel reflejaba haber vivido mucho tiempo a la intemperie, pues lucía el bronceado propio de un pescador y los ojos del color de los viejos y arrugados dólares. Seguramente llevaba un traje que costaba más que muchos coches y le hacía sentir bien. Era guapo y de aspecto saludable, tenía más pinta de entrenador de un equipo ganador que de gánster. Pero John Marcone era la persona más poderosa de la subciudad de Chicago.

—¿No es un poco infantil —me preguntó con voz divertida— que te niegues a mirarme?

—Permítemelo —le dije—, he tenido un día duro.

—¿Es muy seria tu herida? —se interesó.

—¿Te parezco médico? —le espeté.

—Más bien me pareces un cadáver —me contestó.

Lo miré de reojo. Estaba sentando tranquilamente en su asiento, observándome.

—¿Es una amenaza? —pregunté.

—Si quisiera matarte —dijo Marcone—, no habría venido a ayudarte justo ahora. Tienes que admitir, Dresden, que acabo de salvarte la vida. Otra vez.

Cerré los ojos y puse mala cara.

—Esta coordinación me resulta sospechosa.

Parecía divertido.

—¿En qué sentido?

—Que aparezcas a rescatarme justo en el momento en el que están a punto de mandarme al otro barrio. Tienes que admitirlo, Marcone, esto huele a trampa.

—La verdad es que a veces tengo mucha suerte —contestó.

Sacudí la cabeza.

—Te llamé hace menos de una hora. Si no me tendiste una trampa, entonces, ¿cómo me has encontrado?

—No fue él —dijo Gard—. Fui yo. —Miró a Marcone por encima del hombro y frunció el ceño—. Esto es un error. Su destino era morir en aquel callejón.

—¿Qué sentido tiene contar con el libre albedrío si no podemos, de vez en cuando, escupirle en un ojo al destino? —preguntó Marcone.

—Habrás consecuencias —insistió ella. Marcone se encogió de hombros.

—¿Y cuándo no las hay?

Gard volvió a mirar hacia delante y sacudió la cabeza.

—Qué arrogancia. Los mortales jamás lo entenderán.

—Dímelo a mí —dije—. Todo el mundo comete ese error, salvo yo.

Marcone me miró, sus ojos brillaban en los extremos. Estaba a punto de sonreír. Gard giró despacio la cabeza, me echó una mirada y vi que ella no estaba para nada a punto de sonreír.

—Vayamos a esa parte de la conversación en la que me dices lo que quieres —sugerí—. No tengo tiempo para bromas.

—¡Ah! —dijo Marcone—. Sospechaba que acabarías mezclado en todos estos acontecimientos de una manera u otra.

—¿Y cuáles son estos acontecimientos? —le pregunté.

—Los que rodean la muerte de Tony Mendoza.

Lo miré extrañado.

—¿Qué quieres?

—A no ser que me esté equivocando —dijo Marcone—, quiero ayudarte.

—Ya —afirmé—. Vale.

—Voy en serio, Dresden —me dijo—. Yo no permito que nadie ataque a mis empleados. Quien haya matado a Mendoza será castigado inmediatamente, sean nigromantes o no lo sean.

Parpadeé.

—¿Cómo supiste lo que eran?

—La señorita Gard —contestó sereno—. Ella y sus compañeros tienen unos medios aventajados.

Me encogí de hombros.

—Me alegro por ti. Pero no estoy interesado en ayudarte a mantener tu imperio.

—Naturalmente. Pero estás interesado en detener a esos hombres y a esas mujeres para que no logren el objetivo que se hayan propuesto.

Me encogí de hombros de nuevo.

—Eso tú no lo sabes.

—Sí. Lo sé —insistió, con un tono a medio camino entre el distanciamiento y la frialdad. Me miró a los ojos y dijo—: Porque te conozco. Sé que te opondrás a ellos. Igual que tú sabes que yo no permitiré que se lleven a uno de los míos sin recibir un castigo.

Lo miré. No me preocupaba la visión del alma. Eso solo puede ocurrir una vez entre dos personas, y Marcone ya lo había hecho conmigo. Cuando dijo que me conocía, era a lo que se refería. Yo también había visto su alma y había comprobado que era un lugar frío e inhóspito, pero también con principios. Si Marcone daba su palabra, la mantenía. Y si alguien iba a por alguno de sus hombres, él iría a por ellos pasando por encima de las dudas, los temores y las penas.

Eso no lo hacía noble. Marcone tenía el alma de un tigre, de un depredador que protege su territorio. Eso simplemente lo volvía más dispuesto y más peligroso

—No soy un sicario —le aclaré—. Y no trabajo para ti.

—Tampoco te lo estoy pidiendo —me contestó—. Solo quiero proporcionarte información que puede que te sea de ayuda.

—No me estás escuchando. No voy a matar a nadie para ti.

De repente enseñó sus dientes. Estaban muy blancos en contraste con el bronceado.

—Pero irás a por ellos.

—Sí.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Ya he visto lo que le haces a la gente que interfiere en tu camino. Estoy dispuesto a sacarle partido.

Esa idea, esa actitud, era más estremecedora que reconfortante. Yo no era un asesino. Quiero decir, claro que a veces luchaba y algunas veces las personas y las no personas acababan muriendo. Pero no era porque yo fuese Jack el Destripador. De vez en cuando las cosas se ponían demasiado peligrosas entre los habitantes del mundo sobrenatural y yo, pero yo solo había matado...

Lo pensé durante un minuto.

Había matado a más de los que no había matado. Unos cuantos más.

Se me revolvió el estómago.

Marcone me miraba a través de sus ojos camuflados mientras esperaba.

—¿Qué quieres decirme? —pregunté.

—No quiero que pierdas el tiempo —me dijo—. Pregúntame lo que quieras y contestaré lo que esté en mi mano.

—¿Qué sabes acerca del trato por el que mataron a Mendoza?

Golpeó los dedos de la mano derecha en su muslo durante un momento.

—Mendoza se estaba preparando para retirarse —dijo Marcone—. Tenía un encargo final para terminar. Estaba en deuda con el tipo por un conflicto de lealtades del pasado, y como me lo pidió, le permití ciertas libertades.

—¿Estaba haciendo ventas por libre? Marcone asintió.

—El contenido de un almacén. Mendoza había encontrado una llave en una inmobiliaria.

Aquella era la jerga criminal para referirse a la venta de mercancía robada por atracadores o ladrones comunes.

—Sigue.

—Esa llave abría un depósito que llevaba cerrado desde 1945. Contenía varias obras de arte, joyas y otras cosas culturales parecidas.

Levanté una ceja.

—¿Un almacén de la segunda guerra mundial?

—Eso es lo que creía Mendoza —dijo Marcone—. Me ofreció una selección de objetos y a cambio yo le dejé que dispusiera del resto en la manera que creyese oportuna.

—¿Y tú qué sacabas de eso? —le pregunté.

—Dos Monets y un Van Gogh.

—¡Joder! —Sacudí la cabeza—. ¿Y qué pasó después?

—Mendoza quiso liquidar su alijo. Estuvo varias semanas hasta que le comentaron que una persona que había ido por allí buscando un libro antiguo contaba con recursos no habituales.

—¿Te dio un nombre? —le pregunté.

—Era un tipo llamado Grevane —dijo Marcone—. Mendoza me pidió consejo.

—Y tú le contaste que los magos y la tecnología no se llevan bien.

—Entre otras cosas —me dijo asintiendo.

—Pero el trato no cuajó.

—Eso parece —dijo Marcone—. Desde que murió Mendoza le he pedido a la señorita Gard que recoja información sobre los acontecimientos recientes en la comunidad local sobrenatural.

Miré a la mujer y asentí.

—Y te dijo que hay nigromantes revoloteando.

—Una vez que se llegó a esa conclusión, intentamos localizar a estos individuos, especialmente a Grevane, pero no tuvimos mucho éxito.

—Sé dónde han estado —puntualizó Gard sin darse la vuelta—, o por lo menos dónde han hecho algún conjuro.

—Y hay varios lugares marcados con energía nigromante por toda la ciudad —le dije—. Ya estoy al tanto.

Marcone quedó pensativo y puso cara de interesante.

—Pero lo que sospecho que no sabes es que la noche anterior, en el punto de Wacker, un miembro de mi organización tuvo un altercado con representantes de intereses rivales de fuera de la ciudad. Hubo un tiroteo. A mi hombre lo hirieron gravemente y lo dejaron morir.

—Eso no es propio de la práctica de la nigromancia —dije frunciendo el ceño—, ¿qué fue lo que se hizo allí para que haya quedado energía nigromante?

—Esa es la cuestión —dijo Marcone. Sacó un trozo de papel doblado del bolsillo del pecho y me lo pasó—. Estos son los nombres de los médicos de la unidad móvil que estuvieron allí —me dijo—. Según mi hombre, ellos llegaron antes al lugar.

—¿Habló contigo antes de morir? —pregunté.

—Sí —contestó Marcone—, de hecho, no murió.

—Me pareció que habías dicho que lo habían herido de muerte.

—Así fue, señor Dresden —dijo Marcone, con cara distante—. Así fue.

—Sobrevivió.

—Los cirujanos del condado de Cook pensaron que un auténtico milagro había tenido lugar. Naturalmente pensé en ti en ese mismo momento.

Me rasqué la barbilla.

—¿Qué más *te* contó?

—Nada —dijo Marcone—. No recuerda nada de lo sucedido hasta que vio llegar la ambulancia.

—Entonces, ¿quieres *que* hable con los médicos de la unidad móvil? ¿Por qué no lo has hecho tú ya? —le pregunté.

Arqueó las cejas.

—Dresden, intenta no olvidar que soy un criminal y que por alguna razón me resulta muy difícil conseguir que las personas de uniforme me abran su corazón.

Apreté los dientes y sentí otro dolor afilado en la pierna.

—Vale.

—Entonces —dijo él—, volvemos a la pregunta del principio. ¿Cómo de seria es tu herida?

—Lo superaré —le dije.

—Será mejor que veas a un médico, ¿verdad? Si te parece que es poca cosa me encantaría decirle a la señorita Gard que la haga parecer más grave.

Lo miré durante un momento.

—¿Me vas a llevar a urgencias lo necesite o no, verdad?

—Con la suerte de que estamos muy cerca de un hospital. Justo el del condado de Cook, de hecho.

—Sí. El corte es muy profundo. —Miré el trozo de papel y me lo metí en el bolsillo—. Seguro que habrá algún oficial por ahí. Tal vez sea mejor que me dejes en la puerta de urgencias.

Marcone sonrió pero sus ojos permanecieron impasibles.

—Muy bien, Dresden. Tienes todo mi apoyo para superar tu dolor.

Marcone y compañía me dejaron a cien metros de la entrada de urgencias y tuve que ir cojeando hasta la puerta. Era duro y estaba muy cansado, pero había salido peor parado en otras ocasiones. No es que quisiera acabar así todos los días, ni mucho menos, lo que pasa es que una vez superada la ridícula incomodidad, el dolor es casi siempre el mismo.

Cuando llegué a urgencias no pasé desapercibido. Entrar en un sitio renqueando y dejando un reguero de huellas de sangre a tu paso causa cierta impresión. Un celador y una enfermera me ayudaron a subir a una camilla y en unos segundos la enfermera ya examinaba la herida.

—Tu vida no corre peligro —dijo después de cortarme un trozo de la pierna del pantalón y echar un vistazo. Luego me miró de forma reprensiva—. Por la forma en la que entraste aquí... parecía que creías que te ibas a morir.

—Bueno —dije—. Soy algo quejica.

—Qué feo —comentó el corpulento celador. Fue cubriendo con un bolígrafo unos formularios sujetos a una tablilla y me los ofreció—. Van a tener que cortar.

—Dejaremos que decida el doctor —dijo la enfermera—. ¿Cómo le ha ocurrido esto, señor?

—No tengo ni idea —le dije—. Estaba caminando por la calle y de repente sentí que me ardía la pierna.

—¿Caminó hasta aquí? —me preguntó ella

—Un *boy scout* muy amable me ayudó casi todo el camino —le contesté.

Suspiró.

—Bueno, ha sido un día tranquilo. Lo atenderán pronto.

—Genial —dije—. Porque me duele una barbaridad.

—Le puedo dar algo de Tylenol —dijo la enfermera remilgadamente.

—No me duele la cabeza, tengo un trozo de acero de diez centímetros clavado en la pierna.

Me pasó un vaso de papel y dos pastillas blancas. Resoplé y me las tomé.

—Oye —dijo el celador cuando ella se fue—, no te preocupes, te darán otra cosa cuando te vea el médico.

—Con el trato tan cariñoso que estoy recibiendo probablemente no necesite nada más.

—No seas duro con ella —dijo—. No te imaginas las cosas que intenta la gente para conseguir calmantes como vicodina, morfina y cosas así.

—Ya —le contesté—. Oye, tío, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Traía un recipiente con hielo. Lo metió en una bolsa de plástico y me la colocó alrededor de la pierna—. Esto debería adormecértela un poco y a lo mejor

te baja la hinchazón. No es un anestésico local, pero es lo que hay.

Aunque no fue lo que ocurrió, sentí como si el hielo se convirtiese en vapor nada más tocar mi pierna. El dolor no disminuyó exactamente pero empecé a sentirlo más distante.

—Gracias, hombre. Oye, ya que estoy aquí me gustaría hablar con dos chicos que conozco —le dije—. Trabajan en la unidad móvil: Gary Simmons y Jason Lamar.

El camillero levantó las cejas.

—Simmons y Lamar, claro. Se encargan de una de las ambulancias.

—Lo sé, ¿andan por aquí?

—Estuvieron de guardia anoche —dijo—. Pero como estamos a fin de mes a lo mejor están en el turno de tarde. Voy a preguntar.

—Te lo agradezco —le dije—. Si ves a Simmons dile que un compañero del colegio pregunta por él.

—Claro. De todas formas, si quieres que te haga ese favor, a cambio tú tendrás que rellenar estos formularios.

Me sonrió.

—Lo haré.

Me dejó cumpliendo con lo de los papeles. Aquel trámite no solía llevarme mucho tiempo porque no tenía ningún tipo de seguro. Un día de estos, cuando reúna el dinero, me haré uno. Dicen que pagar un seguro es como comprar un trocito de paz mental. Estaba seguro de que me daría mucha paz pensar en la cantidad de dinero que la empresa aseguradora perdería conmigo. Si viviese mi vida libremente, como había hecho desde que había llegado a Chicago, podrían ocuparse de mí durante dos o tres siglos. Me pregunté cuál sería el beneficio anual de una persona de doscientos cincuenta años.

Un médico joven apareció cuando terminé con los formularios y, tal y como había dicho el celador, tuvo que cortar la estrella para sacarla de mi pierna. Me pusieron anestesia local, y el repentino cese del dolor fue como una droga en sí misma. Me quedé dormido cuando empezaron a cortar y me desperté cuando ya me estaban vendando la pierna.

—... se sequen los puntos —estaba diciendo—. Pero por lo que veo en su expediente supongo que ya sabe cómo va esto.

—Claro, doctor —le dije—. Sé cómo va el tema. ¿Son de los que hay que quitárselos o de los otros?

—Se le caerán solos —me explicó—. Pero si nota que se le hincha o le sube la fiebre, póngase en contacto con nosotros. Le voy a dar una receta para que tome algo para el dolor y para que compre un antibiótico.

—Siga las instrucciones del prospecto y asegúrese de tomar la dosis completa dije imitando lo mejor que pude al típico médico que sale en los anuncios de la tele.

—Parece que ha pasado por esto tantas veces como yo —me dijo. Señaló la bandeja metálica donde estaba la estrella ensangrentada—. ¿Quiere quedarse con el arma?

—Pues ya que estamos. Así ya no tengo que comprarme ningún souvenir en la tienda de regalos.

—¿Seguro que no quiere que la policía le eche un vistazo? —dijo—. A lo mejor encuentran huellas dactilares o algo así.

—Ya les he dicho que debió de ser un accidente —repliqué.

Me miró escéptico.

—Bueno. Si así es como quiere que sea... —Sumergió el pequeño artilugio en una bandeja metálica con alcohol u otro esterilizador parecido—. Mantenga la pierna elevada, para que no se le hinche mucho. No vaya a trabajar durante un par de días, por lo menos.

—No hay problema —asentí.

Sacudió la cabeza.

—El celador vendrá enseguida con las recetas y con un formulario para que lo firme.

Se fue.

Un minuto después escuché pisadas fuera del cubículo en el que me habían metido y un joven alto descorrió la cortina. Tenía la piel tan oscura como el tejido de mi guardapolvo y llevaba el pelo rapado al estilo de los marines (el corte era tan meticuloso que parecía que el peluquero hubiese usado un nivelador). Estaba ligeramente rellenito, aunque no tenía mala pinta ni se le veía en mala forma; era grandote y parecía orgulloso. Llevaba la chaqueta de los médicos de la unidad móvil, con una tarjeta con su nombre, Lamar, escrito en ella. Se quedó mirándome durante un minuto y dijo:

—No es del color adecuado para haber ido a mi instituto. Y yo no fui a la universidad.

—¿Es médico del ejército? —le pregunté.

—De la Marina. De los marines. —Cruzó los brazos—. ¿Qué es lo que quiere?

—Me llamo Harry Dresden —le dije.

Se encogió de hombros.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

Me senté. Mi pierna todavía dormía plácidamente.

—Quería hablar con usted sobre anoche.

Me miró con recelo.

—¿Qué pasa con anoche?

—Estaba en el equipo que atendió a una víctima de disparo en la calle Wacker. Cogió aire y suspiró. Miró para arriba y para abajo todo seguido, entró en el cubículo

y cerró la cortina. Bajó la voz:

—¿Y?

—Y quiero que me cuente qué pasó —le dije.

Sacudió la cabeza.

—Mire, no quiero perder mi trabajo.

Yo también bajé la voz.

—¿Y cree que contarme lo que pasó puede ponerlo en peligro?

—Tal vez —dijo. Se quitó la chaqueta y se desabrochó dos botones de la camisa. Se la abrió lo suficiente como para enseñarme un chaleco antibalas que llevaba por debajo.

—¿Ve esto? Los médicos de la unidad móvil tenemos que llevar esto puesto cuando estamos trabajando porque a veces la gente nos dispara. Los pandilleros y gente de esa clase. Nos dedicamos a salvar vidas y la gente nos dispara.

—Tiene que ser muy duro —dije cautelosamente.

Sacudió la cabeza.

—Puedo soportarlo. Pero hay mucha gente que no puede. Y si dejas ver que la presión te está ganando la batalla, te echan. Desde ayer se rumorea que ando contando absurdos cuentos de magia que he vivido y, por esa razón, mañana me darán la baja por trastorno psiquiátrico.

Se dio la vuelta para irse.

—¡Espere! —le dije. Cogí su brazo con delicadeza. No lo agarré. A nadie en su sano juicio se le ocurriría agarrar por sorpresa el brazo de un exmarine, a nadie que quiera conservar todos los dedos de las manos

—Mire, señor Lamar, solo quiero que me cuente lo que pasó. No se lo contaré a nadie más. Ni a un periodista ni a...

Me interrumpió y me dijo:

—¡Usted es el mago! Le vi una vez en *Larry Fowler*. La gente dice que está loco.

—Sí —le dije—. Sí, pero lo que la gente dice no es verdad. Y si llegan a decir que hablo de usted tampoco será verdad, porque no lo haré.

—Lo arrestaron en una guardería una vez, hace años —afirmó—. Se metió allí durante un apagón y lo encontraron en medio de una habitación destrozada con todos aquellos bebés.

Cogí aire.

—Sí.

Lamar permaneció en silencio unos segundos. Luego dijo:

—¿Sabía que hasta un año antes de aquel incidente, el índice de mortandad por síndrome de muerte súbita del lactante había sido el más alto de todo el país? Tenían un caso cada diez días. Nadie encontraba una explicación.

—No lo sabía —le dije.

—Desde que lo arrestaron, allí no ha vuelto a morir ninguno —dijo y se dio la vuelta para mirarme—. Hizo algo allí.

—Sí. ¿Le gustan las historias de fantasmas?

Resopló y echó el aire por la nariz.

—No me gustan nada esas mierdas. ¿Por qué quiere que le cuente lo que vi?

—Porque lo que me cuente podría ayudarme a evitar que más gente salga herida.

Asintió y frunció el ceño.

—Vale —dijo después de un momento—. Pero ahora mismo no le estoy contando esto, ¿me ha entendido? No voy a volver a repetirlo. A nadie. La única razón por la que se lo voy a contar es porque ayudó a esos bebés.

Asentí.

Se sentó en la esquina de la camilla.

—Recibimos la llamada a eso de la medianoche. Nos pusimos en marcha rumbo a Wacker. La policía ya había llegado. Encontramos a un chico en la calle. Estaba hecho polvo. Tenía dos disparos en el pecho y otros dos en el abdomen. Sangraba muchísimo.

Asentí mientras escuchaba.

—Intentamos estabilizarlo, aunque no tenía mucho sentido. Simmons y yo lo sabíamos, pero lo intentamos igual. Es lo que se debe hacer, ¿sabe? Él estaba despierto y aterrorizado. De vez en cuando gritaba. No dejaba de suplicarnos que no lo dejásemos morir, que tenía una niña pequeña y tenía que ocuparse de ella.

—¿Qué pasó?

—Se murió —dijo Lamar, en voz baja—. Lo he visto antes. Aquí, en la ciudad. Mientras estás intentando salvarlo, notas que se ha convertido en un cadáver. Se distingue perfectamente el momento en el que aparece la muerte. —Se frotó sus manos largas y delgadas—. Intentamos resucitarlo, pero ya se había ido. Y entonces fue cuando ocurrió.

—Continúa.

—Apareció esa mujer. No sé de dónde salió. Cuando levantamos la mirada estaba de pie, a nuestro lado, mirando hacia abajo.

Me eché hacia adelante.

—¿Cómo era?

—No lo sé —contestó Lamar—. Era... parecía como si llevase un disfraz, ¿sabe? Como si estuviese en una fiesta del Renacimiento. Una capa grande y negra, con una gran capucha. Apenas pude verle la cara. Solo el mentón y el cuello. Era blanca.

—¿Qué hicieron?

—Supuse que era una chiflada. A estas alturas del año aparecen muchísimas. También pensé que podría ser alguien que iba a una fiesta de disfraces o algo así. Joder, ya casi es Halloween. Me miró fijamente y me dijo que me hiciese a un lado y

que le dejase ayudarlo.

¿Cuántas mujeres con capa y capucha negra podría haber merodeando por la ciudad la otra noche? Kumori. Eso debió de ocurrir una hora o tres cuartos de hora antes de que la viera en la librería de Bock.

Lamar se fijó en mi cara.

—La conoce —me dijo.

—No personalmente, pero sí. ¿Qué hizo?

Su cara se volvió distante.

—Se arrodilló a su lado. Se sentó en la camilla y se inclinó sobre él. La capa y la capucha cubrieron los dos cuerpos. No pude ver lo que estaba haciendo. —Se mojó los labios—. Y de repente se levantó mucho frío. Empezó a formarse hielo en la acera, en la camilla y en nuestra furgoneta. Se lo juro. Ocurrió así.

—Lo creo —le dije.

—Y la víctima, de repente, empezó a toser. Intentó gritar. Quiero decir, no es que se le hubiesen curado las heridas, pero... No sé ni cómo describírselo. Estaba aguantando. —Su cara reflejó cierto disgusto—. Agonizando, pero estable. Era como si... no se le permitiese morir. Entonces la mujer se puso de pie y nos dijo que teníamos menos de una hora para salvarlo. Dijo eso y se fue. Así de repente, ¡zas!, se esfumó. Como si hubiese sido cosa de mi imaginación.

Sacudí la cabeza.

—¿Y después?

—Lo trajimos. Los médicos hicieron todo lo posible, le transfundieron sangre. Estuvo desmayado durante una hora, pero lo superó.

Lamar se quedó en silencio durante un rato.

—Eso no pudo haber pasado —dijo después—. Quiero decir, he visto persona, sobrevivir a situaciones muy difíciles, pero no como aquello. Debería haber muerto. Todo lo que sé me lleva a esa conclusión. Pero salió adelante.

—A veces ocurren milagros —le dije tranquilo.

Se estremeció.

—Eso no fue un milagro. No había ningún coro de ángeles cantando. Mi piel intentó escapar, abandonar a mi cuerpo y esconderse. —Sacudió la cabeza—. No quiero pensar en ello.

—¿Y qué hay de su compañero? —le pregunté.

—Se metió debajo de la mesa y se quedó allí durante veinte minutos cuando terminamos nuestro turno. Joder, la única razón por la que yo no hice lo mismo fue porque esta mañana tenía clase de reanimación cardiopulmonar. —Me miró—. He sido de ayuda?

—Puede que sí —le dije—. Gracias.

—De nada.

—¿Qué va a hacer ahora? —le pregunté.

—Voy a buscar mi propia mesa. —Lamar se levantó y dijo—: Buena suerte,

—Gracias.

Aquel tipo tan grande se fue y, mientras me daban las recetas y cubría los últimos formularios, pensé en lo que aquel hombre iba a tener que contar a partir de ahora. Canjeé las recetas en la farmacia del hospital y llamé a un taxi para que me llevase al taller de Mike a recoger mi Escarabajo azul.

Me senté en el asiento de atrás con los ojos cerrados y reflexioné sobre las novedades. Kumori le había salvado la vida a una víctima de un disparo. Si todo lo que había dicho Lamar era cierto, significaba que se había salido de su camino para hacer algo así. Y aquello que hizo había sido un trabajo difícil, para dejar un remanente místico tan fuerte como el que allí había quedado. Aquello podría explicar por qué Kumori casi no había hecho nada durante el altercado con Cowl. Me había parecido que debía de ser casi tan fuerte como su compañero, pero cuando intentó arrebatarme el libro, su poder no había sido mayor que el de los músculos de mis extremidades.

Pero la asociación de alumnos de Kemmler estaba en la ciudad y tenía en mente una viciosa competición. ¿Por qué habría malgastado Kumori su fuerza en un desconocido en vez de reservarla para luchar contra nigromantes rivales? ¿Sería que el disparo a aquella víctima guardaba alguna relación con sus planes?

No me estaba enterando de nada. La víctima no era más que un matón más, y estaba muy claro que no iba a ser de gran utilidad desde su cama de la unidad de cuidados intensivos.

Tenía que considerar la posibilidad de que Kumori hubiese querido hacer lo correcto: utilizar su poder para ayudar a alguien que se encontraba en una situación desesperada.

Aquella idea me hizo sentir muy incómodo. Los nigromantes que había conocido hasta ahora eran peligrosísimos, y si quería sobrevivir a una lucha contra ellos, tendría que estar preparado para atacar de entrada, con rapidez, sangre fría y sin ningún tipo de duda. Eso es fácil cuando el enemigo es un monstruo psicótico y rabioso. Pero aquel acto supuestamente compasivo de Kumori cambiaba las cosas. Eso la convertía en una persona, y a mí me resulta muchísimo más complicado pensar en matar personas.

Y aun peor, si había actuado de manera altruista, significaba que la energía oscura que manejan los nigromantes no tenía por qué ser completa e intrínsecamente maligna. Había sido utilizada para prolongar la vida; igual que la magia que conocía yo podía usarse para proteger y destruir.

Siempre había considerado que la línea entre la magia negra y la blanca era tajante y estaba muy clara. Pero si aquella energía oscura podía emplearse a elección

del que la manejaba, eso hacía que no se diferenciase en nada de la mía.

Mierda. Se suponía que la investigación debía aclararme lo que debía hacer y no que me replantease todos mis ideales.

Cuando abrí los ojos, nubes densas habían cubierto el sol y habían teñido el mundo entero de sombras grises.

Ya eran más de las doce del mediodía cuando, tras haber cogido el Escarabajo azul en el taller de Mike, me dirigía hacia mi apartamento. Había intentado estar atento por si alguien me seguía, pero para entonces la anestesia local empezaba a disiparse y el dolor volvía a apoderarse de mi pierna. No sé si todo el mundo ha sufrido alguna vez una herida física seria, pero es más que una sensación incómoda. Es algo agotador. El dolor lleva consigo un impuesto de fatiga profunda que hace que el herido quiera reptar hasta un agujero negro para meterse allí a hibernar.

Así que cuando digo que había intentado estar atento, significa que eché una o dos miradas por el espejo retrovisor cuando me acordé de hacerlo. Siempre que los malos condujesen exclusivamente furgonetas pintadas de colores llamativos o coches con llamas de fuego en los laterales, estaría a salvo.

Llegué a mi casa, deshabilité los hechizos, abrí la puerta y me colé dentro. Míster apareció a mi espalda y fue bajando las escaleras a mi paso, restregándose contra mis piernas. De mi boca solo salió un quejido:

—Gato estúpido —refunfuñé.

Míster, en su línea, serpenteó entre mis piernas sin importarle nada mi opinión. Cojeé hasta el interior y cerré con llave. Ratón esperó a que Míster se aburriese de mí para acercarse a olisquear mis piernas y a intentar llevarse un par de caricias detrás de las orejas.

—¿Qué hay? —me saludó Thomas tranquilamente. Estaba sentado en la butaca frente a la chimenea. Había varias velas encendidas en la mesilla que tenía a su lado. Tenía un libro abierto, una espada y una pistola al alcance de la mano. Me miró la pierna y la preocupación se dibujó en su cara:

—¿Qué te ha pasado?

Puse cara de cansado y me tambaleé frente al sofá, dejándome caer en él.

—Los palos y las piedras pueden romperte los huesos, pero las estrellas chinas voladoras te atraviesan la piel y al final tienen que darte unos doce puntos como mínimo. —Para ilustrar la anécdota, saqué el arma del necrófago de mi bolsillo y la deposité encima de la mesa de centro—. ¿Qué tal está Butters?

—Bien —dijo Thomas—. Es un hombrecillo muy gracioso. Montó un jaleo insoportable con esa... esa cosa suya de polca durante una media hora, habló durante cuarenta minutos sin parar y se quedó dormido cenando. Lo llevé a la cama.

—Ha tenido un día muy estresante —le dije.

—Es un cobarde —dijo Thomas.

Lo miré y empecé a farfullar algo a la defensiva.

Me cortó y se apresuró a explicarse.

—No me malinterpretes, Harry. Es inteligente como para entender lo que está

pasando. Y es listo para saber que no hay absolutamente nada que él pueda hacer. Sabe que la única razón por la que está vivo es que alguien lo está protegiendo. No se engaña a sí mismo, sabe que no es por su inteligencia ni por su habilidad. —Thomas dirigió la mirada hacia la puerta de la habitación—. No sabe cómo llevar su miedo y lo está ahogando.

Apoyé mi pierna herida encima de la mesa.

—Gracias por tu opinión profesional, experto psicólogo. Thomas me echó una mirada de suficiencia.

—Lo he visto antes. Sé de lo que hablo.

—Lo que tú digas —respondí.

—Cuando os atacaron en la morgue la otra noche, él se quedó paralizado, ¿verdad? Me encogí de hombros.

—No todo el mundo está hecho para el campo de batalla.

—Pero se paralizó —dijo Thomas—. Tenías que gritarle órdenes al oído y llevarlo de un lado a otro como un peso muerto, ¿verdad?

—Eso no lo convierte en un cobarde —le dije.

—No es un incidente aislado —dijo Thomas—. Me contaste que cuando informó sobre los cadáveres que se llevaron de la mansión de Bianca, lo encerraron en un manicomio.

—¿Y?

—¿Crees que recuperó su trabajo sin retractarse? ¿No crees que le dijo al loquero que en realidad no había visto lo que vio? —Thomas sacudió la cabeza—. Tenía miedo de perder su trabajo. Se derrumbó.

Me quedé allí sentado en silencio.

—Eso no lo hace mala persona —dijo Thomas—. Pero es un cobarde. Va a conseguir que te maten o bien se paralizará en un mal momento, morirá y tú te torturarás pensando que todo fue culpa tuya. Si queremos sobrevivir, tenemos que llevarlo a algún lugar seguro y dejarlo libre. Es lo mejor para todos.

Lo pensé durante un minuto.

—Tal vez tengas razón —le dije—. Pero si le decimos que huya, nunca se sobrepondrá al miedo. Será peor para él. Tiene que plantarle cara.

—No quiere.

—No —dije—, pero es necesario que lo haga.

Thomas apartó la vista y la dirigió a la hoguera. Asintió.

—Es cosa tuya.

Me fijé en que Ratón se escaqueaba hacia su comedero gigante. Se sentó al lado y esperó a que Míster se le acercara. En ese momento inclinó el cuerpo y se puso a comer. Mi gato acechó a Ratón y, de repente, estiró la pata para acertarle en el hocico. Ratón abrió las fauces, poniendo una sonrisa perruna, y dio un par de pasos hacia

donde Míster había estirado su pata.

El gato miró a Ratón con arrogante desdén y luego se comió la mitad de una croqueta para perros. Antes de irse pisó el comedero y todo el pienso se esparció por el suelo de la cocina. Cuando terminó con todo aquello, Ratón volvió a su sitio y pacientemente se comió los trozos que había por el suelo primero, para después terminar con lo que quedaba en el bol.

—¿Te acuerdas que antes Ratón se iba corriendo a la pared cuando Míster le hacía eso? —inquirió Thomas.

—Ah, sí.

—¿Crees que Míster se da cuenta de que el perro es veinte veces más grande que él? —preguntó Thomas.

—Claro que sí, yo creo que sí que se da cuenta —le dije—, lo que pasa que no le parece que sea nada importante.

—Uno de estos días Ratón lo sacará de su engaño.

Sacudí la cabeza.

—No lo hará. Míster se encargó de acostumbrar a Ratón cuando era pequeño y parece que Ratón respeta las tradiciones.

—O a lo mejor le da miedo enfrentarse al gato —dijo Thomas con los ojos fijos en mis vendas y asintiendo—. ¿Es grave?

—Puedo andar. Pero no me gustaría tener que bailar.

—¿Es ese tu próximo paso?, ¿bailar?

Apoyé la cabeza hacia atrás en el sofá y cerré los ojos.

—No tengo muy claro qué hacer ahora. ¿Qué tal se te da escuchar y dar consejos?

—A veces puedo parecer muy interesado y sé asentir en los momentos adecuados —dijo.

—Suficiente.

Le conté todo lo ocurrido.

Escuchó y asimiló todo lo que le fui explicando. Lo primero que dijo fue:

—¿Tienes una cita?

Abrí los ojos y parpadeé.

—¿Qué? ¿Es tan difícil de creer?

—Bueno, sí —dijo Thomas—. Dios, Harry, creía que te ibas a pasar la vida entera como un ermitaño.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, no es que hayas estado muy interesado en mujeres últimamente —dijo Thomas—. Vamos a ver, nunca vas a ninguna discoteca. Nunca intentas conseguir un número de teléfono. Creía que simplemente no querías. —Reflexionó durante un minuto—. Pero madre mía, Harry, ¡eres tímido!

—No lo soy —le dije.

—La chica ha tenido, prácticamente, que tirarse a tus brazos. Mi hermana estaría revolcándose por el suelo del ataque de risa.

Me puse como un tomate.

—Pues no es que se te dé muy bien escuchar y aconsejar.

Se estiró y cruzó las piernas.

—Soy tan guapo que me resulta muy complicado parecer inteligente. —Puso morritos—. Hay dos cosas importantes.

—El libro —le dije asintiendo.

—Sí. Todo el mundo está histérico y enajenado por conseguir ese chisme de *Der Erlking*, ¿lo has leído ya?

—Sí.

—¿Y?

Me metí los dedos entre el pelo.

—Y nada. Es una recopilación de ensayos sobre un mago muy popular llamado Erlking.

—¿Y quién es él?

—Es uno de los *sidhe* más importantes —le dije—. Es parte del Invierno o del Verano. Es una criatura montaraz.

—¿Es poderoso?

—Mucho —le dije—. Pero su poderío depende mucho de quién esté escribiendo sobre él. Muchos lo sitúan entre los hechiceros más potentes. Y un par de escritores lo sitúan al mismo nivel que las reinas hadas.

—¿Y qué es lo que hace?

—Es algo así como un cazador de espíritus —le dije—. Está relacionado con toda clase de violencia primaria. Aparentemente es uno de los seres que podrían invocar y liderar la Caza Salvaje.

—¿La qué? —dijo Thomas.

—La reunión de los depredadores más peligrosos del reino de la magia —afirmé—. Suele darse en otoño e invierno, normalmente de la mano de las tormentas y del clima más arisco. Es una reunión de oscuros perros de caza, del tamaño de caballos, de ojos rojos inyectados en sangre, capitaneados por un caballo negro depredador, con cuernos de venado.

—¿El Erlking? —preguntó Thomas.

—Por lo visto, hay varias criaturas que pueden liderar esta Caza —le dije—. Ninguna de ellas es muy amistosa, que digamos. La Caza mataría a cualquier cosa o persona que se le pusiera por delante. Es la alianza más peligrosa.

—Creo que he oído algo sobre ella —dijo Thomas—. ¿Es verdad que puedes evitar que te cacen si te unes a ellos?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Nunca oí de nadie que sobreviviese a un encuentro con la Caza. Puede ser que no cacen a quien consideran también un depredador.

—Como los tiburones —dijo Thomas—. Se trata siempre de lenguaje corporal.

—Yo no confiaría mucho en las indicaciones no verbales para defenderme de la Caza —le dije—. En el supuesto de que alguna vez asistas a ella. Parece ser que solo aparecen una vez cada cinco o seis años y pueden dejarse ver en cualquier parte del mundo.

—¿Crees que es la Caza lo que interesa tanto a los kemmleritos?

—No estoy seguro —le dije—. No se me ocurre qué otra cosa puede ser. El Erlking tiene reputación de asaltar a niños o, por lo menos, de anunciar sus muertes. Un par de magos incluso aseguran que es el guardián que cuida de que las almas de los niños no sean dañadas ni extraviadas cuando abandonan sus cuerpos moribundos.

—Parece que hay opiniones muy distintas sobre el tal Erlking.

—El mundo de la magia es así —apunté—. Nunca nadie es realmente quien parece ser. Es muy complicado concretar.

—¿Pero por qué iba una banda de nigromantes a estar interesada en él? ¿Hay en el libro que merezca la pena?

—No, que yo haya visto —le dije—. Hay historias, canciones, charlas, estimaciones, malos bocetos y poesía aún peor sobre el Erlking, pero nada útil.

—Nada que hayas visto —me dijo Thomas.

—Nada que haya visto —le confirmé—. Pero estos perturbados no estarían tan interesados en el libro si no tuviese algo importante ahí.

—¿Crees que está relacionado con el Darkhallow?

Escuchamos, durante un minuto, el crepitar del fuego hasta que Thomas dijo:

—Odio decir esto, pero tal vez deberías ponerte en contacto con el Consejo.

Puse mala cara.

—Sé que debería —le dije—. No sé lo que están haciendo. Y estos nigromantes son muy fuertes. Thomas, son más fuertes que yo. No creo que pueda ganarles si me enfrento a ellos.

—Esa parece una buena razón para pedir ayuda.

—No puedo hacerlo —le dije—. Mavra se cargaría a Murphy.

—No creo que a Murphy le gustase mucho que te matasen por esto, Harry —señaló—. ¿Y qué pasará si el Consejo se entera de que sabías que estos tíos andaban por aquí y no se lo has comunicado? No les va hacer ninguna gracia.

—Lo sé —dije—. Lo sé. Pero en este momento es mi elección y no dejaré que hagan daño a mi amiga. No puedo.

Asintió como si ya supiese que aquella iba a ser mi respuesta.

—Además, hay otra razón para no llamar al Consejo —comenté.

—¿Cuál?

—Ahora mismo, Cowl, Grevane y la habitacadáveres no trabajan juntos. Si llamo al Consejo les pongo en bandeja un enemigo común y una razón para cooperar.

—Ya tienen un enemigo común —aclaró—. Tú.

Me reí y mi risa sonó un tanto amarga.

—Yo no les preocupo en absoluto. Demonios, ni siquiera puedo entender qué es lo que está pasando. —Me froté los ojos—. Dijiste que había dos cosas importantes. ¿Cuál era la segunda?

—Tu coche.

—Ah, ya lo recuperé —le dije—. Está aparcado ahí delante.

—No, idiota —dijo Thomas—. Quien sea que te lo haya destrozado, lo hizo deliberadamente. Estaba intentando decirte algo.

—A lo mejor ni siquiera tiene nada que ver con lo que está ocurriendo —le dije. Resopló.

—Ya. Simplemente, no había pasado nunca y pasa justo ahora.

—Quien me estuviese mandando el mensaje, resultó demasiado críptico, ¿crees que será alguno de la banda de Kemmler?

—¿Por qué no? —contestó.

Pensé en ello un momento.

—No me parece algo propio de Grevane. Te apuesto lo que quieras a que él es más tipo que manda un muerto viviente a entregar sus misivas. La habitacadáveres haría llegar la amenaza a través de una pesadilla o una alucinación o algo así. Tiene dominada la magia mental. Los necrófagos te comen directamente, no te mandan mensajes.

—Eso nos deja a Cowl, a su compinche y al amigo de Grevane, el de las manchas hepáticas en la cara.

—Sí —le dije—. Creo que sentí algo familiar cuando vi a Manchas Hepáticas —añadí—. No estoy seguro de qué pudo ser... Tal vez esté dando palos de ciego.

—¿Qué hay de Cowl y Kumori?

—No lo sé, tío —le dije—. Eran dos personas dentro de unas túnicas. No llegué a verles las caras. Si tuviera que adivinar, por la forma de hablar, diría que eran del Consejo.

—Esa sería una razón muy buena para cubrirse las caras. —Thomas estuvo de acuerdo.

—No tiene sentido que le demos tantas vueltas —le dije, y me froté los ojos—. Los números de Bony Tony significan algo. Deben de estar relacionados con el libro de alguna manera. Estoy seguro.

—¿Serán una combinación? —preguntó Thomas.

—Demasiados dígitos —le contesté.

—Tal vez sea algún tipo de código y hay que sustituir los números por letras. Levanté las cejas.

—Podría ser. —Saqué el papel doblado del interior de mi bolsillo y se lo pasé—. Quédate aquí y dale un par de vueltas a esto a ver si consigues que tenga sentido.

Aceptó el papel.

—Ahora me siento como James Bond. Sofisticado, inteligente, descifrando códigos y con un atractivo irresistible. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Creo que el Erlking es la clave de todo esto —le dije. Y el Erlking forma parte del reino de las hadas.

Levantó las cejas.

—¿Lo que significa...?

—Cuando quieras saber algo sobre las hadas lo mejor es preguntarle a una de ellas. Voy a buscar a mi madrina a ver si sabe algo.

—Por lo que me has contado es muy peligroso, ¿no?

—Sí, peligrosísimo.

—Estás herido. ¿No te vendría bien un poco de ayuda?

Asentí.

—Vigila el fuerte —le dije—. ¿Ratón?

El gigantesco perro levantó del suelo su cabeza desgredada, con las orejas hacia delante, y me miró con una cara muy seria.

—Venga —le dije—. Nos vamos de paseo.

—¡Ah! ¡Harry! —dijo Thomas.

—¿Sí?

—Antes de que te vayas... ¿te importaría que ayudara a Butters a poner sus artilugios de polca en tu maletero?

—¿Qué quieres decir? ¿No te gusta la polca?

La cara de Thomas reflejó tensión.

—Por favor, Harry, me cae bien el hombrecillo, pero venga...

Me froté la boca con una mano para disimular la sonrisa.

—Claro. Probablemente sea más seguro para todos.

—Gracias —dijo. Cogió el traje de polca y me siguió por las escaleras mientras yo pensaba en la forma de iniciar una conversación con uno de los seres más peligrosos que conocía.

21

Ratón y yo nos alejamos de la ciudad de Chicago bordeando el lago, en dirección norte. Por una vez deseé que la transmisión fuese automática. Conducir con solo una mano y una pierna en buen estado no es nada divertido. De hecho, para mí es casi Imposible. Acabé usando la pierna herida más de lo que debía y la fatiga se fue intensificando. Me acordé de los calmantes que llevaba en el bolsillo, pero pasé de ellos. Tenía que estar en plenas facultades. Cuando todo terminase ya tendría tiempo para atontarme la mente con codeína. Así que seguí conduciendo y maldiciendo todo lo que me hiciese cambiar de marcha. Mientras, Ratón iba tan tranquilo en el asiento del copiloto con la cabeza colgando por fuera de la ventanilla.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos de la ciudad para empezar a llamar a mi madrina, el sol ya se había puesto, aunque el velo de nubes del cielo de la zona occidental todavía brillaba con el color de las brasas de una hoguera. Salí de la carretera y me metí por un lateral en el que la vieja gravilla y los testarudos hierbajos convivían en armonía. Me metí por un camino sin salida donde un proyecto de construcción se había quedado a medias. Era el típico sitio donde los jóvenes de la zona quedan para ingerir sustancias ilegales de distintas intensidades. Había latas de cerveza vacías y muchas botellas tiradas por el suelo.

Ratón y yo dejamos el coche cerca de la carretera y caminamos unos cincuenta metros, sorteando árboles y maleza hasta la orilla del lago. En una zona de la orilla se había formado una especie de montículo de tierra de unos veinticinco o treinta centímetros por encima de la superficie del agua.

—Espera aquí —le dije a Ratón. El perro se sentó en la orilla, mirándome atento y moviendo las orejas incesantemente, recogiendo cada sonido que surgía de los alrededores. Caminé hasta la cima del montículo y una brisa heladora se levantó del lago y se arremolinó a mi alrededor, agitando mi abrigo y haciendo peligrar mi equilibrio. Puse cara de dolor y me apoyé en el bastón en aquel punto en el que la tierra, el agua y el cielo se fundían en uno solo. Aglutiné mis pensamientos y dejé fuera el dolor de la pierna, mis temores y mis preguntas. Concentré mi energía, levanté la cara hacia el viento e hice el llamamiento, con voz pausada:

—Leanansidhe, allí donde esté, he venido a rogarle que salga a mi encuentro para poder conversar.

Envié aquellas palabras con toda mi energía y mi potencia mágica. La fuerza hizo que retumbaran intensamente, produciendo eco por toda la superficie del lago, repitiéndose en murmullos en el viento arremolinado y sacudiendo el suelo sobre el que me sostenía.

Después esperé. Podría haberlo repetido, pero estaba seguro de que mi madrina ya me había oído. Si iba a venir, lo haría. Si no, por mucho que repitiese el

llamamiento, no iba a cambiar de opinión. El viento sopló más frío y más violento, disparando frías gotas del agua del lago hacia mi cara. Una ráfaga de viento me trajo el sonido de un avión comercial que sobrevolaba aquel lugar y el silbido solitario de un tren de mercancías. En la distancia, en algún lugar del lago, una campana sonó varias veces, un sonido solemne que me recordó a un canto fúnebre. Aparte de todo aquello, no se movía ni una hoja.

Esperé. Por fin, el fuego se apagó en el cielo nublado y en aquel horizonte vislumbrado a mis espaldas solo quedaron tonos morados y oscuros. Mierda. Venía.

Después de pensar en ello, pero antes de que pudiera darme la vuelta, a mis pies se formó un remolino de agua que, lentamente, empezó a disparar agua hacia la superficie del lago de forma muy extraña. La pulverización del agua fue moldeando un cuerpo de mujer desnuda y pálida, comenzando por los pies y cubriéndola con una túnica medieval de color verde esmeralda. La túnica la llevaba atada con una cuerda tejida con hilos de plata y, colgada de ella, portaba un cuchillo algo curvo de un único filo y de algún material oscuro y vidrioso.

Cuando la espuma llegó al semblante de la mujer, busqué la saludable cara de mi madrina, cargada de rizos y tirabuzones cobrizos y escarlata, así como su mirada felina y ámbar. Busqué en su rostro aquellos rasgos que siempre le habían dado un aire petulante y una expresión exclusivamente orgullosa y engreída.

En vez de eso se alzó ante mis ojos un cuello largo y ebúrneo, unas vertiginosas facciones de gélida belleza y unos ojos oblicuos y de un verde más verde que cualquier verde que se pueda encontrar en el mundo natural. Tenía el pelo largo, sedoso y del blanco más puro. Lo llevaba recogido en un anillo y el conjunto recordaba a una enredadera de rosas rodeada de relucientes y preciosos trozos de hielo, quebradizo y cruel.

Detrás de mí, un gruñido grave salió de la garganta de Ratón, que seguía esperando en la orilla.

—Saludos, mortal —dijo el hada.

Su voz sacudió el agua, la tierra y el cielo con un poder imperceptible. Noté que resonaba en todos los elementos que me rodeaban al tiempo que la escuchaba.

Se me secó la boca y la garganta se me tensó. Me apoyé en el bastón para no perder el equilibrio mientras hacía una reverencia cortesana en su dirección.

—Saludos, reina Mab. Le ruego que me perdone, pues no era mi intención molestarla.

De repente un pensamiento volvió a mi mente, presa del pánico. La reina Mab había aparecido y eso no podía significar nada bueno. Mab, la monarca de la Corte de Invierno de los *sidhe*, la reina del aire y de la oscuridad, no era alguien muy agradable. De hecho, era uno de los seres poderosos más temidos, sin contar a los arcángeles y a los dioses antiguos. Una vez utilicé mi vista mágica para profundizar

en Mab, porque había dejado al descubierto su verdadero ser en un trabajo de mucha energía, y estuve a punto de volverme loco.

Mab no era un mísero ser mortal como Grevane o Cowl o la habitacadáveres. Era muchísimo mayor, muchísimo más cruel y muchísimo más letal de lo que ellos podrían llegar a ser jamás.

Yo le debía un favor. Dos, para ser exactos.

Se quedó mirándome durante un largo y silencioso momento, pero yo no la miré a la cara. Después soltó una carcajada y dijo:

—¿Molestarme? En absoluto. Estoy aquí exclusivamente para cumplir mis obligaciones y las tareas que tengo designadas. No es culpa de su merced que estas llamadas lleguen a mis oídos.

Me puse recto despacio y evité mirarla a los ojos.

—Esperaba poder hablar con mi madrina.

Mab sonrió. Sus dientes eran pequeños, blancos y perfectos. Los caninos estaban delicadamente afilados.

—Qué contratiempo. En este momento, Leanansidhe está bajo custodia.

Suspiré. Mi madrina era un miembro muy poderoso de la Corte de Invierno, pero al lado de Mab no tenía nada que hacer. Si Mab quisiese tumbar a Lea, lo haría sin problemas. Por alguna razón este pensamiento hizo aflorar mi instinto protector e irracionalmente me enfadé mucho. Sí, Lea no era un ser nada benevolente. Sí, había intentado convertirme en su esclavo varias veces durante los últimos años. Pero a pesar de todo eso, seguía siendo mi madrina y pensar que algo le podía pasar me encolerizaba.

—¿Por qué razón la ha detenido?

—Porque no tolero que se desafíe mi autoridad —dijo. Una mano pálida trepó hasta la empuñadura del cuchillo de su cinturón—. Ciertos acontecimientos han hecho creer a su madrina que ya no debía acatar mi voluntad y mi palabra. Ahora está aprendiendo que estaba equivocada.

—¿Qué le ha hecho? —pregunté. Bueno. Más que una pregunta sonó como una exigencia.

Mab se echó a reír y el sonido resultó argénteo y más suave que la miel. La risa atrajo las olas, la tierra y los vientos y los hizo chocar contra sí de una manera que me erizó el vello del cuello y obligó a mi corazón a latir con repentino discernimiento. Sentí una extraña presión, como si estuviese encerrado en una pequeña habitación. Apreté los dientes y esperé a que la risa se disipase, intentando no mostrar lo mucho que me había afectado.

—Está atada —dijo Mab—, un poco incómoda. Pero no se halla en peligro. Una vez que entienda quién gobierna el Invierno, será devuelta a su lugar. No puedo permitirme perder una vasalla tan poderosa.

—Necesito hablar con ella ahora —le dije.

—Por supuesto —dijo Mab—. Sin embargo, ahora ella se encuentra aprendiendo una lección que la llevará de vuelta al camino de la iluminación. Por ventura, aquí estoy yo para cumplir con sus obligaciones y enseñarle y guiarle a usted en lo que precise.

Fruncí el ceño.

—La tiene encerrada en alguna parte, ¿y mantiene sus promesas haciendo su trabajo?

Frialdad y altanería se reflejaron en los ojos de Mab.

—Las promesas deben mantenerse —murmuró. Las palabras provocaron oleaje, viento y temblor en las rocas—. Los juramentos y acuerdos de mi vasalla dependerán de mí tanto tiempo como yo tenga a bien retenerla e impedir que ella misma los lleve a cabo.

—¿Quiere eso decir que me ayudará? —le pregunté.

—Quiere decir que le daré lo que ella le hubiese dado —dijo Mab—, y le proporcionaré la información que ella le habría facilitado si se encontrase presente. —Inclinó la cabeza despacio hacia un lado—. Usted bien sabe, mago, que yo jamás diré una falsedad. Es mi palabra lo que le estoy dando.

La miré cautelosamente. Era verdad que los más altos *sidhe* no podían mentir, pero eso no era lo mismo que decir la verdad. La mayoría de los *sidhe* que había conocido eran maestros del arte de la decepción. Hablaban proponiendo acertijos, intercalando alusiones e inferencias. Acababan debilitando la sinceridad de sus palabras tan concienzudamente que podrían estar transmitiendo una mentira más respaldada que si directamente hubiesen dicho una falsedad. Confiar en la palabra de un *sidhe* era una tarea que debía ser asumida con extrema cautela y escrupuloso cuidado. Si tuviese elección, la evitaría.

Pero no había nada que pudiese hacer que no fuese seguir adelante. Todavía tenía que descubrir qué estaba haciendo en Chicago la banda del Club de los Corazones Solitarios del sargento Kemmler, y eso incluía correr el riesgo de hablar con mi madrina. Mab solo aumentaba ese riesgo.

Lo aumentaba mucho más.

—Busco información —dije— sobre el llamado Erlking.

Mab arqueó las cejas.

—Él —dijo—. Sí, tu madrina sabe un poco del tema. ¿Qué es lo que quieres saber de él?

—Quiero saber por qué todos los discípulos de Kemmler están haciéndose con todos los ejemplares que tiene el Consejo Blanco de su libro.

No podía imaginarme nada que pudiese poner nerviosa a Mab, pero aquella frase estuvo cerca. Su expresión se congeló y con ella el viento se detuvo de repente. Las

olas de la orilla, se frenaron de manera abrupta y el lago se convirtió en un plato de sopa bajo sus pies, reflejando débilmente el brillo del horizonte de la ciudad en la distancia y los últimos brillos de la luz violeta del cielo.

—Los discípulos de Kemmler —dijo. Sus ojos se volvieron más profundos que el lago sobre el que se encontraba—. ¿Puede ser?

—¿Si puede ser el qué? —pregunté.

—La Palabra —dijo ella—. *La palabra de Kemmler*. ¿La han encontrado?

—Humm —dije—. Más o menos.

Sus delicadas cejas blancas se alzaron.

—¿Qué quiere decir? Le ruego que me conteste.

—Quiero decir que el libro ha sido encontrado —le dije—. Lo encontró un ladrón local. Intentó vendérselo a un hombre llamado Grevane.

—El primer estudiante de Kemmler —dijo Mab—. ¿Consiguió el libro?

—No —le dije—. El ladrón usó la tecnología de los mortales para esconder el libro, para evitar que Grevane se lo quitase sin pagarle.

—Y Grevane lo mató —adivinó Mab.

—Y tanto.

—Y esa hierromancia mortal, la tecnología, como usted la llama, ¿todavía oculta el libro?

—Sí.

—¿Y Grevane?, ¿todavía la busca?

—Sí. Él y por lo menos dos más: Cowl y la habitacadáveres.

Mab levantó una de sus blancas manos y se golpeó con un dedo sus preciosos labios del color de las moras. Sus uñas estaban pintadas con un bonito brillo opalescente que distraía la mirada. Me sentí un poco mareado hasta que me obligué a apartar la vista.

—Peligroso —murmuró—. Se ha rodeado de una compañía letal, mortal. Incluso en el Consejo los temen.

—¡No me diga!

Mab abrió mucho los ojos y una pequeña sonrisa se le escapó entre los labios.

—Qué insolencia —dijo—. Resulta muy dulce en usted.

—¡Cielos! Eso es halagador —le dije—. Pero no me ha dicho ni una palabra sobre la razón por la cual pueden estar interesados en el Erlking.

Mab se mordió los labios.

—El ser sobre el que usted me está preguntando es a los trasgos lo que soy yo a los *sidhe*. Un gobernante. El maestro de los de su especie. Artero, malvado, poderoso y rápido. Es quien domina los espíritus de los cazadores caídos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tipo de espíritus?

—Los espíritus de aquellos que cazan —dijo Mab—. La energía de la caza. El entusiasmo, el hambre, la sed de sangre. De vez en cuando, el Erlking reclama a esos espíritus en forma de grandes y oscuros perros de caza y cabalga los vientos y los bosques en representación de la Caza Salvaje. Detenta un gran poder mientras está en marcha. Ese poder llama a los restos de los cazadores que vienen desde la vida de los mortales.

—Está hablando de fantasmas —le dije—. Los espíritus de los depredadores.

—Así es —respondió Mab—. Las sombras que permanecen en tranquilo descanso, inaceptable para los mortales, se elevarán por la noche, bajo las estrellas, y harán sonar su cuerno para unirse a la Caza.

—Sombras poderosas —dije tranquilo.

—Los espectros más potentes —dijo Mab, asintiendo con ojos brillantes y casi alegres cuando me miraba.

Me apoyé en mi bastón, intentando liberar mi pierna herida del mayor peso posible, para que así cesase el dolor y me dejase pensar.

—Entonces, una pandilla de hechiceros (que se abastece de muertos esclavizados para aumentar su poder) está interesada en un ser cuya presencia atrae a los espíritus más poderosos, aquellos que no podrían alcanzar de otra manera. —Seguí la cadena lógica desde ahí—. Hay algo en el libro que les dice cómo reclamar su atención.

—Querido niño —dijo Mab—. Demasiado listo para ser tan joven.

—¿Y cuál es? —le pregunté—. ¿Qué parte del libro?

—Su madrina —dijo con una sonrisa que crecía por momentos —no tiene ni idea. Apreté los dientes.

—¿Y usted?

—Soy la reina del aire y de la oscuridad, mago. Hay pocas cosas que desconozca.

—¿Me lo dirá?

Se tocó los labios con la punta de la lengua como si fuese a saborear las palabras.

—A estas alturas debería conocernos mejor, mago. Nada que te pueda entregar un *sidhe* es gratis.

Me dolía el pie. Tenía que dar un saltito sobre la pierna buena cada vez que perdía el equilibrio.

—Genial —murmuré—. ¿Qué es lo que quiere?

—A usted —dijo Mab, entrelazando sus manos delante de su cuerpo—. Mi ofrecimiento para recibir el título de caballero sigue abierto para usted.

—¿Qué tiene de malo el chico nuevo? —le pregunté—. ¿Lo van a echar por mí?

Mab me mostró sus dientes otra vez.

—Todavía no he reemplazado a mi actual caballero, a pesar de que es un traidor —cuchicheó.

—¿Todavía está vivo? —pregunté.

—Supongo —dijo Mab—. Aunque desearía no estarlo. Me he tomado mi tiempo para explicarle que cometió un gran error.

Tortura. Había estado torturándolo en venganza por su traición durante más de tres años.

Se me revolvió un poco el estómago.

—Si quiere, puede considerarlo un hecho de compasión —me dijo—. Acepte mi oferta y le perdonaré la deuda y contestaré todas las preguntas libremente.

Me encogí de hombros. El último caballero de Mab había sido un violador, asesino, abusador, psicótico y drogadicto. Nunca había tenido muy claro si le habían dado el trabajo gracias a esas cualidades o si se lo habían inculcado. De cualquier forma, el título de caballero de Invierno era permanente. Si aceptaba el ofrecimiento de Mab tendría que serlo para toda la vida, claro que, por supuesto, nadie me podía asegurar cuánto iba a durar mi vida.

—Ya se lo dije una vez —le recordé—. No estoy interesado.

—Las cosas han cambiado, mago —dijo Mab—. Ya conoce el poder al que se enfrenta con los herederos de Kemmler. Si fuese el caballero del Invierno, tendría una fuerza muy superior a sus ya considerables dones. Tendría medios para enfrentarse a sus enemigos en vez de andar escondiéndose en la noche, susurrando hechizos destructores.

—¡No! —la frené—. Y «no» significa no.

Mab se encogió de hombros con un movimiento suave, que atrajo mi mirada hacia las curvas de sus pechos bajo la túnica plateada.

—Me defrauda, joven. Pero puedo esperar. Puedo esperar hasta que *el* sol se congele.

Unos truenos resonaron sobre el lago. Se acercaban por el sudoeste, saltando de nube en nube.

Mab se giró para observar.

—¡Qué interesante!

—¿Eh? ¿Qué es interesante?

—Hay energía en acción, se está preparando el camino.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté.

—Que tiene poco tiempo —dijo Mab. Se dio la vuelta para volver a mirarme—. Debo hacer lo posible por mantenerlo con vida. Entienda esto, mortal: si los herederos de *Kemmler* se hicieran con la información que reside en la Palabra, se encontrarán en situación de reunir tanto poder como no ha visto el mundo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Kemmler era —los ojos de Mab se volvieron distantes, como si estuviera recordando— un loco. Un monstruo. Pero era brillante. Aprendió a controlar con su fuerza no solo carne muerta, también sombras (partirlas por la mitad y devorarlas

para alimentar su poder). Era el secreto de la fuerza, que le hacía capaz de derrotar al Consejo Blanco.

Sumé dos más dos y me dio cuatro.

—Los herederos quieren reunir a los antiguos espíritus. —Respiré—. Y devorarlos para conseguir su poder.

Los profundos ojos verdes de Mab estaban a punto de estallar con tanta intensidad.

—El propio Kemmler lo intentó, pero el Consejo lo venció antes de que pudiese terminar.

Tragué saliva.

—¿Qué pasaría si uno de sus discípulos lo consiguiese?

—El discípulo conseguiría más poder del que ningún mortal ha tenido jamás en sus manos desde que existe su raza —dijo Mab.

—El Darkhallow —dije. Me froté los ojos—. Eso es. Un ritual, mañana por la noche. Halloween. Todos quieren convertirse en dioses de la alianza júnior.

—El poder es la cosa más dulce, ¿verdad?

Pensé en ello un poco más. Tenía más cosas de las que preocuparme aparte de los coleguitas de Kemmler. Mavra también quería la Palabra. Campanas infernales. Si Mavra conseguía convertirse en una especie de diosa oscura, no existía la posibilidad de que no acabase conmigo a las primeras de cambio.

—¿Pueden hacerlo sin la Palabra?

En la boca de Mab se dibujó una sonrisa.

—Si pudieran, ¿por qué habrían de buscarla tan desesperadamente? —El viento empezó a soplar de nuevo y las corrientes del lago se reactivaron—. Tenga cuidado, mago. Se ha envuelto en un juego letal. Estoy muy decepcionada por que haya rechazado mi ofrecimiento.

—Pues acostúmbrese —le dije—. Nunca seré su guerrero.

Mab echó la cabeza hacia atrás y dejó salir otra vez esa carcajada que me ponía los pelos de punta.

—Tengo tiempo —dijo—. A ustedes, los mortales, les parece que la vida es muy dulce. Me debe ya dos favores, y no se confunda, *me* los voy a cobrar. Un día de estos se arrodillará a mis pies.

De repente, ríos de agua se arremolinaron en la superficie en espirales serpenteantes, formando pequeñas cascadas que ampliaban el lago hasta hacerlo invisible en el oscuro cielo. El viento rugía y me forzó a guardar el equilibrio sobre un lado, al final se me doblaron las rodillas y me caí sobre ellas.

Tan repentinamente como comenzó la tormenta, se fue. El lago recuperó la calma. El viento soplaba dulcemente a través de las ramas escasamente cubiertas de hojas muertas. No había ni rastro de Mab.

Hice un esfuerzo y conseguí ponerme de pie. Me fijé en Ratón, que seguía sentado en la orilla y me miraba con preocupados ojos perrunos.

—Siempre tiene que decir la última palabra —le dije.

Ratón corrió hacia mí y le rasqué las orejas un par de veces antes de que me olisqueara. Miró cautelosamente hacia el lago.

—Cada cosa a su tiempo —le dije—. Ya nos ocuparemos de Mab más adelante. Como podamos.

Caminé de vuelta hacia el Escarabajo más despacio que nunca, y Ratón se fue parando para esperarme cada uno o dos pasos. La adrenalina se me había bajado y me había dejado más agotado de lo normal. Tuve que esforzarme para mantenerme despierto todo el camino de vuelta a casa. Una lluvia, fría y fina, empezó a caer.

Acababa de llegar a casa y había salido del coche cuando Ratón empezó a alertarme con gruñidos. Me giré y me tambaleé. Clavé mi bastón en el suelo para apoyarme y no caerme.

Desde la oscuridad y la lluvia salieron algo más de una docena de personas. Salieron de las tinieblas y se pusieron a la vista. Todos caminaban hacia mí, seguros y sin prisa.

Todos andaban al mismo ritmo.

En la distancia oí los golpes estrepitosos de un tambor proveniente de un gran bajo estéreo.

Detrás del primer grupo venía otro. Y detrás de este, otro. Para entonces ya había podido ver los ojos del primero: vacíos, con la mirada fija, dentro de una cara hundida y sin vida.

Mi corazón se sacudió sumido en terror a medida que los zombis se me acercaban. Me arrastré escaleras abajo y tropecé contra mi puerta. Nervioso, saqué las llaves e intenté desconectar el hechizo para que mi propio conjuro de seguridad no acabase con mi vida al entrar. Ratón se quedó detrás de mí, gruñendo y echando espuma entre sus dientes desnudos.

—¡Thomas! —grité—. ¡Thomas, abre la puerta!

Oí un ruido muy cerca y me giré.

Aquellas caras sin cerebro aparecieron por la parte alta de las escaleras que llevaban a mi apartamento. Las máquinas de matar de Grevane comenzaron a bajar, directas hacia mí.

Ratón saltó cuando el primero de los zombis se lanzó contra mí y provocó un desagradable sonido con el impacto. El perro y el muerto viviente cayeron por las escaleras. El zombi estiró un brazo hacia Ratón; el perro se revolcó y recibió un golpe en el hombro que provocó que se agudizase su gruñido. El perro se alzó contra las piernas del zombi y le clavó los dientes en la cara al cadáver. Sacudió la cabeza con violencia mientras el zombi se retorció y se tambaleaba ante la ferocidad del ataque.

El segundo zombi eludió a la pareja luchadora y se dirigió a mí. Casi no tuve tiempo para blandir mi bastón a la criatura y gritar:

—¡*Forzare!*

Una fuerza invisible sacudió al zombi como si fuera una ola del océano y lo envió de vuelta escaleras arriba y lo dejó fuera de la vista.

Ratón soltó un alarido de dolor, clavó de nuevo sus colmillos en la cara del zombi e intentó echarlo de allí. La cara del zombi estaba tan destrozada y magullada que resultaba irreconocible. Los ojos se le habían dado la vuelta y aquella cosa muerta se sacudía salvajemente, asombrosamente ciega, con pesados movimientos de brazos. Ratón se apoyó con fuerza contra mí, manteniendo una pata levantada del suelo y gruñendo.

Tres zombis más estaban listos para bajar las escaleras. No tendría tiempo para hacer otra cosa que no fuera volver a utilizar mi bastón. Lo levanté, pero el primer zombi había sido más rápido de lo que me había imaginado: cuando me quise dar cuenta ya estaba delante de mí y le había propinado una patada a mi palo de madera arrebatándomelo de la mano. El bastón chocó contra la pared de cemento del hueco de la escalera y rebotó contra el zombi ciego, quedando fuera de mi alcance. El zombi me asió del brazo y apenas pude esquivarlo.

La puerta se abrió a mi espalda y Thomas gritó:

—¡Abajo!

Me tiré al suelo e hice todo lo que pude para agarrar a Ratón y llevármelo conmigo. Se oyó un bramido atronador y el primero de los zombis fue decapitado, provocando una ducha de sangre podrida. Sus restos se sacudieron durante un segundo y enseguida cayeron bamboleándose hacia un lado, desplomándose, para volverse inertes.

Thomas se quedó de pie en la puerta, con unos pantalones vaqueros por toda vestimenta. Sostenía la pistola contra su hombro y sus ojos grises brillaban con furia. Llenó el cargador y disparó tres veces más, destrozando o por lo menos alejando a mis enemigos más próximos. Después me agarró por el cuello del abrigo y me arrastró dentro del apartamento. Ratón vino con nosotros y Thomas cerró la puerta de

golpe.

—Echa el cierre —le dije. Corrió los grandes cerrojos de seguridad mientras yo repté hacia la puerta, apoyé mis manos en ella y con un susurro de fuerza reactivé los conjuros que protegían el apartamento. El aire retumbó como un zumbido cuando los conjuros se reinstalaron en su lugar.

El silencio cayó sobre el apartamento.

—Vale —dije jadeando—. Ya está. A salvo en casa. —Miré alrededor y descubrí a Butters pegado a la chimenea, con el atizador en la mano—. ¿Estás bien, tío?

—Eso creo —dijo Butters. Sus ojos transmitían cierta desesperación—. ¿Se han ido ya?

—Si todavía no lo han hecho, lo harán. Estamos a salvo.

—¿Estás seguro?

—Claro —le dije—. No hay forma de que puedan entrar aquí.

Las palabras apenas habían salido de mi boca cuando un crujido estridente y un golpe sordo derribaron decenas de libros de mis estanterías, y nos dejó a todos tambaleándonos como el elenco de la *Star Trek* original.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Butters.

—Los conjuros de protección —gruñó Thomas.

—No —dije—. Es decir, ¡venga ya! ¡Intentar cruzar esos hechizos es un auténtico suicidio!

Hubo otro estacazo y el apartamento volvió a sacudirse. Un resplandor azulado iluminó el exterior de la pensión, e incluso se reflejó en las ventanas altas que tenía mi apartamento, casi a la altura del techo. Era dolorosamente brillante.

—No puedes suicidarte si ya estás muerto —dijo Thomas—. ¿Cuántas cosas de esas había fuera?

—No estoy seguro —le dije—. ¿Muchas?

Thomas tragó saliva, sacó la caja de proyectiles de la repisa y empezó a cargarlas en la recortada.

—¿Qué pasaría si se pone a tirar un zombi tras otro contra el conjuro de protección?

—No está preparado para recibir una descarga continua —dije. Resonó otro bramido y destelló otra ráfaga de luz, pero esta vez apenas si tembló el suelo—. Va a acabar apagándose y colapsándose.

—¿Cuánto puede durar? —preguntó Thomas.

Se oyó un zumbido fuera, esta vez muy lento comparado con los bramidos de antes. La luz blanca azulada brilló débilmente.

—No mucho. ¡Mierda!

—Ay, Dios —dijo Butters—. Ay, Dios, ¡ay, Dios! ¿Qué pasará cuando se apague el conjuro de protección?

Resoplé.

—La puerta es de acero. Les llevará un rato atravesarla. Y después de eso, está el umbral que debería frenarlos o por lo menos hacerles disminuir el ritmo. —Me metí los dedos entre el pelo—. Tenemos que pensar en algo, rápido.

—¿Qué hay de las defensas extras? —dijo Thomas.

—Están fuera —dije.

—Por lo tanto necesitamos defensas extras —dijo Thomas. Se puso a jugar con la recámara de la pistola y metió más balas en la ranura extra del gancho.

—Esas defensas están pensadas para detener un asalto de magia —le dije—. No una entrada física.

—¿Mantendrá a los zombis fuera? —preguntó Butters.

—Sí, pero también nos mantendrá a nosotros dentro.

—¿Y eso qué tiene de malo? —inquirió Butters.

—Nada —dije—, hasta que Grevane incendie el edificio. Una vez que suban, no puedo hacerlos bajar. Estaremos atrapados. —Apreté los dientes—. Tenemos que salir de aquí.

—¡Pero los zombis están ahí fuera! —dijo Butters.

—No soy el único que vive aquí —señalé—. Si quema la casa para atraparme, otra gente morirá. Thomas, vístete y ponte los zapatos. Butters, hay una escalera debajo de la alfombra navaja. Quiero que enciendas una vela y te metas ahí. Encontrarás una mochila negra de nailon en la mesa y una calavera blanca en la estantería de madera. Mete la calavera en la mochila y tráemela.

—¿Qué? —dijo Butters.

—¡Hazlo! —grité.

Butters salió disparado hacia la alfombra navaja y encontró la trampilla hacia mi laboratorio. Cogió una vela y desapareció escalera abajo.

Thomas había dejado la pistola y había abierto su baúl. No le llevó nada ponerse los calcetines, las botas negras de combate, una camiseta blanca y una chaqueta negra de cuero. A lo mejor formaba parte de sus poderes sobrenaturales de vampiro del sexo: capacidad para vestirse rápido en una huida precipitada.

—¿Ves? —me dijo mientras se vestía—. Lo de Butters.

—Cállate, Thomas —le dije.

—¿Cuál es el plan? —me preguntó.

Cojeé hacia el teléfono y me lo puse en la oreja. Nada.

—Han cortado la línea.

—No podemos pedir ayuda —dijo Thomas.

—No. Lo único que podemos hacer es intentar llegar al coche como sea.

Thomas asintió sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—¿Tú qué crees?

—El clásico muro de fuego será suficiente. Nos cubrirá la banda izquierda y mantendrá a los malos alejados. Yo iré por la derecha y dispararé a todo lo que se mueva.

Fuego mágico. Un recuerdo repentino de mi mano quemada se apoderó de mi mente, de forma tan intensa que sentí verdadero dolor físico en el nervio que me cauterizaron. Pensé en lo que necesitaría para poder invocar la pared que Thomas había propuesto, y el mero pensamiento llenó mi estómago de repugnancia y, aún peor, de dudas.

Para hacer un truco de magia tienes que creer en él. Tienes que creer que puedes y debes hacerlo, a pesar de lo que tengas en mente, o no conseguirás nada. Mi mano ardía con agonía fantasmagórica y me di cuenta de que no podía reconocerlo. Ni siquiera a mí mismo.

No estaba seguro de poder volver a usar fuego mágico.

Algún día.

Si lo intentaba y no lo lograba se me haría más difícil concentrar mi energía en ello otra vez en el futuro. Cada fracaso intentando levantar una pared solo me abriría más la brecha. Podría dejar de creer en mis poderes.

Miré hacia abajo, me fijé en mi mano mutilada y durante un segundo pude ver la carne rota y ennegrecida, los dedos hinchados y todo filtrado de sangre y fluidos. Esa visión se esfumó en un segundo y volví a ver mi mano bajo un guante de piel y supe que dentro de ese guante había una cicatriz con varias sombras blancas, rojas y rosas.

No estaba preparado. Dios, ni siquiera para salvar vidas que incluían la mía. No estaba seguro de si sería capaz de invocar al fuego otra vez. Me quedé allí sintiéndome impotente, enfadado, aterrado, estúpido y, sobre todo, avergonzado.

Sacudí la cabeza frente a Thomas y evité encontrarme con sus ojos mientras le ponía una excusa:

—Estoy muy cansado —le dije despacio—. Tengo que ahorrar la energía que me queda para impedir que Grevane nos alcance si decide atacarnos directamente. No sé de cuánto seré capaz.

Busqué la expresión adecuada durante un segundo y acabé frunciendo el ceño. Se encogió de hombros bajo su chaqueta y mantuvo la cara seria. Metió el sable en la vaina y se lo abrochó en la hebilla de su cinturón de piel. Se lo colocó en la cadera y volvió a coger la pistola.

—Supongo que entonces será cosa mía.

Asentí.

—No sé con cuánta fuerza podré atacar —dijo tranquilo.

—El año pasado estuviste muy bien con la Corte Negra de vampiros —le dije.

—En aquel entonces me alimentaba de Justine todos los días —dijo—. Tenía

mucha fuerza para expulsar. Ahora... —Sacudió la cabeza—. No estoy seguro.

—No es que tengamos exceso de personal precisamente, Thomas. Cerró los ojos durante un segundo y luego asintió.

—Bien.

—Este es el plan. Llegamos hasta el Escarabajo y nos vamos.

—¿Y luego qué? ¿Adónde vamos después? —preguntó.

—Yo no soy tan quisquilloso con tus planes, ¿o sí?

De repente hubo un golpe contra la puerta de acero de seguridad. Se sacudió en el marco. Partículas de polvo cayeron desde el techo. Y luego otro. Y otro. Grevane había mandado suficientes zombis contra el hechizo de protección como para desactivarlo.

Thomas puso mala cara y dirigió la mirada hacia mi pierna.

—¿Puedes subir las escaleras sin ayuda?

—Lo haré —le dije.

Butters apareció por la escalera, jadeando, recién llegado del laboratorio. Tenía la cara pálida. Llevaba mi mochila de nailon puesta y me fijé en que la calavera Bob sobresalía por un lado.

—¡Pistola! —le dije a Thomas y me pasó la recortada—. Vale. Así es como va a ser.

Abrimos la puerta. —Gesticulé con la pistola—. Hago un barrido para dejarlo despejado y esperamos a que Thomas llegue hasta la puerta de arriba. A partir de ahí Thomas va delante. Butters, vas a llevar la recortada.

—No me gustan las pistolas —dijo Butters.

—No te tienen que gustar —le dije—. Solo tienes que llevarla. Tal y como tengo la pierna no puedo subir las escaleras sin apoyarme en el bastón.

La puerta de acero volvió a sacudirse y el ritmo de los golpes empezó a aumentar de nuevo.

—¡Butters! —grité—. ¡Butters! Tienes que coger la pistola en cuanto te la pase Y seguir a Thomas, ¿entendido?

—Sí —dijo.

—Una vez que estemos en la parte alta de las escaleras, Thomas los entorpecerá mientras yo arranco el coche. Butters, te sentarás en el asiento de atrás. En cuanto Thomas suba, nos largamos de aquí.

—Eh... —dijo Butters—. Grevane destrozó mi coche para que yo no me pudiese escapar, ¿te acuerdas? ¿Qué pasa si ha hecho lo mismo con el tuyo?

Me quedé mirando a Butters durante un segundo e intenté no desvelarle lo mucho que aquello acababa de preocuparme.

—Butters —dijo Thomas tranquilamente—, si nos quedamos aquí, moriremos.

—Pero si han destrozado el coche... —empezó Butters.

—Moriremos —repitió Thomas—. Pero no tenemos elección. Lo hayan destrozado o no, nuestra única opción para salir vivos de aquí está en llegar hasta el Escarabajo y tener la suerte de que funcione.

El hombrecillo se puso aún más pálido y de repente se dobló y se tambaleó, apoyándose en la pared que había debajo de una de mis ventanas altas. Vomitó. Se incorporó después de un minuto y se apoyó en la pared, temblando.

—Odio esto —susurró y se secó la boca—. Odio esto. Quiero irme a casa. Quiero despertar.

—Espabila, Butters —le dije con voz muy seria—. No estás ayudando. Dejó salir una risa nerviosa.

—Nada que pueda hacer será de ayuda, Harry.

—Butters, tienes que tranquilizarte.

—¿Tranquilizarme? —Señaló la puerta agitando la mano—. Nos van a matar. Igual que a Phil. Nos van a matar y vamos a morir. Tú, yo, Thomas. ¡Vamos a morir todos!

Me hizo olvidar mi pierna mala durante un segundo, crucé la habitación hasta donde estaba Butters y lo agarré por la camisa. Lo levanté hasta que sus talones no tocaron el suelo.

—Escúchame —le gruñí—. ¡No vamos a morir!

Butters se quedó mirándome, pálido, con ojos aterrorizados.

—¿No?

—No. ¿Y sabes por qué?

Sacudió su cabeza por toda negativa.

—Porque Thomas es demasiado guapo para morir. Y porque yo soy demasiado terco. —Lo agarré por la camiseta con más fuerza aún—. Y, sobre todo, porque mañana es el Oktoberfest, Butters, y la polca nunca morirá.

Parpadeó.

—¡La polca nunca morirá! —le grité—. ¡Dilo! Tragó saliva.

—¿La polca nunca morirá?

—¡Otra vez!

—La po-po-polca nunca morirá —tartamudeó. Lo sacudí un poco.

—¡Más alto!

—¡La polca nunca morirá! —chilló.

—¡Lo vamos a conseguir! —grité.

—¡La polca nunca morirá! —vociferó.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —murmuró Thomas.

Le eché una mirada amonestadora, solté a Butters y avisé:

—Preparaos para abrir la puerta.

En ese momento la ventana que estaba justo encima de Butters estalló,

despidiendo trozos de cristal por el aire. Llegó un olor penetrante a mi nariz. Tropecé, mi pierna herida cedió y me caí al suelo.

Butters gritó.

Miré hacia arriba y vi como unos dedos grises sin vida agarraban al hombrecillo y lo sujetaban en el aire. Otras dos manos de zombis se pegaron a él y lo arrastraron para fuera de la ventana. Pasó rapidísimo, antes de que pudiera levantarme. Antes de que Thomas desenfundara su sable.

Se oyó un grito sobrecogedor que se cortó de repente.

—Dios mío —susurré—. ¡Butters!

Me levanté y, en absoluto silencio, contemplé la ventana rota, durante unos segundos.

—Harry —dijo Thomas ansioso—. Tenemos que irnos.

—No —dije—. No lo voy a dejar.

—Probablemente ya esté muerto.

—Estar muerto —le contesté—, no lo protegerá de Grevane. No lo dejaré aquí.

—¿Tenemos alguna posibilidad de ganar si nos enfrentamos a él?

Sacudí la cabeza.

—Ayúdame a levantarme.

Lo hizo. Cojeé hasta la ventana y grité:

—¡Grevane!

—Buenas noches —dijo Grevane con ese tono de voz que denotaba tanta riqueza y cultura y que contrastaba con los golpes torpes y repetitivos que sacudían mi puerta—. Te felicito por la elección del constructor. Esa puerta es verdaderamente resistente.

—Me gusta mantener mi privacidad —repliqué—. ¿Está vivo el forense?

—La experiencia me dice que ese término se ha vuelto muy polémico —señaló Grevane—. Pero, hasta el momento, está en bastante buen estado.

Me temblaron las piernas al relajarse con el alivio. Bien. Si Butters todavía estaba bien, tenía que mantener a Grevane en la conversación. Apenas habían pasado cinco minutos desde que había comenzado el ataque. Incluso si los malos habían cortado las líneas de teléfono de toda la pensión, los vecinos tenían que haber oído el jaleo y casi seguro que habrían visto la luz de mis hechizos. Seguro que alguien habría llamado a las autoridades. Si mantenía a Grevane ocupado el tiempo suficiente, llegarían. Y apostaría a que Grevane no se quedaría a probar suerte teniendo tan cerca su objetivo y se daría a la fuga.

—Tú lo tienes y yo lo quiero.

—Yo también —dijo Grevane—. Supongo que encontró la información en el cadáver del traficante.

—Sí —le dije.

—Y ya sabrás que me la quedé yo.

—Sí.

Hizo un ruido como de estar pensando. Estaba muy cerca de la ventana rota pero no podía verlo.

—Eso supone un problema para mí —dijo Grevane—. No tengo intención compartir la Palabra con nadie. Me temo que va a ser necesario que te silencie.

—Soy la menor de tus preocupaciones —le insinué—. La habitacadáveres y Li Xian me arrebataron la información esta tarde.

Hubo un silencio únicamente perturbado por el golpeteo regular de la puerta.

—Si eso hubiese ocurrido —dijo Grevane—, no estarías vivo para hablar de

—Tuve suerte y me escapé —le dije—. La habitacadáveres estaba muy sulfurada por el tema del Darkhallow que os traéis entre manos.

Oí un gruñido enfadado y un escupitajo.

—Si me estás diciendo la verdad —dijo Grevane—, no obtendré ningún beneficio dejándoos vivir al forense y a ti.

—Es una manera de verlo —le dije—. Pero también podrías pensar que no te costaría nada hacerlo. La otra noche querías proponerme un trato. ¿Todavía quieres hablar de ello?

—¿Con qué objetivo? —me preguntó.

Se oyó el crujido del acero que cedía después de toda la tensión. Una de las esquinas superiores de la puerta se torció y dejó que se colase el frío del exterior.

—Date prisa —me apuró Thomas—. Tenemos que actuar rápido.

—Entrégame a Butters —le dije a Grevane— y te proporcionaré la información que encontré.

—No me estás ofreciendo nada. Ya lo tengo a él —dijo Grevane—. Puedo extraer la información de él yo mismo.

—Podrías —le dije—, si la supiese. Pero no es el caso.

Grevane rezongó algo en una lengua que yo no conocía. Oí unas pisadas, luego el ruido de una bofetada y murmullos de un Butters aturdido.

—¿Es eso verdad? —le preguntó Grevane—. ¿Tienes información sobre la Palabra?

—No sé lo que es —farfulló Butters—. Había un lápiz de memoria. Números. Era una retahíla de números.

—¿Qué números? —gruñó Grevane.

—No lo sé. Un montón. No los recuerdo. Los tiene Harry.

—¡Mentiroso! —dijo Grevane. Se oyó el golpe de otro sopapo y un grito de Butters.

—¡No lo sé! —exclamó Butters—. Había un montón de números y yo solo vi algunos durante un segun...

Otro golpe, esta vez más sordo y pesado, como de un puño golpeando la piel.

Apreté los dientes, la rabia se apoderó de mí.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé... —decía Butters. Parecía que estaba llorando.

—Mírame —exclamó Grevane—. ¡Mírame!

Cerré los ojos y me aparté un poco de la ventana. Podía imaginarme lo que estaba sucediendo: Butters estaría probablemente de rodillas, agarrado por dos zombis, y Grevane, de pie con su gabardina, le estaría sosteniendo la barbilla con el pulgar y el índice. Podía imaginar cómo forzaba a Butters a mirarlo a los ojos para iniciar una

visión del alma. Grevane estaría intentando mirar en el interior de la cabeza de Butters, en un veloz y urgente intento de llegar a la verdad.

Y Butters estaría expuesto a la corrupción de un alma abocada a la magia negra y a una vida de asesinatos.

Surgió un sonido muy agudo que fue aumentando rápidamente hasta que se convirtió en un alarido de terror y enajenación. Aquel gemido estaba falto de dignidad, estaba fuera de sí. Jamás habría reconocido aquello como la voz de Butters si no supiese que era él quien estaba allí fuera. Pero lo sabía. Butters gritó y prolongó aquel aullido sin pausas hasta que se quedó sin aliento y se petrificó. A partir de ahí, el eco se fue diluyendo.

—¿Y bien? —preguntó otra voz, una desconocida. La de aquel hombre era ronca, como si se hubiese pasado la vida entera bebiendo whisky barato y fumando puros aún más baratos.

—No lo sabe —informó Grevane pausadamente, con voz de desagrado.

—¿Estás seguro? —dijo la segunda voz. Me moví un poco hacia un lado y me puse de puntillas para tratar de vislumbrar. Descubrí al segundo interlocutor: era Manchas Hepáticas.

—Sí —dijo Grevane—. No tiene ninguna fuerza, si lo supiese habría contestado.

—¡Si matas al forense vas a tener que matarme a mí! —grité—. Y, por supuesto, soy el único que tiene esa información, además de la habitacadáveres. ¡Psicópatas aspirantes a nigromantes con delirios de grandeza! ¡Estoy seguro de que no deseáis precisa mente compartir vuestra información con los maniacos de vuestros colegas!

Hubo un silencio en el exterior.

—Podéis empezar por sacarme de aquí —les dije—. Por supuesto, en cuanto caiga sobre vosotros mi hechizo de muerte os resultará mucho más difícil derrotar a la habita cadáveres para conseguir el Darkhallow, pero ¿qué es una vida sin aprietos que le den un poco de interés? —Hice una pause y proseguí—. No seas idiota, Grevane, si no pactas conmigo estarás firmando tu propia sentencia de muerte.

—¿Es eso lo que piensas? —dijo Grevane—. Tal vez me vaya de aquí sin más.

—No, no lo harás —le dije—. Porque cuando la habitacadáveres consiga su carné de socia del club de campo del monte Olimpo, lo primero que hará será buscar a su rival más cercano, es decir, a ti. Y lo siguiente: extraerte el páncreas por la nariz.

La puerta se rompió de forma diagonal repentinamente y la parte superior cedió como si estuviese hecha de papel vegetal. No se cayó totalmente, pero sí lo suficiente como para que asomasen dedos de muertos ansiosos por arrancar la parte destrozada.

—Harry —dijo Thomas con voz temerosa. Desenvainó el sable, se dirigió a la puerta y cortó de cuajo los dedos que sobresalían. Salieron disparados por el aire y cayeron al suelo, todavía retorciéndose y serpenteando como gusanos de tierra disecados.

—¡Decídate, Grevane! —le grité—. Si vas más allá, haré todo lo que esté en mi poder para matarte. No soy más fuerte que tú, eso lo sabemos los dos, pero no conseguirás la información si yo no quiero. No soy ninguna piltrafa, puedo ponerte tan al límite como para que desees matarme.

—¿Quieres hacerme creer que podrías llegar al suicidio? —me preguntó Grevane.

—¿Para hundirte conmigo? —repliqué—. ¡Ya lo creo! ¡Puedes contar con ello!

—¡No lo escuches! —bufó Manchas Hepáticas—. Mátalo, sabe que está terminado y se encuentra desesperado.

Mierda. Tenía toda la razón y lo último que necesitaba era que alguien se lo dijese a Grevane. El dedo de un zombi pasó volando por delante de mi cara; otro rebotó en mi guardapolvo y cayó al suelo, al lado de mi pie. Este todavía estaba retorciéndose y tenía una uña amarillenta que arañaba mi bota de manera ciertamente perturbadora. El aporreamiento de la puerta se volvió más sonoro y tal presión hizo que el marco comenzase a agitarse.

Pero de repente, sin motivo aparente, paró. El silencio se apoderó del apartamento.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Tendrás que liberar a Butters —le dije—. Dejarás que nos alejemos en mi coche y nos llevaremos a tu secuaz. Una vez que estemos lejos, le daré los números y lo dejaremos marchar. Y a partir de ahí, estaremos en tregua hasta el amanecer.

—Esos números —dijo Grevane—, ¿qué significan?

—No tengo ni idea —le dije—. Por lo menos, no por ahora. La habitacadáveres tampoco lo sabe.

—Entonces, ¿qué valor tienen? —preguntó.

—Alguien lo averiguará, pero si no pactas conmigo ahora, está más que claro que ese alguien no serás tú.

Hubo otra pausa larga y luego Grevane dijo:

—Dame tu palabra de que cumplirás las condiciones.

—Cuando tú me des la tuya.

—La tienes —dijo Grevane—. Te lo juro por mi poder.

—¡No...! —susurró Manchas Hepáticas—. No lo hagas.

Levanté las cejas e intercambié una mirada especulativa con Thomas. Los juramentos y las promesas tienen poder en sí mismas. Esa era una razón por la que están tan bien consideradas entre los miembros de la comunidad sobrenatural. Cuando alguien rompe una promesa, una parte de la energía que invirtió en hacerla se vuelve contra él. Para la mayoría de las personas no supone un problema demasiado grave, ya que puede manifestarse simplemente como un poco de mala suerte, un resfriado, un dolor de cabeza o algo así.

Pero cuando un ser más poderoso o un mago hace un juramento por su poder, el

efecto es letal. La ruptura de muchas promesas puede acabar inutilizando la magia de un hechicero e incluso destruyendo por completo su condición. No he oído jamás que un mago rompiera un juramento hecho en nombre de su poder. Esa es una de las constantes del mundo sobrenatural.

—Te juro por mi poder que cumpliré la promesa acatando las condiciones que hemos establecido —le dije.

—Harry —susurró Thomas—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Salvar nuestros culos, espero —le dije.

—No te habrás creído que él va a cumplir su parte, ¿no? —susurró Thomas.

—Lo hará —le dije y al hacerlo me di cuenta de lo seguro que estaba de tener razón—. Si quiere sobrevivir, no tiene otra elección. El objetivo de Grevane es conseguir el poder. No va a ponerlo en peligro rompiendo esta promesa.

—Eso te crees tú.

—Incluso si decide jodernos, es bueno que lo hagamos hablar. Cuanto más lo retrasemos, más posibilidades tenemos de que aparezca la policía. Se dará media vuelta en cuando los vea venir.

—Pero si la policía no aparece, le darás lo que necesita para convertirse en una auténtica pesadilla —dijo Thomas.

Sacudí la cabeza.

—Tal vez no sea tan mala idea. No puedo destruirlo. Y a la habitacadáveres tampoco. Meter a Grevane en el lío hará que les resulte más difícil centrarse en mí.

Thomas cogió aire despacio.

—Es demasiado arriesgado.

—¡Oh, no! ¡Algo arriesgado! —ironicé—. Arriesgarnos es algo que no nos gusta nada, ¿a que no?

—A nadie le gustan los listillos, Harry.

—Butters cuenta conmigo —le dije—. Ahora mismo, soy todo lo que tiene. ¿Te reservas alguna idea mejor?

Thomas negó con la cabeza.

—¡Muy bien! —gritó Grevane—. ¿Cómo lo hacemos?

—¡Llévate a tus zombis de aquí! —le dije. En ese momento encontré un bolígrafo y un trozo de papel; cogí un papel doblado de mí bolsillo y copié los números—. Tú vete con ellos. Manchas Hepáticas y Butters esperarán junto al coche. Nos subimos y nos vamos. En cuanto estemos a unas manzanas de distancia, dejaremos a Manchas Hepáticas con los números, sano y salvo.

—De acuerdo —convino Grevane. Esperamos un minuto y luego Thomas dijo:

—¿Oyes algo?

Me acerqué a la puerta y Escuché. Oí la respiración rápida y agitada de alguien. Butters. Nada más. Sacudí la cabeza y miré a Thomas.

Se acercó a la puerta, con la espada todavía en la mano. La abrió despacio. Los golpes recibidos la habían atascado y tuvo que tirar muy fuerte para desencajarla. Thomas miró hacia fuera y vio que todavía había un par de trozos de zombis retorciéndose en las escaleras, pero aparte de eso, estaba vacío. Subió despacio por las escaleras mirando a su alrededor. Mi bastón seguía tirado en el suelo enfrente de la puerta. Thomas lo empujó con el pie de vuelta al apartamento.

—Está despejado.

Me hice con la recortada y recogí el bastón. Como pude, cargué las dos cosas en la mano buena. Ratón cerró filas a mi lado, con una cresta todavía erguida y produciendo, cada pocos segundos, un gruñido subsónico desde la profundidad de su pecho. Cojeé hasta la puerta y subí las escaleras.

Caía una fría lluvia, ligera pero continua. Estaba oscuro. Muy oscuro. No se veía luz por ninguna parte. El maleficio que Grevane había desatado al comienzo del ataque debía de haber afectado a gran parte de la electricidad de la ciudad. Como yo no tenía nada eléctrico en mi apartamento, no fuimos conscientes de este hecho.

Me sentí un poco mareado. Si se habían cortado todas las luces y los teléfonos no funcionaban era probable que por allí no apareciese ningún policía. En el momento en que los conjuros de protección comenzaron a hacer ruido, las líneas ya habían sido cortadas. Al no haber luz, existía la maravillosa posibilidad de que nadie hubiese visto nada extraño. Por su parte, la lluvia podría haber amortiguado los ruidos considerablemente. La gente tiende a quedarse en casa, en lugares cómodos, cuando se dan estas situaciones, y si alguien hubiese visto u oído un crimen pero no tuviese manera avisar a las autoridades, era poco probable que hiciese otra cosa que no fuese quedarse en casa y esconder la cabeza.

Había pedacitos de zombis tirados en las escaleras, en la gravilla del aparcamiento y en el césped. Algunos parecían quemados, mientras que otros parecían haberse derretido como cera al sol del verano. Habían quedado algunos puntos negros quemados en el suelo, en zonas carbonizadas. No podía contar cuántos zombis habían sido aniquilados, pero debían de haber sido por lo menos los mismos que atisbé en el momento inicial del ataque.

Grevane había traído más. La lluvia los escondía casi por completo, pero a lo lejos, hasta donde me llegaba la vista, descubrí los cuerpos inmóviles de más zombis. Había docenas de ellos. ¡Campanas infernales! Si hubiésemos intentado el plan de la carrera hasta el coche, no habría sido suficiente con rezar. Aquel sonido atronador de un bajo estéreo seguía palpitando de fondo a ritmo constante.

Cerca del Escarabajo se encontraba ya Manchas Hepáticas. Llevaba el mismo abrigo, el mismo sombrero de ala ancha de la última vez y tenía la misma expresión amargada en su cara arrugada y llena de lunares. Las zonas de su pelo fino y canoso que no estaban mojadas por la lluvia se levantaban con cada pequeño soplido de

viento. Lo estudié detenidamente. Era unos siete u ocho centímetros más bajo que la media. Su cara me resultaba familiar. Estaba seguro de que lo había visto antes pero no lograba ubicarlo. Me incomodaba muchísimo, pero no era el momento de entretenerme para jugar a las adivinanzas.

Butters se encontraba en el suelo, en postura fetal, sobre la gravilla húmeda y fangosa, a los pies de Manchas Hepáticas. Respiraba muy rápido y de manera ruidosa. Tenía los ojos fijos en el infinito.

Manchas Hepáticas hizo un gesto cortante señalando a Butters. En respuesta, le enseñé brevemente la copia de los números y la volví a dejar en el bolsillo.

—Mételo en el coche —le dije a Manchas Hepáticas.

—Hazlo tú —respondió aquel hombre de voz ronca y grosera.

Ratón, que no le quitaba ojo a Manchas Hepáticas, dejó salir un gruñido sordo y grave.

Entrecerré los ojos y exclamé:

—¡Thomas!

Mi hermano envainó la espada y cogió a Butters, como si fuese un niño pequeño, manteniendo la mirada en Manchas Hepáticas. Volvió hacia el coche y Ratón y yo vigilamos a Manchas Hepáticas mientras tanto.

—Ponlo detrás —le dije.

Thomas abrió la puerta y colocó a Butters en el asiento trasero. El hombrecillo echó la cabeza hacia la pared y se sentó encogido. Cabría dentro de una de las bolsas de papel de la tienda de comestibles.

—¡Ratón! —ordené—. ¡Entra!

Ratón merodeó por el asiento trasero y se apoyó en Butters, sin apartar jamás sus ojos oscuros y serios de la figura de Manchas Hepáticas.

—Bien —dije mientras le pasaba la recortada a Thomas—. Esto va a ser así. Thomas, súbete a la parte de atrás. Manchas, vas a tener una recortada oliéndote la nuca. Y con esto me refiero a que Thomas te volará la tapa de los sesos si intentas algo raro.

Se quedó mirándome. Sus ojos no decían nada.

—¿Me has entendido? —le pregunté. Asintió y sus ojos se estrecharon.

—¡Dilo! —le ordené.

Sus palabras desprendieron puro odio:

—Te he entendido.

—Bien —le dije—. ¡Sube al coche!

Manchas Hepáticas caminó hacia el coche. Tuvo que rodearme para llegar a la puerta del copiloto y cuando estuvo a mi altura frenó en seco y se quedó mirándome. Tenía el ceño fruncido. Permaneció así durante un segundo, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué? —inquirí.

—¿Dónde está? —dijo. Parecía como si estuviese hablando más en su propio beneficio que en el mío—. ¿Por qué no está aquí?

—He tenido un día muy largo —le expliqué—. Cierra la boca y súbete al coche.

Durante un segundo vi que sus ojos ardían frenéticos con repugnancia y aversión ante mis palabras. Pude ver que, sin ninguna duda, Manchas Hepáticas quería verme muerto. No había nada racional ni tranquilo en aquello. Quería hacerme daño, deseaba mi muerte. Estaba escrito con tanta fuerza en sus ojos que casi parecía que lo tuviese tatuado en la cara. No me hacía falta la visión del alma ni ningún tipo de magia para reconocer el odio de un asesino cuando lo veía.

Y aunque me seguía sonando muchísimo aquella cara, os juro por mi vida que no era capaz de recordar de dónde.

Evité su mirada a tiempo para impedir la visión del alma y le dije:

—Sube al coche.

—Te voy a matar. Tal vez no sea hoy, pero será pronto. Voy a ver cómo mueres —me dijo.

—Vas a tener que hacer cola, Manchas —le contesté—. He oído que quedan pocas entradas para esa actuación.

Entrecerró los ojos y empezó a hablar.

Ratón dejó salir un repentino ladrido de alerta.

Me puse en tensión al mirar a Manchas Hepáticas. Él hizo lo mismo. Se estremeció y miró alrededor con recelo. Cuando sus ojos se posaron en algún lugar a mis espaldas se abrieron como platos.

Thomas tenía la recortada en la mano así que le di la espalda a Manchas Hepáticas y miré por mí mismo.

Entre la lluvia y la oscuridad surgió una nube de luz. Se fue acercando a gran velocidad y después de un par de palpitaciones aceleradas de mi corazón, descubrí qué era lo que provocaba aquella luz.

Eran fantasmas.

Rodeados de un brillo verdoso enfermizo, una caballería propia de la época de la guerra civil se acercaba hacia nosotros. Había docenas de jinetes. Pese a que cabía esperar un estrepitoso ruido de los cascos de los caballos, solo desprendía un murmullo distante y pálido, propio de una manada de animales en la lejanía. Los jinetes llevaban sombreros de ala ancha de la Unión y chaquetas que parecían negras, y no azules, bajo aquella aterradora luz. Llevaban pistolas y sables en sus manos semitransparentes. Uno de los jinetes levantó una trompeta hasta sus labios mientras cabalgaba y expulsó una tensión fantasmal que flotó a la deriva en aquel entorno noctámbulo.

Detrás de ellos, subidos a caballos fantasmas que parecían haber muerto

ahogados, estaban Li Xian y la habitacadáveres. El necrófago llevaba un tamtan colgado de un costado, cosido a un grueso cinturón de piel y atado a los hombros. Mientras cabalgaba iba golpeando un ritmo picado militar, con una sola mano, dándole un matiz un tanto primitivo y salvaje. La habitacadáveres se había cambiado de ropa y se había puesto un traje de motera, de cuerpo entero, que incluía guantes y brazales de pinchos en los antebrazos. Llevaba una espada curva en el cinturón y una cimitarra *tulwar* grotesca y asesina. Según se fueron acercando hizo que su fantasmagórico corcel alcanzase la delantera y desenvainó el sable. Lo alzó sobre su cabeza, riéndose, luciendo despreocupadamente salvaje, y lo dirigió hacia nosotros.

—¡Traición! —gritó Manchas Hepáticas—. ¡Hemos sido traicionados!

Grevane salió de la niebla entre un montón de zombis inmóviles. Miró hacia la habitacadáveres que se acercaba y dejó salir un alarido de ira. Levantó las manos y todos los zombis que estaban a la vista se irguieron de golpe y se lanzaron a la carga.

—¡Matadlos! —gritó Grevane. De las comisuras de sus labios empezó a brotar espuma, literalmente. Sus ojos ardían bajo el sombrero de fieltro—. ¡Matadlos a todos!

Manchas Hepáticas se giró hacia mí sacando una Derringer de algún lado de su manga. Por el tamaño se veía que no podía llevar una carga muy pesada, pero tampoco la necesitaría para matarme a aquella distancia. Me escabullí hacia atrás y a la derecha, intentando dejar el coche entre él y yo. Hubo un estallido estremecedor y un fogonazo de luz. Golpeó la húmeda gravilla con mucha fuerza. Manchas Hepáticas rodeó el coche persiguiéndome con la clara intención de usar la segunda bala de su pistola.

Thomas no tuvo tiempo para salir del coche. Hubo una explosión repentina y el parabrisas salió disparado en una nube de cristales destrozados. El nubarrón se le vino encima a Manchas Hepáticas y lo derribó.

Levanté mi bastón con la mano buena y lo apoyé con fuerza en su muñeca. Se oyó un chasquido y la pequeña pistola se le cayó de la mano.

Tuvo un ataque de ira.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, Manchas Hepáticas se había tirado encima de mí y sus dos manos rodeaban mi cuello. Sentí que me cerraba el paso del aire y forcejeé con él. No sirvió para mucho. La locura de aquel viejo parecía haberse convertido en fuerza.

—¡Es mío! —me gritó. Me sacudió con cada palabra y me golpeó la cabeza contra la gravilla, produciéndome precisas detonaciones de dolor y reduciendo mi visión a estrellitas voladoras—. ¡Dámelo! ¡Mío!

Un zombi apareció en la gravilla, cerca de nosotros. Se puso en cuclillas y se hacia mí. Sus ojos muertos me miraban vacíos de pasión y pensamientos, mientras recogía su mano en un puño y lo dirigía a mi cabeza.

Antes de que aterrizase en mi cara, el brillante sable de uno de los caballeros fantasmales silbó cortando la noche, la lluvia y el cuello del zombi. La cabeza del cadáver olvidó sus hombros y salió volando y dejando a su paso una línea de icor. {12} Cuando cayó al suelo, sus ojos yacían clavados en los míos.

—¡Abajo! —gritó Thomas.

Dejé de intentar levantarme y me pegué tanto al suelo como pude.

La puerta del copiloto del Escarabajo se abrió de golpe, rozándome la punta de la nariz, y golpeó a Manchas Hepáticas en la cara. El golpe lo alejó de mí.

Thomas se apoyó en el asiento del conductor para llegar hasta mí, pero un segundo jinete fantasma apareció agitando su espada. Thomas se apartó a tiempo de salvar su cuello, pero se llevó una buena cuchillada desde la sien hasta la oreja y el cuero cabelludo. Inmediatamente se le cubrió de sangre esa parte de la cabeza, formando unas sombras demasiado claras para ser humanas.

Thomas recobró el equilibrio y tiró de mí con fuerza hacia el coche. Revolví entre las llaves y conseguí meter la del contacto. La giré con precipitación desesperada y se me caló el motor. El coche se apagó, ahogado.

—¡Joder! —gritó Thomas frustrado.

Un tenue relámpago de luz verdosa afloró en el cielo encima del coche. Un segundo después emergió otro, y esta vez, se estrelló contra el capó. Se oyó un impacto en el bastidor del coche y provocó que este se tambalease. Un agujero de bala apareció en el techo.

Intenté arrancar el coche de nuevo y esta vez convencí al viejo Volkswagen para que se despertase.

—¡Abran paso al gran Escarabajo! —grité mientras metía la marcha atrás. Las ruedas levantaron gravilla y barro y lo dirigí de lleno contra la multitud de zombis, golpeándolos y haciéndolos chocar entre sí para, finalmente, salir volando.

Encaucé el coche hacia la carretera y metí la primera. En cuanto logré enderezarlo, miré hacia la habitacadáveres y vi cómo presionaba a Grevane con su tulwar alzado. De alguna parte de su abrigo, Grevane sacó una larga cadena que utilizó para protegerse de la espada cuando se le acercó, sosteniéndola en el aire. Sus brazos estirados alcanzaron el golpe en las juntas y deslizó la cuchilla mortal hasta alejarla de sí.

La habitacadáveres gritó furiosa y azuzó a la tropa de fantasmas para que cargaran contra él. Mientras dio la orden machacó, casi sin enterarse, la cabeza de un zombi que pasaba por allí.

Pisé el acelerador y el Escarabajo arrancó hacia delante en dirección hacia un trío de jinetes fantasmas de la caballería. Se nos echaron encima sin tambalearse.

—Odio jugar a ver quién es más gallito —murmuré y metí segunda.

Justo antes de que los golpearan, la caballería entró en acción y los caballos y

jinetes traslúcidos ascendieron sin esfuerzo, flotaron por encima del coche y aterrizaron en el suelo detrás de mí. No les di la oportunidad de girarse e intentarlo de nuevo. Aceleré el Escarabajo para entrar por fin en la carretera, giré a la izquierda y huí pisando a fondo. No aminoré la marcha hasta que estuvimos a unas manzanas de distancia. Abrí ventanilla.

No se oían gritos ni follón de pelea. La lluvia amortiguaba el sonido y la pesada oscuridad no me dejaba ver nada que no estuviese ocurriendo a mis espaldas. Apenas podía oír el atronador tambor que mantenía a los zombis de Grevane en pie, dirigiéndolos a cualquier lugar bajo aquellas tinieblas. Más allá del lejano sonido que parecía acercarse cada vez más, distinguí las sirenas.

—¿Estáis todos bien? —pregunté.

—Sobreviviré —dijo Thomas.

Se había quitado la chaqueta y la camiseta y con esta última presionaba el lado de la cara que tanto le sangraba.

—¿Ratón? —pregunté.

El sonido de un resoplido húmedo se acercó a mi oreja y Ratón lamió mi mejilla.

—Bien —dije—. ¿Butters?

Hubo un silencio.

Thomas miró al asiento de atrás, frunciendo el ceño.

—¿Butters? —repetí—. Venga tío, la Tierra llamando a Butters.

Silencio.

—¿Butters? —pregunté.

Hubo una larga pausa. Luego una breve inhalación y por fin, una voz muy débil:

—La polca nunca morirá.

Noté cómo mi boca se abría en una sonrisa.

—Claro que no, joder —dije.

—Pues claro que no —suspiró Thomas—. ¿Adónde vamos?

—No podemos volver allí —dije—. Además, con los conjuros de protección desactivados no sería buena idea.

—¿Entonces, adónde? —preguntó Thomas.

Me paré en una señal de stop y me palpé los bolsillos un momento. Encontré una de las dos cosas que estaba buscando.

Thomas puso un gesto de extrañeza.

—¿Harry? ¿Qué pasa?

—La copia de los números que hice para Grevane —expliqué—. Ha desaparecido. Manchas Hepáticas debió quitármela cuando forcejamos.

—Mierda —dijo Thomas.

Pero encontré la llave de la casa de Murphy en el otro bolsillo.

—Bien. Tengo un lugar en el que nos podemos quedar un rato, por lo menos hasta

que decidamos cuál será nuestro siguiente paso. ¿Es muy grave tu corte?

—Sangra —dijo Thomas—, pero parece peor de lo que es.

—Mantenlo presionado —le dije.

—Gracias, sí —dijo Thomas, aunque parecía más divertido que molesto.

Puse en marcha el Escarabajo otra vez y bajé las ventanillas.

—Oíd, chicos —les dije—, ¿notáis algo diferente?

Thomas miró a su alrededor durante un momento.

—La verdad es que no. Está demasiado oscuro.

—Se han ido las luces —dije despacio—, ¿veis alguna en algún lado?

Thomas miró a su alrededor otra vez y dijo.

—Parece como si hubiese un tiroteo por allí. Algunos faros por allá. Luces de los coches de la policía... pero el resto... —Sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —susurró Butters.

—Así que era a esto a lo que se refería Mab. Lo han hecho ellos —dije—. Los herederos de Kemmler.

—Pero ¿por qué? —preguntó Thomas.

—Creen que uno de ellos se convertirá en un dios mañana. Están sembrando el pánico. El caos. La indefensión.

—¿Por qué?

—Preparan el camino.

Thomas no dijo nada. Ninguno de nosotros lo hizo.

No puedo hablar por los demás, pero yo estaba asustado.

Las ruedas del Escarabajo susurraban a lo largo de las calles mientras atravesábamos la tenebrosa oscuridad que, como si de un sudario se tratase, se había apoderado de la ciudad de Chicago.

La casa de Murphy había pertenecido a su madrina. Se trataba de un cuchitril ubicado en un vecindario construido antes de que Edison inventara la luz eléctrica. Y mientras que algunas zonas de ese barrio habían venido a menos, su edificio, en concreto, se había preservado como un inmueble histórico muy bien atendido. Contaba con jardines cuidadosamente arreglados; los árboles estaban muy bien podados y los setos de casi todas las casas eran recortados con esmero.

Conduje el Escarabajo hacia la entrada, dudé durante un segundo y luego seguí subiendo hasta el jardín. Rodeé la parte trasera de la casa y aparqué junto a una caseta que parecía un cobertizo para herramientas concebido para Pulgarcito. Apagué el motor del coche y permanecí sentado durante un momento, escuchando los típicos ruiditos del motor cuando acaba de ser apagado. Sin la luz de los faros, todo estaba muy oscuro. La pierna me dolía muchísimo. Me parecía una idea magnífica cerrar los ojos y descansar un poco.

Pero en lugar de eso me puse a buscar y revolver hasta que encontré la caja de cartón que guardaba en el coche. Al lado de dos globos de agua bendita, un viejo par de calcetines y una patata vieja y grande, encontré un paquete de plástico arrugado. Rompí el envoltorio, doblé el tubo de plástico que tenía dentro y lo agité. Los dos compuestos químicos líquidos se mezclaron y el palo resplandeciente empezó a brillar con una luz dorada y verdosa.

Salí del coche y moví el culo hasta la puerta de atrás. Thomas, Ratón y Butters me siguieron. Abrí la puerta con la llave de Murphy y guié a todos hacia dentro.

La casa de Murphy era... me atrevería a decir... muy bonita. Los muebles eran victorianos, antiguos pero bien cuidados. Su estilo decorativo destacaba por la cantidad de tapetes. En conclusión, era un lugar muy femenino. Cuando la madrina de Murphy murió, ella se mudó allí y nunca llegó a hacer grandes cambios. El único indicio que revelaba la presencia de la más dura y pequeña detective de Chicago eran las dos espadas japonesas colocadas en cruz sobre la repisa de la chimenea.

Crucé el salón hasta llegar a la cocina y abrí el cajón en el que Murphy guardaba las cerillas. Encendí un par de velas y las utilicé para buscar dos viejas lámparas de cristal de queroseno y prenderlas.

Thomas entró mientras tanto, cogió el palo luminoso con una mano y abrió la nevera para revolver un poco.

—Oye —le dije—, no es tu nevera.

—Seguro que Murphy compartiría, ¿o no? —preguntó Thomas.

—Esa no es la cuestión —le contesté—. No es tuya.

—No hay luz —respondió Thomas con un hombro ya dentro del electrodoméstico—. Todo lo que hay aquí se va a echar a perder. Vale, hay pizza y cerveza.

Me quedé mirándolo durante un segundo. Luego dije:

—Mira en el congelador también. A Murphy le gusta mucho el helado.

—Vale —dijo. Levantó la vista para mirarme y me dijo—: Harry, ve a sentarte, yo te llevaré algo.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Te vuelve a sangrar la pierna.

Parpadeé y miré hacia abajo. Las vendas blancas estaban teñidas de un líquido fresco rojo oscuro. El vendaje todavía no estaba empapado, pero la mancha ya casi cubría todo el blanco de la superficie.

—Mierda, qué inoportuno.

Butters apareció en la puerta de la cocina, tenía una pinta un poco fantasmal con su pijama de hospital azul, el pelo todo revuelto, despeinado y lleno de barro. Había perdido las gafas y se ponía medio bizco cuando nos miraba. Tenía un corte en el labio inferior, que se había convertido en una costra negra, también tenía el ojo izquierdo morado y el hematoma le llegaba hasta la mejilla. Probablemente se le había puesto así por los golpes de Grevane.

—Deja que te lo lave —dijo Butters—, luego lo revisaré. Tienes que intentar mantenerlo limpio, Harry.

—Ve a sentarte —dijo Thomas—. Butters, ¿tienes hambre?

—Sí —dijo Butters—. ¿Hay un cuarto de baño?

—Desde la entrada, la primera a la izquierda —contesté—. Creo que Murphy tiene un botiquín bajo el lavabo.

Butters se acercó silenciosamente hacia una de las velas, la cogió y se fue con la misma tranquilidad.

—Bueno —dije—. Por lo menos él está más despejado.

—Puede ser —dijo Thomas. Estaba sacando cosas de la nevera y poniéndolas en la mesa de la cocina—. Saben que no él sabe nada. Pero arriesgaste tu vida para proteger la suya. Eso puede hacerles pensar.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Estabas dispuesto a morir para protegerlo. ¿Crees que Grevane sabe algo de la amistad como para entender por qué lo has hecho?

Puse cara de duda.

—Puede que no.

—Seguro que empezará a preguntarse qué es lo que lo hace tan valioso para ti. Se preguntará qué es lo que sabes tú y él no. —Hurgó en un armario y encontró algo de pan y unas galletas saladas—. Tal vez no pase nada. Pero podría pasar. Debería andar con cuidado.

Asentí dándole la razón.

—Mantenlo vigilado.

Thomas levantó la vista y me dijo:

—¿Crees que te vas a algún lado?

—Sí, en cuanto coma algo —le dije.

—No seas estúpido —dijo Thomas—. Tienes la pierna destrozada. Apenas caminar. Come y descansa un poco.

—No hay tiempo —repliqué.

Se me quedó mirando durante un segundo y apretó los labios. Después dijo:

—Hablemos de ello después de comer algo. Todo el mundo está de mal cuando tiene hambre. Eso siempre lleva a tomar malas decisiones.

—Puede que tengas razón.

—Quítate el abrigo. Ve a sentarte y deja que Butters te eche un vistazo a la pierna

—Solo necesito una nueva venda —le dije—. Puedo hacerlo yo mismo.

—No me estás haciendo caso, pesado —señaló Thomas—. Un amigo dejaría que Butters se hiciera cargo de un contratiempo que puede manejar. Esta noche ya tenido que enfrentarse a demasiadas situaciones difíciles.

Miré a Thomas, me quité el guardapolvo y cojeé hacia el salón.

—Es más fácil tratar contigo cuando solo eres un cabronazo egoísta.

—Olvidé lo limitado que estás, sabelotodo —dijo Thomas—. Intentaré ser más cuidadoso.

Me senté con cuidado en el viejo sofá de Murphy. Crujió en cuanto me dejé caer. Murphy no es muy alta y dudo que su abuela lo fuera. No es que yo sea muy voluminoso, pero como soy bastante alto nadie me describiría como un peso ligero. Aparté unos tapetes de la mesa de café y puse la pierna encima. Me alivió un poco la presión de la herida, lo que no significa que dejara de dolerme. Simplemente pasó a dolerme de manera menos agresiva. De cualquier forma, cualquier pequeña mejora ya era un alivio.

Me quedé allí sentado hasta que Butters apareció por la puerta que llevaba al baño y a los dos dormitorios de la casa. Tenía el botiquín de Murphy en la mano. Me recordó a uno de aquellos botiquines típicos que cabían en las guanteras de los coches. Obviamente, Murphy era muy previsora. Había reemplazado el botiquín por una caja de herramientas del mismo tamaño.

—No creo que esté tan mal —le dije a Butters.

—No hay nada mejor que tener y no necesitar —contestó tranquilamente. Apoyó la lámpara y la caja de herramientas. Revolvió dentro de la caja, sacó unas tijeras médicas y fue colocando en tiras una nueva venda. Sus movimientos eran tranquilos y seguros. Una vez que tuvo preparado el vendaje, examinó la herida, movió la lámpara para conseguir mejor luz y esbozó un gesto de dolor—. Esto es un desastre. Se te han saltado los dos puntos de sutura que te pusieron en el centro de salud. —Me miró y como disculpándose añadió—: Voy a tener que volvértelos a poner porque si

no, los demás se te irán cayendo uno tras otro.

Tragué saliva. No quería que me cosiera sin anestesia. ¿No había soportado ya suficiente dolor por hoy?

—Hazlo —le dije.

Asintió y se preparó para limpiar la piel ensangrentada *que* rodeaba la herida. Se lavó las manos con unas toallitas esterilizadas y se puso unos guantes de plástico.

—Aquí hay una crema anestésica, la usaré, pero no es mucho más fuerte que lo que te dan cuando te duele la cabeza.

—Empieza de una vez.

Asintió y preparó una aguja redondeada con hilo quirúrgico. Volvió a colocar la lámpara para ponerse manos a la obra. Lo hizo bastante rápido. Me esforcé por no moverme. Cuando terminó sentí la garganta seca y quemada. No había gritado nada, pero se debía a que había estrangulado mis propios chillidos a su paso hacia el exterior.

Me quedé allí tumbado, con el cuerpo medio muerto, mientras Butters volvía a vendarme la herida.

—¿Has empezado a tomar los antibióticos, verdad? —me preguntó.

—Todavía no —le dije.

Sacudió la cabeza.

—Deberías tomarlos ahora mismo. No quiero ni pensar en lo que te puede haber entrado en la herida cuando estuvimos en tu apartamento. —Tragó saliva y palideció—. ¡Porque madre mía...!

—Eso es lo peor de los muertos vivientes —añadí—. las manchas.

Me sonrió, o por lo menos lo intentó.

—Harry —susurró—, lo siento.

—¿Por qué?

—Yo... —Sacudió la cabeza—. Fui un inútil. Peor que inútil. Te podrían haber hecho daño.

Thomas apareció por la puerta de la cocina, pálido y en silencio. Arqueó una ceja y se las arregló para decir sin abrir la boca: «Te lo dije». Miré hacia él e hice un esfuerzo para transmitirle pensamientos poco bondadosos. Sonrió un poco y se volvió a meter en la cocina. Butters no entendió nada.

—No te preocupes —le dije—. ¿Alguna vez te había pasado algo parecido?

—¿Algo como encontrarme con zombis, fantasmas y nigromantes? —preguntó Butters.

—Algo como sentirte amenazado de muerte —le dije.

—Ah. —Se quedó callado durante un minuto—. No. Intenté meterme en el ejército pero no superé las pruebas del campamento militar. Acabé en el hospital. Lo mismo me ocurrió cuando intenté ser policía. Mi espíritu estaba dispuesto, pero mi

personalidad era débil.

—Algunas personas simplemente no están hechas para este tipo de cosas —le dije—. No hay por qué avergonzarse.

—Claro, ya lo sé —contestó, aunque en el fondo no me daba la razón.

—Tú puedes hacer un montón de cosas que yo no puedo —le dije y me señalé la pierna.

—Pero este tipo de cosas son..., hombre, son muy fáciles de hacer —dijo Butters—. Quiero decir, las palabras pueden ser un poco largas, pero en general no es nada complicado.

—Escúchate a ti mismo, Butters —le dije—. Estás ahí sentado, tan tranquilo, diciendo que la medicina general y forense es algo simple, salvo porque tienen palabras largas. ¿Tienes idea de lo que es no ser tan inteligente como tú?

Sacudió la cabeza impacientemente.

—No soy ningún genio. —Frunció el ceño—. Bueno, vamos a ver. Teóricamente tengo el cociente intelectual de un genio, pero ese no es el tema. Un montón de gente lo tiene. El tema es que me he pasado la mayor parte de mi vida adulta haciendo esto. Por eso puedo hacerlo bien.

—Y el tema es —le dije—, que yo me he pasado la mayor parte de mi vida adulta evitando que zombis, fantasmas y otra clase de cosas me maten. Esa es la razón por la que puedo hacerlo bien. Tenemos diferentes especialidades. Eso es todo. No te tortures por no ser mejor que yo en mi trabajo.

Se puso a limpiar los restos médicos. Tiró cosas a la papelera y se quitó los guantes.

—Gracias, Harry. Pero es más que eso. Es que... No podía pensar. Cuando esas cosas me cogieron, cuando él me pegaba... Sabía que debía haber hecho algo, debía haber planeado algo, pero mi cerebro no funcionaba. —Arrojó algo a la basura con más fuerza de la necesaria—. Estaba demasiado asustado.

Y yo demasiado cansado para moverme. Por primera vez empecé a notar el frío que tenía sin mi abrigo. Cruce los brazos intentando no tiritar. Miré a Butters despacio durante un momento y dije:

—Lo irás llevando mejor.

—¿El qué?

—Vivir con miedo.

—¿Acaba desapareciendo? —preguntó.

—No —le dije—. Nunca. Empeora, de alguna manera. Pero una vez que te enfrentas a ello aprendes a convivir con él. Incluso a veces, a trabajar con él.

—No lo entiendo —murmuró.

—El miedo no puede hacerte daño —le expliqué—. No puede matarte.

—Bueno, técnicamente...

—Butters —le dije—. No me des las estadísticas de ataques al corazón. El miedo es parte de la vida. Es un mecanismo de alerta. Eso es todo. Te dice cuando hay peligro alrededor. Su trabajo es ayudarte a sobrevivir. No te paralices y aprende a utilizarlo.

—Tengo pruebas empíricas que demuestran lo contrario —replicó, con un toque de humor amargo en el tono de su voz.

—Eso es porque nunca habías pensado en ello antes —le dije—. Has reaccionado ante el miedo, pero no te has enfrentado a él ni lo has mirado desde una perspectiva útil. Tienes que decidirte a superarlo.

Estuvo en silencio durante un segundo.

—¿Así, nada más? —me preguntó—. Simplemente decidirme y ¡tachán!, ¿todo cambia?

—No, pero es el primer paso —contesté—. Después de ese, encontrarás otros pasos que dar. Piensa en ello durante un rato. Tal vez no lo vuelvas a necesitar, pero por lo menos estarás listo por si te ocurre algo parecido en el futuro.

Cerró el botiquín.

—¿Quieres decir que ya hemos terminado?

—Tú, sí —le dije—. Grevane ya sabe que no tienes nada que él quiera. No tiene ninguna razón para buscarte. Joder, la verdad es que creo que solo estuviste en el lugar y el momento equivocados cuando él apareció. Cualquiera con acceso al cadáver y la habilidad de encontrar dónde había escondido Bony Tony el lápiz de memoria, le hubiese valido. Tu papel en esta historia ha terminado.

Butters cerró los ojos durante un segundo.

—¡Oh, gracias a Dios! —Parpadeó y me miró—. Lo siento, quiero decir, no es que no me guste estar contigo, pero...

Sonreí un poco.

—Te entiendo. Me alegro de que estés bien. —Me miré la pierna—. Ya tiene buena pinta otra vez. Gracias, Butters. Eres un buen amigo.

Frunció el ceño mirándome.

—¿Lo soy?

—Claro.

Me pareció que tensaba un poco los hombros.

—Vale.

Thomas apareció por la puerta de la cocina.

—Cocina de gas. Comida caliente y té. ¿Azúcar?

—Toneladas —dije.

—Para mí no —dijo Butters.

Thomas asintió y se volvió a la cocina.

—Entonces, ¿cómo puede ser que siendo yo tu amigo no me cuentes las cosas

importantes? —preguntó Butters.

—¿Como cuáles? —le pregunté.

Butters hizo un gesto señalando a la cocina.

—Bueno, ya sabes... Que eres... gay.

Parpadeé mirándolo fijamente.

—Quiero decir, no me malinterpretes. Estamos en el siglo XXI, puedes vivir tu vida como quieras, y eso no te va a hacer menos bueno.

—Butters... —empecé.

—Y oye, fíjate en ese tío. Quiero decir, yo ni siquiera soy gay y me parece que está muy bien. ¿Quién podría culparte?

Thomas empezó a toser en la cocina.

—¡Venga ya, cierra el pico! —le grité a Thomas.

Siguió tosiendo y riéndose hasta que terminó soltando una carcajada.

—Tenías que habérmelo dicho y punto —dijo Butters—. No tienes por qué ocultarme estas cosas. Harry, no voy a juzgarte. Te debo demasiado.

—No soy gay —sentencié.

Butters asintió, con compasión y empatía.

—Oh, claro, claro.

—¡Que no lo soy!

Butters levantó las manos.

—No era mi intención entrometerme —dijo—. Tal vez más adelante. Otro día. No son mis asuntos.

—¡Por el amor de Dios! —murmuré.

Thomas apareció con platos humeantes de pizza recalentada, unos sándwiches de carne asada y unas galletas saladas con queso derretido. Apoyó todo en la mesa y volvió con unas cervezas frías y unas tazas de té calentito. Me pasó el té, se echó hacia atrás y me lanzó un beso volador.

—Ahí tienes.

Butters hizo como si no lo hubiese visto. Golpeé a Thomas de broma y le dije:

—Dame la puta pizza antes de que te mate.

Thomas suspiró y le comentó a Butters:

—A veces se pone de un humor...

Cogí la pizza de Thomas y me incorporé para beber cerveza. Ratón, que estado todo el tiempo tumbado frente a la ventana principal mirando hacía oscuridad, se levantó y se acercó olfateando hasta donde estaba la comida.

—Ah, y esto —dijo Thomas—. Los antibióticos.

Dejó dos pastillas en mi plato.

Le gruñí algo incomprensible y me las tomé con un trago de cerveza. Me puse a comer pizza, sándwiches de carne asada y galletas con queso. Compartí un poco con

Ratón, cada tres o cuatro mordiscos, hasta que Thomas cogió el último sándwich lo puso en el suelo para que se lo comiese Ratón solamente.

Terminé la cerveza y me apoyé hacia atrás para tomarme el té. No me había percatado del hambre que tenía hasta que empecé a comer. El té estaba dulce e incluso demasiado caliente como para beberlo. Tras el huracán de la comida y la emoción de aquella noche, por fin empezaba a sentirme tranquilo y humano de nuevo. El dolor de mi pierna fue relajándose hasta que casi no lo sentí.

Me miré la pierna con pesadumbre y dije:

—Oye.

—¿Sí? —preguntó Thomas.

—Cabrón de mierda, eso no eran antibióticos.

—No, no lo eran —dijo Thomas sin mostrar una pizca de arrepentimiento—. Eran los calmantes, idiota. Necesitas descansar antes de matarte.

—Cabrón... —repetí. El sofá era realmente cómodo. Terminé el té y un rato después murmuré—: Tal vez tengas algo de razón.

—Claro que la tengo —dijo Thomas—. Ah, aquí está el antibiótico, por cierto. —Me pasó una única pastilla de caballo. Me la tragué con lo que quedaba del té. Thomas la taza y me ayudó a levantarme—. Venga, te esperan unas horas de descanso. Luego ya pensarás en tu siguiente movimiento.

Resoplé. Thomas me llevó hasta una de las oscuras habitaciones y me hundí en un colchón muy blando, sintiéndome demasiado cansado como para enfadarme. Y demasiado cansado para estar despierto. Casi olvido quitarme la camiseta y los zapatos antes de echarme encima aquellas pesadas y suaves mantas. Después solo pude sentir la bendita oscuridad, apacible y tranquila.

Lo último que pensé antes de caer en el sueño profundo fue en que las mantas olían ligeramente a jabón y a luz del sol y a fresas.

Olían a Murphy.

Tuve un sueño muy extraño.

Había un *jacuzzi*. Me encontraba sumergido en el agua, todo era muy lujoso y unos motores agitaban la espuma y hacían que unos chorros me golpeasen desde diferentes ángulos. El agua estaba a la temperatura perfecta, casi me quemaba la piel, y la calidez que desprendía se me metía entre los músculos y los huesos. Estaba entrando en calor de una manera deliciosa y espantando todos los males y dolores.

Era un sueño muy extraño porque nunca en mi vida había estado en un *jacuzzi*.

Abrí los ojos y miré despacio a mi alrededor. El *jacuzzi* estaba ubicado en el suelo de lo que parecía una cueva natural. Una luz baja y rojiza salía de una especie de musgo que crecía en las estalactitas del techo.

Era extraño porque tampoco había estado nunca en una cueva como aquella.

—¿Hola? —grité.

Mi voz retumbó en las paredes de aquella cueva vacía.

Oí un ruido, un movimiento, y una mujer apareció por detrás de una roca. Era un poco más alta que la media y el pelo le caía sobre la piel dorada de sus hombros. Estaba vestida con una túnica de seda y llevaba un cinturón de cuerda suave. Las dos cosas eran de un blanco deslumbrante. La vestimenta no mostraba ninguna falta de decoro pero tampoco permitía que a nadie se le pasase por alto la belleza de su cuerpo oculto. Sus ojos eran de un azul tan profundo como un soleado cielo de octubre y su piel relucía con aspecto saludable. Era, simple y llanamente, una criatura despampanante.

—Hola. Me pareció que ya era hora de que tuviésemos una conversación —dijo ella—. Has tenido un día duro. Me pareció que un escenario agradable podría venirte bien.

La observé durante un momento. Me hallaba desnudo y me parecía bien. La superficie de aquella bañera tenía un montón de burbujas y espuma que la hacían opaca y aquello también me parecía bien. *Me* ahorró la vergüenza cuando tuve que preguntar:

—¿Quién eres?

Levantó sus cejas doradas con una suave sonrisa y se sentó al lado del *jacuzzi*, en el suelo de la cueva, con las piernas juntas, una sobre otra, hacia un lado y hacia el otro, y sus manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

Me quedé mirándola durante un largo minuto y luego dije despacio:

—Lasciel.

La mujer inclinó la cabeza, sonriendo con reconocimiento.

—Así es.

—No puedes estar aquí —le dije—. Te encerré en el suelo bajo mi laboratorio. Te tenía prisionera.

—Así es —repitió la mujer—. Lo que estás viendo no es mi verdadero yo. Piensa en mí como un reflejo de la verdadera Lasciel la que vive en tu mente.

—¿Cómo qué?

—Cuando elegiste tocar la moneda, aceptaste que llevarías contigo este tipo de presencia mía —dijo Lasciel—. Soy una huella. Una copia.

Tragué saliva.

—Vives en mi cabeza, ¿y puedes hablar conmigo?

—Ahora puedo —dijo Lasciel—. Ahora que has decidido utilizar lo que yo te ofrecí.

Tomé aire.

—Hellfire. Usé Hellfire hoy para aumentar mi poder mágico.

—Tomaste una decisión consciente al hacerlo —dijo ella—. Y como resultado, ahora puedo aparecer en tu mente consciente. —Sonrió—. De hecho, estaba deseando poder hablar contigo. Eres muchísimo más interesante que los otros a quienes he sido entregada.

—Tú... eh... —empecé—, no es que tengas mucha pinta de demonio.

—Ten presente, por favor, que no siempre fui una residente del infierno. Me trasladaron allí. —Se miró a sí misma—. ¿Me añado las alas? ¿Un arpa? ¿Una aureola dorada?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —inquirí.

—Porque soy algo así como una invitada —contestó—. No me cuesta nada utilizar una apariencia que agrade a mi anfitrión.

—Ajá —asentí—. Si eres mi invitada, vete de aquí.

Se echó a reír y no hubo nada atractivo o musical en ello.

Fue solo una carcajada, cálida y genuina.

—Eso no es posible, me temo. Cuando cogiste la moneda me invitaste a pasar. Ahora no puedes echarme sin más.

—Vale —acepté—. Esto es un sueño. Voy a despertarme. Hasta luego.

Hice uso de un poco de mi energía para despertarme de los sueños.

No pasó nada.

—Tal vez sean los calmantes —sugirió Lasciel—. Además, después de todo, estabas muy cansado. Parece que vamos a pasar juntos un rato más.

Observé durante un rato. Normalmente, en los sueños, no tengo tiempo para poner malas caras ni mirar alrededor.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—Hacerte una oferta —me dijo.

—La respuesta es no —le dije—. Y ahora devuélveme mis hábitos oníricos de

siempre.

Se mordió los labios y volvió a sonreír.

—Creo que a lo mejor quieres escuchar lo que tengo que decir —me dijo—. Después de todo, este es tu sueño. Si realmente hubieses querido que me fuese, ¿no crees que podrías haberlo hecho?

—Tal vez sea por el *jacuzzi* —sugerí.

—Ya veo que nunca habías estado en uno —dijo Lasciel. Metió un dedo del pie en él y dijo—: Yo, sí, muchas veces. ¿Te gusta?

—Está bien —le contesté e intenté que no se notara que me estaba pareciendo lo más maravilloso que le podía pasar a un cuerpo dolorido y agotado—. Sabes todo lo que yo sé, ¿no?

—Existo dentro de tu mente —me dijo ella—. Veo lo que ves. Siento lo que sientes. Aprendo lo que aprendes y, aparte de eso, un poquito más.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté.

—Que puedo proponerte un trato realmente bueno —dijo ella—. Tengo conocimiento y memoria de doscientos años de vida dentro de este mundo, y de tiempo infinito fuera de él. Sé muchas cosas que te podrían venir bien. Puedo aconsejarte. Revelarte secretos de tu oficio que jamás ha conocido la especie humana. Enseñarte cosas que ningún humano ha visto jamás. Compartir contigo recuerdos e imágenes de cualquier cosa que puedas imaginar.

—Por casualidad, ¿todo el lote de conocimiento, poder y buenos consejos sale por solo tres pequeñas cuotas de mil novecientos noventa y cinco dólares más gastos de envío?

El ángel caído arqueó una de sus doradas cejas.

—O tal vez viene con un regalo de un set de magníficos cuchillos que sirven tanto para serrar tornillos como para picar tomates.

Me miró tranquilamente y dijo:

—No eres tan gracioso como crees.

—Tenía que contestar a tu ofrecimiento de corromperme y esclavizarme. Los chistes malos suelen ser lo más apropiado en estos casos, con ellos intento convencerme de que debes de estar de broma.

Lasciel se mordió los labios con expresión pensativa. Empecé a pensar en lo suave que parecía su boca.

—¿Eso es lo que crees que quiero? ¿Un esclavo?

—Tengo alguna idea de cómo trabajáis —le dije.

—Te refieres al anfitrión anterior de Ursiel, ¿no?

—Sí. Estaba loco. Ido. No es que esté ansioso por estrenarme en estas lides.

Lasciel puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor. Ursiel es un matón estúpido. A él no le importa lo que le ocurra

al que lleva su moneda mientras pueda probar la sangre lo más a menudo posible. Yo no funciono así.

—Seguro que no.

Se encogió de hombros.

—Tu escarnio no va a cambiar la verdad. Algunos de mis análogos prefieren ser dominantes en sus relaciones con los mortales. Los más sabios entre nosotros, embargo, encontramos que una asociación mutua es mucho más práctica y beneficiosa para las dos partes. Ya has visto la forma en la que Nicodemus funciona con Anduriel, ¿no?

—No quisiera ofenderte, pero me metería una varilla de acero por un oído y me la sacaría por el otro si simplemente barajase la posibilidad de parecerme a Nicodemus.

La sorpresa se dibujó en su cara:

—¿Por qué?

—Porque es un monstruo —afirmé.

Lasciel sacudió la cabeza.

—Tal vez desde tu perspectiva, pero sabes muy poco de *él* y sus éxitos.

—Sé que hizo todo lo posible para matarme a mí y a dos de mis amigos con aquella plaga, y Dios sabe a cuántas personas inocentes más. Y además mató a otro amigo mío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lasciel. Parecía sinceramente confundida.

—Quiero decir que cruzó la línea y que yo jamás jugaré en su equipo. No va a recibir más entendimiento ni compasión, al menos no por mi parte. La venganza se le viene encima.

—¿Te gustaría destruirlo?

—En un mundo perfecto sería desterrado de la faz de la tierra y nunca volvería a oír hablar de él —le dije—. Pero haré lo que esté en mi mano.

Asimiló todo aquello durante unos minutos y luego asintió despacio.

—Muy bien —dijo—. Me voy, pero ¿puedo dejarte una idea?

—Siempre que te vayas...

Sonrió mientras se levantaba.

—Entiendo que te niegues a permitir que otro ser controle tu vida. Es repugnante y venenoso pensar que alguien pueda dictar cada uno de tus movimientos, imponerte un código de comportamiento que tal vez no compartas y que se niegue a dejarte elegir lo que tu corazón te dicta.

—Tal cual —asentí.

El ángel caído sonrió.

—Entonces créeme cuando te digo que sé perfectamente cómo te sientes. Todos los caídos lo sabemos.

Sentí una punzada fría en el estómago, pese a estar en un *jacuzzi*. Empecé a

sentirme incómodo en el agua.

—Es algo que tenemos en común, mago —dijo Lasciel—. No tienes ninguna razón para crearme, pero considera, por un momento, la posibilidad de que yo esté siendo sincera en mi oferta. Piensa que podría serte de gran ayuda y tú podrías seguir viviendo tu vida bajo tus condiciones y de acuerdo con tus propios valores. Podría ayudarte a multiplicar por diez el poder que ya tienes.

—Con él mi poder sería entonces demasiado grande y terrible. Conmigo el Anillo adquiriría un poder todavía mayor y más mortal —le dije.

—Le dijo Gandalf a Frodo —dijo el demonio, sonriendo—. Pero no estoy muy segura de que la metáfora sea aplicable. No tenías por qué haber cogido la moneda si no te hubiese parecido que debías hacerlo. La ayuda que puedo ofrecerte desde esta apariencia sombría es mucho más limitada de la que recibiste al recoger la moneda, pero tampoco es ninguna nadería.

—El anillo, la moneda, lo que sea. El objeto físico solo es un símbolo: el símbolo del poder.

—Yo solo te ofrezco el beneficio de mis conocimientos y de mi experiencia —dijo ella.

—Sí —le contesté—. Poder. Pero ya tengo más del que me gustaría.

—Y esa es la razón que deja tan claro que tú, más que cualquier otra persona, eres capaz de ejercerlo con responsabilidad.

—Tal vez lo sea —le dije—, o tal vez no. Sé de qué va esto, Lasciel. Cuando empiezas parece muy bonito, pero después todo pasa de un extremo a otro.

Me miró con sus luminosos ojos azules.

—Si empiezo a apoyarme en ti ahora, ¿cuánto tiempo pasará hasta que acabe dependiendo de tu ayuda? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que empiece a cavar en el suelo de cemento de mi laboratorio, desesperado, porque sin tu moneda no puedo vivir?

—¿Y bien? —preguntó tranquilamente—. ¿Y si no pudieses vivir sin ella?

Me senté en el remolino de agua caliente y resoplé. Después cerré los ojos, forcé mi voluntad y reestructuré el sueño de forma que nos encontrásemos los dos de pie, no hubiese ningún *jacuzzi* y yo estuviese vestido, frente a ella, en el sólido suelo de la caverna.

—Si llegara a ese punto, me gustaría morir con un poco de dignidad, porque no pienso enrolarme en el mundo infernal. Ni siquiera me alistaría en la puta legión extranjera.

—Fascinante —dijo Lasciel. Me sonrió.

Dios mío, qué guapa era. No era solo una belleza física o un cuerpo hermoso. Era todo lo que transmitía, aquella sensación de efervescencia y calidez, tenía fuerza suficiente como para encender una estrella. Mirar aquella sonrisa era como

contemplar el amanecer a primera hora de la mañana, como la caricia de la primera brisa de la primavera. Me daban ganas de reír y correr y saltar alrededor, como si volviese a aquellos días de sol de mi infancia que apenas puedo recordar.

Pero me contuve. La belleza puede ser peligrosa, y el fuego, aunque precioso, podría quemar y matar si no se trata con respeto. Miré al ángel caído con atención, mi postura no era amenazante pero tampoco sana. Me fijé en su belleza y sentí la calidez de su presencia y me contuve para no intentar alcanzarla.

—No soy fascinante —le dije—. Soy lo que soy. No es perfecto, pero es algo mío. No voy a hacer ningún trato contigo.

Lasciel asintió y su expresión adquirió tintes pensativos.

—Te han salido rana otros tratos en el pasado y no tienes intención de repetir la experiencia. Ahora eres muy precavido antes de hacer un trato conmigo o con los que son como yo, y tienes toda la razón. *Te* habría perdido un poco el respeto si hubieses aceptado mi oferta sin hacer preguntas, a pesar de ser genuina.

—Caray, me habría sentido hundido si me perdieras el respeto.

Se rió desde el estómago, era una risa auténtica.

—Admiro tu voluntad. Tu rebeldía. Como yo también tengo algo de rebelde creo que la relación que acabaremos forjando será muy duradera, SI nos damos tiempo para madurarla.

—Eso no va a ocurrir —le dije—. Quiero que te vayas.

—¿Por encima de tu cadáver? —preguntó.

—Algo así.

Hizo una reverencia con la cabeza.

—Como desee mi anfitrión. Te ruego que consideres mi oferta. En caso de que quisieses volver a conversar conmigo, solo tienes que decir mi nombre.

—No lo haré.

—Como quieras —contestó.

Se marchó y el sueño de la caverna se volvió más oscuro y solitario sin ella en él. Me relajé y volví a mis solitarias fantasías.

Estaba demasiado cansado como para recordar si en alguno de los otros sueños volvió a aparecer un *jacuzzi*.

Dormí profundamente y no me desperté hasta bien pasado el amanecer. Oí voces y después de un minuto pude identificar los altibajos y los giros de un tono de voz propio de un locutor de radio. Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño; allí, en el lavabo, me refresqué y me lavé con una toalla húmeda. No era tan agradable como el *jacuzzi*, y ni siquiera tan agradable como una ducha, pero no me sentía capaz de meter mi pierna herida en una bolsa de plástico, cerrarla bien y ducharme sin que se me mojase el vendaje.

No encontraba mi ropa, así que me paseé por la casa descalzo y con unos pantalones un tanto viejos. El personal del hospital me había cortado la pierna del pantalón para despejar la herida, y los cortes, que se habían hecho con poco cuidado, habían quedado muy irregulares. Pasé por delante de un espejo que había en el vestíbulo y me detuve para mirarme.

Parecía una broma. Una broma pesada.

—El misterioso apagón continua sin resolverse —decía el locutor de la radio—. De hecho, resulta difícil aventurar cuánto tiempo podremos seguir en el aire, o incluso cuántas personas están realmente recibiendo la señal de esta retransmisión. Los generadores de gasolina han encontrado muchos problemas por toda la ciudad, las baterías no son muy fiables y los motores que funcionan con gasolina, incluyendo los de los vehículos, se están comportando de manera impredecible. Las líneas de teléfono han estado sufriendo toda clase de averías y los teléfonos móviles han quedado completamente inutilizados. Se ha cerrado el aeropuerto de O'Hare y, como se podrán imaginar, está causando estragos en el tráfico aéreo de toda la nación.

Thomas estaba en la cocina, entre fogones. Preparaba tortitas. Estaba sentado en la barra de la cocina de Murphy y escuchaba una vieja radio a pilas. Al verme, me saludó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios antes de señalar la radio. Asentí. Me crucé de brazos y me apoyé en la puerta para seguir escuchando al locutor.

—Las autoridades nacionales no han querido hacer comentarios, aunque desde el despacho del alcalde ha llegado una declaración en la que responsabiliza de esta situación a los problemas causados por una inusual actividad en las manchas solares.

Thomas resopló.

La radio siguió largando:

—Esa respuesta no parece muy convincente, dado que en ciudades tan cercanas como la zona sur de Joliet todos los sistemas siguen funcionando con normalidad. Otras fuentes han sugerido muchas hipótesis, desde una elaborada broma Halloween hasta la detonación de algún tipo de artefacto de pulso electromagnético que haya interferido en las instalaciones eléctricas de la ciudad. Se ha programado una rueda

de prensa para esta tarde. Estaremos en el aire mientras dure la crisis y les proporcionaremos información de última hora tan pronto como...

La voz del locutor se quebró dando paso a sonidos y pitidos eléctricos Thomas se acercó y apagó la radio.

—La he tenido encendida durante veinte minutos —dijo—. Pero solo tuvo una señal clara durante unos cinco o diez.

Gruñí.

—¿Sabes lo que ha pasado?

—Tal vez —le contesté—. ¿Dónde está Butters?

Thomas inclinó la cabeza hacia la puerta de atrás.

—Paseando a Ratón.

Me senté en la mesita de la cocina aligerando el peso de mi pierna golpeada.

—Hoy va a ser un día muy intenso —anuncié.

Thomas dio la vuelta en el aire a una tortita.

—¿Por culpa de los herederos de Kemmler?

—Sí —le dije—. Si Mab está en lo cierto acerca de lo que están intentando hacer, alguien tiene que detenerlos antes de esta noche.

—¿Por qué?

—Porque a partir de esta noche ya no sé si habrá alguien capaz de pararlos —le expliqué. Mi hermano asintió.

—¿Crees que podrás con ellos?

—Están luchando entre ellos —le dije—. Van a estar más pendientes de sus propios compañeros nigromantes que de mí.

—Ajá —dijo Thomas—. Pero ¿crees que podrás con ellos?

—No.

—Entonces no estás hablando de heroísmo, tío. Estás hablando de suicidio.

Sacudí la cabeza.

—No necesito matarlos. Solo tengo que pararlos. Si hago bien las cosas, no tendré que luchar contra ninguno de ellos.

Thomas dio la vuelta a otra tortita. La parte cocinada estaba uniformemente teñida de marrón clarito.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Ellos necesitan dos cosas para conseguir convertirse en una deidad —le dije—. El *Erlking* y la información que se encuentra en *La palabra de Kemmler*. Si pudiera negarles una de ellas, todo el tinglado se iría al garete.

—¿Ya sabes lo que quieren decir esos números? —preguntó Thomas.

—No.

—Entonces... ¿qué? ¿Le vas a pagar a un sicario para que persiga al Erlking y evite que se deje ver?

Sacudí la cabeza.

—Mab me dio a entender que el Erlking estaba a su mismo nivel.

—¿Ella es poderosa? —preguntó Thomas.

—No tiene parangón —le dije.

—Así que no puedes matar al Erlking. ¿Entonces qué?

—Lo convocaré para que aparezca.

Thomas arqueó las cejas.

—Mira, no importa lo poderoso que sea, no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Si lo convoco y lo mantengo ocupado, entonces sus herederos no podrán llamarlo para que asista a su ceremonia.

Asintió.

—¿Y cómo piensas convocarlo?

—Con el libro —le dije—. Estoy casi seguro que tiene que haber algo en las poesías o en las canciones. Una de ellas tiene que ser un conjuro para atraer al Erlking.

—Pero tú no tienes el libro —dijo Thomas.

—Ya —le dije—. Esa es la encrucijada ante la que no sé cómo proceder.

Thomas asintió, raspando lo último de la masa del recipiente y poniéndolo en la plancha.

—Aunque encuentres la forma de llamar al Erlking, por lo que sabemos, tiene pinta de ser un plan un pelín peligroso, ¿no?

—Probablemente. Pero impersonal. Me refiero a que no sería tan peligroso como

Si uno de sus discípulos se me apareciese para, jugando a ser Dios, castigarme por haberlos molestado. —Me encogí de hombros—. De esta forma, el único que estará en peligro seré yo.

—Te equivocas —dijo Thomas—. Yo estaré contigo.

Aunque no dudaba de que dijera algo así, me gustó mucho escucharlo. Thomas traía consigo un montón de problemas y tampoco es que fuese la persona más agradable del mundo, pero era mi hermano. Era mi familia. Estaría a mi lado.

Por todo ello me costó mucho decirle lo que le tenía que decir:

—No puedes.

Su expresión tranquila se contrajo y se volvió neutra.

—¿Por Mavra?

—No —respondí—. Porque voy a meter en el ajo al Consejo Blanco.

A Thomas se le cayó la espátula al suelo de la cocina.

—Tengo que hacerlo —espeté—. La última vez se necesitaron a todos los centinelas para vencer a Kemmler y sus discípulos. Puede que no sea capaz de impedir la llegada del Erlking. Si eso ocurriese, alguien tendrá que detener directamente a los herederos. Yo no puedo hacerlo. Si los centinelas pueden, es tan

simple como eso.

—Vale —dijo—. Pero eso no explica por qué no puedo quedarme contigo.

—Porque para ellos solo eres un vampiro de la Corte Blanca, Thomas. Alguien con quien se supone que yo estoy en guerra. Si se enteran de que eres mi hermano, todos aquellos del Consejo a los que no les caigo bien verán en esto la oportunidad perfecta para poner en duda mi lealtad. E incluso si llegaran a creer que no estoy actuando contra el Consejo o que tú no me controlas; desconfiarían de ti. Además, te harían demostrar que estás en su equipo.

—Me utilizarían —dijo en voz baja—. Y me utilizarían en tu contra.

—Nos utilizarían a los dos y nos enfrentarían. Esa es la razón por la que no puedes estar por aquí cuando aparezcan.

Thomas se dio la vuelta y estudió mi cara detenidamente.

—¿Y qué hay de Murphy? Si implicas al Consejo, Mavra le destrozará la vida.

Me mordí un poco el labio.

—A Murphy no le gustaría que pusiese en peligro la vida de personas inocentes para protegerla. Si uno de los herederos llega a convertirse en algo parecido a un dios oscuro, mucha gente morirá. No me perdonaría nunca haberla protegido a ese precio —expliqué—. Además. Esto no se trata de recuperar la Palabra. Se trata de detener a los herederos. Aún podría conseguir el libro, dárselo a Mavra y cumplir el trato.

Thomas cogió aire.

—¿Te parece eso prudente?

—No lo sé. Ella tampoco es que esté viva. Dudo que las técnicas de Kemmler puedan aplicarse a su uso de la magia.

—Si no fuera así —dijo Thomas—, ¿para qué querría el libro?

Aquella era una gran pregunta. Me froté los ojos.

—Todo lo que sé es que tengo que frenar a los herederos y proteger a Murphy.

—Si el Consejo se entera de que estás planeando utilizarlos para vencer a los herederos y así poder darle el libro de Kemmler a una vampira de la Corte Negra, te meterás en problemas.

—No por mucho tiempo —le dije—. Los centinelas me cortarían la cabeza inmediatamente.

—Dios. ¿Y lo aceptas? ¿Cómo puedes aceptar algo así viniendo de tu gente?

—Ya estoy acostumbrado —contesté.

Guardamos silencio durante un momento.

—¿Quieres que me aleje? —preguntó Thomas— ¿No quieres que te ayude?

—No creo que tenga otra elección —le dije—, ¿tú cómo lo ves?

—Podrías mandarlo todo a paseo. Podríamos irnos a Aruba o a algún sitio así. Lo miré.

—Vale —asintió—. Ya sé que no lo harás. Pero intento no perder la esperanza. Es

solo que no me gusta la idea de quedarme en la línea de banda cuando puedes necesitar mi ayuda. —Frunció el ceño—. ¡Oye! Estás haciendo esto a propósito. ¡Estás intentando dejarme fuera para protegerme! Tú... pequeño cabrón de mierda.

—Así es cómo funcionan las cosas —le dije—. Tómalo como una venganza por lo de los calmantes.

Puso cara de enfadado y luego asintió.

—Y gracias —le dije en voz baja—. Tenías razón, necesitaba descansar.

—Pues claro que tenía razón —dijo Thomas—. Parecía que te ibas a desmayar. Todavía no tienes muy buena pinta.

—Tengo hambre. ¿Has hecho esas tortitas para el desayuno o son de adorno?

—Venga, puedes burlarte —dijo Thomas. Colocó un montón de tortitas en un plato, cogió una botella de plástico de sirope de arce y lo puso todo encima de la mesa.

—Toma... ¡Feliz cumpleaños!

Me quedé pasmado mirando las tortitas y luego me fijé en él.

—Te habría comprado un regalo pero... —se encogió de hombros.

—No —le dije—. Quiero decir que no, que no hace falta. Me sorprende muchísimo que te hayas acordado. Nadie se había acordado de mi cumpleaños desde que Susan se fue de la ciudad.

Thomas preparó un plato y dejó el resto en un tercer plato para Butters. Se sentó a la mesa y empezó a comérselas sin sirope.

—No vayas a darle más importancia de la que tiene. A mí también me sorprende haberme acordado. —Asintió como sí estuviese hablando para un público desconocido—. ¿Entonces crees que Grevane y la habitacadáveres son los que han apagado las luces?

Sacudí la cabeza.

—Los dos estaban en pleno reto para comprobar quién lograría mantener a más muertos bajo su control. Por eso la habitacadáveres hizo frente a Grevane con una espada y por eso él se defendió con la fuerza física.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Cowl —le dije—. La otra noche se esfumó. Me atrevería a decir que estaba muy ocupado preparándose para darle un buen golpe a Grevane o a la habitacadáveres.

—¿Por qué Cowl?

—Porque este es un maleficio muy elevado, tío. Sí me hubieses preguntado ayer, jamás habría pensado que esto fuera posible. No sé cómo lo ha hecho, pero... —Me dio un escalofrío—. Su magia es más poderosa que la mía. Y por lo que he visto de su técnica, también está muchísimo más preparado. Si es tan bueno en taumaturgia como lo es en evocación, es el mago más peligroso que yo haya visto jamás.

—No estoy seguro de que saber cómo lo hizo sea tan importante como saber por qué.

Asentí.

—Les ha sacado al resto mucha ventaja. Ha paralizado las instalaciones eléctricas humanas. De esta manera mantiene a la policía demasiado ocupada para que interceda en lo que sea que esté haciendo.

—Pero esa no es la única razón. ¿No has dicho algo sobre preparar el camino?

—Sí. —Me terminé de un bocado una riquísima tortita con sirope—. La magia negra está muy unida a muchas emociones negativas, especialmente al miedo. Por lo tanto, si haces algo que asusta a un montón de gente, consigues un ambiente muy adecuado para practicar la magia negra. Esta proeza va a causar estragos. Hará que muchísima gente esté nerviosa y eso será de gran ayuda para el oscuro espectáculo de magia de esta noche.

—¿Estás seguro de que será esta noche? Asentí.

—Prácticamente. Es Halloween. Las barreras entre el mundo de los mortales y el mundo de los espíritus están más débiles que nunca. Será la oportunidad de que los espíritus vengan a intentar devorar este mundo. Todos los hechos de magia negra que han tenido lugar por la ciudad también eran parte de la preparación. Estaban creando turbulencias espirituales. Han preparado el terreno para que ahora sea más fácil poner en marcha magia negra a gran escala.

Thomas se comió varias tortitas mientras escuchaba y luego me preguntó:

—¿Cómo vas a hacer para ponerte en contacto con el Consejo si los teléfonos están cortados?

—Utilizaré vías alternativas —le dije—. Apelaré a un mensajero.

—Mientras tanto —dijo Thomas y su voz sonó algo amarga—, yo me quedaré y... no actuaré.

—De eso nada —le dije—. Tú vas a estar investigando dónde han evocado a espíritus antiguos. Y no solo eso, te daré una copia del código de números Tony. Investigarás qué pueden significar.

Estaba jugueteando con un trozo de tortita.

—Los espíritus más antiguos estarán en un cementerio, ¿no?

—Probablemente —le dije—. Pero a veces se pueden quedar unidos a en vez de a lugares concretos. Mira a ver qué averiguas sobre los campos santos y ruinas de los indígenas americanos. Los herederos andan detrás de los de esa

—Vale —dijo Thomas con poca confianza—. Y también quieres que investigue sobre los números.

—Con Butters —le dije—. Te puede ayudar con las dos cosas. El cabrón es muy listo.

—Suponiendo que quiera hacerlo —apuntó Thomas—. A lo mejor solo cobrar sus

fichas y abandonar la partida mientras siga vivo.

—Si es eso lo que quiere, lo harás solo —contesté—. Pero no creo que actúe así.

Justo entonces se abrió la puerta de la cocina y aparecieron Butters y un jadeante Ratón. El perrazo se tiró sobre mí y me golpeó la mano con el hocico hasta que lo acaricié en su lugar favorito, justo detrás el orificio del oído.

—¿No crees que quién actúe cómo? —preguntó Butters—. Oh, hala, tortitas, ¿hay alguna para mí?

—En la mesa —dijo Thomas.

—Guay.

—Butters —le dije—. Mira, creo que a partir de ahora estarás bien solo. Si quiere, te llevaré a tu casa cuando termines de desayunar.

Me miró con expresión solemne y añadió.

—Por supuesto que quiero irme a mi casa. Esta noche es el concurso de polca del Oktoberfest.

Thomas levantó una ceja y me miró.

Butters nos miró primero a uno y luego al otro y preguntó:

—¿Necesitáis que haga alguna cosa?

—Tal vez —le dije—. Necesitamos hacer una investigación. Entiendo perfectamente que quieras irte cuando todavía tienes algo que llevarte. Pero si estás dispuesto, nos vendría bien tu ayuda.

—Investigación —dijo Butters—, ¿qué tipo de investigación?

Se lo expliqué.

Butters se mordió el labio.

—¿Podría... podría ser que alguien quisiese matarme por hacer eso?

—No lo creo —le contesté—. Pero no puedo mentirte. Esta gente es muy peligrosa. No puedo predecir todo lo que pueden llegar a hacer.

Butters asintió.

—Pero si no consigues esta información, ¿qué pasa?

Apoyé el tenedor, de repente ya no sentía hambre.

—Uno de ellos se convertirá en un extraordinario poder cósmico y se apoderará de todo el espacio habitable. Me matará. Y también matará a un montón de gente inocente. Y solo Dios sabe qué puede hacer alguien con tantísimo poder a largo plazo.

Butters miró sus tortitas.

Esperé. Thomas no dijo nada. No había afectado a su apetito y el sonido del cuchillo y el tenedor contra el plato era lo único que se oía en la cocina.

—Esto es más grande que yo —dijo finalmente Butters—. Es incluso más grande que la polca, así que supongo que ayudaré.

Le sonreí.

—Te lo agradezco.

Thomas levantó la mirada y estudió a Butters, pensativamente.

—¿Sí? —le preguntó.

Butters asintió e hizo una mueca de resignación.

—Si me fuese de aquí sabiendo que podría haber echado una mano... No sé si podría vivir con eso. Quiero decir, si me estuviereis pidiendo que disparase a alguien o algo así, saldría corriendo colina arriba, pero la investigación es otra cosa. Es algo que puedo hacer.

Me levanté y palmeé despacio el hombro de Butters.

—Thomas te pondrá al corriente.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Tengo que pensar en cómo invocar al Erlking —le contesté.

—¿Eso es por lo que todo el mundo quería aquel libro?

—Eso parece.

—Pero tú lo tuviste en tu poder. ¡Y hasta lo leíste!

Me froté los ojos.

—Ya lo sé, pero no sabía lo que estaba buscando exactamente.

Butters asintió.

—Qué frustración.

—Solo un poco.

—Es un putada que no tengas memoria fotográfica —dijo Butters—. En la universidad conocí a un tipo que la tenía, el muy cabrón. Con solo mirar una página, podía leerla en su cabeza una semana después.

Aquello me dio una idea y sentí que mis extremidades se agitaban con emoción repentina.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Eh? Tú no tienes memoria fotográfica —preguntó Butters.

—¡Ya! —le dije—. Butters, eres un genio.

—Lo soy. —Sus cejas se arrugaron mostrando incompreensión—. ¿Lo soy?

—¡Genial! —exclamé—. ¡Increíble!

—Ay, Dios.

Me levanté y empecé a amontonar todas mis cosas.

—¿Dónde está la mochila que hice que *te* pusieras?

—En la sala de estar —dijo Butters—. ¿Por qué?

—Puede que la necesites. —Cojeé hasta la sala de estar y cogí la mochila. La palpé con cuidado y noté la curva sólida de la calavera Bob dentro. Cogí mi abrigo y las llaves del coche y me dirigí a la puerta de atrás.

—¿Adónde vas? —preguntó Thomas.

—Cosas de detectives —contesté.

—No deberías ir solo.

—Probablemente no —asentí—, pero voy a hacerlo.

—Por lo menos llévate a Ratón —dijo Thomas.

El gran perro movió la cabeza socarronamente mirando a Thomas primero y luego a mí.

—¿Y sostengo la correa con los dientes? —le dije—. Solo tengo una mano útil.

Thomas frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—Vale.

—Parece que los teléfonos no funcionan —dije. Le lancé la mochila a Thomas. La cogió al vuelo—. Bob sabrá cómo encontrarme si descubris algo. ¿Me has oído, Bob?

Una voz amortiguada salió de la mochila y dijo:

—*Jawohl, herr komandant.*

Butters dio un salto de medio metro desde su silla y pegó un chillido.

—¿Qué ha sido eso?

—Explícaselo —le dije a Thomas—. Me pondré en contacto lo antes posible. Mi hermano asintió.

—Buena suerte y ten cuidado.

—Tú también. Mantén los ojos abiertos. Y gracias otra vez, Butters.

—Claro, claro. Nos veremos pronto.

Butters estaba toqueteando la mochila con el tenedor.

—¡Oye! —protestó Bob desde dentro de la mochila—. ¡Déjalo ya! ¡Me estás arañando!

Cerré la puerta. El descanso de esta noche me había sentado muy bien, y pensar en la manera de detener a los herederos de Kemmler me había aportado una sensación electrizante, una razón por la que luchar. Me acerqué al coche dando amplias zancadas, sin apenas notar el dolor de la pierna.

Abrí la mano y vi el teléfono de Shiela escrito con rotulador negro.

Yo no tenía memoria fotográfica.

Pero conocía a alguien que sí.

Llegué a mi oficina. El tráfico no estaba tan mal como cabría esperar. Parecía que no habían venido a trabajar a la ciudad tantas personas de las afueras como normalmente. No funcionaban los semáforos, pero había policías en casi todas las intersecciones problemáticas. Todo el mundo estaba conduciendo de forma lenta y cautelosa durante la crisis. Porque así habían bautizado aquella situación en la radio: «la crisis». En las calles, había muchas más personas que cualquier otro día, y no se apreciaba nada o casi nada de esa prisa y energía con la que paseaban cotidianamente.

Después de todo, era la mejor de las reacciones que cabía esperar. Parecía que solo existían dos opciones: volverse loco y causar destrozos o actuar como deberían hacer todos los seres humanos y preocuparse por los demás. Cuando tuvo lugar el gran apagón de Los Ángeles hubo grandes altercados. Los neoyorquinos reaccionaron uniéndose.

Que la gente no reaccionase tan ciegamente como podría haberlo hecho también fue algo a tener en cuenta. Sin intentarlo siquiera, podía sentir la agría tensión de la magia negra, notaba cómo, lentamente, se iba enredando en la ciudad. Con toda la sutil pero palpable influencia de la magia negra que había detrás de ella, una suave sensación de pánico habría sido suficiente para que todo se pusiese muy feo muy rápidamente.

Por supuesto, todavía no había oscurecido. El anochecer podría cambiarlo todo.

A pesar de lo avanzado que al hombre le gusta considerarse, en todos nosotros habita ese terror a la oscuridad, tan añejo, tan primario y tan innegable. Ese terror a ser incapaz de ver cómo se acerca el peligro. No nos gusta pensar que seguimos teniendo miedo a la oscuridad, pero si eso fuese verdad, ¿por qué nos empeñamos con tanto tesón en que nuestras ciudades estén constantemente encendidas? Nos rodeamos de tanta luz que apenas podemos ver las estrellas en la noche.

El miedo es una cosa graciosa. Bajo una buena luz, incluso los miedos más pequeños e insignificantes pueden crecer de repente e hincharse hasta adquirir monstruosas proporciones. Con la magia negra rodando cual bola de nieve, ese miedo instintivo a la oscuridad no hacía otra cosa que retroalimentarse, multiplicarse una y otra vez. Además, el no poder explicar a la gente por qué se había ido la luz, les haría empezar a olvidar, lentamente, las razones racionales que les llevaban a no miedo y no sucumbir al pánico.

Incluso dando por hecho que pudiese impedir que surgiese una gran batalla diosecillos, esta noche iba a ser una de las malas. Y podía ser malísima.

Cuando llegué a mi oficina intenté llamar al número de Shiela. Los teléfonos no querían ayudarme y no era ninguna sorpresa. Ni siquiera funcionaban perfecta mente los días que mejor funcionaban. Tenía una guía telefónica en mi oficina encontré en

ella la dirección de su apartamento de Cabrini-Green. Aunque no estaba tan mal como antes, no era precisamente una de las mejores zonas de la ciudad. Sentí una punzada de añoranza por la pistola que había perdido en el callejón de la parte de atrás de la tienda de Bock. No es que la pistola representase la forma más efectiva de defenderme, pero frente al típico matón de Chicago tenía mucha más fuerza disuasiva que un palo tallado.

Por pura diversión, volví a probar los teléfonos y marqué el número de contacto del puesto fronterizo más cercano de los centinelas.

Y, gracias a Dios, el teléfono sonó.

—¿Diga? —contestó una mujer en voz baja y áspera.

Busqué torpemente la pequeña libreta con las contraseñas que llevaba en el del guardapolvo.

—Un segundo —dije—, no pensé que fuese a establecer contacto. —Pasé páginas de la libreta hasta llegar a la última y dije—: Eh... siroco amarillo verdoso.

—Conejo —contestó la voz. Comprobé el bloc. Era la respuesta a la contraseña.

—Soy el mago Dresden —informé—. Tengo una situación código Lobo. Repito: código Lobo.

La mujer al otro lado de la línea susurró:

—Soy la centinela Luccio, mago.

Joder, la mismísima jefa. Anastasia Luccio era una de las próximas de la lista para llegar a un puesto en el Consejo de Veteranos, y era la comandante de los centinelas. Era una vieja astuta y era la superior del campo de batalla de las fuerzas del Consejo contra la Corte Roja.

—Centinela Luccio —dije respetuosamente. Lo hice por dos razones, primero porque probablemente se lo merecía, y segundo porque necesitaba que nos llevásemos lo mejor posible.

—¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Por lo menos tres discípulos del nigromante Kemmler están en Chicago —le expliqué—. Encontraron el cuarto libro y piensan usarlo esta noche.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¿Hola? —dije.

—¿Está seguro? —preguntó Luccio. En su voz se distinguía cierto acento italiano—. ¿Cómo sabe quiénes son?

—Digamos que los zombis y fantasmas que los acompañan los delatan un poco —le contesté—. Me enfrenté a ellos. Se identificaron como Grevane, Cowl y Captorcorpus, y todos llevaban un tambor.

—Dio —dijo Luccio—. ¿Sabe dónde están?

—Todavía no, pero estoy en ello —le contesté—. ¿Me ayudarán?.

—Afirmativo —dijo Luccio—. Enviaremos centinelas a Chicago

inmediatamente. Llegarán a su apartamento en menos de seis horas.

—Tal vez no sea el mejor lugar —le dije—. Me atacaron ayer por la noche y desactivaron mis conjuros de protección. Es posible que tengan el apartamento bajo vigilancia.

—Comprendido. Entonces la cita tendrá lugar en la localización alternativa.

Eché un vistazo a mi bloc de notas. Tendría que quedar con ellos en el McAnally's.

—¡Venga!

—*Che cosa?* —preguntó.

—Ah, digo que de acuerdo, centinela —le dije—. Dentro de seis horas en la localización alternativa. No escatimen en personal. Estos tipos son una cosa seria.

—Estoy familiarizada con los discípulos de Kemmler —me dijo, pero su tono reflejó acuerdo y no reprimenda—. Yo misma lideraré el equipo. Seis horas.

—Bien, seis horas.

Colgó el teléfono.

Dejé el auricular en su lugar y apreté los labios para pensar. Campanas infernales, la comandante de guerra del Consejo Blanco en persona se iba a ocupar de todo esto. Eso significaba que esa situación estaba recibiendo un tratamiento de emergencia semejante al que recibiría un ataque terrorista nuclear. Si la jefa de los centinelas iba a venir a tomar parte en la batalla, significaba que los centinelas iban a salir con toda la artillería.

Para variar, iba a tener mucha ayuda. Una ayuda que me mantendría bajo sospecha constante y que podría hacer que me ejecutasen si averiguaban algunos de mis secretos. Pero ayuda, al fin y al cabo. Sentí una extraña sensación de comodidad. Los centinelas habían sido uno de mis mayores miedos prácticamente desde que supe de su existencia. Sentí una profunda satisfacción al comprobar que alguien a quien yo tanto temía estaba desarrollando un sentimiento hostil hacia Grevane y compañía. Me recordó a cuando Darth Vader se volvió contra el emperador y lo lanzó al pozo. No hay nada más maravilloso que ver a alguien que te impone muchísimo enfrentarse a un enemigo tuyo.

Y acto seguido, otro pensamiento empezó a incomodarme: ¿Por qué demonios se estaba encargando la comandante de guerra del Consejo Blanco de coger el puto teléfono? ¿Por qué no se encargaba del trabajo de recepcionista uno de los miembros jóvenes de los centinelas?

Solo se me ocurrieron tres razones.

Y ninguna era agradable.

Mi breve sensación de alivio y confianza se evaporó. Pero bueno, me alegré de que así fuera, porque estoy seguro de que el mundo terminará el día que me sienta aliviado y a gusto durante un tiempo demasiado largo.

Me sacudí las preocupaciones de la cabeza. No resultaban una ayuda, de todas formas. La única persona con la que podía contar para socorrerme era yo mismo. Si los centinelas decidían hacerlo también, sería una agradable sorpresa, pero tenía que ponerme en marcha antes de que el problema se volviese demasiado grande. Era el mismo principio que se utiliza para limpiar un cuarto muy desordenado. No piensas en todo lo que tienes que hacer. Te centras en una cosa y la haces, y luego te mueves hacia la siguiente.

Necesitaba la oración de invocación que se escondía en *Der Erlking*. Para conseguirla, tenía que hablar con Shiela. *Bien, Harry tienes que ponerte en marcha*. Volví a intentar llamar por teléfono, pero supongo que ya me había tocado la lotería tecnológica con la última llamada. Todas las líneas estaban ocupadas.

No había estado sentado mucho tiempo, aunque lo suficiente para que la pierna le dejase muy clarito al resto del cuerpo que no quería que se apoyase más en ella por hoy.

—Acata las reglas —le dije muy serio a mi pierna—, no tienes que estar contenta, solo tienes que ser útil.

Mi pierna permaneció en silencio, con actitud huraña y vibró con fuerza; me lo tomé como un acuerdo. Cuando ya tenía las llaves en mi mano oí un suave golpe en la puerta de mi oficina.

Agarré mi bastón con una mano, concentré mi fuerza y las runas ya estaban desprendiendo llamas naranjas cuando se abrió la puerta.

Billy apareció en la puerta, con una gigantesca expresión de sorpresa y hasta con la boca abierta. Llevaba unos tejanos, botas de vaquero y una vieja chaqueta de cuero. No había usado mucho las gafas durante los últimos años, pero hoy las llevaba puestas. El viento de la calle, que soplaba contra la ventana de mi oficina, le había revuelto el pelo. Oí un par de gotas caer, golpeando torpemente el cristal.

—Eh... —dijo un minuto después—. Hola, Harry.

Le puse mala cara y bajé el bastón, dejando que se apagase la energía. La madera templada resultaba muy agradable bajo mi mano y la débil esencia de madera quemada flotaba en el aire.

—Un mal momento para aparecer de repente en la puerta de mi oficina —le dije.

—La próxima vez puedo silbar o algo así —contestó Billy.

—¿Cómo me has encontrado?

—Es tu oficina. —Miró alrededor—. ¿Estabas hablando con alguien?

—La verdad es que no —le dije—. ¿Qué es lo que quieres?

Se abrió el abrigo. El puño de una pistola sobresalía por su cinturón, era mi revolver.

—Artemis Bock se acercó a mi casa. Dijo que había tenido algunos problemas en la tienda.

—Sí —le dije—, los malos intentaron darle una paliza. Tuve una discusión con ellos por ese tema.

Billy hizo un gesto afirmativo.

—Eso fue lo que dijo. Encontró esto en el callejón. Dijo que había sangre.

—Uno de ellos me trasquiló la pierna —le dije—. Pero lo tengo todo bajo control. Billy asintió, intranquilo.

—Eh... parecía preocupado por ti.

—Estoy bien —me levanté teniendo cuidado con la pierna—. ¿Bock está bien?

—Eh... —dijo Billy. Me miró y su expresión reveló mucha inquietud—. Sí. Es decir, no está herido. La tienda sufrió algunos daños, pero dijo que no tenía importancia. Quería que te diese las gracias en su nombre. —Se desenganchó la pistola del cinturón y añadió—: Y yo pensé que podrías necesitar esto.

—No deberías llevarla en los pantalones así —le dije—. A no ser que quieras acabar con voz de soprano.

—Está vacía —me dijo, y me la pasó.

La cogí, abrí el cargador y lo hice girar para comprobarlo. La pistola no estaba cargada. Me la metí en el bolsillo del guardapolvo, luego abrí el cajón de mi escritorio y saqué una cajita con munición que reservaba allí. La guardé también en el bolsillo.

—Gracias por traérmela —le dije—. ¿Cómo se te ocurrió buscarme aquí?

—No contestabas al teléfono de tu apartamento. Me acerqué por allí. Parecía como si alguien hubiese intentando tirarte la puerta abajo.

—Y así fue —señalé.

—Pero ¿estás bien? —La pregunta era más seria de lo que yo hubiese esperado.

—Estoy bien —le dije impacientándome—. Campanas infernales, Billy. Si quieres decirme algo, dímelo de una vez.

Cogió aire.

—Eh, bueno..., es que me da un poco de miedo.

Arqueé una ceja mientras lo miraba y volví a fruncir el ceño.

—Mira. Creo que... no estás haciendo bien las cosas, Harry.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Quiero decir que no estás siendo tú mismo —me dijo Billy—. La gente lo está notando.

—¿La gente? —le pregunté. La pierna me tembló. No tenía tiempo para este tipo de jueguito psicológico—. ¿Qué gente?

—La gente que te respeta —me dijo cautelosamente—. Tal vez aquellos que incluso te temen un poco.

Lo miré fijamente.

—No sé si sabes esto, Harry, pero puedes llegar a dar mucho miedo. Quiero decir,

he visto lo que puedes hacer. E incluso la gente que no lo ha visto con sus propios ojos ha oído historias. Créeme, estamos contentos de que seas uno de los buenos, pero si no lo fueras...

—¿Qué? —le pregunté, sintiéndome de repente mucho más cansado—. Si no lo fuera, ¿qué?

—Darías miedo. Mucho miedo.

—¿Adónde coño quieres llegar?

Asintió.

—Hablas con las cosas.

—¿Perdona? Levantó las manos.

—Hablas con las cosas. Me refiero a que estabas hablando con las cosas cuando estaba al otro lado de la puerta.

—Eso no fue nada —le dije.

—Vale —dijo Billy, aunque por su tono se sobrentendía que me estaba apaciguando y no dándome la razón.

—¿Qué es esta mierda de hablar con las cosas? ¿Fue Bock el que dijo que yo hacía eso?

—Harry... —empezó a hablar Billy.

—Porque no es verdad —le dije—. Dios mío. A veces cometo alguna locura, pero es el tipo de locura que cuando la vas a hacer piensas: no creo que funcione, pero tengo que intentarlo. No estoy loco.

Billy se cruzó de brazos y sus ojos buscaron mi cara.

—¿Ves?, a eso me refiero. Si estuvieras loco de verdad, ¿te darías cuenta?

Me acaricié el puente de la nariz.

—Vamos a ver si me he enterado bien. Como Bock ha dicho no sé qué cosa sobre mí y porque me has oído hablando solo, de repente, estoy listo para que me encierren en una habitación blanca con paredes acolchadas.

—No —dijo—. Más o menos. Harry, mira, no es que te esté acusando..

—Pues tiene gracia, porque tiene toda la pinta de ser una acusación.

—Yo solo...

Se me cayó el bastón al suelo y Billy se estremeció.

Intentó disimularlo pero yo había visto el movimiento. Billy se había estremecido como si de verdad temiese que yo le pudiese hacer daño.

¿Qué demonios?

—Billy —dije despacio—. Están sucediendo cosas muy malas. No tengo tiempo para esto. No sé lo que te habrá dicho Bock, pero ha pasado un par de días muy duros. Estará nervioso. No tengo nada contra él.

—Está bien —respondió en voz baja.

—Quiero que te vayas a casa —afirmé—. Y quiero que empieces a correr la hola

por ahí. Todo el mundo debe permanecer detrás del umbral esta noche.

Frunció el ceño, se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con una esquina de la camiseta.

—¿Por qué?

—Porque el Consejo Blanco va a enviar un pequeño ejército y estoy seguro de que no te gustaría que nadie que conozcas acabe atrapado en los efectos secundarios de esta visita.

Billy tragó saliva.

—Entonces esto va a ser muy grande.

—Y yo tengo que irme. No tengo tiempo para distracciones. —Di un paso hacia él y le puse la mano en el hombro—. Oye, soy yo, Harry. Estoy tan cuerdo como siempre y necesito que confíes en mí durante un tiempo. Dile a la gente que esconda la cabeza, ¿vale?

Respiró profundamente y asintió vehementemente.

—Lo haré, tío.

—Bien. No sé por qué estás tan preocupado por mí. Pero nos sentaremos a hablar del tema cuando se calme un poco la tormenta y averiguaremos qué es lo que pasa. Y comprueba que no *me* haya cargado ninguna aplicación del coche sin querer. Hablaremos, *te* lo prometo.

—Vale —dijo asintiendo—. Gracias. Siento si esto ha sido..., buf, tío.

—Ya vale de compartir emociones por hoy —le interrumpí—. Si seguimos así nos acabaremos afeminando. Vamos allá.

Me golpeó el brazo con un suave puñetazo y se fue.

Esperé a que se hubiese marchado. No me apetecía nada bajar con él en el ascensor preguntándome todo el tiempo si estaría temiendo que pudiese saltarle encima con un hacha o un cuchillo carnicero.

Me apoyé en mi bastón y pensé en ello durante un segundo. Billy estaba realmente preocupado por mí. Tan preocupado que temía que yo pudiese hacerle algo. ¿Qué coño había hecho yo para que me saliese con estas?

Pero había una pregunta aun mejor que debía hacerme a continuación de esta:

¿Y si Billy tenía razón?

Me golpeé el cráneo con un dedo. No lo notaba blando ni nada parecido. No me sentía loco. Pero cuando se pierde la cordura, ¿te queda algo ahí arriba que haga que te percales? Los locos nunca piensan que lo están.

—Siempre he hablado con las cosas —dije—. Y conmigo mismo... Bien dicho —me respondí—. A no ser que eso signifique que siempre has estado loco... No me hacen ninguna falta estos comentarios de listillo —me dije inflexible—. Tengo muchas cosas que hacer. Cállate.

Lo único que se me ocurría era que tenía que haber sido idea de Georgia. Siempre

estaba dando la brasa con sus libros de psicología. Tal vez se había convertido en víctima de alguna especie de hipocondría psicológica invertida.

Un trueno retumbó en el exterior y la lluvia empezó a caer con mayor intensidad.

No me venía nada bien distraerme con ningún tipo de dudas. Me encogí de hombros pensando en la conversación con Billy y posponiendo mis reflexiones sobre ella para más tarde. Cargué mi pistola, ya que no haberla cargado habría sido prácticamente igual que no llevarla, y me la volví a meter en el bolsillo. Cerré mi oficina al salir y me dirigí al coche.

Tenía que ir a buscar a Shiela y ver si su extraordinaria memoria podía recordar los poemas y las estrofas de aquel estúpido libro. Después, tenía que averiguar la manera de invocar al salvaje y letal señor del mágico Mundo de las Tinieblas y pensar en cómo entretenerlo para que los herederos de Kemmler no pudieran utilizarlo para ascender a la condición de semidioses. Y además de todo eso, debía encontrar *La palabra de Kemmler* y dársela a Mavra sin que el Consejo Blanco se enterase de nada de lo que había estado haciendo.

Tan fácil como respirar.

Mientras bajaba en el ascensor tuve que admitirlo, Billy tenía algo de razón.

El vecindario de Cabrini-Green, donde vivía Shiela, había vivido épocas mejores. Pero también las había vivido peores. La ciudad había tirado muchísimo dinero en proyectos de renovación urbana por aquella zona, y muchos todavía estaban a medias. El edificio de Shiela aún se hallaba en proceso de renovación y el vestíbulo y muchos de los pisos todavía se encontraban a medio terminar. No había ningún obrero en la zona cuando accedí al vestíbulo, pero había docenas de lonas, pilas de ladrillos, trastos, pesados armarios de herramientas que habían sido atornillados al suelo y otros tantos cachivaches que evidenciaban que los obreros probablemente tampoco estarían trabajando si no se hubiese ido la luz en la ciudad.

Caminé hacia los ascensores y hacia el panel de seguridad. Encontré el botón del apartamento de Shiela en el noveno piso. Lo presioné y lo mantuve apretado durante un minuto hasta que me di cuenta de que, ejem, se había ido la luz y por lo tanto no podría llamar a Shiela por el telefonillo.

Puse cara de tonto y miré alrededor buscando las escaleras. Subir nueve pisos no iba a ser plato del gusto de mi pierna, pero tampoco es que tuviera otras opciones.

La puerta de las escaleras estaba cerrada, pero por el otro lado; era la típica puerta de incendios con una de esas barras para empujar. Levanté el bastón, miré alrededor, en el vestíbulo, para asegurarme de que no había nadie por allí que pudiera verme y, acto seguido, hice un ademán con el bastón y murmuré:

—¡*Forzare!*

Envié un débil soplo de mi poder a través de la puerta, que hizo que esta se abriese hacia mí en una acción precisa. Alcancé la barra abatible que había del otro lado y la puerta tembló primero y se balanceó después, para finalmente abrirse unos cinco o seis centímetros. Clavé un extremo de mi bastón en ella para mantenerla abierta, agarrarla y por fin empujarla. Me fijé en las escaleras durante un segundo, pero no se volvieron más cortas ni se convirtieron en escaleras mecánicas ni nada. Así que suspiré y empecé a arrastrarme con mucho dolor escaleras arriba, de escalón en escalón.

Nueve pisos, es decir, ciento sesenta y dos escalones más tarde hice un descanso para recuperar el aliento. Después abrí la puerta del descansillo del noveno piso de la misma manera que la del vestíbulo. El descansillo del noveno piso todavía estaba en construcción y algunos de los apartamentos que allí había aún no tenían puerta, y otros ni siquiera paredes. Fui atravesándolo hasta que llegué al apartamento de Shiela. Llamé a la puerta.

Sentí un cosquilleo en cuanto toqué la puerta; un conjuro de protección de alguna clase. No se acercaba ni un poco a la fuerza de los de mi apartamento, pero estaba equilibrado. Era bastante admirable. Shiela podía no tener una tonelada de talento

innato, pero obviamente tenía suficiente disciplina como para suplir esa falta. Levanté la mano y la sostuve sobre la superficie de la puerta, mandando mis sentidos a través del conjuro, obteniendo una sensación más detallada de su fuerza. No podría haberme parado si hubiese usado mi poder para abrirme paso, pero era bastante fuerte para darme un buen golpe en los dientes si intentaba cruzar la puerta físicamente. Sin duda dejaría muy asustado a cualquier ladronzuelo que pasase por allí. No estaba nada mal.

Un minuto después oí pisadas y la puerta se entreabrió ligeramente. Vi una cadena de seguridad y una fina rayita de su cara que coincidía con sus oscuros y chispeantes ojos. Se le escapó un grito de sorpresa y luego dijo:

—Harry, espera un momento.

Esperé mientras cerraba la puerta y quitaba la cadena de seguridad. Luego volvió a abrir la puerta, sonriéndome. Su sonrisa resultaba contagiosa, así que me descubrí a mí mismo correspondiéndole con un gesto similar.

Llevaba un corpiño rojo de lentejuelas que hacía que no mirar su pecho fuese una misión imposible. Tenía puestos unos *baggysanchos*, casi transparentes, sandalias de cuero atadas alrededor de sus pantorrillas y ocho millones de pulseras en sus brazos y tobillos. Se había recogido el pelo en una coleta alta con una especie de rejilla decorada. Y, por último, sus desnudos y tersos hombros lucían fuertes y preciosos.

—Hola —dijo ella.

—Hola, genio de la lámpara —le contesté—. ¿Está dentro tu compañera de piso Shiela?

Se echó a reír.

—Me coges saliendo por la puerta. Estaba a punto de irme, he quedado con unos amigos.

—¿Vas a una fiesta de disfraces? —le preguntó.

—No, siempre me visto así. —Sus ojos brillaron—. Es Halloween.

—¿Aunque no haya luces?

Levantó las cejas y arrugó la frente. Su sonrisa se debilitó por un segundo.

—¿Quién sabe? Tal vez eso lo haga más divertido.

Tenía razón sobre las curvas que se escondían bajo la ropa holgada que vestía en la tienda de Bock. Eran increíbles. Tenía que hacer un esfuerzo para concentrarme en su cara, especialmente cuando se reía. Su risa hacía que un montón de temblores interesantes recorriesen su cuerpo.

—¿Tienes un minuto? —le pregunté.

—Tal vez tenga dos —dijo ella—, ¿qué tienes en mente?

—Necesito tu ayuda con un asunto —afirmé. Miré de un extremo a otro del pasillo. Que yo supiese nadie me había seguido, y me había estado fijando, pero eso no significaba que no hubiese nadie allí. Era bastante bueno descubriendo este tipo de cosas, pero había muchas personas (y no-personas) que eran mejores que yo—. Si no

te importa, ¿podemos hablar dentro?

Su expresión se volvió un poco precavida y esta vez fue ella quien miró de un extremo a otro del pasillo.

—¿Estás metido en algún lío? ¿Es por lo de la gente de la tienda?

—Digamos que sí —le dije—. ¿Puedo pasar?

—Claro, claro —dijo dando un paso hacia dentro y sujetándome la puerta. Entré—. Madre mía —exclamó al observarme con detenimiento—, ¿qué te ha pasado?

—Un necrófago me clavó un cuchillo en la pierna —respondí. Abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir... un necrófago de verdad? ¿Un necrófago auténtico?

—Sí.

Se le descompuso la cara y una expresión de consternación se apoderó de ella.

—¡Oh! Caray... Había oído historias, pero nunca pensé que..., ya sabes. Es difícil creer que realmente estén ahí fuera. ¿Me convierte eso en una idiota?

—No, te convierte en una persona afortunada. Daría lo que fuera por no volver a ver otro necrófago.

Su apartamento era el típico de aquella clase: pequeño, gastado, algo destartado, pero limpio. Prácticamente todos los muebles eran de segunda mano y tenía una vieja nevera. Distintas estanterías, que no hacían juego, desbordadas con libros de tapa rústica y libros de texto. Tenía también una pequeña y vieja televisión que no parecía que usase mucho.

—Siéntate —dijo mientras recogía unas mantas y una almohada que estaban en el sofá, liberando espacio para que pudiese sentarme. Me tambaleé por encima del sofá y me dejé caer. Me sentó genial. Resoplé y puse la pierna encima de la mesa de café. Me sentí aun mejor.

—Gracias —le dije.

Sacudió la cabeza mirándome fijamente.

—Tienes un aspecto horrible.

—He pasado un par de días muy duros. Me estudió con ojos muy serios.

—Supongo que lo habrán sido. ¿Qué estás haciendo aquí?

—El libro —le dije—. El libro del Erlking que me compré en la tienda de Bock.

—Lo recuerdo —afirmó.

—¡Eso es!

—¿Eh? ¿Qué?

—Por eso estoy aquí —le dije—. Tú lo recuerdas y yo no. Y los malos me quitaron mi ejemplar. Necesito que lo recuerdes para mí.

Frunció el ceño.

—¿El libro entero?

—No creo —le dije—. Había varias poesías y estrofas. Creo que lo que necesito

estará en una de ellas.

—¿Qué es lo que necesitas? —me preguntó.

La miré durante un segundo. Luego contesté.

—Sería mejor que no lo supieses.

Levantó la barbilla y me miró durante un momento, como si hubiese insultado a su madre o algo así.

—¿Perdona?

—Es un asunto muy escabroso —le dije—. Tal vez sea más seguro para ti que no te cuente demasiado sobre ello.

—Bueno —dijo ella—. Eso es bastante condescendiente por tu parte, Harry. Gracias.

Levanté una mano.

—Las cosas no son así.

—Sí —dijo ella—. Sí que lo son. Quieres que te proporcione una información, pero no me dices por qué la quieres ni qué vas a hacer con ella.

—Lo hago para protegerte —le dije.

—Tal vez —contestó ella—. Pero si te entrego esta información, voy a cargar con la responsabilidad de lo que hagas con ella. No nos conocemos demasiado. ¿Qué pasa si utilizas la información que yo te dé para hacer daño a alguien?

—No lo haré.

—Y puede que eso sea verdad —dijo ella—. Pero tal vez no lo sea. ¿No te das cuenta? Tengo obligaciones en este asunto —continuó—. Tengo que emplear mi don con responsabilidad. Eso significa no usarlo ciegamente ni de modo temerario. ¿Entiendes lo que te digo?

—La verdad es que —le dije—, lo entiendo.

Se mordió los labios y asintió.

—Entonces si quieres que te ayude, dime por qué lo necesitas.

—Puedes ponerte en una situación arriesgada si te implicas en esto —le dije—. Podría ser muy peligroso.

Intercalé un silencio entre las dos últimas palabras para enfatizar.

—Lo entiendo —me contestó—. Y lo acepto. Cuéntame.

La miré durante un segundo y luego suspiré, con cierta frustración. Tenía razón en lo que decía, después de todo. Pero, joder, no quería que los discípulos de Kemmler pudiesen herir a nadie más. Y menos aun a alguien con aquellos pechos tan encantadores.

Separé la vista de ellos y dije:

—Las personas que has estado viendo por la tienda van a usar el libro para invocar al Erlking.

Frunció el ceño.

—Pero... es un hechicero extremadamente poderoso, ¿no? ¿Pueden hacer eso?

—¿Quieres decir si es posible? —le pregunté—. Claro. Yo mismo invoqué con un silbido a la reina Mab hace unas cuantas horas. —Lo cual era técnicamente verdad.

—Oh —dijo con un tono más suave—. ¿Por qué?

—Porque necesitaba información —le dije.

—No, eso no. ¿Por qué quieren esas personas invocar al Erlking?

—Van a usar su presencia durante la noche de Halloween para invocar a muchísimos antiguos espíritus. Luego los van a destrozarse y a devorar para otorgarse a sí mismos una buena porción de Valhala de poder sobrenatural.

Se quedó mirándome, con la boca medio abierta.

—¿Es... un rito de ascensión? —me preguntó—. ¿Uno de verdad?

—Sí —le dije.

—Pero eso es... es de locos.

—Precisamente lo que son estos tíos —respondí—. Lo que me digas podría evitar que esto ocurra. Podría salvar muchísimas vidas. La mía, entre otras.

Cruzó los brazos sobre su estómago como si tuviese frío. Su cara se volvió pálida y preocupada.

—Necesito que recuerdes las poesías porque yo voy a invocar al Erlking antes de que lo hagan ellos, para mantenerlo entretenido el tiempo suficiente como para arruinar sus planes.

—¿Eso no es peligroso? —me preguntó.

—No es tan peligroso como no hacer nada —le dije—. Ahora ya sabes por qué. ¿Me ayudarás?

Se mordió el labio, como si estuviese reflexionando mientras sus ojos brillaban.

—Pídemelo por favor.

—Por favor —le dije.

Su sonrisa se agrandó.

—¿Por favor, por favor?

—No me presiones —dije medio gruñendo y dudé si me habría salido demasiado intimidatorio.

Me sonrió.

—Esto podría llevarme unos minutos. Hace mucho que leí ese libro. He de prepararme. Tengo que meditar.

—¿Es tan complicado? —le pregunté.

Suspiró y se le escapó una sonrisa.

—Es algo peliagudo. A veces siento mi mente como si fuese una biblioteca. No tengo ningún problema para recordar, pero el reto está en encontrar dónde pongo cada cosa. Y no todo lo que se almacena son cosas agradables de recordar.

—Sé a qué te refieres —le dije—. He visto cosas que preferiría que mi cabeza no

las almacenase.

Asintió y se sentó en el sofá a mi lado. Subió los pies, se sentó encima de ellos y se revolvió un poco hasta que encontró la postura. El momento que invirtió en acomodarse me resultó interesante. Intenté que no se me notase demasiado interés y saqué mi bloc de notas y mi fiel lápiz del bolsillo de mi guardapolvo.

—Vale —dijo ella y cerró los ojos—. Dame un momento y te lo iré diciendo.

—Vale —le dije.

—Y no me mires.

Miré para otro lado.

—No lo hacía.

Se rió suavemente.

—¿No habías visto un escote antes?

—No estaba mirando —protesté.

—Por supuesto. —Abrió un ojo y me echó una mirada oblicua. Luego cerró los ojos sonriendo un poco y respiró hondo.

—Eso es hacer trampas —le dije.

Volvió a reírse y su expresión cambió, sus rasgos se volvieron distantes. Los hombros se relajaron y de repente abrió los ojos y resultaron oscuros, distantes, desenfocados. Miró al infinito y, durante unos minutos, su respiración aminoró y los ojos empezaron a moverse como si estuvieran leyendo un libro.

—Aquí está —dijo. Hablaba despacio, con calma y parecía estar soñando—. Peabody. Él fue quien recopiló varios ensayos.

—Solo necesito los poemas —le dije—. Olvídate de la paja.

—Silencio —me reprochó—. Esto no es tan fácil como parece. —Tenía tics en los dedos y en las manos mientras sus ojos iban barriendo las páginas de un libro invisible. Me di cuenta, un momento después, de que estaba pasando las hojas del libro en su memoria—. Vale —dijo un minuto después—. ¿Estás preparado?

Apoyé el lápiz sobre mi libreta.

—Preparado.

Empezó a dictarme poesía y empecé a escribirla. No era el primer poema ni el segundo, pero en el tercero reconocí el ritmo y los patrones de una frase de invocación, cada línea resultaba inocente si se entendían independientemente, pero no era lo mismo si se atendía al conjunto. Con la concentración, la intención y la fuerza adecuadas, aquel poema tan simple podría alcanzar las fronteras del mundo de los mortales y arrastrar la noticia hasta el depredador letal del mundo mágico conocido como el Erlking, el señor de los tragos.

—Es este —dije despacio—. Necesito que estés completamente segura de la exactitud del recuerdo.

Shiela asintió con la mirada perdida en la lejanía. Su mano hizo el movimiento

opuesto al que estaba haciendo para pasar las páginas y me repitió el poema, más despacio. Comprobé que lo hubiese escrito todo correctamente.

No estaría nada bien fastidiar la invocación. Si no tienes las palabras exactas puede tener todo tipo de efectos negativos. En el mejor de los casos, la invocación no funciona y malgastas todo tu esfuerzo sin ningún resultado. Algo peor sería que se invoque al ser equivocado, tal vez uno al que le alegre el día machacarte la cara con sus fauces repletas de tentáculos. Finalmente, en el extremo de las consecuencias negativas, una invocación fallida podría llamar al ser que querías, en este caso el Erlking, solo que ofendido por no haberte molestado en invocarlo correctamente. Los seres excesivamente poderosos del mundo de los espíritus tienen el tipo de poder y temperamento del que están hechas las películas de terror, y es muy mala idea hacer que uno se enfade contigo.

Si invocas a un ser de manera incorrecta, habrá muy poco que puedas hacer para protegerte de él. Ahí reside el peligro de la práctica de la invocación. Si pensaba llamar al Erlking desde Chicago, tenía que estar absolutamente seguro de hacerlo correctamente, porque en caso de equivocación, lo pagaría con mi vida.

—Una vez más —le dije a Shiela en voz baja cuando hubo terminado. Tenía que estar seguro.

Asintió y volvió a empezar. Fui comprobando mi versión escrita. La tercera vez todo se repitió de la misma manera, así que estaba tan seguro como razonablemente podía estarlo de que era una versión precisa.

Me quedé mirando la libreta durante un momento, empezando a absorber la invocación, para recordar el ritmo, el sonido envolvente de las consonantes y de los verbos, que solo estaban incidentalmente relacionados con la lengua. Aquello un poema, era una frecuencia, una señal de un sonido y un tiempo. Y yo me comprometía a memorizarlo con precisión metódica, de la misma forma que almacenaba las inflexiones precisas requeridas para llamar a un espíritu utilizando su verdadero nombre. En cierto sentido, el poema era como otro nombre del Erlking. Iba a responder a él como si lo fuera.

Cuando volví a levantar la vista, unos minutos después, sentí la dulce presión de la mirada de Shiela. Me estaba mirando y sus ojos revelaban preocupación.

—No sé si es que eres increíblemente estúpido o uno de los hombres más valientes que he visto jamás.

—Me decantaría más por lo de estúpido —dije suavemente—. Teniendo en cuenta mis experiencias, creo que la estupidez describe bastante bien muchas de ellas.

—Si realizas la invocación —dijo despacio, sin sonreír a mis tonterías—, y algo malo te pasa, yo seré la culpable.

Sacudí la cabeza.

—No —le dije—. Sé lo que estoy haciendo. Será, única y exclusivamente, culpa

mía.

—No estoy segura de que tu aceptación pueda absolverme a mí de la responsabilidad —dijo frunciendo el ceño—. ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer para ayudarte?

—No hace falta que te ofrezcas —le dije.

—Sí —contestó muy seria—. Sí que hace falta. Necesito saber que he hecho todo lo que he podido. Que si te ocurre una desgracia, no será por algo que yo no hice.

Estudié su cara durante un momento y me di cuenta de que le estaba sonriendo.

—Te tomas todo este tema de la responsabilidad muy en serio —le dije.

—¿Hay alguna razón por la que no debería hacerlo? —me preguntó.

—Ninguna en absoluto —contesté—. Es solo que no es habitual que alguien que... Bueno, no me malinterpretes, pero es poco frecuente viniendo de alguien tan ajeno a este mundo, cuando se trata de un poder tan salvaje.

Sonrió un poco.

—No hace falta mucho poder para hacer daño a alguien —replicó—. Es mucho más fácil que curar la herida. Siempre es así con todo. No solo con la magia.

—Sí. Pero no mucha gente es capaz de ver eso. —Me acerqué y puse mi mano derecha sobre la suya. Tenía unas manos muy suaves y cálidas—. Gracias por ayudarme. Si hay algo que pueda hacer, en cualquier momento, para devolverte el favor...

Sonrió y me dijo.

—Hay una cosa.

—¿Sí? —pregunté. Asintió.

—Una amiga me dijo una vez que se podía saber mucho de una persona por la forma en la que se hace algo por primera vez.

Parpadeé un par de veces y pregunté:

—¿Eh? ¿Como qué?

—Como esto —dijo ella y se me acercó. Se movió de una forma maravillosa, con fluidez y con elegante femineidad. Sus curvas eran cálidas y su piel suave olía a flores silvestres. Deslizó una pierna por encima de la mía sentándose a horcajadas sobre mí. Sus delicadas manos tomaron mi cara con ligereza mientras se echaba hacia atrás para besarme, fue cerrando los ojos lentamente antes de que su boca se encontrara con la mía.

El beso comenzó despacio, tranquilo, sensual pero no apasionado, paciente pero sin celos. Sus labios estaban tibios y suaves cuando se juntaron con los míos. Su boca se arremolinó alrededor del beso. Existía una sensación de exploración subyacente. Puede que estuviera muy cansado, o muy herido o muy preocupado por mis planes inmediatos de supervivencia, pero me sentía a gusto. Me sentía muy a gusto. La boca de Shiela no ardía en necesidad. No pedía nada con aquel beso. Todo

lo que quería era probar mi boca, sentir mi piel bajo sus manos.

Y entonces, sin previo aviso, un anhelo desesperado por obtener más de aquel simple contacto, de aquel calor humano, se despertó dentro de mí como una llamarada de necesidad.

Casi todo el mundo subestima lo poderoso que puede llegar a ser el contacto con una mano ajena. La necesidad de contacto es algo primario; ese acercamiento es parte fundamental de nuestra existencia como seres humanos y, a su vez, resulta casi imposible describirlo con palabras. Esa fuerza que transmite no está necesariamente relacionada con el sexo. Desde que somos niños, aprendemos a relacionar el contacto de la mano humana con sensaciones como la seguridad, el consuelo o el amor.

A mí no me habían tocado mucho desde... bueno, desde hacía demasiado tiempo. Thomas sería mi hermano, pero evitaba el contacto físico, tanto el casual como el incidental, como si fuese a contagiarse una enfermedad. Y tampoco es que yo despertase un interés abrumador en el sexo opuesto. Lo más cercano a ese tipo de contacto que había tenido recientemente fueron las insinuaciones de una súcuba recién convertida, y aquello había sido cualquier cosa menos cariñoso.

Cuando el sexo se vuelve parte de la ecuación, la necesidad de contacto de otra persona puede ser aún más urgente y profunda; tanto que puede ocurrir que el buen juicio e incluso el pensamiento lógico desaparezcan tras la puerta, empujados por la urgencia de saciar esa necesidad.

Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba. Y hacía aún más tiempo que nadie me besaba. Y dado que era muy probable que muriese antes de que volviese a amanecer, la presencia de Shiela, su calor y el simple hecho de que me tocase hizo que se esfumasen mis preocupaciones y mis miedos. Me sentí feliz. El beso de Shiela me liberó del dolor y del miedo, aunque solo fuera por un momento. Quise que aquel momento durara todo lo posible.

Apreté mi boca mientras duró aquel beso y mi brazo se escabulló, deliberadamente por el final de su espalda, apretándola contra mí. Shiela respiró con repentina excitación, pero sus ojos no se volvieron más profundos ni se aceleraron. Su boca mantuvo el ritmo tranquilo y yo quise obtener más de ella.

Quería estirar el brazo y arrancarle el top de lentejuelas. Quería explorar con mi mano cada una de sus sinuosas curvas. Quería volverla loca y que mis sentidos se colmasen con su calidez, sus gritos y sus olores. Quería olvidar todo lo que cargaba sobre mis hombros aunque solo fuera un momento. Cada minuto que pasaba quería desnudarla un poco más. El vacío que su calidez había empezado a llenar me pedía que me dejase llevar.

Pero lo que hice en realidad fue abrir la boca y acariciar sus labios con mi lengua, suavemente, despacio, y solo una vez. Ella se estremeció ante el tacto y sus dientes mordieron delicadamente mi labio inferior. Alargué el beso para terminarlo con un

tranquilo y suave movimiento de cabeza hasta apoyar mi frente en la de ella. Nos quedamos así durante un minuto, con la respiración acelerada.

—¿Querías parar? —me susurró.

—No —contesté—. Pero lo necesitaba.

—¿Por qué?

—Porque no me conoces —le dije—. ¿Tú querías que parase?

—No —me contestó—. Pero necesitaba que lo hicieras. Tú tampoco me conoces.

—¿Entonces por qué me has besado?

—Yo... —Por su voz me pareció que se había avergonzado—. Hacía mucho tiempo que no besaba a alguien. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

—Lo mismo digo.

Estiró los dedos y me tocó la cara con las yemas.

—Pareces tan solo... Yo... solo quería sentir cómo sería. Solo un beso. Antes de que todo se vuelva complicado.

—Es razonable. —Estuve de acuerdo—. ¿Qué te ha parecido?

Emitió un sonido desde la garganta.

—Creo que quiero más.

—Humm. —Asentí mostrando acuerdo de nuevo—. Me parece muy bien.

Se rió por lo bajo y de manera tranquila.

—Bien. —Volvió a estremecerse y se apartó de mí. Sus ojos negros brillaban y todavía respiraba aceleradamente. Su pecho me resultaba hipnotizante. Se levantó sonriendo y dijo—: ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—¿Puedes cogerme el palo? Arqueó una ceja.

Sentí que me sonrojaba.

—Con palo me estaba refiriendo a mi bastón.

—Ah —dijo, y me lo pasó.

Me miró con preocupación cuando intenté ponerme de pie, sin embargo, no hizo ningún ademán de ayudarme, razón por la cual mi ego se sintió muy agradecido. Cojeé hasta la puerta y ella caminó a mi lado.

Me di la vuelta y la acaricié en la mejilla con la mano derecha. Incliné la cara sobre la palma de mi mano, solo un poco, y me sonrió.

—Gracias —le dije—. Eres una salvadora. Puede que literalmente.

Miró hacia abajo y asintió.

—Bueno, ten cuidado, ¿vale?

—Lo intentaré —le contesté.

—Inténtalo de verdad —me dijo—. Me gustaría volver a verte pronto.

—Vale. Sobreviviré. Pero solo porque me lo has pedido.

Se echó a reír. Después de irme y dejarla en su piso, empecé a bajar las escaleras

para salir de allí.

Bajar estaba siendo mucho más duro de lo que había sido subir. En cuanto llegué al tercer piso tuve que parar para respirar y sentarme para que mi pierna dolorida descansase.

Estaba allí sentado, agotado y jadeando, cuando el aire se agitó y una figura oscura y encapuchada, salida de ninguna parte, se plantó delante de mí. Extendió una mano, cubierta con una fina malla, que quedó al descubierto al estirar la palma iluminada con una horrible luz violeta.

—Quédate muy quieto, Dresden —dijo Kumori con voz suave—. Si intentas moverte, te mataré.

Kumori se quedó a un metro y medio. Era una distancia fácilmente abarcable con mi bastón, si hubiese querido golpearla. Pero como estaba sentado y solo tenía una mano buena para manejar el bastón, no hubiera sido capaz de atizarle con suficiente fuerza como para desequilibrarla, incluso aunque intentase golpearla antes de que desplegase el poder que despedía su mano.

Y además, era una chica.

A menos que me demostrase que era un ser monstruoso con apariencia de chica no iba a golpearla. Desde un punto de vista racional sabía que mi actitud era peligrosamente ilógica, pero eso no cambiaba las cosas. Yo no pego a las chicas.

Tenía la sensación de que ella era lo bastante rápida como para golpearme desde la situación en la que se encontraba. Estaba frente a mí y la malla metálica de su mano derecha desprendía una energía mágica equivalente a una pistola cargada. En el aire se percibía una sensación de poder y tranquilidad, y su postura era confiada y cautelosa.

Estaba completamente seguro de que ella había venido para hablar. Si hubieses querido matarme, podría haberlo hecho ya. Así que me quedé sentado, con el bastón a un lado, y muy lenta y suavemente levanté las dos manos:

—Tranquila, vaquera —le dije—. Me has pillado in fraganti.

No podía verle la cara bajo las profundidades de la capucha, pero percibí una interjección divertida.

—Quítate el brazalete, por favor. Y el anillo de tu mano derecha.

Arquee una ceja. El anillo estaba gastado y probablemente no tendría suficiente jugo como para hacer que retrocediese un paso, sin embargo, jamás me había cruzado con nadie que lo hubiese advertido. Fuese quien fuese Kumori sabía cómo funcionábamos los magos, y eso hacía que cobrase más fuerza la hipótesis según la cual ella se cubría la cara porque era alguien que conocía, alguien del Consejo Blanco.

Me quité el brazalete y lo bajé despacio hasta apoyarlo a mi lado en el escalón, pero quitarme aquel anillo iba a ser algo complicado.

—No me lo puedo quitar —le dije.

—¿Por qué no? —preguntó Kumori.

—Los dedos de mi mano izquierda están atrofiados —le expliqué.

—¿Qué te pasó?

Parpadeé y me quedé mirándola durante un segundo. La pregunta había sido educada. De hecho, si no la conociese me habría parecido que estaba realmente interesada.

—¿Qué te ha pasado en la mano izquierda? —me preguntó, con tono paciente.

Contesté lo más educadamente posible mientras la miraba e intentaba averiguar adónde quería llegar.

—Fue luchando contra unos vampiros. Había mucho fuego. La quemadura fue tan grave que los médicos quisieron amputarme la mano. No hay manera posible de quitarme el anillo. A no ser que quieras acercarte y quitármelo tú misma.

Se quedó quieta un momento y luego dijo:

—Sería más fácil si aceptas pactar una tregua mientras tiene lugar esta conversación. ¿Me das tu palabra?

Quería una tregua, lo que sin lugar a dudas significaba que había venido para hablar de algo y no para acabar conmigo. También estaba muy claro que no me haría ningún daño aceptar la tregua, y probablemente prevendría las posibles hostilidades que nuestros nervios a flor de piel podrían fácilmente desencadenar.

—En cuanto tú me des la tuya —le dije—. Tendrá vigencia durante esta conversación y media hora después de su conclusión.

—Hecho —dijo Kumori—. Tienes mi palabra.

—Y tú la mía.

En ese instante bajó la mano y se quitó la extraña malla con energía centelleante, haciéndola desaparecer en las profundidades de las mangas de su capa. No dejé de mirarla ni un instante mientras recogía mi brazalete escudo y lo colocaba de nuevo en la muñeca.

—Bien —le dije—, ¿de qué querías hablar?

—Del libro —respondió—. Todavía queremos tu ejemplar.

—Pues vais a tener que hablar con la habitacadáveres —me sinceré—. Ella y su necrófago me lo arrebataron la otra noche. Si la vas a buscar te comento que su apariencia es la de una chica de veintipocos años. Tiene unos hoyuelos preciosos.

La capucha se movió como si Kumori hubiese inclinado la cabeza hacia un lado.

—¿Sabes de dónde le viene el nombre de habitacadáveres?

—Me imagino que es un habitador de cuerpos —le dije—. He oído que los nigromantes pueden hacer ese tipo de cosas. Cambian su conciencia de un cuerpo a otro. Se intercambian con algún pobre hombre que no pueda defenderse. La habitacadáveres estaba en el cuerpo de aquel viejo profesor. Supongo que se metió en el cuerpo de su ayudante y luego se deshizo del cuerpo del viejo profesor con la mente de la chica dentro de él.

La capucha asintió dándome la razón.

—Pero tengo algunas dificultades para creerme tu historia. Si la habitacadáveres te hubiese arrebatado el libro, también te habría quitado la vida.

—Y no fue porque no lo intentase —le dije señalando mi pierna—. Se confió demasiado y yo tuve un poco de suerte. Ella consiguió el libro pero yo logré escapar.

Estuvo en silencio durante un momento y luego, con voz pensativa, dijo:

—Me estás diciendo la verdad.

—Soy muy malo mintiendo. Suelo hacerme un lío con las mentiras. No consigo que lo que digo tenga sentido.

Kumori asintió.

—Entonces deja que te haga una oferta.

—¿Unirme o morir? —intenté adivinar.

Expulsó el aire por la nariz.

—Casi. Cowl te tiene cierto respeto, pero cree que vas demasiado por libre como para llegar a formar parte de una alianza viable.

—Ah —le dije—. Entonces parece que vas a optar por la segunda típica propuesta que me suelen hacer: si me marcho ahora, no me mataréis.

—Algo parecido —dijo Kumori—. No tienes ni idea de lo que está pasando. Tu ignorancia es más peligrosa de lo que crees y tu continua intromisión en este asunto puede tener consecuencias catastróficas.

—¿Y qué es lo que quieres que haga? —pregunté.

—Que te retires de la batalla —me dijo.

—¿O qué?

—O te arrepentirás —me dijo—. No es una amenaza. Es un hecho. Como te he dicho, Cowl te tiene cierto respeto, pero no te protegerá ni te tratará con consideración si no dejas de entrometerte. Si te cruzas en su camino, te matará. Él preferiría que no te interpusieses.

—¡Mira tú! Eso es muy generoso de su parte. —Sacudí la cabeza—. Pero si me mata, tendrá que enfrentarse a mi hechizo de muerte.

—Ya se ha enfrentado a otras maldiciones de ese tipo —dijo Kumori—. Muchas veces. Te recomiendo que abandones tu cruzada.

—No puedo hacer eso —le dije—. Sé lo que estáis tramando. Estoy al tanto del Darkhallow. Sé por qué lo hacéis.

—¿Y?

—No puedo dejar que eso ocurra —le dije—. Los seguros en Chicago ya son bastante caros como para añadirle una cláusula que incluya la amenaza de una nueva e irascible deidad capaz de reducir a pedazos todos los bienes inmuebles de la ciudad.

—Nuestros objetivos no son tan diferentes —dijo Kumori—. Grevane y la habitacadáveres están completamente locos. Hay que detenerlos.

—Por lo que he visto Cowl tampoco se queda corto.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —me preguntó Kumori—. ¿Impedirles que recojan los frutos del Darkhallow? ¿Quedarte tú con el poder?

—Quiero asegurarme de que nadie se apropie de ese poder —le dije—. No me preocupa demasiado cómo consiga eso.

—¿De verdad? —preguntó.

Asentí.

—Y ahora es cuando yo te hago una propuesta.

Se asombró. Aquello la cogió por sorpresa.

—Muy bien.

—Plántate —le dije—. Deja a Cowl y a la brigada de sociópatas; que se maten entre ellos. Dame toda la información que necesito para frenar sus planes.

—Cowl acabaría conmigo en menos de veinticuatro horas —me contestó.

—No —le dije—. Te llevaré al Consejo Blanco. Te conseguiré protección.

Se quedó mirándome a través de su capucha en absoluto silencio.

—Mira, Kumori, tienes algo de rompecabezas —le dije—. Estás trabajando con esos nigromantes y, de hecho, me atrevería a apostar a que no eres mala con la nigromancia; pero has hecho algo inesperado para salvar una vida la otra noche, y algo así, simplemente no cuadra con esa pandilla.

—¿Ah, no? —dijo ella.

—No. Ellos son asesinos. Son muy buenos, pero son asesinos. No se saltarían sus normas para ayudar a otra persona. Pero tú lo hiciste al ayudar a un extraño. Eso quiere decir que no eres como ellos.

Se quedó en silencio un rato más y luego añadió:

—¿Sabes por qué Cowl ha estudiado la nigromancia? ¿Y por qué me he unido yo a él?

—No.

—Porque la nigromancia participa del poder de la muerte de la misma manera en que la magia se ocupa del poder de la vida. E igual que se puede corromper la magia y pervertirla utilizándola con fines destructivos y crueles, la naturaleza de la nigromancia también puede ser invertida. Puede anularse la muerte; lo hice por aquel hombre herido la otra noche. La magia negra también puede servir a la vida si la intención y la voluntad del que la utiliza son fuertes.

—Ajá —le dije—. Te has unido a las fuerzas más oscuras, más corruptas y perturbadas del universo para poder devolver la vida a hombres heridos.

De repente, levantó una mano.

—No. No, idiota. ¿No ves el potencial que tiene esto? La posibilidad de acabar con la muerte.

—¿Eh? ¿Acabar con la muerte?

—Tú vas a morir —me dijo—. Yo voy a morir. Cowl va a morir. Todo el mundo que ahora camina sobre este viejo y cansado mundo comparte un hecho sólido e inalterable: su vida va a terminar. La tuya. La mía. La de todo el mundo.

—Ya —le dije—. Por eso se nos conoce como mortales, por aquello de la mortalidad...

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Qué?

—¿Por qué? —volvió a preguntar—. ¿Por qué debemos morir?

—Porque las cosas funcionan así —le dije.

—¿Y por qué tienen que funcionar así? —dijo ella—. ¿Por qué debemos vivir todos con el dolor de la separación?, ¿con un dolor tan profundo?, ¿con la rabia y la pena y el disgusto y las ansias de venganza gobernando las vidas de cada alma bajo el cielo? ¿Qué pasaría si pudiésemos cambiar esta situación?

—Cambiarla —dije con la voz llena de escepticismo—. Cambiar la muerte.

—Sí —dijo ella.

—Simplemente... ¡Chas! Hacer que desaparezca.

—¿Y si pudiésemos? —dijo ella—. ¿Puedes imaginar lo que eso significaría? Si la edad fuese algo tan irrelevante que no significase nada para la humanidad, sí dejásemos atrás esa esperanza de vida que ronda los setenta años, ¿cuánto mejor sería el mundo? ¿Te imaginas que Da Vinci estuviese todavía vivo para estudiar, pintar e inventar? ¿Que si él no hubiese muerto en ese oscuro pasado, los increíbles logros de su vida se habrían seguido reproduciendo a lo largo de los siglos? ¿Te imaginas ver a Beethoven dando un concierto? ¿Asistir a una clase de teología impartida por Lutero? ¿Presenciar un simposio de Albert Einstein? Piensa, Dresden, te sobrecogerás.

Pensé en ello.

Tenía razón.

Suponiendo, por un segundo, que lo que acababa de decir fuese posible, significaría... Dios. Lo cambiaría todo. Tendríamos mucho más tiempo, todo el mundo lo tendría. Los magos viven tres o incluso cuatro siglos, y a ellos, incluso sus propias vidas les parecen cortas. Lo que Kumori estaba diciendo, el final de la muerte en sí mismo, daría a todo el mundo la misma oportunidad de la que disfrutaban los magos. Acercaría, de un solo golpe, la vida entre los magos y el resto de la humanidad, mucho más de lo que lo ha hecho cualquier acontecimiento histórico.

Pero aquello era de locos. ¿Planear la conquista de la muerte? La gente se muere. Es inevitable.

Pero ¿y si no tuviera que ser así?

¿Y si mi madre no hubiese muerto? ¿O mi padre? ¿Cuán diferente sería mi vida hoy?

Imposible. No se puede hacer desaparecer la muerte.

¿O sí que se puede?

Quizás esa fuese la clave. Tal vez esta fuese una de esas cosas en las que el esfuerzo es más valioso que el resultado. Es decir, si existiese la posibilidad, aunque fuese ínfima, de que Kumori tuviese razón y de que el mundo se pudiese cambiar de manera tan radical, ¿no debería sentirme obligado a intentarlo? Incluso aunque jamás consiguiese el objetivo, aunque nunca llegase a la meta, ¿o sería, el intento de acabar

con la muerte, una búsqueda digna de llevarse a cabo?

¡Buf!

Esta pregunta era demasiado complicada. Más de lo que podía manejar.

Sacudí la cabeza y le dije a Kumori:

—No sé nada de eso. Lo que sé es que he visto la fruta en el camino. He visto a Cowl intentando asesinarme cuando me metí en su terreno. He visto lo que han hecho Grevane y la habitacadáveres. He oído mucho acerca del sufrimiento y la miseria que Kemmler causó, y que todavía provoca hoy en día, por culpa de su estúpido libro. No sé qué decir de algo tan grande como tratar de matar a la muerte. Pero por la fruta que me he encontrado en el camino, puedo adivinar de qué tipo de árbol ha caído. Y el árbol de la nigromancia no deja que caiga nada que no esté podrido.

—Nosotros hemos sentido la necesidad de hacerlo —dijo Kumori con voz Imperturbable—. Es un camino noble.

—Me gustaría mucho creerte, pero para ello sería necesario que ese camino no hubiese sido asfaltado con cadáveres de gente inocente.

Vi que sacudía la cabeza despacio, bajo la capucha.

—Pareces uno de ellos. Del Consejo. No lo entiendes.

—O tal vez es que no soy tan arrogante como para ponerme a reorganizar el universo dando por hecho que sé mejor que Dios lo que la vida debe durar. Además, lo que dices también tiene un inconveniente. ¿Qué pasaría si tuviésemos que derrocar el régimen de un Napoleón inmortal, o de un Atila o un presidente Mao? Sería tan fácil conservar a los monstruos como a las eminencias intelectuales. Esta circunstancia podría provocar resultados horrorosos y eso lo vuelve todo muy peligroso.

La miré durante un largo y silencioso segundo. Después suspiró y dijo:

—Creo que hemos agotado las posibilidades de esta conversación.

—¡Estás segura? —le pregunté—. La oferta sigue sobre la mesa. Si quieres salir de donde estás, el Consejo te protegerá.

—Nuestra oferta también sigue en pie. Hazte a un lado y no te guardaremos rencor.

—No puedo —respondí.

—Yo tampoco —me contestó—. Entiende que yo no te deseo ningún mal, pero no dudaré en golpearte si te cruzas en nuestro camino.

Volví a mirarla fijamente y luego dije:

—Os detendré. Te detendré a ti, a Cowl, a Grevane, a la habita cadáveres y a todos vuestros tamborcitos. Ninguno de vosotros ascenderá a la categoría de dios porque ninguno de vosotros lo es.

—Creo que morirás —dijo ella. Su tono era plano, sin altibajos.

—Puede ser —le dije—. Pero os detendré a todos antes de desaparecer. Dile a

Cowl que abandone la lucha ahora y no lo perseguiré cuando todo haya terminado. Puede abandonar ahora. Tú también.

—Siento que no hayamos llegado a un acuerdo.

—Sí —le dije.

Dudó un momento y luego me preguntó, con voz calmada y revelando una curiosidad real:

—¿Por qué?

—Porque esto es lo que debo hacer —le dije—. Siento que no dejes que te ayude.

—Todos actuamos como creemos que debemos —contestó—. Te veré por ahí, Dresden.

—Cuenta con ello —repliqué.

Kumori desapareció sin decir nada más, deslizándose silenciosamente escaleras abajo hasta perderse en la oscuridad.

Me quedé allí sentado durante un momento. Me sentía dolorido, cansado y más asustado de lo que había revelado unos minutos antes.

Luego me levanté y me fui con mi dolor y mi miedo a otra parte. Me subí al Escarabajo azul.

Tenía mucho trabajo por delante.

Cuando llegué hasta el coche, me subí y me propuse ir a buscar los objetos que necesitaría para invocar al Erlking de la forma menos suicida posible. Un ritual de invocación serio tiene que estar personalizado, de manera que incluya ambas entidades, la del ser que se invoca y la de quien lo hace. Me llevó un rato encontrar abiertas las tiendas que necesitaba para hacerme con todo lo que quería. El tráfico de las calles crecía a ritmo constante a medida que iba atardeciendo y aquello me estaba retrasando todavía más.

El tenor de la ciudad había empezado a cambiar lentamente y eso sí que era un mal presagio. Lo que había sido un ambiente de tranquilo desconcierto, ante unas inesperadas vacaciones liberadoras de la rutina diaria, se había convertido ahora en irritación. En cuanto la luna se colocó en las alturas, las calles se llenaron de policía, bien en coches patrulla, motos, bicicletas o a pie.

—¿Eso es todo? —me preguntó un vendedor con iniciativa. Era un jardinero panzudo y calvo que vendía la fruta y la verdura fresca que llevaba en la parte de atrás de su furgoneta. La había aparcado en una esquina y me pareció que era la única persona que estaba intentando sacar partido al sufrimiento de los habitantes de Chicago. Metió en una bolsa de plástico la calabaza que había elegido y cogió el dinero que le tendí.

—Esto es todo —le dije—. Gracias.

Unos gritos surgieron de algún sitio de por allí cerca y levanté la vista hasta encontrar a un joven, largo como un fideo, corriendo calle abajo y cruzando la carretera. Una pareja de policías lo perseguía y uno de ellos iba, a la vez, vociferando inútilmente por *su* radio.

—Dios mío, ¡fíjate en eso! —dijo el vendedor—. Hay policías por todos lados. ¿Para qué necesitamos policías por todos lados si esto no es más que un apagón?

—Probablemente solo intenten evitar los motines —le contesté.

—Puede ser —replicó el vendedor—. Es que yo ya he oído cada locura...

—¿Cómo qué? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Que es todo obra de un grupo terrorista que ha volado la central eléctrica. Que puede que hayan detonado armas nucleares y que podrían desbaratar los sistemas electrónicos y esas cosas, ya sabes.

—Creo que, si hubiese tenido lugar una explosión nuclear, alguien se habría dado cuenta —le dije.

—Ya, claro —me dijo—. Pero ¿quién sabe? A lo mejor alguien se enteró. Prácticamente no funcionan las líneas telefónicas y la radio apenas está siendo de utilidad. ¿Cómo podríamos saberlo?

—No lo sé. ¿Quizá por el gran estruendo que produciría?, ¿o porque la ciudad se llenaría de humo?

El vendedor resopló.

—Tienes razón, sí. Pero algo ha pasado.

—Sí —le dije—. Algo ha pasado.

—Y toda la puta ciudad se está asustando.

El vendedor sacudió la cabeza de nuevo mientras iban surgiendo más gritos en los alrededores de aquella manzana. Un coche de policía, con las luces encendidas y las sirenas ululando, intentó, sin mucho éxito, esquivar todo el tráfico para llegar hasta donde estaba el alboroto.

—Esto está empeorando —dijo el vendedor—. Esta mañana todo eran sonrisas, pero ahora el miedo está haciendo mella.

—Halloween —dije.

El vendedor me miró y se estremeció.

—Tal vez eso contribuya. O tal vez sea simplemente que se está haciendo de noche. Y se está nublando. La gente se está dejando impresionar. Lo mismo que sucede con los rebaños. Si no consiguen encender las luces, esta noche va a ser una de las malas.

—Tal vez —le dije. Hice malabarismos con mi bastón intentando organizarme para cargar las dos cosas hasta llegar al Escarabajo.

—Espera —me dijo el vendedor—. Yo te ayudo, hijo.

—Gracias —le contesté. Para ser honesto he de decir que me dio vergüenza sentir que realmente agradecía su ayuda, por no decir que la necesitaba—. Voy a aquel viejo Escarabajo de allí.

Caminó a mi lado unos quince metros calle abajo. Apoyó la bolsa en el maletero de la parte delantera del Volkswagen, asintió mirándome y dijo:

—De todas formas es cuestión de tiempo que me largue de aquí. Las cosas se están poniendo muy tensas. Se avecinan tempestades.

—El hombre del tiempo dijo que iba a estar despejado —le dije.

El vendedor resopló y se golpeó la nariz.

—He vivido cerca de este lago durante toda mi vida. Se avecina una tormenta.

Y tanto que se avecinaba. No había duda.

Asintió mirándome.

—Deberías volverte a casa. Es una buena noche para no salir y leer un libro.

—Suena bien —asentí—. Gracias otra vez.

Me subí al Escarabajo y lo sumergí en el tráfico sin remilgos, ya que probablemente era al conductor que menos le importaba que su coche se rayase. Tenía todo lo que necesitaba para intentar invocar al Erlking, pero había perdido buena parte del día. Había estado intentando llamar a casa de Murphy cada vez que

paraba el coche, pero no había conseguido conectar con Thomas y Butters; y ahora que el sol del ocaso se escondía tras el horizonte, me había quedado sin luz del día.

Había llegado la hora de la cita con los centinelas, así que me dirigí a la taberna McAnally's.

La Mac's estaba celosamente ubicada en el bajo de un edificio que, a su vez, rodeado por otros. Para llegar a la taberna había que meterse por un callejón, pero por lo menos tenía su propio aparcamiento de mala muerte. Por suerte, encontré un en el aparcamiento y acto seguido me metí por el callejón para llegar al bar. Salté *una vez* varios escalones y caí frente a la gran puerta de madera.

Abrí el portón, dando paso a un suave zumbido de actividad. En tiempos de del mundo sobrenatural, McAnally's se había convertido en una especie de oficinas centrales para el cotilleo y la reunión de feligreses. Entendía muy bien por qué. taberna era vieja, estaba iluminada por una docena de velas y lámparas de keroseno. Olía a madera quemada y a las chuletas que Mac cocinaba para rellenar unos jugosos bocadillos. En aquel lugar se respiraba seguridad y quietud. Trece columnas de madera, todas ellas esculpidas a mano, con toda clase de escenas y criaturas sobrenaturales, sujetaban el bajo techo. Los ventiladores del techo, que normalmente no eran más que vagos redondeles, hoy no se movían por culpa del apagón, pero la temperatura del bar era la de siempre. Había trece mesas repartidas de forma irregular por la sala, y trece banquetas colocadas a lo largo de la barra.

La disposición del lugar estaba pensada para dispersar y desviar las energías peligrosas y destructivas que cualquier mago cascarrabias podría arrastrar hasta allí. Era una especie de *feng shuí* bien pensado que disminuía el número de accidentes que los malhumorados practicantes podrían ocasionar. Pero esa forma de disolver las energías también influía en los conjuros de protección de fuerzas mayores. El lugar no estaba protegido de un ataque de fuerzas mágicas concentradas: McAnally's no era ningún refugio antiaéreo. Era más bien como una sombrilla de playa, y nada más entrar sentí que, repentinamente, se me aliviaba la presión que cargaba sobre mis hombros. Cerré la puerta a mi paso y gran parte del miedo y la tensión desapareció; la oscura energía de Cowl se deslizó por la taberna, como si se tratase de un riachuelo que lleva atado tras de sí una pequeña pero pesada piedra.

En la pared, justo al pasar la entrada, había un cartel que anunciaba: «Territorio neutral». Aquello quería decir que los firmantes de los Acuerdos de Hadas Diabólicas, incluyendo el Consejo Blanco y la Corte Roja, habían pactado que aquel lugar sería tratado con respeto. Se suponía que nadie podía empezar ningún tipo de conflicto dentro del bar y quien lo hiciera sería obligado por su honor a llevar fuera, lo más rápido posible, cualquier pelea que pudiera haber surgido. Este tipo de acuerdo funcionaba siempre dependiendo de la calidad del honor de las personas implicadas. Pero si, por ejemplo, a mí se me ocurriese romper el pacto en aquel

edificio, el Consejo Blanco me dejaría seco. De acuerdo con experiencias pasadas, daba por hecho que la Corte Roja trataría de la misma manera a cualquiera de los suyos que violase la neutralidad de aquel lugar.

La taberna estaba llena de miembros de la comunidad sobrenatural de Chicago. No había magos. La mayoría solo tenía poder para llenar uno de sus bolsillos. Un hombre de barba oscura que había allí tenía fuerza de quinetomancia como para cambiar la caída de cualquier dado que se le ocurriese tirar. Una mujer mayor que había en otra mesa tenía el don de comunicarse de una manera muy poco frecuente con animales y se había convertido en un miembro activo de la organización municipal para la beneficencia y el cobijo animal. Estaban también allí dos hermanas de cabello oscuro que compartían un asombroso vínculo mental y se encontraban en aquel momento sentadas en una de las mesas jugando una partida de ajedrez. De alguna manera aquella imagen resultaba masturbatoria. En una de las esquinas, cinco o seis veteranos y arrugados practicantes, que aunque no eran lo suficientemente fuertes como para unirse al Consejo sí eran muy competentes en su propio campo, se reunían alrededor de jarras de cerveza y hablaban en voz baja.

Mac miró por encima de su hombro. Era un hombre alto y delgado y llevaba una camiseta blanca impoluta y un delantal. Estaba calvo y le quedaba bien. Mac podría tener cualquier edad entre treinta y cinco y cincuenta años. Se mordió los labios cuando me vio, se dio la vuelta hacia su hornillo de madera humeante y rápidamente terminó de cocinar dos trozos de carne que tenía al fuego.

Empecé a avanzar por el interior del bar y, según lo hacía, se extendía en la sala el silencio. Cuando ya estaba dentro, los únicos sonidos que allí se distinguían eran el crepitar de la madera ardiente y los golpes irregulares de mi bastón en el suelo de aquel lugar.

—Mac —saludé. Alguien me dejó libre una banqueta de la barra y asentí, agradeciéndolo antes de sentarme con un gesto de dolor.

—Harry —contestó Mac arrastrando las palabras. Levantó la sartén del fuego de la cocina y descargó las chuletas en diferentes platos. Con un par de gestos y breves movimientos hizo que en cada plato apareciese también una ración de patatas fritas y otra de verduras frescas. No era magia. Mac era un buen cocinero.

Miré alrededor de la sala y hablé suficientemente alto como para que todos pudieran oírme:

—Voy a necesitar algo de espacio, Mac. He quedado aquí con unas personas que aparecerán en un rato. Me vendrían bien varias mesas.

De las mesas surgió un murmullo de voces nerviosas y comentarios en voz baja. Los viejos practicantes de la esquina se levantaron de su mesa sin más preámbulos. Varios de ellos me saludaron con la cabeza y uno de ellos con pinta un poco endeble gruñó:

—Buena suerte.

Los miembros menos experimentados del mundo sobrenatural, con cara de no entender qué estaba sucediendo, miraban hacia mí y hacia el grupo de ancianos como si fuese un partido de tenis.

—Chicos —dije, para todos—. No puedo decirlos qué hacer, pero me gustaría que todos os planteaseis marcharos a vuestras casas antes de que anochezca. Cuando llegue la medianoche será mejor que estéis detrás del umbral.

—¿Qué está pasando? —me soltó uno de los más jóvenes. Todavía tenía hoyuelos.

Mac lo miró y resopló.

—Venga. Soy mago. Tenemos reglas internas sobre lo que se puede decir y lo que no —le contesté. Hubo una ronda de risitas silenciosas—. En serio, por ahora no puedo decir nada más —repetí. Y es que no podía. Era más que probable que hubiese uno o dos espías merodeando entre los clientes de la taberna, y cuanto menos información tuvieran sobre los planes o estrategias del Consejo Blanco, mejor—.

Tomaos esto en serio, chicos. No es buena idea que estéis por la calle cuando pase la medianoche.

Mac se giró hacia las mesas e hizo un barrido con la mirada. Tenía una expresión educada y correcta. Emitió una especie de tos y señaló la puerta con la barbilla. El ruido de la sala aumentó de nuevo y las personas que allí había empezaron a hablar entre sí, se levantaron, dejaron dinero encima de las mesas y se fueron.

Dos minutos después, Mac y yo éramos las únicas personas que quedaban en la taberna. Él dio la vuelta a la barra y se sentó a mi lado. Colocó en el mostrador dos platos cargados con carne a la brasa. Uno lo puso delante de mí y el otro se lo quedó él. Añadió dos botellas de su cerveza negra artesanal y les quitó las tapas con el pulgar.

—Dios te bendiga, Mac —le dije y cogí una de las botellas. La sostuve en el aire y Mac brindó con la suya. Después los dos dimos un largo trago y nos lanzamos sobre las chuletas.

Comimos en silencio. Después de un rato, Mac preguntó:

—¿Mal?

—Muy mal —le dije. Me pregunté cuánto podría contarle. Mac era un buen tío y hacía mucho tiempo que lo conocía y era mi amigo. Pero no era del Consejo. A la mierda. Aquel hombre me había servido una chuleta y una cerveza. Se merecía saber algo más y no solo que estábamos bajo una amenaza de la que probablemente no podría defenderse: los nigromantes.

El tenedor de Mac se paralizó cuando iba de camino a su boca. Sacudió la cabeza y se metió el último trozo de la chuleta en la boca. Masticó despacio. Mac jamás usaba una frase entera cuando una palabra era suficiente.

—¿Centinelas?

—Sí, muchos de ellos.

Se mordió los labios y frunció el ceño.

—Kemmler —dijo.

Arqueé una ceja aunque no me había sorprendido demasiado que conociese el nombre del tristemente célebre nigromante. Siempre me había parecido que Mac debía de tener una idea bastante sólida sobre lo que pasaba a su alrededor.

—Kemmler no, sus sobras. Pero son sobradamente malos.

—Aj —Mac terminó con su plato rápidamente y se levantó a recoger el dinero y limpiar las mesas que había en la esquina y que estaban más alejadas de la puerta. Cuando llegó adonde yo estaba, recogió mi plato reluciente y enseguida me reemplazó la botella vacía por otra llena.

Le di un trago mirándolo. No hizo ninguna escenita. Discretamente comprobó el cargador de la escopeta que tenía colgada en un gancho detrás de barra y colocó un par de prudentes pistolas de tipo 1911 en dos lugares concretos tras el mostrador, de forma que no importaría dónde se pudiese, porque una de las armas siempre estaría a mano. Las dispuso como si supiese perfectamente lo que estaba haciendo.

Di un trago a la cerveza y reflexioné. Sabía muy poco de la vida de Mac. Había abierto la taberna pocos años antes de que yo me mudase a Chicago. Ninguna de las personas que yo conocía sabía dónde había estado él antes ni a qué se había dedicado. No me sorprendía que supiese algo sobre armas. Siempre me había dado la impresión de que sabía cuidar de sí mismo. Pero como no es que fuese precisamente una cotorra, casi todos mis conocimientos provenían de la observación. No tenía ni la más remota idea de por qué ni de dónde había adquirido nociones para moverse en el mundo de la violencia.

Respetaba aquello. Yo también había pasado algunas etapas en mi vida que había dejado atrás enterradas.

Mac miró hacia arriba de manera abrupta y empezó a limpiar la barra por la zona donde se encontraba el gancho del que colgaba la escopeta. Un segundo más tarde, la puerta se abrió y un centinela del Consejo Blanco entró.

Era un hombre alto, de algo más de metro ochenta, y tenía la solidez de un soldado envejecido. Su pelo lacio estaba más canoso de lo que yo recordaba y lo llevaba recogido en una coleta. Tenía la cara más estrecha, casi chupada, y ausente de expresión, parecía como si hubiese dado un mordisco a una corteza de limón espolvoreada con alumbre. El centinela llevaba una capa gris por encima de su ropa oscura de combate. Llevaba un bastón tallado en su mano derecha y a la izquierda de su cadera colgaba una espada de larga hoja.

No esperaba menos.

Me sorprendió lo desmejorado que estaba.

La capa del centinela estaba rasgada en varios puntos y manchada con lo que podría ser barro, sangre o un verdoso aceite de motor. Tenía el dobladillo desgastado, y con varios agujeros andrajosos, posiblemente como resultado de unas quemaduras corrosivas. Su bastón estaba igualmente magullado y manchado. Había algo en aquel hombre que *me* recordaba a un boxeador tras un duro décimo asalto. Mostraba marcas de unos golpes en la mejilla. Le habían roto la nariz hace no más de unas semanas. Lucía una cicatriz fea y rosada que le salía del cuero cabelludo y le llegaba hasta una ceja, y pude ver, a través de un agujero de su chaqueta, que llevaba un vendaje encima de los bíceps de la izquierda.

Por todo aquello, atravesó la puerta como un hombre que sabe que podría despejar un bar lleno de marines si se viese en esa tesitura. Sus ojos se posaron en mí al instante. Su boca se torció aún más y dio paso a un gesto con peor pinta todavía.

—Mago Dresden —dijo despacio.

—Centinela Morgan —respondí. Me imaginé que Morgan habría venido con más centinelas enviados a Chicago. Estaba en su zona de responsabilidad y yo no le caía bien. Se había pasado años siguiéndome por ahí, desesperado por cazarme, haciendo magia negra para poder ejecutarme. No había ocurrido y finalmente yo había conseguido la aprobación del Consejo. Creo que nunca podrá perdonarme aquello. También me culpaba por otras cosas, me parece, pero siempre pensé que no eran más que excusas. Alguna gente no acaba de llevarse bien nunca. Morgan y yo somos de esa clase de gente.

—McAnally —dijo Morgan al tabernero.

—Donald —respondió Mac.

Qué interesante. Joder, llevaba años en el Consejo y ni siquiera sabía el nombre de pila de Morgan.

—Dresden —dijo Morgan—. ¿Has comprobado si hay velos?

—Si te dijera que ya lo he hecho lo volverías a comprobar tú mismo, Morgan —le dije—. Así que no me ha molestado.

—Claro que no —dijo. Vi cómo fruncía un poco el ceño para concentrarse y luego sus ojos parecían desenfocar la mirada. Dirigió la mirada alrededor de la sala, utilizando su Vista, ese sentido tan raro y medio surrealista que permite a los magos observar si hay fuerzas mágicas moviéndose alrededor de ellos. La Vista de un mago puede cortar cualquier velo o hechizo destinados a disfrazar o distraer. Es una habilidad muy potente, pero tiene un precio. Cualquier cosa con la que te topes mientras Ves, se queda contigo y nunca desaparece de tu memoria, permanece siempre ahí, preparada para ser evocada, como si acabaras de verla. No puedes simplemente olvidar algo que hayas Visto. Se queda contigo de por vida.

Morgan no mantuvo mucho tiempo su mirada cerca de Mac ni de mí. Finalmente asintió y dijo en voz alta:

—¡Limpio!

La puerta se abrió y la centinela Luccio entró. Era una tenaz y veterana matriarca, tan alta como casi todos los hombres y con una constitución propia de quién realiza mucho trabajo físico. Su pelo era una sólida sombra de cables grises dispuestos en un ordenado corte militar. También llevaba la capa propia de los centinelas, pero por debajo vestía un atuendo propio de montaña o de acampada: pantalones vaqueros, algodón, franela, botas... y todo en tonos grises y marrones. Además sujetaba un bastón y portaba una espada en un costado, pero la suya era una fina Cimitarra, ligera y elegante. Y aunque no estaba tan gastado como el de Morgan, su engranaje también mostraba evidencias de acción reciente.

—Centinela Luccio —le dije y me levanté de la banqueta en la que estaba para inclinar la cabeza ante ella.

—Mago —dijo en voz baja. Hubiese necesitado una visión a cámara lenta de aquella toma para poder analizar los detalles de su sonrisa, porque aunque breve, había existido. Asintió hacia mí y luego un poco más profundamente hacia Mac.

Detrás de ella aparecieron tres centinelas más. El primero era un hombre joven que me sonaba levemente de una reunión del Consejo de hacía años. Su piel lucía un bronceado natural, pelo oscuro, ojos oscuros y unas facciones muy marcadas y muy españolas. Me acordé que la última vez él vestía una toga marrón de aprendiz y se tapaba la boca para ocultar una sonrisa que le había provocado una de mis conversaciones con los peces gordos del Consejo.

Ya no llevaba toga marrón y parecía que había aumentado un poco su tamaño desde la primera vez que lo había visto, pero aun así, Dios santo, era más joven que Billy, el hombre lobo. Llevaba una capa gris razonablemente limpia y no muy perjudicada. Por debajo, la ropa negra de combate. Una espada simple y recta le colgaba de un lado de la cadera, equilibrada por una funda de pistola de una modelo Glock que llevaba al otro lado y, no estoy de broma, tres granadas de mano. Su bastón parecía bastante nuevo, pero tenía suficientes abolladuras y muescas como para hacer que me creyese que con él había evitado que varias cosas se le echasen encima. Además andaba con una especie de confianza arrogante propia de las personas que todavía no han descubierto su propia mortalidad.

—Este es el centinela Ramírez —dijo Luccio—. Ramírez, Dresden.

—¿Qué tal? —dijo Ramírez sonriendo.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes, como siempre.

Dos centinelas más entraron detrás de él y parecían aun más jóvenes y más verdes. Sus capas y bastones estaban immaculados. Sus ropas y equipos eran tan parecidos al de Ramírez que parecían un uniforme. Luccio me presentó al chico fortachón, de ojos distantes y embrujados, como Kowalski. La chica con rasgos

asiáticos y dulces facciones se llamaba Yoshimo.

Cojeé hasta donde estaba Luccio y señalé con la cabeza las mesas que Mac había preparado.

—Espero que haya sitio para todos. ¿Cuándo llegarán los demás centinelas?

Luccio se quedó mirándome tranquila y cautelosamente. Luego sacó sus manos de debajo de la capa y me ofreció lo que sostenían: un paquete envuelto en papel marrón.

—Tómelo.

Cogí el paquete y lo desenvolví.

Era una capa gris doblada.

—Póngasela —dijo Luccio con su voz tranquila y segura—. Si lo hace, todos los centinelas que haya disponibles se unirán a nosotros.

Me quedé mirando a Luccio durante un segundo.

—Está de broma —le dije—, ¿no?

Me obsequió con una breve y amarga sonrisa.

—Maestro McAnally —le dijo a Mac—. Creo que nos vendría bien una ronda. ¿Tiene algo decente para beber?

Mac gruñó y dijo:

—Tengo una nueva negra.

—¿Y merece la pena? —preguntó Luccio. Parecía cansada, pero su voz desprendía cierto tono burlón.

Mac echó una mirada airada como toda respuesta y ella le devolvió una sonrisa a medio camino entre el reto y la disculpa. Se sentó en una de las mesas y señalándola dijo:

—Centinelas, por favor, únense a mí.

Morgan se sentó a la derecha de Luccio y la mirada que me echó podría haber atravesado una lámina de metal. Hice lo que siempre hacía cuando Morgan tenía ese comportamiento: primero le aguantaba la mirada y luego lo ignoraba como si ni siquiera estuviese allí. Cogí la silla que estaba enfrente de Luccio y me senté. Los dos centinelas más jóvenes se sentaron, pero Ramírez se quedó de pie hasta que Mac trajo las botellas de cerveza negra, las dejó encima de la mesa y volvió a la barra.

Ramírez miró a Luccio y ella asintió.

—Cierre el círculo, por favor, centinela.

El joven sacó de su bolsillo un trozo de tiza y rápidamente dibujó una gruesa línea alrededor de la mesa. Cuando terminó el círculo lo tocó suavemente con el dedo índice de la mano derecha y murmuró una palabra. Sentí el leve parpadeo de su fuerza, como si hubiese liberado un poco de su poder dentro del círculo. El círculo se cerró a nuestras espaldas de repente y una tensión silenciosa empezó a levantar a nuestro alrededor un fino muro de fuerzas mágicas prácticamente impenetrable. Si alguien hubiese estado intentando espiarnos con magia durante la reunión, el círculo lo habría evitado. Y si alguien hubiese dejado algún artefacto de escucha por allí cerca, el aire saturado de magia que había dentro del círculo habría sido suficiente para freírlo en un minuto.

Ramírez asintió para sí mismo y luego le dio la vuelta a la última silla que quedaba libre en la mesa y se sentó a horcajadas, dejando un brazo en su espalda. Morgan le tendió la última cerveza y él la cogió.

—Por los ausentes —murmuró Luccio levantando su cerveza.

Me parecía una buena razón para brindar. El resto de nosotros murmuró:

—Por los ausentes.

Dimos un trago.

Luccio se quedó mirando la botella de cerveza durante un momento.

Esperé a que terminase el elocuente silencio y luego dije:

—Bueno, lo de hacerme centinela es una broma, ¿no?

Luccio se tomó un segundo para seguir saboreando la cerveza y luego arqueó una ceja sin quitar la vista de la botella.

Mac volvió a sonreír detrás de la barra.

—No es una broma, centinela Dresden —dijo Luccio.

—A pesar de que a muchos nos encantaría que lo fuera —añadió Morgan.

Luccio lo miró con sutil desaprobación y Morgan retomó su silencio.

—¿Cuánto ha oído sobre los últimos acontecimientos de la guerra?

—Durante los últimos días nada —le dije—. Nada desde mi último informe. Ella asintió.

—Eso creía. La Corte Roja ha puesto en marcha una ofensiva contundente. Es la primera vez que han concentrado sus esfuerzos para interrumpir nuestra comunicación. Sospechamos que muchos de los magos no han recibido los avisos de nuestros mensajeros habituales.

—Entonces, ya habían encontrado debilidades en las líneas de comunicación —le dije—, ¿y esperaron para explotarlas cuando más nos doliera?

Luccio asintió.

—Exacto. El primer ataque fue en El Cairo, en nuestro centro de operaciones de allí. Se llevaron a varios centinelas, incluido el veterano jefe de la región.

—¿Vivo?

Asintió.

—Sí. Sufrió un trato inaceptable.

Cuando los vampiros te mantienen vivo no es para agasajarte con helados. Esa era una de las más grandes pesadillas de la guerra contra la Corte Roja. Si el enemigo te capturaba, podría hacerte mucho más daño que si te mataba.

Te podrían convertir en uno de ellos.

Si se las arreglaban para convertir a un centinela, especialmente a uno de los capitanes veteranos, tendrían acceso a la más valiosa y secreta información, por no hablar del hecho de que podrían adquirir, de manera efectiva y de muchas maneras, un mago de su propiedad. Los vampiros no usan la magia de la misma forma que los magos mortales. Ellos acceden al mismo pozo repugnante de poder que utilizan Kemmler y los que son como él. Pero por lo que sé, la habilidad se mantiene. Un mago convertido sería una amenaza letal para los centinelas, para el Consejo y para todos los mortales. Nunca hablábamos de aquello, pero era una especie de comprensión silenciosa que se establecía entre los magos a través de la que pactábamos que nunca nos secuestrarían vivos. Y el mismo miedo silencioso nos

transmitía que aquello podría pasar.

—Fue tras ellos —probé suerte.

Luccio asintió.

—Un ataque muy serio. Madrid, São Paulo, Acapulco, Atenas. Atacamos sus fortalezas en todos esos lugares para conseguir información sobre los lugares donde retienen a los prisioneros. Nos enteramos de que los tenían encarcelados en Belice.

Señaló con la mano a Morgan.

—La información que habíamos obtenido indicaba la presencia de los miembros más poderosos de la Corte Roja, incluyendo al Rey Rojo. El Merlín y el resto del Consejo de Veteranos lucharon con nosotros —dijo Morgan en voz baja.

Aquello me hizo levantar las cejas. El Merlín, el líder del Consejo de Veteranos, era la mente más defensiva que existía. Había guiado al Consejo Blanco hacia el equivalente a una guerra fría con la Corte Roja. Había hecho que todos los movimientos fuesen cautelosos y que la disposición para acatar órdenes fuese nula, con la esperanza de poner tiempo de por medio y que la guerra diese paso a las negociaciones y a algún tipo de solución diplomática. Así que una acción ofensiva, como un asalto por parte del Consejo de Veteranos (los siete magos más viejos y más fuertes del planeta), era demasiado.

—¿Qué hizo que el Merlín cambiase de opinión? —pregunté discretamente.

—El mago McCoy —dijo Luccio—. Cuando se llevaron a nuestra gente fue quién más insistió al Consejo de Veteranos para que entrara en acción, incluyendo a la Anciana Mai y al Guardián.

Aquello tenía sentido. Mi antiguo mentor, Ebenezer McCoy, era miembro del Consejo de Veteranos. Tenía un par de amigos de toda la vida en el Consejo, pero eso no le daba una mayoría de apoyos. Si quería que se hiciese algo, tenía que hablar con alguien del grupo de El Merlín para ganarse sus votos. Eso, o bien convencer al Guardián, un mago que habitualmente se abstenía de votar, para que se pusiese de su parte. Si Ebenezer había convencido a la Anciana Mai y al Guardián para votar con él a favor de la acción, al Merlín no le habría quedado mucho donde elegir.

Y solo porque el Merlín fuese especialista en hechizos de protección y magia defensiva, no quería decir que no fuese capaz de darle una buena lección a quien se lo mereciese. No se llegaba a formar parte del Consejo Blanco recogiendo chapitas por las calles. Y a Arthur Langtry, el actual Merlín, se le solía considerar el hombre más poderoso de la tierra.

Había visto, con mis propios ojos, lo que Ebenezer McCoy era capaz de hacer. Un par de años atrás, había desactivado de la órbita un antiguo satélite soviético y se lo había puesto en el regazo al duque Ortega, el caudillo de la Corte Roja. Debió de cargarse a miles de vampiros cuando hizo aquello.

También había matado a personas. Utilizó la fuerza de la vida y de la creación

para erradicar la vida de los mortales, las víctimas del poder de la Corte Roja. Y no era la primera vez que lo hacía. Supe que Ebenezar tenía un cargo que oficialmente no existe, el de asesino del Consejo Blanco. Era conocido como Cayado Negro y tenía licencia para matar y para romper las reglas de la magia cuando lo considerara necesario. Cuando me enteré de que violaba y atropellaba las mismas reglas que me había enseñado a obedecer, a confiar en ellas, me hirió tan profundamente que, en cierto modo, todavía sangraba.

Ebenezar había traicionado todo aquello en lo que yo creía. Pero aquello no cambiaba la circunstancia de que aquel viejo fuese el mago más poderoso que jamás hubiese visto en acción. Y por si fuera poco, era el más joven y el menos poderoso del Consejo de veteranos.

—¿Qué ocurrió? —pregunté en voz baja.

—No había ninguna prueba de la presencia del Rey Rojo ni de su séquito, pero aun así seguimos adelante con el ataque —dijo Morgan—. Asaltamos la fortaleza de los vampiros y recuperamos a nuestra gente.

Luccio torció el gesto y de repente mostró una expresión de amargo dolor.

—Era una trampa —dije despacio—, ¿verdad?

—Sí —contestó en voz baja—. Nos marchamos de allí y llevamos a nuestros heridos a la residencia de Sicilia.

—¿Y qué pasó después?

—Nos traicionaron —dijo ella. Sus palabras eran más cortantes que una pila de cristales rotos—. Alguien de nuestras filas debió informar a la Corte Roja de nuestra posición y nos atacaron aquella misma noche.

—¿Cuándo fue todo esto? —pregunté.

Luccio frunció el ceño y miró hacia Ramírez.

—Hace tres días, hora zulu —dijo Ramírez, también en voz baja.

—No he podido dormir —dijo Luccio—. Entre todo eso y el viaje me siento algo ida. —Dio otro trago de cerveza y continuó—: El ataque fue despiadado. Venían a por el Consejo de Veteranos y sus hechiceros se las arreglaron para mantenernos aislados en el Más Allá durante casi un día. Perdimos treinta y ocho centinelas aquella jornada, luchando por toda la isla de Sicilia.

Me quedé petrificado durante un momento. Estaba estupefacto. Treinta y ocho. ¡Estrellas y piedras!, solo había unos doscientos centinelas en el Consejo. Y no todos los centinelas tenían la clase de talento que los hacía peligrosos en una confrontación cara a cara. La mayoría. En un único día, la Corte Roja había matado a casi el veinte por ciento de nuestros guerreros.

—Pagaron por ello —murmuró Morgan—. Pero... parece que se han vuelto locos y

Están dispuestos a morir para conseguir matarnos. Es inquietante. Aquel día vi

desatarse cuatro maldiciones mortales diferentes. Vi a vampiros escalar montañas formadas por sus propios muertos sin detenerse siquiera un segundo. Por cada pérdida nuestra nos llevamos veinte de los suyos. —Cerró los ojos y su cara de amargura fue repentinamente invadida por una pena profunda y humana—. Siguen persiguiéndonos.

—Tenemos muchos heridos —dijo Luccio—. Muchísimos heridos. En cuanto el Consejo de Veteranos logró abrir el camino para salir del Más Allá, regresamos al reino de las hadas. Pero siguieron persiguiéndonos.

Me incorporé.

—¿Qué?

Morgan asintió.

—La Corte Roja nos siguió hasta adentrarse en territorio *sidhe* —dijo.

—Tenían que saberlo —dije en voz baja—. Tenía que saber que forzando un ataque en el reino de las hadas harían enfadar al *sidhe*. Declararon la guerra a ambos reinos, a Verano e Invierno.

—Sí —dijo Morgan con voz apagada—. Pero eso no los frenó. Nos volvieron a atacar cuando nos retirábamos. Y... —Miró a Luccio como si estuviera buscando su ayuda.

Ella le devolvió una mirada firme y dijo:

—Llamaron a los demonios para que los ayudaran. —Cogió aire despacio—. No a las simples bestias del Más Allá. Fueron al Mundo de las Tinieblas. Llamaron a los Intrusos.

Di un largo trago de la cerveza de Mac. Intrusos. Los demonios ya eran lo suficientemente malos, pero por lo menos estaba mágicamente familiarizado con ellos. El Más Allá, el mundo de los espíritus y de la magia que rodea al mundo de los mortales, está compuesto por todo tipo de seres. A la mayoría de ellos les traen sin cuidado los asuntos de los mortales y, para ellos, no somos nada más que una curiosidad remota e insignificante. Cuando los seres del mundo de los espíritus están interesados por lo que ocurre en el mundo de los mortales es por una buena razón. Aquellos a los que les gusta comernos, hacemos daño o, normalmente, asustarnos, son a los que los magos llamamos demonios, en general. Son muy malos.

De los Intrusos, sin embargo, se hablaba tan poco que podrían ser cualquier cosa salvo un rumor. No tenía muy claros todos los detalles, pero los Intrusos habían sido los sirvientes y los soldados de a pie de los Antiguos, una vieja agrupación de demonios o dioses que en algún momento reinó en el mundo de los mortales, aunque finalmente, al parecer, todos fueron expulsados, encerrados y alejados de nuestra realidad.

Había una regla específica de la magia que prohibía contactarlos: Jamás se osará abrir las Puertas Intrusas. Nadie quería ser el repentino sospechoso de haber abierto

las puertas para que los Intrusos entraran en el mundo de los mortales. Los centinelas no rozaban ni un poco la idea de violar las reglas de la magia. Su verdadero propósito en esta vida era proteger al Consejo, en primer lugar, de aquellos que incumpliesen las siete reglas y, en segundo lugar, de todos los demás.

Eché un vistazo a la capa gris, doblada encima de la mesa, frente a mí.

—Creía que solo la magia mortal podía invocar a los Intrusos —dije en voz baja.

—Así es —contestó Luccio.

Se me revolvió un poco el estómago. Alguien le había contado a la Corte Roja dónde encontrar al Consejo. Alguien había bloqueado su ruta de salida del Más Allá, de tal manera que los magos más poderosos del planeta habían necesitado un día entero para volver a abrirla. Y alguien había llamado a los Intrusos para que atacasen al Consejo Blanco.

«El Consejo ya no es lo que era», había dicho Cowl. «Está podrido por dentro. Se vendrá abajo. Pronto.»

—Los centinelas tuvimos que retroceder en la batalla contra la Corte Roja para que nuestros heridos pudiesen escapar hacia un lugar seguro —me explicó Luccio. Su voz vigorosa se contradecía con sus ojos cansados—. Ahí fue cuando nos echaron a los Intrusos encima. En ese momento perdimos otros veintitrés centinelas, en los primeros momentos del combate, y muchos resultaron heridos. —Se hizo el silencio mientras dio un largo trago de su cerveza. Se la terminó y la colocó de un golpe en el medio de la mesa. La ira salpicaba sus ojos—. Si los miembros del Consejo de Veteranos, McCoy y Liberty, no hubieran venido en nuestra ayuda, probablemente habríamos muerto todos allí mismo. Pero incluso con ellos nos las arreglamos para inmovilizarlos solo el tiempo suficiente para que el Guardián y el Merlín colocaran un hechizo de protección detrás de nosotros que nos dio tiempo para escapar.

—¿Un hechizo de protección? —le espeté—. ¿Me está diciendo que encerraron a un ejército entero de vampiros y demonios dentro de los muros de un hechizo?

¿Con uno nada más?

—Recoger chapitas de las calles no es suficiente para convertirte en el Merlín del Consejo Blanco —dijo Ramírez con voz seca.

Dirigí la mirada a Ramírez. Me sonrió y dio un trago a su cerveza.

—McCoy acabó herido —continuó Luccio.

Ramírez resopló.

—¿Y quién no?

—Carlos —respondió Luccio.

Levantó la mano como si estuviese renunciando y echó la espalda para atrás en la silla, pero sin dejar de sonreír.

—Hubo muchos heridos —prosiguió Luccio—. Pero como asaltaron la residencia de Sicilia, derivamos los peores casos a un hospital del Congo que está bajo nuestro

control. —Se quedó mirando a la botella durante un segundo. Tenía la boca abierta pero enseguida la cerró. A continuación, cerró también los ojos.

Morgan frunció el ceño mirándola. Le puso la mano en el hombro y luego me miró a mí y dijo:

—Los vampiros lo sabían.

Me dieron ganas de vomitar. Tenía el estómago revuelto.

—Dios mío.

—Allí era de día —dijo Morgan—. Y el lugar era una fortaleza que se encontraba bajo la protección del Merlín. Los vampiros no tenían ninguna manera de localizarla desde el Más Allá. Y nada por debajo de un alto demonio podría haber atravesado la protección. —Su boca se torció y sus ojos brillaron con rabia y odio—. Lanzaron mortales contra nosotros. Contra hombres y mujeres que yacían tumbados, heridos, inconscientes, indefensos en sus camas. —El odio parecía ahogarle la voz a cada momento.

—Pero... —empecé a hablar—. Mira, yo sé lo que es tener que enfrentarte a mortales que no quieres matar. Es difícil, pero a ellos no hay quien los pare. Hay que luchar. Ante las balas y los explosivos se puede uno defender.

—Por eso utilizaron gas —dijo Ramírez en voz baja, retomando la historia donde las voces de Morgan y Luccio se habían apagado. Su voz era grave. Su sonrisa había desaparecido—. Un gas nervioso, probablemente sarín. Lo inyectaron por todo el hospital, por las zonas en las que estábamos los que protegíamos el lugar y por las seis manzanas de la ciudad que lo rodeaban. —Bajó la botella y añadió—: No sobrevivió nadie.

—Dios mío... —susurré.

Hubo un silencio sepulcral.

—¿Ebenezar? —pregunté en un suspiro—. Dijeron que estaba herido. ¿Él...?

Ramírez sacudió la cabeza.

—Ese cabrón testarudo se negó a ir al hospital —dijo el joven centinela—. Se fue con uno de los equipos para emprender una contraofensiva con la Hermandad de San Giles.

—Miles de personas inocentes murieron —dijo Luccio y de su voz surgió un lento y bajo gruñido. Lo hizo muy controladamente pero lo escuché. Lo reconocí y sabía lo que era sentir cómo impregnaba mi voz—. Mujeres, niños. Cientos. Y hoy he enterrado ciento cuarenta y tres centinelas.

Estaba conmocionado.

En un único y despiadado ataque, la Corte Roja había prácticamente destruido al Consejo Blanco.

—Han sobrepasado todos los límites —dijo Luccio. Su voz era tranquila y precisa—. Han violado cada principio de guerra de nuestro mundo y del mundo de los

mortales. Es una locura. Han perdido el juicio.

—Se han suicidado —dije en voz baja—. No tienen ninguna oportunidad de ganar enfrentándose al Consejo ni a la Corte de las Hadas.

—Tomaron el *sidhe* por sorpresa —murmuró Morgan—. No estaban preparados para luchar. Y nosotros estábamos en las últimas. Teníamos menos de cincuenta centinelas capaces de combatir. Nuestras líneas de comunicación no funcionaban y de esta manera los miembros del Consejo estaban siendo atacados de uno en uno y por sorpresa. No sabemos cuántos magos más pueden haber muerto.

—Y la cosa aún mejora —dijo Ramírez—. Los agentes de la Corte Roja están cazando en los caminos del reino de las hadas. Cuando veníamos hacia aquí fuimos atacados dos veces.

—Nuestra prioridad —dijo Lucio con voz enérgica— es consolidar nuestras fuerzas e incorporar todos los recursos disponibles para recuperar la fuerza de los centinelas como guerreros. Debemos juntar a los miembros del Consejo y asegurarnos de que están protegidos. Estamos reorganizando nuestra seguridad. —Sacudió la cabeza—. Y, francamente, tenemos que proteger las vidas del Consejo de Veteranos. Mientras puedan esconderse del enemigo y tomar parte en la batalla, son una fuerza peligrosa. Juntos tienen más poder que cien miembros cualesquiera del Consejo, y ese poder puede concentrarse con efectos letales, tal y como mostró el Merlín en el Más Allá. Siempre que estén preparados para atacar, el enemigo jamás será consciente de su entera capacidad.

—Y lo que es más importante —gruñó Morgan—. Los magos mortales que nos hayan traicionado, quienesquiera que sean, temen al Consejo de Veteranos. Por eso, su primer movimiento estaba destinado a acabar con ellos.

Luccio asintió.

—Si podemos esperar hasta que la Corte de las Hadas se recobre de este asalto, podremos recuperarnos de este ataque. Lo que nos trae hasta hoy —dijo Luccio. Me estudió. Estaba cansada y parecía sincera—. Uno de cada dos centinelas capaces de pelear y preparados para atacar al enemigo está protegiendo al Consejo de Veteranos. Nuestras líneas de ayuda y comunicación son endebles. —Hizo un gesto señalando a las personas que estaban sentadas a la mesa—. Estos son todos los recursos de los que dispone el Consejo Blanco.

Miré a la agotada capitana de los centinelas, al magullado Morgan y a Ramírez, que había recuperado su sonrisita chulesca. Me fijé en Yoshimo y en Kowalski, sin estrenar, callados y asustados.

—Centinela Luccio —le dije—. ¿Podría hablar con usted en privado?

Morgan puso mala cara y dijo con voz ronca:

—Cualquier cosa que le quieras decir a ella, nos la puedes decir a todos...

Luccio puso su mano en el hombro de Morgan, fue un gesto suave, pero cortó su

discurso.

—Morgan, ¿sería tan amable de traerme otra botella? Estoy segura de que McAnally estará encantado de servirnos la cena a todos.

Morgan la miró durante un segundo y luego me miró a mí. Después se levantó, emborrónó el círculo de tiza con la bota y lo rompió, liberando el tenso aire que se había concentrado en el interior.

—Venga, chicos —dijo Ramírez a los dos centinelas más jóvenes, poniéndose de pie—. Vamos a sentarnos con el tío Morgan mientras los otros adultos tienen una conversación seria. —Cuando pasó por mi lado apoyó su mano en mi hombro y me lo apretó—. Oye, tabernero, ¿son aros de cebolla eso que huele tan bien?

Esperé hasta que se situaron en la otra punta del bar y Mac les llevó algo de comer. Después me giré hacia Luccio y le dije:

—No puedo ser un centinela.

Me estudió durante unos instantes y, después, en un tono muy comedido y con una voz muy educada, me preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque los centinelas han estado amenazando con matarme, acusándome de algo que no es cierto, desde que tengo dieciséis años —le dije—. Todos creen que soy una especie de amenaza encubierta y cada vez que han tenido la oportunidad, han intentado destrozarme la vida.

Luccio escuchó muy atenta y luego dijo:

—Sí, ¿y?

—¿Y? —dije—. Toda mi vida adulta la he pasado con los centinelas rozándome los talones y preparándose para acusarme de cosas que jamás hice e intentando tenderme trampas cuando la realidad es que nunca me han visto hacer nada malo.

Luccio levantó las cejas.

—¿Qué?

—¡Venga ya! —le dije—. Sabe perfectamente que Morgan me provocó para que lo atacase justo antes de que tuviera lugar el tratado de Invierno, para que él y el Merlín tuvieran una excusa para lanzarme a los vampiros.

Los ojos de Luccio se abrieron y su voz se volvió más dura.

—¿Qué? —Se giró de golpe para mirar a Morgan y luego volvió a mirarme—. ¿Me está diciendo la verdad?

La cadencia de su pregunta hizo que sus palabras no sonasen como normalmente lo hacían, y por puro instinto lo descubrí con mis sentidos. Sentí tensión, el aire zumbaba como el espacio que hay entre los dientes y el cuerpo de un diapasón.

—Sí —le dije. El zumbido de la campanada continuaba sin disminuir—. Le estoy diciendo la verdad.

Se quedó mirándome durante un largo segundo y luego se echó hacia atrás en su

silla. La tensión desapareció. Entrelazó los dedos de las manos encima de la mesa y frunció el ceño.

—Bueno... había rumores, de cómo Morgan se había comportado con usted. Pero siempre pensé que no eran más que eso.

—No lo eran —le dije—. Morgan me ha amenazado y perseguido cada vez que ha tenido la oportunidad. —Envolví mi mano derecha en un puño—. Y nunca he hecho nada. No formaré parte de esto, centinela Luccio. Quédese con la capa. No quiero manchar mi coche con ella.

Seguía mirándose las manos con los ojos entrecerrados.

—Dresden —dijo en voz baja—. El Consejo Blanco está en guerra. ¿Va a abandonar a su gente a su suerte frente a la Corte Roja? ¿Se va a quedar a un lado y va a dejar que los discípulos de Kemmler sigan su camino?

—Claro que no —le dije—. Nunca dije que no fuese a pelear. Pero no me pondré esto. —Le tiré la capa por encima de la mesa—. Quédesela.

La empujó de vuelta por encima de la mesa.

—Póngasela.

—Gracias, pero no.

—Dresden —dijo Luccio con voz ronca y firme—. No se lo estoy pidiendo.

—No respondo bien a las amenazas —le dije.

—Entonces responda a la realidad —me espetó—. Dresden, los centinelas estamos diezmados. Necesitamos reclutar, llamar a filas o entrenar a todo mago que sea capaz de pelear.

—Hay muchos magos que pueden pelear —gruñí.

—Pero no son Harry Dresden —dijo ella—. Idiota, ¿no sabe lo que le estoy ofreciendo?

—Sí, la oportunidad de reclutar a chicos adolescentes a los que jamás se les habla de las leyes de la magia y luego se les ejecuta por romperlas. La oportunidad de fastidiar, intimidar e interrogar a cualquiera que no me agrada. No quiero tener nada que ver con eso.

—Ebenezar dijo que era un cabezota, pero no mencionó que fuera tonto. Han traicionado al Consejo, Dresden. Y usted es el mago más infame que hay en él. Hay muchas personas que han hablado mal de usted. Muchos dicen que ha empezado la guerra con la Corte Roja intencionadamente para provocar la caída del Consejo.

Solté una carcajada algo amarga.

—¿Yo? Es de locos, ¡por el amor de Dios! ¡Si ni siquiera soy capaz de llevar mis cuentas del banco!

La mirada de Luccio se suavizó un poco y luego suspiró.

—Lo creo. —Sacudió la cabeza—. Pero tiene una reputación y a los miembros del Consejo no les va a sentar nada bien este rechazo. Sus miedos pueden volverse

contra usted y por eso se va a unir a los centinelas.

Fruncí el ceño.

—No comprendo.

—Ha llegado el momento de dejar nuestras diferencias a un lado. Si se pone la capa de centinela y lucha codo a codo con el Consejo, en un momento de necesidad como este, nuestra gente lo verá con otros ojos.

Respiré profundamente.

—Ah, el síndrome de Darth Vader.

—¿Perdone?

—El síndrome de Darth Vader —le dije—. No hay al lado más admirable, esperanzador y querido que el enemigo que te hacía temblar como un niño hasta hace unos minutos.

—No es solo eso —dijo Luccio—. Creo que no es consciente de su reputación. Se ha enfrentado y ha luchado con más malhechores que la mayoría de magos cuya edad supera en un siglo a la suya. Y los tiempos están cambiando. Ahora hay más magos jóvenes que quieren formar parte del Consejo, como Ramírez y sus compañeros. Para ellos usted simboliza la resistencia a los elementos más conservadores del Consejo, es un héroe que arriesga su vida cuando sus principios lo requieren.

—¿Lo soy?

—Sí —dijo Luccio—. No digo que yo lo apruebe. Pero en estos momentos el Consejo necesita cada pedacito de valor y fe que se pueda reunir. Su presencia y su apoyo frente a un gran peligro aplacarán a sus detractores; la comparecencia de un mago que ha participado en tantas batallas animará a los miembros más jóvenes del Consejo. —Hizo una mueca—. Resumiendo, Dresden, lo necesitamos. Y usted a nosotros también.

Me froté los ojos un momento y luego dije:

—Digamos que firmo. Que estoy dispuesto a ponerme la capa, estaría preparado para luchar mientras dure la guerra, pero no me marcharé de Chicago. Hay gente aquí que depende de mí. —Fruncí el ceño—. Y no bajaré la cabeza ante Morgan. Quiero que se mantenga alejado de mi ciudad.

Luccio se frotó la barbilla y luego asintió despacio, con ojos pensativos.

—Reasignaré a Morgan a otro lugar. —Asintió de nuevo, esta vez con más contundencia—. Y entonces le nombraré a usted comandante regional de los centinelas.

Parpadeé.

—Estará a cargo de la seguridad y las operaciones de esta región, en coordinación con los otros tres comandantes regionales americanos.

—Y eso —le dije—, ¿qué significa?

—Que será su trabajo proteger a los mortales de esta zona. Estará alerta ante las

posibles amenazas sobrenaturales de su región y representará al Consejo en el terreno diplomático. Para ayudar y socorrer a otros magos que se acerquen a usted buscando protección o apoyo, y cuando sea necesario, se enfrentará a los enemigos del Consejo, como la Corte Roja y sus aliados.

Fruncí el ceño.

—Bueno, es más o menos lo que hago ahora.

En la cara de Luccio se dibujó por fin una sonrisa verdadera; era la primera vez que la veía. Las líneas suaves desaparecieron y las patas de gallo de sus ojos entraron en escena.

—Pues ahora lo haré con una capa gris puesta. —Su expresión se recompuso—. Es un guerrero, Dresden. Si el Consejo Blanco logra sobrevivir, necesitaremos más como usted.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la barra, llevándose consigo las botellas vacías.

Cuando volvió, acababa de colocarme el broche de la capa y ya cargaba la suave y pesada tela sobre mis hombros. Se quedó de pie frente a mí y me miró de arriba abajo durante un momento. Ramírez me observó y su sonrisa se hizo más amplia. Morgan miró también y por su expresión podría parecer que acababan de ponerle un cuchillo en los testículos. La frente de Mac se llenó de arrugas y me estudió de arriba abajo, con los labios apretados.

—Gracias —dijo Luccio en voz baja, ofreciéndome otra cerveza.

La acepté asintiendo. Brindamos y dimos un trago.

—Muy bien entonces, comandante —dijo Luccio. El tono de su voz se había vuelto serio y formal—. Este es su territorio y usted tiene la información más actualizada sobre los discípulos de Kemmler. ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Me separé el pelo de la cara y dije.

—Bien, centinela Luccio... Oh, quiero decir, líder Luccio. Sentémonos y pongámonos manos a la obra. Va a anochecer y no tenemos mucho tiempo.

Cuando entré por la puerta de la casa de Murphy, llovía y todavía llevaba puesta la capa. Llegué hasta la cocina y allí sentados estaban Thomas, Butters y Bob. Permanecían alrededor de la mesa, tenían unas cuantas velas encendidas, papeles, lápices y latas vacías de Coors.

La mandíbula de Thomas se abrió de par en par.

—¡Me cago en la leche! —dijo.

Butters miró primero a Thomas y luego a mí.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Harry! —dijo Bob. Sus ojos naranjas y brillantes resplandecían—. ¿Has robado una capa de centinela?

Fruncí el ceño mirándolos a los tres y me quité la capa. Cayó extendida en el suelo de la cocina.

—No la he robado.

Ratón apareció en la habitación, moviendo el rabo, y le rasqué brevemente las orejas.

—Ah —dijo Bob—. ¿Entonces la has cogido de algún cuerpo?

—No —contesté molesto y me dejé caer en una de las sillas—. Me han reclutado.

—¡Me cago en la leche! —volvió a decir Thomas.

—No lo pillo —dijo Butters.

—¡Harry se ha unido a la policía secreta de los magos! —dijo Bob atropelladamente—. ¡Podrá declarar culpables bajo sospecha y dictará justicia con sus propias manos! ¿Puede haber algo mejor?

Thomas se quedó mirándome fijamente y luego dirigió la vista a la puerta que había a mis espaldas. Finalmente volvió a mirarme.

—Estoy solo —le dije en voz baja—. Tranquilo.

Asintió.

—¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas —le dije—. No tengo tiempo para contártelo todo, pero los centinelas están en la ciudad y no me preocupa mucho que vayan a indagar o a intentar averiguar secretos ajenos.

—¿Por qué no? —preguntó Thomas.

—Porque en este momento los cinco están en un hotel del centro, duchándose y cambiándose los vendajes mientras intentan conseguir más información sobre los herederos de Kemmler.

Thomas parpadeó despacio.

—¿Cinco! ¿Heridos?

Asentí y me mordí los labios con fuerza.

—Vaya —dijo Thomas en voz baja—. ¿Cómo de grave?

—Me han reclutado —le dije.

—Muy grave, vale —dijo Bob con tono divertido.

Me fijé en los papeles y los libros que había encima de la mesa.

—Chicos, decidme que habéis descubierto algo.

Butters parpadeó un par de veces y luego empezó a revolver los papeles y a arrugarlos, hasta que se hizo con una vela.

—Bien, vale. Tenemos buenas y malas noticias.

—Primero las malas —le dije—. Prefiero dejar el su bidón para el final.

—No hemos averiguado nada de los números —dijo Butters—. Quiero decir, no son un código. Es demasiado corto. Podría ser una dirección o un número de cuenta, pero ninguno de los bancos que localizamos por teléfono tiene ese número de dígitos. —Tosió y pidió perdón—. Si hubiera podido meterme en la red habría conseguido algo más, pero... —Gesticuló inútilmente señalando alrededor—. Solo conseguíamos línea en una de cada cincuenta llamadas, y a la mayoría de los sitios a los que llamamos no atendió nadie. Y durante la última hora el teléfono ha dejado de funcionar por completo.

Sacudí la cabeza.

—Sí. La ciudad también está patas arriba. He visto dos incendios viniendo de McAnally a aquí. Parece que hay disturbios en Bucktown. Lo oí en una radio de policía.

—El gobernador ha pedido ayuda a la Guardia Nacional —dijo Thomas en voz baja—. Están mandando tropas para que mantengan la paz en las calles.

Parpadeé.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—He llamado a mi hermana —dijo.

Fruncí el ceño.

—Creía que Lara no te hablaba.

La voz de Thomas se volvió seca.

—Solo porque me haya desheredado en cuanto al dinero familiar, porque me haya dejado sin ninguna de nuestras propiedades, porque haya dejado claro que nunca más contaré con su protección y porque mantenga como prisionera virtual a la mujer que amo, no debes pensar que ya no me tiene cariño.

—Y por eso te ha hecho un pequeño favor —le dije.

—Técnicamente —dijo Thomas—, te lo ha hecho a ti.

—¿Y por qué? —le pregunté.

—Bueno, como todo su poder depende de que no se revele un secreto, le insinué que con lo irracional que te vuelves cuando se trata de defender al pueblo de Chicago, no sería muy descabellado que te diese por abrir la boca y hundirle el barco si ella no

se prestase a ayudarte en un momento de necesidad como este.

—Humm —le dije—. ¿Me estás contando que acabo de chantajear a la jefa de la Corte Blanca? ¿Por poderes?

—Sí —dijo Thomas—. Harry, tienes huevos para hacer algo así.

—Supongo que sí. —Sacudí la cabeza—. ¿Pero por qué lo he hecho?

—Porque necesitábamos ayuda —dijo Thomas—. No estábamos llegando a ningún lado. Lara tiene un montón de recursos disponibles, materiales y humanos. Ella era capaz de facilitarnos la información que necesitábamos.

—Y de ahí las buenas noticias —dijo Butters—. Ella no había perdido la conexión a internet como nosotros y fue capaz de informarnos de un montón de cosas que no sabíamos. —Me pasó un trozo de papel—. Aunque no es sobre los números, uno de los suyos averiguó algo sobre los artilugios y las armas de los nativos americanos que hay aquí en Chicago.

Miré fijamente a Butters.

—¿Sí?

Asintió mirando el papel y lo leyó:

—Sí —dijo—. El Centro de Nativos Americanos alberga en sus instalaciones una exposición acerca de la caza y la guerra tribales antes de que nosotros, los rostros pálidos, apareciésemos con las pistolas y la viruela. El *History Channel* la está utilizando como parte de un especial de historia sobre los enfrentamientos y estuvieron grabando allí la semana pasada.

—Sí —dije—. Allí puede haber antiguos espíritus. —Leí la lista—. Mierda, tendría que haberme dado cuenta de esto. En el museo Field hay una exposición de artefactos de Cahokia, el profesor Bartlesby estaba a cargo de ella. Joder, había un montón de artilugios indios que la habitacadáveres había ido reuniendo. Probablemente pensando en esta noche.

Butters asintió.

—Y en el museo Mitchell, en Evanston, hay más artilugios de indios americanos de los que una sola persona pueda reunir.

—Mierda —dije—. Eso es.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Butters.

—Es lógico —señaló Bob—. El objetivo final es congregarse al máximo número espíritus antiguos para luego consumirlos. Cuanto más antiguos sean los cacharros, más espíritus atraerán.

Asentí.

—Ahora recuerdo ese lugar. Ese museo está en un campus universitario, ¿verdad?

—En la universidad Kendall —confirmó Butters.

—El campus de la universidad durante la noche de Halloween es el peor de los lugares para que haya un enfrentamiento entre una banda de nigromantes —dijo

Thomas—. Va a ocasionar daños colaterales.

—¡De eso nada! —le dije. Me sorprendió lo fiero que salió mi voz—. Vamos a detener esa estúpida convocatoria. Y después vamos a dar caza a esos asesinos hijos de puta y los vamos a matar.

Se hizo un silencio profundo en la cocina.

Thomas y Butters me miraban con expresión recelosa.

—Debe de ser la capa —dijo Bob alegremente—. Harry, ¿te sientes más sentencioso y moralmente superior que esta mañana?

Respiré despacio y profundamente.

—Lo siento —dije—. Lo siento. Ha sonado un poco agresivo.

—Puede que un poco —dijo Butters casi en susurros.

Me froté la cara y miré el reloj de pilas que había en la pared de la cocina de Murphy.

—Bien. Falta una hora para el anochecer. Tengo que estar preparado para convocar al Erlking para entonces.

—Eh... —dijo Thomas—. Harry, si es la presencia del Erlking la que atraerá a todos esos antiguos espíritus hacia sus herramientas y sus cosas, entonces, ¿no sucederá lo llame quien lo llame?

—Sí —le contesté—. A menos que el que lo llame lo atrape en un círculo que contenga su poder y lo retenga ahí.

Bob hizo un ruido como de chispas.

—Harry, ese plan es muy peligroso. No, borra eso. Ese plan es una locura. Incluso si diésemos por hecho que tienes poder como para atrapar a alguien como el Erlking en un círculo, e incluso si lograses mantenerlo ahí toda la noche, jamás permitirá que ese tipo de insulto quede en nada. Volvería la noche siguiente y te mataría. Si tienes suerte.

—Ya me preocuparé de eso cuando lo consiga —le dije.

—Espera —dijo Butters—. Espera, espera. Quiero decir, ¿es necesario todo esto? Esos tíos ni siquiera tienen el libro de la magia mala, ¿no? Sin él, lo único que pueden hacer es llamar a los espíritus. Pero no pueden hacer eso de... comérselos, ¿no?

—No podemos presuponer que no lo tienen —dije—. Tal vez Grevane lo encontrado.

—Pero los otros dos no, ¿verdad? —dijo Butters.

—Aunque no lo tengan, estarán allí —le dije—. No pueden permitirse dar por hecho que sus rivales no tienen el libro. Van a aparecer con todo lo que tengan, para intentar evitar que cualquiera de los otros consiga sacar el ritual adelante.

—¿Por qué? —preguntó Butters.

—Porque se odian —le expliqué—. Y si uno de ellos se convirtiese en un dios, acabaría con los demás. Sería probablemente lo primero que hiciese.

—Ah —dijo Butters.

—Y por esa razón necesito que hagas algo por mí, Thomas. Mi hermano asintió.

—Dime.

Me hice con un trozo de papel en blanco y un lápiz y empecé a escribir.

—Esta es una nota. Me gustaría que la llevaras a la dirección que te voy a anotar y se la dices a los centinelas.

—No pienso acercarme a los centinelas —dijo Thomas.

—No será necesario —le dije—. Están en un hotel. La dejas en recepción y le dices a quién allí atienda que se la lleve. Después desapareces.

—¿Se fiarán de una nota? —preguntó Thomas con tono escéptico.

—Les dije que les enviaría a un mensajero si no pudiese llegar hasta allí yo mismo. Están informados acerca del Erlking y de que estoy intentando apartarlo de su propósito. Tienen que saber dónde van a estar los herederos de Kemmler para poder destruirlos.

—Son cinco —dijo Thomas en voz baja—. Serán uno menos.

Puse cara de circunstancias. Podría ser peor que eso. Ramírez me había dado la impresión de que podía defenderse, pero los dos novatos, por lo que me había parecido, no podrían hacer frente a ninguno de los discípulos ni a sus compinches.

—Una vez que tenga asegurado al Erlking iré para allí lo más rápido que pueda. De todas formas, son centinelas —dije—. Podrán con los esbirros de Kemmler.

—O morirán en el intento —dijo Thomas y puso cara de desagrado—. ¿Cómo llegaré hasta allí?

Me acerqué a un cajón de la cocina y rebusqué en su interior hasta que encontré unas llaves de Murphy. Se las tiré a Thomas.

—Toma. Su moto está en la plaza del aparcamiento.

—Vale —asintió, aunque en su expresión había cierto recelo—. ¿No le importará que coja su moto?

—Es por una buena causa —le dije—. Las calles están muy mal y los centinelas tienen que ponerse en marcha lo antes posible. Ve.

Thomas asintió, se guardó las llaves en el bolsillo y se sumergió en su cazadora de cuero.

—Volveré en cuanto haya terminado.

—Sí —le dije en voz baja—. Thomas, para los centinelas no eres más que un vampiro de la Corte Blanca. Si te ven, se precipitarán a por tu sangre.

—Entendido —dijo. En su voz se distinguía cierta amargura—. Si no vuelvo a tiempo, Harry... que tengas suerte.

Me tendió su mano y le di la mía, nos apretamos con fuerza. Los nervios debían haber enfriado mucho mi mano porque la suya me resultó cálida. Cuando me soltó la mano, saludó con la cabeza a Bob y a Butters y se dirigió hacia la lluvia. Un minuto

después la Harley de Murphy rugía en el patio trasero y, acto seguido, se lanzaba hacia la lluvia y la penumbra.

Me quedé allí en silencio durante un minuto, luego me levanté y fui hacia el hornillo. Cogí la tetera y la llené de agua, la puse en el fuego y esperé a que hirviera. Me llevó un minuto encontrar la colección de tés de Murphy, resultó injustificadamente difícil. Quiero decir, ¡vamos!, ¿cuántos tipos de té puede necesitar alguien? Puede que tenga prejuicios con este tema; y es que le echo tanto azúcar al té que su verdadero sabor se convierte en un mero regusto.

Encontré algunas bolsitas instantáneas que olían vagamente a menta.

—¿Té? —le ofrecí a Butters.

—Claro —dijo.

Cogí dos tazas.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Té caliente —le dije—. Tenemos que calentarnos, que luego habrá que ponerse bajo la lluvia para llamar al Erlking. Pero tú te quedarás aquí dentro mientras lo hago.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque va a ser muy peligroso.

—Bueno, ya —dijo—. ¿Pero por qué dentro de la casa? Quiero decir, este súper trasgo podrá romper paredes, ¿no?

—Seguro que es lo suficientemente fuerte para hacerlo, sí —le dije—. Pero no podrá. La casa está protegida por su umbral.

Butters me miró sin comprender ni una palabra.

—¿Y eso significa...?

Me apoyé contra la barra y le expliqué.

—El umbral es el tipo de energía que rodea los hogares. Es... —Fruncí el ceño pensando en cómo explicarlo—. Es algo así: las casas tienen energía positiva. Si un tipo de magia exterior quisiese entrar tendría que neutralizar esa energía primero. Los seres más grandes y fuertes del Más Allá necesitan mucha energía para permanecer en nuestro mundo. Normalmente no tienen bastante combustible como para volverse peligrosos.

—¿Es como eso de los vampiros? —preguntó—. ¿Qué no pueden entrar si no los invitas?

—Parecido, sí. Si invitas a alguien, tu umbral no actúa. Pero otros seres mágicos u otro tipo de energía no podrían hacerlo. Es una defensa sólida.

—No funcionó muy bien con tu casa —observó Butters.

—Mi casa es un apartamento de alquiler —le dije—. Y excepto por los últimos meses, siempre he vivido solo. No tiene la misma energía que se puede encontrar en un edificio que lleve ocupado un tiempo.

—Ah, ¿es a eso a lo que se refiere la expresión «no hay lugar más seguro que la

casa de uno»?

Sonreí un poco.

—Una casa no hace un hogar. Cuando el lugar tiene historia, familia, emociones, penas y alegrías en sus paredes, entonces es cuando se consigue un umbral sólido. Esta casa ha pertenecido a la familia Murphy durante más de cien años, y durante todo ese tiempo siempre ha vivido alguien. Es muy sólido. Estarás a salvo aquí.

—¿Pero no se debilitará en cuanto lo invoques? —preguntó Butters.

—Ese es el plan. Pero aunque eso pasara, no eres tú quien lo va a molestar. No habrá ninguna razón para que quiera ir a por ti.

—Ah, bien —dijo y parpadeó como pidiendo perdón—. No es que quiera que vaya a por ti, Harry.

—No te culpo —le dije.

Butters asintió.

—¿Por qué zombis? —me preguntó.

—¿Eh?

—Perdón. Cambiando de tema. Nueva pregunta. ¿Por qué todos estos nigromantes utilizan zombis?

—No todos lo hacen —le señalé—. La habitacadáveres invocó a un puñado de fantasmas semicorpóreos. Espectros.

—Pero humanos —dijo Butters—. Los zombis parecen humanos. Los espectros parecen humanos. ¿Por qué no atraen a una manada de ratas putrefactas? ¿O incluso a mosquitos semicorpóreos? ¿Por qué usan personas?

—¡Ah! —exclamé—. Eso tiene que ver con algo parecido a la impresión metafísica que todas las criaturas dejan después de su muerte. Algo parecido a una pisada. Los seres humanos dejan huellas más grandes que la mayoría de los animales, lo que quiere decir que puedes verter más energía en su reanimación.

—Consiguen matones más fuertes —aclaró Butters.

—Sí.

—¿Y cómo puede ser que Grevane tuviese cadáveres tan recientes cuando vino a buscarme y sin embargo atacase tu casa con otros más antiguos? Porque la verdad es que yo vi muy de cerca a estos últimos. —Tembló—. Algunos parecían de comienzos del siglo xx.

—Por la misma razón por la que reaniman humanos en vez de animales —le dije—. Cuanto más antiguo es el cadáver, más profunda es la huella metafísica que deja. Son más difíciles de invocar, pero una vez que se consiguen son más fáciles de controlar, son más fuertes y es mucho más complicado herirlos.

—Los cadáveres viejos se convierten en los muertos vivientes más fuertes —dijo.

—Eso es —le dije. Podía ver cómo giraban las rueditas dentro del cerebro de Butters mientras procesaba la información. Parecía muy ocupado preparando decenas

de preguntas que le iban surgiendo ante la primera ronda de respuestas, y me dio la impresión de que no pararía hasta hartar su insaciable curiosidad.

—Vale, pero ¿y si...?

—Butters —le dije lo más suavemente que pude—. Ahora no. Lo único que quiero es tomarme una taza de té tranquilamente. —Tuve un momento de inspiración—. Pregúntale a Bob —le dije—. En realidad Bob sabe mucho más que yo.

—Ah —dijo Butters. Y apartó la vista de mí dirigiéndola a la calavera—. Eh, sí, creo que Thomas ha estado hablando con eso.

—¡Con él! —dijo Bob indignado—. ¡Soy él, no eso! ¿O te has creído que soy algún tipo de robot raro de Tinkertoy?[\[13\]](#)

—Bueno —dijo Butters—, lo siento, Bob. ¿Te importa si te hago algunas preguntas?

—Sería desperdiciar mi inmenso intelecto y mi talento —replicó Bob adoptando un aire despectivo.

—Hazlo, Bob —le ordené.

—Oh, tío... —Las luces naranjas de los ojos giraron dentro de las cuencas de la calavera—. Está bien. Tampoco tengo nada mejor que hacer que dar una clase de primaria.

—¡Genial! —Butters se entusiasmó y se volvió a sentar a la mesa. Cogió más folios y un lápiz—. Bien, ¿qué te parece si empezamos con...?

Cogí una taza de té para mí y otra para Butters. Le dejé la taza cerca, pero apenas se dio cuenta. Estaba completamente inmerso en la conversación con Bob.

Me escabullí a la sala de estar, coloqué la pierna dolorida encima de la mesa y me dejé caer en el sofá con mi taza de té. Me senté en la penumbra, con el calor humeante y el sabor dulce de la menta, o lo que fuera, e intenté poner en orden mis pensamientos. Estaba tan cansado que no me llevó mucho tiempo.

Estaba a punto de llamar a un coetáneo de la reina Mab para tenderle una trampa durante toda la noche. Una araña de jardín tendría las mismas posibilidades si se propusiese atrapar a un tigre de Bengala. Sin embargo, el tigre de Bengala probablemente ni se molestaría en aplastar a la araña. El Erlking sí.

Todo eso convertía a este en el más estúpido de mis planes hasta el momento, pero tampoco es que tuviese otra opción. La presencia del Erlking en la zona aumentaría dramáticamente el número y la potencia de los muertos vivientes que los kemmleritos intentarían invocar esta noche. Si pudiera bloquear la entrada del Erlking en Chicago, sería como eliminar gran parte del poder que los nigromantes pretendían reunir. Grevane y compañía eran ya formidables sin la ayuda de ningún ejército de súper zombis ni de los peores fantasmas. Si pudiese evitar que eso ocurriera, tal vez podría ofrecer a Luccio y a sus centinelas una oportunidad real de derrotarlos.

Si no consiguiese ser suficientemente rápido e invocar al Erlking antes de que lo hiciese cualquier otro kemmlerito, o si acabase escapando de mi trampa y quedase suelto por Chicago, moriría mucha gente. El Erlking daría comienzo a la Caza Salvaje en la apagada ciudad de Chicago durante la noche de Halloween, y cualquier persona que se cruzase en su camino acabaría reducida a cenizas.

La luz empezó a extinguirse fuera, todo estaba tan oscuro que, de alguna manera, parecía antinatural. Un rato después un relámpago cruzó el cielo y sacudió la pequeña casa. Empezó a levantarse viento y las gotas de lluvia comenzaron a golpear las ventanas con el ir y venir de las impacientes ráfagas de aire.

No me sentía como un mago. No me sentía como un centinela letal y poderoso. No me sentía como el hombre más valiente de Chicago con poderes sobrenaturales, ni como un intrépido enemigo del mal ni como un temerario emplazador capaz de lanzarse desafiante ante los dientes de un titán sobrenatural ni como un auténtico sabio conocedor de las artes místicas. Me sentía deteriorado, maltrecho, dolorido; como un manco con planes de futuro poco halagüeños y con un ridículo pantalón con una pierna completamente cortada.

Ratón se acercó atravesando esa nebulosa. Chocó cariñosamente contra mí y apoyó la cabeza en mi pierna. Tenía los ojos cerrados, pero podía oír cómo se balanceaba su rabo suavemente contra el sofá. Apoyé mi mano mala en la cabeza de Ratón y lo acaricié de manera peregrina. A Ratón no le importaba. Simplemente se apoyaba en mí, prestándome su cálido pelaje y tendiéndome la silenciosa fidelidad de su presencia.

Me hizo sentir mejor. Ratón no sería la criatura más lista de la tierra, pero era firme, amable, leal y poseía la asombrosa sabiduría que hace a las bestias saber en quién confiar. Tal vez yo no era ningún superhéroe, pero a Ratón le parecía un tío bastante guay. Eso quería decir algo. Tenía que ser suficiente.

Dejé mi taza de té, quité mi pierna de encima de la mesita de centro de Murphy y me levanté. Recogí mi bastón sin mirarlo, respiré profundamente y apreté la mandíbula.

Me dirigí a la cocina andando como un tullido.

—Butters —le dije—. Quédate aquí con Bob y Ratón. Vigíleme. Si ves a alguien acechándome, pega un grito.

—Bien —afirmó Butters—. Lo haré.

Me despedí de él con la cabeza y salí a la lluvia para poner a prueba mi fuerza frente al legendario maestro de la Caza Salvaje.

La lluvia ya me había empapado el pelo cuando logré sacar del maletero del Escarabajo todo el material necesario para la invocación. Lo metí todo a presión dentro de mi bolsa del gimnasio y me dirigí al centro del patio trasero. Todavía no estaba demasiado oscuro como para no ver, todavía no. Pero no quería cometer ningún error, así que utilicé la última de las antorchas químicas que Kincaid me había dado antes de nuestro enfrentamiento con el azote de Mavra había un año. La cogí y la sacudí. La luz amarilla y verdosa se extendió formando una especie de nube a mi alrededor. La lluvia limitó su alcance y provocó la ilusión de que el mundo entero se había reducido a un círculo de tres metros de lluvia, hierba y luz verdosa.

Empecé a preparar el círculo en el cual pretendía atrapar al Erlking. La espiral de alambre de espino todavía brillaba por su acabado de fábrica. Desenrollé un trozo que fuese suficientemente largo como para clavármelo varias veces en los dedos y que cubriese un círculo de unos dos metros de diámetro. A pesar de que no era hierro frío en sentido estricto, era muy parecido a lo que querían decir las hadas cuando hablaban de «hierro frío». El alambre tenía mucho hierro, y el hierro frío era la perdición del mundo de la magia.

Estiré la espiral de alambre y la fui grapando a la húmeda tierra con un ganchito de metal, con forma de herradura, del tamaño de mi dedo meñique. Comprobé dos veces cada grapa y luego cogí un trozo de alambre del rollo grande para utilizarlo como alicates para unir ambos extremos. Después de eso, marqué los picos de una invisible estrella de cinco puntas dentro del círculo y coloqué varios objetos relacionados con el Erlking; un collar muy pesado que podría llevar un sabueso de caza, una piedra de afilar, un pequeño cuchillo con filo por ambos lados, sílex y acero, y varias cabezas de flechas, también de acero.

Después coloqué los objetos relacionados conmigo frente a los del Erlking, fuera del círculo: un ejemplar viejo de *El Hobbit*, la esquirla del extremo de mi último tirachinas, mi 44, un tique de un aparcamiento que todavía no había pagado y, por último, el amuleto de mi madre, el pentáculo de plata. Di un paso atrás, volví a entrar en el círculo y me aseguré de que estuviese bien fijado y de que nada le hubiese caído encima.

Desde las profundidades de mi mente, desde algún lugar, me llegaba información de que el sol estaba a punto de ponerse. La verdad es que no sé de dónde salían esos datos. Ya estaba mucho más oscuro que cualquiera de las otras noches y a decir verdad no sabría decir cuándo se pondría el sol, con todas esas nubes por el medio. Pero la falta de visión no parecía importar. Sentí la luz del sol, todavía resplandeciendo pero a punto de ser atrapada por las tinieblas, pude apreciar su presencia y su calidez en alguna parte de mi mente que no dependía solo de lo físico.

Advertí cómo se apagaba y en ese momento noté cómo las fuerzas mágicas de la noche se alzaban simultáneamente.

La energía de la noche era muy diferente a la del día, no era intrínsecamente mala, pero sí más salvaje, más peligrosa y más impredecible. La noche era el momento de los finales, y esta noche, Samaín, todo el día de Halloween, lo era especialmente. Esta noche, las fuerzas del mundo de los espíritus, los seres salvajes que cazaban en el Más Allá, arrastrados a la muerte y a la podredumbre, revoloteaban libremente de un lado a otro. Los espíritus estaban inquietos en sus tumbas y deambulaban por el mundo, pero la mayoría eran invisibles a los ojos de los mortales. Las bestias salvajes sentían que la noche se acercaba y sus primos de la metrópolis sentían el peligro del filo de un cuchillo y la energía del aire. Los perros comenzaron a aullar en los vecindarios de alrededor, primero uno, luego otro y luego docenas; y sus largos, bajos y afligidos aullidos se fueron convirtiendo en una marea inquietante de bramidos.

La oscuridad estaba a punto de llegar, me quité el guante de cuero negro de mi mano mala y me arrodillé al lado del círculo de alambre de púas. Luego acerqué y presioné la palma de la mano izquierda, toda la cicatriz salvo la marca del sello de Lasciel, que parecía una marca viva, contra el diente más cercano de alambre, presionando mi carne hacia abajo deliberada aunque cuidadosamente. No sentía que el alambre me cortase, pero noté un hilo de calor sobre un trozo del sello y mi sangre (negra, bajo la luz química) se extendió sobre el alambre de espino, mezclándose con mi voluntad y esparciendo mi energía alrededor de la prisión de hierro frío que acababa de construir.

La prisión se había levantado y la trampa estaba preparada. Deseé haber tenido más tiempo para reunir los artículos que necesitaba. Si hubiese tenido meses para prepararlo, podría haber investigado con Bob la mejor forma de hacerlo. Los materiales podrían haber sido más escogidos, caros y peculiares, pero aun sin todo eso, existían posibilidades de crear un círculo del que incluso un ser como el Erlking no podría escapar fácilmente.

Además, no había tenido más tiempo y si me proponía sacar esto adelante con mi mercadillo exprés de Alcatraz, iba a necesitar toda mi concentración y voluntad.

Encerré mis dudas en un armario al fondo de mi mente, junto con mis miedos. Me arrodillé dentro de mi abrigo, con el bastón firme en mi mano derecha, y empecé a respirar despacio y profundamente. Me descubrí reuniendo fuerza con cada expiración y expulsando la debilidad y la distracción con cada exhalación. Empecé a concentrar mi energía y a almacenar mi fuerza hasta que en la hierba mojada se empezaron a encender puntos de luz verde y amarilla y el vello de mi cuello se erizó de pronto.

Cogí aire profundamente por última vez y, cuando lo expulsé, la noche cayó por

fin.

Abrí la boca y empecé a recitar la invocación con firme cadencia. Mi voz sonaba hueca entre el viento y la lluvia, parecía amortiguada, pero también era fuerte. Fui dejando salir algo de mi energía con cada palabra, hasta que el poder que en ellas habitaba empezó a mecer el aire de alrededor, según iban saliendo de mi boca. Allí en la oscuridad, descendí hasta el mundo de los espíritus para llamar a uno de los seres más mortíferos del reino de las hadas.

Y el Erlking contestó.

En ese momento el círculo estaba vacío, pero enseguida un rayo de luz y el estallido de un relámpago dieron paso a una sombra negra incorpórea que apareció sobre la hierba dentro del círculo. La sombra era alta y estaba erguida, pero no proyectaba ninguna apariencia física.

Todavía no había terminado y ya me estaba estremeciendo mientras seguía recitando la oración y pensaba en el error que estaba cometiendo; en el mejor los casos habría liberado al Erlking para que se escapase y en el peor de los casos para que me matase. Pero me recompuse y continué con la letanía hasta el final. Cuando terminé, mi voz recordaba al estridente y plateado sonido de un clarín, y cuando llegué a la última palabra, la tormenta despidió un destello de luz cegadora amarilla y verdosa. La luz se estrelló contra el círculo, chocó contra él y luego se dispersó alrededor de él siseando como una mezcla entre electricidad, vapor y magia y definiendo la pared de forma de cilindro mágico con su brillo. La luz se elevó en la noche durante un segundo y luego se disipó.

Cuando se apagó la sombra que había en mi círculo ya no estaba solo.

El Erlking medía casi dos metros y medio. Sin contar con eso, parecía más o menos humano, vestido con ropa de cuero ajustada y mallas oscuras de algún material negro mate. Llevaba un casco con forma de cubo que le cubría la cara y del que salían unos enormes cuernos de ciervo. Dentro de la hendidura de la visera del casco descubrí dos bolas de fuego que no eran otra cosa que dos ojos posados en mí. Sentí la presencia del ser tras ellos como una furia cruda y salvaje que presionaba la parte exterior de mi piel. Reconocí el deseo salvaje del Erlking hacia la noche, hacia la Caza y la necesidad de matar. Un resplandor volvió a iluminarse y la lluvia empezó a caer con más fuerza. Levantó las manos despacio, rechazándome y ensanchando su cuerpo con satisfacción bajo la lluvia.

Ha llegado la hora, mortal. Libérame.

Sus palabras aparecieron de repente en mi cabeza sin pasar por mis oídos, hirviendo al rojo vivo. Esta vez sí que me estremecí. El Erlking me había enviado aquello directo a mis pensamientos, como un arpón bien dirigido. Aparté mi atención de esa lanza de pensamiento y hablé en voz alta en respuesta.

—No te liberaré.

Sus ojos brillantes se fijaron en mí desde el interior del casco, aumentando su luz y su tamaño.

No soy una bestia que puedas atrapar, mortal. Libérame y únete a mí en la Caza. Esta vez los pensamientos iban acompañados de imágenes. Estaba cayendo un torrente de agua, el viento golpeaba mi cara, mi estómago estaba a punto de liberar la ira salvaje, la fuerza y el poder de mi cuerpo y de todo lo que había a mis pies, la gloriosa emoción de la persecución de la presa que huye porque es para lo que ha sido creada... Era la puesta a prueba de mi fuerza, mi velocidad, mi fortaleza y mi voluntad mientras la noche me llamaba y la furia de la tormenta se agitaba a mi alrededor. Para mi sorpresa, en todo aquello no había sensación de odio ni el retorcido sentimiento de la amargura de la desesperación. Solo había una alegría salvaje y feroz, una sensación de adrenalina y excitación, de pasión, de la salvaje armonía de una lucha con uñas y dientes.

Apenas podía arreglármelas para volver a poner mis pensamientos bajo control.

Apretaba los dientes y me recordaba a mí mismo que estaba de rodillas en el patio trasero de la casa de Murphy y que nada tenía de juego lo que en aquel bosque primigenio estaba ocurriendo. Tal vez el Erlking no fuera el mal encarnado, pero eso no significaba que no fuese demasiado peligroso como para liberarlo.

—No —gruñí—. No te dejaré libre.

Sus ojos al rojo vivo crecieron y se puso en cuclillas, con las rodillas dobladas y con los dedos rozando suavemente la hierba que había en el interior del alambre de espino. Aquellos ojos estaban a un metro escaso de mí y se dedicaban a estudiarme en un silencio que acabó por convertirse en un suspense tormentoso.

Eres tú, me transmitió el Erlking. El que desobedeció a la reina de Invierno. El que asesinó a la señora del Verano.

Aquellos pensamientos me llegaron acompañados de imágenes en las que Mab estaba de pie a mi lado, mientras yo yacía perplejo al lado del cadáver de la señora del Verano, ofreciéndome su mano. Sentí la sangre de Aurora mojando mi piel y la probé, áspera y dulce, cuando rozó mis labios. Tuve que esforzarme para no escupir el sabor imaginario.

—Soy yo —le dije.

No somos enemigos. Me volvieron a llegar sus pensamientos. Y... él sentía curiosidad. Se sentía incluso algo desconcertado. Cada vez que me enviaba sus pensamientos recibía también sensaciones sobre sus emociones. *Formas parte de la Caza. Eres un depredador. ¿Por qué me has llamado si no es para unirte a mí?*

—Lo he hecho para evitar que otra persona te libere esta noche.

El Erlking inclinó la cabeza. No me llegó ningún pensamiento pero aquel gesto no dejaba lugar a dudas, quería saber por qué.

—Porque tu presencia se traducirá en sufrimiento y dolor para las personas a las

que me encargo de proteger.

El hombre sufre. El hombre muere. Así son las cosas.

—Esta noche no —gruñí.

Cazador, me transmitió el Erlking, no eres lo bastante fuerte como para retenerme. Libérame, a no ser que quieras que la Caza comience contigo.

Y de repente descubrí el otro lado de la Caza. Noté que mis piernas iban embriagándose de la fuerza del terror. Sentí que mis pulmones ardían y que mi cuerpo se movía con el poder y la gracilidad que solo el acercamiento de la muerte puede provocar. Caí en el hosco terreno como ciervo acorralado, y supe, durante todo el tiempo, que no tenía escapatoria.

—Ya te lo he dicho tres veces —exclamé y forcé un grito desafiante—: ¡No te liberaré!

El Erlking se levantó y un grito no terrenal atravesó la noche. El coro de aullidos de perros aumentó con él, cada vez más alto y la tormenta azotó el aire con sablazos de viento y lanzas de luz. El sonido era ensordecedor, la luz abrasadora y el suelo empezó a temblar mientras la energía de Erlking la emprendía a golpes con mi círculo.

Me quedé allí de pie, cara a cara con el Erlking, concentrando mi energía en el círculo, intentando contrarrestar su poder, luchando por contenerlo mientras buscaba la forma de liberarse de mi encantamiento. Fue una batalla descomunal y prácticamente desesperada. Me sentía como un hombre empujando un coche colina arriba. No era solo una carga difícil de mover, también había una enorme fuerza que me empujaba en sentido contrario, y si le permitía que me desplazase, aunque un centímetro, iba a comenzar a adquirir empuje y me llevaría por delante.

Así que luché por cada centímetro, negándome a darle nada. El Erlking no era un ser malvado, pero era una fuerza de la naturaleza, era poder y violencia sin conciencia ni medida.

Volvió a gritar y el huracán de viento y lluvia y la llamada de las bestias aumentó aún más. Otra vez la emprendió contra el círculo de mi hechizo y otra vez tuve que retenerlo. El salvaje, el Erlking, sacudió la cabeza como una bestia enloquecida, y sus cuernos chocaron contra la pared del círculo en el que permanecía encarcelado, produciendo un oleaje de luz verdosa a través del círculo. Más tarde desenvainó una espada negra que llevaba a un costado. Levantó la hoja y un rayo de luz verde se encendió en la tormenta, coronando el círculo con una luz perturbadora. A continuación cogió la espada con ambas manos y la apoyó.

No recuerdo bien cómo fue el tercer golpe. Me viene a la memoria de la misma manera en la que evoco el momento en el que me quemé la mano izquierda. Había demasiada luz, demasiada energía, era como una marea de agonía y yo estaba aterrorizado. Mi visión se apaga dando paso a una imagen completamente blanca, y

acto seguido yo clavo mi bastón en el suelo para evitar caerme.

Después mi vista empezó a aclararse. La marea se retiró. Y dentro del círculo, revolviéndose en un frenesí de frustración y necesidad, estaba el Erlking. Su poder estaba desvaneciéndose y el círculo que había construido había sido lo bastante bueno como para conseguir retenerlo.

Me pareció oír una voz ahogada en algún lugar en medio de la lluvia, los truenos y el rápido palpar de mi corazón. Busqué alrededor para intentar descubrir de dónde había salido aquel ruido.

Y de repente, alguien me golpeó en la cabeza desde atrás.

Recuerdo esa parte porque ya había pasado por eso. Un resplandor de luz, dolor y sensación de mareo antes de caer, y una inconexa soltura en las extremidades, que de repente me resultaban inútiles. Caí sobre un lado, sorprendido porque el mundo se hubiese inclinado. La hierba me resultó muy fría y húmeda cuando entró en contacto con mis mejillas.

Con un alarido de victoria, el Erlking destrozó mi círculo convirtiéndolo en una nube de luz dorada que enseguida se apagó y desapareció. El viento rugió y en ese momento un enorme caballo apareció en el patio trasero de Murphy como si hubiese saltado por encima de la casa. El Erlking se abalanzó sobre la espalda del negro corcel y dejó salir un grito espeluznante. Cuando lo hizo, los musicales aullidos de los perros, primitivos y fieros, se solidificaron en destellos de luz que rebotaban desde el suelo hasta las nubes. Durante un segundo se hizo el silencio y luego los vientos huracanados trinaron y silbaron cada vez más profundamente, dando paso a los aullidos más terroríficos que cualquier perro podría proferir jamás. Desde las tinieblas surgió un poderoso perro de caza, una bestia del tamaño de un poni, con oscuro pelaje, brillantes y blancos colmillos y ojos al rojo vivo, iguales a los del propio Erlking. Más perros de caza aparecieron entre las sombras, saltando alrededor del caballo del Erlking, sedientos de sangre.

El Erlking hizo que su corcel girase, luego levantó su espada negra como para saludarme burlonamente y azuzó ruidosamente a su caballo y a los perros. El corcel negro cogió impulso y saltó moviendo sus patas en el aire, como si corriese colina arriba. Los perros de caza saltaron también hacia el aire y siguieron a su maestro, camino de las profundidades de la tormenta. Los destellos cegaron mis ojos y cuando la luz desapareció, ellos también lo habían hecho.

La Caza Salvaje se había desatado sobre Chicago.

Y yo la había convocado.

Me esforcé todo lo que pude por reunir fuerzas para comenzar a moverme de nuevo. No era capaz de concentrar suficiente equilibrio para incorporarme, pero me las arreglé para rodar sobre mi espalda. La fría lluvia me golpeaba la cara.

Cowl colocó el cañón de mi 44 en la punta de mi nariz y dijo:

—Una actuación impresionante, Dresden. Siempre es una pena cuando alguien con tanto talento muere tan joven.

Me fijé en el cañón, tan grande y tenebroso, y pensé que una 44 era una ridículamente grande. Después miré a Cowl y le dije:

—Pero no tienes pensado hacerlo tú, ¿a que no? Si fuese así me habrías disparado en la nuca y habrías terminado con esto. Además, si lo hubieses hecho ahora no tendrías que preocuparte por mi hechizo de muerte, porque, tal y como estoy de grogui ahora, ni siquiera habría podido lanzártelo.

—Muy bien —dijo Cowl con aprobación—. Por lo menos parece que todavía razones. Mientras te quedes quietecito, y no me des ninguna razón para creer que eres una amenaza, me gustaría mantenerte vivo hasta que el Erlking vuelva a por ti.

Me quedé paralizado. Por un lado, porque no quería que me disparase y, por otro, porque me pareció que podía vomitar si movía mucho la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté.

—Kumori y yo hemos estado turnándonos para vigilarte casi todo el día —me dijo.

—¿Pero vosotros cuándo dormís? —le pregunté.

—Los malos nunca descansan —dijo Cowl. Su tono sonaba divertido desde dentro de su pesada capucha, pero la pistola no se movió ni un ápice.

—Alguien tenía que vigilarme —le dije—. Grevane, la habitacadáveres y tú queríais que el Erlking estuviese en la ciudad. A ti no te importaba quién lo llamase.

—Y tú eras el único interesado en mantenerlo alejado —dijo Cowl—. Todo lo que necesitaba era vigilarte y asegurarme de que no conseguías atraparlo.

—Y por eso me has estado siguiendo —concluí.

—Hay otra razón —contestó—. Pensaba que podrías conseguirlo, ya sabes, si yo no te hubiese interrumpido... Fui el único de los tres que pensó que podrías lograrlo.

—No lo entiendo —le dije—. Creía que vosotros os odiabais.

—Pues claro.

—Entonces, ¿estáis trabajando juntos o intentando mataros los unos a los otros? —le pregunté.

—¡Las dos cosas! —dijo Cowl y de su voz surgió lo que parecía una carcajada genuina—. Nos sonreímos entre nosotros y actuamos agradablemente por respeto a la gloriosa figura de Kemmler, por supuesto. Pero todos estamos planeando matar a los demás en cuanto nos sea posible. Creo que la habitacadáveres intentó cargarse a Grevane la otra noche, ¿no?

—Sí, fue una juerga.

—Qué pena. Me hubiese gustado verlos en acción. Pero estaba ocupado con trabajo de verdad. Así es como suelen funcionar las cosas.

—Apagando la red eléctrica de la ciudad.

—Y las líneas de teléfono, las comunicaciones por radio y algunas otras cosas. Sutilezas —dijo Cowl—. Fue difícil, pero alguien tenía que hacerlo, y naturalmente me tocó a mí. Pero veamos cómo acaba todo antes de esta mañana.

—Oye —le dije—. Ellos creen que te están utilizando para los asuntos que requieren de magia técnica seria, mientras reservan su fuerza para la batalla. Y tú crees que estás consiguiendo que bajen la guardia para que cuando llegue el Darkhallow seas tú quien consiga el poder.

—No hay ninguna razón para que ponga en práctica mi juego de espada ni convoque a los muertos cuando no tengo intenciones de empezar una contienda táctica contra ellos.

—¿De verdad pretendes convertirte en un dios? —le pregunté.

—Pretendo conseguir ese poder —dijo Cowl—. Me considero el menos malo de todos.

—Ajá —le dije—. Como alguien va a conseguir el poder, mejor que seas tú, ¿no?

—Algo así —dijo Cowl.

—¿Y qué pasa si nadie lo consigue? —le pregunté.

—No me parece que eso pueda pasar —me dijo—. Grevane y la habitacadáveres están muy dispuestos. Pretendo acabar con ellos y llevarme el premio para después destruirlos. Es la única manera de asegurarme de que ninguno de esos locos se convierte en la criatura más espeluznante que la Tierra haya visto jamás.

—Ya —le dije—. Y tú eres el loco más adecuado para este trabajo.

Cowl guardó silencio durante un buen rato bajo la lluvia. El agua goteaba por el cañón de mi pistola que su guante aferraba. Después, con voz pensativa, dijo:

—No creo que esté loco. Pero sí estuviese loco de verdad, ¿me daría cuenta?

Temblé, probablemente por la lluvia y el frío.

Cowl dio un paso atrás y dijo con recuperada firmeza y confianza en su voz:

—¿Lo has encontrado?

Miré a mi espalda y vi a Kumori deslizándose por la puerta trasera de la casa de Murphy.

—Sí.

Miré fijamente a Kumori y mi corazón quiso abandonar mi pecho. Dejó la puerta abierta tras ella. No había ninguna vela encendida en la cocina. Todo estaba inmóvil.

—Excelente —dijo Cowl. Dio otro paso apartándose de mí—. Ya te había avisado de que permanecieses fuera de mi camino, Dresden. Ahora sospecho que lo que te pasa es que eres demasiado orgulloso para echarte atrás. Ya sé que los centinelas están en la ciudad, pero no suponen ningún obstáculo para mis planes.

—¿Crees que puedes ganar en una batalla contra ellos? —le pregunté.

—No tengo intención de luchar contra los centinelas, Dresden —contestó Cowl—. Simplemente voy a matarlos. Puedes unirte a ellos si prefieres, en vez de esperar

al Erlking. No me importa cómo mueras.

Su voz era firme y rebosaba confianza. Me asustó. Mi corazón latía implacable en mi pecho, el miedo por Butters y una creciente compresión de la locura de Cowl competían a ver quién corría más.

—Hay un problema, Cowl —le dije.

Cowl se estaba ya dando la vuelta, pero al oír aquello se detuvo.

—¿Ah, sí?

—Sigues sin tener la Palabra. ¿Cómo vas a conseguir controlar el Darkhallow sin ella?

Por toda respuesta, Cowl bajó el revólver y se marchó. Se rió entre dientes y empezó a caminar. Kumori se apresuró para ponerse a su lado y luego Cowl tiró mi pistola a la hierba, levantó la mano y la chasqueó en el aire a su espalda. Sentí un golpe de poder cuando separó el mundo material del Más Allá y los dos se colaron por la rendija, desapareciendo del patio trasero de Murphy. La grieta se selló al paso de Cowl, tan despacio y tan suavemente que nunca hubiese sido capaz de decir si realmente había ocurrido.

Me quedé allí solo, en la oscuridad, bajo el temporal de viento y lluvia. Desde algún lugar lejano llegó el eco de un aullido que pasó a través de mí y siguió su camino.

Debía haberme asustado, pero me sentía tan atontado que lo único que quería era quedarme tumbado y cerrar los ojos durante un minuto. Sabía que si lo hacía probablemente no los volviese a abrir en un buen rato. O incluso nunca más.

Tenía que ir a ver a Butters y a Ratón. Rodé por la hierba hasta alcanzar mi bastón, luego repté un par de metros y alcancé el pentáculo de mi madre y por fin me levanté. En la cabeza me atormentaban unos pinchazos constantes. La incliné hacia delante durante un momento, para que la lluvia fría me recorriese el chichón que me había salido en la parte de atrás. Lo peor se me pasó después de un minuto y enseguida tuve el dolor bajo control. Me habían dado golpes peores en la cabeza y no había tenido tiempo para recuperarme. Resoplé con fuerza y me arrastré hasta el interior de la casa.

Estaba oscuro, todas las velas que se hallaban antes encendidas ahora estaban apagadas. Levanté el pentáculo de mi madre y proyecté mi energía sobre él, agitándolo, y enseguida una luz azulada resplandeció. Lo alcé a la altura de mi cabeza y revisé la cocina.

Estaba vacía. No había ninguna señal de Ratón o Butters, y tampoco había evidencias de haber luchado. Mi miedo amainó un poco. Si Kumori los hubiese encontrado habría signos de violencia, sangre, muebles tirados. Los papeles de Butters seguían allí amontonados y ordenados en la mesa de la cocina.

La casa de Murphy no era muy grande y no había muchos sitios en los que

Butters se podría haber metido. Primero fui hacia la sala de estar y luego hacia el pequeño vestíbulo que daba a las habitaciones y al cuarto de baño.

—¿Butters? —lo llamé suavemente—. Soy Harry. ¿Ratón?

De repente se oyeron unos arañazos en la puerta del armario de la ropa que había detrás de mí y del susto casi me cuelgo de la lámpara. Tragué saliva, esforzándome para que mi corazón volviese a su ritmo habitual, y luego abrí la puerta del armario.

Butters y Ratón estaban agachados en el suelo del armario. Butters estaba al fondo y aunque Ratón estaba muy apretado se había colocado firme entre Butters y la puerta. Empezó a mover el rabo dentro del armario cuando me vio y se retorció para hacerse sitio y venir hacia mí.

—¡Gracias a Dios! —dijo Butters. Se revolvió también para salir del armario después de Ratón—. Harry, ¿estás bien?

—He estado peor —le dije—. ¿Tú estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Bueno —dijo Butters—, te vi allí fuera y de repente había algo dentro de ese círculo de alambre de espino. Y yo estaba... no podía verlo muy bien, pero de manera instantánea un fuerte viento se levantó y vi que algo se movía en el exterior... Empecé a gritar y entré en pánico. —Se sonrojó—. Lo siento, me vi tan... bajito comparado con la cosa esa... que el terror se apoderó de mí.

Se había muerto de miedo. Después de todo no era una reacción nada estúpida frente al amo y señor del Mundo de las Tinieblas.

—No te preocupes —le dije—. ¿Ratón se quedó contigo?

—Sí —dijo Butters—. Supongo. En realidad intentó salir cuando esa cosa se puso a gritar dentro del círculo, pero lo sujeté. Y no me di cuenta de que todavía estaba agarrando su collar cuando...

La cara de Butters se puso medio verde y dijo:

—Perdón.

Y salió corriendo hacia el baño.

Oí como vomitaba y fruncí el ceño mirando a Ratón.

—¿Sabes qué? —le dije al perro—. No me importa si Butters está hasta arriba de radiación gamma y tiene la piel verde y los pantalones morados, pero no me creo que haya podido meterte en un armario con él.

Ratón me miró y giró la cabeza hacia un lado: la expresión enigmática perruna.

—Lo cual quiere decir que fue al revés. Que fuiste tú el que llevó a Butters hasta el escondite.

La boca de Ratón se abrió en una sonrisa.

—Pero eso significa que sabías que no podrías enfrentarte a Kumori y que ella era peligrosa para Butters. Y sabías que yo quería que lo protegieses. Y en lugar de pelear o escapar se te ocurrió esconderlo. —Fruncí el ceño—. Y se supone que los perros no son tan listos...

Ratón estornudó y sacudió su cabeza peluda. Después se tumbó boca arriba con ojos suplicantes para que le acariciase la barriga.

—¡Qué demonios! —dije mientras me agachaba a acariciarlo—. Me parece que te lo has ganado.

Butters resurgió del cuarto de baño un par de minutos después.

—Lo siento —dijo—. Los nervios... Y, una cosa, Harry... siento haber huido de esa manera.

—Buscaste refugio —le dije—. A este tipo de situación, cuando uno huye como un ratón asustado, se le llama «búsqueda de refugio». Es más heroico.

—Vale —dijo Butters sonrojándose—. Busqué refugio.

—Es muy divertido buscar refugio —le dije—. Yo lo hago todo el tiempo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Butters.

—Convoqué al Erlking, pero alguien impidió que lo retuviese. Entraron en casa un momento y... —Noté que mi voz se iba apagando. El alivio porque Butters y Ratón estuviesen bien empezó a desvanecerse al darme cuenta de que ellos no eran lo que Kumori buscaba.

—¿Qué? —dijo Butters en voz baja—. Harry, ¿qué pasa?

—¡Me cago en la puta! —maldije con un gruñido sulfurado—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Me di la vuelta y corrí hacia el vestíbulo, atravesando la sala de estar hasta llegar a la cocina. Encendí una luz.

En la mesa de la cocina solo había tazas de té vacías, latas vacías, velas apagadas, papeles y bolígrafos.

En el lugar donde la calavera Bob se había sentado no había nada.

—Oh, tío —dijo Butters en voz baja a mi espalda—. Oh, tío. Se lo han llevado.

—¡Se lo han llevado! —bufé.

—¿Por qué? —susurró Butters—. ¿Por qué harían eso?

—Porque la calavera Bob no ha sido siempre mía —gruñí—. Antes perteneció a mi viejo maestro Justin. Y antes de eso perteneció al nigromante Kemmler. —La ira se apoderó de mi cuerpo y estampé un puñetazo en la nevera de Murphy. Le di tan fuerte que se me abrió el nudillo del dedo anular.

—No lo entiendo... —dijo Butters en voz muy baja.

—Bob hizo para Kemmler lo que hace para mí. Era su asesor. Un ayudante de investigación. Una caja de resonancia para la teoría de la magia —le dije—. Y por eso se lo ha llevado Cowl.

—¿Cowl está investigando? —preguntó Butters.

—¡No! —exclamé—. Cowl sabe que Bob era de Kemmler. En algún lugar, Bob tiene toda la información sobre la teoría de Kemmler.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que Cowl ya no necesita *La palabra de Kemmler*. No necesita un estúpido libro para representar el Darkhallow porque tiene el espíritu que ayudó a Kemmler a escribirlo. —Sacudí la cabeza con amargo rechazo y un regusto metálico en la boca—. Y se lo he puesto en bandeja.

Miré con desdén la sangre de mi nudillo y luego dije bruscamente:

—Coge tus cosas y ponle la correa a Ratón. ¡Nos vamos!

—¿Nos vamos? —preguntó Butters.

—Este lugar ya no es seguro para ti —le dije—. Ya lo conocen, no puedo dejarte aquí. Butters tragó saliva.

—¿Adónde iremos?

—Me han seguido durante todo el día. Tengo que comprobar que todas las personas a las que he visto hoy estén bien. —Hice una pausa, los pensamientos se me agolpaban en la mente—. Y... tengo que encontrar el libro.

—¿El libro de los nigromantes? —dijo Butters—. ¿Por qué?

Saqué mis llaves y me dirigí al Escarabajo.

—Porque no tengo ni la más remota idea de qué es lo que pasa con el Darkhallow. La única parte que entendía un poco era la del ritual de invocación del Erlking y esa ya la he liquidado. No paro de quemarme porque no sé lo suficiente sobre lo que está pasando. Tengo que averiguar cómo puedo fastidiarle el plan a Cowl durante el Darkhallow.

—¿Por qué?

—Porque la única otra cosa que puedo hacer es procurar adentrarme entre un montón de nigromantes y muertos vivientes para intentar golpearlos uno a uno.

—¿Y eso no funcionaría?

—Si pudiera lograrlo, sí —le dije y salí de nuevo a la lluvia—. Pero soy un peso pluma en la categoría de pesos pesados. Cara a cara creo que Cowl me daría una buena paliza. Mi única oportunidad real es la lucha inteligente y eso significa que tengo que saber más sobre lo que está pasando. Y para eso necesito el libro.

Butters corría tras de mí con un par de dedos metidos en el collar de Ratón. Nos metimos en el Escarabajo y ultimamos detalles.

—Pero todavía no sabemos lo que significan esos números —dijo él

—Eso tiene que cambiar —le contesté—. Ahora mismo.

—Bueno —dijo Butters mientras se empezaba a mover el Escarabajo—, puedes decir «ahora mismo» las veces que quieras, pero seguiremos sin saberlo.

—¿Podría ser una combinación? —le dije—. ¡De una caja fuerte o algo así?

—Las antiguas combinaciones necesitan una designación especial para derecha o izquierda. Las nuevas podrían usar algún código digital claro, pero a menos que encuentres una caja fuerte que tenga una contraseña de dieciséis números, no sería de ayuda.

—Una tarjeta de crédito tiene dieciséis números —le dije—, ¿no?

—Podría ser —dijo Butters—. ¿Crees que sería eso? Tal vez una tarjeta de crédito

o de débito en la que Bony Tony quería que se le ingresasen sus honorarios.

Hice una mueca.

—No tiene sentido —le dije—. Algo como eso estaría en su bolsillo, no escondido en un globo colgado con un hilo por la garganta.

—Tienes razón —dijo Butters.

Condujimos en silencio durante un rato. Excepto por los faros de los demás coches, las calles estaban a oscuras. Entre la falta total de luz, la oscuridad y la lluvia incesante era como estar conduciendo por una cueva. El tráfico no era nada fluido y rugía por las cercanías de las autopistas, pero había bajado considerablemente desde la tarde. La mayoría de la gente de Chicago parecía haber decidido pasar la noche en casa, lo cual era de agradecer por más de un razón.

Butters miró alrededor nervioso y unos minutos después dijo:

—Harry, este no es que sea el mejor barrio.

—Lo sé —le dije y me detuve al lado de una boca de agua, el único espacio abierto a la vista.

Tragó saliva.

—¿Por qué estás deteniendo el coche?

—Necesito ver a una persona —le dije—. Quédate aquí con Ratón, volveré en enseguida.

—Pero...

—Butters —le dije impaciente—. Hay una chica aquí que me ha estado ayudando hoy. Tengo que comprobar que Cowl y su compinche no le han hecho daño.

—Pero... ¿No podrías hacerlo después de detener a los malos?

Sacudí la cabeza.

—Lo hago lo mejor que puedo. No sé lo que pasará durante las próximas horas, pero, joder, esta chica me ha ayudado mucho. Y lo hizo porque yo se lo pedí. La arrastré a esto. Cowl y Kumori están llegando a niveles insospechados para destruir cada copia del *Der Erlking* que puedan encontrar. Si han averiguado que yo lo obtengo de su memoria significa que ella ahora está en peligro. Tengo que asegurarme de que se encuentra bien.

—Aaaah... —exclamó Butters—. Es la chica a la que le pediste una cita, ¿no?

Parpadeé.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Thomas.

Gruñí entre dientes y dije:

—Recuérdame que le dé un buen puñetazo en cuanto lo vea.

—Oye —me dijo—, por lo menos él no me ha dejado seguir creyendo que eras homosexual.

Miré a Butters con cara de pocos amigos y salí del coche.

—Quédate en el asiento del conductor —le dije—. Si hay follón, corre. Y si lo haces intenta dar un par de vueltas para recogerme en marcha.

—Vale —dijo Butters—. Entendido.

Corrí bajo la lluvia y a través de la oscuridad hasta el edificio de Shiela. Saqué mi pentáculo e hice que arrojara algo de luz. Subí las escaleras hasta el mismo piso en el que había estado por la mañana. Las escaleras y el vestíbulo tenían esa ilusoria falta de familiaridad que la oscuridad puede otorgar a un lugar que ya has visto una o dos veces, pero aun así, encontré el camino hacia la puerta de Shiela sin ningún problema.

Me detuve un momento, busqué su hechizo de protección y noté que seguía en el mismo lugar. Eso era bueno. Si alguien hubiese venido tras ella por alguna razón, habrían destrozado el hechizo o lo habrían desactivado al atravesarlo.

A menos, por supuesto, que alguien se hubiese hecho invitar primero. Shiela no parecía la clase de persona paranoica que no deja entrar a nadie. Llamé varias veces.

No hubo respuesta.

Antes me había contado que tenía planes de salir. Probablemente estaría en una fiesta de disfraces en algún lado, hablando con sus amigos, comiendo cosas ricas y pasándose bien.

Probablemente.

Volví a llamar y dije:

—¿Shiela? Soy Harry.

Oí un par de pasos y el suelo crujió. De repente la puerta se abrió hasta donde permitía la cadena de seguridad. La suave luz de una vela venía de dentro del apartamento.

—¿Harry? —dijo en voz baja y abriendo la boca para dar paso a una sonrisa—. ¿Qué estás haciendo aquí? Espera. —Cerró la puerta y se oyó el traqueteo de la cadena de seguridad. Volvió a abrir—. Pasa.

—No puedo quedarme —le dije, pero pasé igualmente. Tenía unas cinco o seis velas encendidas encima de una mesita y una manta arrugada en el sofá, al lado de un libro de edición rústica.

El largo y oscuro pelo de Shiela estaba recogido con dos palillos en un moño que dejaba al aire sus orejas y la suave piel de su cuello. Llevaba una camiseta de algodón de fútbol americano, de los Bears, que le llegaba por las rodillas. Tenía puestas unas zapatillas rosas. La camiseta le quedaba grande pero sus curvas hacían que aquel atuendo resultase mucho más sexy de lo que debería. Se le veían las pantorrillas, que eran la más maravillosa combinación de delicadeza y poderío.

Shiela descubrió cómo la miraba y el color rosa cubrió sus mejillas.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola —le contesté y sonreí—. Oye, creía que tenías una fiesta esta noche.

Sacudió la cabeza.

—Antes de salir me di cuenta de que no me apetecía caminar bajo la lluvia, y como no tenía a nadie a quien llamar para que me acercase, decidí quedarme en casa.
—Inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el ceño—. Pareces... no estoy segura, ¿tenso?, ¿enfadado?

—Ambas cosas —le dije—. Se están dando unas situaciones...

Asintió y sus oscuros ojos se volvieron serios.

—He oído que se avecina algo malo. Es en lo que estás trabajando, ¿no?

—Sí.

Se mordió el labio inferior.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Estaba muy guapa, con su camiseta de dormir y a la luz de las velas. No llevaba maquillaje, pero tenía una presencia deliciosamente dócil y femenina. Pensé en besarla de nuevo, solo para asegurarme de que la primera vez no había sido ningún tipo de anomalía. Luego sacudí la cabeza y recordé que esta noche tenía trabajo.

—Solo quería comprobar que estabas bien.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Estoy en peligro?

Levante la mano apaciguándola.

—Por ahora no lo creo. Pero me han estado siguiendo hoy y quería comprobar que estabas bien. ¿Has visto a alguien? ¿Te has sentido nerviosa o ansiosa sin razón aparente?

—No más que cualquier otro día —me dijo. Los truenos retumbaron y la lluvia continuaba golpeando las ventanas—. De verdad.

Resoplé y sentí que me relajaba un poco.

—Vale. Bien. Me alegra oírlo.

Los truenos retumbaron de nuevo y nos quedamos allí de pie, mirándonos. Los dos miramos, durante un segundo, en los ojos del otro, pero rápidamente apartamos la mirada, antes de que algo pudiese pasar.

—Harry —me dijo en voz baja—, ¿hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—Ya lo has hecho —le dije.

Dio un paso hacia mí y sus ojos oscuros se volvieron enormes.

—¿Estás seguro?

El corazón se me aceleró de nuevo, pero retrocedí.

—Sí, Shiela. Sabía que no podría concentrarme el resto de la noche si no venía primero a comprobar que estabas bien.

Asintió y cruzó los brazos.

—Vale. Pero cuando termines con esto, hay algo de lo que me gustaría hablarte.

—¿De qué?

Sacudió la cabeza y con su mano empujó mi brazo.

—Me llevaría un rato explicártelo y, si necesitas estar concentrado hoy, prefiero no distraerte con nada.

Me quedé mirándola y deliberadamente bajé la vista hacia su cuerpo y le dije:

—Probablemente sea lo mejor. Ya me estás distraendo bastante. Se sonrojó.

—No. Esta es solo tu reacción ante el peligro. Tienes miedo de morir y el sexo es una gran declaración de vida.

—¿Así que es eso? —Arrastré las palabras.

—Entre otras cosas —me dijo.

Durante unos segundos mis hormonas hicieron todo lo posible para vencer a la distracción por medio de la indulgencia, pero finalmente tuve que hacerme con las riendas. Shiela tenía razón: tenía dolor, miedo y estaba en peligro. Y este tipo de circunstancias tienden a hacer que preste atención a otro tipo de cosas (como, por ejemplo, al delicado brillo del pelo de Shiela a la luz de las velas, o al suave aroma del aceite de rosas o al jabón de flores de su piel). Sin olvidar que Shiela también había estado en peligro buena parte de ese tiempo.

No me quería aprovechar de la situación. Y no quería empezar nada con ella que no pudiese terminar. Hasta dónde yo sabía iba a estar muerto antes de que llegara el nuevo día, y no estaría bien llevar aquello al siguiente nivel solo porque estaba asustado.

Por otro lado, sin embargo, no había nada malo en saborear la vida mientras estaba vivo.

Me acerqué a ella, levanté su barbilla suavemente con mi mano derecha y la besé en los labios otra vez. Se estremeció y me devolvió el beso despacio y con cierta timidez. Me quedé así durante un momento, saboreando sus labios, con mis dedos en su barbilla y acto seguido me separé, muy despacio.

Abrió los ojos un segundo después, su respiración se había acelerado un poco.

Acaricié su mejilla con mis dedos y le sonreí.

—Te llamaré pronto.

Asintió y en sus ojos apareció la preocupación.

—Ten cuidado.

—¿Harry? —Se oyó una voz.

Parpadeé y miré alrededor.

—¡Harry! —Al volver a oírlo reconocí a Butters. Su voz tenía una acústica muy particular, como si estuviese en una habitación vacía, sin muebles ni moqueta ni nada que pudiera absorber algún sonido.

Shiela se paralizó, mirando a su puerta, y dijo:

—Mierda.

Parpadeé y la miré.

—¿Qué?

—No quería distraerte... —me dijo con voz enigmática.

Fruncí el ceño y abrí la puerta del apartamento. Butters estaba de pie en el vestíbulo. Había improvisado una correa para Ratón con lo que parecía el dobladillo de su machacada cazadora y, al verme, mi gran perro desgredado se dirigió hacia mí, con la nariz pegada al suelo y arrastrando a Butters consigo. Él, por su parte, se tropezaba como si hubiese bebido demasiado y le costase mantener el equilibrio.

—¿Butters? —le dije—. ¿Qué ocurre?

—El coche se apagó —me explicó—. Y había unos tíos a los que no parecía hacerles mucha gracia mi presencia en esa calle así que vine a buscarte.

Butters se detuvo. O lo intentó. Ratón se puso muy contento y resopló a modo de saludo mientras se acercaba hacia mí. Me agaché y le rasqué las orejas.

—Hola, Ratón. Shiela, este es mi perro, Ratón. Y él es Waldo Butters. Un amigo mío. Shiela parpadeó y levantó la vista.

Butters miraba a su alrededor y bizqueaba.

—¿Qué?

Fruncí el ceño y le toqué el brazo.

—¿Estás bien?

Se estremeció un poco cuando lo toqué y estiró su mano para alcanzarme el brazo palpándolo, como si no viese nada.

—¿Harry? —me preguntó—, ¿tienes una linterna?

Levanté las cejas y alcé mi pentáculo para intentar darle luz.

—Toma —le dije—. Shiela, espero que no te importe que pasen.

Butters me miró y luego se dio la vuelta.

—¿Harry? —me preguntó.

—¿Sí?

—Eh... ¿con quién estás hablando?

Me quedé en silencio, mirándolo durante un segundo. Después, un par de detalles salieron a flote en mi mente y el mundo se me vino abajo. Cerré los ojos y abrí mi visión interior, mi Vista de mago, y me giré para mirar a Shiela.

El pequeño apartamento se disolvió de repente, se desvaneció como si alguien vertiese agua por encima de una pintura. En su lugar apareció un edificio destrozado y levemente iluminado. Los tabiques estaban tirados y el suelo estaba lleno de escombros. Había muchísimos trocitos del cableado eléctrico, había tuberías medio rotas y desperdicios de todo tipo. Aquel lugar estaba preparado para ser reformado, pero estaba vacío. La única ventana que había estaba rota. Los truenos retumbaron y el sonido fue levemente distinto al que había estado escuchando hasta ese momento. Los ríos de agua producían un sonido más elevado ahora al batir contra aquel vacío y viejo apartamento.

Me quedé mirando a Shiela con mi Vista; ella seguía allí, parecía la misma, de no

ser porque ahora tenía una débil luz iluminándola alrededor, tenue pero evidente. Aquello quería decir que no era real; o bien era una presencia incorpórea o una ilusión de pensamiento y energía. Pero si hubiese sido una ilusión se habría desvanecido por completo, igual que el apartamento.

Desplegué mi Vista otra vez. Se me revolvió el estómago, me ardía.

—Shiela —dije en voz baja—. ¡Estrellas y piedras!, no es tu nombre real, ¿verdad? ¡Lasciel!

—Es parecido —asintió Shiela en voz baja.

—¿Harry? —susurró Butters. Tenía los ojos muy abiertos—. ¿Con quién estás hablando?

—Cállate un momento, Butters —le dije sin dejar de mirarla. Ella me miraba tranquilamente, con sus ojos ahora fijos en los míos—. Esto era a lo que se refería Billy. Bock empezó a mosquearse cuando empecé a hablar contigo en la librería. Y tú nunca interactuaste con nadie más. Nunca abriste las puertas de la tienda. No llegaste a coger el libro cuando yo lo estaba buscando. —Me miré la mano, el lugar en el que me había escrito su número con tinta indeleble. Ya no estaba—. Ilusiones.

—Sí —dijo tranquilamente—. Solo aspecto y apariencia.

—¿Por qué?

—Para ayudarte —me dijo—. Te expliqué que no puedo establecer contacto contigo a través de tu mente consciente. Por eso tuve que crear a Shiela. —Gesticuló, señalando su cuerpo—. Quería ayudarte, pero no podía hacerlo directamente, así que lo intenté de este modo.

—Decidiste mentirme —le dije. Arqueó una ceja.

—No tenía otra elección.

—¿Y después de haberte puesto en contacto conmigo? —le dije con voz amarga—. Usé el Hellfire y te me apareciste en un sueño.

—Eso fue después de que conocieras a Shiela, por si no te acuerdas —me dijo.

—Pero desde ese momento ya no necesitabas a Shiela.

—No —me dijo—. No la necesitaba, pero resultó que... —Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros—. Que me divertía siendo Shiela. Me gustaba tener contigo un trato de persona a persona, sin que me trataras con miedo y desconfianza. Sé que tú entiendes a qué me refiero, lo has sentido muchas veces en tus carnes.

—Pero aunque te parezca extraño —le dije—, nunca fingí ser otra persona para ganarme la confianza de alguien.

—Tú has sentido ese aislamiento durante menos de dos años, mi querido anfitrión. Yo lo he vivido durante milenios.

—¿Ah, sí? ¿Y durante cuánto tiempo has estado planeando tomarme el pelo? Su suave boca formó una línea recta.

—Pensaba decírtelo en cuanto pasase esta noche, suponiendo que sobrevivieses.

—¡Seguro! —le repliqué.

—Te lo dije —contestó—. No quería que perdieras la concentración.

Se me escapó una pequeña carcajada.

—¿Y por qué debería creerte?

—Porque tu muerte significaría también la muerte de esta parte de mí —dijo volviendo a señalar su cuerpo—. El pensamiento sombrío de Lasciel no sobreviviría a tu muerte; y la verdadera Lasciel, mi verdadero yo, permanecería atrapada durante sabe Dios cuánto tiempo. No tienes ni idea de lo que es estar atrapado sin oído, ni vista, ni los demás sentidos, esperando a que venga alguien y te rescate del pozo del olvido.

Me quedé mirándola.

—No te creo.

—No es necesario, mi querido anfitrión —me dijo e hizo una pequeña reverencia—. Pero eso no lo hace menos cierto.

—Me besaste —le dije.

Las cejas de Shiela-Lasciel se alzaron y me sonrió de una manera casi caprichosa.

—Cuando he dicho que he pasado mucho tiempo sin estar cerca de alguien, lo decía de verdad. He disfrutado del contacto, querido anfitrión. Y creo que tú también.

—Ah, déjame adivinar —le dije—. Eso también lo hiciste por mí. Porque querías ayudarme.

—Te besé porque lo deseaba y era placentero. Y si haces memoria, querido anfitrión, recordarás que sí que te ayudé. Te di la oración para la invocación del Erlking, ¿o no?

Abrí la boca y la volví a cerrar, buscando algo que decir.

—Jamás deseé tu mal, querido anfitrión —me dijo—. La verdad es que hice todo lo que estuvo en mi mano para ayudarte.

De repente me sentí muy cansado y me froté la frente. Me acordé de que Lasciel era un ángel caído, que era uno de los treinta demonios de la Orden de los Denarios Negros, que se le conocía como la Tentadora y la Tejedora *de* Redes. Recordé también que era vieja, poderosa, y mortalmente peligrosa en el arte de la manipulación. No me podía fiar *del* pequeño calco de ella que residía en mi cabeza.

Pero me había ayudado. Y me había besado. Por supuesto, un beso era solo un beso, pero su deseo, su indecisión, la sensación de anhelo, todo aquello había sido real. Había querido hacerlo y lo había disfrutado. Y besaba de muerte.

Hablando de muerte, me acordé de algo.

—Todavía puedo ayudarte, querido anfitrión —me dijo—. Eres un mortal muy poderoso, pero tus enemigos lo son todavía más. *Te* matarán. —En su cara se reflejaba una protesta frustrada—. Deja que *te* ayude a sobrevivir. Dame la oportunidad de conservar mi existencia. Por favor.

Me quedé mirándola durante un momento. Parecía encantadora, sincera y asustada. Tenía la apariencia exacta del tipo de mujer en problemas a la que yo jamás dejaría tirada.

—No tengo ninguna intención de morir —le dije en voz baja—. Pero tú no vas a formar parte de la ecuación.

—Sino...

—Ahórratelo —le dije despacio—. Ya sé cómo funciona esto. Primero permito que me ayudes con este problema. Después con el siguiente. Y luego con el siguiente. Y después llega el momento en el que necesito más poder para lo que probablemente me parecerá una buena razón y acabo desenterrando la moneda. Para entonces tú ya serías capaz *de* hacer conmigo lo que te diera la gana. —Sacudí la cabeza—. Sería una gran bola de nieve. No.

Apretó la mandíbula con frustración.

—Pero yo no te deseo ningún mal.

—Tal vez —le dije—. Pero no hay ninguna forma de que pueda estar seguro.

Arqueó una de sus oscuras cejas y me miró.

Después, en un abrir y cerrar de ojos, el edificio estaba ardiendo. Una repentina explosión de calor y llamas se alzó y sepultó los escombros y los tabiques hasta llenar el suelo de deshechos. Un calor despiadado me arrasó la espalda y el abrasador dolor me empujó hacia delante. Detrás de mí, el fuego creció y creció, y miré alrededor nervioso y desesperado. La única parte del edificio que no se había tragado la hambrienta y gigantesca llama llevaba hasta la ventana rota. Corrí hacia ella, vislumbré el acero oscuro de una enrejada escalera de incendios que había debajo y pensé en escabullirme por ella antes de que el fuego *me* redujese a cenizas.

De pronto las llamas desaparecieron, el aire se volvió fresco y el golpeteo de la lluvia reemplazó los rugidos de las llamas. *Me* quedé de pie en la ventana, con una pierna levantada apoyada en el alféizar y con la lluvia golpeándome el pecho y los pantalones.

No había ninguna escalera de incendios bajo la ventana.

Solo había una larguísima caída hasta la acera.

Tragué saliva y me aparté de la ventana, temblando. Todo había pasado demasiado rápido. Mi reacción ante el fuego había sido de puro y verdadero terror, e incluso ahora, mi mano latía con fuerza dolorida por las quemaduras del fuego imaginario. Desde aquel incendio siempre tenía pesadillas con otros parecidos. La ilusión del fuego había calado muy hondo en mis miedos y *terrores*, más allá de mi mente.

Y eso había sido precisamente lo que Lasciel había pretendido.

—¿Harry? —me llamó Butters con voz aguda y frágil. No podía verlo. Estaba al fondo, en la oscuridad de aquel edificio vacío y con el pánico le había dejado el

pentáculo de mi madre para salir de allí.

—Estoy bien —le dije—. Quédate donde estás. Voy para ahí.

Encendí el pentáculo otra vez y vi a Lasciel a mi lado con una ceja todavía levantada.

—Ahora ya lo sabes —me dijo—. Si quisiera matarte, querido anfitrión, tu sangre se habría derramado y se habría mezclado con el agua de los charcos de la acera.

No había mucho que pudiese decir al respecto.

—Deja que te ayude —insistió—. Puedo ayudarte a defenderte de los discípulos de Kemmler. Te puedo iniciar en un tipo de magia que jamás has imaginado. Puedo enseñarte cómo ser más fuerte, más veloz. Si eres lo bastante disciplinado, puedo decirte cómo curar tu mano. Ni siquiera te quedaría cicatriz.

Le di la espalda. El corazón me latía con fuerza contra el pecho mientras caminaba en dirección a Butters.

Me estaba mintiendo. Tenía que estar mintiéndome. Eso es lo que hacían los Denarios. Mentían y manipulaban el camino de los mortales con buenas intenciones, otorgándoles gradualmente más poder mientras los iban atrayendo hacia su demoníaca influencia.

Pero había algo sobre lo que decía la verdad: podía enseñarme cómo ser más fuerte. Incluso el más débil de los Denarios que había visto, Quintus Cassius, el chico serpiente, era una verdadera pesadilla. Con el Hellfire amplificando mi magia y un poder tan grande actuando como mi tutor o asesor, mis habilidades podrían alcanzar proporciones épicas.

Con una fuerza de ese calibre podría defender a mis amigos: a Murphy, a Billy y a los demás. Podría utilizar ese poder contra la Corte Roja y ayudar a salvar a los centinelas y al Consejo. Podría hacer un montón de cosas.

Y su beso... La ilusión había estado en mi cabeza, pero había sido tan real... Cada detalle. La propia Shiela había sido tan auténticamente genuina que jamás podría haber pensado que era una ilusión. En realidad, había una pequeña diferencia, desde mi perspectiva, entre la ilusión y la realidad. Mis sentimientos hacia ella, la esencia, todo había existido.

Y había sido tan convincentemente real como cuando se apareció como la diosa rubia del jacuzzi de mi sueño. Su apariencia era muy maleable. Se podía aparecer ante mí como cualquier cosa.

Como cualquier persona.

Alguna parte oscura de mi naturaleza profunda jugó con esa idea durante un momento. Pero solo durante un momento. No me atreví a dejar que ese pensamiento se pasease por mi mente demasiado tiempo. Su tacto había sido demasiado suave, demasiado cariñoso y demasiado cálido. Demasiado bueno. Llevaba años sin compañía femenina, sin sentir esa calidez, ese agradable contacto; era una tentación

excesivamente resbaladiza como para permitirme sucumbir.

Me di la vuelta y miré a Lasciel a la cara.

Levantó las cejas y se echó hacia delante, anticipándose a mi respuesta.

Sabía cómo manipular y controlar mis sueños y la manifestación de la sombra de Lasciel no era como soñar despierto.

—Esta es mi mente le dije en voz baja—. Mantente alejada.

Combiné mis pensamientos y mi fuerza con mi imaginación y elaboré mi propia ilusión. Unas esposas plateadas salieron de ninguna parte, ideadas a partir de mi concentración y mi deseo, y se cerraron alrededor de las muñecas y los tobillos de Lasciel. Hice un gesto rápido y la visualicé flotando en el aire. Luego abrí mi mano y estiré los dedos, con la palma hacia el suelo. De pronto una caja de haces apareció, también desde mi imaginación, y la enjauló. La puerta se batió y se cerró tras ella.

—Tonto —dijo en voz baja—. Moriremos.

Cerré los ojos y con un último esfuerzo de imaginación y voluntad invoqué una pesada trampa que cayó sobre la caja, cubriéndola y bloqueando a Lasciel de toda vista y sonido.

—Tal vez lo hagamos —murmuré para mis adentros—. Pero será solo cosa mía.

Me di la vuelta y fui a buscar a Butters, que me miraba fijamente con una expresión de absoluto terror. Ratón estaba sentado a su lado, también me miraba, no sé cómo lo hacía, pero parecía preocupado.

—¿Harry?

—Estoy bien —dije en voz baja.

—Y... ¿qué ha pasado?

—Un demonio —le dije—. Lo tengo en mi cabeza desde hace un tiempo y me ha estado provocando alucinaciones. Supongo que se les pueden llamar así. Pensaba que estaba hablando con gente. Pero era el demonio fingiendo ser esas personas.

Asintió lentamente.

—Y... ¿ya se ha ido? Le has hecho algo así como... ¿un exorcismo?

—No se ha ido —le dije en voz baja—. Pero está bajo control. En cuanto supe lo que estaba haciendo, la encerré de nuevo.

Me miró a la cara.

—¿Estás llorando?

Me aparté de su vista fingiendo que estaba mirando a la ventana y me sequé los ojos.

—No.

—Harry, ¿estás seguro de que estás bien? Y no... ¿loco? Miré a Butters de nuevo y me reí repentinamente.

—Mira quién habla, el chico de la polca.

Parpadeó y luego sonrió un poco.

—Conmigo lo único que pasa es que tengo mejor gusto que los demás.

Caminé hacia él y apoyé mi mano en su hombro.

—Estoy bien. O por lo menos no tan loco como suelo estar. Me miró un momento y asintió.

—Vale.

—Lo mejor es que llegaste en el momento oportuno —le dije—. Le arruinaste el plan cuando apareciste. No era posible hacerte un hueco en la alucinación.

—¿Te he ayudado?

—Y tanto —le dije—. Creo que estoy demasiado acostumbrado a saber más que los demás sobre magia. El demonio estaba utilizando mis propias expectativas contra mí. Sabía exactamente cómo esconder las pistas ante un mago.

Un pensamiento repentino recorrió mi mente mientras decía aquello y de pronto me quedé paralizado y con la boca abierta.

—¡Campanas infernales! —exclamé—. Eso es.

—¿Sí? —preguntó Butters—. ¿Qué es?

Ratón inclinó la cabeza hacia un lado y sus orejas se alzaron inquisitivamente.

—Esconder las pistas ante un mago —dije y sentí que se abría mi boca en una sonrisa poco cuerda. Excavé en mi memoria hasta que encontré la ristra de números misteriosos y los recité—. ¡Ja! —exclamé y alcé mi mano al aire, triunfalmente—.

¡Ja! ¡Ja, ja! ¡Eureka!

Butters parecía afligido.

—¡Vamos! —le dije emocionadísimo y sintiendo las cosquillas que producen los nervios cuando recorren todo el cuerpo. Empecé a caminar para poder darle una salida a esa agitación—. Vamos, démonos prisa.

—¿Por qué? —preguntó Butters desconcertado.

—Porque ya sé lo que significan esos números —le dije—. Sé cómo encontrar *La palabra de Kemmler*. Y para hacerlo, necesito tu ayuda.

Las luces de Chicago seguían apagadas y la noche se estaba oscureciendo todavía más. La tormenta había apartado a la mayoría de la gente de las calles y, ahora, los faros aparecían solo intermitentemente. La Guardia Nacional estaba situada alrededor del hospital del condado de Cook. Se habían instalado generadores y había varios trabajadores ocupándose del mantenimiento. De esta manera, y con la presencia de la autoridad en las calles, los ciudadanos se sentirían más amparados. Pero, en realidad, estaban tan desprovistos de teléfonos hábiles y de comunicación por radio como todos los demás, porque la lluvia y la oscuridad los había atrapado en la misma ciénaga de confusión que al resto de la ciudad.

Lo que en realidad se conseguía con aquella iniciativa era que algunas calles estuviesen iluminadas con los faros de los camiones militares y de las patrullas de la Guardia Nacional, mientras que otras estaban tan oscuras y vacías como el corazón de un político corrupto. Una parte de la calle State estaba hundida en las tinieblas, subí el Escarabajo a la acera enfrente de la oscura Radio Shack.

—Quédate aquí, Ratón —le dije al perro y salí del coche. Caminé hacia la puerta de cristal y la estudié, así como a las barras que en ella había. Luego apoyé mi bastón contra ella y concentré mi energía. Susurré—: *Forzare*.

Ningún destello de luz acompañó al despliegue de energía, ajusté el hechizo lo suficiente como para evitarlo. En lugar de eso, todo se convirtió en una fuerza cinética que atravesó el cristal de forma tan limpia como si hubiese sido cortada con un cúter. Las barras del centro se doblaron en una curva perfecta, lo suficientemente larga como para permitirnos colarnos.

—¡Joder! —dijo Butters y su voz se convirtió en un grito ahogado—. ¿Estás forzando la entrada?

—No hay nadie vigilando —le dije. Golpeé un par de trozos del cristal de la puerta que no se habían caído y después, con cuidado, me colé en el edificio—. Vamos.

—¡Ahora estás entrando! —me informó Butters—. Estás forzando la puerta y entrando. Vamos a ir a la cárcel.

Metí la cabeza entre las barras y le dije.

—Es por una buena causa, Butters. Somos los redentores secretos de la ciudad. La justicia y la verdad están de nuestro lado.

Miró la fachada del almacén con cara de no estar muy seguro.

—¿Lo están?

—Lo están si te das prisa y vienes antes de que aparezca un tío de uniforme y nos descubra —le dije—. Muévete.

Volví a meterme en el almacén y levanté el amuleto para alumbrar un poco. Miré

a mi alrededor y me fijé en todos los aparatos electrónicos que había. La mayoría no sabía lo que eran. Anduve en círculos buscando un aparato en concreto, pero no tenía ni idea de dónde podría estar en aquella tienda.

Butters entró y también miró alrededor. La luz azul de mi pentáculo se reflejaba en sus gafas. Luego asintió decididamente al ver la sección del mostrador y se dirigió hacia ella.

—¿Es esto? —le pregunté.

—¿Te pasa algo en los ojos o qué? —me preguntó.

Le hice una mueca.

—No es que venga mucho a este tipo de sitios, Butters, ¿lo recuerdas?

—Ah, claro, ya. Lo de la tecnología murphiónica.

—¿Murphiónica?

—Claro —dijo Butters—. Emanas un campo murphiónico. Si algo puede salir mal, saldrá mal.

—Esperemos que Murphy no haya oído eso.

—Ya —contestó Butters—. Acerca la luz. —La elevé un poco más y me puse detrás de él—. Sí, sí —dijo—, están justo aquí, bajo el cristal. —Se puso a mirar alrededor del mostrador—. Tiene que haber una llave por algún lado.

Levanté el bastón y golpeé el cristal con él, haciéndolo añicos.

Los ojos de Butters revelaban cierta incomodidad, pero añadió:

—Ah, claro, olvidaba que estábamos robando. —Metió una mano y alcanzó una caja naranja. Luego miró alrededor y escogió un par de cajas de pilas de un estante de la pared. No había tocado nada más que lo que se llevaba, y yo tampoco. Sin los sistemas de seguridad, la única forma de pescamos sería por las huellas dactilares o si nos cogiesen in fraganti, así que me alegré de no tener que perder el tiempo limpiándolo todo para no dejar huellas.

Llevé a Butters de vuelta hasta el coche y nos fuimos de allí.

—No veo nada —dijo Butters—. ¿Puedes encender esa luz otra vez?

—No tan cerca del aparato —le dije—. Si fuese un minuto o dos no habría problema, pero cuanto más juegue con la energía cerca de eso, más probable es que se estropee.

—Necesito algo de luz —me dijo.

—Está bien, espera.

Encontré un lugar cerca de un callejón y aparqué con los faros del Escarabajo apuntando al toldo de un restaurante que sobresalía por allí. Dejé el coche encendido y salí con Butters. Abrió la caja, sacó las pilas y se puso a revolver los aparatos mientras yo vigilaba que no se acercase ningún malo ni ningún policía.

—Vuelve a explicarme por qué crees que es esto lo que buscamos —me dijo Butters. Había sacado de la caja un aparatito de plástico, del tamaño de un pequeño

walkie talkie, y hurgó en él hasta que encontró la tapa de las pilas.

—Los números del código de Bony Tony son la longitud y la latitud —le dije— del lugar donde escondió el libro. Tiene que haber grabado las coordenadas con uno de esos chismes de los satélites contra los que despotricaron los soldados durante la Tormenta del Desierto.

—Sistemas de posicionamiento global —me corrigió Butters.

—Lo que sea. El tema es que se necesita un GPS para encontrar las coordenadas específicas. ¿Cuál sería el margen de error? ¿Unos diez o doce metros?

—Más bien unos tres —dijo Butters.

—¡Hala! Entonces, Bony Ton y sabía que la mayoría de los magos no tendrían ni idea de cómo se usa un GPS, y otros tantos no podrían usarlo porque es alta tecnología. Debí pensar que cuando se utilizase uno al lado de un mago se estropearía. Era la garantía que le aseguraba que Grevane no lo conseguiría.

—Sin embargo, Grevane ya lo ha conseguido —dijo Butters.

—Grevane ya lo ha conseguido —repetí—. Menudo idiota. Nunca se planteó que Bony Ton y pudiese ser más astuto que él. Con lo cual sabe que Bony Tony tiene la clave para encontrar *La palabra de Kemmler*, pero Grevane jamás considerará la posibilidad de que sea algo a lo que no puede tener acceso. Él se está dedicando a ir ahí metiendo la pata, como siempre ha hecho.

—Mientras que tú —dijo Butters—, ¿vas a leer libros a las bibliotecas?

—Y revistas, porque son gratis —repliqué—. Aunque debo cederle el mérito al todoterreno de Georgia. Si el coche no hubiese tenido un GPS, probablemente no habría llegado a esa conclusión.

—Muy bien utilizado el tiempo pasado en esa frase —dijo Butters—. «Hubiese tenido». —Me miró al lanzarme la indirecta—. Estoy a punto de encenderlo. ¿Puedes apartarte?

Asentí, retrocedí hasta el coche e intenté pensar en cosas bonitas relacionadas con la tecnología. Butters se acercó a la luz de los faros durante un minuto, con el ceño fruncido, y mirando el dispositivo primero para luego desviar la vista hacia el cielo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No tiene muy buena señal. Tal vez sea por la tormenta.

—La tormenta no ayuda —le contesté—. Y la magia tampoco. —Me mordí el labio un momento y dije—: Apágalo.

Butters lo apagó y asintió. Me acerqué a él y le dije:

—Sujétalo.

Saqué una tiza del bolsillo de mi guardapolvo y tracé un círculo a su alrededor en el asfalto.

Butters frunció el ceño otra vez, dirigiendo la mirada a la tiza, y dijo:

—¿Esto qué es?, ¿algo así como... un juego de mímica? ¿Quieres que vaya

apoyando las manos en una pared invisible?

—No —le dije—. Vas a dibujar un círculo a tu alrededor y de él saldrá una pared imaginaria. De esta manera, se alzaré una barrera entre la influencia mágica del exterior y tú.

—¿Yo haré eso? —me preguntó—. ¿Y cómo?

Terminé el círculo, busqué mi navaja y se la pasé.

—Tienes que poner una gota de tu sangre en el círculo y dibujar un muro en tu cabeza.

—Harry, yo no sé nada de magia.

—Cualquiera puede hacer esto —le dije—. Butters, no hay tiempo. El círculo mantendrá fuera la influencia de Cowl y te dará la oportunidad de conseguir la señal.

—Un campo antimurphiónico, ¿eh?

—Has visto demasiadas reposiciones de *Star Trek*, Butters. Pero algo así, sí. Apretó los labios y asintió. Me retiré otra vez hasta el Escarabajo. Butters puso cara de estar pensando en algo y tocó la navaja con la zona inferior de su pulgar izquierdo, donde la piel es fina y frágil. Después se inclinó tímidamente y apretó el pulgar hasta que una gota de sangre cayó en el círculo de tiza.

La barrera del círculo se alzó invisible inmediatamente. Butters miró a su alrededor unos segundos y luego dijo:

—No ha funcionado.

—Sí que lo ha hecho —le dije—. Está ahí. Puedo sentirla. Vuelve a intentarlo. Butters asintió y volvió sobre el aparatito. Cinco segundos después se le iluminó la cara.

—¡Oye! ¿Qué te parece? Ha funcionado. Entonces este círculo, ¿mantiene fuera la magia?

—Solo la magia —le expliqué—. Cualquier cosa física puede cruzarlo y perturbar la barrera. Aunque es muy útil para mantenerse aislado de demonios y ese tipo de cosas.

—Lo recordaré —dijo Butters. Miró el aparato—. ¡Harry! —exclamó—. Tenías razón. ¡Los números coinciden con las coordenadas de un lugar de aquí mismo, de Chicago!

—¿Dónde es? —le pregunté.

—Ah, sí —contestó—. Además de sintonizar la radio AM y FM, la información del tiempo, información deportiva y de pesca, mapas de las principales ciudades, localizaciones de restaurantes, hoteles para turistas, cosas de todo tipo.

—Eso —le dije —mola mucho.

—Sí. La verdad es que tiene de todo para ser un modelo de quinientos pavos. —Durante todo el tiempo no paraba de darle a los botoncitos del aparato—. Bien —dijo—. A nuestro noroeste, a un kilómetro y medio de donde estamos.

Fruncí el ceño.

—¿No te dice la calle o algo así?

—Sí —dijo Butters presionando más botones—. Ah, espera. No, para eso tienes que comprar una tarjeta extra. —Me miró pensativo—. Podríamos volver y cogerla.

—Un pequeño robo y ya te has acostumbrado —le dije—. No. Es una mala idea. Alguna patrulla puede haber visto la ventana rota y en ese caso habría policía allí. Aunque dudo que alguien nos haya visto, no hay razón para correr riesgos.

—Bueno, ¿y entonces cómo lo encontraremos? —me preguntó.

—Apágalo. Rompe el círculo con tu pie y súbete al coche. Vamos a ir en esa dirección, hacemos una parada y lo vuelves a comprobar. Enjuagar y volver a aplicar.

—Bien, buena idea. —Apagó el aparatito y emborronó el círculo de tiza con el pie—. ¿Así?

—Así. Vamos.

Butters se subió al Escarabajo y nos dirigimos hacia las oscuras, frías y húmedas calles. Después de varios bloques de edificios nos detuvimos con los faros apuntando a la fachada de un edificio de apartamentos. Butters salió del coche y repitió el proceso. Se llevó la tiza, derramó un poco de sangre en el círculo y volvió a probar el GPS. Luego corrió de vuelta al coche, bajo la lluvia.

—¡Más hacia el norte! —apuntó.

Miré hacia la oscuridad y continué el camino siguiendo mi mapa mental de Chicago.

—¿El Soldier Field? [{14}](#)

—Puede ser —me dijo—. No veo nada.

Condujimos en dirección norte y pasamos de largo la casa de los Bears. Paré justo al lado contrario y Butters lo comprobó de nuevo, de frente al estadio. Parpadeó y se dio la vuelta. Tenía los ojos muy abiertos cuando se acercó corriendo al coche.

—Estamos muy cerca. Creo que es en el museo Field.

Puse el coche en movimiento.

—Tiene sentido —dije—. Bony Ton y tiene muchos contactos allí. Comerció con excedentes de antigüedades.

—¿Te refieres a cosas robadas?

—¿Qué acabo de decir? Probablemente tenía algún chanchullo con los guardias de seguridad de allí. Tal vez guardaba sus cosas en una taquilla de personal o algo así.

Aparqué enfrente del museo Field, bajo una señal de prohibido aparcar. Había un par de sitios en los que podría haber aparcado, pero la entrada hubiese quedado más lejos. Además, me resultaba estéticamente satisfactorio saltarme las leyes municipales.

Eché el freno de mano del Escarabajo y me ubiqué bajo la lluvia.

—Quédate ahí, Ratón —ordené—. Vamos, Butters. ¿Esa cosa no puede

acercarnos más al libro?

—En un radio de unos tres metros —me dijo—. Pero Harry, el museo está cerrado, ¿vamos a...?

Volé los cristales de la puerta principal con el bastón, tal y como había hecho en Radio Shack.

—Ah —dijo—. Vale.

Me planté en el vestíbulo principal con Butters pegado a mis talones. Una luz se encendió bruscamente e iluminó a la tiranosaurio Sue en todo su esplendor huesudo y jurásico. Butters no se lo esperaba y se le escapó un gritito ahogado.

Unos truenos retumbaron y yo saqué mi amuleto para alumbrar, levantándole una ceja a Butters.

—Lo siento —dijo—. Es que... estoy un poco nervioso.

—No te preocupes —le contesté mientras mi corazón latía con fuerza. La revelación repentina de ese esqueleto monstruoso también me había alterado a mí.

No me miréis así. La tarde estaba siendo de lo más movidita.

Eché un vistazo alrededor y Escuché durante un momento. No percibí ninguna presencia. Abrí de nuevo mi Vista para revisar rápidamente, pero no parecía que nadie se estuviese ocultando tras un velo de magia. Me retiré

—Vuelve a comprobarlo.

Lo hizo, a pesar de que el brillante suelo del museo no aceptaba la tiza tan bien como el asfalto. Unos minutos después asintió mirando a Sue y dijo

—Por ahí.

Rompió el círculo y se apresuró a través de la enorme estancia.

—Intenta no hacer ruido —le dije—. Puede que haya personal de seguridad por aquí. Nos paramos ante los pies de Sue y volvimos a comprobar. Butters frunció el ceño y miró alrededor.

—Algo está fallando —dijo—. De acuerdo con el GPS, estas coordenadas están dentro de esa pared. ¿Puede ser que Bony Ton y lo ocultase en la pared?

—Es de piedra —le dije—. Y creo que alguien lo habría notado si se hubiese cargado una pared del vestíbulo principal y la hubiese reemplazado.

Sacudió el GPS un poco.

—Pues entonces no lo entiendo. Me mordí el labio y miré a Sue.

—Arriba —le dije.

—¿Qué?

—¡Vamos! —Señalé hacia arriba—. Hay una galería que tiene vistas al vestíbulo principal. Tiene que ser allí o en un piso más abajo.

—¿Y cómo sabremos cuál?

—Lo comprobaremos. Empezando por las escaleras. Los niveles que hay bajo nosotros son una especie de laberinto infernal. —Empecé a subir escaleras y Butters

me siguió. Subir aquello fue horrible, pero mis instintos me gritaban que estaba en el buen camino y la emoción eclipsaba mi dolor.

En cuanto llegamos a la galería, pasamos de largo una exposición de artículos del espectáculo «Salvaje Búfalo Bill del Oeste»: monturas, rifles de madera que llevaban los vaqueros y los indios en la función, cornetas de la caballería, sombreros de plumas de guerra, chalecos, mocasines, viejas botas, viejos y gastados tambores y alrededor de un millón de fotos viejas. Detrás de eso había una especie de exposición de ecología interactiva y después de eso había una mesa con la pesada y enorme calavera de un dinosaurio deforme.

Butters volvió a comprobarlo y asintió hacia la calavera.

—Creo que está ahí.

Me acerqué a la calavera. La exposición decía que era el verdadero cráneo de Sue, pero los cambios geológicos y las presiones la habían deformado y por eso el museo había creado una calavera artificial para la exposición. Mantuve mi luz encendida, caminé alrededor de la calavera, que ahora era un enorme trozo de piedra. Me fijé en las oscuras hendiduras de la piedra y al no encontrar el libro me tumbé en el suelo y empecé a buscar bajo la pesada plataforma que sostenía la calavera.

Descubrí un sobre de papel de manila pegado con cinta adhesiva en la parte de debajo de la plataforma. Lo arranqué. Salí de debajo del armazón y abrí el sobre con dedos temblorosos.

Lo sostuve en la mano durante un momento. El libro no desprendía ningún cosquilleo ni energía misteriosa, no había en él ninguna sensación de maldad acechante ni de peligro inminente. No era más que un libro, pero aun así estaba seguro de haber encontrado *La palabra de Kemmler*. Mis dedos temblaron aun más cuando lo abrí.

En la portada estaba escrito a mano, con una caligrafía de trazo delgado y oscuro: «*La palabra de Heinrich Kemmler*».

—Oye, ¡esto ha sido divertido! —exclamó Butters—. ¿A que sí?

—Aquí está —le dije—. Lo hemos encontrado. —Levanté la mirada para dirigirla a Butters y le dije—: De hecho, lo has encontrado tú, Butters. No podría haberlo logrado sin tu ayuda. Gracias.

Butters sonrió.

—Me alegro de haber ayudado.

Me pareció oír un sonido.

Levanté una mano, anticipándome a lo que Butters estaba a punto de decir.

El sonido no se repitió. Solo se oían rayos y lluvia.

Puse un dedo en mis labios y Butters asintió. Cerré los ojos y desplegué mis sentidos, despacio y con cuidado. Durante un segundo sentí cómo mis pensamientos se agolpaban contra un hilo de energía helada.

Nigromancia.

Me alejé de aquello rápidamente y muy alterado.

—Butters, vete.

El pequeño forense parpadeó.

—¿Qué?

—¡Vete! —le dije con voz áspera—. Hay una escalera de incendios al otro lado de la galería. Vete por ahí. Sal por la escalera y no pares hasta llegar a algún lugar seguro. No mires atrás. No aminores la marcha.

Se quedó mirándome, con los ojos muy abiertos y con la cara pálida.

—¡Ahora! —gruñí.

Butters salió disparado. Oí algunos sonidos asustados que se le escapaban por la garganta mientras corría hacia el fondo de la galería.

Cerré los ojos y volví a concentrarme, preparando mi energía y mi poder mientras lo hacía, explotando mis sentidos en un esfuerzo por averiguar dónde se encontraba esa fuente de magia negra. Volví a rozar la energía oscura y esta vez no intenté ocultar mi presencia.

Quienquiera que fuera había entrado por la puerta que yo había roto. Sentí una especie de fuerza deslizándose y mezclándose con el frío deseo, con la pasión de la desesperación.

Caminé hacia la verja de la galería y miré hacia abajo, hacia el vestíbulo principal.

Allí estaba Grevane, balanceándose, con su gabardina empapada y con agua goteando desde el ala de su sombrero de fieltro. Había un semicírculo de hombres muertos de pie, detrás de él, y golpeaba en su pierna un ritmo calmado, con una de sus manos.

Me hubiese gustado salir pitando, pero no podía. Tenía que hacer tiempo allí hasta que Butters estuviera lejos. Y además, si corría hacia la puerta de atrás, con mi coche tan lejos de allí, los zombis de Grevane me alcanzarían y me harían añicos.

Me mojé los labios, sopesando mis opciones.

De pronto tuve una idea. Con la cadena de mi pentáculo colgando de los dientes, para alumbrarme, abrí el libro y empecé a hojearlo, pasando una página tras otra. No lo leía, ni siquiera intentaba leerlo. Solo pasaba las páginas y fijaba la mirada en un par de puntos de cada una, y seguía adelante.

No era un libro muy largo. Lo terminé en menos de dos minutos. Oí un ruido en la escalera y me levanté, preparando mi brazalete escudo.

Grevane había llegado al piso de la galería, los zombis marchaban detrás de él. Se quedó allí mirándome durante un momento, con una expresión indescifrable.

—Aléjate —le dije.

Parpadeó muy despacio y dijo:

—¿Por qué?

Alcé el libro con una mano.

—Porque tengo la *Palabra* aquí, Grevane. Y si no te alejas, lo quemaré hasta convertirlo en cenizas.

Sus ojos se abrieron y se sacudió dando un paso más hacia mí, mojándose los labios.

—No lo harás —me dijo—. Lo sabes. Quieres ese poder tanto como yo.

—Dios, sois una panda de disfuncionales —le dije—. Pero para ahorrar tiempo te daré una razón que puedas entender. Ya he leído el libro. Ya no lo necesito. Así que si me presionas estaré encantado de abrasarlo ante ti.

—No lo has leído —me espetó Grevane—. No lo has tenido en tu poder ni diez minutos.

—Hago lectura rápida —mentí—. Puedo leer *Guerra y paz* en treinta minutos.

—Dame el libro —dijo Grevane— y te dejaré vivir.

—Sal de mi camino o lo quemaré.

Grevane sonrió.

De pronto descendió sobre mí un gran peso, como si alguien hubiese tirado una manta forrada de plomo alrededor de mis hombros. Mis oídos se llenaron de susurros apurados. Me tropecé y me deslumbraron miles de destellos y pinchazos de agujas, y entre eso y el peso extra, caí de rodillas. Me llevó un segundo darme cuenta de lo que estaba pasando.

Serpientes.

Me hallaba cubierto de serpientes.

Había demasiadas para contarlas o identificarlas, y estaban furiosas. No sé qué tipo de reptil verde oscuro, tan largo como mi brazo, me alcanzó en la cara, hundiéndome los colmillos en mi mejilla izquierda y sujetándome. Otros me mordieron en el cuello, en los hombros, en las manos... mientras yo gritaba asustado y dolorido. Mi guardapolvo me libró de algunos mordiscos, pero el hechizo de la tela se resistió a algunos de ellos. Empecé a arrancarme serpientes del cuello, de los hombros y de la cabeza, extrayendo sus colmillos de mi piel mientras lo hacía.

Luché por poner en orden mis pensamientos y me levanté porque sabía que Grevane estaría acercándose. Intenté recoger mi escudo mientras apoyaba mis manos y rodillas en el suelo, pero la imagen de unas botas muy pesadas y brillantes viniendo hacia mí explotó en mis ojos y volví a caerme al suelo, ligeramente aturdido.

Parpadeé despacio, dándole tiempo a mis ojos a enfocar.

Manchas Hepáticas apareció en mi campo visual, con mal aspecto y con su pelo canoso y metálico bajo el sombrero. Su piel caída y arrugada, bajo aquella luz, le daba aspecto de reptil.

—Te conozco. —Arrastré las palabras sin comprobarlas a su paso por mi cerebro

—. Ahora ya sé quién eres.

Manchas Hepáticas se arrodilló sobre mí. Cogió mis muñecas y me las encadenó. Mientras lo hacía, Grevane se acercó y se hizo con *La palabra de Kemmler*, arrebatándomela de entre mis débiles dedos. Lo abrió y hojeó hasta llegar al pasaje que estaba buscando. Lo leyó, se quedó mirando la página durante un largo momento y luego abrió la boca, despacio y resollando socarronamente.

—Esta noche —dijo con voz polvorienta y divertida—. Es muy fácil, ¿cómo pude no haberlo visto antes?

—¿Estás satisfecho? —le preguntó Manchas Hepáticas a Grevane.

—Completamente —contestó Grevane.

—¿Y vas a mantener nuestro acuerdo?

—Por supuesto —dijo Grevane. Leyó otra página del libro—. Es un placer trabajar contigo. Es todo tuyo.

Grevane se dio la vuelta, todavía siguiendo el ritmo con su pierna y arrastrando a los zombis tras él.

—Bueno, Dresden —dijo Manchas Hepáticas en cuanto se fueron los demás. Su voz era un cómico y áspero ronroneo—. Me parece que estabas diciendo que me habías reconocido.

Lo miré inexpresivamente.

—Deja que te refresque la memoria —me dijo. Cogió el petate verde militar que llevaba al hombro y lo colocó en el suelo. Después, prácticamente con una sola mano lo abrió.

Sacó un bate Louisville Slugger.

Dios mío. Intenté moverme, pero no lo logré. Las esposas de metal me quemaban las muñecas.

—Tú —le dije—. Destrozaste mi coche.

—Humm... De la misma manera en que tú destrozaste mis tobillos, mis rodillas, mis muñecas y mis manos; con un bate de béisbol Louisville Slugger mientras yacía indefenso en el suelo.

Quintus Cassius, el Culebras, el encantador de serpientes, hechicero y exmiembro de la Orden de los Denarios Negros. Me sonrió. Se inclinó, arrodillado, demasiado cerca de mí como para que pudiese parecerme una situación cómoda, y me susurró como se le susurra a una novia:

—Había soñado con esta noche, chico —ronroneó y con suavidad me dio una palmadita en la cara con el bate de béisbol—. En mis tiempos se solía decir que la venganza era dulce. Pero los tiempos han cambiado, ¿cómo se dice ahora? La venganza es un arma de doble filo.

Miré hacia arriba, hacia el viejo marchito al que había bautizado como Manchas Hepáticas, y resultó que bajo esa piel flácida, esas arrugas y aquel pelo canoso, se ocultaba un hombre que había formado parte de la Orden de los Denarios Negros.

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Cómo me has encontrado?

—No fue a ti —dijo—. El apartamento del forense era muy fácil de encontrar. Cogí pelos de su cepillo. Como tenías tanto interés en mantenerlo a salvo, bajo tu protección, no fue muy difícil seguirlo, seguiros, en cuanto logramos destruir tus hechizos de protección.

—¡Ah! —le dije y mi voz sonó algo alterada.

—¿Tienes miedo, chico? —susurró Cassius.

—Eres el quinto en la lista de personas aterradoras con las que me he encontrado hoy —le dije.

Sus ojos se volvieron más fríos.

—No te lo tomes a mal —le dije—. No es tan horrible como suena.

Se levantó, despacio, mirándome hacia abajo. Los dedos de su mano derecha apretaban y aflojaban la empuñadura del bate. El odio ardía en él, ciegamente, de manera irracional, pidiendo a gritos ser saciado. Cassius no me había parecido una persona precisamente estable cuando me había enfrentado a él hacía dos años, y por la pinta que tenía ahora, parecía que estaba en plena campaña para obtener la presidencia de la asociación mundial de psicóticos.

Sabía que Cassius era un asesino, pero era distinto a los demás. Había perdido lo que podrían haber sido unos quince o dieciséis siglos unido a diferentes ángeles caídos con sus diferentes monedas de plata, trabajando mano a mano con el jefe de la Orden. No tenía ninguna duda de que había acabado personalmente con cientos de enemigos que le habían hecho muchísimo menos daño del que yo le había hecho.

Me mataría. En un ataque de ira, destrozaría mi cabeza con ese bate, gritando durante todo el proceso.

Me estremecí ante la imagen y busqué mi magia, intentado reunir la suficiente fuerza como para golpear a aquel imbécil. Pero cuando lo intenté, las esposas de mis muñecas se retorcieron, moviéndose con ímpetu, y de pronto decenas de pinchos atravesaron mis manos como si me hubiese apoyado en un rosal. Me agité de dolor la respiración se congeló en mi pecho durante un segundo.

Cassius me sonrió.

—No te molestes. Hemos usado esas esposas con los magos y los brujos durante siglos. El propio Nicodemus fue quien las diseñó.

—Ya. ¡Au! —Me estremecí, pero intentando mover mis brazos lo menos posible. Tampoco podía cambiar la postura para intentar que las espinosas esposas me

dolieran menos.

Cassius seguía mirándome. Sus ojos brillaban. Se quedó allí de pie, observando cómo me retorció de dolor y disfrutando de la impotencia y el sufrimiento.

Una imagen surcó mi mente: un viejo hombre de fe y coraje que se había entregado voluntariosamente a las manos de la Orden a cambio de la libertad. Shiro había muerto después de aguantar los tormentos más horribles que yo jamás haya visto soportar a un cuerpo humano, y algunos de ellos habían sido ocasionados por Cassius. Cerré los ojos. Sabía lo que él quería. Quería hacerme daño. Quería comprobar cuánto dolor podía ocasionarme antes de verme morir. Y no había nada que yo pudiera hacer por evitarlo.

A menos que...

Pensé en lo que Shiro me había contado sobre tener fe. Para él era una verdad teológica y moral sobre la que había basado su vida. Yo no tenía las mismas creencias, pero había visto cómo las fuerzas de la luz y la oscuridad entraban en conflicto, cómo los desequilibrios eran compensados. Cassius había servido a algunas de las fuerzas más oscuras del planeta. Shiro habría dicho que de ninguna forma podría haber evitado, ni él ni sus hermanos caballeros, que un desequilibrio de fuerza de luz se interpusiese en su camino. Por mi propia experiencia, había comprobado que cuando algo verdadera y profundamente malvado aparece, uno de los caballeros suele aparecer.

Tal vez apareciese alguno para encararse con Cassius.

Campanas infernales. Las posibilidades eran remotas.

Pero técnicamente era posible. Y era cuanto tenía.

Casi me pongo a reír. Lo que necesitaba para sobrevivir a este lunático era algo de lo que prácticamente carecía: fe. Tenía que creer que otro factor podría intervenir. No tenía otra opción.

Pero eso no significaba que no pudiese seguir intentando intervenir. Cuanto más tiempo me mantuviese respirando, más probable era que alguien apareciese en escena, tal vez alguien que pudiese ayudar. Tal vez alguien como mi amigo Michael.

Tenía que conseguir que Cassius siguiese hablando.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté un momento después, abriendo los ojos. Leí en algún lado que a la gente le encanta hablar de sí misma—. La última vez que te vi podías pasar por cuarentón.

Cassius me miró fijamente durante un momento más, y entonces apoyó el bate en el suelo.

—Pues estas son las consecuencias de haber perdido mi moneda ante ti y tus amigos —dijo, con voz chirriante—. Mientras tuve mi moneda, Saluriel impedía que la edad afectase a mi cuerpo. Ahora la naturaleza se está apropiando de lo que le debo.

Con intereses. —Agitó los escuálidos dedos de su mano derecha, arrugada, hinchada y con manchas, mostrando lo que parecía una artritis avanzada—. Si esto sigue así, estaré muerto en menos de un año.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Acaso tu nuevo demonio no frena tu envejecimiento?

Entornó los ojos, fríos y temblorosos.

—No tengo ningún Denario ahora. —Habló en voz baja y educadamente—. Cuando salí del hospital y me reuní con Nicodemus no tenía ninguna moneda de sobra. —Su mirada se llenó de fuego airado—. Ya ves, te la había dado a ti.

Tragué saliva.

—Eso era lo que estabas buscando, fuera de mi apartamento. Querías el Denario.

—Lasciel nunca sería mi primera opción, pero tengo que contentarme con lo que hay disponible.

—Ajá. Entonces, ¿dónde está Nicodemus? Te está ayudando, entiendo...

Los ojos de Cassius se cerraron casi por completo.

—Nicodemus me expulsó. Dijo que si era tan tonto como para perder mi moneda, me merecía lo que me pudiese suceder.

—¡Menudo tío!

Cassius se encogió de hombros.

—Es un hombre de poder, no tolera a los tontos. En cuanto mueras, la moneda de Lasciel será mía y él me aceptará de nuevo.

—Pareces muy seguro de eso —le dije.

—¿Hay alguna razón por la que no debiera estarlo? —Se movió rígidamente hacia su petate—. Deberías poner esto fácil para los dos. Estoy dispuesto a hacerte una oferta. Dámela ahora y haré que tu muerte sea rápida.

—No la tengo —le dije.

Se rió socarronamente.

—No hay demasiados lugares donde puedas ocultarla —me dijo—. Si la has incorporado a tu cuerpo, va a ser muy doloroso cuando te la quite. —Sacó un fino serrucho de pelea de la bolsa y lo colocó en el suelo—. Una vez conocí a un hombre que se tragó su Denario y se lo volvió a tragar cuando lo expulsó.

—¡Puaj! —exclamé.

Cassius colocó un destornillador estándar al lado de su serrucho.

—Y a otro que se abrió la cavidad abdominal para colocar la moneda en su interior. —Sacó un cuchillo, propio de un sanguinario, con forma de gancho de su petate y lo sostuvo con aire meditativo—. Si me lo dices, te rebanaré el cuello.

—¿Y si no? —le pregunté.

Se cortó una de sus amarillentas uñas con el cuchillo.

—Me lanzaré a la búsqueda del tesoro.

Lo estudié durante un minuto y luego dije:

—No la tengo conmigo, es la verdad. Tengo atada a Lasciel y su moneda la enterré.

Dejó salir un gruñido y se abalanzó sobre mi mano izquierda. Me quitó el guante y luego la giró para enseñarme mi horrorosa palma cicatrizada y el sello con el nombre del demonio Lasciel sobre ella, el único trozo de piel que no se había convertido en tejido de cicatriz.

—La tienes —me espetó—. Y me pertenece.

Respiré profundamente e intenté aferrarme a la convicción optimista de la rectitud de mi causa. Intenté pensar en positivo: oye, una buena tortura alargaría las cosas. No era la manera que yo habría elegido de entretener a Cassius, pero, como he dicho, tenía pocas opciones.

—Te estoy diciendo la verdad —le aseguré—. Además, no habrías acabado conmigo de forma rápida, aunque te la hubiese dado.

Sonrió. Parecía un abuelo.

—Probablemente —asintió. Alcanzó otra vez el petate y sacó una cadena casi un metro, del tipo que se usa para los candados de las bicicletas. La levantó con una mano mientras me movía las muñecas, levantándolas de manera que yo me quedaba tirado sobre mi espalda, con los brazos extendidos sobre la cabeza—. Voy a ganar de cualquier forma.

No tenía la suficiente fuerza como para moverlas. Las putas muñecas atadas me convertían en un ser tan débil como un gato recién nacido.

—Renuncia a tu moneda —dijo Cassius amablemente, y luego me propinó un buen golpe en las costillas.

Al expulsar el aire fuera de mí, las pasé canutas. Me las arreglé para articular algunas palabras.

—No... la tengo.

—Renuncia a tu moneda —repitió. Esta vez balanceó la cadena y *me* atizó con ella en el estómago. Mi guardapolvo estaba abierto y la cadena me rompió la camisa y me desgarró la piel de mi barriga. Todo lo que veía se volvió rojo y de repente sentí una neblina de agonía.

—No... la... —empecé.

—Renuncia a tu moneda —susurró y me volvió a golpear con la cadena.

Enjuagar y volver a aplicar. No sé cuántas veces lo haría.

Una eternidad después, Cassius chupó algo de la sangre que había en la cadena y me miró pensativamente.

—Espero que no estés muy impaciente por que coja el bate —me dijo—. Verás, últimamente no guardo muy bien el equilibrio. Me han dicho que es resultado de los golpes que me llevé en los tobillos y las rodillas.

Seguía allí, tirado y dolorido. Tenía el estómago y el pecho ardiendo. Un hilo de sangre, generado por una de las mordeduras de serpiente, me llegaba hasta un ojo y se había secado en mis pestañas, pegándolas, y ahora no podía abrirlo.

—Verás, el tema es que solo tengo una mano buena para utilizar el bate. La otra mano la tengo rota por múltiples y contundentes traumatismos. Y con una mano, me temo que será difícil juzgar adecuadamente la calidad con la que manejo el bate.

Intenté mirar a mi alrededor, pero no podía mover mi ojo derecho con normalidad.

—Y por tanto —continuó Cassius—, en cuanto empiece a devolvarte todo lo que me has hecho, me temo que acabaré pegándote demasiado fuerte y demasiadas veces. Y esto quiero saborearlo.

¿Dónde estaba Michael? ¿Dónde estaba... alguien?

Cassius miró hacia abajo y dijo:

—Y cuando empiece, Dresden, quiero permitírmelo todo. Me gustaría dejarme llevar y disfrutar del momento. Estoy seguro de que lo entenderás.

Nadie va a venir a salvarte, Harry.

Susurré:

—Ya te lo he dicho.

Hizo una pausa, levantó las cejas y me animó con una mano.

—Te ruego que continúes.

—Te lo he dicho —le dije y lo estropeé con un gruñido—. Ya te había dicho que si te volvía a ver te mataría.

Dejó salir una risa divertida y bajó la cadena.

Cogió el cuchillo con forma de gancho y se arrodilló a mi lado, rígidamente. Con mucha calma cortó mi camisa, abriéndola por la mitad, y me la separó, junto con el guardapolvo, dejándome el abdomen al aire.

—Te recuerdo —me dijo—, que no se deben hacer promesas que no se puedan cumplir.

—No hice tal cosa —negué en voz baja.

—Entonces será mejor que te des prisa —me dijo—. Creo que te queda muy poco tiempo para cumplirlo. —Pinchó mi barriga con su dedo, arrebatándome un grito de dolor—. Humm... ya está tierna y apetitosa. Perfecta para abrir.

Vi cómo se movía *el* cuchillo, despacio, brillante, bonito. Parecía que se acercaba a cámara lenta.

Mierda. No iba a morir. No iba a permitir que este asesino hijo de puta me matase. Iba a sobrevivir. No sabía cómo iba a hacerlo, pero mi fuerza se aferró a la idea y me encontré apretando los dientes. Ya le había mostrado clemencia antes. Había tenido su oportunidad de huir. Yo iba a vivir. E iba a matarlo.

El cuchillo entró hasta el músculo de mi estómago. Lo movía muy despacio,

mirando el agujero interno que iba abriendo la hoja del gancho mientras la dirigía hacia mi ingle, a través de una incisión cada vez más profunda. Me dolió casi tanto como la cadena, pero me dejó suficiente aliento para gritar.

Lo hice. Aullé ante él con toda la fuerza de mis pulmones. Le dije todo tipo de blasfemias. Incluso me las arreglé para mover mi cuerpo un poco y empecé a concentrarme buscando mi fuerza otra vez y las esposas volvieron a producirme una nueva agonía.

Terminó su primer corte, largo, profundo y casi se podría decir que delicado, y despegó el cuchillo de la piel para volver a posicionarlo junto al primero. Durante todo el tiempo no dejé de despotricar ni un momento. Dudaba si era lo suficientemente coherente como para que él me entendiera, pero de todas formas aquellos alaridos debían de ser el fiel reflejo de mis sentimientos. Grité y grité sin parar.

Y gracias a que lo hice, Cassius no oyó la patadas de Ratón contra el suelo de mármol. El aire se sacudió de repente con un bramido que recordó a un rugido leonino. La cabeza de Cassius se giró a tiempo de contemplar a mi perro saltando desde una distancia de seis metros y volando a toda velocidad, como una bola de demolición forrada de piel gris.

Las patas delanteras de Ratón golpearon a Cassius de lleno en el esternón, y un gruñido espeluznante surgió del gigantesco pecho del perro cuando ambos cayeron al suelo. Ratón golpeó bruscamente con sus patas la garganta de Cassius, pero había arremetido con tanto empuje que arrastraba demasiada velocidad. Sus patas patinaron por el resbaladizo suelo, dejando libre a Cassius, al que únicamente arañó levemente en un hombro.

Cassius gritó con rabia, agachándose y agitando una mano hacia Ratón. Hubo una oleada de magia negra, un borroso resplandor, y de pronto una serpiente surgió de las sombras que yacían sobre la galería. Se irguió durante un segundo y vi el mortífero contorno de la capucha de la cobra alzándose un metro y medio desde el suelo. Luego la serpiente se lanzó hacia Ratón.

Mi perro vio lo que se le venía encima y contraatacó ante el primer movimiento de la serpiente; saltó hada delante con las fauces abiertas, intentando hacerse con la sombra de la cabeza de la serpiente. Las oscuras curvas del reptil se convirtieron en una espiral que luchó por atrapar al gran perro. Ambos rodaron a lo largo del piso, intentando liberarse para matar al otro.

Cassius se quedó mirando a Ratón durante un segundo, abrió mucho los ojos y luego se giró hacia mí. Estaba, literalmente, echando espuma por la boca, y su cara se había descompuesto en una grotesca mueca de furia. Se abalanzó sobre mi lado, chillando histérico en un idioma que no pude reconocer. Después, me agarró del pelo, tiró de él hacia atrás, dejó mi cuello al descubierto y me clavó el cuchillo en la

yugular.

Antes de que su brazo hubiese bajado hasta el final hubo un débil sonido agudo, como un gemido metálico. Butters se tiró sobre la espalda de Cassius, haciendo que ambos cayesen primero sobre mí y luego sobre el suelo. Esquivé el cuchillo por completo y repté para evitar el impacto.

Cassius gruñó otra vez e intentó arrastrarse hasta donde estaba el cuchillo. Butters, que estaba completamente pálido, intentó empujar a Cassius. El hombrecillo tenía la capacidad de una tortuga laúd para luchar, pero se encaramó al cuerpo de Cassius con manos y piernas y se aferró a él como un mono peludo.

El cuerpo de Cassius estaba debilitado, pero aun así tenía un millón de veces más experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo que Butters. Giró los hombros y le estampó un cabezazo en la nariz, produciendo un crujido. Butters se tambaleó por el golpe, y la cara y el labio superior se le llenaron de sangre.

Cassius se volvió a girar y se libró de Butters. Empezó a arrastrarse hacia el cuchillo.

—¡Butters! —grité—. No dejes que coja el arma.

El pequeño forense sacudió la cabeza y gritó desafiante otra vez, tirándose sobre Cassius. Butters le alcanzó una pierna y se enroscó en ella. Cassius le golpeó en la cara y entonces Butters hundió la cabeza y los golpes cayeron sobre sus hombros. Cassius ya estaba un poco más cerca del cuchillo.

Butters levantó la cabeza y chilló con despecho hasta hundir sus dientes en la pierna de Cassius.

De pronto, el ex Denario aulló, roto de dolor.

Otro bramido retumbó en la galería y levanté la vista. Me encontré con que las enormes mandíbulas de Ratón sujetaban por el cuello a la serpiente. Ratón sacudió la cabeza violentamente. Un estallido resonó y, de repente, la sombra de la serpiente se agarrotó y bruscamente se disolvió en litros y litros de ectoplasma gelatinoso y traslúcido.

Cuando Butters aulló, descubrí que Cassius se había hecho con el cuchillo, y lo agitaba toscamente ante su oponente. Butters reptaba tratando de alejarse del cuchillo, con los ojos inyectados de terror.

Pero logró colocarse exactamente entre Cassius y yo.

Y ahí le plantó cara.

Ratón no había dejado de moverse tras matar a la serpiente y en esos momentos se acercaba hacia nosotros sin saltar mucho y gruñendo a coro con el ruido de los truenos del exterior. Golpeó a Cassius en las rodillas con toda la fuerza de su cuerpo y este se vino al suelo como un bolo abatido.

Butters se lanzó hacia delante y le dio una patada al cuchillo que Cassius tenía en la mano. El arma se alejó de nuevo, pero esta vez se cayó por el borde del suelo de la

galería hasta chocar contra las baldosas del vestíbulo del piso de abajo. Cassius golpeó a Butters y lo cogió por las espinillas, tirándolo al suelo.

El viejo se liberó y salió de debajo de Ratón, lanzándose hacia mí. En sus ojos se dibujaba la locura y sus manos se volvieron pinzas estranguladoras.

Ratón aterrizó sobre su espalda y la gigante boca del perro se cerró alrededor del cuello del hombre.

Cassius se paralizó en donde estaba, imbuido de un terror repentino y los ojos como platos. Me miraba fijamente.

Durante un segundo se hizo el silencio más absoluto.

—Te di una oportunidad —le dije con voz calmada.

La cara llena de manchas hepáticas de Quintus Cassius palideció con horror al entender la situación.

—Espera.

—¡Ratón! —ordené—. ¡Mátalo!

Solo tenía un ojo abierto para observar el momento en el que Cassius llegaba a su fin. Pero aprecié cómo, en ese segundo final, la rabia, el terror y el pánico se cruzaban en sus ojos. Y en el momento en el que el perro quebraba los delicados huesos de su cuello, hubo un destello de horrendas energías, una luz profana purpúrea a su alrededor y Cassius pronunció las palabras que hicieron un eco absolutamente desproporcionado para el volumen de su voz.

—¡Morirás solo! —sentenció.

Una efusión de poder me golpeó y todo se tiñó de negro.

Lo último que oí fue el sonido que hacen los huesos al quebrarse.

No me desperté.

Más bien me descubrí ordenando y organizando mis pensamientos y me sentí como un tramoyista preparando sus artilugios antes de salir al escenario. Evidentemente, yo era minimalista, porque mi escenario no consistía en más que un suelo negro, una lámpara colgante y tres sillas.

Caminé hacia la luz y miré las sillas.

En una estaba sentada Lasciel, otra vez en su versión rubia y con estética angelical, aunque sin la túnica blanca. En su lugar llevaba un mono de la prisión del correccional de Illinois. El naranja le sentaba muy bien. Llevaba grilletes en las muñecas y en los tobillos y estaba sentada muy remilgadamente en aquella silla.

En la segunda silla estaba yo. Bueno, era una versión mía, una especie de áter ego de mi subconsciente. Llevaba el pelo más corto y mejor peinado que yo y lucía una barba oscura cortada tan meticulosamente como el pelo. Tenía puesta una camisa de seda negra y unos pantalones también negros. Sus manos, ambas, estaban sanas y sobre ellas, colocadas en forma de carpa y unidas por las yemas de los dedos, apoyaba su barbilla.

—Otro sueño —dije y suspiré. Me desplomé sobre la tercera silla. Tenía más o menos la misma pinta que cuando me había levantado aquella mañana. Mi camisa estaba rota por una cuchillada, sin embargo, no tenía nada de sangre en el torso, y mi piel no había sido lacerada ni rasgada con una cadena. Pero no quise hacerme ilusiones.

—No es un sueño exactamente —me dijo mi subconsciente—. Llámalo reunión de mentes.

Lasciel sonrió ligeramente.

—No —dije señalando a Lasciel—. Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—Volví a girarme hacia mi áter ego, aunque pensándolo bien tal vez era más correcto llamarlo mi áter ello—. Y tú, eres un poco gilipollas. Y esa miradita que tienes solo dice una cosa de ti: «hechicero del mal». Y eso es precisamente contra lo que yo lucho profesionalmente

El otro Harry suspiró.

—Ya te lo he dicho antes. No soy ningún demonio oscuro. Simplemente soy la esencia más primaria de tu ser. Soy el encargado de preocuparse de cosas como la comida, la supervivencia. —Sus ojos oscuros parpadearon ante Lasciel—. O como el apareamiento —dijo con un gruñido y volvió a mirarme—. Las cosas importantes de la vida.

—Que esté teniendo este sueño significa que sin duda necesito un buen terapeuta —le dije. Miré a mi otro yo y le solté—: Fuiste tú, ¿verdad? Fuiste tú quien quiso

coger la moneda.

—Antes de señalar a nadie, ten claro que soy parte de ti —dijo él—. Y sí. El potencial que puede otorgarnos la alianza con Lasciel —inclinó la cabeza hacia ella, galantemente y con mirada caballaresca— es demasiado grande como para ignorarlo y pasar de largo. Hay demasiadas cosas ahí fuera decididas a acabar contigo. Mientras tengas la moneda de Lasciel, ambos tendríais la posibilidad de reunir más poder, en caso de que lo necesitaseis, para defenderos de los demás y, de esta manera, podrías evitar que seres sin escrúpulos, como Cassius, la utilizaran.

Hice una mueca.

—¿Y?

—Y —dijo él—, es el momento de considerar utilizar un poco de ese poder.

Lo miré y le dije:

—¿Has estado hablando con ella a mis espaldas?

—Durante meses —dijo pausadamente—. Pero solo por educación. Después de todo, tú no querías tener nada que ver con ella.

—Gilipollas —le dije—. La única razón por la que yo no hablaba con ella era porque no quería ser tentado.

—Yo lo fui —dijo mi subconsciente—. Y, sinceramente, deberías escucharme más a menudo. Si hubieses seguido mi consejo sobre el tema de Murphy, ahora no estaría en Hawái, en la cama con Kincaid.

Lasciel tosió delicadamente y dijo:

—Caballeros, me gustaría darles un consejo...

Mi otro yo y yo mismo dijimos a la vez, con el mismo tono de voz:

—¡Cállate!

Lasciel parpadeó pero acató la orden.

Mi doble y yo nos miramos y asentimos despacio.

—Estamos de acuerdo, entonces, en que su presencia e influencia es peligrosa.

—Así es —me confirmó mi doble—. No podemos permitir que dicte nuestras acciones ni dirija nuestras elecciones a través de la sugestión o la manipulación. —Mi doble la miró y dijo—: Pero podemos y debemos usarla como un recurso, bajo nuestro meticuloso control. Puede ofrecernos una cantidad ingente de información. —Volvió a mirarla y dijo—: Y de diversión.

Lasciel bajó la mirada y sonrió, levemente.

—No —dije—. Ya tengo a Bob para cuando necesito información. Y si quiero sexo... ya me las arreglaré.

—Ahora no tienes a Bob —dijo mi doble—. Y has querido sexo cada veinte minutos desde la última vez que lo practicaste.

—Te estás desviando del tema —le dije hoscamente—. No estoy tan loco como para permitir que un ángel caído me satisfaga virtualmente en mi tiempo de ocio.

—¡Escúchame! —dijo con una voz que empezaba a ponerse agria y autoritaria—. Esta es la pura verdad. Vas a meternos de lleno en una batalla contra unas fuerzas que no podrás batir de ninguna de las maneras únicamente con tu capacidad. Y no solo eso, sino que tu ayuda principal, los centinelas, podrían revelarse contra ti si supiesen la verdadera naturaleza de lo que estás intentando. Estás herido. Y no tienes contacto con el resto de tus aliados.

—Es el camino correcto —dije apretando la mandíbula.

Mi doble puso los ojos en blanco.

—Dime, ¿es moralmente necesario que mueras en el proceso?

Fruncí el ceño.

—Sabes que esta reunión es una mera formalidad, ¿no? —me dijo—. En realidad tú ya has planeado pedirle ayuda a Lasciel. Por eso leíste el libro por encima, antes de que te lo quitaran. Querías que ella fuese por tu mente y lo leyese para acabar por facilitarte el texto, tal y como hizo con el ritual de invocación del Erlking.

Levanté un dedo.

—Lo hice únicamente por sí no era capaz de extraer de Grevane la suficiente información como para saber qué es lo que están tramando los discípulos de Kemmler.

Mi doble arqueó una ceja.

—¿Y cómo ibas a conseguir tú eso?

—No seas tan listillo —repliqué.

—El asunto —dijo— es que sin echarle un vistazo no tenías una mínima posibilidad, o incluso ninguna, de prevalecer. Deberías conocer la forma en la que intentan manipular esas energías. También deberías saber si va a haber un lugar o un momento en el que tengan la guardia más baja para poder asaltarlos. Deberías saber los detalles del Darkhallow o deberías directamente saber cómo cortarte tus propias muñecas.

—No tengo por qué —le dije—. Puedo quedarme aquí sentado y esperar a que aparezca el Erlking.

—Es lo mismo. —Mi doble estuvo de acuerdo—. Además, tu cuerpo no está en condiciones de hacer nada en este momento. —Se echó hacia delante—. Libérala para que nos ayude.

Inhalé despacio y miré a Lasciel durante un momento. Luego dije:

—Después de matar a Justin, tomé ciertas decisiones en casa de Ebenezar. Me prometí una cosa: viviría a mi manera. Conocía las diferencias entre el bien y el mal y me juré a mí mismo que no cruzaría la línea. No me iba a permitir convertirme en un Justin DuMorne.

—¿No quieres sobrevivir? —me preguntó mi doble.

Me levanté de la silla y empecé a caminar hacia la oscuridad, alejándome de la

lámpara.

—Por supuesto que quiero. Pero hay cosas que son más importantes que la supervivencia.

—Sí —dijo mi doble—. Como las personas que van a morir cuando tú mueras y no detengas a los discípulos de Kemmler.

Me quedé paralizado en la frontera con la oscuridad.

—Dale la espalda a todo si quieres —me dijo mi doble—. Elige caminar y alejarte de esta fuerza en nombre de tus principios. Pero después de que mueras noblemente, pesarán sobre tus hombros todos aquellos a los que ya no puedas proteger, aquellos que un día te pidieron ayuda, aquellos que murieron a consecuencia del Darkhallow y todas las vidas que podrías haber protegido en un futuro.

Miré hacia la oscuridad y cerré los ojos.

—A pesar del lugar del que viene, Lasciel te ofrece el poder del conocimiento. Si rechazas ese poder, poder que solo tú puedes asumir, estarás faltando a tu responsabilidad de proteger y defender a aquellos que no son lo suficientemente fuertes como para hacerlo solos.

—No —dije—. Eso no es... Esa no es mi responsabilidad.

—Claro que lo es —dijo mi subconsciente, con voz clara y resuelta—. ¡Cobarde! Me detuve y me di la vuelta para mirarlo.

—Si decides caminar hacia tu muerte en lugar de hacer todo lo que esté en tu mano para evitar lo que se avecina, estás cometiendo un suicidio e intentando sentirte bien por ello. Eso es lo que hacen los cobardes. Es algo despreciable.

Repasé la lógica de su argumento y no encontré ninguna tesis contra él, por supuesto, porque a pesar de que mi doble pudiera parecer otra persona, no lo era. Era yo.

—Si abro esta puerta ahora —dije despacio—, puede que no sea capaz de volver a cerrarla nunca.

—Pero puede que sí —dijo mi doble—. No tengo ninguna intención de darle a ella ningún control, así que serás tú quien tome esa decisión.

—¿Y qué pasa si no puedo controlarla una vez que la libere?

—¿Por qué no ibas a ser capaz de hacerlo? Es tu mente. Tu voluntad. Tu elección. Todavía crees en el libre albedrío, ¿verdad?

—Es peligroso —le dije.

—Claro que lo es. Y ahora tienes que elegir. ¿Te enfrentarás a ese peligro? ¿O huirás ante él, condenando a aquellos que necesitan tu fuerza para evitar su muerte?

Me quedé mirándolo durante un minuto. Luego observé a Lasciel. Ella esperó, con la mirada tranquila y la expresión calmada.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunté sin rodeos—, ¿puedes enseñarme lo que había

en esas páginas?

—Claro —contestó con ciega sumisión, sin una pizca de resentimiento—. Me gustaría ofrecerte cualquier ayuda que tú me permitas.

Parecía humilde. Parecía que quería cooperar. Pero yo lo sabía bien. La mera sombra del ángel caído Lasciel era una fuerza vital muy poderosa. Podía parecer modesta y servicial, pero, para empezar, si esa fuese su verdadera naturaleza no habría caído. No pensaba que estuviese escondiendo impulsos asesinos ni nada así, mis instintos me decían que estaba verdaderamente contenta de ayudarme.

Después de todo, aquel era el primer paso. Y era paciente. Podía permitirse esperar.

Era realmente peligroso. Lasciel representaba nada menos que el atractivo encanto del poder en sí mismo. Nunca había querido ser mago. Dios, en muchas ocasiones había pensado en lo agradable que sería todo si no lo fuese. El poder había sido algo innato y si se había desarrollado con el tiempo había sido por una cuestión de supervivencia. Pero ya había probado el lado oscuro de la posesión de poder, la punzante satisfacción de ver a un enemigo caer ante mi fuerza. La lujuria de probarme a mí mismo contra otra persona, retada y comprobar quién es más fuerte. El hambre ciego hacía más de eso. Si te das un capricho una vez, puede que nunca puedas saciarte.

Una de las almas más frías y malvadas con las que me había encontrado me dijo que la razón por la que yo me esforzaba tanto por hacer lo correcto era porque me aterrorizaba la idea de mirar dentro de mí y encontrar el deseo de dejar la lucha y hacer lo que quisiera, libre de conciencia y de culpa.

Y ahora veo que él tenía razón.

Contemplé al ángel caído, esperando pacientemente, y sentí pavor.

Pero había vidas inocentes al borde del precipicio: hombres, mujeres y niños que necesitaban protección.

Si yo no los protegía, ¿quién lo haría?

Tomé aire profundamente y metí la mano en el bolsillo. Encontré una llave plateada y se la lancé a mi doble.

La cogió y abrió los grilletes de Lasciel.

Ella inclinó la cabeza ante él con respeto. Luego caminó hacia mí, preciosa y cálida bajo la luz desapacible, con la mirada baja. Sin rastro de timidez, se puso de rodillas, inclinó la cabeza y dijo:

—¿En qué puedo ayudarte, querido anfitrión?

Abrí los ojos y descubrí que estaba en el suelo, boca arriba. Había una vela encendida cerca. Ratón se había enroscado protegiéndome la cabeza y su lengua lamía mi cabeza, áspera, húmeda y templada.

Me dolía absolutamente todo el cuerpo. Había aprendido a bloquear el dolor gracias a las duras lecciones de Justin DuMorne, pero esto era demasiado.

Lasciel me había enseñado otra técnica.

No podría haberle explicado a nadie cómo lo había hecho. No estaba seguro de entenderlo, por lo menos, a un nivel consciente. Simplemente lo sabía. Reuní todo mi dolor y lo eché a una hoguera en llamas en la que ardían mis pensamientos. Enseguida empezó a remitir lentamente.

Cogí aire y me senté. Mi cerebro registró la punzante tortura de los músculos de mi estómago, la verdad es que fue tan horrible que requirió que me concentrase.

—¡Dios santo, Harry! —dijo Butters. Su voz era densa y arrastraba las palabras, parecía que se estuviese tapando la nariz. Su mano tocó mis hombros—. No te levantes.

Dejé que me empujase de vuelta hacia el suelo. Necesitaba un par de minutos para que el dolor acabara de apagarse.

—¿Estás muy mal?

Solté aire.

—Estoy fatal, pero creo que no me ha llegado a perforar la pared abdominal. La piel y el tejido están dañados, pero podrás frenar la hemorragia. —Tragó saliva y vi que se le estaba poniendo la cara un poco verde—. Bueno, en el mejor de los casos. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Eso solo que... trabajo con cadáveres porque me cuesta manejar la situación con personas vivas.

—Ah. ¿Puedes tomarte el almuerzo delante de un cadáver de tres meses de edad, pero unos primeros auxilios en mi estómago es pedir demasiado?

—Sí. Quiero decir, sigues vivo, es muy raro. Sacudí la cabeza.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Estaba sorprendido de lo calmada y tranquila que parecía mi voz.

—Unos quince minutos —dijo Butters—. Encontré algunas vendas y alcohol en el petate del viejo. Tu estómago está ya limpio y cubierto, pero no tengo mucha idea de lo que puedes tener. Debes ir a un hospital.

—Tal vez después —le dije. Me eché hacia atrás y empecé a repasar lo que Lasciel me había proporcionado sobre lo que había visto en el libro. Joder, estaba escrito en alemán. Yo no sabía alemán, pero Lasciel había traducido un libro sobre el Darkhallow. Me parecía como si hubiésemos estado hablando durante una hora o más, pero el tiempo de los sueños y el de la vida real no siempre se corresponde.

La nariz de Butters estaba hinchada. Todavía tenía algo de sangre por la cara, pero resultaba ya como una cuestión de estilismo que le favorecía, especialmente con esos ojos negros. Se acercó y se puso a colocar los vendajes de mi estómago.

—Oye —le dije en voz baja—. Te dije que corrieses. Estaba haciéndome el héroe

y cubriendo la retaguardia. Lo estropeaste todo.

—Lo siento —contestó con tono serio—. Pero... cuando llegué afuera no pude correr. Es decir, quería hacerlo. Realmente quería, pero después de todo lo que has hecho por mí... —Sacudió la cabeza—. Simplemente no podía hacerlo.

—¿Y qué hiciste?

—Di vueltas alrededor del museo e intenté buscar ayuda, pero con toda la lluvia y la oscuridad no había nada por allí. Así que corrí hasta el coche y cogí a Ratón, pensé que tal vez él podría ayudarte.

—Y pudo —le dije—. Y tanto.

El rabo de Ratón se balanceó, chocando con el suelo, y siguió lamiéndome la cabeza. Me di cuenta, débilmente, de que me estaba limpiando las docenas de picaduras de serpiente.

—Pero no podría haberlo hecho sin ti, Butters —le dije—. Me has salvado la vida. Cinco minutos más tarde y yo habría pasado a la historia.

Parpadeó y luego dijo:

—Es verdad, te he salvado la vida.

—Fuiste muy valiente —le dije. Su espalda se puso más recta.

—¿Tú crees? —me preguntó.

—Claro.

—Y mira esto —dijo, señalándose a la cara, con la boca abierta en una dentada sonrisa—, me he roto la nariz, ¿no?

—Completamente.

—Como si fuese un boxeador, o como uno de esos detectives aguerridos.

—Te lo has ganado —le dije—, ¿te duele?

—Muchísimo —dijo, aunque seguía sonriendo. Parpadeó un par de veces, y casi se podía ver cómo funcionaba el engranaje de su cerebro aumentando la velocidad—: No huí. Y peleé contra él. Salté encima de él.

Me quedé en silencio y dejé que lo procesase.

—Dios mío —dijo—. He hecho algo... estúpido.

—De hecho, cuando sobrevives, debes cambiar el adjetivo y decir que has hecho algo valeroso. —Le extendí mi mano derecha y Butters la sacudió, cogiéndola con fuerza.

Miró al cuerpo de Cassius y la sonrisa se desvaneció.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó.

—Está muerto —le dije.

—No me refería a eso.

—Ah —le dije—. Dejaremos aquí el cuerpo. No tenemos tiempo para moverlo. Será un John Doe{15} en los archivos públicos, y probablemente no lo investiguen demasiado. Si conseguimos salir de aquí rápido, no será ningún problema.

—No. Quiero decir... Dios mío, está muerto. Lo hemos matado.

—Desengáñate, soy yo quien lo ha matado. Tú solo intentaste ayudarme. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Tampoco estaba hablando de eso. Me da pena.

—Pues que no te dé —le dije—. Era un monstruo.

Butters frunció el ceño y asintió.

—Pero también era un hombre. O alguna vez lo fue. Estaba muy amargado. Tenía mucho odio. Tuvo una vida horrible.

—Nótese el tiempo pasado —le dije—. «Era».

Butters apartó la vista del cadáver.

—¿Qué fue lo que pasó al final? Hubo una luz y su voz sonó... extraña. Creí que iba a matarte.

—Me lanzó el hechizo de muerte —le dije.

Butters tragó saliva.

—Supongo que no funcionó, ¿no? Quiero decir, estás respirando.

—Funcionó —le dije. Sentí esa magia despiadada agarrándome y hundiéndome—. Creo que no era lo bastante fuerte como para matarme en el acto. Así que se decidió por otra cosa.

—¿Morir solo? —preguntó Butters en voz baja—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé —le dije—. Y no sé si quiero saberlo. —Cogí aire y lo expulsé lentamente. No tenía mucho tiempo para quedarme allí tumbado esperando a recuperarme—. Butters, no tengo ningún derecho a preguntarte esto. Ya estoy en deuda contigo, pero necesito tu ayuda.

—Ya la tienes —me dijo.

—Ni si quiera te he dicho para qué —le dije.

Butters sonrió un poco y asintió.

—Lo sé, pero ya la tienes.

Sentí que mis labios se estiraban y daban paso a una sonrisa.

—Un pequeño asalto y ya estás acostumbrado. Creo que lo próximo que sabré de ti es que has montado un club de lucha. Ayúdame a levantarme.

—No deberías —dijo muy serio.

—No tengo elección.

Asintió, se levantó y me tendió su mano. La agarré y me levanté, esperando tambalearme, o desmayarme, o vomitar, por aquel dolor que sentía. No hice ninguna de esas cosas. El dolor seguía ahí, pero no me frenaba para moverme o pensar. Butters me miraba fijamente cuando sacudió la cabeza.

Encontré mi bastón y lo recogí. Caminé hacia la exposición de Búfalo Bill. Butters cogió la vela y luego él y Ratón empezaron a caminar. Miré alrededor durante un segundo y después tiré de una cuerda larga y pesada que salía de un agujero en la

pared y encendía las luces de la exposición que había en el medio de la sala. Tiré un poco de ella para enrollarla en círculos. En cuanto terminé se la pasé a Butters.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Preparándome —le dije—. He averiguado cosas sobre el Darkhallow.

Butters parpadeó.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Magia —gruñí.

—Vale —dijo—. ¿Y qué has averiguado?

—Que no es un rito. Es un gran hechizo —le dije—. Y que todo depende de que puedan juntar una tonelada de energía espiritual negra.

—¿Como qué? —preguntó.

—Como un montón de cosas. La energía nigromante, que va por ahí animando cadáveres, se manifiesta en sombras. Los espíritus depredadores de los cazadores ancestrales. Todo el miedo que parece estar creciendo desde anoche. Además, durante los últimos años se han vivido unos momentos de turbulencia mágica seria en Chicago. Los discípulos de Kemmler pueden poner esa turbulencia a su disposición también.

—¿Y luego qué?

—Se reúnen y mantienen la energía flotando en un gran círculo. Se crea algo así como un gran torbellino que se va tragando, como un embudo, a quien intente consumir la energía... Y de repente, ¡chas!: ¡un nuevo dios!

Frunció el ceño.

—No es que yo entienda mucho de todas estas cosas mágicas, pero suena peligroso.

—Y tanto que lo es —dije y crucé la habitación hasta un estante con equipamiento de hípica—. Es como intentar inhalar un tornado.

—Joder —dijo Butters—. ¿Y eso cómo nos ayuda?

—Antes de nada, he averiguado que el torbellino es mortal en sí mismo. Acabará con la vida de cualquier ser vivo que se acerque a él.

Butters tragó saliva.

—¿Matará a cuanto lo rodea?

—En un primer momento no, pero cuando el mago que esté en el torbellino haga que el poder descienda, se creará una especie de efecto aspirador en el lugar en el que solía estar la fuerza. El aspirador acabará con cualquier ser vivo que esté a un kilómetro y medio de distancia.

—¡Dios mío! ¡Eso matará a miles de personas!

—Solo si logran terminar el hechizo —le dije—. Cuando llegue el momento, lo menos que puedes hacer es alejarte de allí todo lo posible —comenté—. Pero acercarse al torbellino, la única forma de sobrevivir es rodeándote con energía

nigromántica propia.

—¿Solo de esa con fantasmas y zombis? —me preguntó.

—Exactamente —cogí una montura del estante. Después cogí otra. Colgué ambas en los dos extremos de mi bastón y lo levanté como si fuese el yugo de un labrador, con las dos sillas colgando. Empecé a bajar las escaleras.

—Pero espera —dijo Butters—. ¿Qué vas a hacer?

—Meterme en el centro del torbellino —le dije—. El esfuerzo que requiere este hechizo es increíble. No me importa lo bueno que sea Cowl. Si lo golpeo cuando intente bajar el torbellino, lo desconcentraré. El hechizo se arruinará. El contragolpe lo matará.

—¿Y nadie saldrá herido? —me preguntó.

—Ese es el plan.

Asintió y luego se detuvo de golpe. Sentí su mirada ardiendo en mi espalda.

—Pero Harry. Para llegar hasta ahí vas a tener que invocar a los muertos tú mismo.

Me detuve yo también y lo miré por encima del hombro.

Su mirada mostró que había comprendido la situación.

—Y necesitarás un tambor.

—Sí.

Tragó saliva.

—¿No te buscarás problemas con tu gente por hacer esto?

—Es posible —dije—. Pero es un detalle técnico que debo explotar.

—¿Qué quieres decir?

—Las leyes de la magia se refieren específicamente al abuso de la magia cuando se usa contra seres humanos como nosotros. Técnicamente solo cuenta SI invocas cadáveres humanos.

—Pero tú me dijiste que la gente solo invocaba humanos.

—Sí. Por eso las leyes de la magia solo hablan de la nigromancia cuando utiliza cadáveres humanos, porque casi nunca hace falta especificar. Los chalados de los nigromantes solo pueden invocar humanos y los magos sensatos no practican la nigromancia en absoluto. No creo que nadie haya intentado nada como esto.

Llegamos a la planta principal del museo.

—Va a ser peligroso —le dije—. Creo que podemos hacerlo, pero no puedo prometerte nada, no sé si podré protegerte.

Butters caminó a mi lado unos pasos más con expresión seria.

—No puedes intentarlo sin contar con la ayuda de alguien. Y si tú no detienes esto, el hechizo matará a miles de personas.

—Sí —le dije—. Pero no puedo obligarte a ayudarme. Solo puedo pedírtelo.

Se mojó los labios.

—Puedo mantener el ritmo de los latidos.

Asentí y llegué a mi destino, me bajé el improvisado yugo de los hombros y tiré las dos monturas al suelo. Mi respiración estaba un poco acelerada por el esfuerzo, a pesar de que casi no sentía dolor ni presión.

—Necesitarás un tambor.

Butters asintió.

—Había unos tamtan en el piso de arriba. Voy a por uno.

Sacudí la cabeza.

—El sonido es demasiado agudo. Tu traje de polca todavía está en el maletero del coche, ¿no?

—Sí.

Asentí. Miré hacia arriba. Más arriba. Más arriba y otro destello de luz iluminó a la altísima, pálida y terrorífica Sue, el esqueleto más completo de tiranosaurio que la humanidad haya descubierto jamás.

—Vale, Butters —le dije—, ve a buscarlo.

Cuando llegamos al exterior, la tormenta se había convertido en algo con su propia voluntad despiadada. La lluvia se derrumbaba ciegamente sobre nosotros como una sábana fría. El viento aullaba como una bestia famélica, los relámpagos quemaban el cielo casi continuamente y los truenos que los secundaban eran un rugido constante y atronador. Este era el tipo de tormenta que tiene lugar solo una o dos veces en el siglo y yo nunca había visto nada igual.

Sin embargo, todo aquello no era más que un efecto secundario de lo que las fuerzas mágicas estaban urdiendo en la ciudad. El temor, la tensión, el miedo, la ira de su gente se había fusionado con el poder oscuro que dominaba Chicago bajo la tormenta. La presencia del Erlking (todavía podía oír los ocasionales alaridos entre los rugidos airados de la tormenta) revolvió esa energía aún más.

Me protegí los ojos de la lluvia lo mejor que pude con una mano, mirando hacia el cielo plagado de hilos luminosos. Allí, a pocos kilómetros dirección norte, encontré lo que estaba buscando: una lenta pero masiva rotación en las nubes, una espiral de fuego y aire y agua que rodaban con pesada elegancia a través del cielo.

—¡Allí! —llamé a Butters señalando—. ¿Ves aquello?

—¡Dios mío! —dijo. Se agarró con firmeza a mis hombros con las dos manos y su tambor bajo me golpeó por detrás—. ¿Es aquello?

—Aquello es —gruñí. Me sequé el agua de los ojos y me agarré a la silla de montar para no desequilibrarme—. Está empezando.

—Menudo desastre —dijo Butters. Miró hacia atrás, hacia donde yacían los ladrillos rotos, los escombros y ruinas de la entrada principal del museo.

—¿Ella está bien?

—Solo hay una forma de saberlo —gruñí—. ¡Arre, mula!

Apoyé mi mano izquierda en la piel áspera y rugosa de mi corcel y lo hice avanzar. La silla de montar se tambaleó y me agarré firmemente con mi otra mano para no caerme.

Los primeros pasos fueron la peor parte. El sillín estaba colocado en un bulto nada propio de los caballos. Pero en cuanto mi nueva montaña cogió velocidad, la mole de su cuerpo se inclinó hacia delante, de forma que su espina dorsal quedaba casi en paralelo con el suelo.

No sabía esto antes, pero resulta que los tiranosaurios pueden alcanzar corriendo una velocidad verdaderamente increíble.

Sería más o menos tan grande como un autobús urbano, pero Sue, a pesar de su peso, se movía con fuerza y elegancia. Había concentrado energía cargada de ectoplasma para vestir aquellos huesos tan antiguos, que se habían cubierto de músculos, de piel densa y de un amago de carne sorprendentemente fina y sensible.

Era gris oscura y tenía una marca negra a lo largo de la cabeza y por los costados, casi como un jaguar. Y una vez que le di forma a aquella vasija, localicé y encontré al antiguo espíritu del depredador que lo había reanimado.

Puede que los animales no tengan el potencial que tienen los restos humanos. Pero cuanto más antiguos sean los restos, más magia se puede verter en ellos; y Sue tenía sesenta y cinco millones de años.

Tenía poder. Tenía poder para dar y tomar.

Había instalado las sillas para sentarnos en su espalda, justo en la curva donde se junta el cuello con el cuerpo. Tuve que improvisar cómo atárselas y decidí utilizar las cuerdas para ajustarlas en un lugar fijo. Fue algo peliagudo conseguir que Butters se subiera sin dejar de marcar el ritmo para que no anulase mi control sobre el dinozombi. Pero Butters dio la talla.

Sue emitió un sonido bajo que hizo que los edificios cercanos se estremeciesen sobre sus cimientos y rompió algunas ventanas a su paso, raudo y veloz, por las calles de la ciudad. La lluvia cegadora y la salvaje tormenta habían dejado las calles completamente desérticas, pero, aun así, había terremotos más discretos que aquel pedazo de tiranosaurio. Las calles se sacudían literalmente bajo sus pies. De hecho, dejamos atrás acres de asfalto destrozado.

Y aquí tengo otro dato que estoy seguro que desconocíais sobre los tiranosaurios: no toman las curvas nada bien. La primera vez que intenté girar a la izquierda, Sue osciló hacia un lado y, dada la increíble velocidad a la que iba, perdió el control de su cuerpo y sus músculos dejaron de acatar órdenes. Se montó en la acera y se cargó tres coches aparcados pasando por encima de ellos, tiró dos farolas y golpeó un coche compacto que salió despedido para acabar cayendo sobre su techo. Rompió también todos los cristales de los dos primeros pisos del edificio que había detrás de nosotros cuando su cola se agitaba a izquierda y derecha, en un intento por mantener su cuerpo en equilibrio.

—¡Dios mío! —gritó Butters. Se mantenía colgado de mí, agarrado con las manos, y golpeando alternativamente con una u otra pierna para cada lado, para hacer que sonase el tambor que llevaba a su espalda.

—¡Probablemente estén asegurados! —le grité. Gracias a Dios que las calles estaban vacías esa noche. Tomé nota para cerciorarme de que Sue había bajado un poco el ritmo antes de volver a girar, y mantuve la concentración de mi energía en ella, centrando su atención en la tarea que nos ocupaba en cada momento.

Justo antes de que girásemos hacia el lago Shore Drive, nos cruzamos con un puesto de control de la Guardia Nacional. En unos controles policiales de madera había dos soldados desafortunados con chubasqueros y un par de Hummers armados, con los faros apuntando a conos de luz inútiles en medio de la noche y la tormenta. Cuando Sue corrió hacia ellos, los dos hombres se quedaron boquiabiertos con las

caras pálidas. A uno de ellos se le cayó el rifle de asalto de sus manos entumecidas.

—¡Salid del medio, idiotas! —les grité.

Los dos hombres corrieron para esconderse. El pie de Sue se cargó el capó de uno de los Hummers, machacándolo contra el asfalto y enseguida habíamos dejado atrás el puesto policial y estábamos aporreando nuestro camino en dirección a Evanston.

—Oye —dije mirando hacia atrás por encima del hombro—, me encantaría ver cómo le explican esto a sus superiores.

—¡Has machacado su coche! —gritó Butters—. ¡Eres como una bola demoledora humana! —Hizo un silencio para reflexionar y luego dijo—: Oye, el sitio adonde vamos, ¿está cerca de la casa de mi jefe? Porque el tío no para de hablar de su nuevo Jaguar.

—Tal vez después. Por ahora, mantén los ojos abiertos —le dije—. Es mucho más rápida de lo que creía. Llegaremos en un minuto. —Me agaché bajo la esquina de una valla publicitaria cuando Sue se metió por ahí—. Hagas lo que hagas, no dejes de marcar los latidos con el tambor, ¿me has entendido?

—Bien —dijo Butters—. Si paro, se acabó el dinosaurio.

—No —le corregí—. Si paras, el dinosaurio podrá hacer lo que quiera.

Unos gritos surgieron desde un lado de la calle cuando una pareja de soldados de la Guardia Nacional nos vio pasar. Sue giró la cabeza hacia ellos, volvió a soltar uno de sus alaridos desafiantes y a romper más ventanas. Asustó tanto a los guardias que se cayeron al suelo. Sentí una oleada de hambre poderosísima recorriendo el cuerpo de la bestia que yo había invocado; el animal prehistórico que había convocado del mundo de los espíritus estaba empezando a recordar las cosas buenas de la vida. Volví a tocar el cuello de Sue, enviando una oleada de mi energía hacia ella, tirando de su cabeza hacia atrás con una ruidosa tos de protesta.

En mis oídos resonó el golpe de ese vasto sonido y miré hacia atrás para asegurarme de que Butters se encontraba bien. Estaba pálido.

—Si esta cosa se nos escapa —me dijo—, puede ser un mal asunto.

—Y esa es la razón por la que no debes dejar de tocar el tambor —le contesté. Si Sue se liberaba, no quería ni imaginarme la carnicería que podría llevar a cabo. Quiero decir, ¡cielo santo! Y si no, mira todas las víctimas que murieron absurdamente en *Parque Jurásico II*.

Llegamos a Evanston. Fue la primera zona residencial de las afueras de Chicago y se diferencia de la ciudad básicamente por la presencia de árboles en las calles y porque poseía más casas que rascacielos. Pero teniendo en cuenta que solo está a una o dos manzanas del corazón de la Segunda Ciudad{16} y que tiene árboles y casas, parece más bien un parque acurrucado a los pies de Chicago.

Guié a Sue para girar a la izquierda, con mucha suavidad, hacia Sheridan, aminorando la marcha lo suficiente como para estar seguro de que no hacíamos un

viraje muy brusco en la calle. En cuanto *Sue* se fue adentrando, se apoderó de mí la idea de que aquellas casas eran demasiado frágiles. Madre mía, otro accidente de conducción como el que habíamos tenido en la ciudad, aquí podría significar una casa aplastada en lugar de abolladuras o ventanas rotas. Nos estábamos moviendo con mucha precisión entre personas que estaba intentando proteger, familias, casas con niños y padres, y abuelos, y mascotas. Gente decente, la mayoría, que solo quería vivir en sus casas tranquilamente y a salvo y seguir adelante con sus vidas.

Por supuesto, si no me daba prisa y detenía el *Darkhallow*, cada una de estas casas se inundaría de muerte.

Miré hacia el cielo cuando volvió a iluminarse y no me gustó lo que vi. Las nubes se movían más rápido, por una zona más amplia, y aparecieron unos colores antinaturales y estriados. Estábamos prácticamente bajo su centro gravitatorio.

Dirigí a *Sue* hacia otra calle, y ahí fue cuando sentí el nubarrón de poder arremolinándose por detrás de nosotros. Se retorció contra mis sentidos de mago enviando rayos cosquilleantes de calor y frío y otras sensaciones menos reconocibles que me recorrieron el cuerpo. Me estremecí ante la fuerza desorientadora.

Bajo aquella sensación había resistencia mágica. Mucha.

—¡Mira! —gritó *Butters*, señalando—. ¡Ahí abajo, toda esa manzana es el campus!

Un relámpago volvió a iluminar el cielo cuando encaminé a *Sue* hacia la calle, y fue por encima de la cabeza del dinosaurio que vi a los centinelas luchando por sus vidas en las calles principales.

Estaban en problemas. *Luccio* los había organizado en un grupo ensamblado en torno a un conjunto de... ¡Campanas infernales!, ¡alrededor de un conjunto de niños con llamativos disfraces de Halloween! *Morgan* lideraba el grupo, *Luccio* se hallaba en la retaguardia y *Yoshimo*, *Kowalski* y *Ramírez* se situaban en los flancos.

Mientras miraba descubrí docenas de formas horribles que salían de las sombras y cargaban contra ellos. Vinieron más corriendo tras ellos, emitiendo alaridos de ira desahogada.

Luccio se desplazaba en círculos para enfrentarse a ellos. Y madre mía, de repente descubrí la diferencia entre un mago joven fuerte pero tosco y un maestro de la magia de batalla.

De su mano izquierda salía fuego, no eran gotas de llamas como podría emitir yo, era una delgada aguja de fuego tan brillante que dañaba los ojos al mirarla. Hizo un arco con ella, apretando tirantemente, y cada uno de los zombis que venían detrás de ella cayó al suelo entre chasquidos y sonidos de rotura de huesos y de carne chamuscada. Otra ola surgió después de la primera. *Luccio* atrapó a uno de ellos en una atadura invisible y arrojó al muerto viviente hacia los otros que venían a por ella. Derribó otros tantos, pero un par de zombis consiguieron atravesar su fortaleza.

Luccio esquivó los brazos codiciosos del primero, lo agarró por la muñeca y lo lanzó hacia un lado, golpeándolo con un giro de su cuerpo que me recordó a uno de los movimientos de Murphy. El segundo zombi intentó golpearla en la cabeza con un pesado martillo, pero desenvainó la fina espada que llevaba y le cortó el brazo a la altura del codo. Otro movimiento levantó una oleada de sonido de un poder que sentía incluso a media manzana de distancia. Se trataba de un silbido *que* surgía del acero plateado de su espada, que blandió con ligereza y decapitó al zombi. En cuanto la espada lo tocó, hubo un resplandor y el zombi cayó bruscamente al suelo; la magia que lo había animado se desactivó ipso facto.

En menos de cinco segundos, Luccio había acabado con treinta muertos vivientes y ni siquiera había tenido complicaciones.

Supongo que tampoco se llega a ser líder de los centinelas repartiendo chapitas en la calle.

Mi mirada volvió a dirigirse al lugar donde estaba el resto del grupo y vi a Morgan enfrentarse a otra oleada. Su estilo era mucho más duro y brutal que el de Luccio, pero obtenía resultados similares. Un fuerte pisotón envió una frecuencia a través de la tierra que acabó golpeando a los muertos vivientes y los tumbó como si fueran bolos. Un gesto que hizo con la mano, un movimiento de muñeca y un grito de esfuerzo dieron paso a ondas en el asfalto y en la tierra que hicieron caer a todos los zombis cercanos. Cerró el puño y la tierra se tensó, los hizo retroceder y los tiró al suelo; destrozó y agrietó su camino a través de los trozos de muertos vivientes, arrancándoles la piel a los que todavía estaban animados. Una de esas criaturas todavía se movía, así que Morgan, con mirada desdeñosa dibujada en la cara, desenvainó un sable que llevaba en la cadera, el que utiliza para las ejecuciones de los magos que rompen las leyes de la magia, paró un segundo para coger fuerza y se balanceó, una vez, dos veces, pin, pan, pun, y el zombi se deshizo en no sé cuántos trocitos.

Algunos de los que quedaban lograban escabullirse por un lado u otro. Kowalski golpeó a uno hasta dejarlo en el suelo con una fuerza oculta, mientras, a su lado, Yoshimo, giró la mano y las ramas del árbol más cercano descendieron por propia voluntad, se enrollaron alrededor de la garganta de un muerto viviente y lo levantaron del suelo. Ramírez, que luchaba con una sonrisa en la cara, lanzó algún tipo de energía verde luminosa que nunca antes había visto, y el zombi más próximo a él simplemente se deshizo en lo que parecían granos de arena. Después, se le ocurrió sacar su pistola cuando una segunda criatura se acercaba, y tranquilamente le disparó dos balas en la cabeza, a una distancia de más de tres metros. Seguro que estaba cargada con balas de punta hueca o algo así, porque la cabeza de la criatura explotó como una fruta podrida y el resto se derrumbó agitándose en el suelo.

Ninguno de los zombis se acercó a menos de tres metros de los asustados niños.

Muchos de ellos se materializaban entre la lluvia y la noche, pero Luccio y los centinelas seguían moviéndose con denuedo hacia ellos, quemando, aplastando, rebanando y picándolos en su camino de furiosa obsesión hacia los niños.

Por esta razón probablemente no vieron el chaparrón de golpes que se les venía encima.

Se oía el rugido de un motor que salía de ninguna parte y un viejo Chrysler apareció en la calle. El conductor realizó un giro muy cerrado a la izquierda, en cuanto se acercó a los centinelas y a sus enemigos y la humedad de la lluvia lo convirtió en un patinazo hacia un lado. El coche se precipitó como una enorme escoba de hierro y acero y ninguno de los centinelas estaba mirando hacia ese lado.

Le pegué un grito a Sue y me agarré a la silla de montar.

El coche resbaló produciendo un gran oleaje con el agua de la calle.

La cabeza de Ramírez se giró para mirar alrededor, vio el coche y lanzó una voz de alerta. Pero era demasiado tarde para apartarse de su camino. El grupo todavía recibía ataques y a las creaciones sin cerebro que los asaltaban no les preocupaba nada su supervivencia. Ellos seguirían luchando, e incluso si los centinelas se pusiesen a correr hacia el coche, jamás sobrevivirían mientras les atacase la muchedumbre de muertos vivientes en medio de aquel caos. En un fogonazo de perspicacia me di cuenta de que esta era la misma técnica que había usado Grevane en mi apartamento: sacrificaba sin piedad a sus subordinados para acabar con el enemigo.

Todos los demás se giraron hacia el coche que se acercaba.

Los músculos de las piernas de Sue se tensaron y la montura se tambaleó. Una de las niñas pequeñas gritó.

Entonces, el tiranosaurio apareció de un salto en el lugar en el que los centinelas eran asediados. Sue aterrizó apoyando una pata, llena de garras, en la calle y la otra directamente en el capó del Cadillac, como un halcón cazando un conejo. Hubo un chillido ensordecedor y metálico, se rompieron los cristales y la silla volvió a tambalearse.

Me incliné para ver lo que había pasado. El capó del coche y el motor habían sido reducidos a un trozo de metal de medio metro. Incluso mientras yo miraba, como si fuese un pájaro curioso, Sue abrió sus enormes mandíbulas y le arrancó el techo.

Dentro estaba Li Xian, vestido con una camisa negra y pantalones. La frente del necrófago tenía un enorme corte y un hilo de sangre verdinegra le salía por un lado de la cabeza. Tenía los ojos en blanco y algo idos; debía de haberse golpeado la cabeza con el volante o con la ventana cuando Su e detuvo de manera brusca su coche deslizante.

Li Xian sacudió la cabeza e intentó salir del coche. Sue volvió a gruñir y el sonido debió aterrorizar a Li Xian, porque sus extremidades empezaron a temblar con

espasmos y se cayó al suelo. Sue se inclinó otra vez, con la boca entreabierta, pero el necrófago rodó hasta meterse bajo el coche y ocultarse de ella. Sue golpeó el coche y le dio unas tres o cuatro vueltas de campana calle abajo.

El necrófago dejó salir un grito y se quedó mirando a Sue, muerto de miedo, cubriéndose la cabeza con las manos.

Sue se lo comió de un bocado. ¡Zasca! ¡Ñam! Se acabó el necrófago.

—¿Pero qué ha sido eso? —gritó Butters con voz aguda y altamente asustada—. ¿Se puso a cubrirse la cabeza con las manos? ¿Este tío no vio lo que le pasó al abogado de la película?

—Aquellos que no aprenden las lecciones de historia están condenados a repetirlas —le contesté haciendo girar a Sue—. ¡Agárrate!

Dirigí al dinosaurio hacia el río de zombis, siguiendo los pasos de los centinelas y dejándola que se encaminase hacia la ciudad. Sue masticó, pisoteó y zarandeó zombis desde cuatro metros de altura con los balanceos y soplidos de su hocico. Su cola lanzó a un zombi, con una pinta particularmente siniestra, contra la pared de ladrillos del edificio más cercano, y el zombi recibió una sacudida tan fuerte, y era tan fangoso, que se quedó pegado a la pared como un imán de la nevera, con los brazos y las piernas extendidos.

Dirigí a Sue hacia el edificio e hice que descendiera hasta el suelo.

—Ven, pero sigue tocando el tambor —le dije a Butters.

Nos bajamos de las sillas y corrimos un par de pasos bajo la pesada lluvia hacia la puerta en la que estaba Luccio.

—¡Hola! —les dije—. Siento llegar tarde.

Luccio se quedó mirándome durante un momento y luego miró al dinosaurio. Sus ojos reflejaban asombro, enfado, gratitud y repugnancia.

—Yo... *Dio*, Dresden, ¿qué es lo que has hecho?

—No es un mortal —le dije—. Es un animal. Ya sabes que las leyes están ahí para proteger a nuestros colegas magos y a los mortales.

—Es... —Por su cara parecía que iba a vomitar—. Es nigromancia —me dijo.

—Es necesario —le dije y mi voz sonó áspera—. Levanté un dedo para señalar—. ¿Has visto el tornado que se está formando?

—Sí, ¿qué es eso?

—Es la magia negra. La gente de Kemmler ha sido convocada y van a devorar las sombras que puedan conseguir, y si lo consiguen y uno de ellos se convierte en un dios...

Los ojos de Luccio se abrieron de par en par mientras se lo imaginaba y lo iba comprendiendo.

—Será como una aspiradora —dijo ella—. Arrastrará a su interior toda la magia. Arrastrará vidas.

—Eso es —le dije—. Y ellos estarán allí, justo bajo el torbellino. Pero si alguien tratase de entrar ahí sin un campo de energía nigromántica a su alrededor, el tornado se lo tragaría de golpe antes de que pudiera acercarse lo suficiente. Necesitamos entrar ahí para detenerlos. Esa es la razón por la que he cogido prestada a la criaturita. Así que no me vengas con gilipolleces de las leyes de la magia, o por lo menos espera a después, porque hay demasiadas vidas en juego.

La ira se asomó por su cara y abrió la boca. Luego frunció el ceño y la volvió a cerrar.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Del libro de Kemmler —le dije.

—¿Lo has encontrado?

Hice una mueca.

—Brevemente. Grevane se me abalanzó y me lo arrebató.

Butters seguía la conversación como si fuese un partido de tenis, marchando en el mismo sitio y sin avanzar, para que así el traje de polca continuara emitiendo el golpeteo.

Luccio parpadeó mientras lo examinaba y luego cogió aire profundamente y dijo:

—¿Y este quién es?

—El batería que necesitaba para llevar esto a cabo —le dije—. Y un buen amigo. Me ha salvado la vida esta noche. Butters, ella es Luccio. Jefa, este es Butters.

Luccio hizo una breve inclinación de cabeza hacia Butters y él agachó la cabeza tímidamente como respuesta.

—¿Dónde habéis encontrado a esos niños?

Hizo una mueca.

—Este edificio es un complejo de apartamentos. Llegamos aquí justo cuando los primeros zombis aparecieron. Uno de los padres no paraba de gritar que los niños estaban en una fiesta de Halloween en un edificio del campus. Llegamos demasiado tarde para salvar a la mujer que los cuidaba, pero por lo menos logramos salvar a los niños.

Me mordí el labio inferior estudiando a la centinela.

—¿Tenéis que acabar con unos magos malvados y paráis en el camino para apartar a esos niños de la línea de fuego? Pensaba que los centinelas habrían eliminado primero a los malos para después poner a salvo a los civiles.

Levantó la barbilla y me miró con una ceja arqueada.

—¿Esa es la opinión que tienes de nosotros?

—Sí —le contesté.

Frunció el ceño y miró hacia abajo, a la empuñadura de su espada.

—Dresden... los centinelas, en general, no están interesados en sentimientos como la compasión o la empatía. Pero en este caso eran niños. No estoy orgullosa de

todo lo que he hecho como centinela. Pero me arrojaría a los demonios antes que dejar a un niño morir.

Fruncí el ceño.

—Lo harías —dije pensativamente—, ¿verdad que sí?

Me sonrió un poco, su pelo gris estaba todo pegoteado a su cabeza, por culpa de la lluvia y eso dejaba al descubierto sus múltiples patas de gallo.

—No todos somos como Morgan. Pero incluso él jamás ha dado la espalda a un niño en peligro. A veces puede ser muy tocachuevos, pero es un guerrero excepcional. Y bajo todas sus imperfecciones, es un hombre decente.

La puerta del edificio se abrió de golpe y Morgan entró empuñando la espada con ambas manos.

—¡Te lo dije! —le espetó ferozmente a Luccio—. ¡Te dije que se volvería en nuestra contra! la última violación de las leyes deja muy claro lo que he estado diciendo todo este tiempo... —Su voz empezó a quebrarse despacio cuando me vio de reojo y se dio la vuelta para comprobar que estaba allí de pie, con Sue tumbada a un par de metros de distancia.

—Sí —le dije a Luccio, y mi voz era lo único seco de mí—. Ya veo a qué te refieres.

—Morgan, ha encontrado el libro. —Me miró—. Cuéntaselo.

Le expliqué a Morgan todo lo que había averiguado. Frunció el ceño mirándome con gran desconfianza, pero cuando llegué a la parte en la que miles de personas morirían si no conseguíamos detener el hechizo, en su cara se dibujó la preocupación primero y más tarde la determinación. Me escuchó sin interrumpirme.

—Necesitamos llegar al centro del hechizo —terminé—. Tenemos que atacarlos en cuanto intenten descenderlo.

—Es imposible —dijo Morgan—. Me acerqué lo bastante como para echar un vistazo cuando fuimos a rescatar a los niños. Están en un pequeño merendero con mesas que hay entre los edificios. Hay varios cientos de cadáveres animados en camino.

—Para eso —dije inclinando mi cabeza hacia Sue—, he traído yo también un cadáver animado, para defendernos esta noche. Con ella abriré paso.

Morgan se quedó mirándome durante un segundo y luego asintió, la idea fue despejando sus pensamientos a toda velocidad.

—Vale. Entonces debemos intentar derribarlos cuando terminen el hechizo. Eso les dará tiempo suficiente para que se traicionen entre sí y cuando lleguemos y perturbemos el desarrollo de algo tan poderoso, el contragolpe probablemente los mate.

—De acuerdo —dijo Luccio—. ¿Cómo está Yoshimo?

—Ramírez dice que tiene el muslo desgarrado —gruñó Morgan—. No está en

peligro, pero no podrá luchar más esta noche.

—¡Maldita sea! —dijo Luccio—. Tenía que haber derribado a aquel antes de que entrase.

—No, jefa —dijo Morgan implacablemente—. Ella nunca debió haber utilizado la espada en una situación como esa. Es una esgrimista mediocre, en el mejor de los casos.

—¡Madre mía, Morgan, qué cariñoso eres! —le dije.

Me echó una larga mirada y la espada vibró bajo sus manos.

Luccio extendió la mano entre nosotros dos con un gesto de absoluta autoridad.

—Caballeros —dijo en voz baja—. Dejen eso para más tarde, no tenemos tiempo.

Morgan respiró profundamente y asintió.

Me crucé de brazos y mantuve el ceño fruncido, pero no había sido yo al que le había salido el punto violento. Bien hecho, Dresden.

—He terminado con el batería de Grevane, y Sue se acaba de comer al compinche necrófago —les dije—. Lo que quiere decir que ahora quedamos nosotros, esos dos, Cowl y su ayudante.

—Cuatro de ellos y cinco de nosotros —dijo Morgan.

Luccio hizo una mueca.

—Podría ser peor —admitió—. Pero solo tú y yo tenemos algo de experiencia en este tipo de batalla. —Levantó la vista hacia mí—. No te ofendas, Dresden, pero eres muy joven y no has vivido este tipo de duelos antes, aunque aun así tienes más experiencia que Ramírez o Kowalski.

—No me ofendo —le dije empezando a tiritar bajo la lluvia—. Preferiría estar en casa en la cama.

—Morgan, por favor, avisa a los demás centinelas y que entren aquí. Después coloca a Yoshimo en algún punto desde el que pueda vigilar la puerta principal y defender el edificio. Si las cosas no salen bien, tal vez necesitemos un lugar donde resguardarnos.

—Si las cosas no salen bien —le dije—, no vamos a tener que preocuparnos por eso. Morgan sacudió la cabeza mirándome.

—Ahora vuelvo.

Me quedé allí parado durante un momento. Un zombi hecho polvo subía por la acera. Me acerqué de nuevo a Sue y toqué su costado y sus pensamientos, y ella movió el rabo, golpeando lo que hubiese en la oscuridad de su camino.

Después me volví hacia donde estaba Luccio.

—Es increíble —dijo en voz baja, mirando a Sue—. Dresden, este tipo de magia es una abominación. Tal vez sea algo necesario esta noche, pero es igualmente espantoso. Y aun así, míralo, es increíble.

—Y también es muy buena machacando zombis —le dije.

—Y tanto. —Volvió a mirar hacia el cielo—. ¿Cómo vamos a saber que están bajando la energía?

Empecé a hablar:

—Tienes tantas posibilidades de adivinarlo como yo... —Pero no me dio tiempo a acabar la frase cuando, de repente, las nubes empezaron a rodar y a revolverse y, de pronto, empezaron a acelerarse en una espiral gigantesca. Aparecieron más fogonazos y me mostraron la forma turbia de lo que parecía un tornado de trazos finos y oscuros, que se desprendió de las nubes y empezó a descender hacia el suelo.

Me puse tenso y asentí.

—Ahí lo tienes —le dije—. Están empezando ahora mismo.

—Muy bien —dijo Luccio—. Entonces tenemos que ponernos en camino inmediatamente. Quiero que tú...

A Luccio no le dio tiempo a decirme lo que quería que hiciese yo, porque la tierra empezó a hervir de repente, retorciéndose con grandes masas de luz verdosa que se desprendía del suelo. Fueron cogiendo forma según emanaba de la superficie, primero eran vagamente humanos y luego se fueron convirtiendo en imágenes de lo que parecían hombres de las tribus amerindias. Conforme fueron dibujándose sus bocas, iban dando salida a gritos y alaridos de emoción y furia, y armas fantasmas fueron apareciendo en sus manos: lanzas, hachas, garrotes y arcos.

Uno de ellos se giró y me lanzó al pecho una lanza translúcida y brillante. Apenas tuve tiempo para pensar, pero mi brazo izquierdo se levantó y mi carbonizado brazalete escudo explotó en una nube de chipas azules y blancas, y enseguida la lanza se deshizo en verdes y coléricas llamas contra mi escudo. Oí un grito breve tras de mí y me agaché para esquivar el balanceo de un hacha espectral, cuyo controlador flotaba por encima de mí. Me lancé hacia delante y rodé, volviendo con mi escudo preparado. Mi voluntad se concentró en mi bastón y provocó que los sellos tallados a lo largo de él se encendieran con fuego plomizo.

Un fantasma amenazó a Luccio con un garrote y, aunque rodó al recibir el garrotazo, se llevó un buen garrotazo en la mandíbula y la boca. Recuperó el equilibrio, se inclinó para esquivar un segundo golpe, y una vez más desenvainó la espada plateada de centinela que llevaba en la cadera. De nuevo, el filo silbó con ese poder que ya había sentido antes, y Luccio le propinó una estocada limpia al espectro: la hoja atravesó inmaculadamente su corazón. El espectro se retorció de dolor y después simplemente explotó en destellos de luz enfermiza, dando paso a globos de ectoplasma. Luccio volvió a guardar su espada y giró sobre sus talones para enfrentarse a dos más de los espíritus cuasi sólidos.

Bloquéé un segundo hachazo con mi escudo mientras buscaba nervioso a Butters. Lo encontré a unos cinco metros, a gatas en el paso de peatones, con las piernas todavía golpeando sin tregua el tambor. Tres de los fantasmas se le estaban acercando

gritando con furia e ira.

—¡Butters! —grité y me levanté para ir hacia él, pero otros dos espectros se cruzaron en mi camino y me obligaron a agazaparme bajo mi escudo. Solo podía mirar lo que estaba ocurriendo y cómo los tres muertos vivientes se iban aproximando a Butters para atacarlo.

Butters se sacudía salvajemente, con los ojos en el suelo, evidentemente sin saber lo que se le venía encima. Uno de ellos agitó con las dos manos un garrote y Butters se llevó una mano a la boca y luego se volvió a caer al suelo. El arma espectro se balanceaba con una limpia y letal elegancia, directamente dirigida hacia la cabeza de Butters.

Y, de repente, se destrozó contra la cortina curva de un círculo de poder.

Butters miró hacia arriba, a los fantasmas, mientras fracasaban en su Intento traspasar el círculo. Tenía el trozo de tiza que yo le había dado en una mano y había rasgado con los dientes el pequeño corte que ya había usado antes. Se levantó y siguió batiendo el tambor y con el pulso tembloroso levantó el dedo pulgar para mostrarme que estaba a salvo.

—¡Muy bien, Butters! —le grité—. ¡Quédate ahí!

Asintió, completamente pálido y siguió marchando en el lugar para mantener ritmo del tambor.

Agité mi bastón ante un espectro y lo golpeé. El guerrero fantasma reaccionó como si le hubiese atizado con un pesado ladrillo. Era muy curiosa la sensación golpe, aunque no era igual que cargar contra un cuerpo sólido, con el típico golpe que retumba, seguía teniendo algo de impacto. Sabía, por lo que había visto, que espectros habían salido de la tierra y que solo eran parcialmente materiales. Un impacto material tendría muy poco efecto en ellos y la fuerza que mi brazo adquiriese con el balanceo no significaba nada para ellos. Pero el poder de energía que había concentrado y que ya tenía preparado en mi bastón, era otra cosa. Esa energía era frente a la cual los espectros reaccionaban y aproveché mi ventaja, agitando mi bastón a través de la cabeza y la barriga del espectro en dos golpes distintos, haciendo que la aparición se desintegrara con gritos de dolor.

Durante el tiempo que me llevó hacer eso, Luccio se había despachado cinco más de los espectros con el poder de su espada de centinela, que tan bien le funcionaba. Me miró, con los ojos muy abiertos y levantó un dedo señalando. Gruñó una palabra y otro punzante y amenazador disparo de fuego pasó rozando mis hombros, a unos veinte centímetros de mi oído derecho. Hubo otro alarido y me giré para descubrir que otro espectro pretendía abalanzarse sobre mi espalda, consumido en fuego rojizo.

Sentí que una fiera sonrisa se apoderaba de mi cara y me di la vuelta para asentir y agradecerse a Luccio. En ese momento descubrí a la habitacáda-veres saliendo bajo un velo de magia y agitando su *tulwar* tras la espalda de Luccio.

—¡Comandante! —grité.

El brazo en el que Luccio llevaba la espada hizo un barrido a su alrededor, con el filo en paralelo a su espina dorsal dibujó alrededor de ella un círculo y evitó el ataque de la habitacadáveres sin ni siquiera darle la cara. Luccio saltó hacia delante como un gato y se giró en el mismo lugar, pero la habitacadáveres la redujo con su ataque y consiguió que la comandante de los centinelas retrocediese unos pasos.

La joven cara de la habitacadáveres dibujó una sonrisa amplia y maniaca, los hoyuelos se marcaron en sus mejillas y su pelo rizado volaba salvajemente alrededor de su cabeza mientras contraatacaba. Llevaba un pequeño tambor de algún tipo de piel atado a la cintura con una cuerda y lo golpeaba con ritmo rápido con una mano, mientras peleaba con la otra. Una nube fresca de espectros se arremolinó para socorrerla y una flecha voladora dibujó una línea roja en una de las mejillas de Luccio.

Gruñí desafiante, blandí mi bastón y grité:

—¡*Forzare!*

Una lanza de energía oculta se dirigió a la habitacadáveres, pero la nigromante saltó hacia atrás y la esquivó. Chilló unas palabras en una lengua desconocida y media docena de espectros se precipitaron a por mí.

Desplegué mi escudo, pero pronto no pudo soportar la presión, ni siquiera aguantar los repetidos ataques de los espectros, que seguían rodeándome y atacándome. Si me hubiese mantenido firme me habrían matado, y por mucho que quisiese ayudar a Luccio no tenía otra elección que ir retrocediendo paso a paso, hasta que mis hombros tocasen el costado de Sue.

Pero mi ataque a la habitacadáveres había permitido a Luccio hacer lo que necesitaba para ponerse a la defensiva, ya que le había dado tiempo a reponerse del efecto sorpresa. Se deshizo de dos espectros más con agujas de llamas y desdeñosamente recibió otro corte del *tulwar* de la habitacadáveres. Por fin pudo dar comienzo a la batalla con la nigromante, con la capa gris agitada por el viento de la tormenta, presionándola con fuerza con la estocada plateada y haciendo retroceder a la habitacadáveres paso tras paso.

Dejé caer el bastón y con mi mano descubierta me agarré a la piel de Sue. A pesar de que el dinosaurio parecía una bestia viva, era solo una apariencia. Su propia carne estaba confeccionada con el mismo ectoplasma del que estaban hechos los espectros que había allí, simplemente había vertido un poco más de energía en ella para hacerla parecer más sólida. Pero era del mismo material que el resto de los espectros y eso significaba que podía hacerles daño.

El tiranosaurio se revolvió y chasqueó su mandíbula hacia un lado. Cuando la cerró tenía un espectro dentro; lo redujo a luz desteñida y trozos de mugre. Se impulsó para ponerse de pie y buscó a su alrededor al próximo espectro. Este cogió

un arco y disparó una larga y resplandeciente flecha verde que se clavó en el músculo de su cuello y le hizo soltar un grito de dolor, a pesar de que la flecha no era más que un aguijón de avispa. Una garra apareció desde arriba y aplastó al segundo espectro. Los otros empezaron a gritar y a gemir con miedo e ira y se desplegaron para atacar a Sue, mientras el dinosaurio agitaba su cola y buscaba a su próxima víctima.

Vi cómo Luccio acorralaba a la habitacadáveres en la esquina del edificio, fuera de mi vista. Les había dado a los espectros un problema mayor del que preocuparse y fui tras Luccio.

—¡Harry! —gritó Butters señalando.

Miré hacia lo alto del edificio y oí niños gritando desde el interior. Alguien, creo que fue Ramírez, gritó:

—¡Bajad!, ¡bajad!

En las ventanas aparecieron destellos de luz verde arremolinándose. Oí a Morgan gritar desafiante y un estridente ruido retumbó. Los centinelas que allí había también estaban siendo asediados.

—¡No te muevas! —le dije y corrí tras Luccio.

Por detrás del edificio había una oscuridad demasiado densa y no se veía nada bien, pero en un fogonazo distinguí a Luccio realizando otra embestida; su técnica era preciosa, la pierna de atrás se estiraba hacia delante, la espalda recta, la espada hacia delante y con la fuerza de todo el peso de su cuerpo tras el furioso filo de su arma. Luccio sabía lo que estaba haciendo. Clavó la punta de la hoja bajo el *tulwar* de la habitacadáveres y la punta se hundió en la nigromante, justo bajo las costillas flotantes. La sonrisa de lunática de la habitacadáveres no desapareció en ningún momento.

El resplandor se apagó y oí un grito breve y ahogado.

Cogí el pentáculo de mi madre con una mano y lo levanté, tratando de que me iluminase. Una luz azul y plateada llenó el espacio que había entre los edificios. Vi a Luccio plantar bien los pies en el suelo, retorcer la espada despiadadamente y extraerla.

La habitacadáveres cayó de rodillas. Se miraba el pecho y presionaba con fuerza sobre su herida. Volvió a mirar hacia arriba para fijarse en Luccio y luego en mí. En sus ojos se atisbaba la confusión y se fue desmoronando lentamente hacia un lado para, finalmente, caer sobre la hierba.

—Excelente —dijo Luccio, dándose la vuelta. Descubrió sangre en el filo plateado de su espada y se quedó observándola un momento, luego emprendió la marcha, con pasos resueltos, hacia el otro lado del edificio de nuevo—. Vamos, mago, no hay tiempo que perder.

—¿La vas a dejar ahí?

—Está acabada —dijo Luccio con dureza—. Vamos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Me echó una mirada desafiante.

—Perfectamente. Todavía nos faltan Grevane y Cowl. Tenemos que encontrarlos y matarlos. —Su mirada se dirigió hacia las nubes que giraban en espiral sobre nuestras cabezas—. Y rápido. Tenemos muy poco tiempo. Date prisa, idiota.

Me quedé allí quieto durante un segundo, mirando la espalda de Luccio. Levanté el pentáculo y me fijé en el cuerpo de la habitacadáveres, que yacía sobre un costado, bajo la lluvia. Se retorció un poco, tenía los ojos muy abiertos, con la mirada perdida y la cara completamente pálida.

De pronto sentí mucho miedo y el estómago me dio un vuelco.

Di la vuelta al edificio con mi 44 en la mano, apuntando a Luccio a la nuca, le quité el seguro y grité con voz áspera y severa:

—¡Habitacadáveres!

Luccio se bamboleó y movió la cabeza para mirarme. En sus ojos descubrí una brutalidad que jamás habría podido pertenecer a la comandante de los centinelas.

Sentí el primer tirón de la visión del alma, pero ya había tomado la decisión en el momento en que mi voz hizo tambalear su equilibrio. Abrió la boca y vi la locura de la habitacadáveres haciendo girar los ojos de Luccio y, de repente, noté la oscura tensión que producía al concentrar su fuerza.

No llegó a hacerlo. En ese mismo segundo de duda, la habitacadáveres estaba convencida de que su disfraz la protegería y tenía la mente ocupada pensando en cuál sería su próximo paso y no en preparar la maldición por su muerte. La bala de mi 44 penetró justo bajo su pómulo.

La cabeza se le fue, primero hacia atrás y luego hacia adelante. Era cierto que se trataba del cuerpo de Luccio, pero la expresión de impacto y sorpresa cuando el cuerpo robado cayó al suelo en cuanto le flaquearon las piernas, era de la habitacadáveres.

Oí un grito quedo y sofocado.

Miré hacia arriba para descubrir a Morgan, en la puerta del edificio con la espada en la mano. Miró hacia el cadáver de Luccio y susurró:

—Comandante...

Lo miré durante un segundo y busqué las palabras.

—Morgan, esto no es lo que parece.

Los ojos de Morgan se alzaron y se clavaron en mí, la ira se apoderó de su cara.

—Tú... —Su voz sonaba amenazadoramente tranquila. Desenvainó la espada, la puso en guardia y salió a la lluvia. Su voz sonaba cada vez más iracunda mientras el suelo, el puto suelo, empezó a sacudirse—. ¡Asesino! ¡Traidor!

Oh, mierda.

Morgan lanzó su puño contra mí, gritando en griego o algo parecido, mientras las auténticas rocas de la tierra se ponían de acuerdo para lanzar una onda hacía mí a una velocidad vertiginosa.

Jamás había luchado contra la magia de la tierra tan en serio antes, pero sabía lo suficiente como para no querer ponerme en su camino. La pistola volvió a mi bolsillo y cogí mi bastón con una mano para correr hacia el árbol más cercano. Clavé el bastón en la tierra a mi paso, concentrando mi energía y grité:

—¡*Forzare!*

Una fuerza oculta salió de la tierra tras de mí y me la arrojó de soslayo. Golpeé las ramas de un árbol a unos tres metros del suelo y me las arreglé como pude para agarrarme a una. Lo conseguí, y aunque el árbol se sacudió como si lo estuviesen cortando con una sierra gigante, la ola de poder pasó por debajo de mí, joder, y no me tragó hacia dentro de la tierra, ni me aplastó ni nada así. Estaba seguro de que Morgan no pretendía hacerme nada menos cruel que aquello.

Morgan soltó un alarido de rabia y se lanzó contra mí, con la espada en la mano. Sacudí las piernas y no llegó a alcanzarme los tobillos, aunque por muy poco. Gruñó iracundo y agitó la espada plateada de los centinelas bruscamente, produciendo un silbido bajo y golpeando el tronco del árbol, con un movimiento de concentración y fuerza que me recordó a las películas de Kurosawa. Se produjo un fogonazo cuando la espada cortó el tronco del árbol y el calor de toda esa fuerza prendió fuego en los dos extremos del corte antes de que el árbol empezase a derrumbarse.

Salté sobre un claro y me dejé rodar mientras el árbol caía en plena calle y Morgan se apartaba de la trayectoria como una flecha, intentando dar la vuelta al árbol para matarme.

—¡Morgan! —grité—. ¡Pero tío, por Dios, que no era Luccio!

—¡Mientes! —gruñó Morgan y dejó de perseguirme alrededor del árbol para simplemente trepar por él con la espada en la mano, gritando una y otra vez mientras cortaba ramas como si fuesen paja.

—¡Era la habitacadáveres! —le grité—. ¡La robacuerpos! ¡Dejó que Luccio la matara y luego se cambió de cuerpo!

Su repuesta fue un alarido incoherente. Apuró los últimos pasos más rápido de lo que yo me pudiese Imaginar y me amenazó con la espada. Saqué mi escudo y desvié el impacto, pero el golpe cayó dolorosamente contra mi costado izquierdo. Había algo más que fuerza física tras la espada. Di marcha atrás y me lancé a la calle, donde muchos más zombis me vieron y se dirigieron hacia mí. Los espectros serpenteaban y se movían sin mucha determinación ahora que su tambor ya no sonaba y la habitacadáveres estaba muerta.

—¡Morgan! —grité—. Puede que Luccio todavía esté viva, pero necesita ayuda, ¡y rápido! ¡No podemos hacer esto!

—¡Más mentiras! —murmuró. La espada en sus manos zumbaba igual que lo había hecho la de Luccio y la giró hacia mi escudo.

Se oyó un grito estremecedor que retumbó más en mi cabeza que en mis oídos. No sé cómo describirlo, pero puedo decir que comparado con aquello, el acoplamiento acústico es algo de lo más agradable y musical. La fuerza que contenía la espada plateada golpeó mi escudo defensivo y directamente lo deshizo, lo derribó, de forma que toda la energía que había en él salió volando en todas direcciones, mientras que un dolor intenso y cosquilleante recorrió mi brazo izquierdo, por donde llevaba el brazalete.

Morgan me atacó concienzudamente en cuanto hubo destruido mi defensa con el leve destello de su espada, pero su primer golpe, dirigido a mi sien, pasó rozándome la cabeza. Le arrebaté la espada con un golpe de mi bastón y vi una rápida expresión de sorpresa que recorrió su cara brevemente. Recuperó el equilibrio y corrió hacia mí, eludiendo ese segundo vital necesario para iniciar un movimiento. Morgan me maldijo y me persiguió, pero yo estoy en forma, especialmente para alguien de mi talla, y no es que Morgan fuese precisamente un chaval.

Le saqué un metro o metro y medio de ventaja antes de que mis piernas se volvieran repentinamente débiles, inestables y prácticamente me cayese al suelo. Quería gritar por la frustración. Sin embargo, aunque no sentía todo el dolor que mi cuerpo estaba sufriendo, seguía herido y debilitado. No había manera de que pudiese correr más que él, pero sí conseguí llegar hasta donde estaba mi dinosaurio, nerviosamente ocioso después de haber despejado la zona de espectros. Me acerqué lo suficiente como para tocarla y golpearla en el costado, desesperado por hacer llegar mis intenciones a aquel cerebro minúsculo. Sin duda, los nigromantes más espabilados tenían formas para transmitir sus órdenes en la distancia, pero yo era nuevo en esto y no tenía ninguna intención de refinar mi técnica en un futuro próximo.

Sue dio vueltas alrededor, mientras Morgan intentaba atacarme. Incliné la cabeza, abrió la boca y soltó un alarido desafiante.

De Morgan se podría decir cualquier cosa, pero no era un cobarde. Mas el alarido de un tiranosaurio cabreado es suficiente para hacer dudar durante un segundo o dos a cualquier mamífero. Se tropezó sobre sus talones, todavía sosteniendo la espada en la mano izquierda y miró a Sue y luego a mí. Cogió aire profundamente y luego extendió su mano derecha, de la que salió un zumbido profundo que sacudió el aire que rodeaba su mano.

—No —dijo en voz baja—. Ni siquiera esta criatura te salvará de la justicia esta vez, Dresden. Aunque tenga que morir en el intento.

Me quedé mirando a Morgan, la misma frustración y el mismo miedo, de repente, me llevaron a la comprensión. Siempre había dado por hecho que el odio irracional que me tenía Morgan era algo personal que era algo que sentía única y exclusivamente hacia mí. Siempre había considerado que por alguna razón, la persecución de Morgan era el resultado de la enemistad política y filosófica de algunos miembros del Consejo Blanco, que él no era más que un títere de algún alto cargo de aquel tinglado.

Pero los políticos no son buenos kamikazes. Ese tipo de entrega es propia de los fanáticos y los lunáticos. Por primera vez, me planteé que tal vez el odio de Morgan no estaba dirigido hacia mí personalmente, si no a todos aquellos que él consideraba violadores de las leyes de la magia, asesinos y traidores. Conocía a muchas personas que se enfrentarían a la muerte, se entregarían a ella, antes de renunciar a sus principios. Karrin Murphy era una de ellas, y la verdad es que también era amigo de casi todas las demás.

Al final del día, Morgan era un policía. Trabajaba para un cuerpo distinto de la ley, por supuesto, y bajo un conjunto distinto de directrices, pero sus deberes eran los mismos: perseguir, combatir y detener a aquellos que violasen las leyes existentes para proteger a todas las personas. Había pasado más de un siglo siendo policía y luchando contra algunas de las pesadillas más terribles del planeta. Pensar en él de esa manera, de repente, me hizo entender de otra manera el carácter de Morgan.

Había visto policías muy quemados antes. Habían trabajado durante mucho tiempo cara a cara frente al peligro y la incertidumbre de preservar la ley y proteger a las personas ante los crímenes, solo para acabar viendo que las víctimas y las leyes que debería haber protegido se rompían, quebrantaban y pisoteaban una y otra vez. Esta situación solía darse con aquellos policías que se preocupaban de verdad, esto solo les pasaba a los que creían en lo que hacían, aquellos que ponían pasión por marcar la diferencia en el mundo. En algún momento del camino, su pasión se transformaba en ira embotellada. La rabia fermentaba hasta convertirse en un odio más amargo. Y después, el odio se alimenta de sí mismo, volviéndose contra ellos durante años, incluso décadas, hasta que solo quedan la cáscara de hierro helado y un odio aún más frío.

No sentía desprecio por los polis quemados. Tampoco me suscitaban irritación. Todo lo que podía sentir hacia ellos era pena y empatía por su dolor. Habían vivido demasiado en su batalla diaria contra los criminales. Diez, veinte o treinta años siendo testigos de los aspectos más monstruosos de la humanidad los acababa por convertir en víctimas andantes de la guerra.

Y Morgan llevaba en la batalla más de un siglo.

Morgan no me odiaba. Odiaba a los malos. Odiaba a los magos que abusaban del poder que él utilizaba para proteger a los demás. Cuando me miraba no veía a Harry

Dresden. Solo veía atrocidades y tragedias que habían ardido en su mente y en su corazón. Lo entendí. No me convertía en alguien como él, pero podía entender el dolor que le hizo perseguirme.

Por supuesto, mi sensibilidad y mi empatía eran completamente irrelevantes, porque no servían para detenerlo. Si me atacaba, no iba a tener más opciones.

—Morgan —dije con tono áspero—. Por favor, no lo hagas. No podemos dejar que la habitacadáveres nos divida. ¿Es que no lo ves? Esa era su intención cuando adoptó el cuerpo de Luccio.

—Traidor —gruñó—. ¡Mentiroso! Rechiné los dientes.

—Tío, por el amor de Dios, miles de personas están a punto de morir.

Torció la boca y dejó los dientes a la vista.

—Y tú serás el primero.

Si me volvía a atacar, no tendría otra opción que pelear y él era, por lo menos, tan fuerte como yo, y tenía muchísima más experiencia, por no hablar del hechizo de la espada plateada que tenía en su mano. Si no lo mataba lo bastante rápido, me mataría. Era tan simple como eso. E incluso si conseguía matarlo, me lanzaría su hechizo de muerte y, esta vez, no iba a ser ninguna nadería como el que me había lanzado Cassius. Morgan me destruiría.

No podía correr. No podía sobrevivir a aquella lucha, independientemente de que le ganara o no. Lo mejor que podía pasar era que me lo llevase conmigo. Si moría, Sue se volvería salvaje y recuperaría los instintos de su espíritu salvaje. Volvería a cazar. La gente moriría.

Pero, si Morgan moría, solo quedarían Kowalski y Ramírez para detener a Cowl y Grevane. Incluso aunque pudiesen llevar a cabo algo de nigromancia para protegerse del torbellino a su paso, jamás podrían batir a los nigromantes en él. Morirían sin lugar a dudas, y poco tiempo después, el Darkhallow aniquilaría miles de vidas inocentes.

Si Morgan los lideraba podrían tener una oportunidad. No una buena, pero por lo menos tendrían una posibilidad.

Lo cual significaba que si quería detener el Darkhallow y salvar esas vidas, solo tenía una opción. Apoyé mi, de repente, temblorosa mano en la pierna de Sue y ella retrocedió para ponerse en cuclillas.

Morgan emitió un grito desafiante y me atacó.

Bajé el escudo. Mi corazón latía aterrorizado, tan intensamente que casi vomito.

La luz parpadeaba en la hoja plateada de la espada.

Dejé caer mi bastón al suelo y lo miré a la cara, separé los brazos del cuerpo y mis manos se cerraron en temblorosos puños. Preparé mi fuerza, mi propio hechizo de muerte dibujando a Grevane en mis pensamientos. Por lo menos podría darles a los centinelas una posibilidad mayor de obtener la victoria si mataba o atrofiaba a uno

de aquellos cabrones.

El tiempo se alargó e hizo de aquel momento algo interminable. Vi como la espada de Morgan se ponía en posición vertical, la preciosa hoja de plata reflejaba los fogonazos que emitía el tornado a mi espalda.

—¡Harry! —gritó Butters. Su voz sonaba horrorizada y el tambor sonaba desesperadamente.

Cuando Morgan iba a golpear, elegí la opción cobarde y cerré los ojos.

Sabía que era inevitable morir algún día.

Pero no quería verlo venir.

Se oyó un disparo.

Morgan se sacudió sobre sus caderas y de pronto perdió el equilibrio. Se tambaleó desgarbadamente y se cayó al suelo.

Lo miré sorprendido.

Morgan gruñó, con la mirada fija en mí, y levantó la mano derecha, concentrando en ella un gran poder profundo y terrorífico.

—¡Morgan! —se precipitó una voz de mujer. La voz había sonado muy autoritaria y segura, como una orden. La hablante sabía muy bien que cuando se da una orden debe ser obedecida, e imbuyó la orden con una fuerza que nada tenía que ver con la magia—. ¡Retírate!

Morgan se quedó paralizado un instante y levantó la vista.

Ramírez estaba a unos seis metros de distancia, con la pistola en la mano. En el otro brazo aguantaba el peso de la chica que yo había conocido como la habitacadáveres. La cara de la chica estaba más pálida que la muerte y de ninguna manera podría aguantarse de pie sin ayuda, pero aunque sus facciones eran exactamente las mismas que las de la habitacadáveres, había estado dentro de ese cuerpo, no parecía la misma persona. Sus ojos eran estrechos y duros, su expresión rebosaba seguridad, regia y majestuosa.

—Ya me has oído —repitió la chica—, ¡retírate!

—¡Quién eres? —preguntó Morgan.

—Morgan —dijo Ramírez—, Dresden te estaba diciendo la verdad. Es la comandante Luccio.

—¡No! —dijo Morgan, sacudiendo la cabeza. En su voz faltaba la convicción a la que nos tenía acostumbrados—. No. Eso es mentira.

—No es mentira —dijo Ramírez—. Le he practicado la visión del alma. Es nuestra comandante.

Los labios de Morgan se aflojaron silenciosamente, pero no abandonó el golpe que preparaba en sus manos.

—¡Morgan! —dijo la chica, en voz baja esta vez—. Está bien. Retírate.

—No eres la comandante —murmuró Morgan—. No puedes ser. Es un truco.

La chica, Luccio, esbozó una sonrisa asimétrica de repente:

—Donald —le dijo—. Querido idiota, yo misma te he entrenado, creo que no puedes saber, tan bien como yo, quién soy. —Luccio levantó la mano y le enseñó a Morgan el estoque plateado que llevaba antes. Lo cogió en su mano y lo agitó dibujando un círculo, provocando un zumbido de poder calmo, como el que había sentido anteriormente—. Ahí lo tienes. ¿Podría otra persona utilizar así mi propia espada?

Morgan se quedó mirándola durante un momento. Luego dejó caer su mano, sin fuerzas, dejando volar todo el poder que había concentrado.

Mi corazón volvió a latir de nuevo y me desplomé sobre el costado de Sue.

Ramírez enfundó su pistola y ayudó a la nueva Luccio a acercarse a Morgan. Luego la apoyó con suavidad en el suelo, a su lado.

—Estás herida —le dijo Morgan. Su cara había palidecido también con el dolor—. ¡Estás muy grave?

Luccio intentó sonreír un poco.

—Me temo que tuve muy buena puntería. La herida ha acabado conmigo. Es solo cuestión de tiempo, eso es todo.

—¡Dios mío! —dijo Morgan—. lo siento, lo siento. Vi cómo Dresden te disparaba... y mientras tú te estabas desangrando. Necesitabas ayuda.

Luccio levantó una mano debilitada.

—No hay tiempo —dijo con suavidad.

Ramírez se había agachado al lado de Morgan, mientras tanto, y había estado examinando la herida del disparo. La bala le había dado a Morgan por detrás de una pierna y tenía mala pinta.

—Mierda —dijo Ramírez—. le ha llegado a la rodilla. Está destrozada. —Apoyó los dedos suavemente sobre la rodilla de Morgan y se retorció de dolor bruscamente, toda la sangre abandonó su cabeza—. No puede caminar.

Luccio asintió.

—Entonces depende ti. —Levantó la vista hacia mí—. Y de ti, centinela Dresden.

—¿Y que hay de Kowalski? —pregunté.

Ramírez se quedó pálido. Miró hacia el edificio de apartamentos y sacudió la cabeza.

—Estaba sentado en el suelo cuando unos espectros salieron de él. Ni siquiera tuvo ocasión de defenderse.

—No hay tiempo —dijo Luccio débilmente—. Tenéis que ir.

Butters se acercó hacia nosotros caminando, todavía aporreando el tambor, con la cara blanca.

—Vale —dijo—. Estoy listo. Hagámoslo.

—Tú no, Butters —le dije—. Sue solo necesita oír el tambor. Lo oirá desde allí exactamente igual que si estuvieras en su grupa. Quiero que permanezcas aquí.

—Pero...

—No puedo permitirme gastar esfuerzos en protegerte —le dije—. Y no quiero dejar a los heridos aquí solos. Tú sigue tocando el tambor.

—Pero quiero ir contigo. Quiero ayudarte. No tengo miedo a... —Tragó saliva, se puso pálido—, a morir peleando a tu lado.

—Piénsalo así —le dije—. Si la cagamos, vas a morir de todas formas.

Butters se quedó observándome durante un segundo y luego dijo:

—Caray, ahora me siento mejor.

—Creo que hay una nube por cada hecho positivo —dije—. Vamos, Ramírez.

La sonrisa de Ramírez volvió a aparecer.

—Todos aquellos que me dejan montar en su dinosaurio me llaman Carlos.

Subí a la primera silla y Ramírez se colocó en la segunda.

—Que Dios te acompañe, Harry —dijo Butters, marchando sin moverse del sitio, con cara preocupada.

Teniendo en cuenta a quién había elegido como mi aliado, tenía mis dudas de que si Dios se decidía a acompañarme fuese para ayudarme.

—¡Aceptaré cualquier ayuda que se me ofrezca! —dije en voz alta y apoyé mi mano en la piel de Sue. Se puso en pie y se dirigió hacia donde se encontraba el tornado.

—Estás herido —me dijo Ramírez. Mantenía la voz a un volumen muy bajo.

—No lo siento —le dije—. Me preocuparé de todo ello después, si es que hay un después. Llegaste justo a tiempo, por cierto. Gracias.

—De nada{17} —me dijo—. Estaba justo detrás de Morgan y te escuché intentando explicarle lo de Luccio.

—¿Me creíste? —Dirigí a Sue hacia delante. Tardaría unos pasos más en coger velocidad.

Ramírez suspiró.

—He oído muchas cosas sobre ti. Te observé en la reunión del Consejo. Mis entrañas me dicen que eres buena persona. Merecía la pena comprobarlo.

—Y le hiciste una visión del alma. Eso es tener rapidez de pensamiento. ¡Y buen disparo!

—Soy inteligente y hábil —dijo modestamente—. Y todo eso, acompañado de mi espectacular físico, es la pesada losa con la que he de cargar. Pero bueno, Intento hacerlo lo mejor que puedo.

Se me escapó una carcajada corta y brusca.

—Ya veo. Procuraré no avergonzarte, entonces.

—¿No he mencionado que mi sentido de la tolerancia y el perdón es prácticamente equiparable al de un dios bondadoso?

Sue fue cogiendo velocidad y nos fuimos adentrando calle abajo.

—Oye —dijo—, los malos están por el otro lado.

—Lo sé —le dije—. Pero están esperando que el ataque venga en esa dirección. Voy a dar la vuelta a la manzana, intentaremos aparecer por detrás.

—¿Pero tenemos tiempo?

—Mi pequeña sabe moverse —le dije. Sue aceleró y la carrera se volvió más suave.

Ramírez dejó salir un grito de pura diversión.

—¡Cómo mola esto! —dijo—. No puedo ni imaginarme lo complicado que habrá sido reanimarla.

—No fue complicado —le dije.

—Ah. Entonces invocar dinosaurios es una cosa muy fácil, ¿no? Gruñí.

—Cualquier otra noche, en cualquier otro lugar, no creo que lo hubiese hecho. Pero aun así no fue complicado. Levantar un gran motor no es complicado. Simplemente requiere mucho trabajo.

Ramírez se quedó en silencio durante un momento.

—Estoy impresionado —dijo.

No conocía mucho a Ramírez pero algo me decía que aquellas palabras no salían de su boca muy a menudo.

—Cuando haces algo estúpido y mueres, es patético —le dije—. Cuando haces algo estúpido y sobrevives, entonces se puede decir que fue algo impresionante o heroico.

Soltó una risita atribulada.

—Entonces lo que estamos haciendo ahora mismo... —dijo. Su voz se había suavizado y había perdido ese matiz arrogante y descarado—. Es patético, ¿no?

—Probablemente —le dije.

—Pero por otro lado —dijo recuperándose—, si sobrevivimos, seremos héroes. Medallas. Chicas. Promociones. Coches. Tal vez pongan nuestras caras en las cajas de cereales.

—Sería lo menos que podrían hacer —le dije.

—Entonces nos quedan dos de ellos por derribar. ¿A por quién vamos primero?

—Grevane —le dije—. Si tiene un puñado de zombis como perros de guardia, no va tener mucha energía de sobra para hechizos de defensa ni para lanzar nada más contra nosotros. Lo atacamos rápido y con un poco de suerte podremos acabar con él antes de que intente nada. Cuando lo vi pelear contra la habitacadáveres tenía una cadena y parecía que sabía utilizarla.

—¡Aj! —dijo Ramírez—. Qué mierda. Cualquiera que sepa cómo manejar un *kusari* es un duro oponente.

—Sí, por lo tanto tenemos que dispararle.

—Tienes razón, tenemos que dispararle —dijo Ramírez—. Esa es la razón por la que a tantos jóvenes del Consejo les gusta cómo haces las cosas, Dresden.

Parpadeé.

—¿Ah, sí?

—Pues claro —dijo Ramírez—. Muchos, yo entre ellos, éramos aprendices cuando fuiste acusado por la muerte de Justin DuMorne. Muchos de ellos todavía son aprendices. Pero la mayoría tiene muy buena opinión de lo que hiciste.

—¿Como tú?

—Yo habría obrado en muchas cosas como tú hiciste —me dijo—. Pero con más estilo.

Resoplé.

—A por el segundo que vamos a irse llama Cowl. Es bueno. Nunca vi un mago más fuerte que él, y eso incluye a Ebenezer McCoy.

—Muchos de los que pegan duro tienen carita de porcelana y no saben defenderse. Seguro que su técnica es solo ofensiva.

Sacudí la cabeza.

—No. Es igual de bueno protegiéndose. Le tiré un coche encima de la cabeza y apenas le frenó. .

Ramírez frunció el ceño y asintió.

—Y entonces, ¿cómo vamos a acabar con él?

Sacudí la cabeza.

—Todavía no se me ha ocurrido nada. Lo golpearemos con todo lo que podamos y con un poco de suerte algo funcionará. Y por si eso no fuera suficiente, tiene una aprendiz con él, se llama Kumori y parece muy leal. Creo que es tan fuerte como para estar en el Consejo.

—Mierda —dijo Ramírez en voz baja—, ¿es guapa?

—Mantiene su cara tapada —le dije—. Ni idea.

—Si fuese guapa, podríamos dejarle este trabajo al encanto de Ramírez y enseguida la tendría comiendo de mi mano —dijo—. Pero no puedo probar suerte con ese tipo de poder si no estoy seguro de que sea guapa. Si lo uso imprudentemente podría poner en peligro a personas inocentes que pasen por allí, o podría acabar en la cama con una chica fea.

—Pues eso no lo sabremos —le dije, haciendo a Sue girar en la esquina. Revisé el torbellino. El pseudotornado finito y con forma de peonza estaba a medio camino del suelo.

—Vale entonces —dijo Ramírez—. Una vez que acabemos con Grevane, yo me ocuparé de la aprendiz y tú de Cowl.

Levanté una ceja y lo miré.

—Si ignoramos a Kumori, estará libre para acabar con nosotros dos. Uno de nosotros tiene que ocuparse de ella. Tú eres más fuerte que yo —dijo con tono de estar siendo práctico—. No me malinterpretes. Soy tan bueno que hago que suene fácil, pero no soy estúpido. Tú tienes más oportunidades de derribar a Cowl. Si logro cargarme a la aprendiz, iré a ayudarte. ¿Te suena a plan?

—Me suena a plan —le dije—. Pero me gustaría que me sonase a plan ganador.

—¿Tienes una idea mejor? —me preguntó Ramírez alegremente.

—No —le dije mientras hacía a Sue torcer en la calle que, con un poco de suerte,

nos permitiría atacar a los nigromantes por la espalda.

—Bueno —dijo con una sonrisa violenta—. A callar y a bailar.

El campus universitario estaba formado por unos pocos edificios con unos cuantos dormitorios, varios edificios con aulas, el museo Mitchell y las oficinas de la secretaría. Las zonas que había entre ellos estaban muy bien cuidadas, el área de césped era demasiado pequeña como para poder llamar a aquello parque, pero era más grande de lo que a cualquiera le gustaría cortar cada semana. En medio de esa zona, justo enfrente del museo, había mesas de merendero dadas la vuelta y colocadas en círculo abierto hacia el cielo. Hice que Sue aminorase el ritmo e intenté imaginar a qué nos estaríamos enfrentando.

En fila, alrededor del círculo, había muertos vivientes propios muy del gusto de Grevane: muy firmes, macizos y con fuerza física. Sin embargo, había relativamente pocos de ellos en las condiciones de podredumbre y sequedad que estaban los que habían atacado mi apartamento. Estos muertos vivientes tenían pinta de que aún podrían ser salvados por un médico de urgencias un poco testarudo. Todos parecían miembros de una tribu nativa americana, igual que los espectros de la habitacadáveres, si no fuera por el estilo de sus ropas y por el armamento, que eran ligeramente diferentes.

Y también había otra cosa en la que se diferenciaban: estos muertos vivientes irradiaban algún tipo de frío espantoso y efímero, y la palidez de su piel emitía una luz escalofriante. Se podía sentir el poder tan puro que desprendían, incluso a cien metros de distancia. Estos zombis eran distintos a aquellos que habían atacado a los centinelas, tan diferentes como una vieja camioneta y un tanque de batalla moderno. No podríamos destruir a estos zombis tan fácilmente como a los otros porque tenían pinta de ser mucho más fuertes y más rápidos.

Estaban en fila alrededor del círculo interior, mirando hacia el exterior. Pero la línea era mucho más densa en la zona del círculo que apuntaba hacia la última localización de los centinelas que en nuestro lado. Había conseguido flanquear el pensamiento de quien quiera que hubiese organizado la posición de aquellos muertos, y esa reflexión me puso contento. Los espíritus, los espectros y las masas informes de luz luminiscente subían y bajaban alrededor del círculo como trizas de kelp y partículas de algas flotantes en un remolino. Cada vez que los relámpagos de la tormenta alumbraban aquel lugar, se veían todos de los mismos desagradables colores. E incluso mientras los miraba, notaba cómo se iban reproduciendo. Sue caminó inquietamente hacia delante y yo sentí la horrible sensación de frío en la piel de la cara y la frente, como si el tornado que se cernía sobre nuestras cabezas estuviese expulsando algún tipo de inversión pervertida de la luz del sol. Me agaché un poco bajo la espalda de Sue y la sensación se desvaneció.

Los fognazos de luz, que venían de todas direcciones, tejieron una red de

sombras por encima de aquel lugar. Además, los árboles y los edificios sumados a la tormenta eran de gran ayuda para mantener tapado y disimulado la mayor parte del círculo, que apenas se apreciaba desde la oscuridad de las manzanas cercanas. Divisé a alguien dentro del círculo, formado por las mesas de merendero, pero no distinguí quién era y tampoco descubrí si había más de una persona.

—Aquello de allí —dije en voz baja— es un grupo de zombis repugnantes.

—Y fantasmas —dijo Ramírez.

—Y fantasmas.

—Míralo de este modo —me dijo—: Con tantos como hay, raro será que no le acertemos a alguno.

—Vale —contesté—. Genial.

No quería hacerlo. Quería desaparecer y buscarme un agujero para meterme dentro. Pero en lugar de eso puse mi mano en el cuello de Sue, llamé su atención sobre los zombis e hice que se lanzase a la batalla.

Sue saltó hacia delante y golpeó a la primera fila de zombis antes de que ninguno se diera cuenta de que estaba allí. Engulló a uno con sus gigantescas mandíbulas, a otros cuantos los aplastó, se cargó a otros con el movimiento de la cola y en general hizo un buen trabajo. Después de su devastadora carga inicial, oí la voz desesperada de un hombre desde dentro del círculo y todos los zombis reemprendieron el ataque.

Los zombis sacaron rápidamente arcos, lanzas y garrotes, e incluso se lanzaron desarmados a por Sue. No fue nada bonito. Las flechas inundaron el aire a una velocidad sobrenatural y, al golpear la piel del tiranosaurio, sonaron como disparos. Un zombi clavó con fuerza una lanza en el gigantesco músculo del muslo de Sue. Un garrote se estrelló contra varios de sus dientes y hasta hubo un zombi que, a pecho descubierto, saltó sobre su costado y llegó a agarrarse a la cuerda que sujetaba las sillas de montar, luego dirigió su puño contra la carne de encima del codo del animal y empezó a arrancarle trozos de tejido con las manos.

Desplegué la nube de luz azul centelleante de mi brazalete escudo a tiempo de interceptar una flecha que venía en camino. Otras tantas chocaron contra él con la fuerza de las balas, incluso manteniéndolo firme y estático. No me avisó, pero noté que Ramírez se giraba hacia la derecha y de su mano izquierda, de sus dedos estirados, salía un disco cóncavo de luz verde, como si de una tela de araña se tratase, que nos protegió de los zombis.

A pesar de lo fieros, fuertes y veloces que eran aquellos zombis no le llegaban a Sue ni a la suela de los zapatos.

Las heridas que habrían aterrorizado a cualquier animal vivo a ella solo la enfurecían, y a medida que aumentaba su rabia, su piel gris y negra se iba tiñendo de un brillo plateado de energía. Gruñó con tanta fuerza que me sacudió el pecho y el estómago y me atravesó los tímpanos. Atrapó a uno de los zombis con la boca y lo

arrojó por el aire. Salió volando por encima del edificio de cinco pisos que estaba al lado y desapareció entre la lluvia y la oscuridad. Dio un pisotón que destrozó el asfalto de la carretera y dejó marcada su huella a más de cinco centímetros de profundidad. El asalto zombi se convirtió en un ejercicio masivo de tácticas suicidas, a cada momento uno de los soldados muertos se lanzaba contra Sue, y el tiranosaurio no solo acababa con sus no vidas, sino que su ira crecía y se iba volviendo cada vez más poderosa e imparable.

Era como manejar un terremoto carnívoro.

—¡Mira! —gritó Ramírez—. ¡Fíjate en eso!

Seguí su gesto y descubrí a Grevane en el círculo, con su gabardina y su sombrero de fieltro. El nigromante mantenía con una mano el ritmo del tambor que le colgaba del cinturón. Con la otra cogió un torcido bastón de madera negra. Se quedó mirándonos, dibujó el odio en su cara y sus ojos brillaron con maldad demente.

Ordené a Sue que se acercara al círculo, pero de pronto la voluntad del tiranosaurio ya no era tan maleable ni se dejaba guiar con tanta facilidad. La cólera y la furia de la batalla habían encharcado su pequeño cerebro y ahora no era más que una máquina de alto tonelaje alborotado, sedienta de muertes.

—¡Date prisa! —gritó Ramírez.

—¡No me hace caso! —le contesté. Concentré mi energía con más fuerza todavía, pero era como si un hombre intentase contener a una máquina excavadora. Rechiné los dientes intentando desesperadamente pensar en una manera de que Sue hiciese lo que quería. Por fin tuve una idea. En vez de intentar detener sus ansias de lucha, la animé y la dirigí a los zombis que estaban más cerca del círculo.

Sue respondió con sed de sangre y regocijo, virando bruscamente para atacar a los zombis que estaban al lado del redondel triturándolos y rematándolos a su paso.

—¡Tenemos que saltar! —grité.

—¡Yujuuu! —gritó Ramírez mostrando su resplandeciente sonrisa blanca.

Sue persiguió a un zombi esquivo hasta una distancia de tres metros respecto a una de las mesas dadas la vuelta y, al saltar, se me escapó un grito de miedo y emoción. Era como tirarse desde un segundo piso, pero me las arreglé para caer de pies y que estos absorbieran la mayor parte del impacto, sin embargo, el fogonazo de dolor me reveló que las rodillas y los tobillos me dolerían durante días.

Me levanté y desplegué el escudo a tiempo para interceptar el golpe mortal de la cadena de Grevane.

—¡Idiota! —rugió—. Deberías haberte unido a mí cuando tuviste la oportunidad. —Sus ojos se encendieron y brillaron. Seguí la línea de su mirada. El tornado no estaba a más de diez metros del suelo.

—¡No podrás arrastrarlo mientras yo me quede aquí! —le grité, retirándome para rodear el círculo formado por las mesas. Cuando lo conseguí, esa sensación horrorosa

y enfermiza de frío desapareció. A esa distancia, el tornado no me chupaba la fuerza vital. Estaba en el ojo del huracán metafísico—. Si te distraes un solo instante, el contragolpe te matará. ¡Se ha terminado!

—¡Aquí no se ha terminado nada! —gritó y la cadena volvió a precipitarse golpeando mi escudo—. ¡Es mío! ¡Me pertenece! ¡Yo era su alumno preferido!

Apenas oí los pasos que se aproximaban a espaldas vueltas, pero me giré a tiempo de levantar mi escudo frente a un zombi con una lanza. El arma se estrelló contra mi escudo elevado, pero mientras lo hacía sentí el impacto ardiente de la cadena de Grevane enroscada alrededor de mi pierna herida y cómo tiraba con fuerza. Perdí el equilibrio y me caí al suelo.

El zombi de Grevane arremetió contra mi espalda y empezó... ¡a mordirme! Sentí un calor aterrador y un dolor tremendo en el músculo trapecio. Me había alcanzado, atravesándome la capa y el conjuro de mi guardapolvo. El zombi soltó un grito horripilante y luego se dirigió hacia mi cuello, hacia la zona de la nuca. Luché por quitármelo de encima, por liberarme de él, pero mi cuerpo estaba resentido y debilitado y él era increíblemente fuerte.

—¡Muere! —gritó Grevane, y su voz nerviosa soltó una risotada salvaje—. Muere, muere, muere...

Sus aullidos se detuvieron y se hizo el silencio, un ruido de asfixia y el zombi a mi espalda se paralizó de repente.

Logré quitármelo de encima a tiempo para ver a Grevane, a uno o dos metros de distancia y con la cadena deshecha sobre el suelo, agarrándose con sus manos el cuello. Sangre negra en la noche salió a borbotones entre sus dedos. Su expresión mostraba asombro. Puso los ojos en blanco y descubrí el corte suave, recto y largo que le abría el cuello de un lado a otro y le llegaba hasta la espalda.

Ramírez entró en mi ángulo de visión con su espada plateada en la mano y empapado en sangre. En su otra mano tenía la pistola. Sin dudar ni apresurarse, levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Grevane, a un metro y medio de distancia. A continuación, ejecutó al nigromante.

El cuerpo perdió su fuerza, cayó al suelo y se quedó tirado en la hierba, bajo la lluvia, con una pierna temblando.

A nuestro alrededor, los zombis fueron perdiendo su vibrante animación y la mayoría simplemente se quedó de pie, quieta, con la mirada perdida. Al tiranosaurio Sue no le pudo importar menos; ella siguió con su banquete sangriento.

Ramírez se acercó a mí y me ayudó a levantarme.

—Siento haber tardado tanto. Tuve que librarme de algunos malos.

—Pero lo lograste —le dije, poniéndome en pie.

Asintió, sonriendo.

—No podía disparar contigo tan cerca, y bajo esta luz... Tuve que hacerlo a la

antigua usanza. La verdad es que eras una gran distracción.

—Lo hiciste muy bien —le dije. Sentía una humedad caliente que me recorría la espalda—. Gracias a Dios que estaba loco.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ramírez.

—A ahora, al final. Cuando ya le habías cortado el cuello todavía creía que podía seguir adelante. Intentó agarrarse a su control sobre los zombis. Fue como si no creyese posible que la muerte importase cuando se trataba de él.

—Y eso es bueno, porque...

—Se negó a creer que se estaba muriendo —le dije—. Y no nos lanzó su hechizo de muerte.

Ramírez asintió.

—Es verdad, tienes razón. ¡Hemos tenido suerte!

De repente una voz de hombre surgió:

—Yo no diría tanto, caballeros.

Me giré a la par que uno de los zombis que estaba allí parado, a mi lado, se dio la vuelta, levantó su lanza y se transformó en Cowl. Sacó una mano de las profundidades de su oscura capa y, sin mayor advertencia, un soplo de poder despiadado parpadeó y salió despedido desde la palma de su mano hasta golpear a Ramírez de lleno en el pecho.

El joven centinela no estaba preparado para aquello. El ataque de magia lo levantó del suelo y salió propulsado, como un muñeco de trapo. Cayó a tierra a unos cinco o seis metros de distancia y sus extremidades se golpearon como peso muerto. Se quedó allí tendido, sin moverse.

—¡No! —grité y me giré hacia Cowl. Las runas de mi bastón despidieron el poder del Hellfire. Levanté el bastón y grité—: ¡*Forzare!* —Envié una lanza de energía oscura hacia la negra figura.

Cowl cruzó inmediatamente las manos a la altura de las muñecas, formando una equis con sus brazos y alineando la energía defensiva ante él. No sé si no fue lo suficientemente rápido o bien no sabía la cantidad de energía a la que se enfrentaba. El ataque de fuerza abrasadora y cruda lo aporreó con tal fuerza en el lado derecho de su cuerpo que le dio la vuelta y lo desestabilizó. Se tambaleó con un movimiento helicoidal y se cayó al suelo.

Preparé mi bastón para dar otro golpe, pero de pronto alguien me apretó la espalda y noté cómo me metía los dedos entre el pelo y tiraba hacia atrás de mi cabeza. Noté el frío y mortal filo de un cuchillo en mi garganta.

—No te muevas —dijo Kumori en voz baja. Estaba un poco estirada para poder agarrarme del pelo y sujetar el cuchillo al mismo tiempo. Pero lo hacía bien. No tenía manera de escapar sin que me abriese una arteria. Apreté los dientes, mi poder estaba todavía listo para ser lanzado de nuevo y me debatía entre hacerlo o no. Kumori

probablemente me matase, pero tal vez valiese la pena para así acabar con Cowl.

Miré hacia arriba, hacia el tornado con forma de peonza. La punta estaba ya casi rozándome la cabeza.

Cowl se volvió a poner en pie poco a poco, más sacudido que herido, y la cólera se irradiaba desde su cuerpo en ondas casi palpables.

—¡Idiota! —dijo con voz áspera—. Has perdido, ¿no te das cuenta? El juego ha terminado.

—No lo hagas —gruñí—. No vale la pena. Vas a matar a miles de personas inocentes.

La capucha de Cowl se inclinó hacia el tornado que descendía y caminó sobre la hierba hasta quedarse justo debajo de él.

—Mantenlo inmóvil —le ordenó a Kumori.

—Sí, señor —contestó Kumori. El acero apoyado en mi garganta no se desviaba ni un ápice.

La mano de Cowl se hundió en una bolsa que tenía a su lado y la sacó sosteniendo en ella a la calavera Bob. Las luces de las cuencas de los ojos de la calavera brillaban con luz azul y violeta.

—Ahí está, el espíritu —dijo Cowl sujetando la calavera en alto para que viera el tornado—. ¿Lo ves?

—Por supuesto —dijo la calavera, su voz sonaba fría y vacía—. Es exactamente como lo describió el maestro. Adelante. —Las luces de los ojos de la calavera giraron y se dirigieron hacia mí—. ¡Ajá! la oveja negra del Consejo Blanco. Te recomiendo que lo mates inmediatamente.

—¡No! —dijo Kumori firmemente—. Su hechizo de muerte podría destrozarse todo el trabajo.

—Lo sé —dijo la calavera. Su tono era despectivo—. Pero si lo dejas vivir, cuando Cowl arrastre todo el poder podrá desbaratado. ¡Mátalo ahora!

—¡Silencio, espíritu! —dijo Cowl con voz amarga—. Tú no eres quien manda aquí. Desafiame bajo tu responsabilidad.

Las cuencas de la calavera se volvieron aun más frías, pero guardó silencio.

Tragué saliva. Bob... ya no era Bob. Sabía que estaría unido y en deuda con quien poseyese la calavera en la que residía; y que la personalidad del dueño influiría en la suya fuertemente. Pero nunca me había imaginado cómo sería. Bob no era exactamente un amigo, pero... me había acostumbrado a él. De alguna manera era como mi familia, era como el primo bocazas, pesado y desquiciante que siempre te está insultando pero que no falla a una cena de Acción de Gracias. Nunca había considerado la posibilidad de que un día pudiese convertirse en otra cosa.

En una cosa asesina.

La peor parte era que Bob le había dado a Cowl un buen consejo. Mi hechizo de

muerte podría desbaratar el maleficio, pero, por otro lado, Cowl no parecía tener miedo a las maldiciones de muerte. Si me diera la oportunidad de esperar hasta que estuviese en el delicado momento de arrastrar el poder, no necesitaría nada tan fuerte como un hechizo de muerte para desequilibrarlo.

Por supuesto, me mataría. El filo de Kumori lo vería. Pero no podría frenarlo si no estaba vivo cuando descendiese.

Cowl colocó la calavera a su lado, en la hierba, y luego levantó las manos por encima de su cabeza y dejó que las mangas cayesen por detrás de sus erosionados brazos, cubiertos de viejas cicatrices. Comenzó un canto en voz baja, firme y fuerte.

El tornado se agitó. Y luego, casi delicadamente, empezó a descender hacia Cowl, desviándose hacia él tan ligera y lentamente como una pluma.

El poder del tornado giratorio rodó por los cielos, entre las nubes. Espíritus y apariciones arremolinadas gritaron y vociferaron su tormento como respuesta. Las manos de Kumori no temblaron ni se debilitaron un segundo, pero pude sentir que casi todas sus fibras de atención estaban dirigidas hacia Cowl.

Tal vez tuviera una oportunidad.

—Bob —susurré—. ¡Bob!

Las luces azules de sus ojos se giraron hacia mí.

—Piensa —le dije en voz baja—. Piensa, Bob. Me conoces. Has trabajado conmigo durante años.

Las luces azules de los ojos se redujeron.

—Bob —dije en voz baja—. ¡Tienes que recordarlo! Te puse un nombre.

La calavera se agitó un poco, como si la recorriese un escalofrío, pero los ojos mantuvieron ese brillo frío y azul.

Y de repente uno de ellos parpadeó, emitiendo una luz de su naranja habitual, e inmediatamente se volvió azul otra vez.

Mi corazón latió con repentina emoción. Bob, la calavera, ¡mi Bob!, me había guiñado un ojo.

Cowl continuó con su canto y las nubes giraron más y más rápido. La lluvia paró de golpe, tan rápidamente como si alguien hubiese cerrado el grifo, y el viento, lleno de espíritus, fantasmas, apariciones y espectros, fue alcanzado en una especie de gran remolino que los ocultó y arrastró en acelerados círculos. El aire estaba tan cargado que se hacía difícil respirar. El rugido de los espíritus agonizantes, el fortísimo viento y el estruendo de la profundidad de la Tierra se volvían cada vez más intensos.

—¡Bob! —grité en medio de la cacofonía—. ¡Tienes mi permiso!

La luz anaranjada salió por una de las cuencas de la calavera y extendió su resplandor desde la circunferencia de las mesas dadas la vuelta. Pero aun así, vi el cuerpo encendido de energía de Bob siendo arrastrado por las corrientes de magia. Luchó contra el horrible tornado y de repente me di cuenta de que sin la tapadera de

la calavera o cualquier otro contacto con un cuerpo físico, Bob no se diferenciaba en nada de los otros espíritus que estaban siendo atrapados en la apabullante vorágine. Si se completaba el Darkhallow, él también sería atrapado y devorado.

Me pareció observar que el cuerpo de Bob era aspirado entre las nubes de espíritus atrapados, pero había demasiada luz y demasiado ruido como para estar seguro de nada.

Cowl continuaba con su canto y vi que tenía el cuerpo arqueado por la tensión. Durante un minuto más o menos, se despegó del suelo físicamente, hasta que sus botas estuvieron a unos nueve o diez centímetros del suelo. Su voz pasó a ser parte de la salvaje tormenta, parte de la energía oscura, y nos envolvía con su eco. Empecé a comprender el tipo de poder al que nos estábamos enfrentando. Era un poder tan profundo como el océano y tan ancho como el cielo. Era oscuro y letal, horrible y bello, y Cowl estaba a punto de apoderarse de todo. La fuerza que le otorgaría lo convertiría en alguien más poderoso que todo el Consejo Blanco. Lo colocaría en una liga tan superior a la suya que su fuerza no significaría virtualmente nada.

Era poder suficiente como para cambiar el mundo. Para darle forma al gusto de uno. El pico del tornado giró hacia abajo, bailó ligeramente sobre los labios de Cowl y luego se deslizó suavemente entre ellos. Cowl aulló la última repetición de su cántico con la boca abierta de par en par.

Apreté los dientes. Bob no había sido capaz de ayudarme, no podía dejar que Cowl completase el hechizo. Incluso si tenía que entregar mi vida.

Concentré mi energía para lanzar el último hechizo de mi existencia: una explosión contra Cowl que desbaratase el encantamiento e hiciese que toda esa cantidad ingente de energía lo hiciese pedazos.

Kumori lo sintió y noté que se le escapaba un gritito. El cuchillo me quemaba la garganta.

En ese momento, el dinosaurio que yo había convocado se sumergió entre las nubes de espíritus salvajes y se dirigió directamente hacia Kumori; en sus ojos brillaban llamas anaranjadas. El tiranosaurio Bob soltó un alarido y atacó con sus gigantescas garras a Kumori.

La aprendiz de Cowl era dura y competente, pero no había entrenamiento capaz de ayudarte a prever o a prepararte para la visión de un dinosaurio furioso que se lanza sobre ti. Se quedó paralizada durante el segundo más breve, en el que yo pude girarme y liberarme de sus brazos. El cuchillo golpeó mi garganta y sentí un fuerte escozor. Me pregunté si aquello habría sido lo mismo que sintió Grevane.

No tenía más tiempo. Me lancé a través de la hierba, agarrando mi bastón con las dos manos y lo balanceé cual bate de béisbol hacia la cabeza de Cowl.

El bastón le atizó en la mandíbula inferior, que la tenía salida, y le cerró la boca de un golpe, derribándolo. El tornado emitió bruscamente un chillido y se llenó de

una furiosa luz roja. Ahogué un grito y me caí sobre el costado derecho, desplegando mi brazalete escudo sobre mí para protegerme de las poderosísimas fuerzas que ahora sobrevolaban libres tras la chapuza del hechizo.

Había más sonidos, tan altos que no existe ninguna palabra que los describa, una luz incandescente, caras agonizantes y formas de espíritus y fantasmas que hacían que la tierra temblase bajo nuestros pies.

Cayó la oscuridad.

Cuando volví en mí todo estaba oscuro y calmo, y caía lluvia helada sobre mi cuerpo. Estaba hundido hasta el cuello en un profundo pozo de dolor. En el cielo ya no se dibujaban fogonazos ni truenos. Me quedé allí tumbado durante un momento, recobrando mi agudeza y, mientras lo hacía, las luces de la ciudad se fueron encendiendo, poco a poco, a medida que la red eléctrica recuperaba su operatividad.

Un pie dentro de una bota apareció al lado de mi cara. Lo seguí en dirección ascendente hasta que llegué al casco con cuernos del Erlking, bosquejado en el horizonte iluminado de Chicago.

—Mago. Ha convocado una poderosa Caza esta noche, un acontecimiento que no había tenido lugar en esta tierra desde que se tenga memoria.

—Sí —dije—. He estado muy ingenioso, ¿no cree? Una baja y salvaje risa retumbó bajo el casco.

—Atrevido. Arrogante. Me gusta. —Inclinó la cabeza—. Ahora mismo es una presa fácil Y por eso, y porque me gustó su llamada a la vieja Caza, esta noche lo dejaré libre. Pero tenga cuidado, mortal la próxima vez que se crucen nuestros caminos será un placer para mí acabar con usted.

Se levantó una ráfaga de viento frío de otoño y el Erlking se esfumó.

Miré alrededor con los ojos empañados. Todos los árboles de la zona habían desaparecido, habían sido arrancados dejando un hueco de unos treinta centímetros en la tierra. Las mesas del merendero habían quedado reducidas a astillas. Los edificios de la universidad, especialmente el museo, parecían haber sido saqueados por un tornado que se había llevado consigo muchos trozos y partes de ellos.

Me dolían las costillas. Miré hacia abajo y descubrí que me había caído encima de la calavera Bob y me había enroscado sobre ella para protegerme. Unas llamas naranjas parpadearon en las cuencas de los ojos.

—Menudo espectáculo, ¿no? —dijo Bob. Parecía agotado.

—Tuviste que hacerte con el dinosaurio, ¿eh? —le dije—. Pensé que cogerías el primer zombi que tuvieses a mano.

—¿Por qué me iba a conformar con las migajas cuando podía tener una tarta entera? —dijo la calavera alegremente—. Fue una gran idea, Harry, hablarme cuando Cowl me apoyó en el suelo. No quería trabajar para él de todas formas, pero mientras tuviese la calavera... bueno. Ya sabes cómo funciona.

Resoplé.

—Sí, ¿qué pasó?

—El hechizo provocó un contragolpe cuando atizaste a Cowl —dijo Bob—. Causó daños colaterales.

Tosí y me reí un poco.

—Sí, ¿y Cowl?

—Lo más seguro es que haya trozos de su cuerpo por ahí tirados —dijo Bob con alegría—. Y de su perrito también.

—¿Entonces, están muertos? —pregunté.

—Bueno, no. Cuando el contragolpe descendió, destrozó todos los hechizos que había en un radio de unos ciento cincuenta kilómetros. Tu dinosaurio se desintegró o algo parecido.

Resoplé inquieto.

—Ah —dijo Bob—, creo que aquel centinela de allí está vivo.

Parpadeé.

—¿Ramírez?

—Sí —dijo Bob—. Supuse que ahora que eras un centinela y todo eso, a lo mejor querías que ayudase también a uno de los tuyos. Justo antes de la gran explosión, puse al dinosaurio de pie sobre él, para que la absorbiese.

Resoplé.

—Bien —dije—. Tenemos que ir a ayudarlo. Pero una cosa antes de nada.

—¿Qué? —preguntó Bob.

Busqué alrededor hasta que divisé el cadáver maltrecho de Grevane. Después repté hasta él. Hurgué dentro de los bolsillos de su gabardina hasta que encontré el fino libro de Kemmler. Miré a mi alrededor, pero no había nadie a quien vigilar mientras me lo metía en el bolsillo.

—Vale —dije—. Vamos. Cúbreme mientras ayudo a Ramírez.

—Cuenta con ello, jefe —dijo Bob con tono engreído—. Oye, ¿sabes qué? El tamaño sí que importa.

Ramírez había conseguido salir vivo de aquella noche. Tenía cuatro costillas rotas y los dos hombros dislocados, pero lo había conseguido. Con la ayuda de Butters fui capaz de trasladar a Ramírez, a Luccio y a Morgan a mi apartamento. En algún momento de aquella noche, Butters se había quitado el tambor de encima y le habían endosado a Morgan la función del golpeteo mientras él había socorrido a Luccio. Finalmente consiguió evitar que su herida resultase tan letal como ella, en un principio, pensó. Estaban demasiado malheridos como para quedarse en mi casa, así que el Indio Joe, el Escucha al Viento, un miembro del Consejo de Veteranos, apareció con cinco o seis magos hogareños, que sabían algo de medicina e insistieron en llevarlos a un lugar más seguro.

—No lo entiendo —le iba diciendo Morgan al Escucha al Viento—. Todas esas cosas ocurriendo al mismo tiempo... No pudo ser una coincidencia.

—No lo fue —me oí decir.

Morgan me miró. El resentimiento de sus ojos no había cambiado, pero había algo nuevo en ellos, me atrevería a decir que era un atisbo de respeto.

—Piénsalo —le dije—. Todos esos ataques tan brutales de los vampiros justo cuando más necesitaban, Cowl y sus colegas, que el Consejo Blanco no interfiriese.

—¿Estás diciendo que Cowl utilizó a los vampiros como arma arrojadiza? —preguntó Morgan.

—Creo que tenían un trato —reflexioné—. Los vampiros lanzaron su primera gran ofensiva en el momento preciso para que Cowl pudiese poner en marcha el Darkhallow.

—Pero ¿qué sacaban ellos de esto? —preguntó Morgan.

Miré al Escucha al Viento y señalé:

—El Consejo de Veteranos.

—Imposible —dijo Morgan—. En aquel momento ya tenían que saber que el Consejo de Veteranos había vuelto a Edimburgo. Las defensas de allí han estado construyéndose desde hace miles de años. Se necesitaría... —Morgan se detuvo, frunciendo el ceño.

Terminé la frase por él:

—Se necesitaría un dios para atravesar las barreras y matar al Consejo de Veteranos.

Morgan se quedó mirándome durante buen rato, pero no dijo nada. No pasó mucho tiempo hasta que se fueron. Sacaron de uno en uno a los centinelas heridos y desaparecieron.

Eso me dio una media hora de margen antes de que se cumpliese el plazo que me había fijado Mavra, pero ya que los teléfonos volvían a funcionar, le dejé un mensaje y me dirigí al punto de encuentro.

Me acerqué de nuevo a mi tumba. Me hallaba allí de pie, frente al agujero abierto en el suelo, cuando Mavra se acercó, esta vez abiertamente y sin melodramas. Me miró por encima de mi tumba y no dijo nada. Saqué el libro del bolsillo y se lo tiré. Lo recogió, lo miró y acto seguido sacó un sobre de su chaqueta y lo arrojó a mis pies. Me hice con él y comprobé que contenía los negativos de las fotos que incriminaban a Murphy.

Mavra se dio la vuelta para irse.

—Espera —dije.

Hizo una pausa.

—Esto no volverá a pasar —musité—. Si vuelves a intentar llegar a mí a través de otros mortales, te mataré.

Los labios podridos de Mavra se entreabrieron y dijo:

—No lo harás. —Su voz parecía polvorienta—. No tienes tanto poder.

—Puedo conseguirlo —le dije.

—Pero no lo harás —respondió con tono burlón—. No estaría bien.

La miré durante diez segundos enteros antes de afirmar, en un tono muy

tranquilo:

—Tengo un ángel caído en mi interior, que se sube por las paredes por suministrarme más poder. La reina Mab me ha ofrecido, por segunda vez, que recoja el relevo del caballero de Invierno. He leído el libro de Kemmler. Sé cómo funciona el Darkhallow. Y sé cómo volver la nigromancia contra la Corte Negra.

Los ojos de Mavra brillaron furiosos.

Continué hablando tranquilamente, sin alzar la voz en ningún momento.

—Así que, una vez más, intentaré ser muy claro: si algo le pasase a Murphy y si se me ocurriese pensar que tú has tenido algo que ver, que le jodan al bien y al mal. Si la tocas te declararé la guerra. Será algo personal. Aceptaré cada arma que esté a mi alcance y las utilizaré para matarte. De la peor manera.

Se hizo un silencio lúgubre.

—¿Me has entendido? —susurré.

Asintió.

—¡Dilo! —gruñí y mi voz salió mucho más áspera y fría de lo que Mavra se esperaba. La impresión le obligó a dar medio paso atrás.

—Te he entendido —respondió con voz desabrida.

—¡Vete de mi ciudad! —exclamé. Mavra se desvaneció entre las sombras.

Me quedé allí de pie, frente a mi tumba, un minuto más, solo para sentir el dolor de mi cuerpo maltrecho y para considerar, con amargura, la inevitabilidad de mi muerte. Al cabo de un rato, sentí otra presencia cerca de mí. Levanté la vista y encontré la imagen onírica de mi padre mirando mi lápida especulativamente.

—«Murió haciendo lo correcto» —leyó mi padre.

—Tal vez lo cambie por «Murió solo» —le contesté.

Mi padre sonrió un poco.

—Estás pensando en la maldición, ¿eh?

—Sí. Morir solo. —Miré hacia abajo y abrí mi tumba—. Tal vez signifique que nunca estaré con nadie. No tendré amor. Ni una mujer. Ni hijos. Nadie demasiado cercano. Nadie que esté ahí para mí.

—Tal vez —dijo mi padre—. ¿Tú qué crees?

—Creo que eso es lo que él quiso hacerme. Y creo que estoy tan cansado que estoy teniendo alucinaciones. Y me duele. Y quiero que alguien me coja de la mano cuando me llegue el momento. No quiero hacerlo solo.

—Harry —dijo mi padre con voz cariñosa—, ¿puedo contarte algo?

—Claro.

Dio la vuelta a la tumba y puso su mano en mi hombro.

—Hijo, todo el mundo muere solo. Eso es lo que es. Es una puerta. Es la extensión de cada persona. Cuando pasas por ello, lo haces solo. —Sus dedos me apretaron con fuerza—. Pero eso no significa que tengas que estar solo antes de

cruzar esa puerta. Y créeme, no estarás solo al otro lado.

Fruncí el ceño y miré la imagen de mi padre, buscando sus ojos.

—¿De verdad?

Sonrió y con un dedo dibujó una equis en su pecho.

—Te lo prometo.

Aparté la vista.

—He hecho cosas. He hecho un pacto que no debería haber hecho. He cruzado la línea.

—Lo sé —me dijo—. Solo significará lo que tú quieras que signifique.

Miré hacia él.

—¿Qué?

—Harry, la vida no es fácil. Existe el blanco y el negro. El bien y el mal. Pero cuando estás en el epicentro de la acción, a veces es difícil distinguir. Lo que hiciste no lo hiciste buscando tu propio beneficio. Fue para proteger a los demás. Eso no hace que esté bien, pero tampoco te convierte en un monstruo. Todavía tienes libre albedrío. Todavía puedes elegir lo que quieres hacer, lo que quieres ser y en qué te vas a convertir. —Me dio una palmada en el hombro y se giró para empezar a andar—. Mientras sigas creyendo que eres responsable de tus decisiones, lo seguirás siendo. Tienes un buen corazón, hijo. Escúchalo.

Desapareció en la noche y, en algún lado de la ciudad, las campanas empezaron a anunciar la medianoche.

Me fijé en mi tumba (en estado de espera) y de pronto me di cuenta de que la muerte no era la mayor de mis preocupaciones.

«Murió haciendo lo correcto.»

Dios, eso espero.

Thomas me aguardaba en mi apartamento cuando volví. Ratón se acercó galopando un momento después. La moto de Murphy lo había dejado tirado y cuando llegó al campus universitario, la fiesta se había terminado y allí no quedaba ni un alma. Me caí redondo y dormí durante más de un día. Cuando me desperté descubrí que mis heridas estaban otra vez vendadas y al lado de mi cama colgaba un gotero. Butters había venido a verme todos los días para comprobar cómo evolucionaba, me había estado dando antibióticos y me había sometido a una dieta estricta que Thomas se había encargado de que cumpliera a rajatabla. Me quejé mucho, dormí mucho y tras varios días me volví a sentir humano.

Murphy apareció para echarme la bronca por el desastre con el que se había encontrado en el lugar donde solía estar su casa. Habíamos dejado el lugar patas arriba. Pero cuando me vio en la cama, cubierto de vendas, cambió de planes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Bueno, cosas —le dije—. Chicago se puso interesante durante un par de días.

—La miré detenidamente. Tenía la mano escayolada, como si se hubiese roto la muñeca, y me pareció que tenía un hematoma en el cuello—. Oye —le dije—, ¿qué te ha pasado?

Sus mejillas se pusieron coloradas.

—Bueno, cosas. Hawái se puso interesante durante un par de días.

—Te cambio mi historia por la tuya —le dije.

Se puso más colorada aún.

—Humm... me lo pensaré.

Luego los dos nos miramos, nos reímos y lo dejamos así.

Chicago reaccionó ante los hechos ocurridos en Halloween de la manera esperada. Se le atribuyeron todos los hechos a la peor tormenta de los últimos cincuenta años, a los disturbios, a un pequeño temblor de tierra, a que una panadería local produjo grandes cantidades de pan que se contaminaron con cornezuelo de centeno y a la típica histeria provocada por Halloween. Durante el apagón, algunos tipos reprensibles destrozaron el museo y se llevaron el esqueleto de Sue al campus universitario, como si de una broma extravagante se tratase. Hubo docenas de allanamientos de morada, robos, asesinatos y otros crímenes durante el apagón, pero cualquier otro tipo de versión o informe fue automáticamente echado por tierra y justificado por la histeria y/o el envenenamiento por cornezuelo de centeno. La vida siguió adelante.

La comandante Luccio sobrevivió a sus heridas, pero no sin daños que requerirían una larga rehabilitación. Entre eso y la incertidumbre de lo que pasaría con su nuevo y lustroso cuerpo, fue relevada del cargo de comandante de los centinelas. Se dijo que volvería a ocupar su cargo una vez que estuviese recuperada y su capacidad mental volviese a ser vigorosa y fiable.

Morgan ocupó su lugar.

Vino a visitarme a mi apartamento unas dos semanas más tarde y me dio la noticia.

—Dresden —me dijo—. Me opuse a tu reclutamiento en un primer momento, pero la comandante Luccio estaba en su derecho de ignorar mi recomendación. Te hizo centinela, te convirtió en comandante regional y no hay nada que yo pueda hacer. —Respiró profundamente—. Pero a mí no me gustas. Creo que eres peligroso.

Torció la boca.

—Aunque ya no tengo tan claro que tu forma de actuar se deba a tu maldad. Creo que te falta disciplina y buen criterio. Has demostrado en repetidas ocasiones tu buena voluntad al ponerte en peligro para defender a otros. Por mucho que me moleste admitirlo, no creo que tengas malas intenciones. Creo que tus discutibles acciones son el resultado de tu arrogancia y tu falta de juicio. Y, al final, poco importa por qué lo hagas. Pero no tendría buena conciencia si te condenase por ello sin

ofrecerte la oportunidad de demostrarme que estoy equivocado.

Que Morgan me dijese todo aquello era como asistir a la conversión del emperador Constantino al cristianismo. Prácticamente estaba admitiendo que se había confundido conmigo. Busqué en mi bolsillo, saqué un penique y lo tiré al suelo.

—¿Por qué haces eso? —me preguntó.

—Estoy comprobando que sigue habiendo gravedad —le dije. Me frunció el ceño, se encogió de hombros y dijo:

—No confío en ti. No pondré a ningún centinela bajo tus órdenes y, la verdad sea dicha, no es que nos sobren precisamente. Pero es posible que seas requerido para participar en algunas misiones de vez en cuando y espero que trabajes en equipo con el otro comandante regional de América. Él opera fuera de Los Ángeles. Solicitó esta misión específicamente y dado el papel que ha jugado en los acontecimientos más recientes, no se le ha podido negar.

—Ramírez —vaticiné.

Morgan asintió. Buscó dentro de su abrigo y extrajo un sobre. Me lo entregó.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Tu primera paga —me dijo Morgan. No parecía nada contento de hacerlo—. Mensual.

Abrí el sobre y parpadeé. No era una fortuna pero no tenía ninguna duda de que iba a ser un buen complemento a mis ganancias en el negocio de la investigación.

—Nunca pensé que diría esto —me sinceré mientras se daba la vuelta para irse—, pero gracias, Morgan.

En su cara se dibujó una expresión amarga y se las arregló para soltar dos palabras:

—De nada.

Creo que huyó antes de que tuviera que vomitar.

Unas semanas después apareció Butters en mi puerta con una gran caja envuelta en un papel de Navidad. Le dejé pasar y lo llevó hasta la sala de estar. Allí me lo entregó.

—Venga, ábrelo.

Lo hice. Dentro de la caja había una funda de guitarra y dentro de ella una vieja guitarra de madera.

—Ah... —le dije—, ¿para qué es esto?

—¡Terapia! —dijo Butters. Últimamente me había obligado a apretar una pelotita antiestrés con la mano izquierda para ejercitarla, y tal y como había predicho, lentamente, había ido recuperando un poco de movilidad—. Vas a aprender a tocar.

—Eh... pero mi mano no funciona tan bien —confesé.

—Todavía no —contestó Butters—. Pero empezaremos despacio, como con todo lo demás. Y tendrás que trabajar en ello; seguirás unas lecciones. Mira, hay un libro

en el fondo de la funda.

Abrí el estuche y encontré un libro que se llamaba «Guitarra para burros redomados», mientras Butters seguía hablando de tendones y de no sé qué cosas del metacarpo y de su flexibilidad. Abrí el libro, pero la noche ya había caído y el fuego estaba demasiado bajo como para leer. Pasé la mano, como ausente, por las velas que había en la mesa, al lado del sofá, y murmuré:

—*Flíckum bicus*.

Se encendieron produciendo un zumbido mágico.

Me detuve y parpadeé, mirando primero las velas y luego mi mano quemada.

—¿Qué? —preguntó Butters.

—Nada —dije mientras abría el libro para echarle una ojeada—. Butters, ¿sabes que para trabajar en pompas fúnebres eres un buen curandero?

—¿Tú crees?

Miré hacia las llamas cálidas y rectas y sonreí.

—Sí.

Nota sobre el autor

Jim Butcher creció en Kansas (Estados Unidos) leyendo todo libro de fantasía que cayera en sus manos. *Las crónicas de Narnia*, *El señor de los anillos* o *Las crónicas de Prydain* son algunas de las obras que marcaron su vocación como novelista. Aficionado a los juegos de rol y al cine de terror, y fan declarado de *La guerra de las galaxias*, comenzó a escribir desde muy joven, hasta que en 2000 publicó *Tormenta*, su primera novela (a la que pronto siguieron *Luna llena*, *La tumba*, *El caballero*, *Máscaras de muerte*, *Derecho de sangre* y *Latidos mortales*, todas publicadas en La Factoría de Ideas). El libro se convirtió pronto en un fenómeno de ventas y dio lugar a la saga de 'Dresden', que cuenta ya con doce títulos en el mercado estadounidense y con toda una legión de seguidores.

La calidad literaria y la originalidad de su propuesta son los ingredientes de la serie, que cuenta las aventuras de un mago en un Chicago plagadas de fenómenos inexplicables y seres sobrenaturales que viven en conflicto con los humanos. Si bien otros autores ya se han adentrado en este terreno, creando un presente alternativo con elementos fantásticos, ninguno ha conseguido un resultado tan brillante como Butcher, que mezcla con gran acierto el terror y la comedia. Muchos le consideran el **J. K. Rowling** de la literatura para adultos.

En 2004 vio la luz *Furies of Calderon*, primer volumen de una nueva serie, 'Codex Alera'. Esta vez, la acción se traslada a Al era, cuyos habitantes controlan a poderosos seres elementales conocidos como «furias». Todos los años publica una entrega de cada saga, que se convierte en un éxito de ventas de inmediato. Tras recibir una acogida entusiasta por parte de la crítica estadounidense, sus obras han conquistado al público internacional, al ser traducidas a varios idiomas.

Bibliografía de Jim Butcher

—Series

La saga de Dresden

2000—Storm Front

———*Tormenta*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 16, 2006

2000—Fool Moon

———*Luna llena*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 22, 2007

2001—Grave Peril

———*La tumba*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 28, 2008

2002—Summer Knight

———*El caballero*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 32, 2009

2003—Death Masks

———*Máscaras de muerte*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 36, 2010

2004—Blood Rites

———*Derecho de sangre*, La factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 40, 2010

2005—Dead Beat

———*Latidos mortales*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 43, 2011

2006—Proven Guilty

———Próximamente en La Factoría de Ideas

2007—White Night

2008—Small Favor

2008—Turn Coat

2010—Changes

Codex Alera

2004—Furies of Calderon

2005—Academ's Fury

2006—Cursor's Fury

2007—Captain's Fury

2008—Princeps' Fury

2009—First Lord's Fury

—**Novela**

2006—The Darkest Hours (contribución a la serie Spider-Man)

—**Novelas gráficas (ambientadas en el mundo de Harry Dresden)**

2008—Welcome to the Jungle

2010—Fool Moon

2010—Storm Front

{1} N. de la t. *La Atalaya* es una revista religiosa que los testigos de Jehová suelen entregar puerta por puerta para dar a conocer sus actividades.

{2} N. de la t.: El círculo de la vida.

{3} N. de la t: *Butter*, en inglés, significa «mantequilla».

{4} N. de la t.: Del Latín «a sangre fría».

{5} N. de la t.: Cadillac.

{6} N. de la t.: Son los pantalones del traje típico de Baviera, Salzburgo y el Tirol. Pese a utilizarse para trabajar en el campo y para cazar, también son los que se visten en fiestas y ocasiones especiales.

{7} N. de la t Hace referencia al leñador Paul Bunyan. Es el gigante protagonista de algunos relatos tradicionales del folclore literario estadounidense.

{8} N. de la t.: Internal Revenue Service: Departamento de Tesorería de los Estados Unidos de América

{9} N. de la t.: Misil aire-tierra estadounidense diseñado para destruir carros de combate desde helicópteros o aviones. En este caso, el protagonista llama con este nombre a un tipo de energía con la que cuenta.

{10} N. de la t.: *Jabberwocky* es un poema sin sentido que figura en *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carrol.

{11} N de la t.: En el poema *Jabberwocky* se citan por primera vez las «*Vorpalswords*», las espadas vorpalinas.

{12} N. de la t.: El icor es la sangre propia de algunos seres sobrenaturales

{13} N. de la t.: Es un sistema de construcción de 1914, en el que más tarde se inspiró un juguete que permite que los niños, con sus piezas, inventen o recreen objetos

{14} N. de la t. El Soldier Field es un estadio de fútbol americano.

{15} N. de la t.: En Estados Unidos, nombre ficticio que se les da a los cadáveres sin identificar

{16} N. de la t.: Nombre con d que se conoce coloquialmente a Chicago

{17} N. De la t.: En castellano en el original.